MIQUEL RIVS

DGCL
A

T. 17203
C. 1223226

APÉNDICE

Á LOS POLÍTICOS EN CAMISA.

Á LOS POLÍTICOS EN CAMISA.

PATULEA, MORRALLA, GISTE, SERRIN, VIRUTAS,

ECHADURAS, CALDERILLA, CASQUIJO, SUMULTIPLOS Y RESIDUOS.

ADICION

Á LOS

POLÍTICOS EN CAMISA,

POR

D. Juan Martinez Villergas

Y

D. A. RIBOT Y FONTSERÉ (EL JESUITA),

MIEMBROS DE NINGUNA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA, NO INDIVIDUOS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, NO CONDECORADOS CON VARIAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, NO EX-DIPUTADOS EN VARIAS LEGISLATURAS, ETC., ETC.

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO BIOSCA.

Calle de la Puebla, núm. 11, cuarto bajo.

1847.

POLÍTICOS EN CAMISA.

POR

D. Juan Martínez Villergas

Y

D. A.ª RIBOT Y FONTSERÉ (EL INSULTA),

MIEMBROS DE NÚMERO SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA, NO INSCRIPTOS EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA, NO CONDECORADOS CON VARIAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, NO EX-DIPUTADOS EN VARIAS LEGISLATURAS, ETC., ETC.

TOMO III.

MADRID:
IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO RIOSCA.
Calle de la Puebla, núm. 11, cuarto bajo.
1844.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R-137143

PRÓLOGO.

Algo nos toca decir, por via de introduccion, de este apéndice ó coleta que añadimos á los *Políticos en camisa*, obra escrita con conciencia, con circunspeccion y (digámoslo sin tapujos, aunque se nos tache de poco modestos) con tanto conocimiento de los hombres y de las cosas, que los que han leido nuestros garabatos no han podido abstenerse de decir con referencia á nuestras importantes personas: «Esos muchachos prometen, esos muchachos saben donde tienen la mano derecha, esos muchachos son de la piel del diablo,» y otros muchos piropos que

no los queremos reproducir aquí, porque... no los queremos reproducir aquí; y ¡viva la libertad! Alentados por los elogios á que nos hemos hecho acreedores, y para corresponder dignamente á las muestras de simpatía con que el público ha acogido nuestros deseos de complacerle, hemos resuelto presentar en nuestro teatro de figuras de movimiento algunos mamarrachillos en camisa, de menos importancia generalmente que los GRANDES HOMBRES que hemos desnudado en los dos tomos anteriores; pero que todos son susceptibles de dar algunas cabriolas que diviertan y hagan reir á los espectadores.

Nuestros lectores, si saben leer (que sí saben puesto que son lectores) habrán notado que en los dos tomos de que el presente es apéndice, al mismo tiempo que hemos puesto en camisa al personage que nos proponíamos desnudar, de paso hemos hecho otro tanto con algunos botarates de ciento en carga que se nos venian á la pluma como caidos en el tintero, y los soltábamos en el papel para no tomarnos la molestia de limpiar el cañon de la péñola á cada mojadura. Esta táctica, seguida con un poco mas de intencion y constancia, debia darnos por resultado un tratado

completo de apostasía práctica española, que es precisamente lo que nos proponemos obtener con este divertidísimo suplemento, amen de algunas otras miras que nos llevamos, sin contar la de aligerar el bolsillo del editor, que esta los escritores de oficio deben callarla por sabida. Habrán notado tambien nuestros lectores, sentado ya que saben leer, que en nuestros anteriores trabajos hemos sido mas sintéticos que analíticos, que hemos divagado mucho, que hemos recorrido en todas direcciones el espacioso campo de las generalidades, que con harta frecuencia hemos perdido el rastro de los hombres desviados por el de las cosas, resultando de todo esto que hemos escrito crónicas en lugar de biografías, y generalizándolo todo y tomándolo todo en globo para huir en lo posible del hediondo cenagal de las personalidades, hemos pintado partidos con el mismo pincel y los mismos colores que habíamos tomado para retratar no mas que personas. El efecto colectivo que involuntariamente hemos alcanzado con los dos tomos que llevamos escritos nos permitiria dar por completamente concluida nuestra tarea, si tal fuese nuestra soberana voluntad, sin faltar á ninguna de las condiciones á que se

somete todo escritor concienzudo que en el mero hecho de empezar una obra contrae implícitamente el deber de concluirla; pero como el público no da la nuestra por concluida aun, como el público no queda satisfecho con que le digamos que la parte está contenida en el todo y que de consiguiente la historia que hemos hecho de los partidos comprende la de los individuos que los forman, preciso es, para darle una prueba de docilidad y condescendencia, enseñarle uno por uno con todos los pelos y señales los sendos individuos contenidos en los grupos llamados partidos que ofrezcan alguna especialidad, por insignificante que sea. El público que es siempre atroz, por mas que se pretenda probar lo contrario; el público que es sarcástico, fisgon, intolerante, incapaz de compadecerse de las desgracias de nadie; que se burla de todas las miserias humanas; que se divierte con casi todo lo que hace llorar; el público que se rie del infeliz que corre detras del único sombrero que tiene y que se lo lleva la tramontana, del chambon que da una pifia y echa palos en seco, del ginete cuyo caballo tiene la humorada de escurrírsele por entre las piernas y dejarle apeado en medio del Prado, de-

lante de una concurrencia que se proponia sorprender con maravillosos egercicios ecuestres, del picador que se estrella contra la barrera, del diputado que tartamudea ó que se ve obligado á renunciar la palabra por no ser oportuno el discurso que tenia escrito en casa ó por no acordarse de las primeras palabras del exordio, del senador caquético cuya voz ahogan los accesos de un asma crónico y habitual, del marido que tiene á pesar suyo un cirineo empeñado en ayudarle á llevar la cruz del matrimonio, del actor que se equivoca, de la cantatriz que está ronca, del pisaverde que sufre una súbita solucion de continuidad en las trabillas, y cuyo estirado y elástico pantalon se contrae súbitamente como un músculo cortado, poniendo de manifiesto el zapato de oreja que queria hacer pasar por bota; el público, en una palabra, que se goza en todos los percances del prójimo, aunque le sea desconocido y no tenga motivo alguno para tenerle odio ni antipatía, por precision ha de ser muy amigo de personalidades, y el primer deber de todo escritor que escribe para el público es dar gusto al público. Con la sana intencion de evitar en lo posible personalidades sin faltar á nuestro objeto, tu-

vimos la ocurrencia feliz de generalizar los vicios de los individuos para que distribuido el descrédito de cada uno entre todos los que forman una comunion se repartiese mas la carga, y se disminuyese y fuese menos pesado el contingente individual; pero esto al fin y al cabo no dejaba de ser una maliciosa evasiva cuyo intríngulis ha llegado á comprender el público, y exigente como es, nos ordena y manda que dejemos en paz á los partidos y que desnudemos á los hombres, puesto que á quien quiere conocer es á Juan y á Pedro, y no al partido á que Juan y Pedro pertenecen.

Hágase, pues, su voluntad. De todos modos el sistema adoptado en los Políticos y que ahora nos vemos en la precision de proscribir, nos ahorra para lo sucesivo mucho trabajo. Despues de haber dado á conocer los partidos, podemos presentar aislados los caractéres particulares de cada individuo, omitiendo lo que este tenga de comun con los demas de su ralea. El trabajo que vamos á emprender tendrá un efecto mas circunscrito, mas preciso, mas individual, si asi puede decirse, que el de los tomos anteriores; las biografías serán mas lige-

ras, mas cortas, partirán de un centro mas determinado y se encerrarán dentro de una circunferencia y unos límites mas estrechos y mas marcados; una página nos bastará algunas veces para dar á conocer á un hombre; de una sola pincelada haremos un retrato. Ni tampoco son acreedores á mas los señoritos de que vamos á ocuparnos, como lo indican bien los varios títulos con que designamos este apéndice. Habrá muchas biografías pero muy cortas. Habrá mucho de poco, y asi en muchos pocos daremos á nuestros lectores mucho, puesto que es sabido que hacen un mucho muchos pocos. La PATULEA política es la que va á figurar en este suplemento; hemos ya pescado los grandes peces, ahora es menester que echemos al agua chinchorros de mallas mas estrechas para que la MORRALLA no se cuele; ya no queda mas que GISTE, ya no queda mas que espuma que nos bastará un soplo para disiparla; para aprovecharlo todo vamos á aprovechar hasta el SERRIN y las VIRUTAS que se han formado en tantos años como llevan los partidos de inútiles composturas; hemos escogido el buen grano para sembrar en los dos tomos anteriores, y ahora solo nos que-

dan ECHADURAS, que con dificultad las comerian las gallinas; la plata se acabó, pero nos encontramos con una buena porcion de CALDERILLA, y muchos cuartos hacen una peseta; para completar nuestro edificio, cuyas paredes maestras tenemos levantadas y que son de piedra de arriba abajo, necesitamos tapar algunos agujeros y hacer algunas obras de mampostería, para lo cual tenemos de sobra CASQUIJO, broma y cantos menores que vienen muy al caso; los que ahora van á ser objeto de nuestro exámen son cuando mas SUMÚLTIPLOS de los que hemos ya examinado, todos están contenidos en estos cierto número de veces; por último, despues de la analísis que hicimos de los partidos para eliminar á los apóstatas y á los especuladores, quedaron algunos RESÍDUOS insignificantes que vamos ahora á someter á nuevos esperimentos.

No podemos negar que algunos de los incluidos en los POLÍTICOS EN CAMISA no son acreedores al puesto de preferencia que les hemos concedido, y que solo debimos hacerles figurar entre la patulea y la morralla. Tambien es posible que algunos de los que confundimos entre la calderilla sean dignos

de una predileccion que les hemos negado. Esos *quid pro quo*, que provocarán resentimientos y serán calificados por algunos de imperdonables injusticias, son efecto del plan que nos propusimos seguir al empezar la publicacion y que lo abandonamos á la conclusion del primer tomo. Concebimos y realizamos el proyecto de colocar á vanguardia de los POLÍTICOS al gobierno provisional con todas sus dependencias, y por esto hicimos formar en ella á un personage como Frias, que en política significa tan poca cosa. Pero por pequeño que sea su valor positivo, era una parte, aunque infinitesimal, alicuota del ministerio de que el general Serrano fué el múltiplo mientras desempeñó las funciones de ministro universal, y no quisimos ofenderle con una escepcion, aunque muy justa, harto repugnante. ¿Habíamos de prescindir de él como de un quebrado que por insignificante se desprecia? Villergas le cantó en verso, que es el mayor agravio que puede hacerse á un hombre en estos tiempos y en esta nacion en que se hacen versos porque no se sabe hacer prosa, y en que cualquiera, como le reprueben el primer año de gramática, pue-

de comprometerse á hacerlos muy regulares, tan regulares al menos como los del autor de *La hija en casa y la madre en la máscara*. Villergas cantó á Frias en verso, ¿qué mas se nos podia exigir? ¿Se podia dar á Frias menos importancia?

Los que por su influencia política merecian el alto honor de figurar entre el grano y van ahora á ser tirados con las echaduras, deben esta desagradable postergacion á los estrechos límites de LOS POLÍTICOS, donde no les pudimos dar cabida á pesar de haber prolongado la obra mas de lo que queria el editor. Los que se hallan en este lamentable caso encontrarán en nuestra noble conducta ulterior motivos de consuelo. Ya que no otra cosa, les concederemos un lugar mas ancho entre la misma morralla, ocupándonos de ellos en este apéndice mas detenidamente que de los demas que en él incluyamos. Sírvales esto, ya que no de satisfaccion, de lenitivo.

Por último, debemos advertir que LOS POLÍTICOS EN CAMISA Y LA MORRALLA no son una misma obra á pesar de la analogía que se notará entre ambas y de ser unos mismos los autores de aquella y de esta. La morralla no es

un tercer tomo, sino un apéndice que añadimos á los dos publicados; es parte contigua y no continua de los Políticos en camisa, y para dejar mas marcada la diferencia, y al mismo tiempo dar á los suscritores una prueba del deseo que tenemos de complacerles, se imprime esta edicion en papel del mismo tamaño que el de los Políticos, pero en un carácter de letra distinto é incomparablemente mas inteligible y bello. Con esto hemos dicho todo lo que por via de introduccion nos tocaba decir.

D. ALEJANDRO MON

Y

DON PEDRO JOSE PIDAL.

(ALIAS LOS DOS CUÑADOS.)

VARIAS razones tenemos para encerrar en un mismo capítulo á esas dos escelencias que sin duda vinieron al mundo, suponiendo que esté en el mundo Asturias, para acreditar aquel refran que dice: «Dios los cria y ellos se juntan.» Estamos por decir que si Mon no hubiera nacido, tampoco hubiera nacido Pidal, y viceversa. El uno es una necesidad del otro; cada uno de ellos es un quebrado, pero unidos forman un entero, y para sumarse, Pidal se casó con la hermana de Mon, lo que equivalió á reducirse Pidal y Mon á un comun denominador, sin cuya operacion preliminar no se podia proceder

á la operacion definitiva. Una vez sumados, Pidal y Mon tomaron el nombre de LOS DOS CUÑADOS, y desde entonces cuando se dice LOS DOS CUÑADOS se quiere significar Pidal y Mon, como si no hubiese otros cuñados en el mundo. Para que Pidal y Mon no fuesen cuñados era necesario que ni uno ni otro tuviesen una hermana: si Mon no la hubiera tenido para casarla con Pidal, es seguro que Pidal la hubiera tenido para casarla con Mon. Nacieron para ser cuñados; su mision en el mundo es ser cuñados; casi nos sentimos inclinados á creer que Pidal y Mon hubieran sido cuñados aunque ni uno ni otro hubiesen tenido una hermana. Mas claro, Pidal y Mon sin ser cuñados no se conciben. Es necesario que lo sean. Supóngase á Mon sin una hermana, lo que no se comprende, porque Mon no se comprende sin ser cuñado de Pidal, y Pidal, que tampoco se comprende en el caso supuesto, porque Pidal no se comprende sin ser cuñado de Mon, morirá vírgen, necesariamente vírgen. Suprimir á la hermana de Mon casada con Pidal seria suprimir á Pidal y á Mon al mismo tiempo. Tan providencial es que Pidal y Mon sean cuñados como que las palomas encoclen á la vez dos huevos, y asi es que, como á los huevos, á Pidal y Mon, cuando no se les designa con el carácter de cuñados, se les designa constantemente haciendo preceder el sustantivo masculino PAR de un atributo por genérico que sea que los califique. *Dos* diputados ó *dos* ex-diputados, *dos* ministros ó *dos* ex-ministros no quiere decir Mon

y Pidal, pero *un par* de diputados, ex-diputados, ministros ó ex-ministros no quiere decir mas que Mon y Pidal. Son locuciones, por genéricas que parezcan, que solo se han creado para designarles á ellos.

De lo dicho se deduce la validez de las razones que tenemos para ocuparnos de Mon y Pidal á un mismo tiempo. Por lo demas, no se crea que los dos se parezcan como un huevo á otro huevo. Todo menos eso; nada tienen los dos de parecido. Hablamos de su carácter y de sus facultades, prescindiendo de sus opiniones, que basta para calificarlas decir que los dos son moderados en la significacion política de esta palabra. ¡Para qué decir mas! Lo que son los moderados y lo que pueden dar de sí, ya lo hemos manifestado en la historia que de ellos hicimos en el segundo tomo de LOS POLÍTICOS EN CAMISA. Allí, sin nombrarlos, pusimos á Mon y Pidal de cuerpo presente lo mismo que á todos los demas de su comunion política. Lo que ahora se busca esclusivamente es el distintivo propio y peculiar de cada uno.

Lo que distingue á Pidal es el mal genio; lo que distingue á Mon es la falta de aprension.

No hay hombre á quien se le queme tanto la sangre como á Pidal; no hay otro que tenga la frescura de Mon. Este es un digno discípulo de Toreno, y se le parece bastante hasta en su oratoria, aunque no puede reemplazarlo dignamente. Su elo-

cuencia es no mas que un eco de la de aquel, pero al cabo es un eco. Lo mismo que Toreno ha dejado la Hacienda mas pobre que cuando entró en ella... ¡Cuidado, maliciosos lectores, que aqui hay una anfibologia que puede dar lugar á una interpretacion falsa! El epiteto *pobre* no se refiere á la Hacienda sino á la persona.

Pidal tiene peor genio que Madoz, peor genio que Isturiz, que es todo el mal genio que se puede tener. Un dia le va á dar una pataleta. ¡Cómo se enfada! ¡y cuando se enfada cómo bufa! Hasta los suyos le tienen miedo; es el Mosen Tristany del partido moderado. Por Dios, señor Pidal, un poquito mas de calma; no se amontone V. E. tan pronto; las incomodidades no crian buena sangre; hágase V. E. cargo de que las rabietas son ridículas en un hombre de estado, y sobre todo que en la edad de V. E. la cólera es peligrosa. Peligrosa, si señor, especialmente en un señor mayor del temperamento y de la complexion de V. E.: V. E. es muy sanguineo; tiene V. E. un cuello corto, como si no tuviese V. E. cuello, la cara abotagada, la cabeza embutida en el pecho y todas las demas señales esteriores que revelan mucha disposicion á una muerte repentina. No modere V. E. sus arranques, y le acometerá á V. E. un ataque de apoplegia fulminante que no llegará á tiempo el viático. ¡Qué desgracia para el pais si diese V. E. un estallido!

¿Por qué no imita Pidal á su cuñado, á su cuña-

do que es el menos aprensivo de todos los cuñados? ¿Por qué no imita á su cuñado que, lo mismo que su maestro Toreno, necesitará para morirse una muerte particular, creada al parecer á propósito y ex-profeso para él, no prevista por los clínicos y desconocida en los anales de la patología, una muerte enteramente nueva, un tipo de muerte absolutamente primitivo y original? Pero, ya se ve, el carácter de cada individuo es inimitable, y de consiguiente no es culpa de Pidal si no ha conseguido imitar á Mon, que es indudablemente lo que se propuso desde el momento en que las dos escelencias se redujeron á un comun denominador. ¿Quién no ha notado que los sarcasmos de Pidal son una parodia de los de Mon? Sí, son una parodia, y se conoce demasiado que son una parodia. Las provocaciones de la elocuencia de Pidal no son naturales; se ve en ellas el estudio, la afectacion, el arte, el prurito de remedar. Pidal quiere irritar á sus adversarios y es él el que se irrita; Mon trata de irritar á los demas, y lo consiga ó no, él se queda tan fresco. Pidal todo lo ha tomado por el costado serio; se ha figurado que es algo lo que pasa, que es algo lo que puede pasar y hasta que él mismo es algo; lleno de presuncion, tiene pretensiones de grande hombre, sueña acaso en la estátua que la posteridad erigirá á su genio, y cuando es ministro, cree ser tan ministro como Tayllerand cuando lo era, sin comprender que en la tierra de los garbanzos todo se puede tomar á broma, hasta el ser

ministro. Mon, aunque presumido por escelencia, no se deja fascinar por ilusiones fantásticas cuando medita y atiende al presente y al porvenir.

¡Oh! ¡Mon! ¡Mon! ¡el sedicente autor del sistema tributario, siendo asi que no hay tales borregos, porque, como lo dejó probado el macizo Cortina en una de las partes mas macizas de uno de sus mas macizos discursos, Mon no es tal autor del sistema tributario! Pero prescindamos de eso; á Mon se debe la aplicacion práctica del sistema, y á esta aplicacion debe Mon la celebridad poco envidiable de su nombre. Es lo cierto que el sistema tributario se ha planteado contra viento y marea, y si no prueba el talento de Mon acredita al menos su despreocupacion en grado heróico. Aqui se encuentran los principales puntos de analogía y semejanza entre Mon y su maestro, ó lo que es lo mismo, entre Toreno y su discípulo. Solo Toreno, á quien pusieron en la pila José María, y que cuando le llamaban por este nombre aludiendo quizá á otro José María muy célebre en la historia contemporánea, contestaba con tanta sangre fria y frescura como si no comprendiese la alusion, era capaz de presentarse en las córtes á defender el sistema tributario con la serenidad que lo hizo Mon. ¡Qué alma tan grande! Oigase á Mon, y se verá tan claramente como la luz del dia que el sistema tributario es una cosa magnífica, la única capaz de labrar la felicidad del pais; pero los pueblos son muy estúpidos y muy

descontentadizos; nada bueno se puede aclimatar en ellos; ni con un aumento de contribuciones están contentos. Oigase á Mon, y aparecerá palpable que el sistema tributario es la mejor conquista que ha podido hacer la patria del Cid desde que marcha á su felicidad por la senda constitucional, solo que desgraciadamente la patria del Cid tiene un gusto depravado. Mon no tiene la culpa del mal gusto de la patria del Cid.

Colectivamente es tan bárbara la España contribuyente y tan bárbaro en particular cada uno de los que la forman, que estos y aquella para probar que el sistema tributario vigente es malo no aciertan á decir otra cosa sino que en la actualidad pagan mas que cuando el tal sistema no regia. Esto cuando mas prueba que el sistema tributario es malo para los contribuyentes; pero la cuestion no se ha de mirar desde el punto de vista del que paga sino desde el punto de vista del que cobra. ¿No es verdad, Sr. Mon? ¿No es verdad, España oficial, que tú acerca del sistema tributario tienes un modo de pensar muy distinto del de la España contribuyente? A mas de que bueno y barato no puede ser; un buen gobierno es una cosa que no tiene precio, y la España de tres años á esta parte está deliciosamente gobernada.

«El sistema tributario destruye la agricultura, el sistema tributario ahoga la industria, el sistema tributario paraliza el comercio... ¿pero por qué?

porque el fisco absorve todo lo que gana el labrador y el artesano y el comerciante. » ¡Sofisma atroz! ¡aspavientos de periodista! Precisamente lo que con el sistema tributario se ha propuesto proteger el Sr. Mon es esa agricultura, esa industria y ese comercio que tan menoscabados se suponen. Por lo mismo que se ha de pagar mas, se ha de trabajar mas para ganar mas, y aqui es donde mas resalta la filantropía del Sr. Mon. Trabajando es como se desarrolla la industria y la agricultura, y desarrollándose estas se desarrolla el comercio: de consiguiente no puede ser mas santa la mira que se ha llevado el cuñado de Pidal obligando á pagar mas para que se trabaje mas. No sabemos si el Sr. Mon ha empleado estos mismos argumentos para defender el sistema tributario; pero si no los ha empleado es porque no se le han ocurrido, pues es bastante despreocupado para emplear cualquiera que se le ocurra. Otros habrá empleado peores.

A Pidal le hace mucha gracia el desparpajo de su cuñado, y por lo mismo tiene empeño en parodiarlo, pero á lo mejor se enfada y lo echa todo á perder. Se hace provocativo queriendo parecer descocado, y cuanto mas firme es el propósito que se forma de antemano de afectar serenidad, tanto mas pronto la pierde. Una vez incomodado, es cuanto hay que ver Pidal en una discusion. Es el mismo Mirabeau, si Mirabeau hubiese sido todo lo contrario de lo que era. *A Mirabeau le daba magestad la*

cólera, dice Victor Hugo, *como la tempestad al Océano*. Si Pidal tuviese alguna magestad, la cólera se la quitaria. La cólera hace reir en él como en una vieja atacada de histérico.

Del enemigo el consejo. Si Pidal siguiese el nuestro, otro gallo le cantára. No seria tan soberbio, y procuraria moderar algun tanto el carácter atrabiliario que le distingue. Ni su constitucion física tan propensa á una congestion cerebral, ni su voz, ni sus maneras, ni el género particular de su elocuencia se avienen con la cólera. Agréguese á esto que es farfalloso como él solo, que su estropajosa lengua á cada palabra dá un tropezon, un salto mortal, y que de consiguiente el furor, que vuelve tartamudos á los que en un estado pacífico y normal nada tienen de tartamudos, á él ha de ponerle tartajoso hasta el estremo de que los que le escuchen oigan mas el ruido de la lengua que el sonido de las palabras. ¿Por qué, pues, se enfurece el Sr. Pidal? Porque no puede remediarlo, porque como él mismo dijo en cierta sesion, tiene un carácter naturalmente áspero, y genio y figura hasta la sepultura.

Pues si es asi, que no hable. Nosotros no reconocemos derecho alguno en el Sr. Pidal para atropellar los tímpanos contemporáneos. Ni la Constitucion vigente, ni la del 37, ni la del año 12, que es la mas democrática de todas, le conceden semejante derecho. Citenos sino un artículo, nada mas que un artículo. Estamos seguros de que no lo citará. ¡Ay!

¡y no son solo los timpanos lo que atropella! dá ahilos de estómago, es capaz de producir síncopes mortales en un auditorio sensible. Su lengua machaca las palabras en la boca como en un almirez. Cada vocablo le cuesta trabajos estraordinarios, dolores parecidos á los del parto. Suda y hace sudar; para dar á luz una idea tiene necesidad poco menos que de la operacion cesárea; casi haria santísimamente en ir al parlamento acompañado de un comadron que le sacase las sílabas con el *forceps*. Eso es horroroso. Pero al menos ya que de su boca salen las palabras á pedazos, fraccionadas, trituradas, mascadas, saliesen mas secas, mas enjutas, mas estoposas, mas limpias, menos impregnadas de saliva. Al menos ofendiese solamente con el ruido de los bufidos que le arranca el despecho, y con el traqueteo de las sílabas, que se empujan como si no cupiesen en la cavidad bocal, en cuyo caso la cuestion seria puramente acústica; al menos, y perdónese el atrevimiento de la metáfora, estuviese cargado con pólvora sola; pero no es asi desgraciadamente; está cargado de metralla, si esta palabra basta para espresar la saliva que arroja á mas de dos pasos con tanta violencia que algun dia dejará ciego á algun padre de la patria que se le ponga á tiro. Prevemos una catástrofe.

Lo que principalmente provoca las iras de Pidal, lo que le hace perder los estribos, espumajear, patear, lo que le saca completamente de sus casillas

es la presencia de Cortina. Delante de Cortina Pidal se exalta, se ciega, se convierte en una furia; oyendo á Cortina se desvanecen cuantos propósitos puede haberse formado de reprimir su fogosidad; contestando á Cortina su mal genio y su carácter displicente cobran espansion como el fósforo puesto en contacto con el aire. Cortina es sin querer la mecha que hace rebentar aquella mina cargada de palabras disonantes. ¡Pobre Cortina si con el furor con que le acomete Pidal, tuviese Pidal mas potencia ó tuviese él menos resistencia! Pero Cortina juega con Pidal como Montes con un novillo, sin saltar una sola vez la barrera. Esta lucha es la lucha del enano y del gigante; Pidal acometiendo á Cortina es el riachuelo que desemboca en el Océano y el Océano se lo traga; es el viento que azota una montaña; es el gozque que ladra al alano; es el niño empeñado en hacer salir sangre de una estátua de bronce hiriéndola con su sablecito de hoja de lata. Ciertamente, en este combate, en que Pidal es siempre el agresor, Pidal es digno de lástima. Cortina le mata nada mas que con la defensiva. Sin aprovechar ninguno de los huecos que deja la espada de su adversario para tirarle una estocada que le parta el corazon, sin mas que parar los golpes con contras estrechas que Pidal puede apenas percibir, sin mas que algun quite egercido con indecible maestría, el arma de su ciego enemigo se desliza sin ligar á lo largo de la suya, desviada constantemente

del blanco á que la encamina el impotente esgrimidor. Pidal se irrita mas y mas, añade á su tartamudez natural la tartamudez de la rabia, y Cortina conserva la sangre fria de un invulnerable. Tiene algo de sublime y algo tambien de grotesco esta lucha del frenesí con la razon helada; Pidal se las tiene que haber con un hombre impasible, inmutable, que no se desconcierta, que no se inmuta jamas; con un hombre que ni le entusiasman los aplausos, ni los sarcasmos le exasperan; con un hombre que todo lo oye como si nada oyese, que no parece de carne y hueso, que no tiene sentidos; con un hombre cuyos nervios no se afectan y cuya sangre por lo visto no circula, ó mejor dicho con un hombre de piedra que carece al parecer de nervios y de sangre.

Abatido, rendido, cansado, jadeando de fatiga, abandona Pidal la ofensiva, aguarda al adversario en sus trincheras y trata de defenderse hasta el último aliento. Piensa que Cortina será tan ciego como él, que le acometerá bruscamente, que le volverá provocacion por provocacion, pulla por pulla, sarcasmo por sarcasmo. Pero Cortina coge siempre á su contrario desprevenido, porque nunca hace lo que cree su contrario que va á hacer. Sus estocadas no tienen quite porque son siempre imprevistas. Pidal se hace la ilusion de que le ha puesto en un estado de reaccion espantoso, y cuando espera que salgan de su boca palabras que revelen resentimiento y rabia, se oye llamar ilustrado y amigo por su antagonista, y ve

de este modo completamente destruido el plan de defensiva que tenia premeditado. Es la táctica que caracteriza á Cortina. Jamas pronuncia un nombre propio, sea de amigo ó de enemigo, de grande ó de pequeño, de correligionario ó de antagonista, de hombre célebre ó de hombre oscuro, que no lo haga preceder de un epiteto halagüeño, de una calificacion honrosa. Antes de probar que un adversario suyo carece de inteligencia le llama ilustrado, le llama honrado antes de echarle en cara algun pecado feo. Lo mismo que el leon, lame la víctima antes de despedazarla.

Pidal, si bien se medita, es muy desgraciado. Ha tomado á su cargo dos misiones que no llevará á cabo jamas; vive solamente para imitar á Mon y para combatir á Cortina, y Mon es inimitable y Cortina es incombatible (1).

Pidal quisiera asociar el fausto del magnate á la fama de grande hombre, y los aplausos y silbidos no son para él una cosa despreciable. Pero Mon se contenta con pasar lo mejor posible esta vida de miserias; capaz es no solo de arrostrar la impopularidad, sino de provocarla, y hasta está dispuesto á reirse de un dicho que le ponga en ridículo con tal que sea epigramático, ni mas ni menos que si se dirigiese á un prójimo desconocido. La gloria póstu-

(1) Hé aquí un adjetivo que no se encuentra en el diccionario de la Academia Española de que Pidal es individuo.

ma para nada entra en sus cálculos; y se nos figura que le es indiferente que echen cal sobre sus huesos ó que despues de muerto le embalsamen; no piensa en si le quemarán en estátua, ó se venerará su efigie en un altar mayor. Este temperamento no se imita.

Pidal en un discurso dice todo lo que sabe; si no dice mas es porque no sabe mas. Así es que es poco feliz en sus réplicas, carecen estas de novedad, son una repeticion estractada del mismo discurso. Todo lo contrario de Cortina. Cortina jamas dice todo lo que sabe, se reserva para las réplicas una gran parte de las municiones. Sus discursos son esposiciones de hechos; sus réplicas los documentos que comprueban los hechos espuestos en sus discursos. Esta lógica no se combate.

Pero basta de comparaciones y de antítesis, porque nada ha de exaltar tanto la bilis de Pidal como que se diga que carece de facultades para imitar á Mon y para combatir á Cortina. Poco deseosos de escitar rivalidades y envidias, vamos á ocuparnos un momento de Pidal aislándolo, considerándolo de una manera absoluta, sin relacion mas que consigo mismo ó al menos con independencia de Mon y de Cortina, es decir, como si no tuviera ni á Mon por cuñado ni á Cortina por antípoda.

Todos, moderados y progresistas, estan conformes en que Pidal no es hombre de parlamento, todos tambien en que no es hombre de gobierno. ¿Entonces qué es? Los moderados, que le han dado la

importancia que dan siempre á sus gefes, obligados á justificar el ascendiente que egerce Pidal en su partido, dicen que es un buen académico. ¡Un buen académico! ¿qué quiere decir un buen académico? Académico quiere decir miembro de una academia, luego un buen académico quiere decir un buen miembro de una academia. ¿Pero las academias dan á sus miembros la calificacion de buenos en consideracion á su peso ó á su volúmen? En ambos casos Pidal es un buen académico. Se nos antoja, sin embargo, que los amigos de Pidal quieren significar otra cosa cuando le titulan buen académico. Quieren significar sin duda que Pidal es hombre versado en las bellas letras, en las ciencias ó en las artes, es decir, que es un hombre muy erudito. Francamente, tomando bajo esta acepcion la palabra, creemos que Pidal no es un buen académico, y hasta nos atrevemos á decir que con dificultad se encontrarian dos buenos académicos en España. Un buen académico era Vallejo, un buen académico es Galiano, un buen académico es M. Arago. Pues bien, poned á Pidal debajo de cualquiera de los tres, tirad una linea y restad. Si habeis puesto á Pidal de sustraendo de Galiano, bajará á la resta mas de la mitad de Galiano; si á Vallejo; mas de las tres cuartas partes de Vallejo: si habeis puesto á Arago, Arago bajará casi entero. Haced la prueba; sumad el sustraendo con la diferencia, y os dará el minuendo. Exactamente.

Tenemos á Pidal por un hombre erudito, por un hombre que ha estudiado bastante; pero esto solo no le hace acreedor á la calificacion que se le dá. Es un hombre formado esclusivamente por los libros, hecho todo á fuerza de aceite. Su celebro está mas repleto que nutrido; ha comido mucho pero ha digerido poco, ha cohabitado con las letras pero sin engendrar. Su cabeza es estéril, absolutamente estéril. En sus discursos se ve al muchacho que ha leido, no al adulto que piensa. Búsquese en su entendimiento la copia de muchos libros viejos, pero no se pretenda de su entendimiento sacar ninguno nuevo. Es verdaderamente un escolástico, por cuya razon sin duda le llaman sus apologistas un buen académico, confundiendo una cosa con otra. Pidal es un libro copiado. Por supuesto que, como todos los escolásticos, es amanerado en la espresion, amanerado en la gesticulacion, amanerado en todo. No sabe hablar sin unir el pulgar al indice; sin duda le sucedia otro tanto al catedrático con quien aprendió las súmulas.

Basta ya de Pidal. Nos hemos ocupado mas de él que de su cuñado, y esta deferencia puede ser motivo de celos que turben la paz de la familia. Deber nuestro es evitar que sobrevenga semejante desazon, por lo que vamos á establecer en lo posible el equilibrio entre los dos cuñados, concluyendo este capítulo con la siguiente glosa á la *secuencia de la misa de difuntos* que insertamos en el *Espectador* de 3 de enero de 1847.

MON EN SU AGONÍA

Á LA OMNIPOTENCIA, JUSTICIA Y MISERICORDIA

DEL PUEBLO ESPAÑOL.

¡Oh! ¡cuan espesa cizaña
mi sistema sembró ya!
¡cuan pronto redoblará
las desventuras de España!
Y al renacer nueva saña,
dies iræ, dies illa
solvet sæclum in favilla,
y al peso de sus pecados
se hundirán mis paniaguados,
teste David cum Sibilla.

La guerra que pasó ya,
allá en Vergara apagada,
una chispa es comparada
con la guerra que vendrá.
¿Qué mente penetrará
cuantus tremor est futurus
cuando Judex est venturus,
juzgando de horrible modo
á mi ministerio todo,
cuncta stricté discussurus?

Vendrán con cara altanera
contribuyentes en grupo,
que el pezon forman do chupo
la leche situacionera.
Y cuando retumbe fiera
tuba mirum spargens sonum
per sepulcra regionum,
esta nacion estenuada
para vengarse indignada
coget omnes ante tronum.

Que su poder colosal
recobrando el pueblo un dia,
rayos lanzará á porfia
de venganza funeral.
Abriéndose el tribunal,
mors stupebit et natura
cum resurget creatura,
y amilanado, temblando,
yo escusas iré buscando
judicanti responsura.

Será inutil todo ruego,
porque no habrá apelacion
por mas que pida perdon
con llanto de hiel y fuego.
¡Todo vano! Desde luego
liber scriptus proferetur
in quo totum continetur,

y escucharé la sentencia
de un tribunal sin clemencia
unde mundus judicetur.

Junto á Zurbano sentado
veré á Solis el valiente,
ensangrentada la frente,
el corazon destrozado.
En trono bien afianzado
Judex ergo cum sedebit,
quidquid latet apparebit,
y pues de culpa hay esceso,
en todo el largo proceso
nil inultum remanebit.

¡O mártires! perdonad
á un pobre situacionero;
¡mártires! perdon espero,
aunque culpable en verdad.
Si de mi no habeis piedad,
¿quid sum miser tunc dicturus?
¡quem patronum rogaturus!
¡perdon, mártires!.. mas no...
¿como conseguirlo yo
cum vix justus sit securus?

Yo, pueblo, soy criminal,
mi política es raquítica,
que abatí con mi política

la bandera nacional.
Del cuñado de Pidal
Rex tremendæ magestatis
qui salvandos salvas gratis,
ahuyente la plegaria
tu venganza sanguinaria;
salva me fons pietatis.

Mira como me arrepiento,
por desviar tus enojos,
con lágrimas en los ojos
de mis pecados sin cuento.
Ya sé que soy tu tormento,
recordare Jesu-pie
quod sum causa tuæ viæ,
y si se vuelve la torta
á la larga ó á la corta,
ne me perdas illa die.

Grande es, pueblo, tu constancia,
pues has sufrido con flema
el tributario sistema
que yo me traje de Francia.
Cesante, que sin ganancia,
querens me, sedisti lassus,
redemisti crucem passus
rondando los ministerios,
pues sufrí tus improperios,
tantus labor non sit cassus.

Mis culpas son mas de dos,
y una castiga la ley,
mas tú, pueblo, eres un rey
con la paciencia de un Dios.
De tu perdon voy en pos;
juste judex ultionis,
donum fac remisionis;
¡cuanto temo la venganza,
si mi perdon no se alcanza
ante diem rationis!

Con mis compinches soeces
forjé tus duras cadenas,
y la copa de las penas
apuraste hasta las heces.
Ora lloro mis sandeces,
ingemisco tamquam reus,
culpa rubet vultus meus;
y á tus plantas hoy contrito,
clamo con amargo grito:
suplicanti parce Deus.

¿Será vana mi esperanza
cuando llorando me seco?
¿á tí no llegará el eco
del *ay* que mi pecho lanza?
En tí fundo mi confianza,
qui Mariam absolvisti
et latronem exaudisti,

que al ver que hasta el mismo Brabo
de tus iras triunfó al cabo,
mihi quoque spem dedisti.

Mas ¡ay! ¡cuan tarde ha venido
mi arrepentimiento amargo!
de mis culpas me hago cargo,
y veo que estoy perdido.
Si te he la bolsa esprimido,
preces meæ non sunt dignæ,
sed tu bonus fac benigne,
sea mas grande, nacion,
que mi error tu compasion,
ne perenni cremer igne.

Penetró en villas y selvas
mi facultad absorvente,
y hoy me amagas inclemente;
no merezco que me absuelvas.
¡Ojalá al redil me vuelvas!
inter oves locum præsta
et ab hœdis me sequestra:
¡oh! qué ventura la mia
si me colocas un dia
statuens in parte dextra.

¡Con qué justos contrapesos
juzgas á los turronistas!
¡miseros situacionistas

inclusos en los procesos!
¡Ay! cuando por sus escesos,
confutatis maledictis
flammis acribus addictis,
les des un susto de muerte,
tenga yo distinta suerte,
voca me cum benedictis.

Ve pintado el sentimiento
en estas mejillas mustias,
surcadas por las angustias,
aradas por el tormento.
Esperando valimiento,
oro supplex, et aclinis
cor contritum quasi cinis
ya delante de ti estoy;
si al fin perdonado soy,
gere curam mei finis.

Sera dia de terror
lacrimosa dies illa
qua resurget ex favilla
mi gobierno pecador.
Acudirá con temblor
judicandus homo reus,
huic ergo parce, Deus,
y si desdeñas mi llanto,
si es inútil mi quebranto,
Jesu, sis protector meus.

¡Ay! cuando por sus excesos,
confutatis maledictis,
flammis acribus addictis,
los des un asunto de muerte,
tenga yo distinta suerte,
voca me cum benedictis.

Ve pintado el sentimiento
en estas mejillas mustias,
surcadas por las angustias,
aradas por el tormento.
Esperando valimiento,
oro supplex, et acclinis
cor contritum quasi cinis
ya delante de ti estoy;
si al fin perdonado soy,
gere curam mei finis.

Será día de terror
lacrimosa dies illa
que resurget ex favilla
mi gobierno pecador.
Acudirá con temblor
judicandus homo reus.
huic ergo parce, Deus,
y si desdeñas mi llanto,
si es inútil mi quebranto,
Jesu, sis protector meus.

CASTRO Y OROZCO.

Castro y Orozco es un personaje histórico. Ha sido escritor, poeta, diputado, ministro, decano de un tribunal, presidente de un congreso, y hubiera sido embajador, si entre él y su embajada no se hubiese interpuesto la tumba. Tiene una vida en la historia de la cual nos es lícito apoderarnos, porque lo que pertenece á la historia nos pertenece á todos; cuando un hombre ha muerto, sin faltar al respeto que se debe á su cadáver nos es lícito coger, desmenuzar, estudiar los hechos buenos ó malos que se refieren á la época en que vivia para ver hasta qué punto es acreedor á la nueva vida que se le concede despues de muerto. Ocuparse de un personage histórico no es ocuparse de un muerto sino de un vi-

vo, aunque el tiempo haya ya reducido á polvo sus despojos. Hay hombres cuya influencia les sobrevive, que despues de muertos egercen todavía cierto poder sobre los vivos, á veces sobre uno solo, á veces sobre una familia, á veces sobre una patria, á veces sobre el mundo entero. El mismo Castro y Orozco es un egemplo de esto. Alvarez de Castro, despues de muerto, influyó sobre su destino, le hizo marques de Gerona, personificó en él una de nuestras mas gloriosas tradiciones, uno de los hechos mas heróicos de nuestra epopeya nacional. Si posible fuese que la mano del tiempo borrase la memoria de aquellos sucesos memorables, el título de marques de Gerona, pasando sucesivamente á los descendientes de Alvarez de Castro, los recordaria á las generaciones futuras. Solo es de sentir, como veremos mas adelante, que el título de marques de Gerona, por la rara coincidencia de haber recaido en Castro y Orozco, confunda los recuerdos del espíritu de nacionalidad de nuestros padres con los recuerdos de nuestra abyeccion y dependencia.

Si Castro y Orozco hubiese cometido alguno de esos pecados feos que no tienen perdon en este mundo ni en el otro, la calaverada que ha hecho de morirse nos impediria ocuparnos de él, y no hariamos la autopsia de su alma despues que se ha hecho la autopsia de su cuerpo. No diriamos de Castro y Orozco una palabra, como no la hemos dicho ni la diremos de Toreno. Ni siquiera un sencillo epitafio le

consagrariamos á la manera del que consagró Villergas á D. Mateo Miguel Ayllon, quien tuvo la precaucion de descender á la tumba para no tener que dar cuenta de sus actos á los inexorables autores de los Políticos en camisa. Y eso que los actos de Ayllon, si prescindimos de la parte que tomó en la coalicion de marras y de la responsabilidad de que le hizo partícipe su pertenencia al gobierno provisional, no dejan de ser meritorios. Un hombre que muere pobre habiendo sido ministro, que desde la poltrona de Hacienda pasa al sepulcro careciendo de recursos hasta para hacerse enterrar, es acreedor á mucha indulgencia y á muy grandes consideraciones. Con todo, si no hubiese tomado con oportunidad la sabia medida de morirse, algo de él hubiéramos dicho que acaso no lo hubiera podido digerir. Pero emigró de este mundo, sin duda conociendo que no habia otro medio de ponerse en paz con nosotros. Ya dejamos consignado en los Políticos en camisa, ocupándonos de Seoane, un principio de transaccion con los hombres que desnudamos que sentimos que no haya sido generalmente admitido. Consignémoslo ahora en la Morralla. El camaleon político que quiera que le tratemos con benignidad ó que no saquemos á relucir su vida y milagros, dése mucha prisa en morirse, que como haga esta buena obra y preste este servicio á la patria, le perdonaremos todos los desservicios y malas obras.

La necrologia de Castro y Orozco puede muy bien bosquejarse sin profanar su memoria, y por esta razon nos atrevemos á bosquejarla. Nos ocuparemos de él como político y no como hombre, porque es el político y no el hombre lo que aqui se busca. Asi es que no nos encaramaremos por su arbol genealógico para averiguar quienes fueron sus padres y quienes sus abuelos; tampoco examinaremos la data y punto de su nacimiento, ni si le crió su madre ó una nodriza, y hasta pasaremos por alto los trabajos que pudo costarle el destete y la denticion, y la escarlatina y la alfombrilla, y el *musa musæ*, y el *quis vel qui*, y el *mascula sunt maribus quæ dantur nomina solum*. Para nosotros la vida de Castro y Orozco empieza en el momento en que comenzó á figurar en política, y su niñez de político, por consiguiente, corresponde cuando menos á su pubertad de hombre. Considerándole como literato y poeta no diremos grandes cosas, porque como literato y poeta no es una grande cosa. Ha escrito bastante poco. Carece de originalidad en sus ideas, y al mismo tiempo no dá pruebas de una erudicion vasta. Sus escritos son suficientes para acreditar que no es un pobre hombre, pero son insuficientes para probar que es un genio. Como poeta no le conocemos mas que por su comedia *Fray Luis de Leon*, comedia ligera, sin mucho plan, sin grandes combinaciones, sin acontecimientos de grande interes, pero bien versificada, bien sostenida, y muy superior á otras que gozan de mas fama. Por supuesto

que la preferimos á todas las de Martinez de la Rosa, sin esceptuar la *Conjuracion de Venecia*, en la cual el autor produce pequeños efectos con grandes causas, y tiene necesidad para conmover de dar tormento en la escena, con lo que casi dá tormento á los espectadores. La preferimos á todas las de Gil y Zárate, porque al menos *Fray Luis de Leon* está en castellano y en buenos versos, y no es un plagio ni una reminiscencia, y sus caractéres están acabados, y las personas no dicen barbaridades, y el diálogo tiene novedad sin dejar de ser natural, y no se habla chavacanamente de amores en el cielo. La preferimos al *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, que es la obra maestra del duque de Rivas, drama estravagantísimo, que tiene, como se supone, una versificacion mas lozana y conceptos mas calderonianos que las de Martinez de la Rosa, Gil y Zárate, Doncel y Larrañaga; pero que no por esto deja de ser una estravagancia de malísimo género, que en parte quiere parecerse á nuestras comedias antiguas y en parte á los modernos dramas franceses, en que se acumulan accidentes tontos, ridículos, inmotivados é indeterminados, que todos podrian ser reemplazados por cualquiera otro, porque al cabo no hay derivacion, dependencia ni analogía entre ellos, sino una mera sucesion de tiempo en todos los lances que se van ensartando como en un libro de caballería. El romanticismo señala la brecha abierta involuntariamente por el genio en la valla levantada por Aristóteles. Y decimos involuntariamente, para

que no se crea que el genio infringió las reglas por el mero prurito de infringirlas. El verdadero romanticismo es la libertad y no la anarquía literaria; no es obra del genio que prescinde de todas las leyes, sino del genio que se crea otras nuevas, y asi es que Buchardi y Dumas tienen tanto arte y están tan sometidos á leyes como el mismo Moliere; pero sometidos á artes y leyes diferentes. Despues que desaparecieron las leyes antiguas y antes que hubiese otras sancionadas por la práctica, quedó á cargo de los grandes dramatistas trazar concienzudamente ciertos límites que en lo sucesivo habian de ser las bases, si asi puede decirse, del nuevo código literario. Se trazaron un círculo mas ancho que el primitivo en que se revolvian; no se desprendieron del compas de los clásicos, sino que lo abrieron algo mas para trazar una circunferencia mayor; no faltará algun dia quien abriendo mas el compás todavía, deje esta circunferencia dentro de la nueva que él trace, y es muy posible que el romanticismo de hoy sea el clasicismo de mañana.

El duque de Rivas conoció que podia saltarse la valla levantada por los preceptistas, pero no comprendió que si mas allá de esta valla no encontraba otra, su conciencia habia de trazársela. Siguiendo á los dramatistas modernos saltó la barrera en pos de ellos, como alguna vez la salta el toro acosando al torero, pero no se detuvo en la contrabarrera, y hasta invadió los tendidos. Vió el grande efecto de

los dramas de la nueva escuela, y lo atribuyó al desprecio absoluto de todas las reglas; confundió la libertad con la anarquía, el arte nuevo con la falta de arte, la amplificacion del código con su destruccion. Comparándole con los grandes genios, puede decirse de él lo que ha dicho Victor Hugo de Camilo Desmoulins, refiriéndose á Mirabeau. Los grandes dramatistas modernos le fascinaron con sus ideas, y su cabeza no era bastante fuerte para llevarlas.

No hay necesidad de decir que el drama del duque de Rivas está en verso casi en su totalidad. En España casi todos los que escriben para el teatro la han dado en esta gracia. Se hacen los dramas en verso porque no se sabe hacer prosa, y sobre todo porque no se saben hacer dramas. Se le dan al público consonantes en vez de conceptos, y en lugar de producir efectos por medio de una peripecia, por medio de una situacion verdaderamente dramática, se trata de producirlos por medio de una redondilla. La mayor parte de nuestras piezas teatrales mas aplaudidas son acreedoras á una silba, y todas la llevarian atroz si estuviesen en prosa. Nosotros, cuando vemos ó presenciamos una pieza teatral en verso, procuramos juzgarla como si estuviese escrita en prosa, y la que consideramos incapaz de sufrir sin deteriorarse mucho esta transformacion, la calificamos de mala aunque la aplauda el público. *El Trovador* de García Gutierrez, *el*

conde D. Julian de Principe y *los Amantes de Teruel* de Hartzembusch, á pesar de sus magníficos versos pueden reducirse á prosa sin menoscabarse, sin desmerecer nada como dramas; es seguro que no llegan á doce las piezas del teatro moderno español capaces de resistir esta prueba. Nuestras composiciones dramáticas son una interminable procesion de versos, medianos por lo comun y algunas veces buenos, esceptuando las de Gil y Zárate, quien no contento con escribir malos dramas en verso, escribe malos dramas en mal verso.

Un gusto muy estragado y un criterio muy pobre serian menester para no preferir los dramas sin invencion de Martinez de la Rosa á los de Gil y Zárate, los descabellados del duque de Rivas á los de Martinez de la Rosa, y el harto sencillo de Castro y Orozco á la obra magna del duque de Rivas. Sin embargo, la reputacion sigue un orden inverso al establecido por la sana razon y la justicia. Muchos posponen Martinez de la Rosa á Gil y Zárate, el duque de Rivas á Martinez de la Rosa, y Castro y Orozco al duque de Rivas. Pero ¿quiénes son esos? Los que desgraciadamente constituyen la mayoría, los ignorantes y los fatuos, los que no comprenden las obras que leen ó juzgan las obras sin leerlas. Entre los primeros debemos contar á casi todos los españoles; entre los segundos á casi todos los franceses. Los primeros son necios, y no nos ocuparemos de ellos para que no nos arguyan con el refran: *contra gustos no*

hay disputas, lo que nos obligaria á neutralizar su argumento con el otro refran: *hay gustos que merecen palos*. Sentimos que sean tan estúpidos, pero ¿cómo ha de ser? no hemos nacido para domar potros. Nos guardaremos bien de tomar á nuestro cargo la elevada mision de civilizar la patria de Gil y Zárate. Con respecto á los críticos franceses ya es otra cosa. Hace mucho tiempo que deseamos darles una carga, y tomamos la ocasion por los cabellos. Empezaremos diciendo que nosotros somos partidarios de la literatura francesa, que creemos que la Francia empuña el cetro del orbe literario, y que por lo mismo en nuestra pobre librería apenas se encuentran obras españolas como no sean las de nuestros clásicos antiguos y poetas de la edad media. ¿Para qué queremos á los modernos, esceptuando tres ó cuatro? Nosotros tenemos los libros para que nos instruyan ó diviertan, y francamente nos divierten y nos instruyen muy poco los libros modernos españoles. Bien sabemos que esta especie de salvedad no sentará bien á todos. ¿Cómo ha de sentar bien á Rubí, quien en el drama político se considera al nivel de Scribe, y tal vez se creeria humillado si su *Rueda de la Fortuna* se comparase al *Vaso de agua?* Y hay muchos Rubís en España. Son muchos los que habiendo debido un aplauso á una alusion política, á una analogía de circunstancias violentamente establecida ó á una espresion patriotera, en una palabra, al mal gusto del público, se han formado de sí mismos un concepto tan

ventajoso, que á pesar de que su nombre ha quedado circunscrito dentro de los límites de España, creen que ha traspasado fronteras y canales, y que gozan de una reputacion universal. ¡Vanidad humana! En Francia el nombre de Rubí es tan desconocido como el de Neira de la Mosquera, y sin embargo Rubí no puede hacerse cargo de tanta ingratitud, de tanta falta de cosmopolitismo literario, y es seguro que él y muchos como él no ven un estrangero sin que se sientan tentados á preguntarle, ¿qué dicen de mí en Paris? ¿qué dicen de mí en Londres? ¿qué dicen de mí en Washington? ¿qué dicen de mí en Constantinopla? El amor propio de nuestros literatos se revela en este verso de Zorrilla: *El mundo y yo mirándonos estamos.* No necesita malas antiparras el mundo para ver á Zorrilla.

Es evidente que en un pais en que el amor propio tiene estos arranques no se puede decir sin acarrearse enemistades que los españoles no somos en todo los primeros del mundo. Nosotros lo decimos sin embargo, y no por esto sentimos ser españoles, porque asi al menos no somos portugueses. Ni se deduzca de la superioridad que reconocemos en los franceses que somos de aquellos á quienes, en un sentido inverso de lo que sucede á los españoles fanáticos por su patria, les parece bueno todo lo del otro lado de los Pirineos. No, nosotros no diremos lo que el diputado Pacheco en una sesion célebre aludiendo al enlace de la infanta de España con un hijo del rey

de Francia: «todo lo de Francia deseo verlo en España á escepcion de los príncipes.» Otras muchas cosas á mas de los príncipes quisiéramos que no se introdujesen en España. Aborrecemos las costumbres francesas, las farsas francesas, la política francesa, y sobre todo la crítica francesa que se refiere á cosas españolas. No hay hombres menos aprensivos que los franceses cuando se ocupan de nosotros. Se desprenden de todo, hasta del talento y de la conciencia. Si se les ocurre hablar de la Alemania, hablan de la Alemania con tanto acierto como de la misma Francia. Si juzgan á Byron ó á Walter-Scott, su crítica es discreta, concienzuda, casi matemática. Pero tienen á bien hablar de nuestra literatura ó de nuestros literatos, y dicen cualquier cosa, nombran á cualquiera, escriben lo primero que les pasa por la cabeza, levantan mil testimonios, cometen mil anacronismos, dan pruebas de ignorar hasta su bibliografía nacional. Atribuyen á Larra el *D. Juan de Austria*, drama que les pertenece á ellos, y hasta el *Arte de conspirar*, que es acaso en su género la mejor produccion de uno de sus escritores mas célebres. Hacen á García Gutierrez, como puede verse en el *Diccionario de la Conversacion*, nada menos que autor del *Margarita de Borgoña*, de Alejandro Dumas. Citan una porcion de autores españoles ramplones que ni en España les conoce mas que su familia. Un dia nos van á citar á Neira y hasta á Ovilo y Otero. Remozan á Quintana y ponen á Larrañaga una peluca de primer barba. Al

primero le llaman jóven y al segundo viejo. En conclusion, escriben barbaridades á destajo, y no se crea que los que las escriben sean literatos de chicha y nabo, no; son escritores de primer órden, literatos acreditados que se reunen para producir un trabajo colectivo que al parecer debe ser efecto de una discusion seria y detenida. Se parecen á ciertos monomaníacos que hablan siempre con acierto menos cuando versa la conversacion sobre cierto punto determinado. Los críticos franceses solo deliran cuando hablan de España; aprovechan sus intervalos lúcidos para hablar de lo que no nos pertenece, y entonces hablan perfectamente.

De Castro y Orozco considerado como poeta no dicen una palabra los críticos franceses, á pesar de que, como hemos dicho, meten en sus artículos relativos á nuestra literatura actual tanta morralla literaria como nosotros morralla política en este apéndice que estamos escribiendo. *Fray Luis de Leon*, sin embargo, es digno de ocupar un buen lugar en nuestro repertorio dramático moderno. No es un drama de grande espectáculo: es una composicion sencilla, demasiado sencilla; carece de variedad, de combinacion, de enredo; pero está tan bien ordenada; sus accidentes, aunque poco numerosos, tienden todos tan directamente á concentrarse en un punto para producir un efecto único, que revelan en Castro y Orozco un buen conocedor del arte, que podia haber recogido en el teatro una gloria mas dura-

dera que en la arena política. No es esto decir que el drama *Fray Luis de Leon* no tenga defectos: tiene varios, entre ellos uno muy capital. Se presenta en el último acto una turba de estudiantes cantando la jota en el atrio de una iglesia, lo que viene tan á cuento como el título de marques dado al autor por ser sobrino del que defendió Gerona. Los estudiantes forman una escena incoherente, heterogénea, independiente de la accion, una cosa postiza, una añadidura, un remiendo que no es del color de la pieza, que no tiene mas objeto que alargar el acto, y este defecto se hace muy notable en una composicion cuyo principal mérito es la unidad.

La escena estudiantina sobra enteramente, y á ningun género de literatura puede aplicarse con tanto rigor como al dramático aquel principio: *quæ superfluunt nocent.*

En un drama de Rubí este defecto, por ser tan comun en sus composiciones, hubiera apenas sido perceptible. En los dramas de Rubí los accidentes que interceptan el curso del drama son numerosos, son el estado normal del mismo drama, siendo muchas veces difícil adivinar lo que se debe tomar por principal y lo que por accesorio. *Bandera negra*, por ejemplo, es una comedia embutida en un sainete ó un sainete embutido en una comedia, cuyas escenas se interpolan sin guardar ilacion; hay dos acciones que nada tienen que ver entre sí, que marchan paralelas, que no se tocan jamas; primero salen los

amos, hablan un rato en serio y se van; despues salen los criados, hablan un rato en tonto, y se van para que vuelvan á salir los amos; estos salen en efecto porque les toca el turno, y luego vuelve á tocar á los criados, y asi alternativamente desde el principio al fin, siendo de advertir que los criados hacen siempre lo mismo; salen, refunfuñan y se marchan á aguardar turno; vuelven á salir, á refunfuñar y á marcharse hasta que les llega la tanda otra vez, y todas las veces pasan el tiempo perfectamente diciendo vaciedades que no son de las mas graciosas en versos que no son de los mejores. Rubí no ha sabido dar unidad á la variedad, Castro y Orozco no ha sabido dar variedad á la unidad. Una vez sola lo ha intentado, y la unidad ha sido sacrificada. Castro y Orozco, cuando no ha querido ser él mismo, ha sido Rubí. Mas variedad, Sr. Castro; Sr. Rubí, mas unidad; unidad en la variedad, hé aquí las obras de los grandes artistas, de los grandes genios, hé aquí la armonía, que no se encuentra ni en lo monotono ni en lo desconcertado.

Castro y Orozco, considerado como politico, queda ya bosquejado en los *Políticos en Camisa*, en el grande cuadro en que trazamos la fisonomía del partido moderado en general. Dijimos entonces que ningun moderado lo era *ab initio*, y de consiguiente alguna otra cosa debió ser Castro y Orozco antes de ser moderado. Efectivamente antes de ser moderado fué hombre de movimiento, fué hasta juntero;

tenia necesidad de darse á conocer. Poco á poco se fué apaciguando como el agua de un estanque herida por una piedra, y sin saber cómo pasó revista de comisario en las filas del moderantismo. Calculó que en el ejército moderado se asciende mas fácilmente y se recompensan mejor los servicios que en el ejército del pueblo. Sus cálculos no le engañaron; hizo una carrera rápida: en poco tiempo ascendió á ministro, á decano de un tribunal, á presidente de una asamblea, y por último á marques de Gerona. Su política, como la de todos los moderados, es una mala parodia de la de Royer Collard y su discípulo Cousin, quienes se empeñan en probar que el derecho está en el hecho y la razon en la fuerza, y se valen al efecto de argumentos que aunque presentados con una elocuencia bastante parecida á la de Rousseau, son menos ingeniosos que los de este, pues no se necesita mucha penetracion para encontrar lo que tienen de sofísticos ni mucha fuerza lógica para destruirlos. Si Cousin fuese capaz de convencer, las doctrinas que establece serian sin duda muy funestas. Afortunadamente descansan sobre bases falsas que se desmoronan al ponerse simplemente en contacto con la lógica natural.

Castro y Orozco no pertenecia en estos últimos tiempos á la fraccion moderada propiamente dicha, ni á la fraccion conservadora. Tenia bastante talento para no pertenecer á esta, y bastante conciencia

para no pertenecer á aquella. Conocia que su partido era débil y que se suicidaba dividiéndose, por cuya razon no quiso declararse contrario de la fraccion reaccionaria, á pesar de que sentia muchisimo los escesos que sus correligionarios cometian. Pasaba por todo en obsequio á la unidad de su partido. Sin embargo, se hizo tibio con una y con otra fraccion, y en los últimos dias de su vida se hallaba aislado entre las dos.

Como orador Castro y Orozco ha brillado poco. Tenia buena voz y cierto desparpajo nacido del alto concepto que se habia formado de sí mismo, pero nada mas. En la tribuna no era filósofo ni poeta; ni convencia, ni agradaba; sus discursos eran largos, interminables, pesados; la última palabra del epílogo era lo que tenian de mas agradable, porque era señal de que se habian concluido. Se daba y le daban una importancia que no tenia.

Como presidente de un congreso era bastante imparcial y severo, pero se le presentó una ocasion en que podia dar pruebas de valor cívico, y la desperdició; no tenia la firmeza del famoso Manuel.

Murió siendo marques de Gerona, cuyo título, atendida la ocasion en que se le dió, no se sabe lo que significa. No significa, como se quiere suponer, la gloria que adquirió su tio defendiendo la ciudad de Gerona contra la invasion francesa, porque precisamente el título se le confirió por haber presidido una asamblea que sostuvo los propósitos de la

Francia. El título recuerda una cosa diametralmente opuesta al cargo que desempeñaba la persona á que se concedió. Queriendo premiar en Castro y Orozco á Alvarez de Castro, debió haberse escogido otra ocasion en que no se presentase dudoso el objeto á que se dirigia la recompensa. Pero basta ya de esto, y acabemos: un título en la actualidad es tan poca cosa que no vale la pena de disputárselo á nadie. Lo que sentimos es que Castro y Orozco no haya podido disfrutar el suyo mas largo tiempo. Su prematura muerte indica lo poco que valen las distinciones y oropeles mundanos puesto que son insuficientes para prolongar la vida un solo dia. *Fata manent omnes, metam properamus ad unam. Omnia sub ictu mors habet* (1).

---

(1) En el juicio que acabamos de hacer de Castro y Orozco y en el que sigue de Ordaz y Avecilla, se dicen algunas cosas relativas á ciertas personas en que acaso Villergas y el Jesuita no estén conformes, siendo capaces de acarrear á uno ú otro de los dos animadversiones particulares. Para que la responsabilidad pese sobre quien debe pesar, advertimos que el capítulo consagrado á Castro y Orozco es del señor Ribot y el siguiente dedicado á Ordaz y Avecilla es del señor Villergas. Como es muy posible que Ribot y Villergas escriban para el teatro, y en la biografía de Castro y Orozco son juzgados con algun rigor algunos censores de las piezas teatrales, decimos cual es el autor para que Villergas no sea víctima de un resentimiento de *comité*. Esta nota es del mismo autor del artículo que la precede.

D. JOSÉ ORDAZ Y AVECILLA.

No vamos á hablar del señor Avecilla tan mal como quisieran sus enemigos, ni tan bien como quisiera él que habláramos.

La imparcialidad es el primer requisito de la crítica, porque no debemos jamas confundir la crítica con la sátira ni con la apología, vicio en que han incurrido la mayor parte de nuestros escritores, que al ocuparse de los hombres y de sus obras, se han dejado llevar generalmente del espíritu de partido, y el espíritu de partido ha sido siempre la pauta á que han ajustado sus pensamientos. Nada hay mas bello que leer en los diarios de las cámaras francesas estas palabras de Berryer, gefe del partido legitimista ó realista: «*Doy gracias á la Convencion por haber salvado la independencia de la Fran-*

cia.» Y si algun rasgo de sublime imparcialidad puede compararse á este, le encontraremos en las siguiente palabras de Cormenin, escritor republicano: «*Berryer es, despues de Mirabeau, el primer orador frances.*»

En España, desgraciadamente hasta ahora, los escritores y los oradores no han tenido la suerte de merecer una crítica concienzuda, sin duda porque las continuas revueltas han atizado y mantenido las pasiones en un grado de exaltacion superior á los deberes que imponen la razon y la filosofía. Escríbase bien ó mal, pero en sentido progresista, y cualquier autor se verá desdeñado por el *Heraldo* aunque sea un Ciceron, y al mismo tiempo aplaudido y divinizado por el *Clamor y El Espectador* aunque sea un asno. Cotéjense los juicios críticos que algunos periódicos han hecho de una misma persona, de *Gonzalez Brabo*, por ejemplo, y descubriremos la habilidad de los periodistas en materia de permutaciones. «El señor Gonzalez Brabo, decian los moderados antes del año 43, es un palabrero, un hablador falto de inspiracion y de lógica, que quiere suplir la escasez de sus dotes oratorias con frases huecas, hinchadas; declamaciones vagas, bambolla, pura bambolla;» y al mismo tiempo decian los progresistas: «el señor Gonzalez Brabo es un orador fogoso, vehemente, que arrebata y persuade con los arranques de su brillante imaginacion y con los golpes inimitables de su dialéctica.» Hoy se han trocado los pape-

les, y dicen los moderados que Gonzalez Brabo está mas alto que Lopez como orador, al paso que los progresistas le colocan debajo de Bernabeu. ¿Será que el Sr. Gonzalez Brabo ha adelantado algo en la carrera parlamentaria? En este caso la crítica de los progresistas es apasionada. ¿Es que en lugar de adelantar ha atrasado en la oratoria tanto como en las teorías políticas? Entonces siempre le han juzgado mal los moderados. Si el Sr. Gonzalez Brabo no ha ganado ni perdido terreno en el campo del debate, que es lo que nosotros nos aproximamos á creer; si el Sr. Gonzalez Brabo es hoy el mismo, el mismisimo orador de 1842, porque ningun cambio se ha verificado favorable ó adverso en sus facultades intelectuales, en ese caso quiere decir que los moderados y los progresistas han faltado á sus deberes como críticos, unos y otros han perdido de vista al orador para mirar esclusivamente al hombre político.

Nosotros somos los primeros, y se puede decir que los únicos en esta parte que han comprendido y llenado debidamente la mision de críticos. Por eso al lado de un moderado sacamos á plaza un progresista ó un demócrata, y si algun desliz cometemos en nuestros juicios, culpa será de nuestra organizacion, de nuestro modo de ver y apreciar las cosas, y no de ese espíritu de pandillaje que guia á manifiestos absurdos. Se necesita toda la candidez del *Eco* para decir que Ovilo y Otero es historiador;

toda la serenidad sistemática de Galiano para asegurar que el *Trovador* tuvo inmerecidos aplausos, y la hipocresía jesuítica de Masarnau para escribir en un periódico que si Rossini hubiera seguido un género de composicion mas digno de él, es decir, si en vez de hacer óperas hubiera hecho misereres, maitines y completas, no hubiera tenido el desconsuelo de ver morir su música antes de morir él. ¡Diablo con Masarnau! O nosotros no la entendemos, ó los que tales críticas hacen menos escriben lo que les dicta su conciencia que lo que les aconsejan sus opiniones políticas y relijiosas. Pero no; criminales seríamos en someternos al yugo caprichoso de una disyuntiva inadmisible; estamos seguros de que lo entendemos, de que sabemos apreciar las cosas y de poder por esta vez dar nuestro fallo sin apelacion. Diga lo que quiera el órgano de la comunion liberal, escriban Masarnau y Galiano como se les antoje, siempre diremos que Ovilo y Otero necesita comer muchos mendrugos é ir á la escuela á recibir todavía muchos azotes, para aspirar no solo al título de historiador sino al de escritor; diremos asimismo que el *Trovador* es uno de los pocos dramas que merecen pasar á la posteridad, uno de los pocos dramas del siglo XIX que pueden colocarse á la altura de las buenas obras del teatro antiguo, uno de los poemas, en fin, de que pueden envanecerse la nacion y el siglo que los produce; y diremos, por último, que la *Semíramis*, el *Barbero de*

Sevilla y el *Guillelmo Tell* pasarán á la posteridad no solamente como obras de gusto, de inspiracion, de genio y de mérito artístico, sino como modelos que serán constantemente objetos de veneracion y asombro para los amantes de la música.

En la persuasion de que la pasion no nos impide someternos á las exigencias de la buena crítica, hemos hablado y seguiremos hablando de los hombres de todos los colores; no con la vana presuncion de acertar siempre, pero sí en la inteligencia de dar á cada uno lo que de derecho le corresponde. En este concepto tomamos hoy la tarea (no sabemos si dulce ó amarga) de sacar á volar al señor Avecilla (que bien puede volar siendo *ave*, aunque *ave* diminutiva) por el horizonte político que dá pasto y recreo á nuestras investigaciones.

La cabeza del Sr. Avecilla examinada frenológicamente seria seguramente un objeto curioso y ameno para el que la observase bien, en el supuesto de que la frenología sea una ciencia digna de crédito, lo que no nos atrevemos á asegurar aunque no sea mas que para que los curas no nos persigan como propagadores del materialismo, que es lo que últimamente ha sucedido con el señor Cubí, acusado de materialista por unos cuantos estúpidos (1).

---

(1) Aquí decia algo mas; pero no es culpa de los redactores de esta obra el que las verdades sufran alguna mutilacion en el impreso.

¡Ah! ¡para cuándo se quedan las varas de fresno y los látigos de correa! Pero volviendo á nuestro asunto, diremos que si la frenología merece fé y hay algun frenólogo que se tome el trabajo de analizar el cráneo del Sr. Avecilla, encontrará forzosamente protuberancias tan superabundantemente desarrolladas, que serán con relacion á las de otras cabezas lo que el Guadarrama á la montaña del Príncipe Pio, lo que los Pirineos al Guadarrama, lo que los Alpes á los Pirineos, lo que el Imalaya á los Alpes.

Empezando por la parte superior de la cabeza, hácia el punto en que vienen á converjir los dos parietales y el coronal, se hallará seguramente una eminencia que nosotros no sabemos á qué compararla como no sea á una pirámide de Egipto: este es el órgano que segun los inteligentes indica el *aprecio de sí mismo*, y que traducido al lenguage vulgar quiere decir el *amor propio*. El Sr. Avecilla en efecto posee esta cualidad en grado superlativo. Si le hablan VV. de política les contestará con su aura popular, con sus antecedentes, su porvenir, su influencia: toda su política esta reducida, circunscrita á su persona. Si le hablan de jurisprudencia, responderá preguntando: ¿Han estado VV. ayer á oir mi discurso en la sala primera? Cuando el Sr. Avecilla haga una interpelacion de esta naturaleza, apresúrense VV. á decir que sí aunque sea mentira, porque de lo contrario se ofenderá su *amor propio*

y dirá con el acento de la desesperacion:—Les condeno á VV. á la pena... de no haberme oido.—Y como hombre que necesita aliviar un resentimiento con un desahogo, repetirá la defensa de pe á pa con todos sus detalles, paréntesis, puntos y comas, y ademas por via de apéndice ó nota los efectos que produjo su voz en el ánimo de los jueces, la satisfaccion que se reflejaba en el rostro de los oyentes, el abatimiento del orador contrario cada vez que de su boca salia uno de aquellos conceptos que conmueven, que arrebatan, que seducen, que destruyen el plan de acusacion mas hábil y sólidamente combinado.—Y entre paréntesis añadirá que de estos conceptos felices tuvo tantos como palabras pronunció en el discurso de cuatro ó seis horas, hablando muy deprisa y sin escupir.—Y luego falta hablar de las lágrimas que corrian por las mejillas del reo agradecido, y las bendiciones de la familia del reo agradecida tambien, y de las manifestaciones afectuosas de los amigos de la familia del reo tambien agradecidos, y del asombro y veneracion de la parte contraria, y de las salutaciones de los amigos personales al salir de la audiencia. Todo esto habrán VV. de sufrir siempre que tengan la torpeza ó debilidad de decir que no han oido una de sus defensas, todo esto y algo mas que esto, porque ahora falta lo principal, que es el juicio crítico del discurso del Sr. Avecilla hecho por el Sr. Ordaz.—Hé aqui una ligera muestra que pondremos en boca del autor, oigamos:—

• En el poco tiempo que llevo de abogado he vencido dificultades insuperables para otros hombres educados y encanecidos en la carrera del foro. Yo tengo el talento particular de penetrar de una ojeada todos los arcanos del proceso; hago la descomposicion de la materia, analizo, escudriño y vuelvo á componer en menos tiempo del que cualquiera otro necesitaria para quitarse los guantes; cada frase me presenta un mundo de ideas que, gracias á este tacto privilegiado que Dios me ha dado, formulo y presento con una ilacion, con una graduacion, con un órden de que apenas ofrece un solo ejemplo la historia de todos los paises y de todos los tiempos. Si el abogado contrario es hombre prudente y rinde el debido homenage á mi indisputable superioridad, me contento con ilustrar la conciencia de los magistrados apelando á los recursos del raciocinio de que mi cabeza es un manantial inagotable; pero si por casualidad tropiezo con un hombre indiscreto que tiene la osadía de mirarme frente á frente, entonces, olvidándome de que soy *Avecilla*, me multiplico, me elevo en mis aspiraciones legítimas á las regiones del águila real, y precipitándome con vuelo rápido sobre la víctima la sujeto, la desgarro, la pulverizo hasta que invoca el perdon con los gemidos de la agonía, en cuyo caso la abandono á su suerte, satisfecho de mi triunfo y de haber dado el merecido castigo á su loca temeridad. En el último discurso estuve inimitable; ¿qué digo inimitable? sobrehumano: lo que yo hice

fué una inspiracion divina, un fenómeno que no volverá á reproducirse. Estuve tan sublime, tan filosófico, tan elevado, que los inteligentes se quedaron pasmados, confesando que era tal la escelencia de mi oratoria que no pudieron entenderme. En vano revolvian su memoria buscando en ella objetos de comparacion, porque las mas ilustres figuras palidecian en el paralelo. Dijeron que Lopez tenia casi tanta facilidad como yo; pero que siendo menos lógico no podia compararse conmigo. Dijeron tambien que Cortina era casi tan lógico como y — pero que no podia compararse conmigo por no ser tan elocuente. Han dicho muchas cosas mas, pero ninguno ha acertado á dar una idea exacta de mí, y francamente, estoy quejoso de la prensa y de mis amigos, que para hablar de mi mérito dicen que tengo estilo, que tengo verbosidad, que tengo pasion, que tengo criterio, que tengo talento; pero ninguno ha sabido herir la dificultad, ninguno ha puesto el dedo en la llaga. ¡Talento! eso lo tiene cualquiera, y por lo mismo no es una circunstancia recomendable. ¡Talento! ¡valiente cosa habria yo adelantado si tuviera talento! No señor, yo no tengo talento, la cualidad que resalta en mí no es el talento, es otra dote mas rara, mas inapreciable, *el genio*. Si señores, yo soy un *genio*, y ya ven ustedes que teniendo un hombre *genio*, puede, como yo, hacer un brillante papel aunque no tenga pizca de talento. Y siendo yo, como lo soy, porque yo mismo lo conozco; siendo, como digo, un *genio*, hay hombres

que me hacen el agravio de recomendarme con esos lugares comunes, de decir que tengo talento, que hablo bien, que soy mas lógico que Cortina y mas elocuente que Lopez, como si el compararme á mí con esos medios hombres no fuera una humillacion!!! ¡Oh, franceses, ingleses, alemanes; á vosotros me encomiendo pidiendo la justicia que la envidia y el egoismo me niegan en esta nacion! ¡Bien dijo el que dijo que nadie es profeta en su patria!!!»

No concluiriamos en dos ó tres entregas si quisiéramos dar una idea cabal de los juicios críticos que hace el Sr. Ordaz de los discursos del Sr. Avecilla, por cuya razon dejamos al gusto de cada uno el oirlos de la propia boca del orador, que no es difícil, tanto no es difícil como que no hay cosa mas fácil, pues para lograrlo basta saludar al Sr. Ordaz Avecilla.

Con que ya ven VV. la colita que ha traido el hablar de jurisprudencia con este señor, y sobre todo el cometer la imprudencia de decir VV. la verdad, diciendo que no habian oido el discurso pronunciado en la sala primera. Esto prueba el adajio que aconseja que hay verdades que no se pueden decir. Por lo demas, si VV. quieren aplicar algun remedio al Sr. Avecilla para curarle la mania de hablar de sí, les digo francamente que no se cansen, porque todo será inútil. Es como aquel poeta de que nos habla Quevedo en el Gran Tacaño, que habiendo hecho novecientos y un so-

neto á las piernas de su dama, se empeñó en recitárselos á otro que le acompañaba desde Alcalá á Madrid, y en vano el acompañante víctima trataba de distraer la atencion del poeta hácia otros objetos, pues cuando aquel decia:—Mire V., mire V. una liebre que va corriendo por aquella cuesta, respondia el poeta:—Le recitaré á V. un soneto en que la comparo á ese animal,—y esclamando el otro de pronto; ¡válgame Dios qué milagro! ¡Creo haber visto una estrella, y eso que estamos á la mitad del dia!—insistió el poeta:—Le recitaré á V. otro soneto en que la llamo estrella.—Yo digo lo mismo del Sr. Avecilla: si para distraerle de su ocupacion favorita le hablan VV. de pintura, de arquitectura, de música, de poesía ó de rábanos, no será capaz de hablar de todo esto, pero será capaz de hacer girar la conversacion de modo que recaiga en su persona; ya porque haya estudiado el asunto de que se trata, y entonces no hay cosa mas natural por lo mismo que lo ha estudiado, ya porque no lo ha estudiado, y en este caso tambien se verifica el cuarto de conversion hácia su persona por lo mismo que no lo ha estudiado. Todo, todo le viene bien; la música porque le cansa, la pintura porque le entretiene, la poesía porque le fastidia, la arquitectura porque le incomoda, y los rábanos porque se le indijestan. Todas las calles van á la plaza, todos los caminos á Madrid, todos los rios al mar, todas las oraciones á Dios, todos los asuntos al mismo objeto, al único,

al esclusivo objeto de las conversaciones del Sr. Avecilla, *su persona.*

¡Cosa estraña! hay otro órgano en la cabeza del Sr. Avecilla que si no es una pirámide será un obelisco por lo menos, y este órgano ¡pásmense VV. y pásmese el Sr. Avecilla! es el de la *adquisividad* (1). cosa en que nadie habrá reparado, en que nadie habrá creido y que probablemente nadie querrá creer aunque nosotros lo digamos hasta tanto que lo probemos, pero lo probaremos. Si la *adquisividad ó afan de adquirir* se limitára al dinero, seguramente nos hubiéramos abstenido de avanzar esta especie contra el Sr. Avecilla; pero se puede tener el *afan de adquirir*, sin ambicionar el dinero, como por ejemplo, se puede ambicionar el poder, la posicion social, la popularidad, la gloria, y en este concepto hablamos. Creemos que debe estar muy alto, muy gordo, muy maduro el órgano de la *adquisividad* en la cabeza del Sr. Avecilla, tanto debe estarlo que no se le hallará otro que predomine ni que le iguale como no sea el del *lenguage.*

Pero se nos dirá que hasta aqui vamos hablando del hombre privado y no del político, y que lo que quiere el pueblo es conocer á los políticos sean

---

(1) Al emplear esta palabra, que no es la mas propia seguramente, no es nuestro ánimo poner en duda la moralidad del Sr. Avecilla. Afortunadamente para él y para nosotros, su reputacion en esta parte está bien sentada.

quienes quieran los hombres. Sin embargo, todo lo que llevamos dicho conduce á la resolucion del siguiente problema: «El Sr. Ordaz y Avecilla ¿puede ser buen diputado?»

¿Saben VV. lo que dicen por ahí?... que el Sr. Avecilla puede ser buen diputado. Por nuestra parte, despues de lo que llevamos espuesto respecto del Sr. Avecilla, por escusado tenemos el contestar á la pregunta, pero contestaremos diciendo redondamente «NO;» y no dirá el Sr. Avecilla que no buscamos todos los rodeos posibles para decírselo con finura y delicadeza. Tiene tres cualidades que podrian ser tres virtudes: el *aprecio de sí mismo*, sin el cual no hay dignidad en el hombre; *el amor á la gloria*, sin el cual no hay entusiasmo, y *riqueza de lenguage*, circunstancia esencial del orador; pero su poca reflexion le ha hecho nacer un vicio en la raiz de cada virtud, valiéndonos de una comparacion de Victor-Hugo, y diremos mas, que hasta la raiz se ha convertido en vicio. El hombre que no tenga amor propio será un ente despreciable, pero si esto es malo, lo es tambien el poseerlo como el Sr. Avecilla en tan alto grado, porque en este caso degenera en vanidad, en un delirio que impide al hombre conocerse, medir sus fuerzas, contenerse en los límites de la circunspeccion, y cuando se ha estraviado, cuando ha cometido una imprudencia, cuando ha divagado todo lo que se puede divagar, no hay freno que le contenga. Las muestras

de reprobacion no son mas que señales de despecho con que se dan á conocer la envidia y la impotencia; los que aplauden, aunque sean pocos, tienen mas razon que los que murmuran aunque sean muchos; los que callan otorgan, y los verdaderos amigos, los que advierten las faltas y aconsejan la prudencia, esos son enemigos ocultos, enemigos encubiertos que se velan con el antifaz de la hipocresía para causar mas tormento. Esto es lo que piensa el Sr. Avecilla; si toda la nacion le silbase y solo un amigo le aplaudiese, diria que la nacion se equivocaba y que despues de él solo habia un hombre en el mundo digno de un altar en el templo de la inmortalidad, el que le dió el aplauso. Esta circunstancia, que no le permite hacer un uso prudente de otras dotes que posee, como es la facultad de hablar, le impele á la confusion, á la anarquía, al laberinto de las ideas, en una palabra, á hablar muy mal pudiendo como podria el Sr. Avecilla hablar bien, si oyera los consejos de personas que tal vez le aprecian mucho aunque solo digan poco, entre las cuales tenemos el gusto de contarnos los primeros. Y si á todo esto se añade el prurito de brillar, el deseo de figurar, lamentable condicion que puede sofocar en un momento de crísis todos los buenos instintos, ¿no se puede abrigar algun temor respecto á la conducta futura del Sr. Avecilla? Oigamos á los electores que representa y nos dirán que el Sr. Avecilla se presentó en una junta electo-

ral como candidato, no para ilustrar la opinion y la conciencia de sus paisanos, ni para ofrecerles su programa, sino para hablar de su persona, para ponderar su patriotismo, cuando nadie lo habia puesto en duda, como muy oportunamente le hizo observar uno de los electores. Leamos la alocucion que dirigió el Sr. Avecilla á sus comitentes despues del triunfo, y veremos que este señor triunfó *con su presencia*, nada mas que con su presencia; que el éxito se debió á su influjo mas que á los esfuerzos de los electores, á su palabra mas que á la opinion del pais, á su persona mas que á las ideas políticas que representaba. Los que abrigaban la ilusion de creer al Sr. Avecilla un orador de genio solo porque lo decia él, un gran gefe de partido solo porque él lo decia, un talento privilejiado porque él lo decia tambien, saben demasiado que nosotros no hemos dicho nunca del Sr. Avecilla mas que una cosa, *que el momento de su elevacion seria el de su ruina, que indudablemente se desacreditaria en la ocasion con que le brindára la suerte para acreditarse*, en fin, que habia hecho concebir á algunos ilusiones halagüeñas para cuando fuera diputado; pero que en cuanto entrase en el congreso se desvanecerian todas las ilusiones.—Nuestros vaticinios se han cumplido por desgracia.

No seguiremos al Sr. Avecilla en su larga (aunque bien corta) carrera parlamentaria. Su primer discurso fué su primera derrota... No abusaremos.

Pero aunque por un sentimiento de filantropia nos abstengamos de comentar aquel discurso, no podemos prescindir de decir algo acerca de las ideas emitidas por un diputado que se dice órgano de la juventud y de la democracia en el seno de la representacion nacional.

En el discurso pronunciado por el Sr. Avecilla sobre el proyecto de *sociedades anónimas,* leemos estas notabilísimas palabras:—«¿Sucede esto á las córtes? ¿Podrá suceder jamás que estas no obren con entera imparcialidad? No, señores; en las córtes está todo: está la ilustracion, *está el interes por el bien del pais.* A las córtes viene todo lo que encierra el pais de mas independiente, de mas ilustrado, DE MAS RICO. ¿Quién se atreveria en ellas á sostener intereses que no estuvieran en armonía con los intereses comunes? Nadie, señores; porque cien voces se levantarian para anonadarle.»

Con este párrafo tenemos mas que suficiente para conocer el desórden que reina en la cabeza del Sr. Avecilla. Para que las córtes obren *siempre* con imparcialidad es preciso que haya siempre una *mayoría de hombres imparciales,* y la esperiencia acredita que las *mayorías* son alguna vez parciales á favor del gobierno, por cobrar sueldo del tesoro muchos de sus individuos, ó por pertenecer al gobierno en cuerpo y alma. Por esta razon en las córtes cabe muy bien que en lugar de estar *siempre* el interes por el bien del pais, como dice el se-

ñor Avecilla, esté alguna vez el interes individual de los que constituyan la mayoría.—Lógica, señor mio, lógica.

¿Y quién ha dicho al señor Avecilla que á las córtes viene todo lo que encierra el pais de mas independiente, de mas ilustrado y de mas rico? Apostariamos cualquier cosa á que el Sr. Avecilla no habia pensado semejante cosa hasta que él ha sido diputado, con lo cual se hace la ilusion de creer que en efecto debe estar en las córtes lo mas independiente, lo mas ilustrado y lo mas rico, sí señor, lo mas rico del pais. En primer lugar diremos que á las córtes han venido generalmente hombres muy ilustrados, muy independientes y muy ricos, sin que esto quiera decir, porque seria una barbaridad, que hayan sido los mas independientes, los mas ilustrados y los mas ricos de la nacion. Lo de *independiente* seria ciertamente una prenda inestimable que quisiéramos poseyese todo diputado. Lo de *ilustrado* tambien merece recomendacion; pero nosotros hemos visto arrellanarse en los escaños al lado de diputados de talento y erudicion algunos pobres hombres en toda la estension de la palabra. Y por último, eso de venir á las córtes lo mas rico, suponiendo que fuera verdad, no debia sonar en los labios de uno que se llama representante de las ideas avanzadas del progreso, para los cuales no hay mas que una riqueza que tenga valor, y es la riqueza de la virtud. La riqueza del oro vale mu-

cho seguramente, pero es á los ojos de los aristócratas, de los que no conceden los derechos á los ciudadanos sino al dinero, y necesitan que un hombre pague 400 reales de contribucion para tener derecho de votar, que posea una renta de 12,000 reales para ser diputado, y que deposite 6,000 duros en el Banco para poder imprimir sus pensamientos.—Mas lógica, señor mio, mas lógica.

El Sr. Avecilla lo ha sancionado todo con sus imprudentes palabras, todo lo que las córtes han hecho de bueno y de malo, y ha sancionado todo lo malo que puedan hacer en lo venidero, sino se apresura á confesar su error y su arrepentimiento, á renunciar á representar de hoy mas á la juventud liberal. No, la juventud, el partido liberal español no profesa los principios emitidos por el Sr. Avecilla, hace mas, los rechaza y declara que los que tales máximas vierten cometen un pecado político de trascendencia, del que solo ellos deben hacerse responsables. Desgracia ha sido para el partido demócrata no haber podido enviar á las córtes mas que cuatro ó seis diputados en todo el tiempo que llevamos de gobierno representativo, y para eso tal ha sido su mala suerte que no ha encontrado un intérprete digno de sus doctrinas. Los que han tenido principios fijos no han tenido talento para discutir; los que han hablado no han tenido un pensamiento, y han querido edificar castillos republicanos con cimientos aristocráticos y realistas. Si por la muestra

se habia de conocer el paño, estábamos aviados. Si el partido fuera lo que son los hombres que se han abrogado el derecho de representarle para escarnecerle, nuestras esperanzas para el porvenir del pueblo se marchitarian en flor; pero afortunadamente el partido demócrata no se ha desvirtuado en el terreno de la discusion, porque los que han hablado en su nombre no han representado sus doctrinas, y entiéndase esto de una vez para que los tiros dirijidos al Sr. Avecilla y á otros como el señor Avecilla, no vayan á herir de rechazo á la juventud.

El Sr. Avecilla se incomodará con nosotros porque le decimos las verdades, pero debia darnos las gracias por aquello de

el amigo y el espejo
el mas claro es el mejor.

Si quiere que digamos nuestra opinion respecto á su conducta futura, lo haremos con mucho gusto. Creemos que en el momento que lea estas líneas debe renunciar el cargo de diputado y no pensar jamas en volverlo á ser. No sabe lo que debe saber un diputado, no tiene la fijeza de principios que se necesita para representar á un partido; no es orador, porque no consiste el ser orador en amontonar frases y palabrería sin objeto, sin conocimiento, sin intencion, haciendo reir con las cosas mas graves, mostrando

siempre la bandera que enarbola por el lado ridículo, hiriendo á los buenos principios con el arma misma que esgrime en su defensa. Nosotros se lo aconsejamos por su bien; retírese al foro, y allí, dominando en lo posible el amor propio que le venda los ojos, aprendiendo lo que no se puede adivinar, es decir, estudiando lo que debe estudiar todavía para saber algo, podrá aspirar á un buen porvenir, con tal que al mismo tiempo deseche por intempestivas sus ilusiones de inmortalidad.

Ahora bien; si queda demostrado que el Sr. Avecilla por ahora no puede llenar dignamente la mision de representante del pueblo, ni como órgano de la juventud, para lo cual se ha gastado ya mucho, ni como intérprete de los viejos, para lo cual aun se ha gastado poco; si lo que es mas, el Sr. Avecilla no servirá para diputado si no se corrije, y por desgracia le vemos muy poco dispuesto á la enmienda, ¿cuál es el porvenir político del Sr. Avecilla? Hé aquí un segundo problema que vamos á resolver por el método mas sencillo que nos sea posible.

Duélenos sobremanera el tener que censurar siempre y augurar mal de tantos hombres que mejor dirijidos hubieran sin duda aspirado á hacer un papel brillante, todo lo brillante que fuere permitido en nuestra mezquina revolucion. Y no es ciertamente que nosotros esperimentemos un placer, que mereceria la calificacion de diabólico, en aburrir al prójimo; al contrario, lamentamos el destino

que nos condena á emplear una crítica inflexible tanto mas dura cuanto es mas justa y saludable. De buena gana borrariamos el tanteo para empezar otra vez la partida; con la mejor fe quisiéramos que todo lo que hemos visto de muchos años á esta parte hubiera sido un sueño; las desgracias que deplora el pais, las iniquidades del partido dominante, la intervencion de los tres gobiernos en Portugal, la representacion de las comedias de Gil y Zárate y la diputacion del Sr. Avecilla; sobre todo lo último, y despues lo penúltimo. Si el Sr. Avecilla se hubiera limitado á girar dentro del radio de sus conocimientos, no dudamos en decir que habria logrado muchas simpatías, porque hay en él prendas de un valor poco comun. El es un escelente amigo, leal, servicial, caballero y noble, circunstancias que le grangean la estimacion de todos los que le tratan como hombre particular; casi no sabe lo que es odio, por mas que algunos supongan que el Sr. Avecilla guarda resentimientos y medita venganzas: no hay nada de esto en su corazon, y creemos que el dia que el Sr. Avecilla ejerciera la dictadura olvidaria todas las ofensas, todas las persecuciones, todos los agravios personales con una sola escepcion, porque nosotros no podemos persuadirnos jamas que la magnanimidad del señor Avecilla llegue hasta el punto de perdonar á los que no reconozcan en él un genio de la elocuencia, un Demóstenes. Con tan bellas cualidades como las que nosotros concedemos al Sr. Avecilla, cua-

lidades que posee sin necesidad de que nosotros se las concedamos, porque son patrimonio suyo; con los honrosos antecedentes que le recomiendan á la consideracion de los patriotas; con las ilusiones de libertad y emancipacion que los desengaños no han podido marchitar, y que se conservan con toda la perseverante lozanía de la siempre viva en su corazon inesperto hasta la virginidad y fogoso hasta la candidez, preguntaremos nosotros, ¿debia aspirar el Sr. Avecilla á influir en los negocios de su patria, de esta patria que tantos ejemplos nos ofrece de la corrupcion, el dolo y la perversidad de muchos de sus hijos? Si por cierto; y nosotros hubiéramos sido los primeros en cooperar á este objeto y ¿quién sabe? una vez convencido el señor Avecilla de que necesita variar de rumbo, prestar atencion al eco de la verdad, ser, en una palabra, otro hombre, un hombre de pretensiones justificables, mesurado en su ambicion, contenido en los impulsos del amor propio, dócil y consecuente hasta la rigidez en los pasos de su carrera política, ¿quién sabe? repetimos; quizá algun dia le ayudaríamos á recobrar todo el terreno que ha perdido queriendo echar por un atajo que solo conduce al caos y á los precipicios. Pero para esto serian precisos muy grandes, gigantescos esfuerzos de parte del Sr. Avecilla; seria necesario que rezase el *yo pecador*, y despues de alcanzar la absolucion de sus pasadas culpas, tendria que romper la marcha por un camino

nuevo, menos sobrecargado de flores pero mas pródigo de frutos, menos lisonjero en la apariencia pero mas real en el fondo, y siempre derecho, sin apartarse una línea del itinerario aconsejado por un juicio recto y una conciencia ilustrada. ¿Hará esto el Sr. Avecilla? Hé aquí la pregunta que necesitamos hacer para deducir por la respuesta cual será el porvenir de este ciudadano. ¡Venga un monosílabo! ¡nada mas que un monosílabo! dos letras que digan *si*, ó que digan *no*, y el problema está resuelto.

¡Oh dolor! ya vemos al Sr. Avecilla levantar los tacones de sus botas para elevarse sobre las puntas de los piés, elevarse sobre las puntas de los piés para prolongar su estatura, sí, prolongar su estatura todo lo que exija la grandeza de su ultrajada dignidad, y en esta postura pronunciar un NO seco, desabrido, concluyente..... ¡horrible para nosotros que habremos predicado en desierto! y tambien ¡horrible para el Sr. Avecilla que envuelve en la palabra mas sencilla la condenacion y la muerte de sus ilusiones, de su vida parlamentaria, de su porvenir... y todo en un NO, en una palabra tan lacónica!... ¡maldito monosílabo!!!

Y que nos empalen si esto nos daria plato de gusto. Tenemos tambieu un poquito de orgullo, nada mas que un poquito, pero muy refinado, y hemos blasonado alguna vez de perspicaces y ¡oh flaquezas humanas! hasta de *profetas*. Pero caigan

anatemas sobre nosotros, maldiciones sobre nuestras almas y silbidos sobre nuestros versos, sino quisiéramos por esta vez perder todo el concepto de profetas que tanto mimaba nuestra vanidad. ¡Oh! de buena fe hablamos, Sr. Avecilla; perdónenos V. si no nos encuentra tan solícitos como fuera de desear, tan dispuestos á quemar incienso ó resina ó goma laca en el altar de su fama, altar creado por esa imaginacion rápida como el vuelo de los vencejos, y sostenido por algunos de sus amigos que le creen á V. un genio bajo su palabra de honor y le empujan á su ruina sin pensarlo ellos, al contrario, animados de un deseo el mas generoso y fraternal. Si yo no los conociera demasiado pesaria sus intenciones en la balanza de la duda; pero sé como piensan, adivino y leo en el libro de sus nobles corazones y de su liberal conciencia, y les quiero con todo el fervor que se refleja en la franqueza con que se lo digo, y por eso no puedo atribuir el error en que incurren dando pábulo á las temeridades de V. á un fin siniestro, sino á esa fe que tiene tantos puntos de contacto con el fanatismo.

¡Sí, amigos mios! á vosotros se dirijen ahora todas mis súplicas; vosotros que podeis hallaros mas dispuestos á sacudir el yugo de la preocupacion, reflexionad sobre estas líneas; quejaos del tono amargo con que digo estas verdades, pero reconocedlas; negadme vuestro apoyo en el dia del peli-

gro, pero ayudadme hoy á refrescar la imaginacion de Avecilla; y si vuestros consejos, que sin duda tendrán mucha fuerza en el ánimo del diputado leonés, llegan á tiempo de atajar los males que amenazan á su dislocado cerebro; si con vuestro auxilio podemos hacer entrar los huesos en su caja, poner las tablillas y dar de cuando en cuando algunas rociadas de estracto de saturno, yo os aseguro que al cabo de algunos dias, observando un plan higiénico con toda la escrupulosidad que reclama la gravedad de la dolencia, diremos con júbilo: ¡Loado sea Dios! ¡Nos hemos salvado!!! En este caso, ya podemos ir á celebrar el alboroque á la fonda de los Andaluces, tendremos jaleo en grande, correremos un bromazo mas que mediano, se cruzarán las copas de Champagne y Jerez, ó de Valdepeñas si no hay para mas, y despues de la algazara resonarán en nuestros oidos por mucho tiempo estos brindis arrancados á la pureza de nuestros corazones.

Un ciudadano..... «Brindo por el triunfo de la democracia.»

Otro ciudadano..... «Brindo por la libertad basada en la soberania del pueblo.»

El Sr. Avecilla. «A la salud de los que me han desengañado.»

Nosotros..... «*Al porvenir del Sr. Avecilla.*»

Todo esto es muy lisonjero; pero ¿debemos esperar que se verifique? ¡Imposible! ¡imposible!

El Sr. Avecilla necesitaria hacer para esto esfuerzos sobrehumanos. Tendria que hablar como los demas hombres, andar como andamos nosotros, sin dar brincos, sin zarandear el cuerpo, sin afectacion, sin dibujos ridículos. Tendria que acomodarse á muchas cosas desconocidas para él, como por ejemplo á abandonar el deseo de singularizarse. ¡Imposible! Conocemos muy bien al Sr. Avecilla para que esperemos de él una curacion tan radical. Si al señor Avecilla le hicieran ministro, creemos que no lo aceptaria en tanto que no le dieran la presidencia del Consejo, porque es tal la idea que ha formado de sí, que no halla papel que poder desempeñar con decoro como no sea el de primer galan. En las córtes ya que no le han hecho ni probablemente le harán nunca presidente, todo su conato se dirije á crear una fraccion chica ó grande de la cual pueda llamarse gefe. Poco se ocupará de si esta fraccion puede ser un bien ó un mal para la nacion: esa es una cuestion harto sencilla para este señor, con tal de que el pais sepa que en el Congreso hay una fraccion que lleva el nombre de Avecilla. ¡Dios nos libre de pertenecer jamas á semejante fraccion! Si VV. celebran alguna reunion política cualquiera á la cual asista Avecilla, prepárense desde luego á oir un discurso muy largo, que por muy largo que sea no llamará tanto la atencion por su estension como por su estrañeza. Y no importa que le vean VV. agazapado en un rincon, silencioso, pa-

cífico, resignado al parecer; pues yo les aseguro que no se acabará la sesion sin que él haga de las suyas, porque el dia en que el Sr. Avecilla renuncie al placer de hacerse visible, puede asegurarse que estará mas muerto que vivo. ¿Cómo es posible que el Sr. Avecilla abandone de un golpe tantos vicios que sobre ser hijos de su carácter están arraigados por la costumbre? ¿Cómo podrá apreciar los consejos ni soportar la compañia de los amigos imparciales que lejos de acrecentar su amor propio por el temor de verle degenerar en un monomaniático del género de Torremocha (1), le harán ver que en toda reunion política hay por la parte mas corta una mitad del número de ciudadanos concurrentes que valgan mas que él, y que los mas insignificantes valdrán por lo menos tanto? ¡Oh! ya estamos oyendo al Sr. Avecilla esclamar:—¡No transijo!—Y en este caso esclamaremos nosotros á nuestra vez.—¡Pues renuncie V. á todo; porque de seguro, Sr. Avecilla, ha perdido V. la cabeza y le auguramos un porvenir fatal. Repare V. que el haber logrado los sufragios de los electores una vez puede ser una chiripa, y que acaso, si no cambia de vida, no volverá á arrellanarse en los escaños del Congreso, donde es fácil sentarse una vez por sorpresa, pero que suele repetirse poco esta dicha cuando los

(1) Torremocha es un hombre de bien que por una estravagancia ha venido á ser el hazme reir de la córte.

electores se convencen de que sus elejidos no tienen el talento que se necesita para llenar la mision mas elevada que puede encomendarse á un ciudadano. Recuerde V. que desde que dió sus primeros pasos en la carrera parlamentaria, empezó á irse por la tangente, de modo que sus mismos amigos políticos le volvian la espalda, y hasta los periódicos liberales tuvieron que combatirle. Reflexione V. que no basta *tener genio* para aspirar á un porvenir brillante, sino que ademas se necesita *talento*, prenda de que V. carece, y que no es de tan poco valor como creen algunos. Y por último, volveremos á aconsejar á V. que renuncie el cargo de diputado para no pensar jamas en volver al Congreso, porque su horóscopo está bien conocido.

No concluiremos este asunto sin decir algo de un incidente que puede dar alguna fuerza á nuestras observaciones. Habiendo pensado algunos jóvenes liberales crear una sociedad política progresista, se presentó el Sr. Avecilla en una de las sesiones y no habló sino para esplicar la asistencia de *su persona* á la reunion, y para pedir que constára su voto en contra de una proposicion. Allí hubo quien le hizo notar que el voto en contra no podia constar por dos razones: 1.ª porque la votacion no habia sido nominal, y 2.ª porque no es costumbre hacer constar los votos en contra. Si el señor Avecilla ignoraba esto, es todo lo que podia ignorar, y si no lo ignoraba, quiere decir que no tuvo otro

objeto que su tema obligado, *singularizarse*. Hay mas: despues de decir que se oponia á la marcha de la sociedad por altos motivos de patriotismo, palabras que tuvo que rectificar, aunque no acertó á dar una esplicacion satisfactoria, se presentó otra vez, y no asi como se quiera, sino con la modestia de candidato para la presidencia. ¿Quién es el Sr. Avecilla para aspirar á tanto? Por mas que ciertas pretensiones estravagantes den risa alguna vez, hay ocasiones en que incomodan y queman la sangre, sobre todo cuando se ve que hay quien las apoya; pues para que nuestros lectores se pasmen, les diremos que de ochenta y tantos votantes tuvo el Sr. Avecilla 29 á su favor en competencia con el célebre Orense. ¿Posible es que entre un Orense y un Avecilla haya una sola persona, caso de que tenga sentido comun, que prefiera al último? Afortunadamente la mayoría, la gente que no iba preparada votó á Orense, dando en este acto de justicia una prueba al antiguo diputado palentino del aprecio que goza entre sus correligionarios. Desde luego esta competencia nos irritó; pero si por una inconcebible casualidad el Sr. Avecilla se hubiera llevado la victoria, hubiera sido cosa de irse de España por no tolerar semejantes barbaridades.

D. MIGUEL REDONDO.

Indudablemente la condicion humana va mejorando de dia en dia; la raza de Adan en lugar de degenerar se eleva; ningun hombre de hoy en el siglo pasado hubiera valido tanto como vale hoy. Los españoles principalmente en pocos años nos hemos ennoblecido tanto que ya casi todos somos nobles. Bien puede decirse que la reina de España es reina del pueblo mas noble de la tierra. El maese ha ascendido á señor, el señor á Don, el Don á escelencia. Ya no hay trástulo sin Don, y sin Don ningun traficante de negros, como que cualquier hijo de vecino que llegue á Ultramar se encuentra un Don que trasciende á sus hijos aunque no tenga un certificado para justificar la limpieza de su sangre. Tamaño abuso del Don que, segun dice el P. Guardiola en su

ma para nada entra en sus cálculos; y se nos figura que le es indiferente que echen cal sobre sus huesos ó que despues de muerto le embalsamen; no piensa en si le quemarán en estátua, ó se venerará su efigie en un altar mayor. Este temperamento no se imita.

Pidal en un discurso dice todo lo que sabe; si no dice mas es porque no sabe mas. Así es que es poco feliz en sus réplicas, carecen estas de novedad, son una repeticion estractada del mismo discurso. Todo lo contrario de Cortina. Cortina jamas dice todo lo que sabe, se reserva para las réplicas una gran parte de las municiones. Sus discursos son esposiciones de hechos; sus réplicas los documentos que comprueban los hechos espuestos en sus discursos. Esta lógica no se combate.

Pero basta de comparaciones y de antítesis, porque nada ha de exaltar tanto la bilis de Pidal como que se diga que carece de facultades para imitar á Mon y para combatir á Cortina. Poco deseosos de escitar rivalidades y envidias, vamos á ocuparnos un momento de Pidal aislándolo, considerándolo de una manera absoluta, sin relacion mas que consigo mismo ó al menos con independencia de Mon y de Cortina, es decir, como si no tuviera ni á Mon por cuñado ni á Cortina por antípoda.

Todos, moderados y progresistas, estan conformes en que Pidal no es hombre de parlamento, todos tambien en que no es hombre de gobierno. ¿Entonces qué es? Los moderados, que le han dado la

importancia que dan siempre á sus gefes, obligados á justificar el ascendiente que egerce Pidal en su partido, dicen que es un buen académico. ¡Un buen académico! ¿qué quiere decir un buen académico? Académico quiere decir miembro de una academia, luego un buen académico quiere decir un buen miembro de una academia. ¿Pero las academias dan á sus miembros la calificacion de buenos en consideracion á su peso ó á su volúmen? En ambos casos Pidal es un buen académico. Se nos antoja, sin embargo, que los amigos de Pidal quieren significar otra cosa cuando le titulan buen académico. Quieren significar sin duda que Pidal es hombre versado en las bellas letras, en las ciencias ó en las artes, es decir, que es un hombre muy erudito. Francamente, tomando bajo esta acepcion la palabra, creemos que Pidal no es un buen académico, y hasta nos atrevemos á decir que con dificultad se encontrarian dos buenos académicos en España. Un buen académico era Vallejo, un buen académico es Galiano, un buen académico es M. Arago. Pues bien, poned á Pidal debajo de cualquiera de los tres, tirad una linea y restad. Si habeis puesto á Pidal de sustraendo de Galiano, bajará á la resta mas de la mitad de Galiano; si á Vallejo; mas de las tres cuartas partes de Vallejo: si habeis puesto á Arago, Arago bajará casi entero. Haced la prueba; sumad el sustraendo con la diferencia, y os dará el minuendo. Exactamente.

Tenemos á Pidal por un hombre erudito, por un hombre que ha estudiado bastante; pero esto solo no le hace acreedor á la calificacion que se le dá. Es un hombre formado esclusivamente por los libros, hecho todo á fuerza de aceite. Su celebro está mas repleto que nutrido; ha comido mucho pero ha digerido poco, ha cohabitado con las letras pero sin engendrar. Su cabeza es estéril, absolutamente estéril. En sus discursos se ve al muchacho que ha leido, no al adulto que piensa. Búsquese en su entendimiento la copia de muchos libros viejos, pero no se pretenda de su entendimiento sacar ninguno nuevo. Es verdaderamente un escolástico, por cuya razon sin duda le llaman sus apologistas un buen académico, confundiendo una cosa con otra. Pidal es un libro copiado. Por supuesto que, como todos los escolásticos, es amanerado en la espresion, amanerado en la gesticulacion, amanerado en todo. No sabe hablar sin unir el pulgar al índice; sin duda le sucedia otro tanto al catedrático con quien aprendió las súmulas.

Basta ya de Pidal. Nos hemos ocupado mas de él que de su cuñado, y esta deferencia puede ser motivo de celos que turben la paz de la familia. Deber nuestro es evitar que sobrevenga semejante desazon, por lo que vamos á establecer en lo posible el equilibrio entre los dos cuñados, concluyendo este capítulo con la siguiente glosa á la *secuencia de la misa de difuntos* que insertamos en el *Espectador* de 3 de enero de 1847.

MON EN SU AGONÍA

Á LA OMNIPOTENCIA, JUSTICIA Y MISERICORDIA DEL PUEBLO ESPAÑOL.

¡Oh! ¡cuan espesa cizaña
mi sistema sembró ya!
¡cuan pronto redoblará
las desventuras de España!
Y al renacer nueva saña,
dies iræ, dies illa
solvet sæclum in favilla,
y al peso de sus pecados
se hundirán mis paniaguados,
teste David cum Sibilla.

La guerra que pasó ya,
allá en Vergara apagada,
una chispa es comparada
con la guerra que vendrá.
¿Qué mente penetrará
cuantus tremor est futurus
cuando Judex est venturus,
juzgando de horrible modo
á mi ministerio todo,
cuncta stricté discussurus?

Vendrán con cara altanera
contribuyentes en grupo,
que el pezon forman do chupo
la leche situacionera.
Y cuando retumbe fiera
tuba mirum spargens sonum
per sepulcra regionum,
esta nacion estenuada
para vengarse indignada
coget omnes ante tronum.

Que su poder colosal
recobrando el pueblo un dia,
rayos lanzará á porfia
de venganza funeral.
Abriéndose el tribunal,
mors stupebit et natura
cum resurget creatura,
y amilanado, temblando,
yo escusas iré buscando
judicanti responsura.

Será inutil todo ruego,
porque no habrá apelacion
por mas que pida perdon
con llanto de hiel y fuego.
¡Todo vano! Desde luego
liber scriptus proferetur
in quo totum continetur,

y escucharé la sentencia
de un tribunal sin clemencia
unde mundus judicetur.

Junto á Zurbano sentado
veré á Solís el valiente,
ensangrentada la frente,
el corazon destrozado.
En trono bien afianzado
Judex ergo cum sedebit.
quidquid latet apparebit.
y pues de culpa hay esceso,
en todo el largo proceso
nil inultum remanebit.

¡O mártires! perdonad
á un pobre situacionero;
¡mártires! perdon espero,
aunque culpable en verdad.
Si de mi no habeis piedad,
¿quid sum miser tunc dicturus?
¡quem patronum rogaturus!
¡perdon, mártires!.. mas no..
¿como conseguirlo yo
cum vix justus sit securus?

Yo, pueblo, soy criminal,
mi política es raquítica,
que abatí con mi política

:

la bandera nacional.
Del cuñado de Pidal
Rex tremendæ magestatis
qui salvandos salvas gratis,
ahuyente la plegaria
tu venganza sanguinaria;
salva me fons pietatis.

Mira como me arrepiento,
por desviar tus enojos,
con lágrimas en los ojos
de mis pecados sin cuento.
Ya sé que soy tu tormento,
recordare Jesu-pie
quod sum causa tuæ viæ,
y si se vuelve la torta
á la larga ó á la corta,
ne me perdas illa die.

Grande es, pueblo, tu constancia,
pues has sufrido con flema
el tributario sistema
que yo me traje de Francia.
Cesante, que sin ganancia,
querens me, sedisti lassus,
redemisti crucem passus
rondando los ministerios,
pues sufrí tus improperios,
tantus labor non sit cassus.

Mis culpas son mas de dos,
y una castiga la ley,
mas tú, pueblo, eres un rey
con la paciencia de un Dios.
De tu perdon voy en pos;
juste judex ultionis,
donum fac remisionis;
¡cuanto temo la venganza,
si mi perdon no se alcanza
ante diem rationis!

Con mis compinches soeces
forjé tus duras cadenas,
y la copa de las penas
apuraste hasta las heces.
Ora lloro mis sandeces,
ingemisco tamquam reus,
culpa rubet vultus meus;
y á tus plantas hoy contrito,
clamo con amargo grito:
suplicanti parce Deus.

¿Será vana mi esperanza
cuando llorando me seco?
¿á ti no llegará el eco
del *ay* que mi pecho lanza?
En ti fundo mi confianza,
qui Mariam absolvisti
et latronem exaudisti,

que al ver que hasta el mismo Brabo
de tus iras triunfó al cabo,
mihi quoque spem dedisti.

Mas ¡ay! ¡cuan tarde ha venido
mi arrepentimiento amargo!
de mis culpas me hago cargo,
y veo que estoy perdido.
Si te he la bolsa esprimido,
preces meæ non sunt dignæ,
sed tu bonus fac benigne,
sea mas grande, nacion,
que mi error tu compasion,
ne perenni cremer igne.

Penetró en villas y selvas
mi facultad absorvente,
y hoy me amagas inclemente;
no merezco que me absuelvas.
¡Ojalá al redil me vuelvas!
inter oves locum præsta
et ab hœdis me sequestra;
¡oh! qué ventura la mia
si me colocas un dia
statuens in parte dextra.

¡Con qué justos contrapesos
juzgas á los turronistas!
¡miseros situacionistas

inclusos en los procesos!
¡Ay! cuando por sus escesos,
confutatis maledictis
flammis acribus addictis,
les des un susto de muerte,
tenga yo distinta suerte,
voca me cum benedictis.

Ve pintado el sentimiento
en estas mejillas mustias,
surcadas por las angustias,
aradas por el tormento.
Esperando valimiento,
oro supplex, et aclinis
cor contritum quasi cinis
ya delante de ti estoy;
si al fin perdonado soy,
gere curam mei finis.

Sera dia de terror
lacrimosa dies illa
qua resurget ex favilla
mi gobierno pecador.
Acudirá con temblor
judicandus homo reus.
huic ergo parce, Deus,
y si desdeñas mi llanto,
si es inútil mi quebranto,
Jesu, sis protector meus.

¡Ay! cuando por sus excesos,
confundis maledicis,
flammis acribus addictis,
los des un asilo de muerte,
tenga yo distinta suerte,
voca me cum benedictis.

Ve pintado el sentimiento
en estas mejillas mustias,
surcadas por las angustias,
aradas por el tormento.
Esperando valimiento,
oro supplex, et acclinis
cor contritum quasi cinis
ya delante de ti estoy;
si al fin perdonado soy,
pere curam mei finis.

Será día de terror
lacrimosa dies illa
qua resurget ex favilla
mi gobierno pecador.
Acudirá con temblor
judicandus homo reus.
huic ergo parce, Deus,
y si desdeñas mi llanto,
si es inútil mi quebranto,
Jesu, sis protector meus.

CASTRO Y OROZCO.

Castro y Orozco es un personaje histórico. Ha sido escritor, poeta, diputado, ministro, decano de un tribunal, presidente de un congreso, y hubiera sido embajador, si entre él y su embajada no se hubiese interpuesto la tumba. Tiene una vida en la historia de la cual nos es lícito apoderarnos, porque lo que pertenece á la historia nos pertenece á todos; cuando un hombre ha muerto, sin faltar al respeto que se debe á su cadáver nos es lícito coger, desmenuzar, estudiar los hechos buenos ó malos que se refieren á la época en que vivia para ver hasta qué punto es acreedor á la nueva vida que se le concede despues de muerto. Ocuparse de un personage histórico no es ocuparse de un muerto sino de un vi-

vo, aunque el tiempo haya ya reducido á polvo sus despojos. Hay hombres cuya influencia les sobrevive, que despues de muertos egercen todavía cierto poder sobre los vivos, á veces sobre uno solo, á veces sobre una familia, á veces sobre una patria, á veces sobre el mundo entero. El mismo Castro y Orozco es un egemplo de esto. Alvarez de Castro, despues de muerto, influyó sobre su destino, le hizo marques de Gerona, personificó en él una de nuestras mas gloriosas tradiciones, uno de los hechos mas heróicos de nuestra epopeya nacional. Si posible fuese que la mano del tiempo borrase la memoria de aquellos sucesos memorables, el título de marques de Gerona, pasando sucesivamente á los descendientes de Alvarez de Castro, los recordaria á las generaciones futuras. Solo es de sentir, como veremos mas adelante, que el título de marques de Gerona, por la rara coincidencia de haber recaido en Castro y Orozco, confunda los recuerdos del espíritu de nacionalidad de nuestros padres con los recuerdos de nuestra abyeccion y dependencia.

Si Castro y Orozco hubiese cometido alguno de esos pecados feos que no tienen perdon en este mundo ni en el otro, la calaverada que ha hecho de morirse nos impediria ocuparnos de él, y no hariamos la autopsia de su alma despues que se ha hecho la autopsia de su cuerpo. No diriamos de Castro y Orozco una palabra, como no la hemos dicho ni la diremos de Toreno. Ni siquiera un sencillo epitafio le

consagrariamos á la manera del que consagró Villergas á D. Mateo Miguel Ayllon, quien tuvo la precaucion de descender á la tumba para no tener que dar cuenta de sus actos á los inexorables autores de los Políticos en camisa. Y eso que los actos de Ayllon, si prescindimos de la parte que tomó en la coalicion de marras y de la responsabilidad de que le hizo partícipe su pertenencia al gobierno provisional, no dejan de ser meritorios. Un hombre que muere pobre habiendo sido ministro, que desde la poltrona de Hacienda pasa al sepulcro careciendo de recursos hasta para hacerse enterrar, es acreedor á mucha indulgencia y á muy grandes consideraciones. Con todo, si no hubiese tomado con oportunidad la sabia medida de morirse, algo de él hubiéramos dicho que acaso no lo hubiera podido digerir. Pero emigró de este mundo, sin duda conociendo que no habia otro medio de ponerse en paz con nosotros. Ya dejamos consignado en los Políticos en camisa, ocupándonos de Seoane, un principio de transaccion con los hombres que desnudamos que sentimos que no haya sido generalmente admitido. Consignémoslo ahora en la Morralla. El camaleon político que quiera que le tratemos con benignidad ó que no saquemos á relucir su vida y milagros, dése mucha prisa en morirse, que como haga esta buena obra y preste este servicio á la patria, le perdonaremos todos los deservicios y malas obras.

La necrologia de Castro y Orozco puede muy bien bosquejarse sin profanar su memoria, y por esta razon nos atrevemos á bosquejarla. Nos ocuparemos de él como político y no como hombre, porque es el político y no el hombre lo que aqui se busca. Asi es que no nos encaramaremos por su arbol genealógico para averiguar quienes fueron sus padres y quienes sus abuelos; tampoco examinaremos la data y punto de su nacimiento, ni si le crió su madre ó una nodriza, y hasta pasaremos por alto los trabajos que pudo costarle el destete y la denticion, y la escarlatina y la alfombrilla, y el *musa musæ*, y el *quis vel qui*, y el *mascula sunt maribus quæ dantur nomina solum*. Para nosotros la vida de Castro y Orozco empieza en el momento en que comenzó á figurar en política, y su niñez de político, por consiguiente, corresponde cuando menos á su pubertad de hombre. Considerándole como literato y poeta no diremos grandes cosas, porque como literato y poeta no es una grande cosa. Ha escrito bastante poco. Carece de originalidad en sus ideas, y al mismo tiempo no dá pruebas de una erudicion vasta. Sus escritos son suficientes para acreditar que no es un pobre hombre, pero son insuficientes para probar que es un genio. Como poeta no le conocemos mas que por su comedia *Fray Luis de Leon*, comedia ligera, sin mucho plan, sin grandes combinaciones, sin acontecimientos de grande interes, pero bien versificada, bien sostenida, y muy superior á otras que gozan de mas fama. Por supuesto

que la preferimos á todas las de Martinez de la Rosa, sin esceptuar la *Conjuracion de Venecia*, en la cual el autor produce pequeños efectos con grandes causas, y tiene necesidad para conmover de dar tormento en la escena, con lo que casi dá tormento á los espectadores. La preferimos á todas las de Gil y Zárate, porque al menos *Fray Luis de Leon* está en castellano y en buenos versos, y no es un plagio ni una reminiscencia, y sus caractéres están acabados, y las personas no dicen barbaridades, y el diálogo tiene novedad sin dejar de ser natural, y no se habla chavacanamente de amores en el cielo. La preferimos al *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, que es la obra maestra del duque de Rivas, drama estravagantisimo, que tiene, como se supone, una versificacion mas lozana y conceptos mas calderonianos que las de Martinez de la Rosa, Gil y Zárate, Doncel y Larrañaga; pero que no por esto deja de ser una estravagancia de malísimo género, que en parte quiere parecerse á nuestras comedias antiguas y en parte á los modernos dramas franceses, en que se acumulan accidentes tontos, ridículos, inmotivados é indeterminados, que todos podrian ser reemplazados por cualquiera otro, porque al cabo no hay derivacion, dependencia ni analogía entre ellos, sino una mera sucesion de tiempo en todos los lances que se van ensartando como en un libro de caballería. El romanticismo señala la brecha abierta involuntariamente por el genio en la valla levantada por Aristóteles. Y decimos involuntariamente, para

que no se crea que el genio infringió las reglas por el mero prurito de infringirlas. El verdadero romanticismo es la libertad y no la anarquía literaria; no es obra del genio que prescinde de todas las leyes, sino del genio que se crea otras nuevas, y así es que Buchardi y Dumas tienen tanto arte y están tan sometidos á leyes como el mismo Moliere; pero sometidos á artes y leyes diferentes. Despues que desaparecieron las leyes antiguas y antes que hubiese otras sancionadas por la práctica, quedó á cargo de los grandes dramatistas trazar concienzudamente ciertos límites que en lo sucesivo habian de ser las bases, si así puede decirse, del nuevo código literario. Se trazaron un círculo mas ancho que el primitivo en que se revolvian; no se desprendieron del compas de los clásicos, sino que lo abrieron algo mas para trazar una circunferencia mayor; no faltará algun dia quien abriendo mas el compás todavía, deje esta circunferencia dentro de la nueva que él trace, y es muy posible que el romanticismo de hoy sea el clasicismo de mañana.

El duque de Rivas conoció que podia saltarse la valla levantada por los preceptistas, pero no comprendió que si mas allá de esta valla no encontraba otra, su conciencia habia de trazársela. Siguiendo á los dramatistas modernos saltó la barrera en pos de ellos, como alguna vez la salta el toro acosando al torero, pero no se detuvo en la contrabarrera, y hasta invadió los tendidos. Vió el grande efecto de

los dramas de la nueva escuela, y lo atribuyó al desprecio absoluto de todas las reglas; confundió la libertad con la anarquía, el arte nuevo con la falta de arte, la amplificacion del código con su destruccion. Comparándole con los grandes genios, puede decirse de él lo que ha dicho Victor Hugo de Camilo Desmoulins, refiriéndose á Mirabeau. Los grandes dramatistas modernos le fascinaron con sus ideas, y su cabeza no era bastante fuerte para llevarlas.

No hay necesidad de decir que el drama del duque de Rivas está en verso casi en su totalidad. En España casi todos los que escriben para el teatro la han dado en esta gracia. Se hacen los dramas en verso porque no se sabe hacer prosa, y sobre todo porque no se saben hacer dramas. Se le dan al público consonantes en vez de conceptos, y en lugar de producir efectos por medio de una peripecia, por medio de una situacion verdaderamente dramática, se trata de producirlos por medio de una redondilla. La mayor parte de nuestras piezas teatrales mas aplaudidas son acreedoras á una silba, y todas la llevarian atroz si estuviesen en prosa. Nosotros, cuando vemos ó presenciamos una pieza teatral en verso, procuramos juzgarla como si estuviese escrita en prosa, y la que consideramos incapaz de sufrir sin deteriorarse mucho esta transformacion, la calificamos de mala aunque la aplauda el público. *El Trovador* de García Gutierrez, *el*

conde D. Julian de Principe y *los Amantes de Teruel* de Hartzembusch, á pesar de sus magníficos versos pueden reducirse á prosa sin menoscabarse, sin desmerecer nada como dramas; es seguro que no llegan á doce las piezas del teatro moderno español capaces de resistir esta prueba. Nuestras composiciones dramáticas son una interminable procesion de versos, medianos por lo comun y algunas veces buenos, esceptuando las de Gil y Zárate, quien no contento con escribir malos dramas en verso, escribe malos dramas en mal verso.

Un gusto muy estragado y un criterio muy pobre serian menester para no preferir los dramas sin invencion de Martinez de la Rosa á los de Gil y Zárate, los descabellados del duque de Rivas á los de Martinez de la Rosa, y el harto sencillo de Castro y Orozco á la obra magna del duque de Rivas. Sin embargo, la reputacion sigue un orden inverso al establecido por la sana razon y la justicia. Muchos posponen Martinez de la Rosa á Gil y Zárate, el duque de Rivas á Martinez de la Rosa, y Castro y Orozco al duque de Rivas. Pero ¿quiénes son esos? Los que desgraciadamente constituyen la mayoría, los ignorantes y los fatuos, los que no comprenden las obras que leen ó juzgan las obras sin leerlas. Entre los primeros debemos contar á casi todos los españoles; entre los segundos á casi todos los franceses. Los primeros son necios, y no nos ocuparemos de ellos para que no nos arguyan con el refran: *contra gustos no*

hay disputas, lo que nos obligaria á neutralizar su argumento con el otro refran: *hay gustos que merecen palos*. Sentimos que sean tan estúpidos, pero ¿cómo ha de ser? no hemos nacido para domar potros. Nos guardaremos bien de tomar á nuestro cargo la elevada mision de civilizar la patria de Gil y Zárate. Con respecto á los críticos franceses ya es otra cosa. Hace mucho tiempo que deseamos darles una carga, y tomamos la ocasion por los cabellos. Empezaremos diciendo que nosotros somos partidarios de la literatura francesa, que creemos que la Francia empuña el cetro del orbe literario, y que por lo mismo en nuestra pobre librería apenas se encuentran obras españolas como no sean las de nuestros clásicos antiguos y poetas de la edad media. ¿Para qué queremos á los modernos, esceptuando tres ó cuatro? Nosotros tenemos los libros para que nos instruyan ó diviertan, y francamente nos divierten y nos instruyen muy poco los libros modernos españoles. Bien sabemos que esta especie de salvedad no sentará bien á todos. ¿Cómo ha de sentar bien á Rubí, quien en el drama político se considera al nivel de Scribe, y tal vez se creeria humillado si su *Rueda de la Fortuna* se comparase al *Vaso de agua?* Y hay muchos Rubis en España. Son muchos los que habiendo debido un aplauso á una alusion política, á una analogia de circunstancias violentamente establecida ó á una espresion patriotera, en una palabra, al mal gusto del público, se han formado de si mismos un concepto tan

ventajoso, que á pesar de que su nombre ha quedado circunscrito dentro de los límites de España, creen que ha traspasado fronteras y canales, y que gozan de una reputacion universal. ¡Vanidad humana! En Francia el nombre de Rubí es tan desconocido como el de Neira de la Mosquera, y sin embargo Rubí no puede hacerse cargo de tanta ingratitud, de tanta falta de cosmopolitismo literario, y es seguro que él y muchos como él no ven un estrangero sin que se sientan tentados á preguntarle, ¿qué dicen de mí en Paris? ¿qué dicen de mí en Londres? ¿qué dicen de mí en Washington? ¿qué dicen de mí en Constantinopla? El amor propio de nuestros literatos se revela en este verso de Zorrilla: *El mundo y yo mirándonos estamos*. No necesita malas antiparras el mundo para ver á Zorrilla.

Es evidente que en un pais en que el amor propio tiene estos arranques no se puede decir sin acarrearse enemistades que los españoles no somos en todo los primeros del mundo. Nosotros lo decimos sin embargo, y no por esto sentimos ser españoles, porque asi al menos no somos portugueses. Ni se deduzca de la superioridad que reconocemos en los franceses que somos de aquellos á quienes, en un sentido inverso de lo que sucede á los españoles fanáticos por su patria, les parece bueno todo lo del otro lado de los Pirineos. No, nosotros no diremos lo que el diputado Pacheco en una sesion célebre aludiendo al enlace de la infanta de España con un hijo del rey

de Francia: «todo lo de Francia deseo verlo en España á escepcion de los príncipes.» Otras muchas cosas á mas de los príncipes quisiéramos que no se introdujesen en España. Aborrecemos las costumbres francesas, las farsas francesas, la política francesa, y sobre todo la crítica francesa que se refiere á cosas españolas. No hay hombres menos aprensivos que los franceses cuando se ocupan de nosotros. Se desprenden de todo, hasta del talento y de la conciencia. Si se les ocurre hablar de la Alemania, hablan de la Alemania con tanto acierto como de la misma Francia. Si juzgan á Byron ó á Walter-Scott, su crítica es discreta, concienzuda, casi matemática. Pero tienen á bien hablar de nuestra literatura ó de nuestros literatos, y dicen cualquier cosa, nombran á cualquiera, escriben lo primero que les pasa por la cabeza, levantan mil testimonios, cometen mil anacronismos, dan pruebas de ignorar hasta su bibliografía nacional. Atribuyen á Larra el *D. Juan de Austria*, drama que les pertenece á ellos, y hasta el *Arte de conspirar*, que es acaso en su género la mejor produccion de uno de sus escritores mas célebres. Hacen á García Gutierrez, como puede verse en el *Diccionario de la Conversacion*, nada menos que autor del *Margarita de Borgoña*, de Alejandro Dumas. Citan una porcion de autores españoles ramplones que ni en España les conoce mas que su familia. Un dia nos van á citar á Neira y hasta á Ovilo y Otero. Remozan á Quintana y ponen á Larrañaga una peluca de primer barba. Al

primero le llaman jóven y al segundo viejo. En conclusion, escriben barbaridades á destajo, y no se crea que los que las escriben sean literatos de chicha y nabo, no; son escritores de primer órden, literatos acreditados que se reunen para producir un trabajo colectivo que al parecer debe ser efecto de una discusion seria y detenida. Se parecen á ciertos monomaníacos que hablan siempre con acierto menos cuando versa la conversacion sobre cierto punto determinado. Los críticos franceses solo deliran cuando hablan de España; aprovechan sus intervalos lúcidos para hablar de lo que no nos pertenece, y entonces hablan perfectamente.

De Castro y Orozco considerado como poeta no dicen una palabra los críticos franceses, á pesar de que, como hemos dicho, meten en sus artículos relativos á nuestra literatura actual tanta morralla literaria como nosotros morralla política en este apéndice que estamos escribiendo. *Fray Luis de Leon*, sin embargo, es digno de ocupar un buen lugar en nuestro repertorio dramático moderno. No es un drama de grande espectáculo: es una composicion sencilla, demasiado sencilla; carece de variedad, de combinacion, de enredo; pero está tan bien ordenada; sus accidentes, aunque poco numerosos, tienden todos tan directamente á concentrarse en un punto para producir un efecto único, que revelan en Castro y Orozco un buen conocedor del arte, que podia haber recogido en el teatro una gloria mas dura-

dera que en la arena política. No es esto decir que el drama *Fray Luis de Leon* no tenga defectos: tiene varios, entre ellos uno muy capital. Se presenta en el último acto una turba de estudiantes cantando la jota en el atrio de una iglesia, lo que viene tan á cuento como el título de marques dado al autor por ser sobrino del que defendió Gerona. Los estudiantes forman una escena incoherente, heterogénea, independiente de la accion, una cosa postiza, una añadidura, un remiendo que no es del color de la pieza, que no tiene mas objeto que alargar el acto, y este defecto se hace muy notable en una composicion cuyo principal mérito es la unidad.

La escena estudiantina sobra enteramente, y á ningun género de literatura puede aplicarse con tanto rigor como al dramático aquel principio: *quæ superfluunt nocent.*

En un drama de Rubí este defecto, por ser tan comun en sus composiciones, hubiera apenas sido perceptible. En los dramas de Rubí los accidentes que interceptan el curso del drama son numerosos, son el estado normal del mismo drama, siendo muchas veces difícil adivinar lo que se debe tomar por principal y lo que por accesorio. *Bandera negra*, por ejemplo, es una comedia embutida en un sainete ó un sainete embutido en una comedia, cuyas escenas se interpolan sin guardar ilacion; hay dos acciones que nada tienen que ver entre sí, que marchan paralelas, que no se tocan jamas; primero salen los

amos, hablan un rato en serio y se van; despues salen los criados, hablan un rato en tonto, y se van para que vuelvan á salir los amos; estos salen en efecto porque les toca el turno, y luego vuelve á tocar á los criados, y asi alternativamente desde el principio al fin, siendo de advertir que los criados hacen siempre lo mismo; salen, refunfuñan y se marchan á aguardar turno; vuelven á salir, á refunfuñar y á marcharse hasta que les llega la tanda otra vez, y todas las veces pasan el tiempo perfectamente diciendo vaciedades que no son de las mas graciosas en versos que no son de los mejores. Rubí no ha sabido dar unidad á la variedad, Castro y Orozco no ha sabido dar variedad á la unidad. Una vez sola lo ha intentado, y la unidad ha sido sacrificada. Castro y Orozco, cuando no ha querido ser él mismo, ha sido Rubí. Mas variedad, Sr. Castro; Sr. Rubí, mas unidad; unidad en la variedad, hé aquí las obras de los grandes artistas, de los grandes genios, hé aquí la armonía, que no se encuentra ni en lo monotono ni en lo desconcertado.

Castro y Orozco, considerado como político, queda ya bosquejado en los *Políticos en Camisa*, en el grande cuadro en que trazamos la fisonomía del partido moderado en general. Dijimos entonces que ningun moderado lo era *ab initio*, y de consiguiente alguna otra cosa debió ser Castro y Orozco antes de ser moderado. Efectivamente antes de ser moderado fué hombre de movimiento, fué hasta juntero;

tenia necesidad de darse á conocer. Poco á poco se fué apaciguando como el agua de un estanque herida por una piedra, y sin saber cómo pasó revista de comisario en las filas del moderantismo. Calculó que en el ejército moderado se asciende mas fácilmente y se recompensan mejor los servicios que en el ejército del pueblo. Sus cálculos no le engañaron; hizo una carrera rápida: en poco tiempo ascendió á ministro, á decano de un tribunal, á presidente de una asamblea, y por último á marques de Gerona. Su política, como la de todos los moderados, es una mala parodia de la de Royer Collard y su discípulo Cousin, quienes se empeñan en probar que el derecho está en el hecho y la razon en la fuerza, y se valen al efecto de argumentos que aunque presentados con una elocuencia bastante parecida á la de Rousseau, son menos ingeniosos que los de este, pues no se necesita mucha penetracion para encontrar lo que tienen de sofísticos ni mucha fuerza lógica para destruirlos. Si Cousin fuese capaz de convencer, las doctrinas que establece serian sin duda muy funestas. Afortunadamente descansan sobre bases falsas que se desmoronan al ponerse simplemente en contacto con la lógica natural.

Castro y Orozco no pertenecia en estos últimos tiempos á la fraccion moderada propiamente dicha, ni á la fraccion conservadora. Tenia bastante talento para no pertenecer á esta, y bastante conciencia

para no pertenecer á aquella. Conocia que su partido era débil y que se suicidaba dividiéndose, por cuya razon no quiso declararse contrario de la fraccion reaccionaria, á pesar de que sentia muchisimo los escesos que sus correligionarios cometian. Pasaba por todo en obsequio á la unidad de su partido. Sin embargo, se hizo tibio con una y con otra fraccion, y en los últimos dias de su vida se hallaba aislado entre las dos.

Como orador Castro y Orozco ha brillado poco. Tenia buena voz y cierto desparpajo nacido del alto concepto que se habia formado de sí mismo, pero nada mas. En la tribuna no era filósofo ni poeta; ni convencia, ni agradaba; sus discursos eran largos, interminables, pesados; la última palabra del epílogo era lo que tenian de mas agradable, porque era señal de que se habian concluido. Se daba y le daban una importancia que no tenia.

Como presidente de un congreso era bastante imparcial y severo, pero se le presentó una ocasion en que podia dar pruebas de valor cívico, y la desperdició; no tenia la firmeza del famoso Manuel.

Murió siendo marques de Gerona, cuyo título, atendida la ocasion en que se le dió, no se sabe lo que significa. No significa, como se quiere suponer, la gloria que adquirió su tio defendiendo la ciudad de Gerona contra la invasion francesa, porque precisamente el título se le confirió por haber presidido una asamblea que sostuvo los propósitos de la

Francia. El título recuerda una cosa diametralmente opuesta al cargo que desempeñaba la persona á que se concedió. Queriendo premiar en Castro y Orozco á Alvarez de Castro, debió haberse escogido otra ocasion en que no se presentase dudoso el objeto á que se dirigia la recompensa. Pero basta ya de esto, y acabemos: un título en la actualidad es tan poca cosa que no vale la pena de disputárselo á nadie. Lo que sentimos es que Castro y Orozco no haya podido disfrutar el suyo mas largo tiempo. Su prematura muerte indica lo poco que valen las distinciones y oropeles mundanos puesto que son insuficientes para prolongar la vida un solo dia. *Fata manent omnes, metam properamus ad unam. Omnia sub ictu mors habet* (1).

---

(1) En el juicio que acabamos de hacer de Castro y Orozco y en el que sigue de Ordaz y Avecilla, se dicen algunas cosas relativas á ciertas personas en que acaso Villergas y el Jesuita no estén conformes, siendo capaces de acarrear á uno ú otro de los dos animadversiones particulares. Para que la responsabilidad pese sobre quien debe pesar, advertimos que el capítulo consagrado á Castro y Orozco es del señor Ribot y el siguiente dedicado á Ordaz y Avecilla es del señor Villergas. Como es muy posible que Ribot y Villergas escriban para el teatro, y en la biografía de Castro y Orozco son juzgados con algun rigor algunos censores de las piezas teatrales, decimos cual es el autor para que Villergas no sea víctima de un resentimiento de *comité*. Esta nota es del mismo autor del artículo que la precede.

D. JOSÉ ORDAZ Y AVECILLA.

No vamos á hablar del señor Avecilla tan mal como quisieran sus enemigos, ni tan bien como quisiera él que habláramos.

La imparcialidad es el primer requisito de la crítica, porque no debemos jamas confundir la crítica con la sátira ni con la apología, vicio en que han incurrido la mayor parte de nuestros escritores, que al ocuparse de los hombres y de sus obras, se han dejado llevar generalmente del espíritu de partido, y el espíritu de partido ha sido siempre la pauta á que han ajustado sus pensamientos. Nada hay mas bello que leer en los diarios de las cámaras francesas estas palabras de Berryer, gefe del partido legitimista ó realista: «*Doy gracias á la Convencion por haber salvado la independencia de la Fran-*

cia.» Y si algun rasgo de sublime imparcialidad puede compararse á este, le encontraremos en las siguiente palabras de Cormenin, escritor republicano: «*Berryer es, despues de Mirabeau, el primer orador frances.*»

En España, desgraciadamente hasta ahora, los escritores y los oradores no han tenido la suerte de merecer una crítica concienzuda, sin duda porque las continuas revueltas han atizado y mantenido las pasiones en un grado de exaltacion superior á los deberes que imponen la razon y la filosofía. Escríbase bien ó mal, pero en sentido progresista, y cualquier autor se verá desdeñado por el *Heraldo* aunque sea un Ciceron, y al mismo tiempo aplaudido y divinizado por el *Clamor y El Espectador* aunque sea un asno. Cotéjense los juicios críticos que algunos periódicos han hecho de una misma persona, de *Gonzalez Brabo*, por ejemplo, y descubriremos la habilidad de los periodistas en materia de permutaciones. «El señor Gonzalez Brabo, decian los moderados antes del año 43, es un palabrero, un hablador falto de inspiracion y de lógica, que quiere suplir la escasez de sus dotes oratorias con frases huecas, hinchadas; declamaciones vagas, bambolla, pura bambolla;» y al mismo tiempo decian los progresistas: «el señor Gonzalez Brabo es un orador fogoso, vehemente, que arrebata y persuade con los arranques de su brillante imaginacion y con los golpes inimitables de su dialéctica.» Hoy se han trocado los pape-

les, y dicen los moderados que Gonzalez Brabo está mas alto que Lopez como orador, al paso que los progresistas le colocan debajo de Bernabeu. ¿Será que el Sr. Gonzalez Brabo ha adelantado algo en la carrera parlamentaria? En este caso la crítica de los progresistas es apasionada. ¿Es que en lugar de adelantar ha atrasado en la oratoria tanto como en las teorías políticas? Entonces siempre le han juzgado mal los moderados. Si el Sr. Gonzalez Brabo no ha ganado ni perdido terreno en el campo del debate, que es lo que nosotros nos aproximamos á creer; si el Sr. Gonzalez Brabo es hoy el mismo, el mismísimo orador de 1842, porque ningun cambio se ha verificado favorable ó adverso en sus facultades intelectuales, en ese caso quiere decir que los moderados y los progresistas han faltado á sus deberes como críticos, unos y otros han perdido de vista al orador para mirar esclusivamente al hombre político.

Nosotros somos los primeros, y se puede decir que los únicos en esta parte que han comprendido y llenado debidamente la mision de críticos. Por eso al lado de un moderado sacamos á plaza un progresista ó un demócrata, y si algun desliz cometemos en nuestros juicios, culpa será de nuestra organizacion, de nuestro modo de ver y apreciar las cosas, y no de ese espíritu de pandillaje que guia á manifiestos absurdos. Se necesita toda la candidez del *Eco* para decir que Ovilo y Otero es historiador;

toda la serenidad sistemática de Galiano para asegurar que el *Trovador* tuvo inmerecidos aplausos, y la hipocresía jesuítica de Masarnau para escribir en un periódico que si Rossini hubiera seguido un género de composicion mas digno de él, es decir, si en vez de hacer óperas hubiera hecho misereres, maitines y completas, no hubiera tenido el desconsuelo de ver morir su música antes de morir él. ¡Diablo con Masarnau! O nosotros no la entendemos, ó los que tales críticas hacen menos escriben lo que les dicta su conciencia que lo que les aconsejan sus opiniones políticas y relijiosas. Pero no; criminales seriamos en someternos al yugo caprichoso de una disyuntiva inadmisible; estamos seguros de que lo entendemos, de que sabemos apreciar las cosas y de poder por esta vez dar nuestro fallo sin apelacion. Diga lo que quiera el órgano de la comunion liberal, escriban Masarnau y Galiano como se les antoje, siempre diremos que Ovilo y Otero necesita comer muchos mendrugos é ir á la escuela á recibir todavía muchos azotes, para aspirar no solo al título de historiador sino al de escritor; diremos asimismo que el *Trovador* es uno de los pocos dramas que merecen pasar á la posteridad, uno de los pocos dramas del siglo XIX que pueden colocarse á la altura de las buenas obras del teatro antiguo, uno de los poemas, en fin, de que pueden envanecerse la nacion y el siglo que los produce; y diremos, por último, que la *Semíramis*, el *Barbero de*

Sevilla y el *Guillelmo Tell* pasarán á la posteridad no solamente como obras de gusto, de inspiracion, de genio y de mérito artístico, sino como modelos que serán constantemente objetos de veneracion y asombro para los amantes de la música.

En la persuasion de que la pasion no nos impide someternos á las exigencias de la buena crítica, hemos hablado y seguiremos hablando de los hombres de todos los colores; no con la vana presuncion de acertar siempre, pero si en la inteligencia de dar á cada uno lo que de derecho le corresponde. En este concepto tomamos hoy la tarea (no sabemos si dulce ó amarga) de sacar á volar al señor Avecilla (que bien puede volar siendo *ave*, aunque *ave* diminutiva) por el horizonte político que dá pasto y recreo á nuestras investigaciones.

La cabeza del Sr. Avecilla examinada frenológicamente seria seguramente un objeto curioso y ameno para el que la observase bien, en el supuesto de que la frenología sea una ciencia digna de crédito, lo que no nos atrevemos á asegurar aunque no sea mas que para que los curas no nos persigan como propagadores del materialismo, que es lo que últimamente ha sucedido con el señor Cubí, acusado de materialista por unos cuantos estúpidos (1).

---

(1) Aquí decia algo mas; pero no es culpa de los redactores de esta obra el que las verdades sufran alguna mutilacion en el impreso.

¡Ah! ¡para cuándo se quedan las varas de fresno y los látigos de correa! Pero volviendo á nuestro asunto, diremos que si la frenología merece fé y hay algun frenólogo que se tome el trabajo de analizar el cráneo del Sr. Avecilla, encontrará forzosamente protuberancias tan superabundantemente desarrolladas, que serán con relacion á las de otras cabezas lo que el Guadarrama á la montaña del Príncipe Pio, lo que los Pirineos al Guadarrama, lo que los Alpes á los Pirineos, lo que el Imalaya á los Alpes.

Empezando por la parte superior de la cabeza, hácia el punto en que vienen á converjir los dos parietales y el coronal, se hallará seguramente una eminencia que nosotros no sabemos á qué compararla como no sea á una pirámide de Egipto: este es el órgano que segun los inteligentes indica el *aprecio de sí mismo*, y que traducido al lenguage vulgar quiere decir el *amor propio*. El Sr. Avecilla en efecto posee esta cualidad en grado superlativo. Si le hablan VV. de política les contestará con su aura popular, con sus antecedentes, su porvenir, su influencia: toda su política esta reducida, circunscrita á su persona. Si le hablan de jurisprudencia, responderá preguntando: ¿Han estado VV. ayer á oir mi discurso en la sala primera? Cuando el Sr. Avecilla haga una interpelacion de esta naturaleza, apresúrense VV. á decir que sí aunque sea mentira, porque de lo contrario se ofenderá su *amor propio*

y dirá con el acento de la desesperacion:—Les condeno á VV. á la pena... de no haberme oido.—Y como hombre que necesita aliviar un resentimiento con un desahogo, repetirá la defensa de pe á pa con todos sus detalles, paréntesis, puntos y comas, y ademas por via de apéndice ó nota los efectos que produjo su voz en el ánimo de los jueces, la satisfaccion que se reflejaba en el rostro de los oyentes, el abatimiento del orador contrario cada vez que de su boca salia uno de aquellos conceptos que conmueven, que arrebatan, que seducen, que destruyen el plan de acusacion mas hábil y sólidamente combinado.—Y entre paréntesis añadirá que de estos conceptos felices tuvo tantos como palabras pronunció en el discurso de cuatro ó seis horas, hablando muy deprisa y sin escupir.—Y luego falta hablar de las lágrimas que corrian por las mejillas del reo agradecido, y las bendiciones de la familia del reo agradecida tambien, y de las manifestaciones afectuosas de los amigos de la familia del reo tambien agradecidos, y del asombro y veneracion de la parte contraria, y de las salutaciones de los amigos personales al salir de la audiencia. Todo esto habrán VV. de sufrir siempre que tengan la torpeza ó debilidad de decir que no han oido una de sus defensas, todo esto y algo mas que esto, porque ahora falta lo principal, que es el juicio crítico del discurso del Sr. Avecilla hecho por el Sr. Ordaz.—Hé aqui una ligera muestra que pondremos en boca del autor, oigamos:—

• En el poco tiempo que llevo de abogado he vencido dificultades insuperables para otros hombres educados y encanecidos en la carrera del foro. Yo tengo el talento particular de penetrar de una ojeada todos los arcanos del proceso; hago la descomposicion de la materia, analizo, escudriño y vuelvo á componer en menos tiempo del que cualquiera otro necesitaria para quitarse los guantes; cada frase me presenta un mundo de ideas que, gracias á este tacto privilegiado que Dios me ha dado, formulo y presento con una ilacion, con una graduacion, con un órden de que apenas ofrece un solo ejemplo la historia de todos los paises y de todos los tiempos. Si el abogado contrario es hombre prudente y rinde el debido homenage á mi indisputable superioridad, me contento con ilustrar la conciencia de los magistrados apelando á los recursos del raciocinio de que mi cabeza es un manantial inagotable; pero si por casualidad tropiezo con un hombre indiscreto que tiene la osadía de mirarme frente á frente, entonces, olvidándome de que soy *Avecilla*, me multiplico, me elevo en mis aspiraciones legítimas á las regiones del águila real, y precipitándome con vuelo rápido sobre la víctima la sujeto, la desgarro, la pulverizo hasta que invoca el perdon con los gemidos de la agonía, en cuyo caso la abandono á su suerte, satisfecho de mi triunfo y de haber dado el merecido castigo á su loca temeridad. En el último discurso estuve inimitable; ¿qué digo inimitable? sobrehumano: lo que yo hice

fué una inspiracion divina, un fenómeno que no volverá á reproducirse. Estuve tan sublime, tan filosófico, tan elevado, que los inteligentes se quedaron pasmados, confesando que era tal la escelencia de mi oratoria que no pudieron entenderme. En vano revolvian su memoria buscando en ella objetos de comparacion, porque las mas ilustres figuras palidecian en el paralelo. Dijeron que Lopez tenia casi tanta facilidad como yo; pero que siendo menos lógico no podia compararse conmigo. Dijeron tambien que Cortina era casi tan lógico como y , pero que no podia compararse conmigo por no ser tan elocuente. Han dicho muchas cosas mas, pero ninguno ha acertado á dar una idea exacta de mí, y francamente, estoy quejoso de la prensa y de mis amigos, que para hablar de mi mérito dicen que tengo estilo, que tengo verbosidad, que tengo pasion, que tengo criterio, que tengo talento; pero ninguno ha sabido herir la dificultad, ninguno ha puesto el dedo en la llaga. ¡Talento! eso lo tiene cualquiera, y por lo mismo no es una circunstancia recomendable. ¡Talento! ¡valiente cosa habria yo adelantado si tuviera talento! No señor, yo no tengo talento, la cualidad que resalta en mí no es el talento, es otra dote mas rara, mas inapreciable, *el genio*. Si señores, yo soy un *genio*, y ya ven ustedes que teniendo un hombre *genio*, puede, como yo, hacer un brillante papel aunque no tenga pizca de talento. Y siendo yo, como lo soy, porque yo mismo lo conozco; siendo, como digo, un *genio*, hay hombres

que me hacen el agravio de recomendarme con esos lugares comunes, de decir que tengo talento, que hablo bien, que soy mas lógico que Cortina y mas elocuente que Lopez, como si el compararme á mi con esos medios hombres no fuera una humillacion!!! ¡Oh, franceses, ingleses, alemanes; á vosotros me encomiendo pidiendo la justicia que la envidia y el egoismo me niegan en esta nacion! ¡Bien dijo el que dijo que nadie es profeta en su patria!!!»

No concluiríamos en dos ó tres entregas si quisiéramos dar una idea cabal de los juicios críticos que hace el Sr. Ordaz de los discursos del Sr. Avecilla, por cuya razon dejamos al gusto de cada uno el oirlos de la propia boca del orador, que no es difícil, tanto no es difícil como que no hay cosa mas fácil, pues para lograrlo basta saludar al Sr. Ordaz Avecilla.

Con que ya ven VV. la colita que ha traido el hablar de jurisprudencia con este señor, y sobre todo el cometer la imprudencia de decir VV. la verdad, diciendo que no habian oido el discurso pronunciado en la sala primera. Esto prueba el adajio que aconseja que hay verdades que no se pueden decir. Por lo demas, si VV. quieren aplicar algun remedio al Sr. Avecilla para curarle la mania de hablar de sí, les digo francamente que no se cansen, porque todo será inútil. Es como aquel poeta de que nos habla Quevedo en el Gran Tacaño, que habiendo hecho novecientos y un so-

neto á las piernas de su dama, se empeñó en recitárselos á otro que le acompañaba desde Alcalá á Madrid, y en vano el acompañante víctima trataba de distraer la atencion del poeta hácia otros objetos, pues cuando aquel decia:—Mire V., mire V. una liebre que va corriendo por aquella cuesta, respondia el poeta:—Le recitaré á V. un soneto en que la comparo á ese animal,—y esclamando el otro de pronto; ¡válgame Dios qué milagro! ¡Creo haber visto una estrella, y eso que estamos á la mitad del dia!—insistió el poeta:—Le recitaré á V. otro soneto en que la llamo estrella.—Yo digo lo mismo del Sr. Avecilla: si para distraerle de su ocupacion favorita le hablan VV. de pintura, de arquitectura, de música, de poesía ó de rábanos, no será capaz de hablar de todo esto, pero será capaz de hacer girar la conversacion de modo que recaiga en su persona; ya porque haya estudiado el asunto de que se trata, y entonces no hay cosa mas natural por lo mismo que lo ha estudiado, ya porque no lo ha estudiado, y en este caso tambien se verifica el cuarto de conversion hácia su persona por lo mismo que no lo ha estudiado. Todo, todo le viene bien; la música porque le cansa, la pintura porque le entretiene, la poesía porque le fastidia, la arquitectura porque le incomoda, y los rábanos porque se le indijestan. Todas las calles van á la plaza, todos los caminos á Madrid, todos los rios al mar, todas las oraciones á Dios, todos los asuntos al mismo objeto, al único,

al esclusivo objeto de las conversaciones del Sr. Avecilla, *su persona*.

¡Cosa estraña! hay otro órgano en la cabeza del Sr. Avecilla que si no es una pirámide será un obelisco por lo menos, y este órgano ¡pásmense VV. y pásmese el Sr. Avecilla! es el de la *adquisividad* (1), cosa en que nadie habrá reparado, en que nadie habrá creido y que probablemente nadie querrá creer aunque nosotros lo digamos hasta tanto que lo probemos, pero lo probaremos. Si la *adquisividad ó afan de adquirir* se limitára al dinero, seguramente nos hubiéramos abstenido de avanzar esta especie contra el Sr. Avecilla; pero se puede tener el *afan de adquirir*, sin ambicionar el dinero, como por ejemplo, se puede ambicionar el poder, la posicion social, la popularidad, la gloria, y en este concepto hablamos. Creemos que debe estar muy alto, muy gordo, muy maduro el órgano de la *adquisividad* en la cabeza del Sr. Avecilla, tanto debe estarlo que no se le hallará otro que predomine ni que le iguale como no sea el del *lenguage*.

Pero se nos dirá que hasta aqui vamos hablando del hombre privado y no del político, y que lo que quiere el pueblo es conocer á los políticos sean

---

(1) Al emplear esta palabra, que no es la mas propia seguramente, no es nuestro ánimo poner en duda la moralidad del Sr. Avecilla. Afortunadamente para él y para nosotros, su reputacion en esta parte está bien sentada.

quienes quieran los hombres. Sin embargo, todo lo que llevamos dicho conduce á la resolucion del siguiente problema: «El Sr. Ordaz y Avecilla ¿puede ser buen diputado?»

¿Saben VV. lo que dicen por ahí?... que el Sr. Avecilla puede ser buen diputado. Por nuestra parte, despues de lo que llevamos espuesto respecto del Sr. Avecilla, por escusado tenemos el contestar á la pregunta, pero contestaremos diciendo redondamente «NO;» y no dirá el Sr. Avecilla que no buscamos todos los rodeos posibles para decírselo con finura y delicadeza. Tiene tres cualidades que podrian ser tres virtudes: el *aprecio de sí mismo*, sin el cual no hay dignidad en el hombre; *el amor á la gloria*, sin el cual no hay entusiasmo, y *riqueza de lenguage*, circunstancia esencial del orador; pero su poca reflexion le ha hecho nacer un vicio en la raiz de cada virtud, valiéndonos de una comparacion de Victor-Hugo, y diremos mas, que hasta la raiz se ha convertido en vicio. El hombre que no tenga amor propio será un ente despreciable, pero si esto es malo, lo es tambien el poseerlo como el Sr. Avecilla en tan alto grado, porque en este caso degenera en vanidad, en un delirio que impide al hombre conocerse, medir sus fuerzas, contenerse en los límites de la circunspeccion, y cuando se ha estraviado, cuando ha cometido una imprudencia, cuando ha divagado todo lo que se puede divagar, no hay freno que le contenga. Las muestras

de reprobacion no son mas que señales de despecho con que se dan á conocer la envidia y la impotencia; los que aplauden, aunque sean pocos, tienen mas razon que los que murmuran aunque sean muchos; los que callan otorgan, y los verdaderos amigos, los que advierten las faltas y aconsejan la prudencia, esos son enemigos ocultos, enemigos encubiertos que se velan con el antifaz de la hipocresía para causar mas tormento. Esto es lo que piensa el Sr. Avecilla; si toda la nacion le silbase y solo un amigo le aplaudiese, diria que la nacion se equivocaba y que despues de él solo habia un hombre en el mundo digno de un altar en el templo de la inmortalidad, el que le dió el aplauso. Esta circunstancia, que no le permite hacer un uso prudente de otras dotes que posee, como es la facultad de hablar, le impele á la confusion, á la anarquía, al laberinto de las ideas, en una palabra, á hablar muy mal pudiendo como podria el Sr. Avecilla hablar bien, si oyera los consejos de personas que tal vez le aprecian mucho aunque solo digan poco, entre las cuales tenemos el gusto de contarnos los primeros. Y si á todo esto se añade el prurito de brillar, el deseo de figurar, lamentable condicion que puede sofocar en un momento de crísis todos los buenos instintos, ¿no se puede abrigar algun temor respecto á la conducta futura del Sr. Avecilla? Oigamos á los electores que representa y nos dirán que el Sr. Avecilla se presentó en una junta electo-

ral como candidato, no para ilustrar la opinion y la conciencia de sus paisanos, ni para ofrecerles su programa, sino para hablar de su persona, para ponderar su patriotismo, cuando nadie lo habia puesto en duda, como muy oportunamente le hizo observar uno de los electores. Leamos la alocucion que dirigió el Sr. Avecilla á sus comitentes despues del triunfo, y veremos que este señor triunfó *con su presencia*, nada mas que con su presencia; que el éxito se debió á su influjo mas que á los esfuerzos de los electores, á su palabra mas que á la opinion del pais, á su persona mas que á las ideas políticas que representaba. Los que abrigaban la ilusion de creer al Sr. Avecilla un orador de genio solo porque lo decia él, un gran gefe de partido solo porque él lo decia, un talento privilejiado porque él lo decia tambien, saben demasiado que nosotros no hemos dicho nunca del Sr. Avecilla mas que una cosa, *que el momento de su elevacion seria el de su ruina, que indudablemente se desacreditaria en la ocasion con que le brindára la suerte para acreditarse*, en fin, que habia hecho concebir á algunos ilusiones halagüeñas para cuando fuera diputado; pero que en cuanto entrase en el congreso se desvanecerian todas las ilusiones.—Nuestros vaticinios se han cumplido por desgracia.

No seguiremos al Sr. Avecilla en su larga (aunque bien corta) carrera parlamentaria. Su primer discurso fué su primera derrota... No abusaremos.

Pero aunque por un sentimiento de filantropía nos abstengamos de comentar aquel discurso, no podemos prescindir de decir algo acerca de las ideas emitidas por un diputado que se dice órgano de la juventud y de la democracia en el seno de la representacion nacional.

En el discurso pronunciado por el Sr. Avecilla sobre el proyecto de *sociedades anónimas*, leemos estas notabilísimas palabras:—«¿Sucede esto á las córtes? ¿Podrá suceder jamás que estas no obren con entera imparcialidad? No, señores; en las córtes está todo: está la ilustracion, *está el interes por el bien del pais*. A las córtes viene todo lo que encierra el pais de mas independiente, de mas ilustrado, DE MAS RICO. ¿Quién se atreveria en ellas á sostener intereses que no estuvieran en armonía con los intereses comunes? Nadie, señores; porque cien voces se levantarian para anonadarle.»

Con este párrafo tenemos mas que suficiente para conocer el desórden que reina en la cabeza del Sr. Avecilla. Para que las córtes obren *siempre* con imparcialidad es preciso que haya siempre una *mayoría de hombres imparciales*, y la esperiencia acredita que las *mayorías* son alguna vez parciales á favor del gobierno, por cobrar sueldo del tesoro muchos de sus individuos, ó por pertenecer al gobierno en cuerpo y alma. Por esta razon en las córtes cabe muy bien que en lugar de estar *siempre* el interes por el bien del pais, como dice el se-

ñor Avecilla, esté alguna vez el interes individual de los que constituyan la mayoría.—Lógica, señor mio, lógica.

¿Y quién ha dicho al señor Avecilla que á las córtes viene todo lo que encierra el pais de mas independiente, de mas ilustrado y de mas rico? Apostaríamos cualquier cosa á que el Sr. Avecilla no habia pensado semejante cosa hasta que él ha sido diputado, con lo cual se hace la ilusion de creer que en efecto debe estar en las córtes lo mas independiente, lo mas ilustrado y lo mas rico, sí señor, lo mas rico del pais. En primer lugar diremos que á las córtes han venido generalmente hombres muy ilustrados, muy independientes y muy ricos, sin que esto quiera decir, porque seria una barbaridad, que hayan sido los mas independientes, los mas ilustrados y los mas ricos de la nacion. Lo de *independiente* seria ciertamente una prenda inestimable que quisiéramos poseyese todo diputado. Lo de *ilustrado* tambien merece recomendacion; pero nosotros hemos visto arrellanarse en los escaños al lado de diputados de talento y erudicion algunos pobres hombres en toda la estension de la palabra. Y por último, eso de venir á las córtes lo mas rico, suponiendo que fuera verdad, no debia sonar en los labios de uno que se llama representante de las ideas avanzadas del progreso, para los cuales no hay mas que una riqueza que tenga valor, y es la riqueza de la virtud. La riqueza del oro vale mu-

cho seguramente, pero es á los ojos de los aristócratas, de los que no conceden los derechos á los ciudadanos sino al dinero, y necesitan que un hombre pague 400 reales de contribucion para tener derecho de votar, que posea una renta de 12,000 reales para ser diputado, y que deposite 6,000 duros en el Banco para poder imprimir sus pensamientos.—Mas lógica, señor mio, mas lógica.

El Sr. Avecilla lo ha sancionado todo con sus imprudentes palabras, todo lo que las córtes han hecho de bueno y de malo, y ha sancionado todo lo malo que puedan hacer en lo venidero, sino se apresura á confesar su error y su arrepentimiento, á renunciar á representar de hoy mas á la juventud liberal. No, la juventud, el partido liberal español no profesa los principios emitidos por el Sr. Avecilla, hace mas, los rechaza y declara que los que tales máximas vierten cometen un pecado político de trascendencia, del que solo ellos deben hacerse responsables. Desgracia ha sido para el partido demócrata no haber podido enviar á las córtes mas que cuatro ó seis diputados en todo el tiempo que llevamos de gobierno representativo, y para eso tal ha sido su mala suerte que no ha encontrado un intérprete digno de sus doctrinas. Los que han tenido principios fijos no han tenido talento para discutir; los que han hablado no han tenido un pensamiento, y han querido edificar castillos republicanos con cimientos aristocráticos y realistas. Si por la muestra

se habia de conocer el paño, estábamos aviados. Si el partido fuera lo que son los hombres que se han abrogado el derecho de representarle para escarnecerle, nuestras esperanzas para el porvenir del pueblo se marchitarian en flor; pero afortunadamente el partido demócrata no se ha desvirtuado en el terreno de la discusion, porque los que han hablado en su nombre no han representado sus doctrinas, y entiéndase esto de una vez para que los tiros dirijidos al Sr. Avecilla y á otros como el señor Avecilla, no vayan á herir de rechazo á la juventud.

El Sr. Avecilla se incomodará con nosotros porque le decimos las verdades, pero debia darnos las gracias por aquello de

el amigo y el espejo
el mas claro es el mejor.

Si quiere que digamos nuestra opinion respecto á su conducta futura, lo haremos con mucho gusto. Creemos que en el momento que lea estas líneas debe renunciar el cargo de diputado y no pensar jamas en volverlo á ser. No sabe lo que debe saber un diputado, no tiene la fijeza de principios que se necesita para representar á un partido; no es orador, porque no consiste el ser orador en amontonar frases y palabrería sin objeto, sin conocimiento, sin intencion, haciendo reir con las cosas mas graves, mostrando

siempre la bandera que enarbola por el lado ridículo, hiriendo á los buenos principios con el arma misma que esgrime en su defensa. Nosotros se lo aconsejamos por su bien; retírese al foro, y allí, dominando en lo posible el amor propio que le venda los ojos, aprendiendo lo que no se puede adivinar, es decir, estudiando lo que debe estudiar todavía para saber algo, podrá aspirar á un buen porvenir, con tal que al mismo tiempo deseche por intempestivas sus ilusiones de inmortalidad.

Ahora bien; si queda demostrado que el Sr. Avecilla por ahora no puede llenar dignamente la mision de representante del pueblo, ni como órgano de la juventud, para lo cual se ha gastado ya mucho, ni como intérprete de los viejos, para lo cual aun se ha gastado poco; si lo que es mas, el Sr. Avecilla no servirá para diputado si no se corrije, y por desgracia le vemos muy poco dispuesto á la enmienda, ¿cuál es el porvenir político del Sr. Avecilla? Hé aquí un segundo problema que vamos á resolver por el método mas sencillo que nos sea posible.

Duélenos sobremanera el tener que censurar siempre y augurar mal de tantos hombres que mejor dirijidos hubieran sin duda aspirado á hacer un papel brillante, todo lo brillante que fuere permitido en nuestra mezquina revolucion. Y no es ciertamente que nosotros esperimentemos un placer, que mereceria la calificacion de diabólico, en aburrir al prójimo; al contrario, lamentamos el destino

que nos condena á emplear una crítica inflexible tanto mas dura cuanto es mas justa y saludable. De buena gana borraríamos el tanteo para empezar otra vez la partida; con la mejor fe quisiéramos que todo lo que hemos visto de muchos años á esta parte hubiera sido un sueño; las desgracias que deplora el pais, las iniquidades del partido dominante, la intervencion de los tres gobiernos en Portugal, la representacion de las comedias de Gil y Zárate y la diputacion del Sr. Avecilla; sobre todo lo último, y despues lo penúltimo. Si el Sr. Avecilla se hubiera limitado á girar dentro del radio de sus conocimientos, no dudamos en decir que habria logrado muchas simpatías, porque hay en él prendas de un valor poco comun. El es un escelente amigo, leal, servicial, caballero y noble, circunstancias que le grangean la estimacion de todos los que le tratan como hombre particular; casi no sabe lo que es odio, por mas que algunos supongan que el Sr. Avecilla guarda resentimientos y medita venganzas: no hay nada de esto en su corazon, y creemos que el dia que el Sr. Avecilla ejerciera la dictadura olvidaria todas las ofensas, todas las persecuciones, todos los agravios personales con una sola escepcion, porque nosotros no podemos persuadirnos jamas que la magnanimidad del señor Avecilla llegue hasta el punto de perdonar á los que no reconozcan en él un genio de la elocuencia, un Demóstenes. Con tan bellas cualidades como las que nosotros concedemos al Sr. Avecilla, cua-

lidades que posee sin necesidad de que nosotros se las concedamos, porque son patrimonio suyo; con los honrosos antecedentes que le recomiendan á la consideracion de los patriotas; con las ilusiones de libertad y emancipacion que los desengaños no han podido marchitar, y que se conservan con toda la perseverante lozanía de la siempre viva en su corazon inesperto hasta la virginidad y fogoso hasta la candidez, preguntaremos nosotros, ¿debia aspirar el Sr. Avecilla á influir en los negocios de su patria, de esta patria que tantos ejemplos nos ofrece de la corrupcion, el dolo y la perversidad de muchos de sus hijos? Si por cierto; y nosotros hubiéramos sido los primeros en cooperar á este objeto y ¿quién sabe? una vez convencido el señor Avecilla de que necesita variar de rumbo, prestar atencion al eco de la verdad, ser, en una palabra, otro hombre, un hombre de pretensiones justificables, mesurado en su ambicion, contenido en los impulsos del amor propio, dócil y consecuente hasta la rigidez en los pasos de su carrera política, ¿quién sabe? repetimos; quizá algun dia le ayudaríamos á recobrar todo el terreno que ha perdido queriendo echar por un atajo que solo conduce al caos y á los precipicios. Pero para esto serian precisos muy grandes, gigantescos esfuerzos de parte del Sr. Avecilla; seria necesario que rezase el *yo pecador*, y despues de alcanzar la absolucion de sus pasadas culpas, tendria que romper la marcha por un camino

nuevo, menos sobrecargado de flores pero mas pródigo de frutos, menos lisonjero en la apariencia pero mas real en el fondo, y siempre derecho, sin apartarse una linea del itinerario aconsejado por un juicio recto y una conciencia ilustrada. ¿Hará esto el Sr. Avecilla? Hé aquí la pregunta que necesitamos hacer para deducir por la respuesta cual será el porvenir de este ciudadano. ¡Venga un monosílabo! ¡nada mas que un monosílabo! dos letras que digan *si*, ó que digan *no*, y el problema está resuelto.

¡Oh dolor! ya vemos al Sr. Avecilla levantar los tacones de sus botas para elevarse sobre las puntas de los piés, elevarse sobre las puntas de los piés para prolongar su estatura, sí, prolongar su estatura todo lo que exija la grandeza de su ultrajada dignidad, y en esta postura pronunciar un NO seco, desabrido, concluyente..... ¡horrible para nosotros que habremos predicado en desierto! y tambien ¡horrible para el Sr. Avecilla que envuelve en la palabra mas sencilla la condenacion y la muerte de sus ilusiones, de su vida parlamentaria, de su porvenir... y todo en un NO, en una palabra tan lacónica!... ¡maldito monosílabo!!!

Y que nos empalen si esto nos daria plato de gusto. Tenemos tambien un poquito de orgullo, nada mas que un poquito, pero muy refinado, y hemos blasonado alguna vez de perspicaces y ¡oh flaquezas humanas! hasta de *profetas*. Pero caigan

anatemas sobre nosotros, maldiciones sobre nuestras almas y silbidos sobre nuestros versos, sino quisiéramos por esta vez perder todo el concepto de profetas que tanto mimaba nuestra vanidad. ¡Oh! de buena fe hablamos, Sr. Avecilla; perdónenos V. si no nos encuentra tan solícitos como fuera de desear, tan dispuestos á quemar incienso ó resina ó goma laca en el altar de su fama, altar creado por esa imaginacion rápida como el vuelo de los vencejos, y sostenido por algunos de sus amigos que le creen á V. un genio bajo su palabra de honor y le empujan á su ruina sin pensarlo ellos, al contrario, animados de un deseo el mas generoso y fraternal. Si yo no los conociera demasiado pesaria sus intenciones en la balanza de la duda; pero sé como piensan, adivino y leo en el libro de sus nobles corazones y de su liberal conciencia, y les quiero con todo el fervor que se refleja en la franqueza con que se lo digo, y por eso no puedo atribuir el error en que incurren dando pábulo á las temeridades de V. á un fin siniestro, sino á esa fe que tiene tantos puntos de contacto con el fanatismo.

¡Sí, amigos mios! á vosotros se dirijen ahora todas mis súplicas; vosotros que podeis hallaros mas dispuestos á sacudir el yugo de la preocupacion, reflexionad sobre estas líneas; quejaos del tono amargo con que digo estas verdades, pero reconocedlas; negadme vuestro apoyo en el dia del peli-

gro, pero ayudadme hoy á refrescar la imaginacion de Avecilla; y si vuestros consejos, que sin duda tendrán mucha fuerza en el ánimo del diputado leonés, llegan á tiempo de atajar los males que amenazan á su dislocado cerebro; si con vuestro auxilio podemos hacer entrar los huesos en su caja, poner las tablillas y dar de cuando en cuando algunas rociadas de estracto de saturno, yo os aseguro que al cabo de algunos dias, observando un plan higiénico con toda la escrupulosidad que reclama la gravedad de la dolencia, diremos con júbilo: ¡Loado sea Dios! ¡Nos hemos salvado!!! En este caso, ya podemos ir á celebrar el alboroque á la fonda de los Andaluces, tendremos jaleo en grande, correremos un bromazo mas que mediano, se cruzarán las copas de Champagne y Jerez, ó de Valdepeñas si no hay para mas, y despues de la algazara resonarán en nuestros oidos por mucho tiempo estos brindis arrancados á la pureza de nuestros corazones.

Un ciudadano..... «Brindo por el triunfo de la democracia.»

Otro ciudadano..... «Brindo por la libertad basada en la soberanía del pueblo.»

El Sr. Avecilla. «A la salud de los que me han desengañado.»

Nosotros..... «*Al porvenir del Sr. Avecilla.*»

Todo esto es muy lisonjero; pero ¿debemos esperar que se verifique? ¡Imposible! ¡imposible!

El Sr. Avecilla necesitaria hacer para esto esfuerzos sobrehumanos. Tendria que hablar como los demas hombres, andar como andamos nosotros, sin dar brincos, sin zarandear el cuerpo, sin afectacion, sin dibujos ridículos. Tendria que acomodarse á muchas cosas desconocidas para él, como por ejemplo á abandonar el deseo de singularizarse. ¡Imposible! Conocemos muy bien al Sr. Avecilla para que esperemos de él una curacion tan radical. Si al señor Avecilla le hicieran ministro, creemos que no lo aceptaria en tanto que no le dieran la presidencia del Consejo, porque es tal la idea que ha formado de sí, que no halla papel que poder desempeñar con decoro como no sea el de primer galan. En las córtes ya que no le han hecho ni probablemente le harán nunca presidente, todo su conato se dirije á crear una fraccion chica ó grande de la cual pueda llamarse gefe. Poco se ocupará de si esta fraccion puede ser un bien ó un mal para la nacion: esa es una cuestion harto sencilla para este señor, con tal de que el pais sepa que en el Congreso hay una fraccion que lleva el nombre de Avecilla. ¡Dios nos libre de pertenecer jamas á semejante fraccion! Si VV. celebran alguna reunion política cualquiera á la cual asista Avecilla, prepárense desde luego á oir un discurso muy largo, que por muy largo que sea no llamará tanto la atencion por su estension como por su estrañeza. Y no importa que le vean VV. agazapado en un rincon, silencioso, pa-

cífico, resignado al parecer; pues yo les aseguro que no se acabará la sesion sin que él haga de las suyas, porque el dia en que el Sr. Avecilla renuncie al placer de hacerse visible, puede asegurarse que estará mas muerto que vivo. ¿Cómo es posible que el Sr. Avecilla abandone de un golpe tantos vicios que sobre ser hijos de su carácter están arraigados por la costumbre? ¿Cómo podrá apreciar los consejos ni soportar la compañia de los amigos imparciales que lejos de acrecentar su amor propio por el temor de verle degenerar en un monomaniático del género de Torremocha (1), le harán ver que en toda reunion política hay por la parte mas corta una mitad del número de ciudadanos concurrentes que valgan mas que él, y que los mas insignificantes valdrán por lo menos tanto? ¡Oh! ya estamos oyendo al Sr. Avecilla esclamar:—¡No transijo!—Y en este caso esclamaremos nosotros á nuestra vez.—¡Pues renuncie V. á todo; porque de seguro, Sr. Avecilla, ha perdido V. la cabeza y le auguramos un porvenir fatal. Repare V. que el haber logrado los sufragios de los electores una vez puede ser una chiripa, y que acaso, si no cambia de vida, no volverá á arrellanarse en los escaños del Congreso, donde es fácil sentarse una vez por sorpresa, pero que suele repetirse poco esta dicha cuando los

(1) Torremocha es un hombre de bien que por una estravagancia ha venido á ser el hazme reir de la córte.

electores se convencen de que sus elejidos no tienen el talento que se necesita para llenar la mision mas elevada que puede encomendarse á un ciudadano. Recuerde V. que desde que dió sus primeros pasos en la carrera parlamentaria, empezó á irse por la tangente, de modo que sus mismos amigos políticos le volvian la espalda, y hasta los periódicos liberales tuvieron que combatirle. Reflexione V. que no basta *tener genio* para aspirar á un porvenir brillante, sino que ademas se necesita *talento*, prenda de que V. carece, y que no es de tan poco valor como creen algunos. Y por último, volveremos á aconsejar á V. que renuncie el cargo de diputado para no pensar jamas en volver al Congreso, porque su horóscopo está bien conocido.

No concluiremos este asunto sin decir algo de un incidente que puede dar alguna fuerza á nuestras observaciones. Habiendo pensado algunos jóvenes liberales crear una sociedad política progresista, se presentó el Sr. Avecilla en una de las sesiones y no habló sino para esplicar la asistencia de *su persona* á la reunion, y para pedir que constára su voto en contra de una proposicion. Allí hubo quien le hizo notar que el voto en contra no podia constar por dos razones: 1.ª porque la votacion no habia sido nominal, y 2.ª porque no es costumbre hacer constar los votos en contra. Si el señor Avecilla ignoraba esto, es todo lo que podia ignorar, y si no lo ignoraba, quiere decir que no tuvo otro

objeto que su tema obligado, *singularizarse*. Hay mas: despues de decir que se oponia á la marcha de la sociedad por altos motivos de patriotismo, palabras que tuvo que rectificar, aunque no acertó á dar una esplicacion satisfactoria, se presentó otra vez, y no asi como se quiera, sino con la modestia de candidato para la presidencia. ¿Quién es el Sr. Avecilla para aspirar á tanto? Por mas que ciertas pretensiones estravagantes den risa alguna vez, hay ocasiones en que incomodan y queman la sangre, sobre todo cuando se ve que hay quien las apoya; pues para que nuestros lectores se pasmen, les diremos que de ochenta y tantos votantes tuvo el Sr. Avecilla 29 á su favor en competencia con el célebre Orense. ¿Posible es que entre un Orense y un Avecilla haya una sola persona, caso de que tenga sentido comun, que prefiera al último? Afortunadamente la mayoría, la gente que no iba preparada votó á Orense, dando en este acto de justicia una prueba al antiguo diputado palentino del aprecio que goza entre sus correligionarios. Desde luego esta competencia nos irritó; pero si por una inconcebible casualidad el Sr. Avecilla se hubiera llevado la victoria, hubiera sido cosa de irse de España por no tolerar semejantes barbaridades.

D. MIGUEL REDONDO.

Indudablemente la condicion humana va mejorando de dia en dia; la raza de Adan en lugar de degenerar se eleva; ningun hombre de hoy en el siglo pasado hubiera valido tanto como vale hoy. Los españoles principalmente en pocos años nos hemos ennoblecido tanto que ya casi todos somos nobles. Bien puede decirse que la reina de España es reina del pueblo mas noble de la tierra. El maese ha ascendido á señor, el señor á Don, el Don á escelencia. Ya no hay trástulo sin Don, y sin Don ningun traficante de negros, como que cualquier hijo de vecino que llegue á Ultramar se encuentra un Don que trasciende á sus hijos aunque no tenga un certificado para justificar la limpieza de su sangre. Tamaño abuso del Don que, segun dice el P. Guardiola en su

Tratado de nobleza, empezó en tiempo de Enrique IV y continuó en el de los reyes católicos, en la actualidad ya no es un abuso sino una consecuencia natural de la perfectibilidad de los españoles, que van adquiriendo *calidad* de tal manera que no tardaremos mucho en ser todos escelencias. Esto que tan aristocrático parece á primera vista, si bien se medita, es altamente democrático. Los monárquico-constitucionales van dando pruebas irrecusables de que son tan amigos de la igualdad como los republicanos, aunque tratan de establecerla en un sentido inverso al adoptado por estos y que, hablando francamente, nos parece mucho mas acertado. Para igualar dos cosas desiguales es preciso quitar algo á la una ó añadir algo á la otra: los republicanos emplean el primer medio; los monárquico-constitucionales el segundo. Aquellos con objeto de igualar á todos los individuos que componen la humanidad, ejercen una presion de arriba abajo para forzar á los mas altos á ponerse al nivel de los mas bajos. Los monárquico-constitucionales no tienden á aplastar á los altos sino á estirar á los bajos, y este procedimiento ensalza y no deprime, que es precisamente lo contrario de lo que los republicanos intentan; pero en definitiva las dos operaciones dan un mismo resultado, la igualdad. El dia que todos seamos escelencias, el vuesencia que ahora es todavia algo aristocrático será tan democrático como el *tú* de los demócratas. Y este dia no tardará en llegar;

se ha hecho lo mas ¿cómo no se ha de hacer lo menos? Habiendo llegado Gonzalez Brabo á ser escelentísimo, y habiendo conseguido un *Don* Miguel Redondo sin contar el que lleva en su apellido, ¿qué dificultad ofrece el que mañana todos tengamos don y todos seamos escelencias? Parecerá chocante que tratemos de vuesencia á la criada; pero no lo parecerá mas que las democráticas comunicaciones que dirigia al conde de Peracamps la junta de Barcelona algunos dias antes del bombardeo, concebidas á poca diferencia en los siguientes términos: «A Antonio Van-Halen, gefe de las fuerzas enemigas.—Antonio, no te canses, no cederemos. Si te obstinas en hostilizarnos, sabe que donde las dan las toman y te daremos para peras.—Patria y libertad.—*Bernat Chinchola.*»

Procedimiento republicano. Igualar un teniente general á un cualquiera, quitando del teniente general todo lo que tiene mas que el cualquiera. Estraer la raiz.

Procedimiento monárquico-constitucional. Igualar un cualquiera á un teniente general, añadiendo al cualquiera todo lo que tiene menos que el teniente general. Elevar á potencia. El sistema de los republicanos es de restas; el de los monárquico-constitucionales es de sumas.

Chinchola quiso igualarse á Van-Halen tuteándolo. Si Van-Halen hubiera sido monárquico-constitucional, para igualarse á Chinchola le hubiera dado

el tratamiento de escelencia. «Al escelentísimo señor D. Bernat Chinchola.»

Tan magnífica es una cosa como otra. Pero por chocantes que ambas nos parezcan, nos acostumbraremos á cualquiera de las dos; el hombre es animal de costumbres. Nos hemos acostumbrado á tutear á Dios, á dar escelencia á Gonzalez Brabo y el Don á Redondo. Son los términos estremos; ya no faltan mas que los términos medios... ¡Cosa mas fácil!

¡Don Miguel Redondo! ¡Lástima que no se llame Re*dondon* para tener tres veces don!

Nosotros no conociamos á Don Miguel Redondo, ni nos hacia falta, si bien sabiamos que habia un tal Redondo, segundo de un tal Chico, á quien tampoco conociamos ni nos hacia falta tampoco. Vímosle un dia en la calle de San Martin, y sin antecedente de ninguna especie, sin que nadie nos lo hubiese descrito, sin tener de antemano la mas leve idea ni de su figura, ni de su trage habitual, le reconocimos, adivinamos quien era, y digimos: *Ese es Redondo.* ¿Somos adivinos? ¿Tenemos el sesto sentido reconocido por los magnetizadores? ¿Algun sueño profético nos hizo la revelacion? Todas las ideas son hijas de algo, todas tienen ilacion, y no se pasa á lo desconocido sino desde lo conocido. Lo desconocido en el caso á que nos referimos es Redondo, lo conocido la calle de San Martin. En la calle de San Martin está la gefatura política. Sabiendo esto, ya te-

nemos el punto de partida. Una idea hace nacer otra; la idea de la gefatura hace nacer la de la policia. Para figurarnos que Redondo era de la policia, nos bastó verle parado en la calle de San Martin. La idea de la policia engendra la de que la policia tiene gefes, y una vez nos admitimos la idea de que Redondo era de la policia, tuvimos que deducir de ella que Redondo era su gefe, porque llevaba baston con puño de oro, lo que debimos considerar como una distincion por la cual se diferencian los superiores de los agentes subalternos. ¿Pero acaso está vedado al que no es agente de policia llevar baston con puño de oro? ¿No podia tambien ser un doctor, un general, un intendente, etc., etc? Es verdad, pero aquellas barbas... ¿Acaso no puede llevarlas cualquiera? Ciertamente; pero estaba parado en la calle de San Martin. Son tres circunstancias, tres datos que concurren á un fin único; cada uno de ellos aisladamente vale muy poco; pero todos juntos lo dicen todo. De estar parado un hombre en la calle de San Martin no debe deducirse que sea gefe de policia, ni debe deducirse esto de que lleve barbas, ni tampoco de que gaste baston con puño de oro. Pero cuando estas tres condiciones obran de mancomun, cuando un hombre con barbas y baston con puño de oro está parado en la calle de San Martin, ¿qué otra cosa puede ser mas que un gefe de policia? A mas de que á estas señales, que pueden llamarse comunes y que por lo mismo

son insuficientes por si solas para caracterizar una cosa, aunque ayudan al observador á la acertada formacion del diagnóstico, se agregaban señales patognomónicas, como dicen los médicos, señales esclusivas de un gefe de policía. A las barbas de gastador, al baston de graduado *in utroque* y á la circunstancia de hallarse parado en la calle de San Martin, agréguese el *no sé qué* impreso por el hábito que con tanta frecuencia revela la profesion de un individuo. ¿Quién no conoce que un cura es cura aunque se disfrace de seglar, con levita á la moda, sombrero redondo y pantalon con trabillas? ¿Quién no conoce á un militar, aunque se vista de paisano? Hay en la sociedad ciertas clases, á una de las cuales corresponden los empleados de policía, que tienen cierto modo de mirar escudriñador y disimulado que no pertenece mas que á ellas, á ciertas aves de la familia de los gerifaltes, y á ciertos mamíferos de la familia de los gatos, un modo de mirar que presenta los afectos del alma traducidos de un modo tan inteligible que los comprende cualquiera aunque no sea fisonomista ni sicologista. Pero no es esta precisamente la señal patognomónica que nos dió á conocer á Redondo. Estaba rodeado de una infinidad de agentes inferiores, entre los cuales se daba la misma importancia que un capitan negrero en medio de su tripulacion. ¿Qué otra cosa necesitábamos saber los que sabemos aquel refran que dice: dime con quien andas y te diré quien eres?

Otra señal patognomónica, seguramente la mas característica de todas, capaz de dar á conocer á Redondo tanto al menos como su fe de bautismo, encontramos en las armas de fuego que salian de sus bolsillos como de otras tantas troneras. Su casaca era una fortificacion y otra fortificacion sus pantalones. Parado en la calle de San Martin, tenia la magestad de un navio de linea fondeado. ¡Qué miedo mete Redondo armado en corso! Es un Gibraltar, un Monjui, un Amberes, una fortaleza de carne de primer órden, un arsenal vivo, un ejército en compendio; dá una idea bastante exacta de los elefantes de los antiguos cargados con la torre. *Turritas moles ac propugnacula dorso gestans.*

Es claro y palpable que un hombre fortificado como el que nos llamó la atencion en la calle de San Martin, por mas que gastase vestido de caballero y caña de Indias con puño de oro, no podia tomarse por un doctor, por un general ni por un intendente, sino por un agente de policía, y es claro y palpable tambien que un agente de policía que gasta vestido de caballero y caña de Indias con puño de oro ha de ser por precision un gefe del ramo. Nosotros sabiamos que el ramo de policía tenia dos gefes, de los cuales el uno se llamaba Chico y el otro Redondo, y aunque ni de vista conociamos á ninguno de los dos, estando convencidos de que el hombre parado en la calle de San Martin era un gefe de

policía, por precision habiamos de comprender que era Redondo ó era Chico. Aqui ya tenemos la incógnita muy aislada; pero no todavía despejada enteramente. Falta la operacion última y definitiva; falta saber si el hombre parado en la calle de San Martin es Chico ó es Redondo. No puede ser el primero, luego ha de ser el último. Ya la incógnita está despejada, la ecuacion resuelta. El hombre parado en la calle de San Martin no puede ser Chico, porque el que está acostumbrado á juzgar á los hombres por sus actos y á buscar relaciones entre el físico y la moral, ha de conocer que D. Francisco Chico es un hombre sagaz y astuto, y que no puede en manera alguna ser D. Francisco Chico el que no presente en su físico algo que nos revele su carácter. El hombre parado en la calle de San Martin no tiene en su fisonomía indicio alguno de sagacidad y astucia; no tiene delgados los labios, ni los pómulos abultados; sus arcos zigomáticos están bastante deprimidos, y el desarrollo de la parte posterior de su cráneo, que es la parte animal segun los frenólogos, escede en mucho al de la parte anterior, la cual, segun los mismos frenólogos, es la parte moral. Es un hombre de pura accion, que solo con su fachada mete miedo á las almas vulgares, á esas almas pacatas que desconociendo el dominio que egerce la inteligencia sobre la fuerza, temen mas á esta que aquella, y se espantan sin poderlo remediar delante de unas barbas pobladas ó de una talla gi-

gantesca. Gigantesca en realidad es la talla del hombre parado en la calle de San Martin, y no se le puede ver sin recordar la sentencia de aquel filósofo que dijo: «Los hombres altos son como las casas altas; el último piso es en general el peor amueblado.»

Ahora que conocemos á Redondo, preguntémosle amistosamente si sabe donde está el reló del conde de Donadío. En esta pregunta hallará Redondo algun busilis, porque no somos nosotros los primeros que se la dirigimos. Recuerde que pocos dias despues de la trágica muerte del conde de Donadío y del desgraciado San Just, sobre cuya raza ha pesado constantemente la mano de hierro de la fatalidad (1), desde Málaga pasó á Granada engalanado con el uniforme

---

(1) Varios son los de la familia de San Just que han tenido un fin desastroso. El hijo del desgraciado que asesinaron en Málaga habia heredado el valor y la mala suerte de sus abuelos. Defendió en Barcelona la bandera de la Junta Central con un arrojo digno de la causa que sostenia, y despues de la capitulacion de los centralistas se le formó causa y fué pasado por las armas. Tenia apenas veinte años, y no desmintió su valor un solo instante. Habia peleado como un héroe, y supo morir como un mártir.

D. Mariano Vehils. A este desgraciado se atribuia una influencia muy poderosa en las varias persecuciones que habia sufrido en Barcelona el partido progresista. El dia 8 de octubre del año 1837, durante las elecciones, sin haber en la ciudad ningun síntoma de alteracion del orden, recibió una herida en el vientre de la cual murió al siguiente dia. Este asesinato sirvió de pretesto para el desarme de la milicia nacional, el encarcelamiento de

de miliciano nacional, acompañado de algunos otros que tambien vestian el honroso trage de los soldados de la libertad. ¿Qué le dijo en Granada cierto asesor que nosotros en este momento no tenemos á bien nombrar? No creemos que Redondo lo haya olvidado. La pregunta del asesor y la respuesta de Redondo debieron ser el mas poderoso antecedente, el primer punto de partida de la ruidosa causa que se formópara castigar los sangrientos escesos que llenaron de consternacion al pueblo malagueño. Se formó una causa, y los escesos quedaron impunes, porque la causa se formó bajo las influencias de una pandilla, que no consideró como enemigos á los culpables sinoá los liberales. La opinion y no el crimen es lo que las pandillas persiguen muchas veces; los crímenes son no mas que los pretestos de que se valen para castigar las opi-

---

muchos patriotas, el confinamiento á islas adyacentes y otros puntos de varios ciudadanos notables, y la deportacion á Ultramar de los que mas se distinguian por la constancia de sus principios, que eran seguramente muy contrarios á los de todo asesino. En el número de los deportados tuvo la desdichada honra de figurar el que estas líneas escribe. Pedimos que se nos formase causa, y la autoridad militar contestó que ya sabia que si se nos formaba causa nada contra nosotros podia resultar. Por esta razon no se nos formó causa, y se nos deportó sin formárnosla. La autoridad á quien debimos tan cínica respuesta preside actualmente un tribunal.

Mas adelante los deportados nos evadimos de la isla de Pinos y pasamos á los Estados Unidos de América. En el estado de la Luisiana vimos al presunto autor y perpetrador del crímen que espiábamos nosotros.

niones. Han aprendido de Heródes á hacer justicia. Castigan á todo un partido para castigar á un delincuente, y á pesar de esto el delincuente queda sin castigo. Ni puede ser otra cosa, porque por lo comun el delincuente no pertenece al partido que castigan. Otras veces, al contrario, cuando los escesos tienen algun viso de generalidad, cuando no pueden presentarse como un hecho aislado sino como un resultado de la efervescencia pública, las pandillas hacen pesar la responsabilidad sobre un corto número de individuos, á veces sobre un individuo solo, procurando que la víctima espiatoria sea notable, no precisamente por su mala conducta moral, sino por su exaltacion de principios contrarios á los que ellos profesan. Vengan en un particular los hechos comunes y colectivos de todo un pueblo, y algunas veces en todo un pueblo los hechos aislados de unos cuantos individuos. El asesinato de un alcalde cometido por un cualquiera en un colegio electoral provocó en Barcelona el desarme de toda la milicia y la deportacion de una infinidad de ciudadanos que ni por su reconocida honradez, ni por su posicion, ni por su educacion podian en manera alguna confundirse con un asesino, sobre todo cuando les era muy fácil probar la coartada. La muerte en Málaga del coronel Trabado sirvió de pretesto para vejar y oprimir á muchísimos patriotas de aquella ciudad. Lo mismo sucedió cuando el asesinato de San Just y del conde de Donadío. La circunstancia de haber sobreve-

nido la catástrofe en medio de una insurreccion popular sirvió de pretesto al general Palarea para envolver en una misma causa á los insurreccionados y á los asesinos. Lo que solo fué un episodio de la insurreccion, sin guardar con esta relacion de ninguna especie, se confundió con la insurreccion misma, se buscó una dependencia que no existia entre la accion principal y un accidente que sobrevino durante el curso de aquella, y este modo de proceder injusto dió por resultado la persecucion de muchos inocentes y la impunidad de los verdaderos criminales, de modo que algunos llegaron á sospechar que la muerte del conde y de San Just podia muy bien ser obra de los mismos que afectaban ser sus vengadores, y que se perpetró tal vez con el malicioso objeto de desacreditar la insurreccion y crear un crimen que sirviese de pretesto para deshacerse de algun adversario político. No adivinamos hasta qué punto pueden ser fundadas estas sospechas; pero es indudable que la deferencia que ciertos sugetos merecieron á Palarea, pudo hacerlas concebir. Hasta ahora no se sabe que los asesinos de San Just y del conde de Donadío, á pesar de todo el lujo de arbitrariedad que tantas veces se ha desplegado en Málaga, hayan sufrido el castigo á que se hicieron acreedores.

Bien sabemos que pedir moralidad á los moderados es pedir peras al olmo. En la necesidad cuestionable de haber policía, deberia estar compuesta

de hombres bien educados y de honradez á toda prueba, pues por buena que sea una institucion en su esencia deja de ser buena si no está compuesta de hombres de bien. Desgraciadamente la policía es una institucion que convirtiéndola algunas veces en instrumento de partido la han desviado de su verdadero objeto, le han dado un significado político que no deberia tener en un pais en que las opiniones son libres, y suele servir mas para coartar la libertad de los ciudadanos que para garantir la seguridad individual. El pueblo se ha acostumbrado á figurarse un enemigo en cada agente de policía. La institucion de consiguiente carece de prestigio, y por lo mismo no quieren pertenecer á ella todos los que tienen en mucho el aprecio de sus conciudadanos. Para ser buena una institucion no debe estar formada de hombres insignificantes sino de hombres acreditados y bien quistos, y hombres acreditados y bien quistos no todos quieren pertenecer á la policía. En vano el Sr. Escosura con una asiduidad que le honra se esfuerza en moralizarla y en darle algun esplendor ; sus loables conatos seran desgraciadamente estériles, porque estando en gran parte del público arraigada la idea de que la policía es un instrumento de opresion y arbitrariedad, no es posible que quiera pertenecer á ella el que haga mucho caso de la opinion pública. Por lo mismo haremos á los moderados el favor de suponer que si han admitido en la policía algunos hombres estraidos de

la hez del pueblo, es porque entre hombres de elevados sentimientos no han encontrado para formarla un número suficiente de individuos. Los moderados no pueden pasarse sin policía, y respetamos su necesidad que es una verdadera desgracia. Sin un espionage organizado no puede prolongar su existencia ningun gobierno débil, ninguna situacion antipática, ningun sistema antipopular, ningun partido desacreditado, ninguna pandilla aborrecida.

Pero lo que acabamos de decir es demasiado serio para la MORRALLA, y por lo mismo dejamos que desenvuelvan las ideas que hemos emitido á los que se han impuesto la obligacion y han contraido el deber de guardar todo el dia aplomo de predicadores por tener á su cargo en algun periódico grave los artículos de fondo. Consagremos á Redondo cuatro líneas mas, y hasta otro dia.

Redondo es hijo de un sepulturero, y no sabemos si él mismo ha sido sepulturero tambien. Su ascenso, calificado de rápido por algunos, vuelve locos á mas de cuatro, y muchos no ven ninguna analogía entre su profesion actual y su profesion primitiva, ó sea la profesion de su padre. Nosotros, ciertamente, no creemos que haya ascendido mucho el sepulturero, ó hijo de sepulturero, que llegue á gefe de policía, ni vemos entre un sepulturero y un policiano esta desconformidad chocante que creen ver algunos. Muchos envidiosos (porque hasta los gefes de policía tienen envidiosos) cuando

ven á Redondo en el ejercicio de su autoridad, con un don que precede á su nombre de pila y un baston en la mano con puño de oro, engañados por el oropel y la apariencia, recuerdan su orígen y esclaman : « ¡Cuánto ha ascendido ! » Nosotros, que medimos la nobleza de las profesiones por su utilidad é importancia , que hace mucho tiempo que no miramos las cosas al trasluz del prisma de las preocupaciones, y que nos hemos acostumbrado á considerarlo todo bajo un aspecto humanitario, cuando vemos á Redondo que era sepulturero ó hijo de un sepulturero, y que hoy es gefe de policía, esclamamos en tono de lástima : « ¡ Cuanto ha descendido ! » Por lo demas hallamos muchos puntos de contacto entre su profesion actual y su antigua profesion, ó la profesion de su padre. El enterrador de muertos se ha convertido en enterrador de vivos; antes sepultaba cadáveres y ahora sepulta hombres. El oficio es el mismo. Un gefe de policía y un sepulturero se parecen como un calabozo y una tumba, y una tumba á nada se parece tanto como á un calabozo.

ALBERNI.

Alberni es un hombre tan oscuro que hasta nos es desconocido su nombre de pila, por lo que nos vemos limitados para nombrarle á hacer uso esclusivo de su apellido. Es un personage á quien solo podiamos dar cabida en la morralla, porque en la morralla cabe todo. Sin embargo, los asientos están todos tomados, lo que nos obliga á suplicar á la patulea que se haga á un lado como pueda para ver si nos es dado embutir en un pequeño espacio al hombrecillo que tuvo necesidad de acusar al general Prim para hacerse célebre, y ni aun asi pudo adquirir celebridad. No necesita mucho puesto, porque es muy poca cosa; cabe en cualquier parte, aunque esté llena, aunque en ella no quepa nada. Cuando el malogrado Zurbano, á cuya intre-

pidez tanto debe la causa del pais, se insurreccionó contra el gobierno de los moderados, Narvaez, alias Espadon, alias el héroe de Ardoz, alias el campeon de la Mancha, alias el Napoleon de petaca, etc., etc., dijo en pleno parlamento con aquella elocuencia de cuerpo de guardia que caracteriza á algunos militares que quieren parecer hombres de estado: «Estoy tan seguro de vencer la insurreccion como de la *unidad de Dios*. El ejército debe felicitarse de la sublevacion de Zurbano, que le dá ocasion de deshacerse de un hombre que le deshonraba perteneciendo á sus filas.» ¡A cuántas reflexiones dá lugar esta perorata tan ridícula como atroz! Prescindamos del género de elocuencia grotesco y chavacano, y atengámonos á la significacion de las palabras, á la persona que las pronuncia y al sugeto á que se dirigen. Decir que deshonraba al ejército el que mas dias de gloria ha dado á la patria, y decirlo un general sin batallas, que presenta mas pruebas de mimado que de valiente, sobre quien han llovido los honores y condecoraciones, es una baladronada que casi haria llorar si casi no hiciese reir, y que no debe contestarse sino cotejando la hoja de servicios del injuriador con la del injuriado. Ese personaje, que en sus arranques aristocráticos tan celoso se muestra del buen nombre del ejército español, siendo ministro vino á tolerar la existencia del espionage en las filas, como si no fuese el espionage la menos hon-

rosa de todas las cosas. Siendo Narvaez ministro, de un oficial se ha hecho un espía, y algunas veces tambien de un espía se ha hecho un oficial. La delacion se ha premiado con grados que solo deberian adquirirse en el campo de batalla. Sargentos ha habido que han ascendido á oficiales despues de haber descendido á delatores, sin pararse en que la oficialidad de los cuerpos á que pertenecian debia avergonzarse de alternar con unos hombres cuyos servicios, en el caso de merecer alguna recompensa, debian ser pagados con dinero; pero no con distintivos y consideraciones que solo se han creado para premiar el valor y los hechos gloriosos, cuando no se dan por rigurosa antigüedad.

Durante la dominacion de los moderados hasta militares de alta graduacion han egercido el vil y repugnante oficio de espías. La ruidosa causa del baron de Bowlou nos presenta militares con galones sino con faja, á quienes se señala no solo como delatores si que tambien como delatores falsos. No sabemos si Alberni fué delator falso, pero la brillante defensa que á consecuencia de su delacion hizo el general Prim en el consejo de guerra á que se le sometió, deja cuando menos en duda la veracidad de su acusador. A mas de que nosotros creemos que el que es capaz de degradarse hasta el punto de ser espía es capaz de degradarse tambien hasta el punto de ser calumniador, sobre todo en estos tiempos en que no se castiga á los delatores falsos con el ri-

gor debido, ni se les exigen pruebas irrecusables en apoyo de su acusacion. Como estas pruebas se exigiesen, menguaria considerablemente el número de los espías, y si estos supiesen que en el caso de resultar acusadores falsos, se les reservaba un castigo igual al menos al que debió sufrir el acusado en el caso de ser fundada la acusacion, no estaria espuesta la inocencia á ser víctima de calumnias infames, ni el hombre de bien dejaria de vivir tranquilo estando tranquila su conciencia. Pero de este modo al mismo tiempo que los calumniadores se quitarian tambien los espías, y los espías son por desgracia el indispensable instrumento de los gobiernos débiles é impopulares.

Nosotros tenemos derecho para considerar á Alberni calumniador y para sospechar que Prim fué tambien víctima de sus calumnias por aquello de *quien hace un cesto hace ciento*. A nosotros nos calumnió Alberni de una manera que revela no menos la perversidad de su corazon que la pobreza de su ingenio. El mismo dia en que se celebró consejo de guerra de oficiales generales para ver y fallar la causa formada al general Prim asistimos al acto, como otros muchos, á impulsos del interes que inspiraba á amigos y enemigos la suerte de un general jóven y valiente cuya justificacion podia estar enlazada con los sucesos mismos del momento y dar lugar á accidentes curiosos. Prim habia sido amigo político nuestro y nos habia sido muy simpático

porque habia dado á la patria muchos dias de gloria, y ciertamente por su resolucion y valor á toda prueba era á la sazon á pesar de sus desaciertos el objeto de muy legítimas esperanzas. La aventurada empresa de Zurbano acababa de malograrse, y recorriendo la guia de forasteros no se veia entre tantos generales mas que un hombre de corazon capaz de reemplazar dignamente al hijo de Varea. Las miradas de los esclavos que anhelaban romper sus cadenas se fijaron en el general Prim. Prim alucinado tal vez habia hecho mucho daño á la libertad de la patria; á él principalmente se debia la ominosa situacion que afligia al pais, pero se manifestaba arrepentido de su conducta anterior, y sus mismos errores se consideraban como una garantía de su modo de proceder sucesivo por la misma necesidad en que se veia de enmendarlos. Con todo, los malos actos de su vida eran todavía muy recientes; cuando se le formó el consejo de guerra no se habia secado aun la sangre de nuestros valientes hermanos que perecieron hostilizados por él en Barcelona, en Mataró y en San Andres del Palomar, y el recuerdo de nuestros amigos que cayeron sosteniendo la bandera de Junta Central no nos permitia devolverle el cariño que le habiamos profesado antes de mancharse en la sangre de nuestros correligionarios. Cuando se le formó consejo de guerra nuestras relaciones con él se hallaban bastante entibiadas; y por grande que fuese el interes que nos inspiraba en su critica posicion, no

nos sentiamos dispuestos á contraer para defenderle el mas pequeño compromiso. A pesar de esto Alberni, que no tenia el honor de conocernos, nos acusó diciendo que le habiamos insultado, y esto dió orígen á la formacion de una causa que afortunadamente se deshizo á nuestra primera declaracion. El fiscal, á pesar de ser del convenio de Vergara y de consiguiente de opiniones muy distintas de las nuestras, conoció que eramos hombres honrados, y dió mas crédito á nuestras palabras que á las de un delator miserable. Bastó indicarle cual era el estado de nuestras relaciones con Prim, para convencerse de la imposibilidad de que saliésemos nosotros á su defensa convertidos en enderezadores de tuertos. No le faltaban á Prim amigos dispuestos á constituirse en desfacedores de sus agravios, si bien ninguno se hubiera envilecido hasta el estremo de batirse con un hombre que habia perdido el derecho de ventilar cuestion alguna con las armas de los caballeros. Estas no las puede usar el que ha usado las de la delacion.

Supuso Alberni que nosotros para insultarle nos habiamos mancomunado con Perez Vento, el coronel Milans del Bosch y el actual brigadier Ortega. A Perez Vento ni de vista le conociamos, con Milans simpatizábamos muy poco desde que se coligó con los moderados, y á Ortega le considerábamos como un enemigo político y lo que es peor como un tránsfuga. Era tan imposible que nos mancomuná-

semos con esos tres señores para insultar á Alberni, como que nos mancomunásemos con Alberni para insultar á esos tres señores. Pensamos que nadie que conozca la severidad de nuestros principios y la rigidez de nuestra moral nos hará el poco favor de creernos capaces de mancomunarnos con Alberni.

Sentimos ocuparnos de un asunto que nos es personal, pero hemos creido oportuno hacer de él mencion porque nos parece muy propio para dar á conocer al individuo á quien concedemos el honor de figurar entre la MORRALLA. Alberni dió pruebas evidentes de que nos queria mal, y á fe de quien somos no podemos esplicarnos la causa de su enemistad, como no la busquemos en el odio que tienen á los hombres de bien los que no pueden honrarse con esta hermosa calificacion. Ni de vista conocíamos á Alberni cuando asistimos al consejo de guerra que se celebró para juzgar á su víctima; preguntamos á uno de los circunstantes si se hallaba presente en el salon el célebre delator, y nos respondió afirmativamente; pero no acertó á indicarnos el puesto que ocupaba. Entonces sin preguntar nada á nadie hicimos que las miradas de todos fuesen las conductoras de las nuestras, y dirigiendo la vista donde la dirigian los demas, la fijamos en un hombre alto, delgado, cubierto con un sobretodo que ocultaba su trage militar, y cuyo mirar oblicuo no tanto revelaba una intencion dañada como la imposibilidad de sostener con su vista la vista de los otros.

Ese hombre era Alberni, quien desempeñaba en el drama que se estaba representando uno de los principales papeles, por cuyo motivo su rostro era el centro en que todos los rayos visuales se convergian como en un foco. Hasta el baron de Bowlou le miraba con avidez. Alberni estaba pálido, desencajado, inmóvil; mas bien que el acusador parecia la víctima, y se nos figuró tan desgraciado en aquel momento que casi nos inspiró mas lástima que desprecio. Era demasiado infeliz á nuestros ojos para atrevernos á insultarle. Pero Alberni, fundadamente acaso, tomaba por insultos todas las miradas, y tal vez por esta razon dijo que nosotros le habiamos insultado. Mas si las miradas eran insultos, no habia en el salon una sola persona que no le insultase, y de consiguiente la acusacion debió recaer sobre todas las personas que habia en el salon. No sabemos los motivos que tendria Alberni para darnos una preferencia que se la merecieron tan pocos.

Hay una cosa peor que un delator, que es un delator falso; hay una cosa peor que un delator falso, que es el hipócrita que finge amistad á una persona y vende los secretos que la amistad le confia; hay una cosa peor que el hipócrita que hace traicion al que le honra con su amistad, que es el ingrato que acusa á un hombre generoso de quien ha recibido beneficios. Alberni necesitaba ascensos en su carrera, y Prim procuró hacérselos obtener; era un subalterno, y Prim siendo general se bajó hasta

él y le honró con su confianza; estaba desnudo, y Prim le proporcionó vestidos; tenia hambre, y Prim compartió con él el pan de su mesa. ¡Y Alberni delató á Prim! ¡Miserable serpiente que mordió el seno que la alentó con su calor!

¿Cómo Prim, estando dotado de un carácter tan impetuoso y resuelto, deja impune á su delator? Hé aquí lo que se preguntan los que no comprenden que Prim se halla en la imposibilidad de hacer espiar á Alberni su perversa conducta. No puede vengarse de él traidoramente, porque la alevosía no cabe en un corazon valiente como el de Prim, ni puede llamarle á un reto singular porque su categoría, no ya de general sino de hombre de honor, le prohibe bajarse hasta el estremo de ventilar mano á mano cuestion alguna con un espía miserable. ¿Alberni, pues, quedará impune? No, que tiene por castigo el desprecio de todos los hombres de bien. Prim está vengado, terriblemente vengado.

él y le honró con su confianza; estaba desnudo, y Prim le proporcionó vestidos; tenía hambre, y Prim compartió con él el pan de su mesa. ¡Y Alberni delató á Prim! ¡Miserable asqueroso que mordió el seno que le alentó con su calor!

¿Cómo Prim, estando dotado de un carácter tan impetuoso y resuelto, deja impune á su delator? Hé aquí lo que se preguntan los que no comprenden que Prim se halla en la imposibilidad de hacer espiar á Alberni su perversa conducta. No puede vengarse de él traidoramente, porque la alevosía no cabe en un corazon valiente como el de Prim; ni puede llamarle á un reto singular porque su categoría, no ya de general sino de hombre de honor, le prohibe bajarse hasta el extremo de ventilar mano á mano cuestion alguna con un cobarde miserable. ¿Alberni, pues, quedará impune? No, que tiene por castigo el desprecio de todos los hombres de bien. Prim está vengado, terriblemente vengado.

D. RAFAEL MAROTO.

Hé aqui otro de los personages que por las razones emitidas en el prólogo de este apéndice va á quedar incluido en la MORRALLA, siendo digno y muy digno por la trascendencia de sus actos buenos y malos de ocupar una luneta de primera fila en los POLÍTICOS EN CAMISA.

Maroto no es una de esas figuras que pueden destacarse de la historia de los sucesos para estudiarse aisladamente, sin partes colaterales, sin partes correlativas, sin ninguna de las reciprocidades que se establecen entre los hombres y las cosas, presentándose ya estas como producto de aquellos, ya aquellos como producto de estas; Maroto no es uno de esos hombres que se rozan con los acontecimientos, que estan pegados á ellos, que estan incrustados mas ó

:

menos profundamente en la superficie de la historia; es un personage que la historia se lo ha asimilado, si asi puede decirse, que se ha nutrido de él hasta en sus partes mas intimas y que lo ha convertido en sustancia propia; Maroto forma con los sucesos de que por precision tendremos que ocuparnos un cuerpo único, homogéneo, compacto, indisoluble; Maroto mismo es un suceso, tal vez muchos sucesos.

Tan imposible seria escribir la historia de Maroto sin seguir el hilo de los acontecimientos que á pesar de su multiplicidad se designan con la denominacion colectiva de *convenio de Vergara*, como escribir la historia del convenio de Vergara sin seguir paso á paso al general Maroto, sin copiarle en todas las actitudes históricas que tomó durante aquella época memorable, en que tan pronto le veremos en la posicion de un gladiador, tan pronto en la de un penitente; ya mandando despóticamente las circunstancias, ya subordinándose á ellas como un miserable; activo hoy y mañana pasivo; ora con un arranque de valor, ora con la inaccion y el encogimiento del miedo, sorprendiéndonos de un momento á otro con posturas académicas tan variadas que nos hace pasar casi sin intervalo de una sensacion á otra ya mas contraria, escitando en nosotros sucesivamente la admiracion, el horror, la lástima, el desprecio; multiforme como Proteo, se escurrirá por delante de nosotros enano y gigante, apocado y re-

suelto, sacrificador y víctima, sagazmente hipócrita y atrevidamente cínico, y despues de haber pasado, por lo mismo que habrá dispertado en nuestro ánimo todos los afectos se habrán neutralizado mutuamente, y nos quedaremos sin saber nosotros mismos si le admiramos, si le odiamos, si le compadecemos ó si le despreciamos.

La historia de Maroto no se puede separar de la del convenio de Vergara, y la del convenio de Vergara comprende una gran parte de la de Espartero y de la de D. Cárlos; se ramifica con la de otros que aunque de menos importancia, no por esto dejan de ser acreedores á un lugar en este libro; es el vivo retrato de todo un partido en su agonía, y acaso nos sirva tambien para estudiar la verdadera posicion que guardan relativamente á nosotros las grandes potencias que egercen algun influjo mas ó menos patente, mas ó menos disimulado, sobre los destinos de la patria. El trabajo que nos vemos obligados á emprender para ocuparnos de Maroto será de consiguiente tan sintético como el que emprendimos al poner en camisa á todo el partido moderado en masa; contendrá una multiplicidad inmensa de personas y de cosas; será largo, muy largo; pero en cambio cuando lo hayamos concluido servirá no solo para dar á conocer á Maroto, sino que tambien para dar á conocer á otros muchos que si no les incluyésemos ahora en este capitulo, tendriamos que dedicarles en parti-

cular un par de azotes á cada uno de ellos, y preferimos salir del paso y acabar de una vez con todos los que se nos pongan á tiro. Asi cuando menos nos ahorramos epígrafes y exordios. Hemos tomado un palco para toda una familia, para no tener que ir buscando una luneta para cada uno de los individuos que la componen.

Siendo la historia de Maroto la del convenio de Vergara, debemos empezar á trazarla examinando las causas remotas y adjuntas que motivaron el convenio. Debemos empezar consagrando una ojeada superficial al partido carlista para saber cual era su posicion antes de que los constitucionales le ahogasen con un abrazo.

En el año 1838 los partidarios de Isabel y los de D. Cárlos se disputaban el triunfo de sus principios con encarnizamiento singular; en aquel año hubo de una y otra parte grandes victorias y terribles derrotas, y sin embargo, los partidos cada dia mas fuertes, cada dia mas obstinados, no pensaban en ceder en lo mas mínimo de sus pretensiones, y estaban dispuestos á luchar sin tregua hasta quedar uno de los dos aniquilado. Nadie entonces era capaz de adivinar que la guerra civil estaba próxima á su término. Nadie, al ver todos los dias talarse los campos, incendiarse los pueblos, verterse á torrentes la sangre de unos y de otros, podia presumir que aquellos endurecidos combatientes descebarian muy pronto sus fusiles homicidas, y pon-

drian con un abrazo el fin mas halagüeño á la terrible contienda que habia llenado de luto todos los ángulos de España. Nadie á últimos del año 1838, ni á principios del 1839, habia visto prepararse aquella sorprendente peripecia, la mas grande que haya presentado revolucion alguna. Cuando los mas hábiles diplomáticos, los políticos mas profundos de la Europa civilizada, estaban esperando que el interes de aquel sangriento drama llegase á su mayor desarrollo, les sobrecogió de improviso el desenlace, y le vieron concluido en una época inesperada y de una manera que á todos les llenó de asombro. Los cañones hicieron salvas á la paz estando todavía caliente la metralla homicida que acababan de disparar, y esto sucedió sin que ocurriese ningun suceso notable que lo hiciese presentir, ninguno de esos grandes acontecimientos que en el campo de batalla deciden la suerte de un partido.

El partido liberal se hallaba profundamente dividido. Las borrascosas sesiones de las córtes eran una verdadera parodia de la agitacion y descontento del pais. Las interpelaciones que en el congreso fulminaba sin cesar una minoría progresista no menos robusta por su número que por el carácter y elocuencia de sus adalides, reprobando la marcha de los hombres que se habian hallado al frente de los negocios desde que el partido isabelista moderado se habia hecho dueño de la situacion, se presenta-

ban como un síntoma inequívoco de las escisiones que reinaban en el campo de Isabel, las cuales hubieran quizá en último resultado producido el definitivo triunfo de D. Carlos, si los prosélitos de este no se hubiesen hallado tambien divididos en bandos que se odiaban de una manera sangrienta. Los secuaces de D. Cárlos se dividieron lo mismo que los de Isabel en moderados y exaltados, es decir, en unos que, conociendo la imposibilidad de obtener un triunfo completo, trataban de arrancar de las circunstancias á favor de su sistema todo lo que las circunstancias pudieran darles, y en otros que preferian derramar toda su sangre en una guerra sin término á enarbolar una bandera de paz manchada con los borrones de una transaccion ominosa. Los primeros, llamados tambien con propiedad *transaccionistas*, en un principio tuvieron á su cabeza á la princesa de Beira, esposa de D. Cárlos, y llegó por último á ser su gefe el general Maroto. Al frente del partido exaltado, por otro nombre *apostólico* ó *castellano*, se hallaba el mismo D. Cárlos, quien siempre irresoluto, siempre débil, cediendo tan pronto por conviccion á las instigaciones de los unos como por miedo á las de los otros, tuvo la desdichada habilidad de crearse en todas partes grandes antipatías.

Don Cárlos por su carácter era altamente impopular. Fanático como Cárlos II, débil como Cárlos IV, ingrato como Fernando VII, ana-

cronismo palpitante que en el siglo XIX representaba las doctrinas del siglo XV, profundamente convencido de que la corona de España le pertenecia de derecho divino, lo estaba tambien de que los que defendian sus pretensiones no hacian mas que cumplir con un deber de conciencia, con un deber de religion, y que de consiguiente sus sacrificios no merecian mas recompensa ni gratitud que la gratitud y recompensa á que se hacen acreedores los que desempeñan una mision exigida por el mismo Dios. No comprendia que el absolutismo, aun suponiéndolo capaz de hacer la felicidad de los hombres y de satisfacer las necesidades de los pueblos, no puede ser hoy lo que habia sido en otro tiempo; que es menester que se acomode á la época transigiendo hasta cierto punto con las ideas dominantes que se han apoderado del ánimo de todos, hasta del de los mismos que mas absolutistas se creen, quienes, si bien conservan un respeto á los tronos que puede llamarse tradicional, no los rodean ya sino hipócritamente de aquella veneracion supersticiosa que hacia de cada palacio un templo y de cada monarca un Dios. D. Cárlos estaba persuadido de que un rey para nada necesita la popularidad, y seguro de que su soberanía tenia su base en el cielo, nunca pensó en cimentarla en la tierra, en el amor de los que llamaba sus vasallos. Desde la infancia se habian arraigado en su corazon esas falsas ideas, y poco á propósito eran para destruirlas

los consejos de un Abarca, de un Arias Tejeiro, de un Lárraga y de un Echevarría.

A varias causas pueden atribuirse las disidencias que ensangrentaron el campo carlista, siendo una de las principales el carácter que acabamos de bosquejar del malhadado príncipe, quien no se consideraba unido á sus defensores con otros vínculos que los de la ciega obediencia que como á monarca le debian. Jamas en sus actos consultó la justicia ni la conveniencia, y la mayor parte de sus servidores, que no daban mas importancia al derecho divino de los reyes que la que le da el demócrata mas nivelador ó el mas furioso demagogo, tardaron poco en cansarse de los caprichos con que se les quería subyugar, y en hacer ver á su pretendido rey que ni á nombre de Dios le era lícito sobreponerse á la dignidad de los hombres. Ateos políticos una gran parte de ellos, creyendo que la causa de D. Cárlos tenia probabilidades de triunfo, la servian para obtener empleos ó para ganar grados y condecoraciones, y así es que cuando la vieron poco menos que desahuciada, cuando el espíritu del país les enseñó en una correría fuera de las provincias del Norte que las ideas de libertad habian echado en todas partes profundas raices, no quisieron sucumbir con el sistema que hasta entonces habian defendido, y se prepararon para abandonar un campo estéril en que ningun fruto podian ya recoger. El tiempo de los mártires del absolutismo habia ya pasado.

Tiempo hacia que el espíritu de los provincianos habia decaido considerablemente, y era entre ellos tan general el descontento, que todos lo revelaban en sus conversaciones y hasta en las cantigas populares que improvisaban al efecto. No eran ya aquellos voluntarios que sin mas guia que su entusiasmo, sin hacerse cargo de que sus pretendidos fueros no son otra cosa que los eslabones de la cadena de que les tienen amarrados algunas docenas de oligarcas, volaban denodados á la guerra, considerando la causa de la servidumbre española como la causa de la libertad provincial. No eran ya aquellos valientes que á la voz de Zumalacárregui trataron de inmolar á sus hábitos tradicionales la libertad de toda la Península. Sus costumbres casi patriarcales hacian un repugnante contraste con el fausto de la corte del Pretendiente, el cual mientras estaba todo el pais estenuado, se rodeaba del aparato costoso de que un príncipe vulgar jamás sabe desprenderse. Ese contraste, verdaderamente odioso y demasiado grande para no llamar la atencion, puso bien pronto en los labios de los provincianos murmuraciones contínuas con que significaban sus odios á la corte de D. Cárlos. Amortiguóse su ardor belicoso; ya el ruido del tambor no hacia palpitar sus corazones; ya no les enardecia el estruendo del cañon; marchaban al combate en clase de *obligados*, y solo luchaban porque no podian hacer otra cosa. Allí, lo mismo que en Cataluña y en toda la coronilla de

Aragon, son tenidos por castellanos todos los españoles que no han nacido en la provincia, y á estos los designaron los provincianos con el apodo de *ojalateros*, ridiculizando con este epiteto la costumbre que tenian de responder *¡ojalá!* á todas las noticias agradables que se les daban. Entre los carlistas el nombre de *ojalateros* llegó á hacerse tan famoso como entre los constitucionales el de *jovellanistas*, y lo mismo que este se empleaba solamente para denostar á los de la fraccion á quienes se aplicaba.

Mucho irritó tambien á los defensores de D. Cárlos un decreto de este prohibiéndoles casarse, y esa irritacion llegó á su colmo pocos dias despues en que el mismo príncipe, que debia ser el primero en dar ejemplo, contrajo matrimonio con la princesa de Beira. El amor propio de los provincianos se resintió sobremanera de un acto y una medida que tan en oposicion se hallaban mutuamente, y calificaron de antipolítico el matrimonio de D. Cárlos por haberlo contraido con la persona que lo contrajo. Ademas este casamiento era á la sazon intempestivo, ya porque parecia muy justo que la guerra absorviese toda la atencion del Pretendiente, y un enlace acabado de contraer era un estímulo demasiado poderoso para no desviar sus pensamientos del punto en que debia tenerlos todos concentrados, ya porque con el matrimonio se aumentaban los gastos de la corte en una ocasion en que se hallaba el ejército en los mas terribles apuros. Sin esta conducta

de D. Cárlos, sin esos desaciertos que le desvirtuaban sin cesar y á cada instante le enagenaban una simpatía, no se hubiera visto abandonado de aquellos provincianos valientes que tienen religion de conciencia y estiman en mas que su vida la fe de sus juramentos.

No menos que las espresadas causas debió contribuir la ingratitud de D. Cárlos á amortiguar el ardor con que le sostenian los provincianos. ¿Qué podian estos esperar de un príncipe que cuando mas necesidad tenia de halagar y mantener contentos á sus partidarios, recompensaba con persecuciones atroces los servicios prestados por los mas diestros adalides de su ejército? ¿Qué afecto podian profesar á un ingrato que cuando recibió la noticia de que Zumalacárregui, el ídolo de todos los suyos, habia recibido una herida mortal, dijo con sangre fria y con una indiferencia cruel: *Los hombres disparan las balas, pero solo Dios las dirige?* Un hombre, solo uno habia al parecer cautivado su corazon, el general Moreno, y mas adelante, hallándose ya en su destierro de Bourges, supo por algunas notabilidades de su partido que el general á quien tanto queria habia sido vilmente asesinado. Estaba jugando al tresillo al recibir esta noticia, y dijo sin inmutarse al que tenia la baraja en la mano: *sigue dando; lo que me dicen nada tiene de particular; Moreno tenia muchos enemigos.*

Pero á ninguna causa pueden tan directamente

atribuirse las escisiones de los carlistas como á las grandes derrotas que sufrieron. Es cosa sabida y acreditada constantemente por la esperiencia que las derrotas casi decisivas y los definitivos triunfos de los partidos acarrean su division. Cuando un partido nada tiene que temer, cuando no encuentra ya adversarios que combatir desvia su accion del punto en que durante la lucha la tenia concentrada, y cada uno de los que la constituyen recoge, si asi puede decirse, la parte de accion que le toca, y que en los tiempos de peligro consagraba al interes comun para emplearlo en beneficio propio. Entonces el espíritu de banderia se convierte en individualismo, entonces se despiertan y sublevan las ambiciones personales, y el partido pierde su compactibilidad y la uniformidad de su color para separarse en fracciones y formar variados matices. Resultados análogos producen las derrotas. Cuando se obtiene una victoria, todos quieren haber contribuido á ella y participar de sus ventajas; cuando sobreviene una derrota, nadie quiere tener de ella la culpa, y empiezan desde luego las recriminaciones que convierten en enemigos encarnizados á los defensores de una misma causa. Asi les sucedió á los carlistas, de cuya desgraciada suerte ninguno de ellos queria ser responsable. Derrotados en todas partes, agotados todos los recursos, gastado todo su crédito, su situacion era demasiado triste para ocultar por mas tiempo su descontento. Atribuyeron algunos su

triste estado á las espediciones al interior en que solo recogió D. Cárlos tribulaciones y desengaños, y como este sistema de espediciones habia sido constantemente reprobado por el previsor Zumalacárregui, quejáronse con razon los provincianos de que D. Cárlos prefiriese á seguir las instrucciones que le legó aquel hombre estraordinario, dejarse arrastrar por los consejos de algunos curas no adiestrados en el arte de la guerra.

Poco tardó el hermano de Fernando VII en conocer que los provincianos no tanto se batian por el interes de su dinastía como por el propio personal, aunque en realidad equivocadamente, y desde luego les miró con cierta indiferencia y hasta repugnancia que solo sirvió para aumentar el descontento. Guiado, como hemos dicho, por su confesor y demas consejeros áulicos que constituian el centro del bando apostólico, hacia poquisimo caso de todos sus generales, á quienes trataba con cierto desprecio como si de ellos nada esperase absolutamente. Los que pertenecian al partido transaccionista hallábanse en el año 1838 vejados y oprimidos; un consejo de guerra compuesto de los exaltados mas furibundos habia condenado á muerte á Zariátegui y á Elío, aunque esta sentencia no se ejecutó; pero ellos y todos los suyos hubieran unos tras otros sido víctimas del furor de los apostólicos, á no sobrevenir la toma por Espartero de Peñacerrada, cuyo reves arrancó el mando de las ma-

nos de Guergué y lo puso en las de Maroto. Maroto pertenecia al bando moderado, y desde luego trató de llevar á cabo el plan que habia concebido de antemano de terminar la guerra por medio de una transaccion. Constituyóse en un estado de inaccion que dió lugar á que en la corte de D. Cárlos se formasen las mas siniestras conjeturas, las cuales tomaban consistencia con la idea de que él y Espartero habian hecho juntos la guerra en América, y podian de consiguiente ponerse con facilidad en armonía. Mas adelante, para facilitar mas y mas la avenencia que apetecia, á la cual no podia dar cima sin alterar la organizacion del ejército, separó de un golpe 350 oficiales del bando exaltado. Esta medida reveló harto patentemente sus intenciones, y le puso con la corte en un desacuerdo completo.

El ministerio, hostil á Maroto, era el obstáculo mayor que se oponia á sus miras. Compuesto de personas que merecian á D. Cárlos un alto concepto, no pudo desprenderse de ellas á pesar de que pidió á su rey con reiteradas instancias que les retirase su confianza. Y tambien los ministros á su vez pidieron á su señor que exonerase del mando al general en gefe; pero no tuvo D. Cárlos, ni voluntad para derribar á los ministros, ni valor para derribar á Maroto. Este general, mas astuto que batallador, en el poco tiempo que se hallaba al frente del ejército supo captarse su voluntad y ha-

cerse temer con su prestigio del partido apostólico, el cual no hallando en D. Cárlos suficiente valor para destituirle, tuvo que contentarse con minar sordamente su reputacion. Su mismo rey hizo cuanto pudo para conseguirlo, y al efecto hizo circular un folleto firmado por el general Uranga, en que aconsejaba á todos sus partidarios que *viviesen muy alerta, porque Maroto obraba contra su causa.*

El enemigo mas encarnizado del partido transaccionista era sin duda el reverendo Abarca. Este obispo, á pesar de que no carecia de instruccion, si bien era de aquella instruccion añeja y rutinaria que en el siglo pasado caracterizaba á los teólogos de nuestras universidades y seminarios, tenia atestada la cabeza de máximas ridículas que le hacian ver la ciencia constantemente reñida con la religion, cuando en realidad solo lo está con sus farsas y sus impertinentes exageraciones. Para manifestar su carácter basta transcribir aquí las siguientes palabras que dirigió á D. Cárlos en un consejo de ministros que este presidia: «Señor, la causa de V. M. es la de Dios: facciosamente ha principiado su defensa, y facciosamente quiere que se consiga la victoria. Es necesario que V. M. se desengañe; *ningun hombre que sepa leer ni escribir*, ni esos generales de carta y compas, quieren el triunfo de la religion y de V. M.; solo desean quitar á Cabrera é inutilizar á D. Basilio y á Balma-

seda, porque estos obran de buena fe y son los únicos que aman á V. M. con la efusion de una acrisolada lealtad.» Estas palabras, aunque hablan al parecer de una manera general, se dirigian personalmente contra Maroto, cuyo mando irritaba demasiado á los apostólicos para poder por mas tiempo contentarse con solo desvirtuarle á los ojos del ejército, sobre todo cuando veian que la accion de tales medios era demasiado lenta para unos momentos en que la causa que defendian se hallaba en el mas inminente riesgo. Procuraron infundir á D. Cárlos el valor que le faltaba para separar á Maroto, amenazándole los ministros con hacer dimision si por mas tiempo obtenian sus demandas la negativa, y el príncipe entonces, colocado entre dos estremos terribles, resolvió exonerar del mando á un general que tan poco simpatizaba con todos sus consejeros. Maroto tuvo conocimiento de esto, y trató desde luego de deshacerse por cualquier medio de todos sus rivales. Al efecto se presentó con algunos batallones en Vergara, donde se hallaba entonces el cuartel real, é iba ya á dar contra los cortesanos un golpe sangriento, cuando le detuvo la idea de que estaba rodeado de las principales columnas de los apostólicos. D. Cárlos estaba azorado, y su pusilanimidad infundió á Maroto tal valor, que no contento con exigirle la separacion de los ministros y represion de las conjuraciones que contra él se estaban fraguando, le dijo

con altanería: «Señor, la irresolucion de V. M. en esta parte compromete la autoridad que en mi ha depositado; y si V. M. no castiga á los generales y empleados que trabajan sediciosamente contra mi honor y contra mi vida, me va á poner en el preciso caso de fusilarlos.—¡Y qué! ¿lo harás? contestó D. Cárlos.—Sí señor, lo haré, aunque V. M. tendrá despues el disgusto de mandar separar mi cabeza de los hombros; pero yo lo haré.—No lo harás,» dijo D. Cárlos con seguridad.

Realmente no podia D. Cárlos presumir que las amenazas de Maroto fuesen otra cosa que indiscretas bravatas dictadas por el furor que le habia inspirado la conducta de sus adversarios. Así es que vió casi con indiferencia los alardes de fuerza que hizo Maroto dirigiéndose á Estella con todos sus batallones. ¡Cuál, pues, debió ser su indignacion cuando supo que el general transaccionista habia dado el golpe terrible con que le habia amenazado! En efecto, el dia 18 de febrero Maroto llegó á Estella, y se sorprendió viendo que á su llegada la mayor parte de eclesiásticos, empleados y gefes militares del partido apostólico habian desaparecido, lo que le dió á entender que cuando era tan grande el miedo que le tenian, grandes habian de ser tambien las maquinaciones que contra él tenian dirijidas.

Esta zozobra de sus enemigos le alarmó mucho mas que los partes y avisos de todo género

que tenia de los generales Rollo y Alzáa y otras notabilidades de su partido, delatando á los conspiradores; mas que la sedicion de algunos batallones navarros que dias antes se habian sublevado contra él, y mas que la muerte del brigadier Cabañas y del teniente coronel Urra, pasados por las armas por disposicion de Guergué sin formacion de proceso y sin la sancion del rey. Oyó bramar la tempestad sobre su cabeza, y trató de conjurarla derramando la sangre de sus rivales con una prontitud que no les dejase tiempo de derramar la suya. A las pocas horas de llegar á Estella prendió al general D. Francisco García, que intentaba evadirse disfrazado de clérigo, á D. Pablo Sanz y don Juan Antonio Guergué, generales tambien, al brigadier D. Teodoro Carmona, al intendente D. Javier de Uriz y al oficial de la secretaria de la Guerra D. Luis Ibañez, y de la manera mas fulminante, sin formalidad alguna de ordenanza, sin siquiera despojar á García de su disfraz clerical, les mandó pasar por las armas, acusándoles principalmente de haber recibido varios anónimos que contenian un proyecto de transaccion entre los partidarios de Isabel y los de D. Cárlos, que se lo atribuian á él. En efecto, los enemigos de Maroto habian formado para desacreditarle un supuesto plan de transaccion con objeto de atribuírselo y probar que hacia traicion á su causa y estaba en secreta inteligencia con los prosélitos de Isabel. Este plan, cuya redac-

cion se supuso generalmente ser del padre capuchino Lárraga, se leyó misteriosamente á varias personas y gefes de cuerpos para provocar en el ejército y el pais un pronunciamiento contra Maroto.

El mismo dia del fusilamiento de Garcia y demas gefes del bando apostólico, dirigió Maroto una alocucion á las tropas y á los pueblos en que procuraba justificarse. Terribles cargos hacia á sus enemigos, de quienes decia que eran hombres inmorales, que bajo la sombra siempre del monarca y disfrutando de ilusiones y positivas comodidades, miraban con indiferencia las privaciones, las fatigas y hasta la muerte de todos los leales, con tal que les asegurase dormir en la molicie y alimentarse á costa de todos. Hablaba en ella de penalidades del ejército, cuya miseria hacia resaltar el lujo de los cortesanos, y á cuya perfidia atribuyó el origen de las maquinaciones que habia castigado con sentimiento en sus instrumentos principales. Pasó despues dos dias ideando una carta que escribió á don Cárlos noticiándole la sangrienta medida que acababa de tomar.

La impresion que causó en el ánimo de don Cárlos la triste noticia del trágico fin de los gefes que mas adictos consideraba á su causa, le abismó en un profundo estupor. Las espantosas amenazas de Maroto, que hasta entonces habia tomado por una mera fanfarronada, asaltaron su imaginacion y le estremecieron; con todo, apenas podia dar crédito

á una realidad tan funesta. Demasiado conocia que la catástrofe de Estella era para su causa el golpe de gracia, y poco tardó el dolor en hacer lugar en su corazon despedazado á los deseos de una pronta venganza. Por espacio de algunos dias apenas supo comprender lo que le estaba pasando. Los mas robustos apoyos de su dinastía habian sucumbido al ímpetu sangriento de un general, en quien desde mucho tiempo recaian sospechas que le acusaban de traidor. En medio de sus tribulaciones prestaba oidos á todas las opiniones de sus allegados, que estaban como él llenos de horror, y su misma esposa y toda su servidumbre no acertaban á dirigirle una palabra de consuelo, porque todos sin distincion se hallaban igualmente afectados. Desde el dia 19 de febrero de 1839 en que recibió la nueva hasta el 21 del propio mes permaneció como aletargado; pero luego quiso parecer enérgico sin conocer que era ya tarde, y de acuerdo con Tejeiro dió publicidad á una proclama en que separaba á Maroto del mando del ejército y le declaraba *traidor*, y del mismo modo á cualquiera que despues de esta declaracion le auxiliase y obedeciese.

El esceso de debilidad tiene tambien su energía. En los grandes conflictos, en las situaciones mas apuradas, son muchas veces los mas cobardes los que echan mano de medios mas estrepitosos, como creyendo de este modo hacerse superiores al miedo que embarga sus facultades. Por eso es en general

tan temible el proceder de los tiranos cuando les amenaza una próxima caida. A la manera de un pusilánime, que viéndose á pesar suyo obligado á sostener espada en mano un lance de honor, cierra los ojos y se lanza á su adversario ciegamente para salir pronto del apuro en que se encuentra, un hombre débil como D. Cárlos, en una situacion como la suya, sabe que ha de hacer algo y hace algo, pero sin saber lo que hace; se despeña en un abismo como un suicida, como un desesperado, como un loco, sin acordarse siquiera de examinar las piedras que hay en el fondo y en que pronto se hará pedazos. Redactada la proclama, las personas mas influyentes que quedaban en el cuartel real celebraron un consejo presidido por D. Cárlos, y casi todas consideraron necesario que este se pusiese inmediatamente á la cabeza del ejército y dispusiese la prision de Maroto. Eso era demasiado exigir de un hombre como D. Cárlos, que mas que en la necesidad de esta empresa fijaba la atencion en los riesgos que la acompañaban. Ni quiso ponerse al frente del ejército, ni consintió que lo hiciese su hijo, quien hasta cierto punto avergonzado de la falta de resolucion de su padre, trató de sustituirla con la suya, y con todo el brio que inspira el amor propio en el ánimo de un jóven ardiente, sobre todo cuando se trata nada menos que de su gloria y su porvenir: «Señor, dijo á su padre con cierto respeto que no alteraba la fogosidad de sus pala-

bras, permítame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios; me presentaré solo á los fieles defensores de V. M., y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.»

La misma negativa que la peticion del hijo encontró otra análoga del brigadier Balmaseda, quien recien llegado del castillo de Guevara, donde se hallaba preso, se presentó en el cuartel real y ofreció su espada á D. Cárlos, prometiendo entregarle á Maroto vivo ó muerto. Balmaseda no carecia de resolucion, y hubiera cumplido su palabra ó perecido en la demanda. Debia su libertad y quizas su vida al mismo D. Cárlos, quien apenas supo lo ocurrido en Estella dirigió una carta al gobernador de Guevara concebida en los siguientes términos: «Gaviria: pondrás inmediatamente en libertad á Balmaseda, porque asi te lo manda y es la voluntad de tu rey.—CARLOS.» A no ser esto, hubiera probablemente sufrido Balmaseda la misma suerte que García y demas víctimas de Estella, pues al efecto Maroto habia ya mandado estrecharle la prision. Asi es que cuando el desdichado brigadier se presentó en el cuartel real, tenia pintados en su rostro los sentimientos mas vivos de gratitud á su rey y odio á Maroto. Poco acertado anduvo Cárlos en rehusar sus ofrecimientos.

Entre los desaciertos de los enemigos de toda especie de transaccion con los constitucionales, no

fué sin duda el menor el que se cometió confiriendo á los generales Villareal y Urbistondo el mando de las tropas destinadas á la defensa del cuartel real. Designósele al primero el punto de Alzazua y al segundo el de Tolosa, y á este último se le previno que se opusiese á cualquiera invasion de fuerzas declaradas contra la soberanía del rey. Cuando el destino tiene decretada la perdicion de una causa, los mismos que con mas teson la defienden contribuyen á menudo con sus actos á la realizacion de sus designios. Villareal y Urbistondo, lejos de oponerse á los planes de Maroto, fueron de los que mas trabajaron para que se llevasen á cabo.

Maroto, recibido el decreto en que D. Cárlos le declaraba traidor, se dirigió con la flor de su gente al cuartel real, que acababa de trasladarse á Villafranca, con el objeto, segun dijo, de poner fin á las intrigas que se estaban tramando contra él y los suyos. En medio del camino mandó formar sus tropas en columna, y leyó en voz alta y tranquila el decreto que contra él fulminó D. Cárlos. « Tal es la voluntad del rey, dijo despues de leerlo, me voy al cuartel real, y como no trato de comprometer á nadie, dejo á cada uno de VV. que haga lo que mejor le parezca. » Estas palabras, tan valientes en apariencia, no eran mas que una prueba de la sagacidad de Maroto y de la seguridad que tenia de que sus tropas no habian de abandonarle. Parodió con esto perfectamente á Napoleon cuando

recien desembarcado de la isla de Elba, en lugar de ocultarse para no tropezar con los soldados del mariscal Ney que le perseguia de órden de los Borbones, les salió al encuentro y les dijo: *Hijos mios, yo soy vuestro emperador; matad á vuestro padre.* Y los soldados en lugar de hostilizarle hicieron lo que Napoleon habia adivinado, le rindieron las armas; el mariscal Ney, que habia ofrecido á los Borbones entregarles á Napoleon dentro de una caja de hierro, solo tuvo valor para darle un abrazo y esclamar con todas sus tropas entusiasmadas: *viva el emperador.*

Maroto, despues de su arenga, se dirigió hácia el cuartel real, pero porque estaba seguro del prestigio que tenia entre sus tropas, de quienes esperaba que indudablemente le seguirian, como asi lo hicieron en efecto, desobedeciendo las órdenes de D. Cárlos y uniendo su suerte á la de un general á quien su rey acababa de declarar traidor. *¡Viva el rey! ¡viva el general Maroto! ¡mueran los traidores!* gritaba todo el ejército; y entonces Maroto se preparó, no para responder de sus actos ante un consejo de guerra, sino para imponer condiciones al mismo imbécil monarca que acababa de declararle traidor en un decreto cuya letra no se habia secado todavia. A media legua de Tolosa vió á Urbistondo que le salia al encuentro, y le dijo: «Diga V. á D. Cárlos que marcho sobre el cuartel real dispuesto á castigar á cuantos hombres cri-

minales le rodean, y que aun cuando se metan debajo de su cama, los he de fusilar.» Y asi en realidad lo hubiera ejecutado á no mediar la intervencion del conde de Negri, de Urbistondo y de Arizaga; pues en cuanto á D. Cárlos, estaba tan amilanado que no le era posible contrarestar ninguna de las exigencias de aquel hombre á quien consideraba harto capaz de hacer cuanto prometia. Dióse Maroto por satisfecho con el desaliento y terror que sembró entre los cortesanos, quienes solo aspiraban á la conservacion de sus vidas, y con varios decretos que arrancó de D. Cárlos destituyendo á los ministros, disolviendo el consejo, nombrando un nuevo ministerio y revocando el que habia espedido declarándole traidor. Este último es el documento mas bajo, mas servil que desde los famosos que nos han legado Cárlos IV, María Luisa y Fernando VII, postrados casi de rodillas á los piés de Napoleon, han manchado las páginas de la historia de los príncipes de España. En él, al mismo tiempo que habla de su soberana voluntad, casi pide perdon al general que aborrecia con un odio sangriento.

Acostumbrados estamos á ver á los reyes, á los que mas en su necio orgullo se jactan de ser la imágen de la divinidad, cobijar bajo la púrpura todas las miserias humanas, y adolecer de los defectos y vicios del resto de los mortales. Algunos nos ofrece la historia que han recorrido en

pocos dias todos los periodos de la vida de Santa Magdalena; nos ofrece hipócritas, ingratos y sobre todo perjuros que inferiores siempre á las circunstancias, se han dejado dominar cobardemente por ellas y han quebrantado su palabra, aunque su falta de fe haya costado torrentes de sangre. Bajamente serviles, les hemos visto halagar y colmar de honores y distinciones, para dar tiempo á que el verdugo llegase en su apoyo, á los que mas de corazon han odiado, y luego, cuando les ha llegado la ocasion apetecida, les hemos visto morder como tigres á los que lamian como perros, y cohonestar la perfidia de reptil con la escusa, indigna de un monarca, de que su conducta anterior era hija de la violencia y les faltaba libertad de obrar en conformidad con lo que su voluntad les dictaba. Pero desde las famosas y cínicas palabras que pronunció Fernando VII, azuzando á la milicia nacional de Madrid contra la guardia real, que pasaba derrotada por debajo de los balcones de su palacio, y que se habia sublevado sino de órden suya á favor suyo, nada para un príncipe ha habido tan humillante, tan escandaloso, tan inicuo como el documento de que hacemos mencion. En esta especie de palinodia, no solo se presenta D. Cárlos como cobarde, sino como un perverso, porque estando seguro de que las víctimas que Maroto habia inmolado en Estella eran sus mas fieles servidores, dice que aprueba las terribles providencias adoptadas por

aquel general. Por lo demas, bien sabemos que estas espresiones odiosas no estaban de acuerdo con su intencion, segun él mismo lo manifestó á Arias Tejeiro, su primer ministro, asegurándole bajo su palabra que sus actos eran fruto de la violencia. Asi es que mientras en obsequio á Maroto mancillaba la memoria de los mártires de su propia causa, mandaba á Arias Tejeiro que informase á Cabrera y al conde de España de lo que habia pasado allí; que les digese que no estaba libre y que procurasen, si les era posible, agregarse á él.

El marques de Valdespino, ministro de la Guerra cuando los fusilamientos de Estella, era amigo de Maroto, por lo que D. Cárlos, al recibir la noticia de aquella catástrofe, se dió prisa en destituirle y puso en su lugar al duque de Granada de Ega. Despues, cuando humillándose á las exigencias de Maroto, nombró contra su voluntad nuevo ministerio, reemplazó al duque de Granada con el brigadier D. Juan Montenegro; encargó la secretaría de Estado á D. Paulino Ramirez de la Piscina y la de Hacienda á Marcó del Pont. Inútil es decir que todos los nuevos ministros eran transaccionistas, como que estaban puestos en el ministerio por la espada aterradora de Maroto, quien no contento con eso, convirtiéndose en rey de su rey, le pidió imperiosamente la cabeza de Arias Tejeiro, de Lamas Pardo, del obispo de Leon, de D. Diego Miguel García y D. Celestino Celis, corifeos del bando apostóli-

co, y D. Cárlos, convirtiéndose en vasallo de su vasallo, rogó, suplicó á este que fuese mas compasivo. Se hizo Maroto el condescendiente, y dióse por satisfecho con que se desterrasen de España las personas designadas, y en realidad pasaron á Francia todos los sugetos mencionados, quedando condenados á la misma pena otros muchos no menos notables del partido apóstolico y algunos de no tanta consideracion.

El hilo de los sucesos consecutivos nos ha conducido involuntariamente á una época demasiado distante de la que corresponde á otros acontecimientos paralelos, de cuya esposicion no nos es dado prescindir.

El dia 28 de marzo Maroto delante de D. Cárlos pasó en Tolosa una revista á sus tropas, y en seguida se dirigió á la provincia de Vizcaya con fuerzas de bastante consideracion. En un manifiesto que publicó el 5 de marzo se daba á sí mismo el parabien de sus victorias, y decia que quedaba asegurado para siempre el triunfo de la causa que sostenia. Fulminaba con poca generosidad denuestos y amenazas contra los adversarios que acababa de hundir en un abismo, sin que por espacio de algun tiempo se ocupára al parecer de otra cosa que de reorganizar el ejército bajo la base de la transaccion que tenia premeditada. Ayudábale Montenegro con todo el afan de un hombre que le debia el puesto que ocupaba y que estaba animado de los

mismos sentimientos, y de este modo casi á los ojos del mismo D. Cárlos se fué preparando Maroto la dictadura que habia de dar á la causa del absolutismo el último golpe. Confiriendo á Elio el mando de Navarra, á Latorre el de Vizcaya, y confirmando en el de Alava á Alzáa y en el de Guipúzcoa á Iturriaga, ya nadie habia de osar oponerse á sus designios. Puso á Urbistondo á la cabeza de los castellanos, hizo nombrar á Villareal ayudante de campo de D. Cárlos y agregó al general Zariátegui al estado mayor.

Allanado y sin obstáculo de ninguna especie estaba ya el camino que habia de conducirle á una transaccion con Espartero. Los dos generales, camaradas antiguos, como hemos dicho, en la guerra del continente americano, habian estado ya en una especie de inteligencia secreta en junio del año 1838, que fué la época en que Maroto llegó de Francia para tomar el mando superior del ejército de D. Cárlos. El dia 15 de enero de 1839, el coronel Paniagua, ayudante de Espartero, pasó al cuartel general de Maroto, y entonces tuvieron lugar las primeras negociaciones de paz que, segun esto mismo que estamos refiriendo, fueron muy anteriores á los fusilamientos de Estella. Y hacemos aquí esta advertencia para destruir el error en que están algunos de que el convenio de Vergara fué sugerido por la crítica situacion en que colocaron á Maroto aquellas ejecuciones, que deben presentarse mas

bien como efecto que como causa de sus ideas de transaccion. Tal vez aquel golpe de estado fué un medio de que se valió para facilitar la ejecucion de sus planes, tal vez precipitó esta misma ejecucion; pero de ningun modo debe considerarse como la premisa del inesperado abrazo que puso término á la guerra civil. A este término feliz aspiraba Espartero desde mucho tiempo con toda el ánsia que le sugerian sus sentimientos de humanidad, su sed de gloria y su amor á la patria. Sabia que si lograba unir á sus timbres de guerrero el título de pacificador, su nombre seria uno de los mas bendecidos en la generacion presente, y que se abriria paso entre los mas ilustres hasta la mas remota posteridad. Pero si ansiaba la paz, ansiaba no menos la libertad, y por esto dirigió todos sus conatos á conseguir la una sin menoscabo de la otra. De aqui es que sus exigencias con Maroto fueron tan grandes, que el gefe carlista no quiso de ningun modo acceder á ellas en los primeros pasos que se dieron de transaccion, y quedaron por mucho tiempo abandonadas todas las negociaciones de avenencia. Espartero, sin embargo, no hizo mas que aplazar la ejecucion de sus proyectos; conoció muy bien que si Maroto no admitia las condiciones que le presentaba, era porque no veia aun desahuciada completamente la causa que sostenia. Aumentando sus conflictos, por necesidad habia de volverle mas dócil, y de consiguiente se esforzó en poner de su lado las

ventajas de la victoria y en reducir al enemigo á un estremo desesperado. Maroto, por su parte, que desde que abrazó la causa de D. Cárlos, considerando harto difícil su triunfo, concibió la idea de una transaccion, se afirmó mas y mas en ella cuando vió que el triunfo que le parecia difícil era ya imposible, y que despues de las desavenencias que habian debilitado al partido carlista, lo mas que la tenacidad de este podria conseguir seria perpetuar infructuosamente la guerra civil con todos sus estragos. Entonces fué cuando se ocupó muy seriamente en la realizacion de sus designios. Se hizo cargo de la falsa posicion en que le habian colocado sus sanguinarios actos en Estella, y se dió prisa en buscar en los brazos de los constitucionales un inviolable sagrado donde no le pudiese alcanzar la venganza de los apostólicos. No salió de Estella sin haber mandado á Francia un comisionado con pliegos é instrucciones relativas al asunto de paz, que habian de ponerse en manos del mariscal Soult, primer ministro de Luis Felipe. Encomendó esta mision á un tal Doufort, ayudante suyo.

Tanto como desalentaban á los carlistas sus encarnizadas disidencias, infundian en el ánimo de los constitucionales esperanza y valor. Todos los generales de los ejércitos trataron de hacer prontamente un grande esfuerzo, casi seguros de que habia de ser el último, y sin dar tiempo á que se adormeciesen los odios interiores de los carlistas, quisie-

ron obligarles con la victoria á admitir la paz á cualquier precio. La estacion era favorable á las operaciones, y Espartero, mas que todos convencido de que las grandes ventajas del convenio que veia próximo á celebrarse habian de ser para el vencedor, quien podria imponer en el mero hecho de serlo las condiciones que mas favorables le pareciesen, emprendió en el Norte la campaña decisiva que despues de tanta sangre vertida habia de asegurar la corona de Isabel y los derechos de los españoles.

Grandes novedades ofreció el teatro de la guerra, y no fueron menores las que en la misma época brotaron del campo de la política. Las prósperas noticias que los constitucionales recibian de las provincias del Norte les hacian ver muy próxima la paz y colmaban los buenos deseos de todos; pero divididos ellos mismos en dos bandos que mutuamente se odiaban casi tanto como odiaban unos y otros á los partidarios de D. Cárlos, cada cual trabajaba para que á la conclusion de la guerra sucediese el triunfo de sus respectivos principios. La preponderancia que Espartero tenia adquirida debia ser de gran valor concluida la lucha para el establecimiento de cualquiera de los sistemas que entonces se disputaban el porvenir, y conociendo esto los progresistas lo mismo que los moderados, procuraban aquellos atraérselo con todos los halagos de la popularidad, mientras estos hacian otro tanto aconsejando á la reina regente, siempre dócil á todas

sus exigencias, que colmase de honores y distinciones al afortunado general. Espartero, no menos amigo de los favores de la democracia que de aristocráticos títulos, se mantenia sagazmente en una especie de espectativa misteriosa que le permitia disfrutar á la vez de los halagos de todos. Encerrado en un silencio profundo del cual solo salia cuando á ello le obligaba algun tiro personal, y aun en este caso lo hacia valiéndose de palabras ambiguas y sujetas á interpretaciones diferentes, no quitaba á ningun partido la esperanza de atraerlo á sus conatos, y de este modo los esplotaba á todos á consecuencia de los mismos deseos que tenian de esplotarlo á él. Sin embargo, la ambigüedad de su conducta le hacia odioso á los ojos de los moderados, que querian que franca y esplícitamente cuando la victoria estaba dudosa pusiese su espada en el platillo de la balanza para inclinarla á su favor. Pero los odios de los moderados eran demasiado grandes para que no los entreviese Espartero al trasluz de las mismas caricias con que querian conducirle á su fin, y sin olvidar un instante que los sucesos de Sevilla, en que figuraron Córdova y Narvaez, eran obra de los moderados para deshacerse de él, no hizo mas que esperar una ocasion favorable para satisfacer su noble ambicion al mismo tiempo que sus justos resentimientos. A manera de una coqueta sonreia á todos los pretendientes, pero á pesar de su indeterminado proceder, llegaron al

cabo á persuadirse los partidos de que su triunfo era un problema que Espartero con su ascendiente lo resolveria á favor del progresista.

Mas no por eso perdieron los moderados toda la esperanza. Juzgando por sus sentimientos los de Espartero, no le podian considerar inaccesible á los muchos medios de que podian disponer para colmar la ambicion del conde-duque. Los pensamientos de su partido eran los de la reina Cristina, que se hallaba á su cabeza, y con esto está dicho que abundaban para corromper á quien les conviniese en muchos mas recursos que los demas partidos. Por otra parte, aun en el caso, para ellos inconcebible, de que Espartero se hiciese superior á todos los favores aristocráticos con que pretendian obrar sobre su ambicion, les quedaba en último medio el de derribarle con un real decreto y poner en su lugar otro personage que se doblegase mas fácilmente á sus exigencias. Esto, con el apoyo que tenia Espartero en el ejército y en el pueblo, no dejaba de ofrecer grandes dificultades, pero no eran estas tan insuperables que bastasen para desvanecer las esperanzas de los moderados.

La posicion de Espartero era peligrosa. Se iba acercando el momento en que habia de hablar con toda franqueza, en que habia de tomar una resolucion definitiva, levantar una bandera y presentarse con ella á cuerpo descubierto en medio de la lucha de los partidos. Constitucion de 1837 legal-

mente observada é independencia nacional fueron los principios que proclamó, y aunque estos principios eran demasiado santos para que ninguna de las fracciones en que el partido de Isabel se dividia osase impugnarlos abiertamente; los moderados, que eran simples resortes de la política francesa, miserables maniquíes de Luis Felipe que los manejaba y vestia como le daba la gana; los moderados, que adulteraban incesantemente el genuino espíritu de la Constitucion, cuya leal observancia Espartero proclamaba, consideraron el lema de la bandera que este enarboló como una verdadera declaracion de guerra. ¡Cosa singular! Vimos mas adelante los partidos que entonces mimaban á Espartero coligarse para derribarle, invocando los principios que Espartero invocaba: Constitucion de 1837 lealmente observaba é independencia nacional. ¿Y qué? ¿Infringió Espartero la Constitucion? ¿Se dejó dominar alguna vez por influencias estrañas? Sí, infringió la Constitucion lo suficiente para dar armas á sus enemigos con qué combatirle; pero la infringió poco para encontrar fuera del círculo legal la fuerza que necesitaba para sostenerse en su puesto. No quiso traspasar la ley en obsequio á la ley misma, y sus enemigos le estrecharon, le oprimieron, le acorralaron dentro del estrecho círculo legal, del cual solo sacó un pié cuando debió sacar los dos. Escrupuloso y hasta metódico en medio de las circunstancias mas borrascosas, el

impetu de los coligados le forzó á separarse de la Constitucion para tener el derecho de echarle en cara ese desvío que era obra de ellos mismos; le hicieron perder su posicion legal, y él no quiso fuera de la ley tomar otra desde la cual hubiera luchado ventajosamente. Cayó al pié de la Constitucion, como al pié de una barricada impotente y destruida que la defendió hasta el último momento, y puede decirse que la misma bandera que levantó, bandera hermosa, bandera santa, le sirvió de mortaja y se enterró con él. Demasiado liberal para no abandonar la Constitucion cuando la libertad se lo exijia; demasiado constitucional para defender la libertad lejos de la Constitucion, se colocó entre ambas para no separarse demasiado ni de una ni de otra, y á ambas las dejó abandonadas á consecuencia de sus mismos deseos de ausiliar á las dos. Esta fué, como todos sabemos, la conducta de Espartero, y no pudo tener otro resultado que el que tuvo, resultado triste, resultado espantoso que hizo pesar sobre la pobre España muchos dias de esclavitud. En ciertas circunstancias estraordinarias, cuando los partidos para destrozar la ley toman fuera de la ley sus posiciones, el que tiene á su cargo la inviolabilidad de las leyes no salva la libertad sinó suspendiendo las mismas en que aquella se halla consignada.

El lema de independencia nacional que escribió Espartero en su bandera llenó de entusiasmo á todos los buenos españoles, que con razon atribuian

los males de su patria á la influencia de las Tullerías. Pero, fuerza es confesarlo, la conducta que siguió Espartero cuando el voto nacional le elevó á la regencia del reino, no estaba en la debida consonancia con las palabras de patriótica independencia que salian de su boca antes de llegar al cenit de su elevacion. La culpa no era suya. Regente de una nacion dividida en numerosos bandos que se odiaban de muerte, veia con indignacion la corte del Sena alentando á los conspiradores de la Península, y esta conducta de la Francia le arrojó en brazos de la Inglaterra. Si no hubiese tenido mas enemigos que los interiores, fuerzas le sobraban para reprimirlos y contenerlos. El general que tenia á sus órdenes un ejército veterano, conducido por él de victoria en victoria hasta que obligó al enemigo á abandonar sus pretensiones; el general que al título de guerrero unia el de pacificador, pudiendo presentarse á los ojos del pueblo, despues de una guerra larga y sangrienta, radiante con la aureola de la paz; el que consiguió esta sin menoscabo de la libertad, por la que el pueblo español habia derramado torrentes de sangre; el que arrancó la máscara á cortesanos hipócritas, y con solo un gesto de disgusto que se marcó en su semblante tostado por el sol de los trópicos y retostado por el sol de los campamentos, destruyó todas las intrigas palaciegas que bastardeaban las instituciones, y hacian de la Constitucion una farsa

y de la representacion nacional una mentira; el que se opuso á la sancion de una ley liberticida que era no mas que el primer eslabon de la larga cadena de leyes que habian de esclavizar á su patria; el que holló con planta poderosa el funesto sistema de deportaciones que introducia el llanto y la desolacion en el seno de las mas virtuosas familias, precisamente habia de encontrar en el pais innumerables simpatías y los suficientes recursos para luchar con ventaja contra toda clase de adversarios. Y si no hubiese tenido mas que enemigos esteriores, si le hubiese sido posible fundir en una sola todas las opiniones que debilitaban su poder, si hubiese podido ocuparse esclusivamente en desbaratar los planes ominosos de la Francia, entonces con un llamamiento á la nacionalidad española hubiera vuelto infructuosas las maquinaciones de Luis Felipe, sin necesidad de buscar en la diplomacia inglesa un contrapeso á la diplomacia de la Francia. La nacion que cuando tenia casi completamente olvidados hasta los primeros rudimentos del arte de la guerra, porque años y años habia permanecido tranquilamente dormida en el seno de la paz, ahuyentó con un sacudimiento unánime pero improvisado las terribles águilas de Napoleon que habian fijado su vuelo en las cumbres del Guadarrama, no hubiera humillado su frente ante los tres colores de la Francia en una ocasion en que contaba por el de sus hijos el número de sus soldados, en una

ocasion en que ningun español que tuviese mas de quince años ignoraba como se forma un cuadro y como se despliega una guerrilla, habiéndolo todos aprendido en el mismo campo de batalla, mordiendo el cartucho entre los aterradores silbidos de la metralla y el plomo. No, si la nacion hubiese estado unida, no hubiera Espartero mendigado la amistad de la Inglaterra para tener un escudo contra las hostilidades de la Francia, y si la Francia no le hubiese hostilizado, no hubiera buscado fuera del pais ningun recurso para asegurar el órden y la libertad del pais. Pero cercado de enemigos interiores que, mientras se preparaban para hostilizarle á mano armada, daban á todos sus actos interpretaciones malignas y minaban sordamente su reputacion, se irritó contra la conducta de las Tullerías, cuya corte conspiraba de acuerdo con las facciones de la Peninsula, y cuando quiso dispertar en los españoles el espíritu de nacionalidad, lo encontró absorvido por el espíritu de partido. Llegó á amenazarle la Francia hasta con una intervencion armada, buscando sin cesar pretestos que la cohonestasen, y entonces fué cuando Espartero buscó en la Inglaterra la fuerza que le negaban los españoles para hacer ineficaces las intrigas de las Tullerías. Sus enemigos, no pudiendo quitarle este apoyo, tomaron la dignidad nacional por tema de su oposicion; afirmaron que Espartero por medio de un tratado clandestino pensaba sacrificar á la codicia inglesa la

industria española, y hasta hicieron circular rumores de que habia comprado la amistad del gabinete de San James con algunas de nuestras islas adyacentes y posesiones ultramarinas. ¡Inesplicable anomalia! ¡Los moderados, los afrancesados, los que no tenian ninguna idea propia, porque el rey de los franceses se encargó de proveerlos de las que necesitaban, los que pensaban esclusivamente con la cabeza de Luis Felipe, se atrevieron á hablar de patriotismo, y lograron dispertar contra Espartero y la Inglaterra los sentimientos de nacionalidad que tan dormidos permanecieron cuando Espartero los invocó para destruir las maquinaciones de la Francia! Gran parte de los progresistas se dejaron embaucar por las calumniosas suposiciones de los moderados con quienes se coligaron para derribar á Espartero, al principal apoyo de sí mismos, á la columna en que reposaba todo entero el edificio constitucional, sin conocer los muy necios que quedarian sepultados en sus escombros, que su lucha seria una catástrofe y su victoria un suicidio.

Pero, triste es decirlo, no todos los que formaron parte de aquella coligacion heterogénea y absurda se dejaron arrastrar por la exageracion de sus sentimientos patrióticos. Mas indigna, mas innoble fué la causa de la conducta que observaron los corifeos del partido progresista. Abandonaron el planeta á que debian su luz cuando le vieron próximo á su ocaso; veian que el poder del regente

era temporal y transitorio, y trataron de prepararse una posicion para cuando Espartero perdiese la suya. Llegaron en su egoismo á persuadirse de que el daño que hiciesen á Espartero les haria gratos para siempre á los ojos de los moderados, y estos les dejaron embriagarse en sus halagüeñas esperanzas, mientras aguardaban una ocasion propicia para levantarse solos y con todo su esclusivismo sobre las ruinas de la Constitucion. La ingratitud de los moderados con los progresistas fué verdaderamente un castigo providencial de la ingratitud de estos con Espartero. En los moderados, en sus enemigos capitales encontró sus vengadores el vencedor de Peñacerrada, y esto deberia consolarle en su ostracismo, si esta patria que tanto ha querido no participase de todas las calamidades que pesan sobre los ingratos que le abandonaron. Por lo demas, los hombres de la clase popular, los proletarios, los independientes, los que no piden destinos á las conmociones, los que no buscan en la revolucion su medro personal, si se suicidaron hostilizando al vencedor de Peñacerrada, obraron de buena fe, se dejaron arrastrar, no por las promesas de los moderados á que nunca dieron crédito, sino por las peroraciones ultra-patrióticas de los corifeos del partido progresista en quienes tenian depositada su confianza. Tarde les hizo abrir los ojos un desengaño sangriento, y entonces procuraron enmendar á costa de sus vidas sus funestos

errores; pero fueron impotentes, vendidos tal vez, y su noble conducta posterior, sellada con el martirio de muchos de ellos, solo sirvió para acreditar la buena fe maquinal con que volvieron sus armas contra el caudillo de la libertad. Espartero era una necesidad del partido progresista que obligaba á este partido á ahogar todos sus resentimientos, pues no podia vengarlos sin suicidarse. Hombres hubo tan ciegos que llegaron á creer que sobre las ruinas de la regencia del duque de la Victoria se levantaria la república, cuando á la caida de aquella, siendo violenta, no podia suceder mas que lo que ha sucedido; una restauracion mas ó menos disfrazada. Hasta en estos errores capitales fueron nuestros demócratas una copia servil de los republicanos franceses, quienes, arrastrados por las utopias de Lafayette, despues de haber derribado á los Borbones contribuyeron á derribar á Napoleon, creyendo que en el trono que este dejase vacio no se atreverian aquellos á volverse á sentar. Tampoco los demócratas españoles supieron comprender que cerrando á Espartero las puertas de la patria las abrian á la reina Cristina, la cual no podia volver sola, sino acompañada de grandes resentimientos, dispuesta á plantear á toda costa el contrariado sistema que le costó la regencia, y subordinada á ciertas influencias á las que á su vez ella habia de querer subordinar á los demas. Error fué el de nuestros republicanos tan grosero co-

mo funesto, cuyas inevitables consecuencias la prensa radical de Francia y de Inglaterra evidenció en forma de vaticinio con palabras que nada tenian de proféticas, sino que eran el resultado legítimo de la lógica de los mismos sucesos debidamente estudiados: «Algun grande obstáculo, decia, ofrece Espartero al desarrollo de los planes de los enemigos de la libertad del mundo, cuando todos los que son enemigos de esta lo son tambien de la regencia de aquel.»

Los enemigos del conde-duque, á mas de suponerle instrumento de la codicia inglesa, le enagenaron gran parte de su popularidad atribuyéndole conatos de prolongar la menor edad de la reina, con el objeto de tener mas tiempo para prepararse una ominosa dictadura. Lo mas singular era que muchos que se llamaban republicanos, todos los moderados y hasta los absolutistas vieron en la prolongacion de la minoría mas allá de los límites establecidos por la ley fundamental del Estado una infraccion de la Constitucion, y contra esta infraccion clamaban como energúmenos, de suerte que cualquiera hubiera dicho que no habia en España constitucionales tan celosos como ellos de la observancia de las leyes. Decimos que esto era lo mas singular, porque en realidad nada podia serlo tanto como la conducta hipócrita de unos hombres que se constituian en defensores de los mismos principios contra los cuales conspiraban incesante-

mente. Mas adelante, cuando los coligados obtuvieron la victoria, les vimos sin ningun escrúpulo acelerar el término de la minoría prescrito por la constitucion cuya observancia invocaban, como si esta no se infringiese del mismo modo declarando á Isabel mayor de edad antes de la época fijada por la ley, que no declarándola de mayor edad despues de haber llegado esta época. No es de ningun interes dar aqui nuestra opinion acerca de la conveniencia que algunos vieron en acortar la minoría y otros en prolongarla; pero si debemos decir que una y otra cosa eran una infraccion de ley, y que todas las infracciones de ley, por mas que quieran dorarse con un barniz de conveniencia pública, son siempre un hecho de grande trascendencia. No sabemos si Espartero soñó alguna vez en cometer semejante atentado, pero nadie ignora que sus enemigos le atribuyeron conatos de perpetrarlo, y de esta suposicion gratuita, de esta infundada congetura, de esta calumniosa imputacion sacó la oposicion mucho partido para abrumarle bajo el peso de sus cargos continuados. Lo cierto es que de ninguno de los actos ni palabras de Espartero puede deducirse que aspirase á la dictadura; ninguno de los periódicos encargados de su defensa manifestó ni remota ni implícitamente que abrigase semejantes proyectos, y todos se apresuraron en desmentir á los que se los atribuian. Hasta en sus intimas y particulares conversaciones el duque de la

Victoria demostraba que la regencia del reino le era pesada, y un dia rodeado de sus amigos les dijo volteando con el dedo indice el minutero de su relój : « Si tan fácil me fuese apresurar el tiempo como este minutero, en muy pocas horas transcurriria todo el que tiene la ley señalado á mi regencia. » Cuando esto dijo aun no hacia un año que habia cogido las riendas del estado, ni habia atravesado ninguna de las crísis que hicieron tan borrascoso su mando supremo.

Si hubiese querido ser dictador, no hubiera querido ser regente ; no se hubiera separado de la cabeza del ejército para colocarse á la cabeza de la nacion. Como general era omnipotente. Sus inclinaciones, su carácter, sus hábitos contraidos desde la niñez le señalaban delante de las tropas un puesto distinguido que no le era dado abandonar sin debilitar su poder, y á pesar de que siendo regente la ley le hacia inviolable, de hecho lo fué mucho mas mientras permaneció al frente de sus soldados, encerrado, si puede decirse asi, en un sagrario de bayonetas. Es porque la milicia era su elemento, del cual no podia salir sin ahogarse; su genio para desenvolverse necesitaba el humo de la pólvora, y en él todo era belicoso, todo, hasta su mirada, hasta su sonrisa, hasta sus arengas. ¡Cuán pálidos son los estudiados discursos que dirigia al pueblo, comparados con las improvisadas alocuciones que antes ó despues de una batalla di-

rigia á sus regimientos! ¡Cuán poderoso era al frente de estos! Una esposicion suya hacia dar un giro completo á cualquiera situacion; una amenaza suya aterraba á un ministerio, á un partido; una palabra suya desenlazaba una crisis. Siendo general disolvia unas córtes y derribaba un ministerio, careciendo para ello de facultades legales, y cuando la ley le otorgó estas facultades, cuando la representacion nacional le hizo regente del reino, no pudo impunemente derribar un ministerio ni disolver unas córtes. Si en su desgracia el recuerdo de su antiguo poder ha de dorar sus sueños ó halagar su amor propio, recuerde los campamentos y no el palacio de Buena Vista; no recuerde la época en que fué regente, sino la época en que fué general en gefe, aquella época en que despues de haber humillado el pendon de D. Cárlos, era una necesidad de todos los partidos, que se lo disputaban como si de él dependiese su existencia. Entonces los moderados le hubieran hecho príncipe; los progresistas le hicieron regente; y si él no hubiera querido ser nada de esto, si se hubiese contentado con ser siempre general y no mas que general, hubiera sido mas que regente, mas que príncipe; hubiera sido rey de hecho. Buscó en las leyes una inviolabilidad que en un pais como este, en que las leyes valen tan poco, era mucho mas frágil y perecedera que la que le daban las bayonetas; embriagado con los halagos de la popularidad, no

supo conocer que esta es mucho mas efímera y voluble que el prestigio adquirido en el ejército. Los soldados no abandonan á sus ídolos tan pronto como el pueblo, porque unidos con los vínculos de una gloria comun, les consideran como la cabeza de un todo de que ellos forman parte, y el inmediato y continuo contacto que tienen con ellos no les permite ni un solo instante hacerse independientes de la poderosa voluntad que una vez les ha subyugado. El pueblo, menos maquinal en sus acciones, menos automático en sus movimientos, dotado de una voluntad propia que ningun hombre absorve jamas completamente con su prestigio, no sujeto, como los soldados, al severo rigor de una ordenanza que hace á aquellos responsables hasta de sus miradas, puede sin riesgo alguno juzgar y censurar los actos del que manda, dejarle de dar su apoyo, declararse contra su conducta y manifestar y hacer cundir su descontento. Por eso es tan pasagera la popularidad. Cuando el pueblo frances habia ya abandonado á Napoleon, cuando la estátua del coloso de Ajaccio habia ya descendido de la columna de Vendome, cuando el gran conquistador se hallaba ya en la isla de Elba, que fué demasiado pequeña para contenerle, los soldados de Austerlitz conservaban todavía dentro de sus morriones y debajo de su peto las águilas y demas insignias imperiales, santas reliquias de la gloria de un hombre que habia conmovido

todo el mundo. Si en España los visoños del año 43 hubiesen sido los veteranos del año 40, no hubieran abandonado al vencedor de Guardamino, y si este hubiera despreciado la regencia para no ensanchar la distancia que le separaba del ejército, ningun sacudimiento liberticida hubiera sido bastante recio para lanzarle desde el palacio de Buena Vista á bordo del *Malabar*.

Con intencion, antes de esponer los acontecimientos que tuvieron lugar desde mediados del año 39 hasta que se celebró el convenio, hemos pasado rápidamente y casi sin tocarlos por encima de muchos periodos que requieren una contemplacion detenida. El somero exámen de la conducta que observó Espartero para remontarse á su mayor altura y la investigacion filosófica de las causas que prepararon y determinaron su caida, nos ahorran para lo sucesivo muchas y muy grandes reflexiones. La historia de Espartero es la de la guerra civil, cuyos sucesos marcharon constantemente impelidos por su espada hasta la conclusion de la contienda. Ahora es preciso que reprendamos en las provincias del Norte el hilo de los acaecimientos, que ya no son otra cosa que las últimas convulsiones del partido de D. Cárlos en su agonía.

Antes de la accion de Arlaban, que valió á las tropas de Espartero la ocupacion de Villareal y la del fuerte de Urdiola, muy debilmente defendido por los carlistas, quienes se dirigieron á Elorrio

despues de haber evacuado la villa de Durango; don Cárlos y su corte, saliendo del error en que por un instante les habian sumido las belicosas proclamas y sonoras palabras con que Maroto en las juntas de generales, que se celebraban muy á menudo para debatir los negocios de la guerra, trataba de encubrir sus conatos de transaccion bajo la máscara de la fidelidad mas acendrada y del espíritu batallador mas ardiente, empezaron á concebir nuevas sospechas y á formar contra el general que tenian puesto á la cabeza las mas siniestras conjeturas. La voz de traicion era pronunciada en voz baja por todos los cortesanos, y solo con ella se sabian esplicar la pérdida de los fuertes de Ramales y Guardamino, la evacuacion de Orduña y el abandono de Arciniega. Los mismos amigos de Maroto, los que como él habian concebido la idea de un convenio para poner término á la lucha fratricida que devastaba el pais, no pudieron dejar de reprobar la conducta del general en gefe: el mismo Urbistondo la miró con disgusto, y Montenegro, que estaba unido á Maroto con la amistad mas intima, le echó en cara su proceder impolítico y le amonestó y censuró de la manera mas agria, hasta que los dos se indispusieron seriamente. Mas no por eso modificó Maroto su sistema opuesto á los intereses mismos de los transaccionistas, quienes cuanto mas débiles, mas espuestos quedaban á sujetarse á las duras condiciones de Espartero. La desconfianza no tardó en propagarse

desde los estrados de los palaciegos á los cuarteles de los soldados. Maroto, conocidas ya sus intenciones, fué desleal con cinismo, y dijo al auditor general de su ejército al manifestársele altamente disgustado: «Yo no quiero comprometerme por un príncipe que tan ingrato se muestra con sus defensores.»

Ya antes de emprender Espartero sus operaciones sobre Ramales se hallaba de vuelta el ayudante Dufeau en el cuartel general de Maroto, á quien dió la contestacion que habia recibido del mariscal Soult relativa á las propuestas sobre convenio. El mariscal aseguró que la Francia prestaria su apoyo al proyecto, mientras mereciese la aprobacion de Espartero, de Espagne y de Cabrera. Esto equivalió á una negativa absoluta que puso á Maroto en mucho aprieto, porque demasiado debió conocer el ministro frances que era imposible conciliar las exigencias de Maroto con las de Espartero, y mas aun con las de Cabrera y Espagne, que obraban con un poder del todo independiente del suyo, pues no sucedia en los ejércitos carlistas lo que en los constitucionales, que tenian, sin contar con el gobierno de Madrid, un centro de accion comun, un general en gefe de los ejércitos reunidos. Cabrera con sus victorias y Espagne con sus canas gozaban entre los carlistas de un prestigio que les hacia tan fuertes como Maroto, y que en consecuencia constituia á este en la imposibilidad de supeditarlos. Ni el ca-

rácter, ni las fuerzas con que contaban Espagne y Cabrera les hubieran permitido jamas ponerse bajo las órdenes de un general al que se juzgaban superiores en mérito y valía.

La contestacion de Soult produjo un efecto enteramente opuesto al que la diplomacia francesa trataba de conseguir. Persuadido el gabinete de las Tullerías de que un tratado de transaccion con que se conformasen Cabrera y Espagne por precision habia de ser ventajoso á las ideas de los absolutistas, solo ofreció su apoyo á Maroto bajo la precisa condicion de ponerse de acuerdo con los dos gefes carlistas, creyendo de este modo hacer sufrir á la causa constitucional española los grandes menoscabos con que deseaba desvirtuarla la corte del Sena, destinada por la santa alianza, de que es enmascarada agente, á ahogar la libertad del mundo. Pero la corte del Sena no supo comprender que las grandes rivalidades que separaban á Maroto del caudillo carlista de Aragon y del de Cataluña ponian un insuperable obstáculo á las relaciones que queria establecer, y que Maroto, que no tenia mas remedio que una transaccion para evitar el golpe con que le amenazaban los apostólicos, procuraria llevarla á cabo á toda costa, aunque fuese contrariando todas las influencias estrangeras, y sacrificando á los constitucionales todos los intereses y el porvenir de los absolutistas. Un tratado de paz con Espartero en la comprometida situacion en que Maro-

to se hallaba, era para este una cuestion individual y de conservacion propia, y el gefe constitucional, que conocia perfectamente los apuros en que se hallaban los carlistas, gozaba de una posicion demasiado ventajosa para celebrar un convenio que no fuera enteramente favorable á la causa que defendia. Despues de las funestas disidencias de los carlistas y de la toma de los fuertes de Ramales y Guardamino, el conde-duque sabia positivamente que la paz que no alcanzase con un tratado la alcanzaria con la fuerza de las armas, y que de consiguiente no tenia necesidad de admitir ninguna condicion repugnante para alcanzar una cosa que tarde ó temprano no podia dejar de conseguirla. Con todo, para evitar mayor efusion de sangre, preferia al vencimiento de sus adversarios terminar con un abrazo la contienda civil. A esto desde mucho tiempo encaminaba sus conatos. Cuando llegó á Orduña, el brigadier Campillo pasó de órden suya á Llodio, donde se hallaba el cuartel general de Maroto, para establecer de nuevo la cuestion de avenencia; pero las exigencias de Espartero volvieron por entonces infructuosas todas las tentativas. No por eso el conde-duque perdió la esperanza de obtener los resultados que deseaba. Sabia que la posicion de Maroto habia de empeorarse sucesivamente, agravarse sin cesar, hacerse cada dia mas crítica, y que al fin y al cabo habia de llegar á serlo tanto, que el enemigo se le entregaria á discrecion. No andaba Es-

partero desacertado en sus cálculos, como vamos á ver muy pronto.

Los ánimos de los leales defensores de D. Cárlos se hallaban en una exasperacion que debió acelerar la realizacion de los planes de Maroto. Los constitucionales, que en esta irritacion de los carlistas fundaban justas esperanzas de atraer mas pronto á sus miras al general transaccionista, por medio de Avirancta y otros agentes procuraban fomentarla, y lo consiguieron á medida de sus deseos. Los personages del bando apostólico desterrados á Francia, viendo que los sucesos acudian en apoyo de sus sospechas, para hacer abrir los ojos á los carlistas que siguiesen á Maroto alucinadamente, derramaron con profusion escritos llenos de hiel en que acusaban de traidor al general transaccionista. Una de las proclamas anónimas que mas circularon y que con mas avidez fueron leidas en los reales de D. Cárlos fué la siguiente:

«Voluntarios y pueblos Vasco-navarros: Maroto está pronto á consumar vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas y fuertes, y va á imitar la conducta de los generales portugueses en Evora-Monte. Como lo fué D. Miguel, D. Cárlos será entregado á sus enemigos.

«No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50,000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una engañosa seguridad, para

tener el tiempo necesario para consumar el crímen.

«Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno frances prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

«Voluntarios y pueblos: ¡á las armas! Salvad á vuestro rey y con él vuestras personas y fueros.—¡Viva la religion! ¡viva el rey!»

No bien se habia apaciguado la alarma causada por la lectura de esta proclama, cuando pareció otra concebida en los siguientes términos:

«Voluntarios de Cárlos V y pueblos vascongado-navarros: El hombre de maldicion, el impío Maroto ha consumado su obra de iniquidad: ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerados fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregárselo en San Sebastian.

«Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

«Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrílega venta que ha hecho, el miserable, de su patria y de su rey.»

No fueron solo estos los incendiarios escritos que se esparcieron á la sazon en el campo de don Cárlos. Otros muchos, atribuidos lo mismo que los que acabamos de transcribir á los personages del clero y militares desterrados por el fulminante decreto que arrancó Maroto de las manos del ami-

lanado príncipe, mantenian á los que rodeaban á este en perpetua alarma y fomentaban contra Maroto el odio de los carlistas leales. Maroto para dar cima á sus proyectos de transaccion tenia establecida una junta en Paris y Bayona, y para contrarestar los trabajos de los transaccionistas crearon tambien una los apostólicos desterrados. No se puede decir que fuesen en un principio enteramente infructuosas las tentativas de estos últimos, pues consiguieron con sus folletos causar una sensacion profunda en los pueblos y tropas de D. Cárlos, y hubieran sin duda conseguido reducir á Maroto á un absoluto aislamiento, si los provincianos no hubiesen estado tan cansados de guerra y tan seriamente indispuestos con D. Cárlos por su estremada nulidad, que le hacia enteramente indigno de la corona de España. La impresion causada por los escritos de los desterrados fué viva pero efímera; los deseos de paz la borraron desde luego, prevaleciendo sobre los demas deseos, y bien pronto la mayor parte de los provincianos recibieron con singular indiferencia los folletos con que los partidarios del despotismo pretendian dispertar su moribundo entusiasmo.

No pudiendo los apostólicos aislar á Maroto, de quien esperaban los pueblos la terminacion de la guerra, y no procurando las dos fracciones en que el bando carlista se dividia ahogar sus odios recíprocos y fundirse de nuevo en un partido comun,

no les quedaba otro recurso que ceder el campo á los constitucionales. Tal vez unos y otros hubieran inmolado al interes de la causa absolutista todos sus inveterados rencores, si entre ellos no hubiese habido astutos y asalariados agentes que atizaban el fuego de sus discordias con una habilidad singular. Los unos trabajaban sin cesar para indisponer á Maroto contra los gefes de la camarilla y los generales navarros, los otros empleaban todos sus conatos en indisponer á estos contra Maroto. Contábase entre los primeros á Dufeau y entre los segundos á Aviraneta. Ambos eran hábiles en urdir intrigas de todo género, y sin duda á su singular destreza se debe en gran parte el famoso convenio de Vergara.

Dufeau era un gefe de batallon frances que en otoño de 1838 se presentó al cuartel general de Maroto, donde llegó á pié y al parecer sin dinero y sin recomendacion. Maroto, siempre brusco con los estrangeros, en un principio no le quiso ver, pero á fuerza de súplicas llegó por fin Dufeau á penetrar en el gabinete del general, con quien estuvo conferenciando cuatro horas, pasadas las cuales salió con evidentes muestras de estar muy satisfecho, y declaró á los asistentes que el general acababa de nombrarle secretario particular, lo que era debido á su perfecto conocimiento de los idiomas frances y español.

Es indudable que Dufeau en aquella época te-

nia ya concebido el plan de una transaccion, ó al menos que era un instrumento que obraba para conseguir este objeto; pero hasta ahora nadie ha sabido, como no sea Maroto, de qué poderosas influencias era agente aquel aventurero que al parecer llegó al cuartel general ocultando su procedencia, como si se hubiese improvisado allí mismo, y sin mas recomendacion que su propio mérito. No tardó en unirse íntimamente con el auditor general del ejército carlista D. Juan José de Arizaga, quien habia sido mucho tiempo auditor en Filipinas, y que á un talento sobresaliente unia mucha desfachatez en el vicio, cierto cinismo que no deja de ser harto comun en los europeos que han permanecido largos años en las colonias.

Aviraneta era un confidente de Pio Pita Pizarro, que llegó al teatro de la guerra en diciembre de 1838, y Pita Pizarro, entonces ministro, se puso en relacion directa con Espartero por medio de Alaix. Aviraneta, hombre de una habilidad prodigiosa, urdia sobre cualquier cosa la mas complicada y trascendental intriga. A pesar de sus antecedentes y de sus ideas, un dia liberalmente exaltadas, que le valieron una deportacion á las islas Canarias, consiguió con su sagacidad jesuítica confabularse con los gefes de la camarilla de D. Cárlos y con los generales navarros que odiaban á Maroto de muerte.

Como hemos indicado, Dufeau no desperdiciaba ninguna ocasion para agriar el ánimo de Maroto

contra la camarilla, y Arizaga contribuia á lo mismo con toda la fuerza de su privilegiado talento. Le pintaban ambos á los navarros como los fanáticos apoyos del partido ultra-absolutista, á cuya cabeza se hallaban el cura Echevarría, el confesor Lárraga y el predicador Fray Domingo. Las hostilidades se declararon ya desde entonces. Maroto recibia órdenes imperiosas de la corte que le mandaban atacar, mientras por otra parte la corte misma paralizaba los medios de hacerlo con buen éxito. Algunos bien intencionados, que eran todavía amigos del general, le aconsejaban en sus cartas que empezase las operaciones, haciéndole ver que toda demora comprometia su posicion. Maroto les contestaba con tono áspero, y de este modo se enagenó los últimos apoyos que le quedaban en la córte. A pesar de esto, repetimos que sin la consumada habilidad de Dufeau y Aviraneta, el partido carlista delante del peligro comun hubiera tal vez recobrado su primitiva compactibilidad.

Pero los manejos de tan duchos intrigantes hicieron cada vez mas divergentes las dos fracciones en que lograron dividir el partido absolutista. La exasperacion de los marotistas llegó á su colmo en julio de 1839. Las gacetas de Madrid de los últimos dias de junio publicaron varias cartas que habian sido interceptadas por los constitucionales, y de su contenido resultaba que D. Cárlos halagaba traidoramente á las dos fracciones de su partido;

manifestaba el mayor agrado á la de Maroto entonces dominante, al mismo tiempo que sostenia con los desterrados una correspondencia secreta, y de mancomun con ellos conspiraba contra los marotistas. Espartero y sus agentes se dieron mucha prisa en hacer llegar al cuartel general de Maroto todas las gacetas en que se leian las espresadas cartas, suscritas por los ministros Ramirez de la Piscina, Montenegro y Marcó del Pont, todos antiguos amigos de Maroto, con el cual se indispusieron á consecuencia de su incalificable proceder en el campo de batalla. Las cartas tenian el sobre á Cabrera, al conde de Espagne, al de la Alcudia, al obispo de Leon, al marques de Lalande y otros personages igualmente notables del partido apostólico, residentes los unos en España, los otros en Francia, y algunos en Prusia, en Alemania y otras naciones estrangeras.

La interceptacion de estas cartas y consecutiva remision de ellas á Maroto produjeron todo el efecto que los constitucionales esperaban. La conducta rastrera de D. Cárlos quedó á descubierto, y las comunicaciones dirigidas á Cabrera y Espagne revelaron á Maroto y á sus partidarios el plan de los apostólicos, que consistia en robustecer todo lo posible los ejércitos de Aragon y Cataluña para apoyarse en ellos y frustrar los conatos de los transaccionistas. Las cartas interceptadas fueron varias, y como todas parecian dictadas por una sola intencion,

creemos que para hacerse de su contenido el debido cargo basta que transcribamos aqui la que con fecha de 1.º de junio dirijió el ministro de Hacienda desde Durango al obispo de Leon.

«Señor obispo de Leon: muy señor mio y de mi mayor aprecio: con el mismo recibí la suya del 24 del despedido. Su contenido es propio de los sentimientos de V. que corresponden á los mios y de otros. Al tiempo de poner en las manos del señor la que V. para él me remitió, y que la abrió, entregando la que venia dentro de ella á la señora, se puso á leerla junto con la que V. me escribió: de ambas se impuso, lo que dió motivo á hacer recíprocamente esplicaciones, deduciendo que mucho de lo que V. dice se tendrá presente en el momento que confia obtener para hacer desaparecer lo mal hecho, como las personas que á V. tanto le alarman, y con fundados antecedentes, que tambien nosotros lo sabemos. La conformidad de este señor á todo lo que le propusieron, fué preciso tenerla con intencion de que sus procedimientos habian de preparar y abrir el camino á nuestro deseo. Asi se va viendo que entre ellos mismos ya se reconvienen y riñen, y algunos desengañados se ponen neutrales.

«Lo que nos tiene disgustados es la conducta de los soberanos del Norte, porque han tomado con indiferencia nuestros trastornos; y yo muy desconsolado, porque no veo quien trate de prestar dinero, que tan preciso es para lograr no se desmaye

la tropa, que, segun aseguró Maroto en la junta, haria su deber á pesar de tener que rechazar triplicadas fuerzas enemigas. Este general no está satisfecho de Negri, de suerte que entre ellos mismos se están indisponiendo. El señor me previno que lo que V. necesite para su subsistencia lo diga, siendo de mi cargo librárselo á Bayona. Ya conocemos que no llega lo que aqui produce el ramo para lo que se gasta, y el déficit procuraré sea subsanado de otro ramo.

Procure V. cuidarse y confiar en Dios, que es el que me parece que en medio de los trastornos nos ha de dar dias tranquilos para que la religion y el realismo sobrepujen á los que tanto se afanan en sepultar ambas dos cosas. Asi lo espera este su apasionado y verdadero amigo, Q. S. M. B.—Durango 1.º de junio de 1839.—*Juan José Marcó del Pont.*»

Cuando de este modo se espresaba el ministro de Hacienda en una carta confidencial, grandes eran sin duda los apuros en que se hallaban los absolutistas de España, abandonados á su propia suerte por los del Norte, que en seis años de guerra pudieron conocer la ineficacia del apoyo que les prestaban. Las disensiones intestinas de los carlistas disgustaron tanto á los monarcas absolutos, que les retiraron la mano amiga que les habian tendido desde el principio de la lucha, y con la mas fria indiferencia miraron en lo sucesi-

vo naufragar en España la causa del absolutismo. Metternich acababa de hablar muy claro al encargado de negocios que tenia D. Cárlos en Viena, manifestándole que la Santa Alianza estaba ya cansada de sus sacrificios estériles, pues hasta entónces solo habian servido para fomentar partidos en las filas mismas de D. Cárlos, quien en lugar de emplear los recursos que se le mandaban en sostener con la guerra sus pretensiones, los malgastaba pródigamente, manteniendo una corte de parásitos, de palaciegos inútiles, de egoistas que, atendiendo solo á su medro personal, ofrecian un escandaloso contraste con el ejército que carecia hasta de lo mas necesario. Tambien se quejaba el príncipe amargamente de la pusilanimidad de don Cárlos, que ni se puso al frente de sus tropas cuando asi lo reclamaba la perversa conducta de Maroto, ni consintió que lo hiciese su hijo, cuando á ello se brindaba con todo el entusiasmo propio de su juvenil edad. Sobre todo lo que mas irritaba á Metternich era el exagerado fanatismo del Pretendiente, que teniendo mucha falta de caballería para contener los ímpetus de Espartero, tenia todo un escuadron esclusivamente ocupado en custodiar el estandarte de la Virgen de los Dolores, generalísima de su ejército. D. Cárlos supo por Vial, que asi se llamaba su encargado de negocios en Viena, el disgusto de Metternich y los motivos que lo ocasionaron, y en lugar de modificar su conducta para apa-

ciguar al príncipe, como su propio interes lo reclamaba, creyó salir del paso diciendo con un tono tranquilo que revelaba su imbecilidad: «*Se producen de este modo, porque como están lejos no saben lo que aquí pasa.*» Maravillosa salida que fué transferida al príncipe de Metternich para tranquilizarlo. ¡Qué concepto, si no le hubiese ya tenido justamente formado desde mucho tiempo, se hubiera formado el príncipe del hijo de Cárlos IV con solo las palabras que acabamos de reproducir!

La carta de Marcó del Pont enseñó á Maroto el abismo que tenia abierto á sus piés. Los hombres que el general transaccionista habia colocado alrededor de D. Cárlos hacian causa comun con sus encarnizados enemigos, y eran los que mas trabajaban para ahondar el precipicio en que querian despeñarle. Las cartas de Cabrera y la de Arias Tejeiro, que se habia evadido del destierro, acababan de ponerle en manifiesto su crítica posicion.

La del último, que revelaba perfectamente los instintos palaciegos del que la escribió, tendia lo mismo que la de Cabrera á reanimar las amortiguadas esperanzas de D. Cárlos, haciéndole ver que los ejércitos que tenia en Aragon y Cataluña eran suficientes para triunfar de los constitucionales, y que en consecuencia no tenia necesidad de halagar por mas tiempo la perfidia de Maroto, al cual á pesar suyo se hallaba supeditado. Arias Tejeiro desea que caiga cuanto antes el hacha de la venganza sobre la

cabeza del general transaccionista, contra el cual don Cárlos no se atreve á obrar, porque se considera demasiado débil. Para disipar esta idea que preocupa el ánimo de su señor, el antiguo favorito exagera las victorias obtenidas en Aragon y Cataluña por las armas absolutistas, y hasta califica de victoriosas para estas algunas acciones de que los carlistas salieron escarmentados, tales como la de Montalban en que recibieron una leccion amarga, y la de Manlleu, que les obligó á desistir de su propósito de apoderarse del fuerte interior de la villa, y les hizo dejar en el campo que abandonaron un número de muertos superior al de sus contrarios. Cabrera dice á D. Cárlos que no tema á enemigos de ninguna clase, afectando sentirse bastante fuerte para castigarlos á todos (por supuesto, con el auxilio de Dios y la intercesion de su santísima madre), y ciertamente no tenia necesidad Maroto de mucha penetracion para hallarse comprendido en alguna de las clases de enemigos de que habla el caudillo catalan. Las demas cartas son todas por el mismo estilo, todas estan dictadas por el odio que anima á los apostólicos contra los transaccionistas, y Espartero, que se dió tanta prisa en hacer llegar á manos de estos la correspondencia inserta en los periódicos, conoció muy bien que con esto les obligaria á admitir todas las condiciones de un convenio del cual les era imposible prescindir. En esta ocasion el duque de la Victoria dió pruebas de mucha

destreza, y á los ojos del mundo esta destreza ha quedado patentizada, á pesar de los muchos esfuerzos que han hecho sus émulos para hacerla desaparecer, ahogándola en el mérito contraido por los que le ayudaron á llevar á cabo sus planes de pacificacion. No hay uno solo que por insignificante y secundaria que haya sido su participacion en el convenio de Vergara, no quiera atribuirse la principal gloria de aquel maravilloso acontecimiento. Ninguno ha sabido conocer, ó al menos ninguno ha querido confesar que todos los que en aquellos dias tomaron parte en los trabajos del conde-duque eran nada mas que los instrumentos de que este se valia para su obra, los que hilaban las hebras de la trama que la mano de Espartero urdió con una habilidad singular. Es verdad que entre estos instrumentos los hubo de muy buen temple; pero ¿es esta razon para que á ellos les atribuyamos todo el mérito, hasta el del artífice? ¿Hay quien diga que no ganó Napoleon la batalla de Austerlitz sino que la ganaron sus soldados? ó mejor, ¿hay quien diga que no ganaron los soldados de Napoleon la batalla de Austerlitz sino que la ganaron sus fusiles?

Nadie duda que los triunfos conseguidos por los constitucionales colocaron á los carlistas en el caso de una transaccion irremediable. Pero el convenio de Vergara se debió en gran parte á la sagacidad de Espartero y á la perspicacia de los agentes de que él se valió para llevarlo á cabo, por mas que se

empeñe en que todo se atribuya esclusivamente á su valor y pericia militar. La intriga fué diestramente urdida. En el estado de disolucion incipiente en que se hallaban los carlistas, para acabar de romper el débil lazo que unia á Maroto y á D. Cárlos nada podia idearse tan ingenioso y eficaz como la remision al general transaccionista de los periódicos constitucionales en que se insertaban las cartas de sus enemigos. «En aquella correspondencia, dijimos en el *Panorama Español* ocupándonos de este golpe maestro de Espartero, vió el general transaccionista los mil hilos de la trama que se estendia á su rededor, y en que pronto habia de quedar prendido, ahogado, estrujado; vió los distintos puntos de que partia, de Aragon, de Cataluña, de Francia; percibió todos los insectos que la trabajaban, Arias Tejeiro, Abarca, Cabrera, Espagne, Balmaseda y otros muchos sedientos de su sangre; contó todas las mallas, todas las hebras, y se hubiera espantado sin duda, si en aquel momento el furor hubiese dejado en su corazon algun lugar al miedo.»

Los fusilamientos de Estella nos han dicho acerca de los instintos de Maroto lo suficiente para que adivinemos cual fué la primera resolucion que tomó al descubrir la trama de sus adversarios. Costó no poco á sus amigos disuadirle de la idea de pasar al cuartel real y ensangrentarse hasta en el mismo D. Cárlos. Poco á poco se fué apaciguando y

haciéndose cargo de su difícil situacion, y no considerando bastante adelantadas las negociaciones que tenia entabladas con Espartero para romper definitivamente con su rey, escribió á este una carta en que afectaba mucha sumision y respeto; pero sin perder con los palaciegos su tono amenazador habitual, escribió otra á Marcó del Pont, á quien obligó á abandonar la córte de Oñate. En la que dirigió á D. Cárlos denostaba de tal modo á los autores de las proclamas y de las cartas, que forzó al menguado príncipe á declararse contra ellos oficialmente. ¡Cuánta pusilanimidad!

A pesar de la docilidad de D. Cárlos, Maroto no se hacia ilusiones. Sabia que el hundimiento de uno de los dos era indispensable, y para evitar el suyo procuraba el de D. Cárlos dándose prisa en seguir las negociaciones con Espartero. Este se ocupaba del convenio como de un asunto sin importancia; veia á Maroto apurado, y sabia que tarde ó temprano tendria que doblarse á todas las condiciones. «Esta calma de Espartero, como dijimos en el último tomo del *Panorama*, que es el único que nosotros hemos redactado, quizás se debia menos á la seguridad que tenia de que la transaccion no podia dejar de verificarse, que á su carácter especial, que le permitia permanecer inactivo hasta en las mayores crisis de su vida.» Permítasenos que para dar á conocer á Espartero, cuyo carácter tenemos bien estudiado, sigamos copiándonos á nos-

otros mismos. «Espartero, dijimos en otra ocasion y en otra obra, es el hombre del mundo que ha dado al tiempo menos importancia; para él no pasaban instantes, ni horas, ni dias; hubiérase dicho que se creia inmortal, y en esto se esceptuaba de todos los hombres destinados á cumplir en el mundo grandes misiones, se esceptuaba de todos, porque todos al parecer han tenido miedo de que les faltase la vida necesaria para llevar á cabo sus empresas. El poco aprecio que hacia Espartero del tiempo no probaba falta de energía, sino esceso de confianza; tenia tanta fe en su buena estrella, que todo lo confiaba á la suerte, y seguro de su poder en las circunstancias mas difíciles, las dejaba complicar á propósito para que fuese mayor la gloria que adquiriese despues dominándolas. Esta confianza escesiva no era estraña en un hombre que podia pedir un porvenir á una baraja, que jugó mucho y nunca perdió, que cien veces fué herido en el campo de batalla y ni siquiera le quedó ninguna de esas reliquias que forman el tan triste como glorioso barómetro del soldado, que se escapó casi milagrosamente de la muerte que en América le tenian preparada los insurgentes, en un hombre, por fin, que jugaba hasta con la victoria, reservándola para el dia que le daba la gana, para celebrar sus dias ó los de Cristina, el aniversario de Isabel II ó el de la Constitucion. Se consideraba destinado por una providencia que presidia todos sus actos

á dar cima á una grande empresa, y casi seguro de que no podia morir hasta llevarla á cabo, se hubiera jugado la vida al primer golpe de dados sin miedo de perderla. Cuando los sucesos de octubre del año 1841, se le presentaron algunos diputados para advertirle de los riesgos que le amenazaban, y les dijo con una tranquilidad que nadie podia tenerla mayor en una situacion normal: «Señores, siento en mí una voz interior que me dice que no moriré mientras la España no sea libre y feliz.»

La indiferencia con que Espartero se ocupaba del convenio, tan propia del carácter que acabamos de bosquejar, ponia á Maroto en un estado insufrible de inquietud y de fiebre. En su desesperada situacion Maroto no tuvo mas remedio que presentar proposiciones mas admisibles, y en efecto ya no presentó al duque como base que los principios absolutistas no sufriesen menoscabo, sino que admitia un simulacro de representacion nacional, exigiendo el enlace de Isabel II con el hijo de don Cárlos y la espulsion simultánea del pretendiente y de la madre de la reina. Tambien esta propuesta fué rechazada por Espartero, quien resolvió no admitir ninguna que tendiese á menoscabar en lo mas mínimo el sistema constitucional. Maroto desesperado, viendo la infructuosidad de sus tentativas, procuró captarse de nuevo la voluntad de D. Cárlos y disipar los rumores de transaccion que eran ya muy generales. Al efecto en 23 de julio desde el

cuartel general de Orozco echó á volar la siguiente proclama:

«Voluntarios: Se acerca un dia de combate en que haremos ver al mundo entero que los defensores de la legitimidad jamas cederán el triunfo á los usurpadores; y si el abandono voluntario que hemos hecho de algunos puntos, que no me prestan las ventajas que debo buscar para pelear contra las fuerzas que tenemos al frente, les ha permitido formar la idea de que los tememos, cuando se muevan de las posiciones que ocupan, si no retroceden hallarán su escarmiento con la muerte que vuestros brazos no deben escasear en recompensa de la vil conducta que observan, talando y quemando los campos y hogares que os pertenecen.

«La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales como todos vosotros habeis visto, es la mas bárbara, la mas atroz que puede imaginarse. En Navarra por la parte de la Solana, y en Alava por la de Vitoria, sobre Guevara y pueblos inmediatos, todo lo queman y arrasan: nada se reserva á su rapiña; y al rebelde Espartero le mirais destruir en Amurrio, Orduña y Arciniega todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y barbarie.

«En vano los malvados intrigantes propalan voces de transaccion, que no puede haberla jamas entre dos partidos tan opuestos en principios.—Sea nuestra constante divisa el Rey y la Religion: es necesario triunfar ó morir con las armas en la mano.»

Leon y Zurbano, siguiendo las instrucciones de Espartero, habian incendiado las mieses de las llanuras de Alava y Navarra, y á esta medida alude Maroto en su proclama, en que tan furioso se manifiesta contra la conducta del general en gefe del ejército de la reina. Creyó con su afectado furor ahogar las voces de connivencia que tan odioso le hacian á los ojos de los apostólicos, sin renunciar por esto á sus planes de transaccion. La tala misma de las mieses le sirvió de pretesto para provocar una conferencia con John Hay, la cual tenia por objeto ocuparse del convenio, si bien hizo ver á los cortesanos de Oñate que la deseaba con el único fin de quejarse de la conducta de los constitucionales, quienes talando los campos infringian el tratado de Elliot, de cuyo cumplimiento habia salido garante la Inglaterra. En esta entrevista con el diplomático ingles, Maroto no ocultó sus deseos de poner término á la guerra civil. Lord John Hay, despues de examinar las bases que le presentaba Maroto, le hizo ver que Espartero no las aceptaria, y le entregó las siguientes, que idénticas á las del gobierno de la reina eran favorables á los constitucionales, lo que prueba el empeño que tenia la Inglaterra en sostener en España el sistema constitucional:

«1.ª La cesacion de toda ulterior hostilidad de parte de D. Cárlos contra la reina, y por consiguiente su salida del territorio español, bajo la

condicion de que recibirá de la nacion española una pension proporcionada á su nacimiento y clase como príncipe de la casa real de España.

«2.ª El reconocimiento de sus empleos y sueldos á los generales y oficiales de las tropas carlistas, y un olvido completo de todo lo pasado por lo relativo á delitos políticos.

«3.ª Las provincias Vascongadas reconocerán la soberanía de la reina Isabel, la regencia de la reina madre y la Constitucion de 1837, conservándose de este modo la integridad del territorio español.

«4.ª Se conservarán los fueros é instituciones locales de las provincias Vascongadas, en cuanto dichos fueros é instituciones sean compatibles con el sistema de gobierno representativo adoptado en toda España y con la unidad de la monarquía española.»

Sin mas arbitrio que la paz para ponerse á cubierto del furor de los apostólicos y sin esperanza alguna de obtenerla, Maroto trató de ganar tiempo con objeto de preparar á una transaccion ominosa los ánimos de su gente, y al efecto, poniendo en juego la influencia del mismo lord John Hay, pidió á Espartero un armisticio. Esta demanda obtuvo una negativa terminante, y á los pocos dias para mayor conflicto de Maroto tuvo lugar la accion de Arlaban tan gloriosa para los constitucionales. Entonces las sospechas de traicion tomaron consisten-

cia en el campo de D. Cárlos, quien desprendiéndose de la hipocresía con que halagaba á Maroto, escitó abiertamente á la insurreccion á los desterrados. Algunas compañías, que colocaron á su cabeza al canónigo Echevarría, se insurreccionaron á los gritos de viva el rey, muera Maroto, mueran los traidores.

Tanto miedo tenia D. Cárlos á Maroto, que mientras iba fomentando subterráneamente la insurreccion, lanzaba en público contra los insurreccionados su reprobacion oficial. En vano Echevarría le suplicó que se colocase á la cabeza de las tropas sublevadas; no mas valiente en agosto que en febrero, el menguado príncipe desoyó los ruegos del canónigo.

Maroto temiendo que la insurreccion tomase incremento, procuró aislarla, y consiguió en efecto que no adquiriese desarrollo en el interior del pais por medio de la vigilancia y de la amenaza. De la persuasion no sacó ningun partido, á pesar de que envió á Vera, donde estalló la insurreccion, al padre Guillermo, cuyos hábitos eclesiásticos le daban entre los fanáticos sublevados un ascendiente sobrehumano. Convencido de que la raiz del pronunciamiento estaba en palacio, se valió de Montenegro para arrancar de D. Cárlos una circular y una proclama, las cuales se publicaron al mismo tiempo que una alocucion de Echevarría, que llevaba tambien la autorizacion de D. Cárlos. No puede darse

una conducta mas miserable y mas ignominiosa. Acerca de este particular decimos en el *Panorama*: «A ser considerado D. Cárlos como hombre de sentido comun, se hubiera dicho que jugaba con todos cuando todos jugaban con él.»

No por esto Maroto estaba tranquilo. A pesar de la circular y proclama de D. Cárlos, vió que los insurreccionados, si bien no hacian progresos tampoco desistian de su empeño, y para matar la insurreccion trató de conseguirlo deshaciéndose de Echevarria. Ya sabemos que Maroto caminaba derecho á su fin sin fijarse en la odiosidad de los medios. Para apoderarse del canónigo le escribió la siguiente carta:

«Sr. D. Juan Echevarría: Muy Sr. mio: mucho me sorprende que sea V. quien dé el golpe mortal á la causa del rey con la sublevacion del 5.° de Navarra y demas. Reflexione, arrepiéntase y desista de tan temerario empeño, en la firme inteligencia de que jamas se hallarán en mí otros principios que los de rey, religion y en particular el bienestar de estas provincias como espero probar algun dia. Si le fuese á V. posible, seria conveniente que nos viésemos para conferenciar juntos. El enemigo invade el pais con fuerzas numerosas; si no hay union será imposible resistirle, y V. y los que le acompañan serán los únicos culpables de las desgracias que nos sucedan por no hacer caso de esta noble y franca invitacion.

«Soy de V. afectísimo y seguro servidor, etc.—*Rafael Maroto.*—Elorrio 23 de agosto de 1839.»

Esta vez se equivocó. Buen pájaro era Echevarría para caer en una red tan traidora. Era navarro, es decir que era imposible hacerle desistir de su tema; era eclesiástico, es decir que era constante en sus odios é implacable en sus venganzas; era astuto y desconfiado, es decir que no era posible engañarle. Dejándose arrastrar por la impresion del momento, dió á Maroto la siguiente contestacion:

«Señor D. Rafael Maroto: Quien dá el golpe mortal á la causa del rey, á la religion y á las provincias es V.; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras. Hablen por nosotros los sucesos, ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿Quién obligó al rey con un puñal á la garganta á firmar el contra-decreto? ¿Quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿Quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?

«Jamas me uniré con asesinos y traidores como V. Con menos tropas y recursos hemos podido contrarestar al enemigo é impedirle que invada el pais; ahora ha atravesado, como en triunfo, parages en donde hasta el último debiera haber perecido. Pero ¿qué estraño es esto siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que está V. vendido á Espartero?

«Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de *¡viva el Rey!* y *¡muera Maroto!* no: este egemplo será seguido por todos los verdaderos realistas y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán asi.

«Me admira que un impío se atreva á hablar de religion, cuando todos los actos de su conducta prueban que V. es su mayor enemigo.

«Pero yo, mis mayores amigos, y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al rey y la religion, y no consentir nunca una humillante transaccion con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.—Es de V. servidor, etc.—*Juan de Echevarría.*—Santisteban 26 de agosto de 1839.»

Espartero seguia sacando no poco partido de las disidencias de los carlistas. Hallándose en Urbina, se le presentó para parlamentar el brigadier carlista D. José Martinez, quien solicitó del duque tres dias de tregua y una audiencia en que se presentasen definitivamente las condiciones del convenio. Espartero no tuvo inconveniente en conceder el armisticio, pero con respecto á las bases de transaccion no se sintió dispuesto á alterar en lo mas mínimo las que tenia presentadas. Al dia siguiente, que era el 18 de agosto, Martinez pasó

de nuevo al cuartel general de Espartero, diciéndole que Maroto admitia lo esencial de las proposiciones, que era el reconocimiento de la reina constitucional.

El mismo dia pasó Maroto de Salinas á Mondragon, con objeto de trasladarse á Villareal de Zumárraga. Al salir de Vergara el cónsul frances procedente de Bilbao le salió al encuentro para conferenciar con él. Maroto, como de costumbre, le pidió que interpusiese su influjo para que Espartero fuese menos exigente; pero Espartero se habia propuesto no sacrificar á la paz las instituciones ni la unidad constitucional, y todos los conatos de la diplomacia eran impotentes para hacerle desistir de su propósito.

Cerca estaba Maroto de Villareal cuando vió caminar hácia él una compañia que era la guardia de honor de D. Cárlos. La aproximacion de este era indudable, y esta marcha improvisada de su rey hizo formar al general transaccionista las mas siniestras conjeturas. Ambos entraron á la vez en Villareal: D. Cárlos pasó de largo; Maroto le acompañó hasta la cuesta de Descarga, donde viéndose harto separado de su ejército empezó á concebir sospechas de que se trataba de cometer con él un atentado. Se despidió del Pretendiente cuando á este le halagaba la idea de cebar sus iras impunemente en el general transaccionista. Las palabras melosas y afables miradas de D. Cárlos le revelaron la red trai-

dora que se le tendia á consecuencia del mismo afan con que se la querian ocultar. *Sígueme á Anzuola*, le dijo D. Cárlos, *tenemos que hablar.*—*Señor*, respondió Maroto, *los cuerpos están formados y aguardan mis órdenes*, y volviendo el caballo se fué á incorporar á todo escape á su tropa, mientras don Cárlos, que veia escapársele la presa que tenia tan cerca de las uñas, se desgañitaba gritando: *Mira que en Anzuola te aguardo.*

Maroto miraba con horror el abismo sobre el cual se hallaba suspendido y á cuyo fondo le arrastraba el poder de unas circunstancias superior al suyo. Poco á poco su salud se fué deteriorando; alteróse su juicio, y hasta sintió trastornarse su moral. Una grave calentura le sepultó en el lecho del dolor, y fué caducando en pocos dias hasta quedar como decrépito. Las espantosas peripecias de su borrascosa vida le volvieron casi tan imbécil como al mismo D. Cárlos. No sabia qué hacer, ni qué pensar, estaba loco; se levantó, se quitó el vigote, concibió en un instante mil ideas contrarias; ya se le ocurrió pasar á Lesaca y hacer un escarmiento en sus enemigos, ya pensó en renunciar el mando, y al cabo resolvió presentarse á D. Cárlos, como efectivamente lo hizo, con el objeto de sondear sus intenciones. Manifestó al ambulante rey sus deseos de dejar el mando, y D. Cárlos careció de valor hasta para admitirle la dimision. *¿Con que ahora me vas á abandonar?* le dijo en tono de súplica. Ma-

roto quedó como avergonzado; él y D. Cárlos se dieron mil satisfacciones, y en una ocasion en que las apariencias lo eran todo, quedó no poco satisfecho el general transaccionista del resultado de una entrevista que le permitia presentarse á los ojos de todos robustecido con la confianza de su rey.

A la sazon dirigió Espartero á las tropas constitucionales una arenga en que ponia de manifiesto los progresos de las armas de la libertad. Estos progresos servian de legítimo pretesto á los apostólicos para acriminar á Maroto y fomentar la insurreccion de Vera y Lesaca, de donde esperaban ver partir el sacudimiento que habia de acabar con los transaccionistas. En tan crítica situacion, Maroto para conjurar la tempestad quiso destruir las voces de avenencia que se generalizaban demasiado, y al efecto hizo una proclama en que atribuyó las ventajas de los constitucionales á la falta de recursos de los carlistas. «La transaccion seria una vergüenza, decia, una cobardía; no nos queda mas recurso que morir con las armas en la mano.» Esto dijo Maroto ocho dias antes del convenio, y lo dijo mientras el coronel carlista D. Roque Linares presentaba á Espartero una comunicacion del general Latorre en que le decia que los vizcainos querian paz y fueros.

Desde el cuartel general de Espartero pasó Linares al de Maroto, acompañado del brigadier del ejército constitucional D. Juan Zabala. Maroto se negó á toda transaccion que no asegu-

rase la integridad de los fueros, sin la cual sus deseos de convenio se habian de estrellar en la voluntad de su ejército, y solicitó por conducto de Zabala una conferencia con Espartero, la cual tuvo lugar en la venta de Abadiano el dia 25. Pero no creyendo llegada la ocasion de manifestar paladinamente sus conatos, procuró ya que no disimularlos desviar su responsabilidad, y al efecto hizo ver que en realidad habia planes de convenio, pero que estos procedian del gobierno constitucional y que de consiguiente la iniciativa no era suya. El tiempo no podia tardar en descubrir la verdad, pero mientras tanto le era lícito á Maroto conferenciar con Espartero sin dar mas consistencia á las sospechas de los apostólicos, á quienes trató de desorientar dirigiendo la siguiente comunicacion al encargado del despacho de la guerra:

«Estado mayor general.—En la noche del dia de ayer se me presentó un parlamentario del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes de parte del gobierno de Madrid:

«Reconocimiento del Sr. D. Cárlos Maria Isidro de Borbon, mi rey y señor, como infante de España; reconocimiento de los fueros provinciales en toda su estension; reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considerase acreedor á ello.

«Lo digo á V. S. para que poniéndolo en cono-

cimiento de S. M. se me prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstancias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos mas reservados, ruego se me permita dar al público esta mi comunicacion, advirtiendo á V. S. que en la tarde de este dia me he propuesto tener una conferencia con el gefe superior enemigo para pedirle mas amplias aclaraciones sobre el particular.

«Lo que comunico á V. S. para que lo haga saber á todos los pueblos y cuerpos de tropa de la comandancia general de su mando, á fin de que todos los que la componen tengan de ello noticia y para que sirva á todos de gobierno.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Elgueta 25 de agosto de 1839.—*Rafael Maroto.*»

En esta comunicacion hipócrita en que Maroto falta cinicamente á la verdad, el general transaccionista pide al parecer el consentimiento de la misma víctima para inmolarla. No pudiendo mantener secretos los pasos que ha dado junto á Espartero, él mismo los publica para prevenir las acriminaciones que se le hubieran dirigido si hubiese procurado ocultarlos. Por lo demas es falso que el gobierno de Madrid le hiciese las proposiciones que supone. Despues del oficio que hemos transcrito, creyéndose ya autorizado para seguir con libertad las negociaciones entabladas, no trató en manera

alguna de ocultarlas, y acompañado del general Urbiztondo, á las seis de la mañana del dia 25 salió al encuentro de Espartero, quien con su secretario Linaje y con el comisionado del gobierno ingles el coronel Wilde se dirigió á la ermita de San Antolin de Abadiano, donde se celebró la conferencia, que dió lugar á acalorados debates. Espartero nada quiso resolver acerca de la cuestion de los fueros, diciendo que las córtes eran las únicas autorizadas para dilucidar esta grave cuestion, y su obstinada constancia dejaba á Maroto en la mas falsa de las posiciones. Este general en su comunicacion dijo á su gobierno que el de Madrid en las bases de transaccion que le presentaba reconocia los fueros, y la negativa de Espartero hacia resaltar la falsedad de las palabras que aventuró. Habia alucinado á los suyos con el otorgamiento de las franquicias provincianas, por lo que Urbiztondo le reconvino agriamente por las esperanzas que habia hecho concebir á su ejército, despues que oyó las terminantes palabras de Espartero, quien aseguró que ni habia propuesto ni podido proponer las bases de convenio que Maroto le imputaba. Este desgraciado se hallaba en el caso de no poder transigir cuando no tenia mas remedio que transigir.

Los estériles resultados de la conferencia de Abadiano irritaron altamente á Latorre, quien desde mucho tiempo estaba disgustado de la veleidad de Maroto. De *motu propio* se presentó á Espartero

en Durango para manifestarle que su division, compuesta de ocho batallones, estaba dispuesta á aceptar las bases que Maroto consideraba inadmisibles. Latorre desde entonces fué entre los carlistas el que dió al convenio el mayor impulso. Siendo uno de los mas bravos y leales defensores de D. Cárlos, á cuyas filas pasó sin embargo no á impulso de sus convicciones sino de un grande resentimiento, debió al hermano de Fernando VII una larga prision por recompensa de sus servicios, y Latorre, tan implacable en sus odios como constante en su cariño, era hombre que sabia vengarse. A mas de que los principios absolutistas no eran los suyos, y asi lo manifestaba en el mismo campo carlista, ridiculizando con mucha gracia á D. Cárlos y á sus fanáticos consejeros que tanto se prestaban al ridículo. La causa de D. Cárlos, repetimos, no era la suya, asi como la de Isabel no era la de muchos que la defendieron. En prueba de que no es aventurada esta asercion, basta decir que cuando murió Fernando VII y antes de que la cuestion dinástica fuese trasladada al terreno de la fuerza por el intrépido Zumalacárregui, diariamente habia duelos entre los oficiales de la guardia real debidos á la diversidad de sus opiniones políticas. El primer desafio que hubo fué entre Latorre, que tanto figuró despues entre los carlistas, y Fernandez de Córdoba, gobernador de Madrid durante la dictadura de Narvaez. El primero se batia como

liberal é isabelino contra Fernandez de Córdoba que blasonaba de absolutista y de carlista. El mismo Latorre por la misma razon desafió á D. Manuel de la Concha, quien no dando entonces ninguna de las pruebas de valor que le han acreditado despues en el campo de batalla, sufrió que su adversario le ultrajase en medio de dos guardias, mandando Latorre la entrante y Concha la saliente. Conocidos estos antecedentes relativos al modo de pensar de algunas de las personas que mas han figurado en los dos partidos, ni debe admirarnos la defeccion que dió el golpe mortal á la causa absolutista, ni el mezquino fruto que han sacado de su victoria los verdaderos partidarios de la causa constitucional.

Despues de la conferencia de Abadiano, en que tan inaccesible encontraron á Espartero Maroto y Urbiztondo, Iturbe entrando en Elorrio dijo á sus soldados: «*Fuego á los de Espartero ya que no quieren concedernos los fueros,*» y estas palabras merecieron la aprobacion de Maroto, lo que prueba que tampoco este habia desistido de su tema.

Permítasenos ahora copiarnos de nuevo á nosotros mismos, entresacando del *Panorama* lo que allí hemos dicho relativamente á la famosa revista de Elgueta, que es la que mas en evidencia pone el carácter de las personas y la posicion relativa de los carlistas que principalmente figuraron en pro y en contra del convenio:

En el mismo dia, que era el 25 de agosto, en que Iturbe dirigió á sus tropas las notables palabras que acabamos de transcribir, D. Cárlos las revistó en Elgueta, y entonces fué cuando sufrió el mayor de los desengaños, y cuando se manifestaron esplícitamente los deseos de los transaccionistas. Para D. Cárlos los momentos eran críticos; la comunicacion de Maroto le hizo ver con todos sus horrores la gravedad de su situacion, y puede decirse que desafió la tempestad para conjurarla. Sus consejeros reunidos le encarecieron unánimemente la necesidad de presentarse al ejército bajo el pretesto de revistarle, aprovechando esta ocasion para arengar á los soldados y quedarse á su frente de segundo generalísimo, es decir, de segundo de la Vírgen de los Dolores. En el caso de no ponerse él mismo á la cabeza de las tropas, debió nombrar otro de su confianza que reemplazase en el mando al general Maroto, cuya destitucion, si hubiera llegado á verificarse, le hubiera sin duda costado la cabeza. Este proyecto no dejaba de ser ingenioso y bien meditado, pero por una parte era tardío, y por otra exigia de D. Cárlos el desempeño de un papel enérgico muy superior á sus escasas facultades. A estar el Pretendiente dotado de mas capacidad y presencia de ánimo, su palabra hubiera egercido un mágico poder en los que llamaba sus vasallos, hubiera reedificado entre las tropas su desmoronado prestigio, y hubiera hecho desistir de su

propósito á muchos de los gefes que por distintas causas se acogieron á la bandera marotista. Conseguido esto, poder sobrado hubiera tenido para castigar egemplarmente á los obstinados que no abandonasen los planes de avenencia con los constitucionales.

«Pero veamos de qué modo desempeñó su papel. El acto le pareció solemne, el mas solemne de su vida, por lo que juzgó necesario acompañarlo de todo el aparato y accesorios que debian contribuir á volverlo magestuoso. Dirigióse á Elgueta, donde se hallaba Maroto con catorce batallones, desplegando toda la pompa de un monarca, adornado con las insignias de tal y vestido de grande uniforme. Era un verdadero rey de comedia, una parodia de soberano bastante bien hecha, aunque tenia algo de exageracion y caricatura. Su comitiva correspondia á su trage, y el todo no carecia de perspectiva; era de mucho efecto y ofrecia un golpe de vista teatral. Acompañábanle, á mas de una crecida escolta de guardias de corps, los personages mas distinguidos de su corte, su hijo mayor, el infante D. Sebastian, los generales Villareal, Eguia y Valdespino, y el general conde de Negri. De este modo se presentó á las tropas de Maroto, quien pálido y temblando creyó que habia llegado la hora de la espiacion. Adivinó el objeto que de improviso habia conducido allí á su rey, y quedó sobrecogido de terror. D. Cárlos mandó formar su tropa, y

afortunadamente para el general transaccionista, causó en esta una mala impresion el lujo asiático del monarca, que contrastaba singularmente con las alpargatas destrozadas de los soldados y las zamarras de los haraposos oficiales, símbolo de la miseria general. En casos como este la primera impresion es de grande trascendencia, y la que produjo D. Cárlos fué muy desagradable. Sin embargo podia haberla destruido si su dignidad hubiera sido la de un rey como su trage, si su energía hubiera correspondido á las circunstancias que le rodeaban, y si un Cesar ó un Napoleon le hubieran prestado alguno de aquellos rasgos de su elocuencia militar improvisados en el acto por la fuerza misma del acto. Visto el mal efecto que producia su lujo, ya que no supo de antemano adivinarlo, debia haberse desprendido de sus vestidos de oro, tirarlos como cosa de que nada le importaba prescindir, y hacerlos girones bajo las herraduras de su caballo. Debia haber hecho algo que revelase sus deseos de participar de las penalidades que afligian á los defensores de su causa.

«El ejército formado guardaba un silencio imponente y sepulcral, que duró mucho tiempo, sin que D. Cárlos se atreviese á romperlo. Necesitaba entonces una voz de trueno, una elocuencia arrolladora como un torrente, y callaba, y permanecia inmóvil como si se hubiese dormido sentado en la magnífica silla de su arrogante caballo. Los pa-

laciegos que le acompañaban esperimentaban por él un sentimiento de vergüenza; la pusilanimidad del príncipe les hacia sufrir una desazon que se pintaba en sus semblantes sonrojados, y resolvieron por fin acercársele, le escitaron para que hablase, y hasta alguno se constituyó su apuntador y le dictó al oido las primeras palabras de la perorata. Entonces D. Cárlos indicó á los voluntarios que queria hablar: todos se dispusieron á escucharle, y él no encontró palabras en mucho tiempo. Ninguna actitud le parecia propia; levantó los ojos al cielo como pidiéndole una inspiracion, y despues de esto y de haberse compuesto el vestido y de haber jugado largo rato automáticamente con las bridas de su brioso caballo, dijo... pero nadie sabe lo que dijo, ni él mismo ni los que mas cerca de él estaban. Habló con una voz moribunda como su causa, y de su entrecortado discurso, recitado con énfasis ridículo, por fortuna de la elocuencia y de la gramática solo han quedado algunas frases incoherentes de las que se desprende que habló de Anibal y de Cesar, de los cántabros y de los romanos. Por fin concluida la arenga con no poca satisfaccion de sus partidarios, á quienes hizo sufrir mortales ansias, ensanchó su pecho todo lo posible, cargó sus pulmones con todo el aire que podian contener, y dijo desgañitándose:—¿Hijos mios, me reconoceis por vuestro rey?—Sí, contestaron algunos, y le vitorearon en seguida.—¿Estais dispuestos, prosiguió,

á seguirme á todas partes hasta derramar la última gota de sangre en favor de mi causa y de la religion? —Nadie contestó.—¡Viva el rey! esclamó Eguía desesperado. Unas cuantas voces respondieron ¡viva! y estas cuantas voces quedaron ahogadas por el grito universal de todos los batallones que prorumpieron en vítores á la paz y á Maroto. Tanta humillacion era ya demasiado. Tomó D. Cárlos consejo de su amor propio ofendido, y dijo: Voluntarios, donde está vuestro rey no hay ningun general.—Responded, os repito, ¿quereis seguirme? Todos callaron. ¿Con que nadie me oye? esclamó el príncipe con amargura, y entonces Iturbe, el mismo que pocos momentos antes habia dicho *fuego contra los constitucionales ya que no quieren concedernos los fueros,* para disculpar á los guipuzcoanos, de que era gefe, y que eran los que mas próximos se hallaban á D. Cárlos, dijo á este sagazmente: «Señor, no entienden el castellano.»—Pues diselo tú en vascuence, le contestó el imbécil príncipe, y con esto puso á disposicion de Iturbe, que era uno de los mas acérrimos transaccionistas, los medios mas oportunos para conseguir su objeto. Iturbe, en lugar de dirigir á los guipuzcoanos la pregunta que les hizo D. Cárlos, les dijo:—*¿Paquia naidezute, mutillac?* ¿quereis la paz muchachos? *Bai jouma.* Si señor, respondieron todos. Aunque D. Cárlos no comprendia el vascuence, leyó muy pronto en los aterrados semblantes de algunos de sus partidarios

que lo comprendian la estratagema atroz de que era juguete y víctima, y aunque esto para él era no mas que una sospecha, le confirmó en ella la súbita animacion de Maroto, quien desde que oyó la respuesta de los soldados, salió del estado de estupor en que le habia hundido la improvisada y repentina llegada de D. Cárlos; desde aquel momento dejó de ser simple y mudo espectador de aquel drama que temia tuviese para él un desenlace trágico, y empezó á hacer señas á los comandantes que le fueron correspondidas. Sintióse D. Cárlos sobrecogido de un pánico terror, y temiendo que la víctima designada por él á los apostólicos se convirtiera en su verdugo, se volvió hácia su escolta y dijo temblando: *¡Nos han vendido!* Sin mas palabra salió de allí galopando y no se detuvo hasta Villafranca, donde llegó á las once de la noche con su hijo, el infante D. Sebastian y los cuatro generales que formaban su comitiva, únicos que no le abandonaron en su vergonzosa fuga.

«Los resultados de la revista de Elgueta fueron diametralmente opuestos á los que de ella esperaban D. Cárlos y sus consejeros. Bien es verdad que si el plan de estos se hubiese ejecutado tan bien como fué concebido, si hubiese tenido D. Cárlos mas resolucion y despejo, los partidarios que tenia en las filas marotistas no hubieran podido reprimir su entusiasmo, y aunque no hubiese escitado el de los demas hubieran tal vez subyugado su voluntad. A no ser

tanta la imbecilidad de D. Cárlos, Maroto hubiera sido fusilado, y esta sola catástrofe podia dar á los acontecimientos un rumbo muy diferente. El general transaccionista estaba harto amilanado para atreverse á contrarestar á D. Cárlos, si la voz de este hubiese hallado en el ejército buena acogida. El mismo Maroto manifestó á Urbiztondo el terror de que se hallaba poseido, y le dijo que á la primera palabra que D. Cárlos profiriese contra su persona buscaria un asilo en el cuartel general de Espartero. Afortunadamente para él, la derrota moral del Pretendiente fué en aquel dia completa. Nadie obedecia ya las órdenes del imbécil tio de Isabel II, y Maroto las despreciaba enteramente; y asi es que á pesar de haber nombrado para reemplazarle al conde de Negri, y haber hecho circular las órdenes convenientes para que reconociese el ejército su nuevo gefe del estado mayor general, el general transaccionista, en lugar de abandonar su puesto, mandó prender al mismo conde que debia ocuparlo, y despues de una larga conferencia le devolvió la libertad y le permitió unirse de nuevo al Pretendiente.

«Los ministros Ramirez de la Piscina y Montenegro, Erro y Otal, el padre Cirilo, el baron de Juras Reales y el marques de Valdespino en un consejo que se celebró al llegar D. Cárlos á Villafranca, pensaron unánimemente que en el terrible trance en que el príncipe se encontraba, debia apresura-

damente buscar en Francia un asilo. No quiso don Cárlos sujetarse desde luego á esta resolucion creyendo que su causa no estaba tan perdida como sus consejeros suponian, y cifró todas sus esperanzas en Aragon, donde deseaba pasar para unirse á Cabrera. Elio, siempre voluble, siempre inconsecuente, tan pronto amigo de Maroto como instrumento de los apostólicos, contando no mas que con ocho batallones se ofreció á acompañar á Aragon á don Cárlos, quien para tratar acerca de este negocio hizo celebrar un segundo consejo que él mismo presidió. A mas de los personages que compusieron el consejo anterior, asistieron á este los generales Eguia, Villareal y Elio, y el ministro de Hacienda. Las opiniones fueron muy divergentes, y muy acalorados los debates; y por último los deseos de don Cárlos de pasar á Aragon quedaron frustrados, porque en el sentir de la mayor parte de los que componian el consejo, los navarros y alaveses no consentirian salir de su pais para hacer la guerra en el centro. Elio fué de esta opinion, que prevaleció en la asamblea, á pesar de deberse á él la idea contraria que determinó la convocacion de la junta. Pero ni los resultados de la fatal revista de Elgueta, ni la resolucion del consejo que ponia en evidencia la crítica y desesperada situacion de D. Cárlos, fueron suficientes para ahogar las esperanzas de este menguado, quien creyó poder todavia reanimar el espíritu realista, levantar del polvo su caida causa,

y despues de haberse manchado tanto con el lodo de la ignominia, poder presentarse á los españoles radiante con el brillo de la magestad.»

No esperaba Maroto que fuese tan feliz el desenlace de aquella revista, y sin embargo estaba poco satisfecho porque iba cundiendo el descontento en las filas de su ejército, el cual pedia que se conservasen unas franquicias que Espartero en manera alguna queria conceder. Encerrado en un círculo de compromisos insuperable, no le quedó otro recurso que cubrirse de nuevo enteramente con la máscara de lealtad que habia ya empezado á quitarse, para reconciliarse de nuevo con D. Cárlos. Con este objeto dirijió al ministro de la Guerra una comunicacion en que decia que convencido de la astucia y duplicidad de las proposiciones de Espartero, habia resuelto combatirle con las fuerzas de su mando. Los apostólicos atribuyeron este paso que dió Maroto á un plan que habia concebido de apoderarse de D. Cárlos y entregarlo á los constitucionales; pero nosotros creemos que su conducta se esplica por medio de los hechos sin recurrir á semejante conjetura.

No siéndole ya dado cohonestar su mala conducta con protestas de fidelidad por haberse puesto demasiado en descubierto, Maroto, en lugar de buscar inútiles escusas, con toda la humildad de un arrepentido escribió directamente á D. Cárlos una carta tan estremadamente servil, que no se conci-

be como la pudo firmar el hombre mismo que se dirigió á Estella diciendo con altanería: *Si V. M. no castiga á los generales y empleados que trabajan sediciosamente contra mi vida, me va á poner en el preciso caso de fusilarlos*, y que mas adelante dijo á Urbiztondo dirigiéndose al cuartel real: *Diga V. á D. Cárlos que marcho al cuartel real, dispuesto á castigar á cuantos criminales le rodean, y que aun cuando se metan debajo de la cama los he de fusilar.* Compárese este lenguage amenazador con el de la siguiente carta:

«Señor: Al ponerme á L. R. P. de V. M. como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré solo á decir á V. M. que nunca es mas grande un monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos. D. Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazon, para que se digne dirigirme las órdenes que fuesen de su soberano agrado. Dios guarde á V. M. dilatados años.—Elgueta 27 de agosto de 1839.—Señor.—A. L. R. P. de V. M.—*Rafael Maroto.*»

Ya hemos dicho que Maroto era un personage indefinible, de un tipo tan variable, que despues de haber pasado por delante de nosotros, no nos seria dado tomarle las filiaciones. ¡Cuán cínico á veces y á veces cuán humilde! ¡Cuántos rasgos sucesivos de arrojo y de pusilanimidad! Si se le juzgase nada mas que por los sucesos de Estella, ¿no se diria que es una de las figuras mas bárbaras pero

mas gigantescas que ha trazado la historia en el cuadro de nuestras disensiones civiles? Poco á poco esta figura fué perdiendo sus gigantescas dimensiones, y desapareció casi del todo debajo del lodo que se echó encima con la carta que hemos transcrito, la cual es la mas asquerosa palinodia, el acto de contricion mas bajo que ha podido arrancarse de los labios de un pecador que pide perdon de rodillas.

Para probar la sinceridad de su arrepentimiento, el dia mismo en que pidió perdon á D. Cárlos hizo alardes de querer hostilizar á Espartero, y con el grueso de sus fuerzas se dirigió á Azpeitia, donde dejó á Urbiztondo con los castellanos, y siguió su marcha hacia Azcoitia con objeto de tomar posiciones ventajosas. Acompañábale Latorre, quien al llegar á Elgoivar fué citado nuevamente por Espartero, y al partir para la cita recibió de Maroto la órden de rechazar toda avenencia mientras no cediese el general enemigo á las exigencias de la víspera.

Espartero, que hizo tambien movimiento, entró en Vergara con su estado mayor y la division de la Guardia, encontrando aclamaciones en lugar de resistencia en el corazon mismo del pais tantos años dominado por los carlistas. Antes de llegar á Vergara se negó á recibir al coronel Linares, emisario de Maroto, que deseaba verle, haciéndole saber que no admitia parlamentos hallándose en mar-

cha. Las negociaciones de consiguiente estaban rotas, y asi en una alocucion que dirigió á sus tropas lo manifestó Espartero en Vergara, de cuyo punto salió el dia siguiente, dejando en él considerables fuerzas. Tan bien recibido como en Vergara fué en Oñate, en la misma ciudad donde tuvo D. Cárlos establecida su corte. En todos los semblantes se veia pintado el regocijo, como si estuviesen iluminados por los primeros crepúsculos de la paz que se iba aproximando.

En el campamento de Maroto todo era muy diferente. El gefe carlista, ostigado por el espíritu belicoso que manifestaban sus tropas desde que se rompieron las negociaciones, desplegaba el aparato militar mas imponente y se dirigia á Descarga para tomar posicion en aquellas formidables alturas. Acompañábale Urbiztondo que salió de Azpeitia con este objeto. Entonces fué cuando el conde de Negri, hallándose Maroto en Villareal de Zumárraga, se presentó para tomar el mando en gefe del ejército y obligar á salir de España al general transaccionista. D. Cárlos, alucinado por las protestas de fidelidad que hizo Maroto el dia antes, creyó que seria ciegamente obedecido, y en lugar de esto el conde de Negri fué despedido bruscamente, y oyó de la boca de Latorre y del mismo Maroto que ellos para nada reconocian al que antes llamaban su rey, que no le querian obedecer, y que estaban dispuestos á rechazar la fuerza con la

fuerza si alguno se atrevia á emplearla contra ellos.

El conde de Negri dió cuenta á D. Cárlos de lo ocurrido, y su relato sembró la mayor consternacion en el cuartel real, que se hallaba á la sazon en Lecumberri. Sin acertar á dar un consejo á su rey, sus cortesanos tan atribulados como él le veian llorando como una muger la pérdida de una causa que no habia sabido defender como hombre. En tan desesperada situacion recurrió el menguado príncipe á una proclama, que es la panacea universal de nuestros tiempos, en que invocaba sus divinos derechos, y recordando á los pueblos su pasado valor, sus antiguas glorias y sus grandes sacrificios, les ofrecia para despues de la lucha recompensas que atestiguasen su gratitud. ¡Pobre don Cárlos! La guerra habia reducido á cenizas los corazones mas entusiastas, y no le quedaba al desgraciado príncipe mas consuelo que llorar, llorar como Boabdil cuando cayó Granada en poder de los cristianos, llorar, repetimos, como una muger la pérdida de una causa que no supo defender como hombre. Su causa estaba ya muerta.

La despedida del conde de Negri era el guante que echaba Maroto al rey y á los cortesanos. Ya por fin el tratado de paz con Espartero era el último escudo que tenia Maroto para librarse de las asechanzas de los apostólicos, por lo que envió un parlamentario al caudillo constitucional, pro-

poniendo entrar en negociaciones bajo las mismas bases presentadas en Abadiano. Accedió Espartero á esta peticion, y desde luego una comision compuesta de los generales Urbiztondo y Latorre, del brigadier Iturbe, el coronel Toledo y el auditor general Lafuente, encargándose de la redaccion del convenio, pasó á Oñate en la mañana del 29 y fué recibida por Espartero y su secretario, sin que interviniese en este asunto ni siquiera el representante de la Gran Bretaña, que hasta entonces habia asistido á todas las conferencias. Convenidas las partes contratantes en lo capital de la negociacion, los debates fueron cortos. Todas las condiciones fueron aceptadas sin repugnancia, y á las pocas horas llegó el convenio á manos de Maroto, quien lo leyó y lo firmó, pero sin querer dar conocimiento de él á su ejército sino despues de haber vencido ciertas repugnancias que se oponian á su admision.

Espartero señaló la mañana del 30 y el pueblo de Vergara para el acto de la reconciliacion de los dos ejércitos. En la madrugada del indicado dia Maroto salió de Villareal y se trasladó á Vergara con solo Latorre y parte de su estado mayor, lo que desazonó á Espartero, porque echaba de menos como era natural los 21 batallones y tres escuadrones carlistas incluidos en el convenio. Maroto, adivinando la causa de su descontento, le dijo, sin saber si era cierto, que los batallones se negaban á

cumplir lo estipulado hasta que reconociesen las córtes los fueros de las provincias, y que él, Latorre y los demas que le acompañaban habian acudido á la cita para acreditar su sinceridad y buena fe. En lugar de aplacar á Espartero, esta escusa le irritó, y amedrentado Maroto por la espresion de su cólera, se acercó al coronel Wilde que acompañaba al gefe del ejército constitucional, y le rogó que le protegiese pues desde aquel momento se acogia al pabellon ingles. « Esta humillante precaucion no viene al caso, dijo Espartero con el acento de la dignidad ofendida, para nada se necesita: V. y todos los españoles que como V. hayan reconocido las instituciones y los altos poderes del estado que de ellas emanan, están completamente seguros bajo el legítimo pabellon español, y bien acogidos por el gobierno constitucional de la reina, á quien yo represento aqui.»

El papel que estaba representando Maroto era tan ridículo, que avergonzado él mismo del estado de inercia á que le reducia su pusilanimidad en tan críticos momentos, si bien no se atrevió á separarse del cuartel general de Espartero, procuró dar alguna señal de vida y hacer algo para conseguir el objeto del convenio. Dirigió á Urbiztondo una comunicacion en que le decia que convocase á todos los cuerpos y gefes de brigada, y que les dijese que el que se conformase con el tratado, que se le remitió adjunto, y tuviese la fuerza necesaria para

llevarlo á debido efecto, lo manifestase bajo su firma en el mismo documento.

Latorre, mas denodado que Maroto, no pudiendo mirar con indiferencia la dilacion que esperimentaba la celebracion del convenio, pues temia que los trabajos de D. Cárlos acabasen de destruir las tendencias pacíficas de los soldados, partió inmediatamente al punto en que habia dejado la division vizcaina para obligarla á aceptar el tratado ó perecer en su arriesgada empresa. Su resolucion no fué infructuosa.

Como se deduce de su comunicacion, Maroto se hallaba ya como presentado en el cuartel general de Espartero, y no contaba todavia con el consentimiento de sus soldados para llevar á cabo el convenio, el cual fué firmado con no poca repugnancia por los gefes de la division de Urbiztondo. De nuevo le fué devuelto aquel documento seguido de las correspondientes firmas, y á las cuatro de la tarde dirigió al mismo Urbiztondo una segunda comunicacion, diciéndole que en virtud del convenio acordado dispusiese desde luego la marcha con los cuerpos que estuviesen conformes á celebrarle para la villa de Anzuola, dándole anticipadamente el oportuno aviso, y que hiciese entender tambien esta disposicion al brigadier Iturbe y al gefe principal de los batallones vizcainos, en caso de habérsele ya aproximado.

Tanto era el miedo de Maroto que no se atre-

vió á presentarse en persona en el punto citado en su comunicacion, pues solo se consideraba seguro á la sombra de Espartero. Asi es que la division de Urbiztondo fué recibida en Anzuola por uno de sus ayudantes, el cual verbalmente le comunicó la órden de acampar allí mismo hasta el dia siguiente en que Espartero debia revistarla.

Mientras tanto Urbiztondo tenia que desplegar toda su energia para vencer las repugnancias que se oponian á la celebracion del convenio. Los apostólicos, á pesar de la vigilancia de Maroto, lograron embeber en las filas de los transaccionistas emisarios y agentes que tuvieron bastante habilidad para sembrar en ellas los gérmenes de una reaccion favorable á D. Cárlos. Cuatro compañías puestas de observacion en Ormaiztegui para impedir las tentativas procedentes del cuartel real no solo se negaron á pasar á Anzuola, sino que tomaron posicion en las alturas de Descarga para hostilizar á los transaccionistas. Los batallones que mandaba Iturbe habian tomado una resolucion análoga, debida á los recelos que les inspiró la permanencia en Vergara, y al grito de traicion determinaron ponerse de nuevo á las órdenes de D. Cárlos. En tal conflicto Urbiztondo, despues de encargar á los brigadieres Cabañas, Fulgosio y Cuevillas que interceptasen toda comunicacion con las fuerzas procedentes de Descarga, pasó á Vergara para dar cuenta de lo ocurrido á Espartero y á Maroto, en quienes

causó su relato la mas desagradable impresion.

Al regresar á su campamento supo por Cabañas que un escuadron guipuzcoano tuvo órdenes de Iturbe para incorporársele y abandonar á Maroto, y poco despues Eguia, ayudante y pariente suyo, le dijo que la division castellana seguia el impulso de los guipuzcoanos. Con la rapidez de un rayo se dirigió hácia la columna, y cuando la alcanzó, parte de ella habia ya ganado la cuesta. Despreciando todos los riesgos, se colocó al frente de la division y dió la voz de alto que fué desde luego obedecida. A pesar de todo, considerando allí necesaria la presencia de Maroto le envió un coronel y un capitan para que se lo manifestasen, pero no por esto abandonó Maroto la sombra de Espartero. Entonces Urbiztondo dirigió á sus soldados una arenga que fué bien recibida, y aprovechándose de esta buena disposicion de las tropas las mandó contramarchar. «Le obedecieron, decimos en el *Panorama*, y se encaminaron inmediatamente á Vergara ordenadas y silenciosas. Era el 31 de agosto, dia el mas memorable en los anales de la historia nacional. A las ocho de la mañana el general Urbiztondo á la cabeza de seis batallones, tres escuadrones y dos piezas de artilleria desfilaba por delante de las tropas constitucionales que habia en Vergara á las órdenes del brigadier Labastida, segundo gefe del estado mayor general del duque de la Victoria. Ambos ejércitos se hicieron los honores de ordenanza,

y era una escena magnífica la que ofrecian aquellos valientes, los unos con boinas, los otros con morriones, veteranos todos, todos curtidos en las batallas, mirándose mutuamente con inesplicable asombro. Los de las boinas al desfilar se preguntaban unos á otros por Espartero, todos buscaban con avidez al esclarecido guerrero, en cuya espada tantas veces se habian estrellado sus impetus belicosos. Espartero llegó; todas las miradas se concentraron en él, todos los ojos al parecer se disputaban sus facciones. Seguiale una comitiva brillante, y llevaba á su izquierda al general Maroto, con el cual recorrió, montados ambos en arrogantes caballos, la interminable línea que formaban los dos ejércitos, saludándolos á todos con aquella sonrisa y afabilidad característica que endulzaban su espresiva y pronunciada fisonomía, sin usurpar jamas su marcialidad. Dió su frente á la division castellana, á cuyo general previno que mandára echar armas al hombro. Su ejército hizo lo mismo, y entonces el ilustre caudillo de la libertad improvisó una tierna arenga que conmovió todos los corazones, y cuando su palabra hubo egercido en todos una impresion mágica, se arrojó en brazos de Maroto, y con voz patética y los ojos arrasados de lágrimas: «abrazaos «todos, hijos mios, esclamó, como yo abrazo al «general de los que fueron contrarios nuestros.»

«Los soldados tambien lloraron. Es preciso renunciar á los deseos de describir aquella escena tan

bella como grande, tan tierna como magnífica, digna de que la trasladen á la mas remota posteridad los bardos de la patria. Nosotros, nuestros hijos, los nietos de nuestros hijos, no recorrerán jamas los campos de Vergara sin esperimentar un dulce sentimiento que les arranque una lágrima. Los campos de Vergara son desde aquel dia santos, y no hay quien no envidie la suerte del mas infeliz soldado que tomó parte en el grandioso drama de que ellos fueron teatro. *Abrazaos todos, hijos mios.* Apenas pronunció Espartero estas inmortales palabras, los dos ejércitos se lanzaron á la vez el uno hácia el otro, y todo desde luego fué una confusion, una mezcla de boinas y de morriones. Se salieron al encuentro para abrazarse los que tantas veces se habian salido al encuentro para destruirse. Pecho contra pecho se estrechaban los unos á los otros, y se besaban y enredaban las cruces polvorosas y gloriosas cintas que los veteranos habian adquirido combatiéndose. Muchos de ellos se reconocieron; muchos se reconocieron que habian militado juntos bajo una misma bandera en tiempo de Fernando VII, y entre ellos los habia gloriosos restos de aquella insurreccion nacional que abatió las águilas del imperio; mas de un amigo encontró á su amigo, mas de un hermano á su hermano, mas de un padre á su hijo. Viva la Constitucion, viva la paz, viva la reina, vivan los fueros, viva el duque de la Victoria; estas aclamaciones salian indistintamente

de la boca de unos y de otros, en tanto que las músicas de los regimientos poblaban los aires de armonía, y sus apacibles notas llevadas á lo lejos anunciaban la paz y se trasladaban al estremo del horizonte como un testimonio de aquel acto magestuoso.

«Dos veces se reprodujo la interesante escena que acabamos de bosquejar. Espartero estaba almorzando con los principales gefes de uno y otro ejército, cuando recibió la plausible noticia de que se acercaba Iturbe con los guipuzcoanos para seguir el ejemplo de la division castellana. Un grito de alegría que resonó en todo el campamento acogió á los bravos de Guipúzcoa. Tambien estos y los constitucionales se abrazaron con inefables muestras de placer. Espartero estrechó en sus brazos á Iturbe, quien contó al esclarecido caudillo las muchas dificultades que en Ormaiztegui habia tenido que vencer con objeto de esterilizar los trabajos de los emisarios apostólicos destacados del cuartel real para disuadir á un batallon de sus planes de convenio.

«A los guipuzcoanos siguieron los vizcainos, únicos que faltaban en los campos de Vergara para verse reunidas las fuerzas comprendidas en el tratado. Hemos visto en busca de ellos salir su general Latorre del cuartel general de Espartero. El gefe de los vizcainos en la mañana del 31 llegó á Elgoivar, en cuya casa consistorial reunió toda la pla-

na mayor y oficialidad de los cuerpos, y leyendo el convenio, hizo formar las tropas en seguida para conducirlas á Vergara. El cura de Ibarzabal intentó sublevar un batallon, de que era comandante, pero sus conatos se estrellaron en la indiferencia de sus soldados, y por último á la rapidez de su fuga debió la conservacion de su vida. Las tropas rompieron la marcha hácia Vergara, y habian llegado ya á la altura de Plasencia, cuando corriendo á todo escape y jadeando su caballo se presentó un tal Iturriza, brigadier, que venia de parte de don Cárlos para impedir que Latorre siguiese adelante su camino. Calificó Latorre de temeraria esta exigencia, y se enfureció de tal modo que su espada se hubiera manchado en la sangre del emisario, si este no hubiese huido por el puente con tanta precipitacion como habia venido. La division vizcaina entró en Vergara sin ningun otro incidente á las dos de la tarde, y se reprodujo el mismo interesante espectáculo que se debió á la presentacion de los guipuzcoanos y castellanos.

De este modo se ratificó solemnemente el dia 31 de agosto la célebre estipulacion acordada dos dias antes, la cual fué para los constitucionales una victoria completa, no siendo dado á los carlistas acceder á todas sus cláusulas sino estando profundamente convencidos de su impotencia para pedir el triunfo á la fuerza de las armas.

El mismo dia en que el convenio se ratificó, Ma-

roto, avergonzado sin duda de las pocas ventajas que de él reportaban sus partidarios, dirigió á sus tropas una alocucion que tendia á encubrir su vergonzosa conducta, alocucion que debia parecer muy cínica á D. Cárlos, porque en ella blasona de fiel el general transaccionista despues de haber cometido la mas grave defeccion; en ella revela todos los apuros en que se hallaba el ejército del Pretendiente, y en ella califica de incapaz de hacer la felicidad de la patria al mismo príncipe de quien algunos dias antes se titulaba servilmente vasallo. No es necesario decir que Maroto fué de nuevo declarado *traidor* por D. Cárlos, sujeto á todas las penas que las leyes señalan para el delito de traicion y puesto fuera de la ley.

ALGUNAS REFLEXIONES Y ANTECEDENTES RELATIVOS AL CONVENIO QUE PUEDEN SER ÚTILES PARA DAR Á CONOCER VARIAS PERSONAS Y COSAS.

El general contento con que en todos los ángulos de España fué recibida la noticia de lo acaecido en Vergara escede á toda exageracion. Pero Maroto no participaba de la comun alegria; se retiró, y medio se ocultó en Bilbao como avergonzado, pareciéndole las fiestas públicas un sarcasmo cruel, una terrible censura. Para disipar los cargos morales que

pesaban en su conciencia, creyó necesario añadir á los documentos publicados algunas nuevas esplicaciones que tienden á probar que la transaccion no fué obra suya sino del ejército y del pueblo ávidos de paz, y de cuyos pensamientos él se constituyó intérprete. A pesar de todos los documentos que cita al final de su manifiesto, no le es lícito cohonestar la odiosidad de los medios de que echó mano para conducirse á su fin, ni el ridículo papel que desempeñó durante el curso de las negociaciones.

No dudamos que en cierto modo le arrastró al convenio la fuerza de la voluntad general, pero si consultamos antecedentes, veremos que antes de haberse esta voluntad pronunciado á favor de la paz en el campo carlista, en la cabeza de Maroto habian sufrido un largo período de incubacion ciertas ideas que tarde ó temprano habian de conducir á un convenio entre los absolutistas y los constitucionales. Cuando tomó el mando del ejército carlista, todo lo encontró en una situacion desesperada. D. Cárlos estaba abandonado á consejeros sin genio y sin resolucion; no podian dar unidad á los principios los que constituian la administracion porque acaso no tenian principios; miserables autómatas, obraban siempre sin indagar las causas, sin calcular los efectos, sin lo que se llama pensamiento de gobierno. El partido estaba debilitado por grandes disensiones; la desconfianza cundia en las filas; los personages mas influyentes entre los vas-

congados sufrian vejaciones atroces, y de consiguiente aunque el triunfo de D. Cárlos no hubiera sido imposible por hallarse en pugna con los deseos de la generalidad sedienta de reformas, el gérmen de discordia que se habia desenvuelto entre los defensores del absolutismo lo hubiera imposibilitado. Ciertas ideas de ilustracion se habian abierto paso hasta por entre los mismos que defendian el absolutismo con las armas en la mano. No pocos, creyendo que era posible progresar todo lo necesario dentro de los límites de la soberanía real, deseaban que el trono absoluto se apoyase en las ideas dominantes de la época, y Maroto, haciéndose órgano de estos deseos, tuvo el valor suficiente para aconsejar á D. Cárlos que emprendiese una marcha civilizadora mas conforme con los pensamientos del siglo, lo que no era asequible sin la caida de los ineptos y fanáticos que medraban á la sombra del trono. Despues de lo que hemos dicho acerca del carácter de D. Cárlos, no es necesario que manifestemos el mal efecto que en su ánimo produjeron las insinuaciones de Maroto. El fanático príncipe creia que los tronos habian sido puestos en la tierra por la misma mano de Dios, y considerando como el mayor de los atentados hacer al pueblo partícipe de su *divina* autoridad, contestó que preferia no reinar á reinar sin ser absoluto.

Prescindiendo de unos cuantos aventureros que trafican con carne humana y para quienes la guer-

ra es una especulacion como otra cualquiera, de suerte que abrazan este ó aquel partido despues de haber examinado las probabilidades de triunfo que cada uno tiene, con absoluta abstraccion de todos los principios, la generalidad de los españoles defendieron á Cárlos ó á Isabel para defender un sistema. D. Cárlos y su familia eran los únicos que defendian á D. Cárlos por ser D. Cárlos, y la reina Cristina la única que defendia á Isabel por ser Isabel. La dinastía era el objeto para D. Cárlos y para la reina Cristina; para todos los demas que tomaron parte en la lucha la dinastía no era mas que el medio. Para estos el objeto eran las instituciones, y Cristina, dotada de mas talento que su cuñado, tuvo el suficiente para hacer ver que aspiraba al mismo fin que los defensores de su hija, y con el velo de la conveniencia pública supo cubrir sus intereses de familia. D. Cárlos, menos perspicaz, fanáticamente sometido á sus máximas de derecho divino, miraba con aversion á todos los que no le sostenian guiados esclusivamente por la obligacion de defender la soñada legitimidad de su dinastía. Sin grandes esfuerzos pudieron los apostólicos impedir que se desarraigasen de su espíritu estas ideas ingeridas en él por la educacion frailuna que recibió en la infancia, y declararon una guerra sin tregua á Maroto desde que tuvieron conocimiento de la metamórfosis que trataba de producir en el ánimo del príncipe. Maroto fué tenido desde luego en el cuartel

real por un revolucionario solapado; contra él se urdieron á la sombra del mismo D. Cárlos conspiraciones subterráneas; y Maroto para hacerse fuerte contra sus enemigos procuró captarse por medio del halago y de un plan de pacificacion que tenia concebido la voluntad y las simpatías de los gefes vascongados, y logró esplotar á favor suyo el descontento general. Si para conseguir su fin hubiera observado otra conducta mas enérgica y perseverante, y si los medios que empleó no hubiesen sido de tan mal género, tal vez la posteridad hubiera hallado en sus ideas un lado humanitario y le tendria por un hombre de genio al mismo tiempo que filantrópico.

La ambigüedad de la conducta que observó Maroto y las numerosas anomalías que en todo el curso de las negociaciones presentó su modo de proceder nos revelan su debilidad. Las inesperadas retractaciones que sucedian á cada resolucion que tomaba, las proclamas hostiles á que daba lugar cada una de sus conferencias amistosas, desorientaron á los agentes estrangeros que quisieron entrometerse en la cuestion para esplotarla en provecho de su nacion respectiva, y para bien de la causa constitucional abandonaron á Maroto á sí mismo retirándose de la escena. Desde luego las negociaciones tomaron un carácter puramente español, debiéndose en gran parte esta circunstancia al patriotismo de Espartero, quien desde el primer paso en el camino

de la transaccion derribó todas las esperanzas que acerca de este particular habia concebido la Inglaterra. Maroto, libre ya de estrañas influencias, obró sin ausiliares y sin determinado plan, asesorándose solamente con las circunstancias y dejándose arrastrar ciegamente por sus compromisos.

El tratado de Vergara no satisfizo la codicia de ninguna potencia estrangera. La Inglaterra esperaba de él alguna ventaja, y probablemente si se hubiese debido en todo ó en parte á su diplomacia, cuando menos hubiera obtenido por recompensa la libre introduccion de sus algodones y la independencia de Navarra y de las provincias Vascongadas, con lo que hubiera convertido en colonia suya aquel productivo pais; la Santa Alianza debió tambien ver con repugnancia una reconciliacion que en España heria de muerte al absolutismo; y la Francia, cuyos intereses son los mas afectados por la abolicion de los fueros de nuestras provincias septentrionales, se resintió indudablemente de la consumacion de una obra que uniendo bajo una ley comun el territorio vasco-navarro al resto de España, le prohibia en lo sucesivo proveerlo sin oposicion alguna de todos los artículos de comercio. No destruyéndose las franquicias de las provincias Vascongadas, las fronteras de Francia empiezan en las márgenes del Ebro, que es donde se hallan establecidas nuestras aduanas, y todo el territorio español comprendido entre estas y la Francia es lo mismo que

si fuese frances. Por esta razon la Francia durante la guerra adoptó una politica doble y tortuosa á que se debió en gran parte su prolongacion; sin la proteccion poderosa del gobierno frances no hubiera tomado la contienda el carácter crónico que tomó. En el pais que dominaba D. Cárlos, las circunstancias mismas de la guerra paralizaron la industria, estancaron el comercio, mataron la agricultura, y de consiguiente los provincianos, á pesar de su denuedo, hubieran tenido que ceder muy pronto si no hubiesen contado con ningun recurso esterior. Consultando de consiguiente el propio interes de las potencias estrangeras y haciéndonos cargo de sus respectivos conatos burlados por el convenio de Vergara, se ve evidentemente que ninguna influencia egercieron en aquel grande acontecimiento, y que de consiguiente su carácter fué puramente español. La relacion sucinta de los hechos nos dice que se debió á la constancia y destreza con que Espartero condujo á su fin los elementos de discordia que las causas que llevamos espuestas sembraron en el campo carlista.

«Es digno tambien de advertirse, decimos en la *Crónica contemporánea* á que tantas veces nos hemos referido, que el desenlace que las negociaciones de paz tuvieron en Vergara no solo escedió las esperanzas de los verdaderos liberales, sino que frustró las de algunos que aunque se daban el nombre de tales, deseaban ver en el tratado menosca-

badas las instituciones en mengua de los derechos del pueblo en ellas consignados. Nadie ha desmentido hasta ahora lo que acerca de este particular asevera un periódico absolutista, el cual atribuye á doña María Cristina y á los palaciegos que la rodeaban conatos de que el convenio de Vergara se realizase bajo condiciones muy distintas de las que admitió Maroto doblándose á las patrióticas exigencias de Espartero. Segun dicho periódico, la madre de Isabel, altamente irritada contra los sucesos de la Granja que la obligaron á jurar la Constitucion de 1812 y á nombrar un ministerio progresista, entregó una carta autógrafa al marques de Lagrúa, y le encargó que por medio de su madre y de su hermano el rey de Nápoles hiciese saber á D. Cárlos que ella estaba dispuesta á echarse en sus brazos con la sola condicion de que su hijo primogénito se casase con su hija, y que fuesen perdonadas las personas que por ella se habian comprometido, para lo cual ofreció dar una lista. El periódico que refiere esta intriga política hace notar lo que Florez nota tambien en su historia de Espartero haciéndose cargo de la misma intriga, y es que cuando ascendian á millones los que se habian comprometido á favor de Isabel II, y Cristina se empeñaba en incluir en una lista aquellos para quienes pedia gracia, debian de ser muchos los liberales no comprendidos en el indulto, y esto deja adivinar la triste suerte que hubiera cabido

al partido liberal si hubiesen tenido resultado las gestiones de la reina regente. El marques de Lagrúa, segun el mismo periódico, partió de Madrid, y al llegar á Nápoles, con la madre y el hermano de doña María Cristina combinó el plan de dirigir á D. Cárlos la proposicion de la madre de Isabel. Los personages encargados de llevar á cabo los proyectos de Cristina no podian escogerse mejor. El marques de Lagrúa en los tiempos de Fernando VII habia pertenecido á la embajada de Nápoles, y aunque despues de la muerte de aquel rey quedó al parecer esclusivamente encargado del archivo, era en realidad un agente secreto que ponia en contacto á la reina viuda con la corte de Nápoles. La madre y el hermano de doña María Cristina por el entrañable cariño que á esta profesaban deseaban el triunfo de su hija, y como deseaban tambien el del absolutismo, por precision habian de acoger benignamente una idea que conciliando los dos triunfos colmaba todos sus deseos. Dieron curso á las gestiones de doña María Cristina con una actividad estremada. El baron de Milanges tomó á su cargo presentar á D. Cárlos las proposiciones de la madre de Isabel II, y al efecto se presentó en el cuartel real guardando el mas riguroso incógnito y suponiendo llamarse M. Neuillet. Acompañóle en su mision Mr. Neyer, consul de Nápoles en Burdeos y agente de D. Cárlos. El baron era tambien un legitimista acérrimo, como

que era caballerizo del duque de Burdeos, y por esta sola circunstancia debia merecer de D. Cárlos una confianza completa. La apurada situacion en que el Pretendiente se hallaba le hizo acoger con muestras de grande satisfaccion las proposiciones de doña María Cristina, con las que sacaba de las azarosas circunstancias en que se veia colocado el mejor partido que le era dado prometerse. La espedicion que emprendió en aquella época avanzando hasta las tapias de Madrid es, segun algunos carlistas, el resultado de los planes de doña María Cristina, que afortunadamente se frustraron por una combinacion estraña de circunstancias imprevistas. Espartero, que sin duda entrevió las tendencias liberticidas de aquel proyecto, trató de hacer ver á la reina madre que para llevarlo á cabo no tenia necesidad de entrar en humillantes y peligrosas negociaciones con su cuñado, y doña María Cristina, persuadida de que Espartero seria suficiente para destruir la revolucion de la Granja, proscribió los medios que tenia concebidos para el desarrollo de sus planes de retroceso. De este modo consiguió el general en gefe alucinar á la viuda de Fernando y paralizar su accion. Cuando D. Cárlos llegó á las puertas de Madrid, Cristina habia variado de pensamiento. Dos veces el baron de Milanges pasó á conferenciar con ella desde el cuartel real de D. Cárlos, y dos veces le manifestó doña María Cristina que todo lo tratado quedaba destruido

con el nuevo rumbo que habian tomado los negocios. Con esto se llevó D. Cárlos un solemne chasco, y se vió precisado á huir de Castilla y á adoptar un plan enteramente nuevo. La conducta de Espartero fué solapada, y los liberales, que no pudieron comprender las causas ocultas que la habian dictado, la criticaron al parecer con razon; sin embargo, á ella se debió la destruccion de un plan que, aunque se hubiera indudablemente estrellado en las bayonetas del ejército constitucional y de la milicia ciudadana, habria costado torrentes de sangre.

«No sabemos si doña María Cristina abandonó despues las miras de retroceso que le atribuyó el periódico absolutista, pero en el caso de no haberlas abandonado todavía en la época del gabinete Perez de Castro, la política que este observó en lo relativo al convenio prueba evidentemente que no era cómplice en los planes de la reina madre. Como tenemos manifestado, el ministerio Perez de Castro estaba todo subordinado á la voluntad del general Alaix, quien, segun los periódicos enemigos de Espartero, fué impuesto por este al ministerio anterior que presidia el duque de Frias para que le encargase la secretaría de la Guerra. Alaix, hombre de carácter firme, de patriotismo puro y de honradez á toda prueba, era muy á propósito para desarrollar el sistema de reconciliacion que tenia Espartero concebido, pues nadie como él conocia los antecedentes y el estado de este negocio. Desde

el año 1838 en que desempeñaba el cargo de virey de Navarra habia establecido relaciones con los carlistas para preparar una avenencia, siguiendo las que habia empezado su antecesor el general Latre, quien le cedió el mando para encargarse del ministerio de la Guerra. Alaix siguió con tanta actividad las negociaciones desde el punto en que Latre las habia dejado, que al poco tiempo de hallarse en Navarra quedaban ya redactadas secretamente varias cláusulas del convenio que merecian la aprobacion de los gefes de ambos ejércitos. Sin las exigencias de los carlistas, que no consintieron que se ratificase el tratado sino bajo la garantía de alguna de las grandes potencias estrangeras, se hubiera celebrado desde luego.»

A pesar de la proteccion notoria que dispensaba la Francia á la causa de D. Cárlos en las provincias septentrionales, los carlistas que querian que el tratado se ratificase bajo la salvaguardia de alguna de las grandes potencias escluyeron la Francia espresamente, y presentaron como una condicion indispensable que no interviniese en el negocio el gobierno de las Tullerías, el cual se oponia á toda avenencia que no tuviese por base una transaccion del mismo D. Cárlos con la misma doña Isabel II. Esto prueba lo retrógrado de las influencias que la córte del Sena queria egercer en la Península, y la esclusion irritante que hicieron de ella los carlistas confirma lo que mas de una vez hemos dicho, que

jamas los absolutistas perdonarán á Luis Felipe la mancha democrática de su orígen.

Latre tuvo conocimiento por Alaix del obstáculo que entorpecia el curso de las negociaciones, y para allanarlo propuso en un consejo de ministros, á que asistió el embajador de Inglaterra lord Clarendon, que la Gran Bretaña garantizase el tratado, á lo que el gabinete de San James accedió sin repugnancia. No pudo el gobierno frances ver sin irritarse que para nada se contaba con él en un negocio del cual esperaba sacar grandes ventajas. Algunos atribuyen la revelacion á Luis Felipe del resultado de aquella conferencia que se celebró con el mayor sigilo á un poder secreto que egercia en todos los asuntos de nuestra patria una influencia subterránea; otros suponen que Luis Felipe adivinó el hecho guiado por su sagacidad natural, y que encontró la realidad en el mismo campo de las conjeturas. Dejemos á cada cual que examine la probabilidad que tiene en su favor cada una de estas hipótesis; es lo cierto que la susceptibilidad de Luis Felipe quedó herida por la reserva que con él se guardaba, y no pudo el monarca de julio disimular su resentimiento delante de nuestro embajador en Paris, el cual, como no estaba iniciado en el secreto, nada le pudo decir acerca del particular. Tomando Luis Felipe por afectada la ignorancia del embajador, se irritó mas y mas; y procuró para vengarse desbaratar las negociaciones que iban to-

mando un giro muy distinto del que él deseaba darlas. El medio que empleó fué de mal género. Dió cuenta á D. Cárlos de todo lo ocurrido, y como conocia el escaso talento del príncipe, le trazó el camino que debia seguir para evitar los escollos. Sin estas instrucciones no hubiera dado el Pretendiente en aquella ocasion las pruebas de destreza que dió y que tan poca consonancia guardaban con su imbecilidad reconocida. Colmó de honores y distinciones á los gefes navarros que estaban en relaciones de avenencia con los constitucionales, y de este modo logró atraérselos. ¿Quién no ve en esta política tortuosa y de amaño, tan agena de la capacidad de D. Cárlos, las inspiraciones del *rey republicano?* ¿Cómo era posible que asesorándose el menguado tio de Isabel II no mas que consigo mismo ó con sus áulicos consejeros, hubiese hecho otra cosa que complicar mas su situacion, desahogando sus resentimientos como un furioso? ¿Qué otra cosa mas podia ocurrírsele á una cabeza de tan estrechas dimensiones que atacar el mal directamente sin conocer que de este modo no haria mas que enconarlo?

D. Cárlos consiguió su objeto, ó por mejor decir el objeto de Luis Felipe. Pero Alaix, aunque contrariado por la diplomacia de las Tullerías, no desistió de su patriótico proyecto. Mas adelante, siendo ministro de la Guerra y gefe de hecho de la administracion á que Perez de Castro no hizo mas que dar

su nombre, dió un grande impulso á las negociaciones del convenio que se ratificó en Vergara, cuyas bases están en diametral oposicion con las miras de retroceso atribuidas á la reina madre por un periódico absolutista, de lo que se deduce, suponiendo ciertas estas miras, que en este asunto el ministerio y María Cristina no obraban de acuerdo. Cuán distinta hubiera sido la conducta de Alaix si se la hubiera trazado una influencia retrógrada. Nuestro representante en la corte de las Tullerías en 24 de mayo de 1839 le dió parte del resultado de una audiencia que de él habia solicitado un comisionado de Maroto que pasó á Paris con objeto de conocer el modo de pensar de la corte del Sena acerca de un tratado de paz garantido por las potencias signatarias de la cuádruple alianza, en el cual se obligase á D. Cárlos á abdicar sus derechos en su hijo primogénito. Precisamente no era otro el pensamiento atribuido á la reina madre, y para que se vea cuán diferente era el del gabinete, copiamos las instrucciones que dió este al embajador acerca del particular:

«1.ª Que reciba y siga cuantas comunicaciones quieran hacerle el coronel Madrazo y cualquier otro emisario carlista que se le acerque, usando siempre de la cautelosa reserva que la prudencia recomienda.

«2.ª Que no admita, ni considere admisible, ni posible, cualquiera proposicion que tienda á en-

trar en negociacion con D. Cárlos ni su familia, ya sea por medio de boda, ya de otro acomodamiento cualquiera.

«3.ª Que si le proponen defecciones de generales del Pretendiente, ó de gefes de cuerpos, batallones, etc., que quieran abandonar á D. Cárlos, ó pasarse al ejército leal con las fuerzas que manden exigiendo la conservacion de sus grados, honores, sueldos, etc., no tenga la menor dificultad en ofrecerlo, seguro de que el gobierno lo cumplirá, verificada que sea la defeccion en un plazo determinado de uno ó dos meses.

«4.ª Que si se exigiere por los proponentes una garantía, como sucedió ya el año pasado en una negociacion semejante, se puede proponer la garantía del gobierno ingles que fué propuesta y admitida entonces.»

No falta quien suponga que estas cláusulas estaban impuestas al ministerio por Alaix, que es como si dijésemos por Espartero, y lo fundan en que los miembros que constituian el gabinete afectaban un respeto á la Constitucion desmentido por la conducta posterior observada por ellos mismos y por todo el partido á que estaban afiliados. La congetura no carece de fundamento, sin que basten á destruirla las siguientes espresiones con que el ministro de Estado terminó su contestacion al embajador de España en la corte de las Tullerías:

«No parece necesario hacer comentarios ni que-

rer esplicar este acuerdo del gobierno mas de lo que su claro testo manifiesta de un modo tan esplicito, que no puede quedar duda sobre su objeto y estension. Solo indicaré que recibir comunicaciones de esa especie y tratar de ellas, es negocio que requiere discrecion, tacto y prudente cautela, dotes todas que posee V. E. y que sabe emplear: que defecciones efectivas y de importancia por los sugetos y número de personas ó fuerzas que por suerte aspiren á tentar un acomodamiento, de que resulte visible disminucion de las fuerzas enemigas, es negocio de tal importancia y utilidad, que el gobierno está pronto á conceder todas las facilidades y ventajas que sean necesarias y discretas, como las anunciadas en general en el acuerdo que queda trasladado, y que V. E. está autorizado á todo lo que espresa el acuerdo, encargado tambien de dar puntuales avisos de cuanto vaya ocurriendo ó pueda ocurrir en el particular.

«Escusado es repetir que es voluntad espresa de S. M. que no se admita ó entre en tractativa proposicion alguna que tienda de ningun modo á un acomodamiento con el Pretendiente ó su familia dirigido á alterar en lo mas mínimo la Constitucion de la Monarquía, el sagrado derecho de la Reina nuestra señora al trono de sus mayores, el de su augusta Madre como Regente y Gobernadora del Reino tal como la reconoce la Constitucion, ni la integridad del territorio, como ni tampoco cualquier

proposicion que se encamine á un acomodamiento por medio de una boda.»

Cuando las espresadas instrucciones llegaron á Paris, el emisario de Maroto habia salido de Francia, y de consiguiente ningun uso pudo hacer de ellas el embajador. Espartero fué absorviendo sucesivamente todas las influencias que hasta entonces habian obrado combinadas con la suya, y fuerte con su accion propia, que era el conjunto de todas, terminó por si solo la grande obra de la pacificacion. En su carácter de hierro se estrellaron todos los conatos que tendieron á levantar la paz sobre las ruinas de las instituciones. En vano el espíritu de partido se ha empeñado en menoscabar su gloria; en vano algunos miserables, por mas que hagan uso de coturnos para aumentar su talla como los personages de la tragedia antigua, querrán colocarse á su nivel; Espartero figurará siempre en primer término en el cuadro de nuestra tan gloriosa como estéril revolucion.

CONCLUSION.

Si ahora, despues de la reseña que hemos presentado de los acontecimientos, no quieren los lectores tomarse la molestia de esplicarse por sí mismos el carácter de las personas que en ellos figuraron principalmente, nosotros, compendiando un tipo en cada pincelada, les haremos el retrato moral de todas ellas, bien persuadidos de que el recuerdo de la conducta de cada una será suficiente para legitimar la semejanza. Separaremos los personages por medio de *una raya* que hará oficio de marco en que se encerrará cada retrato, para que á impulsos de la estimacion ó del odio no se echen los unos encima de los otros.

AVIRANETA.

Mereció el alto honor de ser confidente de Pio Pita Pizarro, del hombre mismo que en el

seno del parlamento hacia alarde de haber conspirado desde que tenia uso de razon contra Fernando VII. Aviraneta no pasa de ser un conspirador de oficio; conspira por necesidad, porque no puede hacer otra cosa, porque dejaria de existir si dejase de conspirar; conspira incesantemente, en todas partes, bajo todos los sistemas; conspira por la misma razon que come, por la misma razon que bebe; conspira por instinto; conspira porque de otra suerte su naturaleza no cumpliria su ley. Nada le arredra, porque no le arredra la conciencia; tiene tan poca fe política como Gonzalez Brabo, pero menos codicioso que éste, si conspira para hacer dinero es porque puede necesitarse dinero para hacer conspiraciones. Los sucesos mismos de Vergara prueban su desinteres lo mismo que el de todos los que figuraron en ellos. El convenio de Vergara fué como un drama representado por aficionados en que todos los actores hicieron su papel gratis. Si Aviraneta necesita dinero para conspirar, es capaz de conspirar para hacer dinero. Nunca el dinero seria su objeto, si no pudiese convertirlo en medio, y el que no emplease en conspirar le pareceria muy mal empleado.

Aviraneta seria un conspirador completo, si no tuviese tanto empeño en parecerlo. Funda su vanidad en el título de conspirador. Imposible parece que siendo tan ducho como es, no conozca las ventajas que reportaria para conspirar de que nadie

sospechase que conspira. Esto nace de que tiene tanta confianza en sí mismo, de que tiene en tanto la conciencia de su poder, que está seguro de conseguir su objeto aunque avise primero al que ha de impedírselo para que se ponga en guardia. Es como un maestro de esgrima que advierte á su discípulo el instante en que le va á desarmar, y á pesar de advertírselo le desarma.

Dotado de una inteligencia poderosa, perspicaz, astuto, incansable, conocedor de los hombres y de las cosas, seria Aviraneta en determinados casos un escelente instrumento si se tuviese la precaucion de romperlo despues de haberse servido de él. De otra suerte es muy fácil que pierda mañana al que ha salvado hoy. No se olvide que es un hombre que ha conspirado incesantemente, que dominado por el instinto y por el hábito conspiraria aunque no quisiese. Conspiraria en un desierto, conspiraria incomunicado en el fondo de una mazmorra, conspiraria aunque como Noé quedase solo en el arca y el arca sola en el mundo. Deportado á Canarias por un golpe de arbitrariedad del general Mina, en quien se observaron algunos arranques bruscos en nombre de la libertad y de la ley (lo que, entre paréntesis, no ha impedido que se inscribiese su nombre en el salon de córtes al lado del de los liberales mas ilustres), urdió una conspiracion en el buque mismo que le conducia, indisponiendo á los marineros con la tropa que le custodiaba. Cuan-

do estuvo seguro del triunfo, hizo partícipe de su plan á uno de sus compañeros de infortunio, el cual para evitar una catástrofe dió cuenta de todo al gefe mismo de la tropa, no sin haber obtenido antes el consentimiento del mismo Aviraneta. ¡Tan seguro estaba este de los resultados! Es de advertir que Aviraneta urdió este complot persuadido de que el gefe de la escolta tenia órden reservada de pasarle por las armas al llegar á cierta altura, y asi es que dijo á sus compañeros que con tal que el gefe le asegurase bajo su palabra de honor que su vida y la de los demas deportados no corrian ningun riesgo desistiria de su próposito, pero que de otra suerte era inevitable su ruina y la de todos los que le obedeciesen si es que hubiese alguno. Apenas tuvo conocimiento de la trama quiso el gefe castigarla en su autor, pero la disposicion en que halló los ánimos le reveló su impotencia. Entonces enseñó á Aviraneta la órden que tenia, y convenciéndose este por sus propios ojos de que no le esperaba el trágico fin á que se consideró condenado por un impetu sangriento de Mina, se dió por satisfecho, y tuvo la prodigiosa habilidad de someter de nuevo la tripulacion y la tropa á las órdenes de sus gefes naturales. En un momento deshizo lo que habia hecho, restableció la subordinacion que habia relajado, lo volvió todo al estado normal. Eolo de los elementos revolucionarios, los soltó y los sujetó como quiso y cuando le dió la gana.

En Canarias entre el compañero mismo á quien hizo Aviraneta la confianza mencionada y la autoridad militar de las islas tuvo lugar, al cabo de algun tiempo de hallarse allí confinado nuestro héroe, el siguiente diálogo que pone de manifiesto su carácter y sus tendencias ó pasion dominante:

—Mal regalo nos ha hecho Mina remitiéndonos revolucionarios.

—¿Por qué?

—Porque entre VV. nos ha remitido á Aviraneta que es de la piel del diablo.

—¿Pues qué ha hecho? ¿Alguna de las suyas?

—No pregunte V. lo que ha hecho, sino lo que hace, lo que hará, lo que es capaz de hacer.

—Es capaz de hacer cualquier cosa.

—Usted lo ha dicho, cualquier cosa. Ese hombre como la peste hace mal en todas partes. En este archipiélago, en este rincon de mar donde nadie se ocupaba de política, ha instalado sociedades secretas: ha infestado todas las islas; lo ha plagado todo de logias, de conciliábulos, de clubs; hasta en la isla del Hierro, tan desierta como está, se estienden las ramificaciones de su trama; hasta allí tiene catecúmenos que se instruyen para recibir el bautismo de la revolucion. ¡Cuando digo que Mina nos ha hecho un mal regalo! ¡cuando digo que Aviraneta es la peste! (A la sazon Eugenio Sue no habia publicado el *Judio Errante*, de otra suerte la autoridad militar de las islas Canarias hubiera com-

parado á Aviraneta con el artesano maldecido de Jesucristo que dejaba en su tránsito huellas de destruccion y de muerte.)

—Mal regalo, mal regalo, prosiguió; tentado estoy á devolvérselo á Mina bajo partida de registro para que se divierta y goce de su amable compañía, que yo ya he gozado de ella bastante.

—Eso seria atroz; Mina tiene unos humos...

—¿Pues qué quiere V. que haga? Que me deje en paz; que se vaya: yo no le quiero en el territorio de mi mando; nosotros mismos le proporcionaremos medios para facilitarle la evasion, sí, procuren VV. que se fugue; yo haré la vista gorda.

En efecto, Aviraneta se evadió de una manera distinta de la del general Castañeda, de quien dijo la *Gaceta* cuando los sucesos de Ansó que se habia *fugado sin real licencia*. Aviraneta se fugo con licencia.

Si nosotros tuviésemos el mando de una provincia en que se hallase Aviraneta, le hariamos responsable del órden público, seguros de que teniendo su garantía la tranquilidad no sufriria menoscabo. De pe á pa hariamos con él lo que hizo en Valencia Odonnell con Infante. Hallábase este de segundo cabo y aquel de capitan general. Odonnell tuvo que salir de la ciudad con urgencia, y antes de verificar la marcha dijo á Infante: «Yo le conozco á V.; yo sé que si V. quiere que no haya desórdenes no habrá desórdenes; de consiguiente V. con la cabeza me res-

ponde de la tranquilidad pública.» Infante aceptó la responsabilidad, y realmente no hubo disturbio alguno durante la ausencia del capitan general, á quien mas de una vez insinuó el gobierno que si no estaba satisfecho del segundo cabo podia indicar otro de su confianza. Odonnell contestó que en nadie tenia tanta confianza como en Infante para conservar la tranquilidad.

ARIZAGA.

Un diminutivo de Aviraneta.

DUFEAU.

Un diminutivo de Arizaga.

LATORRE.

Militar valiente, carlista por la gracia de Quesada, quien le echó de la guardia real lo mismo que á otros muchos oficiales, los cuales no teniendo mas patrimonio que su espada ofrecieron

á D. Cárlos sus servicios contra los constitucionales, al ver que los constitucionales no admitian sus servicios contra D. Cárlos. A no ser este desprecio, muchos de ellos por pundonor y delicadeza ya que no por opinion no hubieran abandonado sus banderas. Latorre en el campo carlista era mas liberal que muchos que blasonaban de serlo en el campo constitucional. Se burlaba de D. Cárlos y ponia en ridículo su corte de frailes con tan poca cautela, que los palaciegos de Oñate concibieron recelos acerca de su opinion, y le odiaban tanto como á un miliciano nacional. Pertenecia á D. Cárlos como soldado, pero no como ciudadano; le sirvió con el brazo, pero no con el corazon.

URBIZTONDO.

Denodado, pero especulador. Enemigo de sostener situaciones desesperadas. Ayuda á derribar las causas que están próximas á sucumbir para no caer con ellas sirviéndolas de puntal. Carlista, ayudó á caer á D. Cárlos cuando D. Cárlos estuvo deshauciado; constitucional, ayudó á caer á Espartero cuando estuvo desahuciado Espartero.

ABARCA.

In pace requiscat. La inquisicion era su sueño dorado; deseaba la inquisicion para mayor honra de Dios y mayor felicidad de los españoles. Lo mismo que los demas gefes del partido apostólico sirvió de juguete á D. Cárlos, cuya debilidad en sus efectos se parecia mucho á la ingratitud. Bien es verdad que esta debilidad misma que tan funesta les fué cuando estaban conspirando contra Maroto, si hubiera llegado D. Cárlos á ceñir la corona, les hubiese sido sumamente provechosa, porque les hubiera permitido hacerse dueños del monarca y regir en su nombre los destinos de la nacion.

LARRAGA.

Sumúltiplo de Abarca.

ECHEVARRÍA.

Segundo tomo del cura Merino. Sacerdote de armas tomar, canónigo de morrion y sable, no-

table por la violencia de su carácter y la aspereza de su genio. Es desconfiado como todos los que han tenido una vida borrascosa, y astuto á fuerza de esperiencia. A fuer de hombre de iglesia que trocó su mision de paz en mision de guerra, obra siempre de una manera fulminante; sus pasiones son vivas, sus arrebatos ardientes; vive en un estado permanente de reaccion que se parece bastante á la hidrofobia. Los eclesiásticos que se apartan de su verdadera senda, que es la que conduce de la tierra al cielo, tienen con las mugeres muchos puntos de contacto. Lo mismo que las mugeres son estremados en todo: si la dan en ser despreocupados, con frecuencia son cínicos, ateos y hasta sacrílegos; si la dan en ser liberales, degeneran fácilmente en anarquistas; si la dan en prescindir de las vanidades mundanas, son por lo comun negligentes, dejados, sucios; si la dan en ser pulcros, son verdaderos Adónis, afeminados, ridículamente afectados, pasan horas delante del tocador, llevan zapatos de charol, gafas de oro y guantes de cabritilla, y hasta aprenden á montar á caballo para lucir en el Prado; si la dan, como Echevarría, en ser fanáticos, son vengativos, intolerantes, implacables; son capaces en nombre de Dios de entregarse á la vida airada, y de blandir con una mano el puñal y con la otra el crucifijo. Parécense á las mugeres tambien en que llegando á perder el pudor son mas impúdicos que los demas, lo que debe considerarse

como un corolario de lo que hemos dicho antes: *son estremados en todo.*

D. CÁRLOS.

Todo lo mucho malo diseminado en la familia de los Borbones, desde que se aclimató en España, se fué separando de lo bueno que se ha visto en algunos de sus individuos, para amalgamarse, cuajarse á parte y formar á D. Cárlos. Ingratitud, debilidad, pusilanimidad, ignorancia, fanatismo, despotismo, mala fe, vanidad, todas estas dotes caracterizan á D. Cárlos, quien tomando á sus antepasados por modelo, no ha sabido copiar mas que sus defectos. Agréguese á esto un don de errar tan estraordinario que jamas ha hecho una cosa con acierto. Latorre, para probar la falta de acierto de D. Cárlos, decia: «Si dentro de un puchero se meten 25 anguilas y una culebra, y don Cárlos mete 25 veces la mano para sacar una anguila, 25 veces sacará la culebra.» Mal estamos, parece que no podemos estar peor, y sin embargo estariamos peor si hubiese triunfado D. Cárlos, porque D. Cárlos es peor que lo peor.

ESPARTERO.

Demasiado liberal para dictador y poco liberal para revolucionario, se vió en una posicion en que solo podia sostenerle la revolucion ó la dictadura. No por esto fué infiel á los principios que le elevaron á su mayor altura; en él se personificó el pronunciamiento de setiembre, el cual se hizo invocando la Constitucion hollada y no invocando un código nuevo; se hizo en nombre de la ley y no en nombre de la revolucion. Como militar es un bravo, como político un fiel guardador de lo existente. Fué un general en gefe herido de lanza, y un regente del reino que cayó abrazado con la Constitucion. Despues de caido se le han presentado ocasiones en que inscribiendo otro lema en su bandera podia conmover el pais, pero ha preferido envegecer en el ostracismo á faltar á la fe de sus juramentos. La aristocracia no le perdonará que siendo duque haya sido liberal; la democracia le mirará tal vez con recelo porque siendo liberal es duque. Por lo demas es el personage de la época que ha prestado á la patria servicios mas eminentes. Se le quitaron los grados, honores y condecoraciones que compró con su sangre sin poderle quitar los títulos de vencedor y pacificador. Estos títulos nadie los quita porque nadie los da, y ellos solos bastan para el que aspira á un nombre glorioso en la historia.

MAROTO.

O mucho nos engañamos, ó le tomamos perfectamente las filiaciones en otra ocasion en que hicimos de él el siguiente retrato que parece sacado al daguerrotipo. «Maroto tiene el temple de corazon que caracteriza á todos los hombres vulgares, que cuentan mas con sus deseos que con sus medios para consumar una grande obra ó para elevarse á una grande altura. Todos los que tienen mas ambicion que genio, todos los que se remontan en alas de aquella mas bien que á impulsos de este, á medida que se elevan parecen mas pequeños, porque suben y no crecen, porque no se desenvuelven á proporcion del pedestal sobre que se levantan. Aspiraba Maroto á sobreponerse y derribar á los personages influyentes que rodeaban á D. Cárlos para egercer á la sombra de este imbécil una especie de dictadura, y presentó la batalla á los apostólicos antes de haber debidamente apreciado sus fuerzas. Porque eran grandes sus deseos, creyó que era grande su poder, y embriagado con esta creencia, atacó á sus adversarios bruscamente y con todo el orgullo del que está seguro de la victoria. Cuando ya habia dado el primer paso y no le era posible retroceder, se encontró mas débil de lo que se habia considerado en la primera arremetida, y tarde conoció que era mas fuerte que

el la posicion que se habia creado. Desde luego sus ánimos desfallecieron y perdió la arrogancia y el brio con que en un principio habia marchado á su fin directamente y á paso de ataque. Le hemos visto empezar amenazando á D. Cárlos y concluir pidiéndole perdon. Le hemos visto empezar queriendo subordinarlo todo á sus influencias, y cuando su obra estaba ya casi consumada, quedar como ahogado por ella misma, y acogerse á la sombra de Espartero sin dar apenas una señal de vida. Cuando tomó el mando del ejército de D. Cárlos era tan arrogante, que á pesar de la mucha necesidad que tenia para el desarrollo de sus planes de robustecerse con el apoyo de los personages mas influyentes del partido carlista moderado, tuvo la triste habilidad de indisponerse con todos ellos, empeñado en someterles á todos á sus opiniones. Por esto le abandonó el P. Cirilo, por esto le abandonó Elio, por esto le abandonaron Iturriaga, Altamira, Serva, Ramirez de la Piscina y otras muchas notabilidades que en un principio le sirvieron de instrumento, y que despues, por una reaccion de amor propio, prefirieron á acogerse al convenio acompañar á don Cárlos en su ostracismo.

«Maroto, decimos en otro lugar, era una figura colosal que poco á poco se fué encogiendo, y antes de la revista de Elgueta era ya un raquítico que desapareció completamente debajo del lodo que él mismo se echó encima con la última carta que di-

rigió á D. Cárlos. En la actualidad ya nadie le tiene por un bravo, sino por un furioso, que cerrando los ojos en el peligro y dejándose arrastrar por las impresiones del momento, ejecuta actos de ferocidad impelido tal vez por el esceso mismo de su miedo. Vengativo y débil á la vez, se deshace como puede de sus enemigos para vengar los agravios que ha recibido é impedir que le agravien de nuevo. Les destruye porque les odia, y les destruye porque les teme.»

Aunque el papel que hemos visto representar á Maroto durante las negociaciones del convenio es el mejor documento para justificar la semejanza del retrato que acabamos de bosquejar, vamos á referir una anécdota que contó él mismo á algunos individuos de su estado mayor durante la guerra por si al retrato falta todavía algun toque. Despues de no se qué accion, estando nuestro héroe almorzando con sus ayudantes, hacia alarde de tener un genio implacable y vengativo, incapaz de perdonar la mas insignificante ofensa. En prueba de este aserto les refirió varios sucesos de su tempestuosa vida, entre ellos el siguiente: Durante su permanencia en América contrajo relaciones amorosas con una linda jóven. Esta tenia una hermana á quien hacia la corte el mas íntimo amigo del mismo Maroto. La querida de este le contó cierta ocurrencia relativa á su hermana; Maroto se la contó á su amigo, su amigo á su novia, y la novia se irritó contra su her-

mana por haber contado la ocurrencia á Maroto; la querida de Maroto se irritó contra este por habérsela contado á su amigo, y Maroto se irritó contra su amigo por habérsela contado á su novia. Si bien se medita, nada tiene de particular que una muger refiera á su amante una anécdota de su hermana, ni que un amante refiera á su amigo una anécdota de la hermana de su querida, ni que un amigo refiera una anécdota que se le ha contado á una muger que quiere. No era una ocurrencia degradante para nadie cuya revelacion pudiese considerarse como un crimen. A pesar de todo, Maroto salió al encuentro de su amigo y le pidió una satisfaccion sangrienta. En vano el desafiado rehusó batirse, alegando contra el duelo la insignificancia de la causa que lo provocaba y los vínculos de la amistad. Nada pudo relevarle de la necesidad de sacar la espada. Era militar; Maroto le hirió en el sentimiento que mas pronto se afecta en un hombre cuya profesion le obliga á ser valiente, y el desgraciado, venciendo todas las repugnancias, salió al campo con su inexorable competidor. Salió herido del combate, y tardó en restablecerse bastante tiempo. Maroto no se dió con esto por satisfecho: no bien su amigo hubo recobrado la salud le desafió de nuevo diciéndole que á él no le gustaban duelos á primera sangre, que un lance entre hombres debe ser algo mas que una sencilla cuestion de flebotomía, que él tenia la espada para matar y no para arañar,

que todos sus desafios eran á muerte, y que de consiguiente no quedaba satisfecho con el resultado del del otro dia. De nuevo procuró su amigo hacerle desistir de tan bárbaro próposito; pero era pundonoroso, se oyó llamar cobarde, y esta calificacion aplicada á un militar es una mancha que solo con sangre se quita. Se batió por segunda vez, y tan desgraciado como la primera salió tambien herido. Con ansia aguardaba Maroto que se restableciese para tener el gusto de arrancarle la vida ó herirle por tercera vez, cuando le obligó á pasar á Europa un asunto de grande importancia.

Nueve años transcurrieron sin tener de su amigo la mas insignificante noticia. Hallábase en Málaga paseándose un militar que estaba embebido al parecer en profundas meditaciones, cuando se oyó llamar por su nombre, volvió la cabeza y vió á un caballero que le iba detras con los brazos afectuosamente abiertos. Se abrazaron los dos, y el que hemos visto primero paseándose dijo al oido del que con tanto afecto le salió al encuentro no se qué cosa que le hizo palidecer. Hubo un desafio entre los dos, que costó la vida á uno de ellos. El matador era Maroto; el muerto su *amigo* de América.

Tal es la anécdota que para probar su carácter refirió Maroto á algunos indivividuos de su estado mayor. El hecho, si es cierto, le caracteriza tanto como los fusilamientos de Estella. Si no lo es, le caracteriza tambien no poco, porque el que es capaz

de atribuirse hechos de esta naturaleza, es capaz de cualquier cosa. Algunos otros pudiéramos citar que acabarian de ilustrar su biografía, pero se hallan sometidos á un tribunal y no queremos referirlos porque tal vez seria prejuzgarlos. Por lo demas, á fuerza de hacer mal, Maroto ha hecho mucho bien. Los sucesos de Estella son un atentado inaudito que repugna á la conciencia de todos los hombres honrados, pero si se examinan en su relacion con sus consecuencias, hallaremos que han ahorrado mucha sangre á esta nacion ya casi desangrada. No los celebramos sin embargo, no transigimos con lo que no es justo aunque sea beneficioso.

JUAN MATEO.

CAPÍTULO I.

Una familia modelo y un modelo de la familia.

Entre col y col lechuga. Despues de una cosa como Alberni, de quien ni el nombre de pila conocemos, don Rafael Maroto; despues de D. Rafael Maroto una cosa como Juan Mateo, de quien ni conocemos el apellido, á no ser que su apellido sea Mateo, lo que ignoramos absolutamente porque no hemos tenido humor, tiempo, ni proporcion para averiguarlo. No nos hace falta. Al cabo á Juan Mateo, como no seamos nosotros y su *virtuosísima* familia, nadie le conoce mas que por sus sobrenombres ó apodos, pudiendo presentar dos *alias* como otros tantos títulos que revelan su calidad. Seguros estamos de que hasta que nombremos por sus *alias* al

personage, persona ó personilla de cuyas aventuras vamos á ocuparnos, no habrá uno solo de nuestros lectores que recuerde haber oido decir en su vida que haya hombre ni animal alguno que se llame Juan Mateo. Y sin embargo, nuestro Juan Mateo no deja de tener cierta celebridad, honrosa ó funesta, nosotros no decimos lo que es; semejantes calificaciones son de cuenta de los lectores, que se hallarán en buena disposicion para darlas con acierto luego que les hayamos referido las hazañas y milagros de la notabilidad que sometemos á su exámen. Si decimos á nuestros lectores que Juan Mateo es natural de Alcanadre dirán, como si lo oyésemos, que ni saben qué pueblo es Alcanadre, ni les importa una acelga que haya nacido en Alcanadre un Juan Mateo; pero nosotros, á pesar de la poca importancia que dan nuestros amados lectores á Alcanadre y á su digno hijo, escitaremos su curiosidad diciéndoles que siendo España la nacion que tiene en el mundo peor fama, Alcanadre es el pueblo que tiene peor fama de España, la familia de Juan Mateo la que tiene peor fama de Alcanadre y Juan Mateo el que tiene peor fama de su familia. La mala fama que tiene España no debe causarnos sorpresa si se considera que es una nacion que ha tenido á Gonzalez Brabo de presidente de un consejo de ministros y á Narvaez de capitan general, que ha consentido que Gil y Zárate hiciese comedias, que las comedias de Gil y Zárate tuvie-

sen espectadores y que algunos de estos espectadores tuviesen tanta falta de sentido comun que hasta llegasen á aplaudir; la mala fama de Alcanadre tampoco debe admirarnos si se considera que es un pueblo de España en que el verdugo y la horca son una verdadera enfermedad endémica, y en que las emigraciones forzadas á Ceuta y á Melilla de sus habitantes son tan contínuas que apenas hay en él casa que no reciba cartas de alguno de estos dos puntos; mucha menos admiracion debe causarnos la mala fama de la familia de Juan Mateo, si se considera que es una familia de Alcanadre, en que ha habido una tal Josefa que fué condenada por dos años á la galera de Valladolid, y un tal Valentin que murió en la horca de una esquinencia de esparto (como diria Quevedo), y por último no debe sorprendernos la mala fama de Juan Mateo, si se considera que es un individuo de una familia de Alcanadre á quien por delitos feos se siguieron varias causas, mereciendo ser por una condenado á diez años de presidio con retencion, lo que prueba que tampoco le anduvo lejos una inflamacion de garganta, una de esas anginas por causa traumática que no las curan alópatas ni homeópatas. Por otra parte, aunque España no tuviera un Gonzalez Brabo, ni un Narvaez, ni un Gil y Zárate que hace comedias, ni un público que va á ver las comedias de Gil y Zárate, tendria mala fama por tener un pueblo de Alcanadre, que es un verdadero crímen

:

de lesa topografía; y aunque en Alcanadre no reinase esa epidemia de esquinencias y ese prurito de ir á tomar aires en nuestras posesiones de Africa, tendria mala fama por tener la familia de Juan Mateo, y aunque la familia de Juan Mateo no hubiese tenido una Josefa aficionada á pasar dos años de reclusion en Valladolid, ni un Valentin que la dió en morir de un apreton de garganta, tendria mala fama por haber tenido un Juan Mateo.

—¿Pero quién es ese Juan Mateo? volverán á preguntar nuestros lectores.

—¿Todavía quieren que les digamos mas? Pues bien, se lo diremos en confianza en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II.

Juan Mateo pescador in utroque.

Por comision de la chancillería de Valladolid se siguió en el corregimiento de Logroño, á consecuencia de los numerosos robos y escesos de toda especie cometidos en el pais, una causa que metió mucho ruido. Complicado en ella Juan Mateo tuvo la honra de ser condenado á dos años de presidio en el canal de Castilla. No se diga que Juan Mateo no es liberal; lo es tanto que aborrece las cadenas

como el que mas, pues para no llevarlas desertó del canal sin duda recordando aquella famosa patriótica del año 22: *Antes que cadenas, grillos arrastrar*, etc. Desertó del canal; pero tropezó con unos carabineros enemigos de la *libertad individual* que sin encomendarse á Dios ni al diablo coartaron las *facultades* de nuestro héroe hasta el estremo de obligarle á volver de nuevo al canal, cuando él en manera alguna queria volver al canal. Al que no quiere caldo taza y media, eso es lo que hicieron con el pobre Juan Mateo, tan digno por sus hechos de figurar en mas *alto puesto*. Cuando regresó á su pais se dedicó al noble y sublime ejercicio de la pesca, entre cuya profesion y la antigua que le valió dos años de buena vida en el canal de Castilla, no deja de haber cierta analogía. Pescar en el agua ó pescar en el bolsillo ageno, al cabo todo es pescar. Al parecer no abandonó un oficio por otro, sino que ejerció ambas profesiones á la vez, pues notando las autoridades superiores de la provincia que en la jurisdiccion de Alcanadre en marzo de 1857 no todo lo que se pescaba eran peces, tomaron las correspondientes medidas para que no se pescase mas que en el agua, y entre otras pidieron al ayuntamiento una lista de los pescadores que en su juicio *pescasen en seco*. El alto concepto que merecia Juan Mateo al ayuntamiento de su pueblo le valió figurar en la candidatura como uno de los personages mas dignos de representar el pais en el congreso de Ceu-

ta ó de Melilla. Como este cargo no es voluntario, y Juan Mateo sin duda por modestia no quiso admitir la elevada mision que se le confiaba, se puso de acuerdo con tres cuñados suyos que iban tambien en candidatura, y los cuatro tomaron tole no parando hasta incorporarse á la faccion navarra. Aquí nuestro pescador empieza ya á tomar un carácter político. Nuestros lectores ven claramente que Juan Mateo es un personage de importancia, y que entre sus parientes no son menos honrados los colaterales que los consanguíneos.

«¿Pero qué historia es esa? preguntarán á coro los suscritores. Nosotros, dirán, creiamos que esta obra, como su título lo indica, no se ocupaba mas que de políticos, y ahora se nos viene refiriendo la vida y milagros de un tal Juan Mateo y su familia que ninguna significacion política tienen, absolutamente ninguna. ¿Qué tiene que ver la política con los presidarios y ahorcados por delitos comunes?»

Un poco de paciencia, magnánimos suscritores, un poco de paciencia. Poco tardará nuestro *caballero* en adquirir una fisonomía política que no la deberia tener, y que ciertamente nosotros no se la hemos dado. ¿Pero es culpa nuestra que el partido moderado (sedicente moderado y sedicente partido cuando no es moderado ni partido, sobre todo ahora que está tan partido) recoja, como dijimos al trazar su historia, todo lo que los demas partidos

tiran, y atrofie nuestras posesiones de Africa nutriéndose hasta de la sustancia de los presidios? Los moderados nos argüirán que si bien es verdad que hombres que deberian arrastrar el grillete figuran en su comunion, no por esto despueblan los presidios, pues en cambio les dan liberales por la gente de mal vivir que les quitan. Tendrán razon en argüirnos de esta manera, y no insistiremos en probar lo contrario. Por lo demas, nuestros suscritores deben convencerse de que nosotros no tenemos la culpa de que Juan Mateo haya ocupado un lugar en las filas de la situacion, y que de consiguiente se le conceda uno en este libro.

CAPÍTULO III.

Que da cuenta de como Juan Mateo se presentó en Estella y se convirtió en espedicionario carlista.

No quiso Juan Mateo ingresar en las filas carlistas sin proveerse antes de un título que facilitase su admision, pues temia que el partido carlista, mas aprensivo que el moderado, tendria cierta repugnancia en admitir de buenas á primeras en su comunion á un advenedizo en cuya hoja de servicios no presentaba otros méritos que los que contrajo para arrastrar la cadena en el canal de

Castilla. Asi es que antes de llegar á la faccion interceptó la correspondencia pública que iba de Aragon á Logroño y llevó consigo á Estella al conductor como diploma de su título carlista y memorial de sus pretensiones. Admitido en el ejército de D. Cárlos, se disfrazó de militar y pudo egercer á la sombra de una bandera política con mas libertad y en mayor escala su primitiva profesion. Se le autorizó para formar una partida, y se ocupó en hacer escursiones á la parte de Castilla, en busca de rehenes y recursos. Ni una sola vez presentó la cara á las tropas de la Reina; él buscaba oro, y las tropas de la reina no daban mas que plomo.

Poco satisfecha de sus servicios la junta de Navarra, le llamó á recibir órdenes. Se asesoró el buen Juan Mateo con su conciencia, que la tenia como la de un caballo, y no se qué diablos encontró en ella que le hizo sospechar que las órdenes que le daria la junta de Navarra se reducirian á que se dejase fusilar. Juan Mateo, á pesar de qne conoce cuán acreedor es á esta recompensa, no la quiere en manera alguna, y á impulsos del asco que le causa eso de morir fusilado, para eludir su presentacion á la junta de Navarra se presentó en Logroño al ejército liberal.

CAPÍTULO IV.

Juan Mateo liberal.—Su poca aficion al baile.

Sirvió en cuerpos francos, pero hallando tan desapacible el silbido de las balas carlistas como el de las constitucionales, evitó todo lo posible asistir á esas funciones que se llaman combates en que se baila á son de caja una especie de contradanza, en que el mejor bailarin puede dar un tropezon y desnucarse. Sabia que él no era invulnerable como Aquiles, y ya que pudo sacar sano su pellejo del juzgado de Calahorra, no quiso aventurarlo en el campo de batalla. Hizo muy bien; demasiado le llegará la muerte sin necesidad de irla á buscar.

CAPÍTULO V.

De como un hombre de bien encuentra proteccion en todas partes.

A un hombre de bien como Juan Mateo nunca le faltan simpatías y poderosas influencias que le protejan. Pacificado el pais, se le antojó al juez de Calahorra no considerar incluidos en el convenio de Vergara los delitos comunes, y removiéndose las

causas por una de las cuales el virtuoso Juan Mateo fué condenado á diez años de presidio con retencion, envió exhorto al comandante general de Logroño. ¡Válganos Dios! ¡y cuán rencorosa es la justicia! ¿Es eso lo que se llama olvido de lo pasado? ¿Son esas las consecuencias de la reconciliacion de los partidos? ¿Es ese el velo corrido sobre los anteriores estravíos? ¡Irse á meter despues de tanto tiempo en que Juan Mateo habia sido *pescador en seco!* Afortunadamente la autoridad militar de Logroño se hizo el sordo, y nuestro ilustre Juan no fué entregado á la jurisdiccion ordinaria; de otra suerte interceptada por un presidio su noble carrera política y militar, no hubiera podido adicionarla con los hechos que mas la distinguen. ¡Reclamar la jurisdiccion ordinaria á una notabilidad de las circunstancias de Juan! Hizo muy bien el comandante militar de Logroño en despreciar semejante exhorto. Si se hubiese tratado de un pícaro padre de familia que hubiese robado media libreta de pan negro para distribuirla entre sus hambrientos hijos, ó de uno de esos tunantes anarquistas que han cometido el inaudito crímen de decir viva Cárlos ó viva Espartero, era muy justo entregarlo á la jurisdiccion ordinaria ó á otra cualquiera con tal que le impusiese la última pena; pero entregar y esponer á un fin trágico á un Juan Mateo nada mas que porque habia pescado cosas que no eran peces, hubiera sido el colmo de la iniquidad de la autoridad militar de

Logroño. Como hubiese tenido la debilidad de hacer caso del exhorto, tal vez Zurbano y sus hijos, esos malos ciudadanos que defendieron á Isabel II mientras Juan Mateo la combatia, vivirian aun entre nosotros, y Juan Mateo se hallaria encaneciendo en Ceuta, en Melilla ó en el Peñon de la Gomera. Demos gracias al comandante militar de Logroño. ¡Cuántas desgracias evitó al pais su sordera á prueba de exhortos!

CAPÍTULO VI.

Primer servicio de Juan Mateo á la causa del órden.

Ahora es ya seguro que nuestros lectores saben tan bien como nosotros que Juan Mateo es aquel insigne varon conocido por los apodos de *Boleas* ó el *Rayo*, á quien se debe el esterminio de la valiente raza del Viriato de nuestros dias. Sí, Juan Mateo es el hombre funesto á quien se dió el mando de una pequeña columna para que esplorase el lugar en que algunos indicios harto significativos revelaron el paradero de Benito Zurbano, de ese denodado joven cuya vida no pudo salvar la súplica de una madre que se postró á los pies de la reina, tan dispuesta siempre á perdonar, diciendo con el acento de un dolor que no se espresa: *¡Clemencia, Se-*

ñora: no tengo mas que ese hijo! ¡Señora! perdon para un hijo de Zurbano... para un ilustre defensor de V. M... Era niño, y su lanza heria la primera en el combate á vuestros enemigos... todo os lo ha dado; su reposo, su juventud, su sangre... ¡Señora! perdon para un jóven de 23 años... (1)» ¡Oh! la reina es generosa; por precision entre su piedad y la desgracia debió interponerse alguna influencia infernal. Si, Juan Mateo, el condenado á presidio, el hermano del ahorcado es el que siguió las huellas de los desgraciados Benito y Arandia que, acosados como lobos por sus implacables perseguidores, se escondieron entre las malezas de un punto llamado la Barxa. Juan Mateo fué quien concibió el horroroso proyecto de incendiar las malezas para obligar á los infelices á entregarse ó á perecer entre las llamas. Y los infelices se entregaron, seducidos por la promesa de cuartel que se les hizo, á los soldados del antiguo presidario, y fueron conducidos á Logroño y allí pasados por las armas.

---

(1) Recomendamos la lectura de este pasage desgarrador que se encuentra perfectamente descrito en la bella historia de Zurbano, debida á la aventajada pluma de nuestro amigo y correligionario D. Eduardo Chao.

CAPÍTULO VII.

Por el que se ve que la filantropía de Juan Mateo es inagotable.

Pero el odio que profesaba Boleas á Zurbano no se apagó con la sangre del hijo: no le bastó haber arrancado al padre las entrañas; era preciso que para saciar su sed de sangre y de lágrimas bebiese toda la sangre que cabe en las venas de una familia y todas las lágrimas que un corazon de madre y de esposa puede enviar á los ojos.

La insurrecion de Ansó, como todas las que han tenido lugar desde que los moderados se apoderaron del poder, sucumbió menos á la fuerza de las armas que á los golpes de la traicion y la perfidia. Ya ni las cenizas quedaban de aquella hoguera que alentó el alma generosa del hijo de Barea, y de consiguiente el gobierno no tenia necesidad para apagarla de añadir una gota mas de sangre á la que se habia vertido. Pero mediaban envidias y rencores; mediaban esfuerzos de miserables que no podian perdonar á Zurbano lo mucho que valia mas que ellos. Mediaba el influjo de hombres sin conciencia, de hombres de pedernal, á quienes causa remordimientos el mal que dejan de hacer. Habia un gobierno presidido por Narvaez, por el que convirtió la Mancha en un vasto Montfau-

con (1), en que horrorizado el pasagero tenia que cerrar los ojos para no ver el repugnante cuadro que ofrecian en todas direcciones largas hileras de cabezas ensangrentadas pendientes de escarpias y de garfios. Era un gobierno de que formaba parte Armero, quien en un consejo de ministros que se celebró para ocuparse del indulto del infortunado Benito se opuso con su voto á que semejante gracia se otorgase. Narvaez, en vez de ir á votar de una manera favorable al infeliz que se hallaba en el borde de la tumba, despues de haber hecho alardes de una filantropia de que le consideramos incapaz, se abstuvo de asistir al consejo en que se discutia nada

---

(1) Patíbulo que habia en Francia antiguamente, descrito por Victor Hugo en los siguientes términos: «Entre los arrabales del templo y de San Martin, como hasta ciento sesenta toesas de los muros de Paris, á algunos tiros de ballesta de la Courtille, veíase en la cumbre de una eminencia suave, insensible, bastante elevada para ser vista á algunas leguas á la redonda, un edificio de forma estraña, que se parecia bastante á un cromlec celta, y donde se hacian tambien sacrificios humanos.

«Imagínese el lector en la cima de un terromontero de yeso, un ancho paralelipípedo de mazonería, de quince pies de alto, de treinta de ancho, de cuarenta de largo, con una puerta, una rampa esterior y una plataforma; sobre esta planicie diez y seis enormes pilares de piedra en bruto, derechos, de treinta pies de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de los cuatro lados de la mole que los sostiene, enlazados entre sí en su cima por fuertes vigas de que penden numerosas cadenas de trecho en trecho: en todas estas cadenas, esqueletos humanos; en las cercanías, en la llanura, una cruz de piedra y

menos que la vida de cuatro hombres. (1) Asi, pues, no es estraño que no fuese bastante el derramamiento de la sangre del hijo, y que se procurase por todos los medios posibles derramar tambien la del padre. La muerte de Martin Zurbano fué un verdadero lujo de inhumanidad.

---

dos patíbulos de segundo órden alrededor del cadalso central; encima de todo esto, en el cielo, un perpétuo vuelo de cuervos: tal era Montfaucon.

. . . . . .

«La mole de piedra que servia de base á aquel edificio odioso estaba hueca. Habia dentro de ella un ancho foso, cerrado por una mohosa reja de hierro toda rajada, adonde echaban no solo los despojos humanos que se desprendian de las cadenas de Montfaucon, mas tambien los cuerpos de todos los infelices ajusticiados en los patíbulos permanentes de Paris. En aquel profundo osario, donde tanto polvo humano y tantos crímenes se han podrido juntos, muchos grandes de la tierra, muchos inocentes tambien han ido sucesivamente á llevar allí sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó su obra de Montfaucon y que era un justo, hasta el almirante de Coligni, que fué su último huesped y que era tambien un justo.»

(1) Benito Zurbano, Juan Martinez, Juan Arandia y Joaquin Eguilar, el uno hijo, el otro cuñado, el otro criado y el otro amigo del ilustre general.

CAPÍTULO VIII.

En que se prueba que un hombre solo, aunque no sea muy valiente, puede mas que dos por valientes que sean, con tal que al que va solo le acompañen 20 hombres bien armados, y los dos valientes esten inermes y enfermos.

El ilustre guerrillero estaba gravemente enfermo, y no pudo por esta razon ir á buscar un asilo léjos de esta patria querida que estará eternamente llena del eco de su nombre: se hallaba desde mucho tiempo oculto en un pajar con su buen amigo Cayo Muro, que enfermo tambien aguardaba con ansia que cesase la cólera de sus perseguidores, sin hacerse cargo de que hay cóleras eternas. Las autoridades se valieron para capturar al padre del mismo instrumento con que perdieron al hijo. Martin Zurbano y Cayo Muro cayeron prisioneros del hermano del ahorcado, quien acompañado de unos veinte hombres encontró á los dos valientes tan enfermos que ninguna resistencia pudieron oponerle. ¡Cuánto debió padecer el espíritu de aquellos bravos defensores de Isabel al verse en poder de un espedicionario carlista que tomó á su cargo la mision de perseguirles hallándose Isabel en el trono! Los progresistas y los carlistas que marchan al martirio con la fe de sus juramentos dentro del corazon, deben esperimentar un sentimiento indefinible de desesperacion y rabia al hallarse bajo el poder de

los que no han sido como ellos fieles á su bandera.

CAPÍTULO IX.

Por el que se ve que no dejaba de ser un profeta el que enseñó á los carlistas aquella cancioncilla que cantaban durante la guerra:

Ganando los otros,
seremos hermanos;
ganando nosotros,
seremos los amos.

«¿Es posible, dirian Zurbano y Cayo Muro, que la reina consienta que nosotros, que con tanto teson la hemos defendido en seis años de guerra encarnizada, seamos conducidos al suplicio por el espedicionario que la combatia? ¿Es posible, han dicho sin duda cuantos carlistas se han hallado despues del convenio de Vergara en el angustioso trance del hijo de Barea, que perezcamos en manos de esos hombres por haber permanecido fieles á la causa que ellos abandonaron?» De buena gana perdonariamos su defeccion á todos los tránsfugas con tal que se impusiesen el deber de no obrar ni en pro ni en contra de la causa que un dia sostuvieron. Parece que la moral pública les niega el derecho de perseguir á los constitucionales habiéndose pasado á ellos, y de perseguir á los carlistas habiendo ellos sido carlistas tambien. Si nuestro modo de pensar es acerca del

particular demasiado absoluto, no lo es al menos si separando la cuestion política de la cuestion moral decimos, concretándonos á esta, que jamas un gobierno constituido debió haber autorizado á un sugeto de los antecedentes de Juan Mateo para perseguir á hombres que ni el patíbulo puede deshonrar.

Pero no es precisamente la captura de Zurbano y Cayo Muro lo que nos hace estremecer de horror ni lo que nos ha obligado á señalar un puesto en este libro al antiguo presidario del canal de Castilla. Mientras no nos hemos ocupado mas que de los antecedentes de Juan Mateo, hemos podido adoptar un estilo verdaderamente jocoso, pero luego que hemos querido aplicar la historia de ese hombre á la familia de Zurbano por la parte que tuvo en su esterminio, hemos empleado á pesar nuestro los tristes colores que reclamaba el cuadro mas desgarrador de nuestras disensiones civiles. ¡Ojalá pudiésemos proseguir la relacion de los hechos que nos revelan los bárbaros instintos del hijo de Alcanadre sin tener que hacer uso de palabras mas ingratas que las que hemos empleado hasta aquí!

CAPÍTULO X.

De cuyo contenido se deduce que Juan Mateo es un buen muchacho que con cualquier cosa se divierte, hasta con un cadáver.

Zurbano no podia disimular la ira que le infundia la circunstancia de ser un desertor de presidio y un antiguo espedicionario carlista el que le habia preso. Conocia el carácter implacable y vengativo de los corifeos de la situacion; sabia que le aguardaba inevitablemente un fin trágico, y nunca creyó que el recuerdo de sus altos hechos y eminentes servicios pesase mas en la balanza que el furor de sus enemigos. Resignado con su suerte, generoso hasta en aquellos momentos en que el amor á la vida próxima á apagarse y el instinto de conservacion reaccionado vuelven al hombre egoista y no le permiten pensar mas que en sí mismo, apenas se acordaba de otra cosa que de sus desgraciados hijos cuyo paradero ignoraba, de su desolada esposa, de los fieles servidores que tomaron parte en su calamitosa empresa, de su buen amigo Cayo Muro cuya sangre iba á mezclarse con la suya. Asi es que en su desesperada situacion tuvo transportes de un gozo inesplicable viendo á su amigo que tirándose del bagage en que iba montado, se precipitó por los derrumbaderos que se encuentran en las inmediaciones de Nieva, y en un instante ga-

nó tanto terreno que Zurbano, haciéndose la ilusion de que su amigo se habia salvado; *¡sientes*, dijo al ex-presidario, *sientes, tigre, ese bocado que se te escapa! ven, sáciate en mi que no puedo huir.* Pero su júbilo duró poco: Cayo Muro estaba herido; una descarga que le hicieron en su fuga le atravesó un muslo y no le permitió ponerse á salvo. Pudo arrastrándose ganar un zarzal, pero alli le fué á buscar Boleas con sus soldados, y algunos tiros y bayonetazos pusieron fin á su existencia.

Para Juan Mateo nada hay sagrado, ni un cadáver. Con sus propias manos puso en un bagage el mutilado de Cayo Muro, cuya sangre formaba un reguero en el camino, y obligó al infeliz Zurbano á marchar al suplicio precedido de los despojos de su buen amigo, de cuyo pescuezo asió el hermano del ahorcado una enorme piedra para que le sirviese de contrapeso y con la marcha no perdiese el equilibrio. Reíase de Zurbano, que enfurecido al ver este sacrilegio le insultaba de mil modos para que lo asesinase tambien. ¿No era digno de otras consideraciones un hombre como Zurbano en el umbral de la eternidad? ¿Merecia ser tratado de esta manera un general de tanto brio? Si hubiese sido rey, ¡cuán bien hubieran sentado en sus labios aquellas sencillas y magníficas palabras que pone Zorrilla en boca del rey D. Pedro:

¡Que se porten de este modo
con un rey tan caballero!

Sí, estas palabras eran dignas en medio de tantos ultrages del único que ha podido disputar al Empecinado el título de Viriato de nuestro siglo. Sí, hubieran sentado bien en los labios del guerrero generoso, que despues de haber devorado los mayores insultos del pueblo de Barcelona, dijo á una comision que se le presentó en San Andres, para que no se vengase de los atropellos que habia sufrido y no bombardease la ciudad: «Vuelvan VV. tranquilos á sus casas, y aseguren al pueblo de Barcelona que Zurbano no sabe tomar satisfacciones de injurias personales que hayan de recaer sobre miles de inocentes. Bien podian saber los catalanes que yo me vengo solamente de quien me injuria, y eso en el caso presente es imposible; pero no hablemos mas de una cosa que tan poco nos honra á todos.» Hubieran sentado bien en los labios del magnánimo caudillo que cuando tantos motivos tenia de resentimiento accedió á las demandas de capitulacion de la villa de Reus y dió prueba de una generosidad de que la guerra no nos ofrece ningun egemplo. Eran dignas del hombre que contando los rasgos y accidentes de su gloriosa vida cuando ya veia su tumba abierta, hizo llorar á sus mismos enemigos con estas sentidas espresiones: «Sé bien

que, como tantos otros, podria vivir cómodamente dentro de mi concha; pero siempre me ha parecido que el haber nacido hijo del pueblo me imponia ciertos deberes á que jamas he pensado faltar. Cuando la honradez y la consecuencia son tan raras, he debido demostrar que viven todavía estas virtudes en las clases pobres, á que pertenezco y que tanto se vilipendian. Jamas se dirá de mi que he hecho el balancin inclinándome á todos los gobiernos como algunos que veo por ahí: muero leal á mis convicciones y á mi partido. Mañana me verán marchar á la muerte por esas calles que tantas veces atravesé en medio de vivas y aclamaciones.»

CAPÍTULO ÚLTIMO.

De lo bien que le sienta á Juan Mateo el vestido de caballero.

Despues del trágico fin del malogrado Zurbano, apenas se ha vuelto á hablar del célebre Boleas. Con todo, es de creer que en obsequio á los servicios que prestó á la odiosa situacion que aflige al pais desde 1843 se haya sobreseido en la causa que se trató de remover con tan justos motivos en el juzgado de Calahorra. La captura de Zurbano se habrá considerado como un mérito capaz por sí solo para hacer olvidar los delitos comunes por los cua-

les Juan Mateo fué condenado á presidio. No sabemos donde se halla actualmente ese hombre de celebridad funesta. Es muy posible que la desgracia del hijo de Barea le haya valido algun grado en la milicia, y posible tambien que haya hombres bastante despreocupados para alternar con él sin considerarse por esto envilecidos.

Poco tiempo despues de la catástrofe de Ansó le vimos en la calle de Atocha. Iba con el general Cuevillas, ex-brigadier, como todo el mundo sabe, en el ejército de D. Cárlos. Ahí va Cuevillas, dijimos á un amigo que nos acompañaba. Es verdad, le conozco, y tambien al que va con él.—Mala facha tiene.—Pues los hechos no son mejores.—¿Quién es?—Juan Mateo.—¿Y quién es Juan Mateo?—Es Boleas ó el Rayo por sobrenombre.—¿Es el que capturó á Zurbano?—Precisamente.

Volvimos la cabeza á impulsos de la curiosidad, y vimos á un hombre con sombrero y levita, lo mismo que cualquier otro. Con todo, como le juzgábamos *á posteriori*, nos pareció leer en su figura la historia de toda su vida. No pudimos prescindir de trasladarnos mentalmente al canal de Castilla, donde se nos figuró estarle contemplando bajo el dominio de un cabo de vara. Bien es verdad que el exámen que de él hicimos era, como hemos dicho, *á posteriori*; tenia cierta analogía con las investigaciones frenológicas que hace Cubí del cráneo de Cárlos Espagne, de quien dice que era muy cruel,

lo que todos sabiamos antes de que él lo dijese y sin necesidad de llamar la frenología á nuestro auxilio. Tal vez si el que nos dijo que el transeunte de la calle de Atocha era Boleas nos hubiese indicado que era el duque de Osuna, nos hubiera parecido Boleas una cosa muy distinta de la que nos pareció, y si nada absolutamente nos hubiera dicho, á pesar de que Juan Mateo tiene una de esas caras que forman por sí solas el proceso de un hombre, le hubiéramos dejado encender su cigarro con el nuestro si nos hubiese pedido lumbre, sin lavarnos despues las manos.

D. LORENZO ARRAZOLA.

¿Hay en el mundo algun descifrador de geroglíficos que tenga la bondad de decirnos por qué razon D. Lorenzo Arrazola ha figurado en el partido de Isabel? Arrazola es absolutista, sin que jamas haya sido otra cosa, tan absolutista como Arias Tejeiro, y sin embargo le hemos visto hacer papel al lado del trono constitucional, cuando sus opiniones le señalaban un puesto al lado de D. Cárlos. ¿Acaso se hizo isabelista á impulsos de la conviccion en que estaba de que la corona de España pertenecia de derecho á Isabel II? Arrazola es hombre de talento y no le haremos el poco favor de creer que sacrificó sus opiniones políticas á la cuestion dinástica. Nosotros no nos chupamos ya los dedos para dejarnos seducir por los aspavientos de los legitimistas

que se hacen reir á si mismos con sus chistosisimas teorias de derecho divino. Todos los reyes son reyes por la gracia de Dios, sin la cual nada se puede ser en este mundo, en lo que se nos figura que Arrazola debe ser de nuestro mismo modo de pensar. Pero si no es un interes dinástico, un respeto á la legitimidad el móvil de sus acciones, ¿por qué abrazó la causa de Isabel II que á mas de llamarse reina por la gracia de Dios lo es tambien por la gracia de la Constitucion? ¿De cuando acá el señor Arrazola es constitucional? ¿Pues y aquel prontuario de filosofía tan cuco que publicó en el año 1828 para servir de testo á sus discípulos en la universidad de Valladolid, redactado con preguntas y respuestas en forma de catecismo? ¿Quiere que le recitemos algunos trozos? Con mucho gusto, señor D. Lorenzo, con mucho gusto. ¡Vaya! ¡como que es una cosa que nos gusta muchísisimo!

«Pregunta. ¿Qué forma de gobierno es la mas á propósito para promover la felicidad?

Respuesta. La monarquía absoluta hereditaria.

P..... ¿Por qué?

R..... Porque donde hay muchos que manden es necesaria la discordia y la emulacion, ya por avaricia, ya por la miseria de nuestra naturaleza.

Segundo. Porque el monarca considera el reino como de sus hijos, y trabaja por lo tanto con esmero como un buen padre de familias.

P..... ¿Qué es la magestad comunmente llamada soberania?

R..... La reunion de las prerogativas por las cuales el principe se constituye tal.

P..... ¿Qué son estas prerogativas ó regalias?

R..... Llámanse asi las facultades absolutas sobre el reino en todos los ramos, y que de tal suerte son necesarias al principe, que sin ellas seria principe solo en el nombre.»

No se crea que cuando semejantes principios inculcaba el Sr. Arrazola en el ánimo de la juventud de Valladolid no se le habian cerrado las fontanelas; era ya tan hombre como ahora; tenia ya osificados todos los cartílagos; estaba mas espuesto á un ataque de gota que á un ataque de eclamsia (1), es decir que se hallaba ya en una edad en que el hombre ha dado lo que puede dar de sí, y en que las opiniones han echado en el corazon raices profundas que no puede arrancar el azadon de la esperiencia sucesiva. Es de presumir que el señor Arrazola, consecuente con sus principios, no dejó de ser absolutista por afiliarse á los constitucionales, y ¿quién sabe si creyó servir mejor al absolutismo al lado de la reina constitucional que al lado del que sin embozo de ninguna especie aspiraba á ser rey absoluto? Para nosotros es indudable que han hecho

(1) Enfermedad nerviosa propia de la infancia.

mas daño á la libertad los que han afectado servirla sin ser liberales que los que abiertamente la han combatido; asi como creemos tambien que han perjudicado mas al absolutismo sus malos servidores que sus enemigos declarados. Durante nuestra revolucion muchas piezas no han estado en su lugar. Si D. Cárlos hubiese regalado Maroto á los constitucionales y los constitucionales hubiesen regalado Martinez de la Rosa á D. Cárlos, algo mejor servidas hubieran estado las dos causas que se disputaban la victoria, y carlistas y liberales hubieran ganado en el cambio. Trueques de esta naturaleza podian hacerse infinitos, porque los servidores trastocados de una y otra causa eran desgraciadamente muy numerosos.

Arrazola diputado, senador ó ministro, cualquiera que sea la influencia de la posicion que ocupe no contribuirá al desarrollo de la libertad constitucional sino siendo infiel á los principios que ha dejado consignados en su prontuario. Absolutista como es, por precision sirviendo al trono constitucional ha de hacer traicion á su conciencia ó faltar á la causa de que se supone servidor. De todos modos su conducta le hace acreedor á una calificacion desfavorable. Para ser consecuente con sus opiniones, para no ponerse en contradiccion consigo mismo debió renunciar á la política, condenarse á una inaccion permanente y á una neutralidad absoluta, ó procurarse al lado de D. Cár-

los el puesto que ocupó al lado de Isabel. Acogerse á la bandera constitucional siendo absolutista, es una anomalía que no se esplica sino atribuyéndola á causas seguramente poco favorables. O Arrazola se acogió á la sombra del estandarte constitucional sin mas que porque creyó que tenia probabilidades de triunfo, en cuyo caso no pasa de ser un miserable egoista, ó se acogió al pendon de la libertad para esterilizar su triunfo y contrarestar sus progresos, lo que debe valerle de parte de los hombres de bien un epiteto que nunca se aplica legítimamente al que lo es. Él no puede negar que bajo un régimen constitucional admitió el cargo de ministro sin por esto dejar de ser absolutista, como lo prueban las siguientes palabras que dirigió á la reina madre en una ocasion crítica, y que nosotros nos tomamos la libertad de ilustrar con notas.

• Despues que los partidos estremos se han hostilizado tanto y han encrudecido tanto su guerra, por bien del pais debe tantearse si es posible marchar entre ellos *sin afiliarse esclusivamente en la estrema de ninguno* (1). Este es mi sistema (2), pero si fuese posible inclinarse á alguno de los estremos, el progreso á fuerza de progresar puede conducirnos

---

(1) Todo lo que está en bastardilla podia decirse con esta sola palabra: *pasteleando.*

(2) Y es magnífico. ¿Dónde lo ha comprado V? No se desprenda V. de él, no se lo dé V. á nadie.

á un abismo, á la anarquía (1), con lo que nada existe; los moderados á fuerza de retrogradar, ya que eso se les impute (2), podrian volver hasta el absolutismo; pero con el gobierno absoluto han existido las naciones, y es por tanto compatible con la conservacion y la prosperidad de los pueblos (3).»

Al buen entendedor pocas palabras le bastan, sobre todo cuando al que habla se le conoce como conocia la reina madre al señor Arrazola..... por su prontuario. No habia necesidad de andar en tapujos. Todo lo que quiso decir Arrazola, doña María Cristina lo hubiera comprendido lo mismo si le hubiese dicho: «Es menester que hagamos la nuestra pasteleando, y si al cabo hay necesidad de optar entre el progreso y el absolutismo, optaremos por el último.»

Los consejos dados por el señor Arrazola á la reina madre nos parecen muy propios de un autor de un prontuario absolutista, pero no muy propios

---

(1) Progresando se va á la anarquía; pero entiéndase que los absolutistas llaman anarquía á la libertad, asi como los anarquistas llaman libertad á la anarquía; y el señor Arrazola es absolutista como lo dejó probado en su prontuario.

(2) Sí, era una imputacion; el tiempo que media desde que el señor Arrazola fué ministro nos lo ha probado con datos irrecusables.

(3) Gracias á Dios que se decide. Nos estábamos temiendo que el ministro constitucional, autor del prontuario absolutista, en la precision de optar entre el progreso y el absolutismo, optaria por el progreso.

de un ministro constitucional, y es porque no nos parece propio de un ministro constitucional ser autor de un prontuario absolutista. Bien es verdad que los que conocemos el pensamiento reaccionario que dominaba á la sazon en elevadas regiones, no podemos ignorar que no era un defecto en un ministro constitucional no ser constitucional. Tal vez, ó por mejor decir probablemente, si el señor Arrazola no se hubiese dado á conocer por su prontuario, nunca hubiera llegado á ser ministro.

Esto no es significar que el señor Arrazola no merezca por sus talentos ser ministro, particularmente en una época y en un pais en que al ministerio y al cadalso llega el que menos se lo piensa. ¿Quién le habia de decir al *Guirigay* que seria ministro y á Zurbano que moriria fusilado en Logroño concluida la guerra? Nadie, como nadie le hubiera dicho al señor Arrazola, mientras estaba componiendo su prontuario absolutista, que llegaria á ser ministro constitucional.

Arrazola pasa por uno de los padres graves, por una de las primeras espadas del partido moderado, lo que se debe menos á la importancia que tiene que á la importancia que se dá. Como ministro hace lo mismo que los otros que lo son; no hace nada. En esta tierra de camarillas en que con frecuencia el rey no reina y el gobierno no gobierna, un ministro tiene poquisimo que hacer, porque todo se lo dan hecho. En la época en que el señor Arrazola fué ministro se ha-

llaba encerrado entre dos exigencias diametralmente opuestas, y tuvo habilidad para sostenerse hasta que tropezó con una espada omnipotente superior á todas las argucias. Compuesto el gabinete en su generalidad de pobres medianias, Arrazola, que no deja de ser diestro, disimulado y profundo, logró dominar con la fuerza de su genio á los demas ministros sin que estos lo supiesen; es hombre que convence á los demas con sus propios sofismas sin que los agenos le alucinen jamas á el; haciéndolo todo, es decir, todo lo que él y otros querian que se hiciese, supo pasar desapercibido y quedarse siempre firme como una columna en el edificio ministerial tantas veces desmoronado. Hubo un breve periodo en que la administracion á que pertenecia, la cual politicamente considerada no era muy amiga de Espartero, manifestó en todos sus actos cierto deseo de transigir con el partido progresista sin declararse en abierta oposicion con los moderados, á cuyas filas pertenecia. Dió algunas pruebas aquella administracion de que si no se hallaba dispuesta á doblarse á las exigencias de los progresistas, trataba al menos de contemporizar con ellos, haciendo de la necesidad virtud y sacrificando en parte su espiritu de banderia al interes de sostenerse. ¿Quién no ve en esta marcha puesto en práctica el sistema que Arrazola aconsejó que se adoptase en las palabras suyas que anteriormente hemos transcrito? ¿Quién no ve en esta política la política contemporiza-

dora que encomendó Arrazola que se siguiese, mientras no llegase la ocasion de presentarse sin máscara de ninguna especie y sin ambigüedades hipócritas, con un color pronunciado y con un esclusivismo absoluto? A mas de que esta conducta es muy propia de un ministro constitucional autor de un prontuario absolutista, ministro en virtud de una constitucion que su conciencia rechaza; es propia tambien de un hombre que quiere continuar siendo ministro y ha de dejar de serlo si se indispone con una de dos influencias opuestas entre sí. Arrazola servia á un partido para ser el amo del partido que servia, y con esto él y el partido quedaban contentos. Poco á poco y sin dejarse sentir adquirió una preponderancia singular que le hubiera hecho dueño del ministerio, si el ministerio hubiese podido tener dos dueños. Alaix lo era todo á la sazon. Alaix era ministro de la Guerra, se hallaba en completa armonía con Espartero, y esto hacia su voluntad superior á todas las voluntades. Sin esta circunstancia, gozando Arrazola como gozaba de la confianza de la Regente, se hubiera hecho besar la mano por sus cólegas y les hubiera manejado como niños de la escuela. Como que D. Lorenzo es un padre landola que acostumbrado á poner orden en la Universidad á fuer de maestro, sabe mandar y sabe hacerse obedecer. Perez de Castro, á pesar de ser presidente del consejo y de tener mas años de los que se necesitan para llamarse viejo, hubiera tenido miedo á

la palmeta y hubiera dicho á todo *fiat voluntas tua*. Pita Pizarro, ministro de Hacienda, era el único que no carecia de genio ni de tacto político, pero este se habia propuesto dejar rodar la bola, y lo mismo se le daba que mandase Juan ó que mandase Diego; hubiera seguido haciendo la suya y dejando á los demas que hiciesen la suya tambien; cansado de farándulas, ya no iba mas que á su conservacion, y seguramente era de sentir, porque tenia talento y hubiera hecho algo á favor de la nacion si no hubiese querido hacerlo todo á favor del individuo. Sin Alaix, Arrazola hubiera sido de hecho el presidente del gabinete, ó por mejor decir hubiera sido él solo todo el gabinete. Perez de Castro no era presidente mas que de nombre: carecia de genio y de influencia; era uno de esos hombres que la farsa gubernamental de los partidos colocasen los ministerios como pantalla que oculta sus designios, y los moderados le defendian como una barricada, porque recibia los tiros asestados contra ellos. Sin Alaix, el único díscolo que podia hacer oposicion á Arrazola era Pita Pizarro, y Pita Pizarro no se la queria hacer. Todo al cabo se lo habia de llevar el demonio muy pronto, y él lo conocia.

Arrazola ha sido desgraciadamente catedrático de filosofía; siendo ministro, toma el ministerio por una cátedra, el congreso por una escuela, y no sabe hablar en el santuario de las leyes sin aplicar á los diputados la pedagogia de los institutos de segun-

da enseñanza. Acostumbrado á un auditorio dócilmente sometido al yugo de su autoridad, se irrita en un congreso, donde sus palabras lo mismo que las de cualquier otro se sujetan al martillo y al yunque de la discusion; se exaspera al verse impugnado, contradecido y hasta vencido, lo que sin embargo es incapaz de confesar; delante de Olózaga se parece á Pidal delante de Cortina; Olózaga es tan díscolo, tan soberbio como él, le aventaja en dotes parlamentarias, le iguala en astucia, y nada admite sin exámen, ni se deja convencer jamas por la sola fuerza del *magister dixit*. Con todo, la distancia que separa á Arrazola de Olózaga es infinitamente menor que la que separa á Pidal de Cortina. Olózaga tiene en Arrazola un adversario digno de él; Cortina se bate con Pidal provocado por este y le da tantas estocadas como quiere; le mata, y esta muerte es un asesinato, y lo que es peor aun, cuando le asesina parece que le perdona. Olózaga se bate con Arrazola, y aunque le lleva alguna ventaja, tiene necesidad en la lucha de emplear toda su destreza; una distraccion podria costarle la vida. Con esto no queremos significar que Cortina sea superior á Olózaga, sino que Arrazola es infinitamente superior á Pidal. Arrazola seria un adversario digno de Cortina como lo es de Olózaga; Pidal no seria un adversario digno de Olózaga como no lo es de Cortina.

En manos de Olózaga Pidal moriria todavía mas pronto que en manos de Cortina, porque Olózaga es

mas impetuoso, abusa mas de su superioridad, emplea constantemente todas sus fuerzas, da la batalla sin cuerpo de reserva, hace entrar en accion todos los elementos de que puede disponer, lo mismo si el enemigo es débil que si el enemigo es poderoso. Cortina nunca emplea mas fuerzas que las que necesita para vencer á su contrario; mete la espada en el corazon, pero nunca la mete hasta el puño. Cuando está seguro de que su adversario queda mortalmente herido, se divierte con sus convulsiones, y le deja revolcándose sin hacer caso de sus impotentes esfuerzos. A Olózaga le irrita hasta que su contrario se mueva; no le quiere moribundo sino muerto, y muerto en el acto de una manera fulminante. Mete en la herida el puño de la espada y hasta el brazo. Con el golpe que da para matar á uno podria matar á seis. Cortina no atormenta á su víctima, y afectando generosidad, él mismo suministra gotas de cordial al agonizante para prolongar con su vida sus padecimientos. Obra como una enfermedad crónica incurable, como un cáncer que mata lentamente pero que mata con seguridad.

El carácter de Olózaga y el de Arrazola en ninguna ocasion se pusieron tan de manifiesto como en las borrascosas sesiones que tuvieron lugar en la asamblea despues del convenio de Vergara. Aquel período es en realidad el período de mas agitacion y de mas encarnizada lucha parlamentaria que ha

sufrido la España constitucional. La libertad estaba muy lejos de quedar asegurada con la destruccion del partido carlista que á mano armada la habia combatido; no hubo pasion política que no se dispertase despues de la guerra; levantáronse insaciables ambiciones; urdiéronse intrigas de todo género; el absolutismo disfrazado de constitucional queria que las instituciones perdiesen en el parlamento el terreno que habian ganado en el campo de batalla. A la contienda terminada en Vergara sucedió inmediatamente un período de crísis, de manejos diplomáticos, de confianzas y de zozobras, de cambios de escena y peripecias sorprendentes, de suerte que el pais cansado de turbulencias vió espirar la causa de D. Cárlos sin por esto mecerse en la esperanza de que pronto descansaria tranquilo en el regazo de la paz. Resortes diplomáticos puestos en juego para apoderarse de la situacion nueva que habia de suceder á la pacificacion del pais, apertura de las cortes, ruidosa cuestion de los fueros, discusiones acaloradas, interpelaciones bruscas, borrascas parlamentarias, próroga de las sesiones de las cortes y consecutiva disolucion de estas, elecciones reñidas y tenazmente disputadas, amaños y manejos ministeriales, manifiestos lanzados como guante de desafío en el palenque electoral, el trono y el gobierno responsable favoreciendo á un partido, un general en gefe con cien mil bayonetas dando aliento á otro partido rival, todo esto levantaba una polvareda que

oscurecia mas el horizonte que el humo de todas las descargas disparadas durante siete años de encarnizada guerra civil.

Amenazaba á los españoles una reaccion nueva provocada mañosamente por la corte del Sena, cuya política ambigua estaba perfectamente representada en España por el marques de Rumigni, quien mas bien agente de negocios de Luis Felipe que representante de la nacion francesa, servia de vehículo á las inspiraciones procedentes de Paris para hacer obrar al gabinete de que Arrazola era el alma, por la sencilla razon de ser Cristina el alma de Arrazola, de la manera que mas favoreciese los intereses dinásticos de Luis Felipe. A pesar de Luis Felipe la causa constitucional triunfó en Vergara, y desde entonces á volver contra la Constitucion este triunfo se dirigieron todos los manejos de la diplomacia francesa. El partido moderado de la Península, auxiliar de la política de las Tullerías, daba aliento á la reaccion provocada por la diplomacia del Sena. La regente, á trueque de aumentar las prerogativas del trono á espensas de las del pueblo, parecia dispuesta á prescindir de los sacrificios que por ella habian hecho los liberales y favorecia con afan el único sistema de gobierno capaz de perpetuar nuestras contiendas y de devolver un nuevo soplo de vida al partido carlista moribundo. Afortunadamente Espartero añadió al lema de Constitucion que tenia escrito en su bandera el de independen-

cia nacional, y con esta palabra tan indeterminada y genérica dió á entender que reprobaba los manejos de las Tullerías, y que estaba dispuesto á no dejarse envolver en las fatales redes tendidas por la diplomacia francesa. Los progresistas adoptaron inmediatamente el lema del general pacificador, y desde luego el gefe de las armas fué tambien gefe del partido progresista. Robustecidos los progresistas con este apoyo y con el éxito de las elecciones, que les fué sumamente ventajoso á pesar de las intrigas de todo género que se opusieron á su triunfo, los diputados que representaban sus ideas se presentaron á luchar en el congreso con muchas esperanzas de obligar al gobierno á seguir una marcha mas patriótica y liberal. No tardó en someterse á su deliberacion una de esas cuestiones capitales y ruidosas que permiten el desarrollo de todas las ideas y deslindan perfectamente el terreno que debe ocupar cada partido. Esta cuestion era la de los fueros, cuestion delicada, porque en ella iba envuelta la de la unidad constitucional, y porque no podia tocarse sin remover las cenizas de la guerra civil y esponerse á que estando todavía mal apagadas se desprendiese de ellas una centella capaz de inflamar nuevamente toda la Península.

El gobierno ó Arrazola, que es lo mismo, derrotado en el palenque electoral, no bien el congreso quedó constituido, tomó por broquel la cuestion de los fueros para evitar los tiros de sus adversarios

creyendo que la oposicion no se atreveria á atacarle cubriéndose con un escudo del cual, en el choque con las armas de la oposicion, podia saltar una chispa capaz de encender la guerra de nuevo en el pais acabado de pacificar. En la actualidad es cosa de todo el mundo sabida, y muy especialmente de nuestros lectores, que el convenio de Vergara fué obra de Espartero, y que esceptuando el general Alaix que obró constantemente de acuerdo con el general en gefe, ninguna parte tuvieron los ministros en la pacificacion del pais vasco-navarro. Arrazola, sin embargo, se presentó en el seno de la representacion nacional afectando ser acreedor á la gloria de tan grande acontecimiento, para hacerse acreedor tambien á la indulgencia de la mayoria del congreso empeñada en reprobar y condenar la marcha trazada al gabinete por el autor del prontuario absolutista. Sometiendo Arrazola á la deliberacion del congreso la cuestion de los fueros, «atacadme, decia tácitamente á los diputados, atacadme, si os atreveis, en este parapeto, al cual no podeis llegar sin esponeros á comprometer la paz de la nacion: la paz de la nacion es antes que todo; si tan indiscretos, tan ciegos sois que para atacarme penetreis en el sagrado inviolable á que con mis colegas me he acogido, sacrificaré, disolviendo las córtes, la representacion del pais al bien del pais.» Arrazola no deseaba otra cosa. Todos sus conatos se dirigian á encontrar un pretesto para disolver el parlamento antes que este

tratase de graduar el patriotismo con que se presentaba á los ojos de la nacion cubierto con la gloria de hechos en que no habia tomado parte; no aspiraba mas que á encontrar un pretesto de disolver las cortes antes de dar tiempo á la mayoría de fulminar contra él los graves cargos á que le hacia acreedor la política funesta de la administracion que le estaba subordinada. Se apresuró en presentar su proyecto de ley sobre fueros para que ningun diputado tuviese lugar de abrumarle bajo el peso de interpelaciones que pusiesen de manifiesto su conducta, pero no le valió el ardid, porque Olózaga era demasiado ducho para no conocer una estratagema de esta especie, y le sirvió de arma para atacar á Arrazola la misma cuestion de fueros que Arrazola habia tomado por escudo. Vió en la falta de franqueza y misteriosa conducta del ministro conatos de sacrificar á los fueros provinciales la ley fundamental del pais, y dijo con una resolucion singular que no se queria la Constitucion de la monarquía española.

Antes que Olózaga habian hablado otros en un sentido conciliador que no dejó de calmar momentáneamente el debate. Hubo un dia entero de calma que se debió principalmente al carácter contemporizador de Alaix, quien tuvo el suficiente poder para reprimir la tempestad provocada por las ambiguas y preñadas frases de Arrazola. Alaix es hombre abierto, de esos hombres cuya alma se transpa-

renta, que no tienen interior, si puede decirse asi, que tienen el corazon en el rostro y que no han aprendido otras palabras que las que sirven para espresar lo que se siente. Tiene por desgracia mas franqueza que oratoria, y aunque no carece de instruccion y mucho menos de despejo y de ingenio natural, su elocuencia llana y voluntaria se resiente de sus hábitos de campamento: todo en él es soldadesco, de suerte que basta verle sin oirle ú oirle sin verle para conocer que es un veterano. Olózaga, con objeto de romper las hostilidades, presentó por via de enmienda una proposicion suscrita por él y por otros seis que eran por sus talentos parlamentarios los principales adalides del Congreso. Como esta enmienda no pasó á la comision ni se oyó sobre ella al gobierno, Alaix dijo que habia entrado en el congreso á calacuerda. Por ingeniosa que esta metáfora sea, es indigna del recinto en que se vertió. Siguió dando Alaix sus descargos como ministro de la Guerra, y concluyó su arenga manifestando deseos de que un abrazo amistoso de diputados y ministros pusiese término á la cuestion.

Consiguióse en efecto que por un instante se amalgamasen las opiniones, las cuales se volvieron á hacer divergentes muy pronto, tomando de nuevo el respectivo cauce que cada partido les tenia señalado. La fiebre que á unos y á otros devoraba habia declinado momentáneamente, habia habido algunas horas de calma, de tranquilidad, de apirexia politi-

ca; pero á ellas sucedieron bien pronto otras de exasperacion, de delirio, de recargo, debidas á la tenacidad de Arrazola, que prefirió que se rompiesen de nuevo las hostilidades á modificar su errado sistema. Ni su orgullo, ni sus tendencias retrógradas, ni los compromisos que con la camarilla tendria tal vez contraidos le permitian desistir de su propósito, y su fatuidad de maestro unida á la inconsecuencia que imprimia á su carácter la necesidad de transigir con opuestas exigencias provocaron contra él todos los tiros. Se vió obligado á conceder una tregua para retardar la derrota, y sin embargo no queria confesarlo porque no se lo permitia su orgullo. «Nadie se jacte, dijo, de haber hecho reconocer al gobierno que iba por mal camino; pues si bien está dispuesto á ceder algun tanto, lo hace solo en obsequio de la paz y de la buena armonía, y aunque sea franco y alargue su mano á quien quiera recibirla, no se diga que ha soltado prenda alguna ó que ha recogido la que habia soltado imprudentemente.» Con esto cesó el armisticio y empezaron de nuevo las hostilidades. Entonces fué cuando pronunció Olózaga el discurso mas vehemente, mas virulento, mas cáustico de su brillante y azarosa carrera parlamentaria. Muchas veces fué interrumpido por los aplausos de las tribunas, muchas veces tambien por los arranques de cólera de Arrazola, que se sentia herido por los sarcasmos de Olózaga y se enfurecia como un toro que quiere en vano arrancarse las banderillas. Aprisionado

como una fiera en una jaula, no podia romper la insuperable barrera de cargos en que Olózaga le encerraba; padecia lo que un catedrático puesto en forma por un discípulo; se hallaba en un potro, como él mismo dijo interrumpiendo al orador y pidiendo gracia al presidente ya que no la podia obtener de su adversario implacable. «Señor presidente, esclamó, deseo saber si los ministros hemos venido aqui como un poder constitucional ó si nos sentamos como reos en el banco de los acusados.» Ya hemos dicho que Olózaga no tiene compasion de su víctima; miró á Arrazola con una espresion de enojo indefinible, y le dijo con una sonrisa sarcástica: «Muy pronto se alarma el Sr. ministro, tome un poco de paciencia que mayores cosas oirá. Lo que he dicho es nada comparado con lo que tengo que decir. ¿Pues qué? ¿nada han de sufrir los que vienen aqui á insultarnos, hablando de su administracion como de la de un Napoleon, como de la de un Alejandro? Sufran los señores ministros, mas sufre el pais que tiene que sufrirles á ellos.» Y siguió despues de esto siendo todavía mas irritante. Probó que no habia presidido á la formacion del gabinete un pensamiento constitucional y que se habia formado sin respeto á las prácticas parlamentarias. «Deseo que se me diga si es esta la cuestion, esclamó Arrazola con furor; si es esta el orador se halla en efecto en su lugar, pero estamos en la de fueros.» Olózaga acabó de irritar al interruptor di-

ciendo: «Si alguna duda tuviera yo de lo ciertos que son los cargos que hago, me la desvaneceria la vegiga que levantan al señor ministro de Gracia y Justicia.»

No permite la naturaleza de esta obra dar siquiera un estracto del importante discurso de Olózaga, pero las pocas palabras de que nos hemos hecho cargo son suficientes para hacer ver el estado de reaccion en que debieron poner el amor propio de Arrazola. Tampoco es esta ocasion de ir siguiendo uno tras otro los numerosos accidentes del debate, los variados giros que tomó y las peripecias que sobrevinieron; basta decir que un abrazo puso fin á la mas acalorada sesion de nuestros fastos parlamentarios, asi como lo habia puesto á la mas encarnizada de nuestras guerras civiles.

Arrazola sin abdicar su pensamiento ya conocido y aplazando para mejor ocasion la ejecucion de sus contrariados proyectos, en los primeros dias que siguieron al de la conciliacion no sometió á la arena del debate ninguna de esas cuestiones de porvenir político que dispiertan exigencias y acaloran los ánimos. No presentó mas que proyectos de ley de poca importancia, los cuales solo provocaron discusiones apacibles y someras que marcharon con una lentitud estremada, y en que el espíritu de partido apenas tomó parte. Pero arrastrado por sus instintos y quizás por la impaciencia reaccionaria de la camarilla de que recibiera inspiraciones, hizo suceder

á esos asuntos casi sin fondo político, otros de grande trascendencia para cada una de las fracciones que se disputaban la victoria y el porvenir. En un proyecto que presentó á las córtes sobre organizacion de la milicia nacional, descubrió cuan antipática le era esta institucion, que es una de las primeras sobre que descansan los gobiernos libres. No eran menos retrógrados el proyecto de ley de imprenta, mas odioso y contrario á la libre emision del pensamiento que la libre censura, y el de la ley de ayuntamientos, que chocaba abiertamente con los deseos de los progresistas y con todos los hábitos y tradiciones populares, el cual desgraciadamente habia ya sido discutido y aprobado por las córtes anteriores.

La conducta reaccionaria del gobierno de que Arrazola era gefe y de la camarilla que el público designaba, sembrando en todas partes desconfianza y descontento, no podia dejar de producir una conflagracion general. No seguiremos paso á paso á Arrazola, ni es posible enumerar sus errores, ni las catástrofes que produjo su administracion. ¿Qué otra cosa podia producir mas que males y anomalías sin cuento un ministro constitucional autor de un prontuario absolutista? Un viento de temporal que precedió en Barcelona á la insurreccion de setiembre y que formaba ya parte de esta grande tempestad, le hizo naufragar con sus colegas y con su sistema, y desde entonces no ha adicionado el catálogo de sus

hazañas políticas con ninguna que sea digna de particular mencion, pues se ignora la parte que tomó, si es que tomó alguna, en la famosa protesta de Marsella, en los sucesos de octubre de 1841, y en las demas borrascas que tan turbulento hicieron el periodo de la regencia de Espartero. En la actualidad Arrazola atraviesa como desapercibido la larga reaccion que esperimenta el pais, su nombre está ahogado por otros nombres de celebridad todavia mas funesta y mas reciente; los tristes ecos de lo pasado espiran enmudecidos por el ruido de una actualidad mas triste todavia, y los actos de los hombres de hoy apenas permiten al pais acordarse de los actos del célebre autor del prontuario absolutista.

Por lo demas, lo que llevamos dicho del célebre Arrazola es suficiente para que nuestros zoólogos le clasifiquen como se debe y le coloquen en el lugar que le corresponde entre nuestros anfibios políticos. Acaso encuentren en él un tipo desconocido que le haga acreedor á un puesto enteramente nuevo. En efecto, Arrazola es tal vez el único tránsfuga del partido absolutista que se ha pasado á los moderados todo entero, con todas las ideas que tenia antes de ingresar en sus filas, sin sufrir en sus opiniones la modificacion mas insignificante. Siendo ministro constitucional era tan absolutista como cuando estaba redactando su prontuario de filosofía. Es por esta razon uno de los desertores de peor género,

uno de los neófitos mas funestos á la nueva comunion á que se afilian.

Arrazola tiene talento; es seguramente una de las cabezas mejor organizadas de la fraccion ultra-moderada, ó llámese fraccion absolutista de Isabel II constitucional. Es un orador ingenioso y sagaz que apareceria en primer término al lado de los mas distinguidos, si fuese menos escolástico y menos quisquilloso, y sobre todo si fuese mas igual. Tiene uno que otro arranque poético, que resalta en sus discursos áridos y descarnados como una flor en un arenal. Su elocuencia es por lo comun seca como la de Cortina, á quien se pareceria mucho mas si tuviese su impasibilidad. Pero Arrazola es irritable, aunque no tanto como Pidal, el cuñado de Mon, que se amontona sin saber él mismo el motivo, solo con ver á Cortina, sin que el furor le dé jamas imágenes ni ideas. Arrazola al menos en medio de su rabia y de las reacciones de su orgullo tiene salidas magníficas que no provocan la risa como las palabrotas insultantes y de mal gusto que pone el enojo en la boca del displicente asturiano. ¿Cuándo se le ocurrirá á Pidal una metáfora como la que hemos citado de Arrazola al interrumpir á Olózaga? Pues metáforas de esta naturaleza, aunque no son comunes en Arrazola, son sin embargo en número suficiente para acreditarle de vez en cuando de poeta, siendo digna de mencion aquella de que se sirvió para contestar á un ministro bravatero que dijo que

ó moriria ó llevaria á cabo su sistema. «¡La tumba de una nacion, respondió Arrazola, no se llena con el cádaver de un ministro!!» ¡Qué lástima que un hombre que tiene estas salidas haya sido ministro constitucional despues de haber compuesto un prontuario absolutista! ¡Qué lástima que no haya sido siempre absolutista ó siempre constitucional, y sobre todo, qué lástima que ya que ha sido las dos cosas, no haya sido primero la una y despues la otra y no las dos á la vez!

Arrazola siendo ministro se exagera demasiado su importancia, y á esto tal vez se debe en gran manera el estilo curial de su elocuencia, la cual, á pesar de las imágenes con que la adorna demasiado escasas seguramente, huele desde muy lejos á rapé y á agua bendita. Es una elocuencia mista entre la de la cátedra y la del púlpito, y repetimos que este tono magistral que adopta en la tribuna puede ser debido á que se considera demasiado hombre de estado. Es uno de esos que creen leer en el porvenir, y sin embargo en una de las épocas mas azarosas de su administracion le hemos visto ignorando completamente la situacion que él habia contribuido á crear. Pocos dias antes de tomar tole para Francia impelido por la reprobacion popular, se hacia la ilusion de que triunfaria en la lucha, de suerte que cuando el ayuntamiento de Barcelona regaló á Espartero una corona de oro, dijo con un tono de profeta: «El ayuntamiento regaló á Esparte-

ro una corona de oro; nosotros al ayuntamiento se la pondremos de espinas!» ¡Pobre Arrazola! A los dos dias de su profecia pedia acogida en la bahia de Barcelona á un buque estrangero.

D. EVARISTO PEREZ DE CASTRO.

¿Qué especie de hombre es ese que á pesar de haber sido presidente de un consejo de ministros en una de las épocas mas azarosas, nada absolutamente significa en política? ¿Cómo llegó á ser ministro sin tener significado político, y como no adquirió significado político siendo ministro? Si bien se medita, muy poco tiene de estraño eso que tan anómalo parece. Perez de Castro siendo ministro nada tenia que significar porque nada tenia que hacer, y como nada hizo efectivamente siendo ministro, dejó de ser ministro sin haber adquirido mas significado que el que tenia antes de serlo. Era un verdadero presidente honorario de un ministerio honorario tambien. Ni siquiera servia de instrumento como Arrazola y Alaix, de los cuales el pri-

mero parecia una especie de procurador de palacio y el segundo una especie de procurador del cuartel general. Con solo Arrazola y Alaix no solo el ministerio estaba completo, sino que cada uno de ellos constituia de por sí todo un ministerio. Alaix tenia las seis carteras, inclusa la de Arrazola, como ministro del general en gefe, y Arrazola tenia las seis carteras, inclusa la de Alaix, como ministro de la camarilla. Los demas que á su lado se titulaban ministros, eran ministros puramente nominales; no ocupaban del ministerio mas que las sillas, en las cuales, siendo menester que se sentase alguno para salvar las apariencias, se sentaron ellos, lo mismo que se hubiera podido sentar cualquier otro. Al cabo para sentarse no se necesita ser un político profundo, ni la posicion de estar sentado es de las mas difíciles y fatigosas, porque la base de sustentacion formada por las nalgas es muy dilatada, los músculos de esta region bastante considerables por su grosor, y la gordura que los cubre tan abundante y elástica que forma una almohada suficiente para preservar la piel de la presion. Seguros estamos de que en España son tan numerosos los que saben sentarse y estar sentados, que aunque Perez de Castro y comparsa no se hubiesen sentado en las poltronas ministeriales, no por esto hubieran quedado sus poltronas desocupadas. Lo único que Alaix y Arrazola necesitaban de sus colegas para completar su administracion eran las nalgas, unas nalgas que lle-

nasen las sillas vacantes ; las cabezas no las necesitaban para nada. Si Alaix y Arrazola hubiesen podido sestuplicar sus caderas, ni reales, ni nominales hubiera habido mas ministros que ellos; de consiguiente los que con ellos fueron ministros fueron unos meros suplementos del número de nalgas que les faltaban, no tenian de ministros mas que las nalgas, solo por las nalgas llegaron á ser ministros.

Asi, pues, Perez de Castro no tuvo en el ministerio mas significado político que el que el daban las nalgas, y las nalgas en política nada significan. El vulgo, sin embargo, que toma por ministros á los que ocupan las sillas ministeriales y que designa los ministerios con el nombre del que ocupa la silla de la presidencia, daba el nombre de Perez de Castro á la administracion de que Perez de Castro era presidente nominal, presidente, como queda probado, por la gracia de las nalgas. Pero los que buscan el busilis de las cosas, los que saben que hay nombres que son definiciones y definiciones que son esenciales, llamaban Arrazola-Alaix al gabinete que la gente vulgar llamaba Perez de Castro, de suerte que Perez de Castro ni siquiera dió nombre á la administracion cuya presidencia le pertenecia oficialmente. Esto nace de que los hombres no significan lo que son ó lo que parece que son, sino lo que realmente valen. Narvaez, por egemplo, quiso ser igual á Espartero, y cree haberlo con-

seguido haciéndose capitan general como Espartero, haciéndose dar como Espartero un título de duque, etc., etc., sin hacerse cargo de que lo que vale Espartero no lo vale por los títulos y condecoraciones que tiene, sino por el modo como los ha adquirido. No por tener Narvaez lo que Espartero tiene, será un digno rival de Espartero mientras no sean dignas rivales las hojas de servicios de uno y de otro. Es lo que Narvaez no quiere comprender; no quiere comprender que el título de conde de Luchana, por ejemplo, debido á la batalla de Luchana, como el de conde de Belascoain debido á la batalla de Belascoain, será siempre mas grande que el título de duque de Valencia debido... á haber desembarcado en Valencia. Este título es una irrision, como el título de presidente del consejo de ministros que tenia Perez de Castro.

Con todo, Perez de Castro no dejaba de hacer algo; todo lo que hacia lo hacia mal, pero lo hacia. Si antes de pensar en ser ministro se hubiese sometido á las investigaciones de un hechicero para que le dijese la buena ventura, y el hechicero le hubiese augurado que algun dia llegaria á ser ministro, es seguro que en una carcajada de incredulidad hubiera enseñado las treinta y dos piezas de que se compone la dentadura, suponiendo que él la tuviese completa. «¡Yo ministro! hubiera dicho, ¿y hay quien crea en brujas? ¡Yo ministro! y ¿dónde están mis facultades para ser ministro?» Pero cuando se halló

con el nombramiento de ministro, se consideró tan ministro como cualquier otro; se tocó la frente, las megillas, el pecho y todas las partes de su cuerpo, se enamoró de sí mismo y se dijo: «Esta cara es de ministro, esta barriga es de ministro, estos muslos son de ministro; no hay nada en mí que no sea de ministro, soy todo yo ministro, ministro desde los calcañares al sincipucio, por dentro y por fuera soy ministro, todo ministro.» Y sin duda creyó desde luego que no habia un átomo en su organizacion que no se hubiese ennoblecido. «Por supuesto, se diria, un ministro sabe mucho, y puesto que yo soy ministro es claro que sé mucho.» Y se convenció el buen D. Evaristo no solo de que era ministro sino de que sabia mucho por la sencilla razon de ser ministro. Esta conviccion le dió tanto ánimo que creyó que ya no habia obstáculos que su inteligencia no allanase; se tomó á sí mismo por un eminente hombre de estado, por un diplomático profundo y acometió por el camino mas recto, que en politica no siempre es el mas corto, las mas complicadas cuestiones interiores é internacionales. Echando por el atajo, sin conocimiento de causas, sin examinar antecedentes ni prever consecuencias, se encaminó á la reaccion á que Arrazola mas ducho se conducia por tortuosos senderos, á la bayoneta y á paso de ataque, con lo que no consiguió mas que echarlo á perder todo mas pronto. ¡Tan cierto es que la ignorancia es siempre osada! *¿Quid enim imprudentia pro-*

dest? diria el escolástico Arrazola viendo al presidente del consejo que marchaba á la reaccion á toda vela, espuesto á zozobrar á cada instante, sin dejarse guiar por otro principio que por el *audentes fortuna juvat* y no por el *caute previa pericula vitans.* Se trataba de ir retrogradando paulatinamente, y Perez de Castro queria llegar al absolutismo en un abrir y cerrar de ojos, de buenas á primeras se empeñó en reducirlo todo á sustancia; antes de mover una pieza anunciaba jaque y mate, y como marchaba tan de frente por el camino real se le vió de lejos apenas dió el primer paso, y á fuer de centinelas avanzadas los periódicos constitucionales le gritaron alto y le hicieron un fuego horroroso. ¡Qué papeles tan ridículos desempeñó é hizo desempeñar á sus colegas! Se puso de acuerdo con Cea Bermudez, que es uno de los diplomáticos que de menos crédito gozan en la Europa liberal, para que el famoso autor del despotismo ilustrado proporcionase al absolutismo de la Península un punto de apoyo en las naciones estrangeras. Con su beneplácito Cea Bermudez fué proclamando en todos los ángulos de Europa, á la vez que la legitimidad de Isabel, principios contrarios á la ley fundamental del Estado. Las córtes, como era natural, quisieron que pesase la responsabilidad de este crimen de lesa nacion sobre el ministro que lo consentia, y Perez de Castro, que lo único que tiene de diplomático es no creer en el purgatorio donde van irremisiblemente los que fal-

tan á la verdad, con una serenidad Mendizabálica (1), con un descaro Mónico (2), con un desparpajo Torénico (3) respondió que la mision de Cea era esclusivamente de Cea, sin que el gabinete que él presidia (4) ni otro alguno anterior le hubiesen dado ningun impulso ni autorizacion: no faltó un mal intencionado, que en todas partes los hay, que sacándose del bolsillo una memoria publicada por Cea, le arguyó y reconvino repetidas veces con el testo documental del célebre misionero absolutista. «De hombre á hombre no va nada, diria Perez de Castro entre si, y un embustero no merece mas crédito que otro,» y proponiéndose morir convicto pero no confeso, negó rotundamente que el gobierno español tuviese parte en aquella oficiosa y servil mision. La contestacion no era de mucho tan fuerte como el cargo que la provocaba, con todo la dió el interpelado con tal seguridad que dejó á muchos indecisos y vacilantes. En medio de numerosas voces que decian: «*Perez de Castro se tostará en el purgatorio*, se oian otras muchas que neutralizaban este agüero diciendo: *Se tostará en el purgatorio Cea Bermudez*. Desgraciadamente para el concepto de veraz que Perez de Castro tenia singular empeño en obtener, po-

(1) De Mendizabal, ex-ministro de Hacienda.
(2) De Mon, idem.
(3) De Toreno, idem.
(4) Creia presidir. Nos permitimos esta rectificacion.

co tiempo despues de su rotunda negativa, Don Manuel Marliani, secretario de Cea en su liberticida mision, se descolgó en Paris con un folleto titulado: *Aclaraciones sobre la mision á las cortes de Berlin y Viena en principios de este año y sus ulteriores incidencias*, en el cual se incluian como comprobantes los documentos que insertamos á continuacion para poner de manifiesto la parte activa que en aquel negocio habian tomado el ministerio del duque de Frias y el mismo Perez de Castro.

« Número 1.° *Presidencia del consejo de señores ministros.*—MUY RESERVADO: S. M. la Reina Gobernadora me previene que comunique á V. S. de real órden, para que pase á entregar el adjunto pliego de su real servicio al Sr D. Francisco Cea Bermudez, donde quiera que se halle. Al mismo tiempo *es la voluntad de S. M.* que V. S. se halle á las órdenes del espresado Sr. Cea Bermudez, *á fin de emplearse en la comision* QUE S. M. HA PUESTO Á SU CUIDADO. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 1.° de diciembre de 1838.—*El duque de Frias.*—Señor D. Manuel Marliani.—Es copia.—Manuel de Marliani. »

« Número 2.° Muy Sr. mio: A su debido tiempo recibí el atento oficio de V. S. del 20 del pasado, al que mis muchas y continuadas ocupaciones y mal estado de mi salud no me han permitido contestar hasta hoy.

« Como acerca del importante asunto de que me

habla V. S. en ella *haya yo recibido directamente comunicaciones de los señores marques de Miraflores y Cea*, que no dudo sean á V. S. conocidas, y como por otra parte no puede tampoco ignorar el actual estado de la cuestion, creo inútil entrar en el fondo de ella.

«Me contentaré, pues, con dar á V. S. gracias por su atenta comunicacion, y con asegurarle *que la augusta Reina Gobernadora y el gobierno de S. M. se hallan sumamente satisfechos de la conducta observada por V. S.* EN EL IMPORTANTÍSIMO ENCARGO QUE SE LE CONFIÓ EN UNION CON EL SR. CEA, no dudando S. M. que continuará con el mismo celo y lealtad que hasta aqui, *ya en la misma comision, si sus servicios pudieran aun creerse necesarios en ella*, ó ya en cualquier otro encargo que la Reina Gobernadora disponga se dé á V. S. en lo sucesivo.

«Con este motivo se ofrece á la disposicion de V. S. su seguro servidor Q. S. M. B.—EVARISTO PEREZ DE CASTRO.—Madrid 18 de mayo de 1839.—Sr D. Manuel Marliani.—Es copia.—Manuel de Marliani.»

«Número 3.° *Primera secretaría del despacho de Estado.—La augusta Reina Gobernadora ha quedado muy satisfecha de los servicios prestados por V. S. cerca de D. Francisco de Cea Bermudez* EN LA COMISION RESERVADA QUE CONFIÓ Á AMBOS para las córtes de Berlin y de Viena, en la cual ha dado V. S. pruebas constantes de su celo y actividad, pero termina-

da, al menos por ahora, dicha comision en Alemania, á cuyo punto estaba circunscrito el objeto de ella, *S. M. no estima ya necesaria ni oportuna la asistencia de V. S. al lado del Sr. Cea*, y por consiguiente se ha servido mandarme decirle *que ha cesado* EN EL ENCARGO desde su regreso á Paris. S. M. me ordena igualmente asegurar á V. S. que tendrá muy en consideracion sus méritos, su constante adhesion al legítimo trono de su escelsa hija, y su acreditada capacidad para emplearlos en la primera ocasion que se presente con utilidad del servicio público.

«De real órden lo digo á V. S. para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 29 de mayo de 1839.—EVARISTO PEREZ DE CASTRO.—Sr. D. Manuel Marliani.—Es copia.—Manuel de Marliani.»

Si no hubiese purgatorio, Dios lo crearia *ex-profeso* para Perez de Castro, y no serian suficientes para rescatar á ese ex-ministro pecador todos los ayunos con que se aflige, todas las misas que oye, todos los Padres nuestros que reza y todos los golpes que se da en el pecho D. Joaquin Jaumar (1),

---

(1) Tuvimos la negra desdicha de ser deportados á la Habana, presos en la cárcel Nueva y luego confinados á la isla de Pinos, y la desdicha mas negra aun de ser deportados, presos y confinados con D. Joaquin Jaumar, cuyos escrúpulos de monja y ascéticos aspavientos empezaron por ser divertidos y

actual magistrado de la audiencia de Mallorca, quien como aplicase á las ánimas todos sus actos de devocion, en pocos dias dejaria deshabitado el purgatorio, á no ser que estuviese en él Perez de Castro, porque á este no hay misticones que le valgan, y la justicia eterna le condena á diez años de purgatorio con retencion, ó lo que es lo mismo á purgatorio para toda la vida del alma que nunca muere. Despues de leidos los documentos que hemos transcrito, si nos ocupamos de las espresiones que vertió Perez de Castro en la sesion del 28 de octubre con-

---

acabaron por ser pesados. El estado lastimoso de *nuestra Hacienda* nos obligaba á comer no lo que queríamos sino lo que podíamos, y si no teníamos mas que carne, comíamos carne aunque fuese viernes de cuaresma, pues nuestra condicion de pobres deportados nos eximia de ayunos y penitencias por los ayunos y penitencias que llevaba consigo mismo. D. Joaquin Jaumar, celoso observador de los preceptos de la iglesia hasta en el estado normal en que nos hallábamos, si era viernes de cuaresma y no teníamos mas que carne, para no comerla no comia. ¡Pero era su misticismo vergonzante! Le ruborizaban sus propias exageraciones, y para evitar que por ellas se le pusiese en ridículo, cuando llegaba el viernes afectaba estar enfermo, tener necesidad de una rigurosa dieta, y guardar cama todo el dia. Esos ayunos no hubieran sido malos para nosotros sino muy buenos, si al dia siguiente no se hubiese levantado con una hambre de oficial de reemplazo y unos dientes como espada sables que nos metian miedo á todos. Tenia reunidas las tres hambres descritas por los patólogos: *canina, bulimia y lupimia;* al llegar el sábado comia por el sábado y por el viernes. ¡Ave María purísima! ¡nosotros hubiésemos querido que todos los dias hubiesen sido viernes, porque en los otros dias

testando al diputado Calatrava, apenas podremos concebir que haya cabido en un ministro un cinismo tal que no haya encontrado en su propio decoro ningun obstáculo para faltar á la verdad. Es una contestacion modelo, acreedora á que la copiemos literalmente y hasta á que la adicionemos é ilustremos con un par de notas:

«Dice su señoría que hay mision hasta oficial, no de este ministerio, sino de otro. *Digo y torno á decir á su señoría que* NO HAY MISION NI OFICIAL NI INOFICIAL. Si yo me pusiera á esplicar aqui lo que se entiende por mision, que lo sé hace mucho tiem-

---

de la semana no bastaba para él la comida de todos. Particularmente los sábados salia de la cama como una fiera de la jaula y devoraba cuanto se le ponia delante. ¡Qué estómago, Dios mio! Aquello no era un estómago, era una alcantarilla, era un globo aerostático. Lo que hay en todo eso de peor es que Don Joaquin Jaumar no tenia una fé ciega como lo daba á entender su rigurosa disciplina, pues interpelado acerca de sus prácticas impertinentes por uno de nuestros compañeros, le contestó con franqueza que él se hallaba muy atormentado por la duda, pero que se habia echado la cuenta de que no siendo verdad lo que rezan los padres de la iglesia no equivalian las molestias que esperimentaba haciendo lo que ellos mandan, á las que esperimentaria no haciéndolo en el caso de ser verdad. *Jeringavisti*, Jaumar, le dijo el interpelante que sabia latin; Jaumar, te has geringado, porque todo lo que haces de nada te sirve si no lo haces con fé ciega. Te condenarás lo mismo que si no lo hicieses despues de haberte tomado la molestia de hacerlo. Nada replicó el misticon, porque el presidario que teniamos de cocinero avisó que ya podiamos sentarnos á la mesa. Desgraciadamente no era viernes.

po (1), vendria á aparecer un pedante (2), y abusaria de la tolerancia del Congreso; pero despues de asegurar QUE NO HA HABIDO MISION NI OFICIAL NI INOFICIAL, diré que la palabra mision encierra circunstancias que son inherentes á ella, y bastará hacer una reflexion: *¿Cómo pudiera el ministerio ó el gobierno español dar mision oficial para paises* que no reconocen á S. M? ¿Dónde se vió eso? No puede ser (3).

« Asi yo aseguro al señor Calatrava que si los gobiernos ó las córtes que ha visitado el Sr. Cea le han preguntado: ¿Trae V. encargo de su gobierno directo ó indirecto? La respuesta habrá sido como realmente fué: *no*, *señores*, *ninguno* (4). Sabe Berlin como sabe Viena que el Sr. Cea *iba por su cuenta*, *llevado solo por el impulso de esa voz que le habló* y que yo traduzco aqui *de sus amigos*. No digo que lo sean ó no, pero me basta á mi para la traduccion la idea de que puedan ser amigos personas interesadas en que se conociesen los derechos legítimos de la Reina, y en ese sentido se le habrá

---

(1) Y á la edad que tiene si no lo sabe no lo sabrá en su vida.

(2) Sin necesidad de ignorar lo que es mision, señor Perez de Castro.

(3) Pero es. Tampoco parecia posible que fuese V. E. ministro, y sin embargo era V. E. ministro. Faltar á la verdad todo un presidente de un consejo delante de una asamblea, eso si que parece que no puede ser.

(4) Discurso en forma de comedia. ¡Picarillo! ¡qué bien maneja el diálogo.

preguntado, como de hecho es asi: ¿Pues de parte de quién viene V? Y él habrá contestado, *de la mia*, tengo amigos aqui, y vengo á persuadir á VV. que los derechos de la reina son legítimos.» Y véase como por consiguiente NO HAY COMPROMISO NINGUNO DE PARTE DEL GOBIERNO: no ha habido, no podia haber ese desaire que cree S. S. en Viena, ni en ninguna parte; porque la persona que se presentó declaraba *que no iba por órdenes de nadie; que ni llevaba mision de ningun color. Esto es lo que quiero que el Congreso sepa;* que todos lo oigan, puesto que parece hay un *empeño en suponer que hubo un desaire y culpar de él al ministerio que de ningun modo se espuso á él.*

«NO SE HA DADO NINGUNA MISION, NI OFICIAL NI ESTRAOFICIAL, PARA ESAS CÓRTES, á quienes solo se hizo entender la doctrina del Sr. Cea, limitada á manifestar *como un particular* los buenos derechos de S. M. para deshacer la equivocacion que se padecia en Alemania sin meterse en la Constitucion del Estado. Yo lo sé, yo sé que en Viena no se ha hablado una palabra mas que lo que he dicho; lo sé, porque en Viena he tenido siempre quien me lo diga. En Berlin tampoco, y es menester que S. S. sepa esto, y si es menester se lo probaré, aunque no en público, porque no conviene ni conduce á nada, y le probaré tambien en particular como esa corte aliada á que ha aludido, celosa de la libertad española, celosa del interes de la reina y de la causa de la Cons-

titucion é instituciones españolas, ha estado muy conforme con esa memoria y con todo lo que *espontáneamente ha ejecutado ese español.*»

Ninguna reflexion hacemos acerca de lo chabacano de esta contestacion, porque por ella Perez de Castro debe ser juzgado no como orador sino como hombre moral. Con todo, es imposible resistir á la necesidad de hacernos cargo de la necia escusa con que se descolgó el presidente del consejo para contrarestar los cargos que se le dirigieron. La idea que se le ocurre para probar que el gobierno español no autorizó los pasos dados por Cea Bermudez es de las mas peregrinas. Dice con el candor de un niño que todavía no tiene cicatrizada la herida que le hicieron al cortarle el cordon umbilical, que los paises en que Cea desempeñó su mision no reconocian á Isabel II, y alega esto como razon para probar que era imposible que obrase Cea Bermudez con el beneplácito ó bajo las inspiraciones del gobierno de la reina, cuando el reconocimiento de esta era precisamente el objeto de la mision. Si las potencias del Norte hubiesen reconocido á Isabel II, la mision hubiera sido inútil y de consiguiente no la hubiera desempeñado, no hubiera servido de punto de partida á ningun cargo. Preciso es confesar que si el estilo de Perez de Castro es singularísimo, su lógica no lo es menos.

Pero hemos empezado este capítulo diciendo que Perez de Castro no tenia importancia política, y nos

ocupamos de él como si en realidad tuviese alguna. Es preciso pasar por alto todo lo demas que de él pudiéramos decir, puesto que le hemos concedido en este libro mucho mas puesto del que merecia. Con todo, por si acaso algun arqueólogo ó algun aficionado á antigüedades le quiere estudiar por pasatiempo ó como objeto de mera curiosidad, vamos á concluir este capítulo estractando una correspondencia que el *Procurador dos Povos* de Lisboa tomó del número del *Times* de Londres del 27 de noviembre del año 1839. Entre otros párrafos llama la atencion el siguiente:

«No bien se supo en esta (Lisboa) la suspension de las córtes españolas, el agente diplomático de España por quien ha pasado toda la correspondencia de Perez de Castro, tuvo una entrevista con los señores T. y Z., de los cuales el último es un elevado *confidente* de un bravo general, y con otros sugetos para manifestarles una larga carta del señor Perez de Castro, en la cual decia este ministro que el ministerio español, sostenido por Espartero (1), estaba resuelto á todo trance á disolver las córtes y á retroceder hácia un gobierno *despótico moderado*, á cuyo fin solicitaba de Portugal que por medio de un

(1) Precisamente Espartero contribuyó no poco á derribar ese gabinete que Perez de Castro dice que Espartero lo sostenia. Repetimos lo dicho: purgatorio con retencion.

golpe de estado análogo coadyuvase á sus miras.»

Luego el mismo periódico copia de la carta de Perez de Castro el siguiente trozo:

«Asegure V. á nuestros amigos que en caso necesario apoyaremos su tentativa, pues estoy resuelto á acabar para siempre con el gobierno representativo (1), y que pueden estar seguros que aniquilaremos á todos los que se atrevan á contrariarnos (2). Diga V. á Mr. Varennes (3) que ratifico en un todo lo que por este correo le escribe Mr. de Rumigny (4), y que ha llegado el momento de desplegar el gran talento diplomático que se le supone (5).»

Asi nos gustan los hombres, que marchen directamente á su objeto como una bala rasa. ¡O prodigio diplomático! Al lado de D. Evaristo, Metternich es un niño de teta. Digamos pues con Quevedo:

Contar quiero las hazañas
de nuestro D. Evaristo,
una, dos, tres, cuatro, cinco;
alegrémonos, alegrémonos,
porque es bien que nos alegrémonos.

---

(1) La intencion basta; gracias por los buenos deseos. El pobrecito echó las cuentas sin la huéspeda.

(2) A las cuatro quintas partes de la nacion por lo menos.

(3) Enviado de Francia en Lisboa.

(4) Ministro plenipotenciario de Francia en Madrid.

(5) Algun talento mas que el que suscribe la carta.

golpe de estado análogo concluyanse á sus miras.»
Luego el mismo periódico copia de la carta de
Pierre de Castro el siguiente trozo:

«Asegure V. á nuestros amigos que en caso
necesario apoyaremos su tentativa, pues estoy re-
suelto á acabar para siempre con el gobierno repre-
sentativo (1), y que pueden estar seguros que ani-
quilaremos á todos los que se atrevan á contrariar-
nos (2). Diga V. á Mr. Varennes (3) que ratifico en
un todo lo que por este correo le escribe Mr. de Ri-
migny (4), y que ha llegado el momento de desplegar
el gran talento diplomático que se le supone (5).»

Así nos gustan los hombres, que marchen di-
rectamente á su objeto como una bala rasa. ¡O pro-
digio diplomático! Al lado de D. Evaristo, Metter-
nich es un niño de teta. Digamos pues con Quevedo:

Contar quiero las hazañas
de nuestro D. Evaristo,
una, dos, tres, cuatro, cinco;
alegrémonos, alegrémonos,
porque es bien que nos alegremonos.

---

(1) La intencion basta; gracias por los buenos deseos. El pe-
dazo cabe las cuentas sin la huéspeda.

(2) A las cuatro quintas partes de la nacion por lo menos.

(3) Enviado de Francia en Lisboa.

(4) Ministro plenipotenciario de Francia en Madrid.

(5) Algun talento mas que el que suscribe la carta.

DON FRANCISCO NARVAEZ.

No es broma; hay en el mundo apellidos afortunados. Caprichosa la fortuna se enamora, no sabemos por qué razon, de ciertos apellidos que sin duda le suenan bien, y mima y halaga á los que los llevan y les prodiga todo género de favores. El apellido Narvaez es uno de los que mas en gracia le han caido. Dos Narvaez conocemos y los dos se han visto favorecidos por la suerte; los dos sin pasar de ser dos medianias muy medianas, han llegado á los puntos mas culminantes de la milicia, y han desempeñado en España el papel de hombres de estado. *Fortuna inmeritos auget honoribus; solet esse bonis durior, œqua malis.*

Como no sea por medio de la fortuna, la cual *quod dignis adimit transit ad impios, et justos illa viros*

pauperie gravat, indignos eadem divitiis beat, es imposible esplicarse la elevacion de los dos Narvaez, de los cuales el uno se llama D. Francisco, que es la notabilidad poco notable de que vamos á ocuparnos ahora, y el otro se llama D. Ramon María, que es el héroe poco heróico de que nos ocuparemos mas adelante. El uno es teniente general y conde, y el otro es capitan general y duque. Con todo, si en tiempo de guerra le dicen á qualquier sargento primero que para llegar á subteniente ha de prestar tantos servicios á la patria como han prestado los dos Narvaez para llegar á ser lo que son, estamos seguros de que no teniendo dinero lo pedirá prestado para comprarse desde luego la charretera. «Como no tenga otra cosa que hacer, dirá, soy subteniente de seguro.»

No seguiremos á D. Francisco paso á paso en su corta carrera política y militar para ir contando uno tras otro los grados y perendengues que la suerte le ha conferido. Diciendo que se los ha conferido la suerte no importa saber como ni cuando. Basta que examinemos el modo con que adquirió su mayor grado para que deduzcamos de qué manera adquirió los demas. Pero es menester para que el lector se haga cargo de todo el mérito de la hazaña á que debió su elevacion á teniente general, que le espliquemos las circunstancias en que se hallaba la política militante cuando este grado se le confirió, pues sin el conocimiento de algunos antecedentes y

causas, no es posible comprender en toda su estension los grandes riesgos de la empresa que le puso en cada manga un entorchado sobre el entorchado que en cada manga tenia.

Al esponer en este *flos sanctorum* la vida y milagros del beato Arrazola, le hemos visto bregando con las córtes y próximo á naufragar con toda la tripulacion en una borrasca parlamentaria. D. Lorenzo en situacion tan desesperada, perdido el timon, picados los palos, tiró un cañonazo de auxilio que afortunadamente fué oido por el alto cuerpo colegislador. Dejándonos ahora de metáforas, debemos decir que el ministerio halló un fuerte apoyo en el Senado, donde habia menos escrúpulo que en la cámara popular para otorgar los fueros con menoscabo de la Constitucion. El Senado deseaba quitar de la ley fundamental del Estado todo lo que se opusiese á los fueros; el Congreso deseaba quitar de los fueros todo lo que se opusiese á la ley fundamental del Estado. Esforzárouse los diputados en que el código de la Monarquía saliese ileso de todos los peligros, y el gobierno, para hacerles desistir de su propósito, amenazaba sin cesar á la oposicion por medio de los periódicos que tenia á sueldo con una disolucion fulminante. No se dejó intimidar la mayoría del Congreso; ningun caso hizo de todas las amenazas, y se negó á contribuir con un consentimiento arrancado por el miedo á la mengua de la ley fundamental.

Una disolucion era en aquellas circunstancias una medida grave que ningun pretesto podia cohonestar. El gabinete acababa de sacrificar á sus miras unas córtes moderadas puesto en jaque por una minoria robusta, y al consultar de nuevo la voluntad electoral, las urnas dieron por resultado una asamblea compuesta de progresistas casi en su totalidad. ¿Qué escusa valedera podia, pues, hallar para disolver unas córtes progresistas despues de haber disuelto unas córtes moderadas? ¿No era esto decir implícitamente que queria unas córtes absolutistas, *quod in terminis implicat*, ó que queria gobernar sin córtes? Hasta los mas estúpidos conocieron que ni moderados ni progresistas estaban de acuerdo con la administracion Arrazola, y que lo que este deseaba era esterilizar el sistema constitucional, convirtiéndolo en una inmunda farsa y haciéndolo odioso al pais que estaba ya cansado de tantas luchas electorales inútiles.

Temiendo que el Congreso se convirtiese en constituyente y provocase con su resistencia al gabinete una revolucion general, no se atrevió Arrazola á disolverlo mientras estuviese reunido, y trató de hacer preceder al decreto de disolucion un decreto de suspension. Pero una suspension en aquellas circunstancias críticas en que tan importantes negocios se estaban discutiendo, precisamente habia de sembrar muchos recelos y poner á los diputados en alarma haciéndoles considerar la suspension como una pre-

misa de la disolucion. Lo que es él, á pesar de su audacia característica, estaba tan convencido de lo impolítico de la medida y temia tanto sus consecuencias que no se atrevió á leer el decreto, y todos sus colegas participaron de las mismas repugnancias. La actitud del Congreso era amenazadora y capaz de intimidar á cualquiera. La oposicion, jugándose el todo por el todo, enarboló un estandarte verdaderamente revolucionario. Previó que su disolucion era inminente, y presentó para alarmar al pais y hacerse fuerte con su apoyo una proposicion en que declaraba en nombre del Congreso de diputados que los españoles no estaban obligados á pagar contribuciones arbitrarias, ni ninguna especie de impuestos, empréstitos ó anticipaciones que no hubiesen sido votados ó autorizados por las córtes segun el artículo 75 de la Constitucion. Esta resolucion, que era algo mas que una reprobacion de la conducta del ministerio, pues era un principio de revolucion legítima desenvuelto en el terreno mismo de la ley, siendo aprobada por el Congreso nos presentaba uno de los poderes del Estado creando, fomentando y poniéndose á la cabeza de una resistencia en que otro de los poderes habia de estrellarse. Y la proposicion no solamente fué aprobada, sino que lo fué en votacion nominal por 91 votos contra 3, sin que nadie pidiera la palabra en contra.

¿Quién al ruido de la tempestad que se acercaba habia de presentarse á leer un decreto de suspension

en aquel antro de Eolo en que cada diputado era un huracan? Pero era menester leerlo, no tenia el gobierno otro recurso; ó habia de caer envuelto en un anatema universal, escarnecido, silbado, ó habia de prolongar su borrascosa vida deshaciéndose de las córtes. O una retirada indispensable, á que se oponia muy de veras la aversion que tenian los ministros al cementerio de los *ex*, donde tantas escelencias se pudren, ó el improcedente é impolítico sacrificio de la representacion nacional. Alaix, que era el único valiente, era demasiado patriota y no quiso ser cómplice de una medida que á los ojos de los que quieren que la Constitucion sea una verdad y de los que en algo estiman las prácticas parlamentarias, se presentaba como un verdadero atentado. Como un atentado sin duda era considerado por los demas ministros, pues ninguno, á pesar de sus deseos, se atrevia á perpetrarlo. Alaix hizo dimision alegando el mal estado de su salud, y entonces fué cuando llamaron para reemplazarle al mariscal de campo Don Francisco Narvaez, capitan general de Castilla la Nueva.

Puede decirse que hasta ahora no habiamos entrado en materia ¿Por qué fué nombrado Narvaez para reemplazar á Alaix? ¿Ningun otro se encontró en el inmenso catálogo de generales que abultan la guia que mereciese esta distincion? Hé aqui lo que hemos dicho de la fortuna que se enamora de ciertos nombres, y ya entonces estaba enamorada del

de Narvaez, como que sin saber por qué le habia ya hecho mariscal de campo y capitan general de Madrid. ¿A quién propondremos, dijeron los individuos del gabinete, para ministro de la Guerra en reemplazo de Alaix? Es preciso buscar un general que bien ó mal sepa leer, porque precisamente para lo que le queremos es para que lea, pero no basta que lea sino que es preciso que lea lo que se le diga y donde se le diga. Generales que saben leer regularmente ya sabemos que hay varios, pero no todos querran leer en las córtes el decreto de suspension. Con todo, si al que se designe para que lo lea se le pone la lectura del decreto como condicion para ser ministro, y al mismo tiempo se le da un grado, no faltará quien haga lo que nosotros no nos atrevemos á hacer. Al cabo leer un decreto es siempre menos espuesto que ir á una batalla.» Hechas estas reflexiones recorrieron los ministros con avidez singular la interminable letanía de generales, cuyos sueldos matan mas que sus espadas, y despues de varias reseñas biográficas y de un minucioso exámen de los méritos y servicios que cada general de los que hay en la guia habia prestado á la santa causa del retroceso, tuvieron la bondad de acordarse del mariscal de campo D. Francisco Narvaez, cuyas hazañas como capitan general de la provincia estaban vivas en la memoria de todos. No tenia grandes méritos contraidos en el campo de batalla, lo que era un mérito demas contraido en el campo

ministerial; era un autómata como se necesitaba, una paloma sin hiel; manso, dócil, flexible, condescendiente, con una gana de subir que si pudiera subir á medida de sus deseos hace mucho tiempo que miraria á vista de pájaro el pico de Tenerife, era precisamente el hombre especial, el mas especial que en aquellos momentos necesitaban los ministros para que con un golpe de estado les sacase del atolladero en que sus golpes de estado les habian metido. Entonces entre los ministros y su futuro colega debió pasar una escena parecida á la que vamos á trazar:

—¿Quiere V. ser ministro?

—¿Si quiero ser ministro? ¡Es original la pregunta! ¿pues no he de querer? ¿hay alguno que no quiera? Si señor, quiero ser ministro, y como llegue á serlo, no sentiré otra cosa sino que tan honroso cargo no sea vitalicio.

—¿Es decir que tiene V. mucha gana de ser ministro?

—No puede V. figurarse.

—¿Mucha gana, mucha?

—Pero, hombre, cuando le digo á V. que muchísima. Me tiene V. en ascuas; ¿se trata de nombrarme?

—Como que de V. depende el serlo ó el dejarlo de ser.

—Pues si de mí depende, soy ministro. Diga V. de qué; ¿de Gobernacion, de Hacienda, de Gracia y

Justicia?.. Ya sabe V. que los militares servimos para todo.

—La poltrona vacante es la de la Guerra.

—Corriente, seré de la Guerra. ¿Trae V. el nombramiento? No me haga V. padecer.

—Antes de admitir, piénselo V. bien.

—Lo tengo bien pensado.

—Las circunstancias son graves, son azarosas.

—No me importan las circunstancias. Son magníficas, si á ellas debo el ser ministro.

—Un hombre asi... como V. necesitamos para completar nuestra administracion. V. sin duda adivina que á nuestro nuevo colega para que lo llegue á ser le hemos de imponer condiciones antes de serlo.

—Haré lo que se me mande; estoy dispuesto á todo.

—Pues bien, tendrá V. necesidad de leer una cosa.

—Leeré aunque sean dos. Precisamente la lectura es mi fuerte. ¿Cuántos tomos tiene esa cosa?

—No se trata de tomos, se trata de un decreto.

—¿Y sin mas condicion que la de leer un decreto se me nombra ministro?

—Es un decreto de suspension que se ha de leer en las córtes.

—¿Qué mas me dá leerlo en las cortes ó en cualquier otra parte?

—Estamos, pues, convenidos; ahí va el nombramiento, querido colega.

—¡Qué veo! este no es nombramiento de ministro, es de teniente general.

—Es verdad, me he equivocado. Guárdelo V., y tome V. otro. Este es el de ministro.

—¿Y el de teniente general?

—Guárdelo V.

—¿Y el de ministro?

—Guárdelo V. tambien.

—¿Soy teniente general?

—Sí señor.

—¿Y ministro?

—Sí señor.

—¿Y todo por leer un decreto?

—¿Le parece á V. poco? Los anarquistas del Congreso acaso le silben á V.

—No les temo.

—¿Y las tribunas?

—Tampoco. Iré vestido de miliciano nacional.

—Bien pensado. Esa idea, ciudadano general, la ha tomado V. del rey ciudadano, de *nuestro* rey el rey de Francia.

—¿No es buena idea?

—Grandiosa. ¿Supongo que eso no impide que aborrezca V. la milicia tanto como nosotros?

—Espero probarlo cuando la ocasion lo requiera.

—Vengan, pues, esos cinco, amado colega, y hasta otro rato. Estudie V. una arenga que diga... que no diga nada.

—Si, una arenguita para dorar la píldora.

—Nos entendemos perfectamente. Adios, no quiero molestarle á V. mas, amado colega. Sin duda tiene V. mucho que hacer.

—Sí, tengo que hacer cepillar el uniforme de la milicia.

—Y poner otro entorchado en el de mariscal de campo.

«Escelente, diria D. Francisco á solas; dos nombramientos para leer un decreto que á lo mas tendrá veinte líneas, y antes de leerlo, tengo ya los nombramientos en el bolsillo. La paga adelantada. Y hay militares estúpidos que para ascender van á la guerra! ¡Botarates! ¿por qué no me toman á mí por modelo?»

Cepillado el uniforme de miliciano nacional y llegada la ocasion en que D. Francisco habia de ganar la paga que habia cobrado de antemano, el novel ministro se dirigió al Congreso, provisto como se supone del correspondiente decreto de suspension y llena la cabeza de frases patrioteras que las fué coordinando como pudo para hacer preceder á la lectura del decreto el siguiente discurso:

«Señores, presentada la dimision por los secretarios del despacho, y admitida la de uno muy digno, porque sus males no le permiten seguir, S. M. se ha dignado honrarme con la confianza de llamarme á su lado, no para reemplazar al digno general á que aludo, sino para participar de la grave situacion presente interin S. M. se digne resolver lo que exi-

gen las circunstancias, lo que demanda la opinion pública y lo que reclama el bien de los pueblos. Yo, como militar y como español, procuraré cumplir en cuanto alcancen mis fuerzas á satisfaccion de la corona y á satisfaccion del Congreso. La Constitucion de 1837, el trono de Isabel II, la regencia de su augusta madre, la libertad y el bienestar de mi pais han sido y serán siempre mis principios políticos; mis opiniones son hace largo tiempo conocidas, y ellas pueden servir de garantías. Yo ofrezco solemnemente al Congreso que la Constitucion de 1837 será observada fielmente; si en algun tiempo corriese riesgo, me verán todos al lado de sus mas alentados defensores: no puedo presentar otros principios. Bajo esta conducta tendré el honor de aconsejar á la corona en los dias que S. M. se tome para resolver tan grandes cuestiones.»

Esta arenga es notable por lo patriótico de la profesion de fe con que trató Narvaez de cohonestar lo impopular de la medida tomada por la administracion de que formó parte. La hipocresía de sus palabras correspondia á la del vestido con que se presentó delante del parlamento; pero palabras y vestido correspondian muy poco al papel que sus colegas le confiaron. Se puso de uniforme de nacional, que es como si se dijera disfrazado de patriota, precisamente para uno de los actos mas contrarios á la opinion de los patriotas y de los nacionales. Vestido de nacional arrojó el guante á la nacion, y co-

mo si esta valiese menos que unos cuantos ministros, los que este nombre llevaban, derrotados, convictos y confesos de infractores de la Constitucion, se valieron de Narvaez para inutilizar al tribunal que debia juzgarlos. ¡ Y Narvaez por un entorchado se encargó de este tristísimo papel !

Hay quien supone que se presentó en las córtes vestido de miliciano, no precisamente para hacer alardes de un patriotismo que en el momento lo habia de desmentir, sino para evitar el presentarse con dos entorchados en cada manga, lo que hubiera revelado demasiado la gracia por la cual se prestó á hacer una cosa que repugnaba á los demas ministros, los cuales no eran seguramente apocados ni aprensivos en esceso. Esta version, aunque tal vez hipotética, no deja de parecernos racional. El uniforme de teniente general le hubiera puesto muy en ridículo, puesto que cuando al darse cuenta en el Congreso de su nombramiento de ministro, se dijo: S. M. se ha dignado nombrar al *teniente general* D. Francisco Narvaez ministro de la Guerra en reemplazo de don Isidro Alaix, hubo un diputado que con mucha sorna, recalcando el acento en esta palabra *teniente general*, esclamó: «¿A quién se ha nombrado ministro de la Guerra? ¿Al *teniente general* D. Francisco Narvaez?» Y todos los diputados y todos los de las tribunas celebraron la pulla de una manera estrepitosa. Asi, pues, no seria estraño que previendo Narvaez el mal efecto que indispensablemente habian de

producir sus nuevas insignias, para no presentarse con ellas adoptase el uniforme de miliciano.

Pero lo positivo es que teniente general le hicieron y teniente general se quedó. Mas adelante le hicieron conde: no sabemos la lectura que tuvo que hacer para adquirir este título; pero podemos asegurar que no lo ganó en ninguna accion de guerra posterior á la época de su ministerio.

Narvaez, antes de ser capitan general de la provincia de Madrid, habia tenido tambien su periodo de patriotismo ó de patrioterismo, que es el vocablo nuevamente creado para designar el patriotismo exagerado y vocinglero. Ahora calla como una momia, y si no fuese por la guia de forasteros, nadie se acordaria de que semejante hombre hubiese existido. Tal vez espera la suya; tal vez está al acecho de un nuevo entorchado, y aguarda para alcanzarlo que un ministerio como el de marras tenga necesidad de sus relevantes prendas de lector de decretos.

Desde el año 39 solo una vez tuvo ocasion de darse á conocer, y se dió á conocer de una manera tan ridícula como la condicion bajo la cual fué ministro. Hallándose en Paris en el año 40 cuando las córtes se ocupaban de la cuestion de tutela, para hacerse mas acreedor á la benevolencia de la reina Cristina, tan empeñada en reconquistar el derecho de tutora de sus augustas hijas perdido por causas bien conocidas de todos, dirigió una protesta al Se-

nado y asoció su voto desde la capital de Francia al de los senadores que no habian reconocido vacante la tutela. Sus mismos amigos políticos dieron el nombre de locura á tan singular estravagancia, sugerida por el mas bajo servilismo, y la mayoría del Senado le repudió declarando solemnemente que era indigno de pertenecer á la asamblea.

—Nada mas sabemos ni decimos, ni queremos saber ni decir del Excmo Sr. teniente general don Francisco Narvaez, conde de no sé cuantos, etc., etc.

MOSCOSO DE ALTAMIRA.

Para los que saben lo que es el Senado el esbozo de Moscoso de Altamira puede hacerse en muy pocas pinceladas. Tal vez una sola bastaria para caracterizarle, tal vez para darle á conocer bastaria decir que durante la dominacion de los moderados mereció en todas las legislaturas ser elegido presidente del cuerpo conservador cuando corria por cuenta de este cuerpo nombrarse su presidente. ¿Qué tal seria él cuando á esta predileccion le consideraban acreedor sus compañeros de canas y de asma?

Para saber lo que es un presidente del Senado basta definir el Senado, y basta para definir el Senado fijar la atencion en la etimología de este nombre ó en la significacion de cualquiera de las calificaciones propias é impropias con que se le desig-

na. Senado quiere decir cuerpo de viejos; es una cosa que huele á rancio y que sabe muy mal ó no sabe á nada, porque los años que hacen evaporar la sustancia de las cosas hacen evaporar tambien el deseo de reformas y mejoras que es la parte útil y esencial de las generaciones que se van sucediendo. *Claudicat ingenium, delirat linguaque mensque, Omnia deficiunt.* El Senado se llama tambien cámara alta, lo que desde luego indica privilegio, y no se necesita decir mas para comprender hasta qué punto debe ser un anacronismo en un siglo que proclama la igualdad. Se llama tambien cuerpo conservador, es decir cuerpo destinado á conservar lo que el espíritu de progreso necesita destruir. Cuerpo regulador, cuerpo moderador se llama igualmente; pero hasta ahora hemos observado que casi siempre se ha puesto de acuerdo con la cámara de diputados, en cuyo caso lejos de moderar y regular el movimiento ha dado impulso á la palanca que lo determinaba, y que se ha puesto algunas veces en oposicion diametral con la cámara de cuya accion se llama regulador, y en este caso no la ha regulado sino que la ha neutralizado.

Esto no impide que por una inesplicable anomalía el Senado sea una institucion que tiene uno que otro partidario entre los que blasonan de progresistas, ni impide tampoco que por una anomalía mas rara aun la cámara alta haya sido alguna vez mas liberal que la de los diputados y se haya colocado como un dique, que siempre ha sido insuficiente, delante de

las invasiones retrógradas. Semejantes viceversas dependen de que hay viejos con el corazon jóven y jóvenes con el corazon viejo. Argüelles en los últimos dias de su vida era mas jóven que Pacheco en la actualidad. ¿Quién no recuerda el discurso que opuso este último á la desamortizacion civil y eclesiástica, y el discurso con que Argüelles la defendió. Parecia una cosa singular y estraña ver á un anciano sosteniendo contra los violentos ataques de un jóven la primera ley de nuestra regeneracion política y social. Un jóven sosteniendo un pasado ya caduco contra el espíritu reformador de un anciano. Aquellos cuerpos al parecer se habian trocado mutuamente las almas.

Ejemplos de esta naturaleza son bastante raros, son escepciones y no mas que escepciones que no bastan para que nosotros nos declaremos tambien partidarios de un cuerpo que es por su naturaleza aristocrático, tan aristocrático que muchas veces con sus sufragios ha elevado á la presidencia á un Moscoso de Altamira. Pero aqui nos salimos con un *retorqueo argumentum* que no tiene disculpa. Queriamos probar lo que nuestro héroe puede dar de sí, y al efecto hemos dicho que habia sido presidente del Senado, y ahora para probar lo que el Senado puede dar de sí decimos que ha tenido á nuestro héroe por presidente. Y ciertamente son dos cosas que se sirven mutuamente de prueba. Para probar lo que es el Senado basta decir que Moscoso de Altamira lo ha pre-

sidido; para probar lo que es Moscoso de Altamira basta decir que ha presidido el Senado. Es en efecto el Sr. Moscoso un digno presidente de tan digno cuerpo. Ni el mismo duque de Medinaceli ha revelado jamas tantos hábitos y tantos instintos aristocráticos. ¡Ay de aquel que le habla sin quitársele el sombrero! ¡Ay del desgraciado que no le da el tratamiento de escelencia! No se conoce otro aristócrata tan *finchao* entre toda la aristocracia gallega. Porque han de saber VV., señores lectores, que el Sr. Moscoso, tal como le hemos pintado, es gallego con perdon de VV., y que cuando se enfada no solo no desmiente su tipo sino que se hace acreedor á aquella definicion que dan del gallego los madrileños: «Es un animal tan serio como el asno, que se parece bastante al hombre, que tiene partidas de mulo y cuyas patadas no tienen cura.» Nosotros no adoptamos esta definicion, debida seguramente á un exagerado provincialismo. Hay muchos gallegos que no solo parecen personas sino que lo son realmente.

Moscoso de Altamira es aquel señoron tan conocido en nuestros fastos parlamentarios por *el presidente de la tablilla*, apodo ó calificacion con que le designó el periódico *Fray Gerundio* á consecuencia de una tablilla que mandó poner en uno de los puntos mas visibles del Senado, para que los concurrentes á las tribunas públicas guardasen la debida compostura en aquel Atocha de nuestros hombres

públicos. La tablilla le ha hecho popular, tanto al menos como los monárquicos aspavientos con que tanto se dió á conocer en el año 39 llamando al órden á D. Martin de los Heros, quien hablando del diezmo, dijo que fué restablecido en España por cien mil bayonetas francesas. Atufado el noble gallego, no solo tocó la campanilla precipitadamente como unas castañuelas, sino que esclamó con furor como si hubiese oido una blasfemia, que no podia permitir que se digese cosa alguna capaz de profanar la memoria de nuestro rey Fernando. Todo el mundo se rió estrepitosamente de esta salida, dictada por la mas servil adulacion y la petulancia mas estremada, y el eco de aquellas risas dura todavía y durará seguramente mucho mas que la memoria del Sr. Moscoso, á quien desde este momento dejamos en paz por el respeto que su edad nos merece, y para que no se diga que no tenemos consideracion á un veterano próximo á caer en el golfo de la eternidad arrastrado por el peso de los años.

EL MARQUES DE MIRAFLORES.

Los títulos de marques de Miraflores y de conde de Villapaterna son los que lleva el Excmo. Sr. D. Manuel Pando Fernandez de Pinedo, Alava y Dávila, grande de España de primera clase. Es, como se ve, uno de los nobles de mas alto copete, y ciertamente los títulos aristocráticos no son para la libertad la mas abonada garantía. El liberalismo de la aristocracia de nacimiento nos es tan sospechoso como el de esos patriotas de trueno que mientras proclaman principios de igualdad no desdeñan, si se les concede, un puesto en la aristocracia. Prescindiendo de algunos pocos títulos de Castilla y grandes de España, por ejemplo el marques de Albaida, los aristócratas no figuran en el partido constitucional como defensores de la libertad, sino como campeones de

la legitimidad de Isabel II. Pero reconociendo á Isabel II se ven obligados á reconocerla constitucional, porque es constitucional mal que les pese, y mal que les pese tienen que tomar cierto barniz de constitucionalismo suficiente para que algunos bárbaros hayan creido que en España es constitucional una gran parte de la grandeza. Casi ningun aristócrata es liberal mas allá de lo que la aristocracia le permite, y la mayor parte de ellos si son liberales lo son por aristocracia. Los liberales aristócratas son muy aristócratas, y los aristócratas liberales son muy poco liberales. La aristocracia no consiente que sus favorecidos sean liberales mas allá de cierto punto del cual no tolera en manera alguna que pasen. El liberalismo que les permite es de consiguiente bien poco; no quiere que sean liberales mas allá del Estatuto Real, no quiere que lo sean hasta el estremo de salvar la podrida valla de preocupaciones que tiende á allanar con su nivel la ilustracion progresiva de las épocas. Con el Estatuto la aristocracia lejos de sufrir menoscabo adquiria cierto realce, porque el Estatuto abria á los aristócratas ciertas puertas que estaban cerradas para los demas; les hacia mas partícipes que el absolutismo del poder real, sin abrir ninguna brecha en la barrera levantada entre las clases. Les acercaba mas al rey sin acercar mas el pueblo á ellos. Era cuanto los aristócratas podian desear, y sin embargo su adhesion al Estatuto se consideraba como un sacrificio de

su dignidad y prerogativas, como una transaccion con las exigencias democráticas del siglo. Mentira, mentira, mentira. Ya hemos dicho que algunos son liberales por aristocracia, y asi es en efecto. Desean igualarse á los que están mas altos que ellos, no que se igualen á ellos los que están mas bajos. Su espíritu aristocrático se reacciona contra la omnipotencia de los reyes para sacudir un poder que se halla encima del suyo, y en este caso son capaces de ser hasta revolucionarios y turbulentos. ¿Qué otra cosa mas era que una reaccion el liberalismo del conde de Toreno y hasta el del conde de Mirabeau? Hombres de cabeza bien organizada, que se sentian con suficientes fuerzas para dominar á los que les dominaban, en nombre del pueblo, cuyo yugo afectaban sacudir, nunca pensaron mas que en sacudir el yugo propio. Es un problema que todavía no se ha resuelto, si su muerte fué un bien ó un mal para la libertad del pueblo. Nosotros creemos que fué un bien. La aristocracia en la actualidad, sin dejar de ser tan petulante como ha sido siempre, se apoya en el pueblo contra la supremacía de los reyes, asi como en la edad media los reyes alguna vez buscaron en el pueblo un apoyo contra la supremacia de los grandes. *El rey reina y no gobierna*, dice el pueblo, y tan populares son los grandes que adoptan este principio con tal que los que gobiernen sean ellos. Hé aqui el constitucionalismo de la aristocracia.

El marques de Miraflores es tan liberal como puede serlo un absolutista y tan absolutista como puede serlo un liberal. Es seguramente de los absolutistas mas liberales y de los liberales mas absolutistas. La aristocracia poco ilustrada, la que siempre se juega el todo por el todo, la que no quiere la Constitucion aun cuando no sirva mas que para disfrazar el absolutismo y alucinar al pueblo con apariencias sin cuerpo y palabras sin sentido, nunca perdonará al señor marques la calaverada que hizo en 1820 de inscribirse en las filas de la milicia nacional, siendo asi que quien debiera quejarse de esta calaverada de tan mal tono para un señor marques somos nosotros los demócratas. El que ha escrito su biografía, que por cierto nosotros somos de los pocos que la hemos comprado y nos ha costado dos reales (¡lástima de dos reales!), es un admirador suyo como no puede haber otro, y como no pone su nombre seguramente porque no aspira á la gloria póstuma, casi nos ha hecho sospechar que es algun dependiente de la casa del señor marques. Este biógrafo insigne dice que S. E. se apresuró á inscribirse en las filas de la Milicia Nacional convencido de que los hombres de garantías debian lanzarse, si no para contener el torrente, al menos para dirigirlo. Esta apología del marques debe justificarle delante de la aristocracia: el impulso á que obedeció al hacerse miliciano es la mas valedera de las disculpas; pero nosotros los demócratas siempre senti-

remos que el marques y otros como el marques se hiciesen milicianos con el objeto de dirigir ya que no contener el torrente. El torrente á que alude el biógrafo, ó por mejor decir el encomiador metaforista, es la libertad, y fácilmente se comprende la direccion que deseaban dar á la libertad los que tienen prohibido por su clase ser mas liberales de lo que marca el Estatuto Real. ¡Cuánto mas popular y saludable hubiera sido el curso del torrente si no se hubiesen apresurado en dirigirlo los liberales como Miraflores!

A pesar de su vestido de miliciano nacional, á vueltas del uniforme y del morrion le vieron muy pronto al marques la punta de la oreja. En el mismo año de 1820 en que tomó el trage de los soldados de la libertad consignada en la Constitucion de 1812, se declaró contrario á aquel código liberal, y sentó por principio la necesidad de reformarlo en un sentido retrógrado. Fué constantemente uno de los representantes de la aristocracia en el terreno de la libertad, uno de los que dentro de la esfera constitucional pugnaba para conservar los privilegios y abusos que todo sistema popular proscribe. Se puso al lado de la revolucion para paralizarla, y sin duda alguna servia mejor al absolutismo confundido con los que lo combatian que si directamente hubiese combatido á estos. Su realismo no impidió que en el 7 de julio formase con la milicia, por lo que obtuvo como los mas liberales la condecoracion

con que se premió el mérito de aquella jornada. Hizo cuanto pudo para poner un dique al espíritu de libertad; pero convencido al cabo de su impotencia, se retiró á la vida privada. Cual otro *Micifuf* no se comió el asador, porque era caso de conciencia. El capon ya se lo habia engullido.

Cuando el sistema constitucional estaba próximo á sucumbir á los golpes de sus enemigos, á los de sus amigos desleales y sobre todo á la balumba de bayonetas que se desplomó sobre ella desde los Pirineos, el buen marques pasó á Córdoba, donde tan desembozadamente como lo permitian las circunstancias habló en un sentido tal de la deposicion del rey Fernando y otras medidas adoptadas por las córtes, que los realistas mas furiosos le tomaron por uno de los suyos y hasta trataron de colocarle á la cabeza de una reaccion absolutista. El biógrafo sin nombre del marques refiere este suceso, y para probar el liberalismo de su panegirizado dice que este se negó á ponerse al frente de un motin que tenia por primer objeto derribar la lápida de la Constitucion. ¿Qué precision tenia el marques de tomarse esta molestia, sabiendo de positivo como lo sabia todo el mundo que los franceses no habian de tardar tres dias en llegar allí para derribarla? Lo que habia dicho acerca de la deposicion del rey era suficiente para probar su realismo sin necesidad de ganar á los gavachos por la mano en la estupenda hazaña de derribar un símbolo ó una piedra.

Inútil es decir que un liberal de la categoría y del matiz del señor marques hizo mil ascos á la revolucion de la Granja, la cual tendia nada menos que á restablecer el mismo código contra el cual se declaró en términos tan enérgicos, que á pesar de haber vestido el uniforme de los milicianos de Madrid y ser uno de los condecorados con la cruz del 7 de julio, se hizo acreedor á la confianza de los realistas de Córdoba. Cuando los sucesos de San Ildefonso el marques era presidente del estamento de Próceres, y en un consejo de ministros á que fué llamado fué de los que mas se esforzaron en probar que las disposiciones tomadas por la Reina Gobernadora eran arrancadas por la violencia y de consiguiente no debian ser obedecidas.

El marques de Miraflores ha figurado mas como diplomático que como escritor y como hombre de parlamento. Es un orador regular y un escritor mediano. Ha sido embajador en Inglaterra y lo fué en la corte de las Tullerías, despues que el marques de Espeja recibió de Molé aquel desapacible *jamas* que burló tantas esperanzas. Miraflores es uno de los que durante la guerra mas conatos manifestaron de intervencion y mas gestiones practicaron para obtenerla. Sin duda sacrificando la nacionalidad al espíritu de partido, no quiso comprender que la cooperacion armada de una nacion estrangera es siempre una medida gravísima que no debe solicitarse sino en los casos mas estre-

mos y cuando se tiene una seguridad absoluta de que no será rechazada la demanda. Porque solicitar una intervencion es poco menos para un gobierno y para un partido que confesar paladinamente su impotencia, y esta confesion no puede hacerse sin menoscabar sobremanera la dignidad nacional y desvirtuar la causa á cuyo frente se halla el gobierno que pide para hacerla triunfar recursos estraños. Por otra parte, si es ineficaz la demanda, los enemigos, convencidos de la debilidad de los que se oponen á sus pretensiones, cobran con seguridad mas aliento y adquieren desde luego un prodigioso desarrollo. Todo esto debieron tener presente el marques de Miraflores y cuantos le ayudaron y precedieron en sus gestiones antes de recurrir al gobierno frances en solicitud de una intervencion, que si se obtenia era poco honrosa para la causa que hacia triunfar, y si no se lograba dejaba en el mero hecho de haberla pedido mas y mas comprometida la situacion.

Lo que acabamos de decir no supone que el gobierno no pudiese atenuar hasta cierto punto los graves cargos que los amantes de la independencia nacional le dirigian por mendigar el auxilio directo de una potencia estraña con el objeto de poner término á nuestras sangrientas disensiones. Indudablemente el horizonte político se presentaba tempestuoso, y en ninguna parte se descubria un poco de cielo azul que permitiese augurar un porvenir sereno. Verdad es que el ejército constitucional recogia triun-

fos en todas partes, y que el enemigo marchaba de derrota en derrota, siendo tan considerables sus pérdidas, que de un estado que se formó á vista de los partes militares de aquellos tiempos resultaba que las bajas que habian tenido los carlistas en los cuatro primeros meses del año 38 ascendian á mas de catorce mil hombres entre muertos, heridos, pasados y prisioneros. Tales partes serian, si se quiere, exagerados, pues es bien sabido que nuestros gefes militares dan en general á todos sus hechos de armas una importancia mucho mayor de la que merecen, designando muy á menudo con el nombre de batalla las mas insignificantes escaramuzas. Con todo, no puede negarse que la victoria coronaba en general todas sus empresas, y que la sangre carlista regaba incesantemente los campos de batalla. Pero á pesar de esto la guerra continuaba siempre en el mismo estado, sin dejar entrever su fin, sin que en las filas de D. Cárlos se introdujese jamas el desaliento. Hubiérase dicho que resucitaban los cadáveres de los que perecian en la lucha.

El pueblo, cansado de catástrofes, deseaba la pronta terminacion de la guerra. Paralizado su comercio, abatida su industria, abrumado bajo el peso de exacciones continuas y continuas contribuciones de oro y sangre, tenia derecho de pedir cuenta estrecha á sus delegados del resultado de sus enormes sacrificios, cuya esterilidad le hacia prorumpir en reconvenciones amargas, que todas al fin

y al cabo iban á parar al gobierno como centro comun de todos los negocios. La terminacion de la guerra era ya para el gobierno una condicion esencial de su existencia, sin la cual indispensablemente habia de caer desacreditado y casi maldecido como sus predecesores. ¿Pero con qué elementos contaba, qué nuevos recursos podia ofrecerle la nacion estenuada para alcanzar la paz? Todos los medios estaban ya agotados, y en tal conflicto solicitó del gabinete frances una pronta intervencion. Sucedió lo que no podia dejar de suceder. El conde de Molé, que era á la sazon en Francia ministro de negocios estrangeros, no solo negó la intervencion, sino que se opuso firmemente á que entrasen tropas francesas al servicio de España, para cuya aceptacion se hallaba facultado nuestro ministro plenipotenciario el marques de Espeja, en caso de que la intervencion fuese absolutamente imposible. Estos pasos fueron ineficaces, como ya lo habian sido en otras ocasiones recientes, lo que nuestro gobierno debia haber tenido mas en cuenta antes de comprometer con sus humillaciones infructuosas la dignidad de la nacion y la causa á cuyo frente se hallaba colocado. El gabinete de las Tullerias, alegando como valedera escusa el respeto debido á la independencia de nuestra nacion, al cual falta tan á menudo cuando á sus fines conviene, no consintió que un ejército frances ocupase las provincias Vascongadas, Navarra, costas de Cantabria y Cataluña, que

era lo que de él se solicitaba. Estrelláronse todas nuestras gestiones diplomáticas en un terminante *jamas* de Molé, que partió como un trueno de las cámaras francesas para aterrorizar á nuestro gobierno y destruir sus últimas esperanzas.

Una negativa tan brusca y vergonzosa para nuestros gobernantes no fué suficiente para hacerles desistir de su demanda, y su obstinacion les valió tan solo nuevos desaires. El ministro Ofalia hizo solicitar á Espeja la ocupacion por los franceses de los valles limítrofes entre Pamplona y San Sebastian, y á mas de la garantía de un empréstito, el permiso para reclutar un cuerpo de diez á doce mil hombres, sirviendo de base de su organizacion las legiones formadas en Paris en 1836. Eso era ya indigno en demasía de un ministerio puesto al frente de una nacion magnánima; eso era ya un deseo de devorar insultos, era revolcarse en el lodo, descender al último grado de abyeccion. La respuesta del gobierno de Luis Felipe no pudo ser mas terminante y esplícita; negóse á todo absolutamente, y á pesar de su negativa, el marques de Miraflores, que sucedió al de Espeja en la embajada, apoyándose en el tratado de la cuádruple alianza, reiteró la indiscreta demanda, como si ansiase oir de nuevo el terrible *jamas* que pronunció Molé en el seno de la representacion francesa.

Si damos crédito á la biografía anónima que circula de S. E. (decimos mal que circula, pues está

estancada y aunque se vende no se compra), si damos crédito, repetimos, á la biografía anónima de S. E., el señor marques la ha dado en una gracia que casi parece increible en un personage que pasa por hombre de estado; la ha dado en la gracia, escandalizate, lector, la ha dado en la gracia de ser amigo... ¿de quien dirás? de Perez de Castro. Su biógrafo nos dice que el señor marques escribió una carta á su amigo Perez de Castro, siendo este ministro, en que consignaba su sistema de gobierno. ¿Y cuál es ese sistema? Si es el que Perez de Castro siguió siendo ministro *ad honorem*, no deja de ser magnífico. Suplicamos al señor marques que rectifique la equivocacion de su biógrafo; no debe consentir que se le tenga por amigo de Perez de Castro para que no se sospeche que tuvo parte tambien en la ridícula mision de Cea Bermudez, que tan poco favor hace á un liberal aunque lo sea nada mas que como el marques de Miraflores.

El señor marques se hallaba en Paris de embajador cuando los sucesos del año 40, y no se necesita decir, conocidos como nos son sus antecedentes, que presentó su dimision. Pasó á Marsella donde (¡qué coincidencia tan rara!) encontró á la reina Cristina que acababa de abdicar y que se dirigia al punto de que él salia. Tuvo con la madre de Isabel varias conferencias, en las cuales se trataria, como es natural atendida la índole de los conferenciantes, de salvar la libertad de España. De nue-

vo marchó á Paris por mandato de la ex-regente; y al cabo de algun tiempo regresó á España por reclamar su presencia los intereses... de familia. Escribió un folleto sobre la boda de la reina que no lo hemos leido; pero si en él vierte los principios que su voto dejó consignados en el Senado, la esperiencia se ha encargado de hacerle lucir y ha acabado de acreditar su tacto político.

En el año 46 fué presidente del consejo de ministros 34 dias, durante los cuales hizo y quiso hacer tantas cosas, que si permanece algunos dias mas en el ministerio en la actualidad hasta tendriamos un embajador en la China, que es el único medio de arreglar la cuestion de palacio y de hacer desistir de sus pretensiones al conde de Montemolin. Es preciso desengañarse, todo el mal nos viene de la China.

Pero no solamente en la China se fijó la vista diplómatica del señor marques: dotado de tantos ojos como el hijo de Aristor, al mismo tiempo que su perspicacia le conducia mas allá de la Tartaria, no se olvidó de Mallorca, de Menorca ni de Ibiza cuya fortificacion proyectó. Su vista diplomática se fijó en las Baleares, dice su biógrafo, y ó mucho nos engañamos, ó lo que llamó la atencion del señor marques hácia nuestras islas adyacentes fué la noticia que circuló siendo él ministro de que algunos buques fletados por Montemolin se dirigian á Mallorca á las órdenes de Cabrera. Cualquiera diria que las Ba-

leares pueden fortificarse en un abrir y cerrar de ojos, pues esta es la medida que en aquella ocasion perentoria tomó el célebre ministro para oponerse al desembarco del caudillo catalan. Parécese bastante su resolucion á la que dijo debia tomarse cierto aristócrata y turronero estúpido, que pasa por progresista, para abatir en el año 41 la insurreccion de octubre. « Señores, dijo, en esta ocasion en que Madrid se halla en inminente peligro y en que la bandera de los enemigos de la libertad tremola en la ciudadela de Pamplona, nada tan necesario para salvar la causa del pais como el desarrollo de la marina. Construyanse navios, navios y mas navios. »

Para concluir y dar á este capitulillo un sabor agridulce, diremos que el Sr. marques de Miraflores es uno de los pocos, de los poquisimos moderados que no se han manchado en el oro y en la sangre que sirve de base á su sistema; no ha traficado con las reacciones de que el pais ha sido víctima en favor de un orgullo ó de un culto particular, ha sido bastante independiente para no adular como lacayo al general Narvaez, á ese menguado Cisneros, como le llamaba en su alocucion en el año 46 la junta revolucionaria de Santiago (1), y que tenia

(1) Esta alocucion enérgica y diestramente redactada, debida á la brillante pluma de D. Antolin de Faraldo, se halla íntegra en la reseña histórica de los últimos acontecimientos de Galicia, escrita con el mayor criterio por el distinguido abo-

por libreas generales y grandes de España que valian mas que él á pesar de que valian muy poco. El marques de Miraflores como hombre moral puede levantar una frente pura sobre el cieno de su partido, y esto solo le da títulos á la estimacion de los que como nosotros fundan toda su gloria en ser hombres de bien. Si todos los moderados fuesen puros como el marques de Miraflores, no por eso dejarian de caer, tal vez caerian mas pronto; pero sobreviviria su crédito á su política, y los hombres y los partidos mientras conservan la reputacion no han perdido el porvenir. ¡Triste es decir que el marques de Miraflores, por lo dicho, es casi un fenómeno en su partido! Por lo demas, como hombre político no le queremos; en la imposibilidad de ser mas liberal, quisiéramos que lo fuese menos; los poco liberales hacen mas daño á la libertad que los serviles.

---

gado D. Juan Do-Porto. Solís y los demas héroes que le acompañaron en su empresa, los demas mártires que le siguieron al suplicio, han tenido como Zurbano y sus pobres hijos un narrador digno de sus glorias y de sus grandes infortunios. Mientras dure la memoria de Solís y de Zurbano, su sangre no se borrará de la frente de sus verdugos, y los que nos han referido los grandes hechos de esas cabezas tan llenas de inteligencia, de esos corazones tan llenos de virtudes, han conseguido que su memoria dure eternamente. Han conseguido mas; han conseguido probar prácticamente á los hombres de la *suprema inteligencia* que los liberales que les aventajan en grandes héroes y en ilustres mártires, no les ceden en buenos escritores.

D. LEONCIO RUBIN DE CÉLIS.

Durante la dominacion de los moderados, cuantas veces en algun punto de la monarquía ha habido un sacudimiento popular, casi todos los liberales del resto de España, persuadidos de que militan á su favor la razon, la justicia y la opinion pública, han concebido esperanzas de que se acercaba para ellos un dia de triunfo y para sus opresores un dia de espiacion. Ha contribuido no poco á fomentar estas esperanzas el carácter de los gefes que se han puesto á la cabeza del sacudimiento ó de la insurreccion, los cuales no han desmentido seguramente el valor patriótico con que se arrojaron los primeros á la santa y arriesgada empresa de salvar la libertad moribunda, pues todos ó han muerto como bravos en el campo de batalla ó han espirado

como mártires entre los horrores del suplicio. El coronel Baiges, que era el alma de la junta que se formó en Barcelona para dirigir el movimiento centralista, murió de un balazo en una de las contínuas escaramuzas que sostenia la ciudad contra las tropas del gobierno. Baiges era un hombre de corazon sereno y de cabeza bien organizada; era lo que ha de ser un revolucionario; ningun medio le era repugnante con tal que le diese la victoria; militar hábil y belicoso, acostumbrado á hacer frente á grandes vicisitudes, conservaba una calma fria y resignada lo mismo en medio de una revolucion que en medio de una batalla. La pérdida de ese hombre estraordinario, del cual sin embargo apenas se ocupará la historia contemporánea, fué considerada por los centralistas como irreparable. Boné, cabeza del levantamiento de Alicante, Zurbano que lo fué del de Ansó, Solis que lo fué del de Galicia, sellaron con su sangre en el cadalso la fé de sus juramentos. ¿Será necesario decir que la fatalidad y la traicion se mancomunaron para producir esas catástrofes? ¿Será necesario decir que los que se llaman sus vencedores no deben esclusivamente este título á su valor y pericia? Pero no es eso de lo que ahora vamos á ocuparnos; los vencedores y los vencidos están ya juzgados por la historia, en cuyo libro tiene consignada cada cual la página que le corresponde. Boné, Zurbano y Solis, con la cabeza destrozada por el plomo de sus enemigos han tomado una actitud his-

tórica mas bella que la de los que ganaron con su muerte entorchados y fajas y grandes cruces. El trágico fin de los héroes que murieron en defensa del pueblo ha probado cuan justa era la confianza que en ellos tenian los liberales al verles á la cabeza de la insurreccion.

¿Pero por qué cuando el levantamiento de Galicia concibieron los liberales ciertos recelos que no tuvieron cuando los demas levantamientos? ¿Acaso el triste éxito de las revoluciones anteriores les habia vuelto desconfiados y tímidos? ¿O acaso el nombre del que se puso al frente de la insurreccion gallega no estaba dotado de suficiente prestigio para considerarlo como garantía de victoria? ¿O tal vez empezó aquel movimiento con poco arranque, débil desde un principio, poco nutrido, poco vivaz, poco susceptible de desarrollo? No, nada de eso; los apóstoles de una causa santa, de una causa que porque es santa tarde ó temprano ha de triunfar, no se dejan intimidar por el recuerdo de sus contratiempos y derrotas; la sangre misma de sus hermanos inmolados les da aliento para derramar la suya. No, no fué tampoco desconfianza en Solís lo que les volvió recelosos. ¿Cómo desconfiar de un jóven simpático hasta por su figura y sus maneras, tan inteligente como bravo, tan bravo como virtuoso, tipo de caballeros y modelo de hombres honrados? Tampoco desconfiaron del éxito de la insurreccion por el modo como empezó, porque ninguna insurreccion desde el año

43 habia nacido tan robusta, ninguna con tantas probabilidades de victoria. Tuvo desde luego á su favor batallones enteros que eran la flor del ejército español, oficiales de fila aguerridos que no podian ser reemplazados ventajosamente, guerrilleros intrépidos cuyo nombre acaso con el tiempo hubiera brillado al lado del del Empecinado, del de Mina y del de Zurbano si al lado del de estos pudiese brillar alguno: desde su orígen le favorecieron numerosas simpatías, plazas fuertes, una juventud ilustrada y valiente; desde un principio casi se presentó como invencible. Y sin embargo los liberales no tenian confianza en su éxito. Sonaba un nombre junto con el de Solís que destruia todas las esperanzas que hacia concebir el de este. El nombre de Rubin de Célis mataba por sí solo la revolucion de Galicia.

¿Cómo Rubin de Célis ha ofrecido su espada á la insurreccion? se preguntaban los liberales. Aun cuando Rubin se hubiese acogido de buena fé á la bandera del pronunciamiento, aun cuando su nombre hubiese gozado entre los enemigos de la dictadura de Narvaez del mismo crédito que el nombre de Solís, la circunstancia de no querer Rubin figurar en el pronunciamento sino como gefe, era suficiente para que sus servicios se considerasen mas perjudiciales que útiles. Por de pronto daba á la revolucion dos gefes que aun suponiéndoles en perfecto acuerdo y sin rivalidad de ninguna especie, por precision habian de carecer de la unidad de accion

necesaria para producir con la debida prontitud y energía el efecto que se deseaba. Solís era el gefe nato de la revolucion, y á pesar de que tenia un pensamiento que siendo él quien lo habia concebido solo él podia llevarlo á cabo, á pesar de que tenia combinado un plan que siendo él quien lo combinó solo él podia desenvolverlo, á pesar de que gozaba del prestigio que da siempre la circunstancia de haber sido el primero que se ha lanzado á la empresa, tan humilde era, tan dócil, tan poco presuntuoso, tan destituido estaba de amor propio, que nada deseaba tanto como que se presentase un militar de alta reputacion y categoría para que se pusiese al frente de la revolucion y del ejército que se habia insurreccionado á su voz. Solís no aspiraba mas que al triunfo de su bandera; no buscaba grados, honores ni siquiera renombre; la libertad de la patria era su fin, y la libertad de la patria le bastaba para recompensa. Pero este mismo amor que tenia á la libertad le hizo mirar no con envidia, sino con recelo la impensada presentacion de Rubin, sobre todo cuando los antecedentes de éste no eran los menos sospechosos, y cuando por otra parte tenia la conciencia de cuan superior era él mismo en pericia al intruso brigadier, aunque le fuese inferior en categoría ó graduacion. El interes de la causa que sostenia en oposicion con las leyes de la ordenanza le obligaba á no ceder á nadie la autoridad mientras no se la disputase alguno superior á él, y sobre

todo superior á Rubin, en pericia militar y en crédito entre los liberales. ¿Porque de qué crédito gozaba entre los liberales el que, amen de otros antecedentes dudosos, presentaba el de haber acompañado á Prim en su lucha contra los centralistas catalanes? ¿Qué confianza podia inspirar á los gallegos el que se presentaba para sostener una causa análoga á la que habia combatido en Cataluña? A mas de que acababan de preceder al ofrecimiento de Rubin algunos rumores en que se suponia que se habia presentado algunos dias antes al gobernador de Vigo ofreciéndole sus servicios contra el pronunciamiento, y estos rumores no se disiparon completamente con una proclama que el mismo Rubin inscribió titulándose comandante general. Es de advertir que este título él mismo se lo confirió, pues los insurreccionados no le habian confiado en la revolucion ningun papel. Oficiosidades de este género en momentos en que el hombre se juega nada menos que la vida son siempre sospechosas en los que no tienen dadas muchas pruebas de entusiasmo, de desprendimiento y arrojo. Solis no podia ni debia entregar á Rubin, para que la dirigiese desde el punto de partida que él la habia trazado, una revolucion que habia empezado á desenvolverse á la sombra de su espada. Con todo, temia que pudiese atribuirse á un deseo inmoderado de encumbrarse su permanencia al frente del ejército libertador habiéndose presentado un militar de mas alta graduacion, y

quedó en una especie de perplejidad de que le sacó habilmente la junta ascendiéndole á mariscal de campo al mismo tiempo que á Rubin. Solís, que antes de la presentacion de Rubin no habia querido admitir la faja porque no eran grados y condecoraciones lo que él ambicionaba, la admitió entonces en obsequio de la causa misma que sostenia, para que el gobernalle de la revolucion no pasára á manos menos diestras y menos fieles que las suyas.

Por de pronto la presentacion del D. Leoncio Rubin de Célis, aun prescindiendo de la buena ó mala fé con que tomó parte en aquellos acontecimientos, acarreó dos males de alguna trascendencia. Fué el primero apoderarse de una parte de la accion revolucionaria, y dividirla como es consiguiente, y como es consiguiente debilitarla; y el segundo hacer presentar al desprendido Solís á los ojos de muchos que ignoraban los motivos de decoro y necesidad que le obligáran á admitir la faja, como uno de esos tantos ambiciosos que aspiran en las revueltas á su medro personal. Y esas congeturas tan naturales entre los que no conocian la magnanimidad del ilustre campeon de Galicia, eran harto funestas para la revolucion y para el buen nombre de su caudillo, cuyo ánimo se afectaba terriblemente al pensar que podia atribuirse á su grande empresa una mira personal, pues era capaz como Wasington de despreciar despues de la victoria un trono

que la gratitud le hubiese ofrecido, y tenia toda la magnanimidad de aquel grande Lacedemonio que al no ser admitido en el consejo de los trescientos regresó á Esparta muy contento por haber encontrado trescientos hombres que valian mas que él. Solís, que como Pedareto no se veia á sí mismo delante de la causa á que consagró su sangre, hubiera querido que hubiesen valido mas que él todos los soldados que acaudillaba. Solís hubiera querido encontrar alguno de un prestigio y de un mérito superior al suyo para ponerse desde luego bajo sus órdenes. La presentacion, ó por mejor decir la intrusion, de Rubin no le permitió hacer gala de su patriótico desprendimiento. La intrusion, repetimos, porque á Rubin la revolucion no le llamaba, y atendidos sus antecedentes y su conducta, nos es lícito dudar de que ofreciese sus servicios á la Junta de Santiago á impulsos de un arranque patriótico.

Pero ahora no se trata de averiguar si D. Leoncio Rubin de Célis fué perjudicial ó no á la insurreccion de Galicia; esto ya no es un problema, ó al menos si lo es, es un problema ya resuelto. Es tan sabido que Rubin contribuyó mas poderosamente que Concha á la ruina de la causa que sostenia, ó afectaba sostener, como que Seoane contribuyó mas que Narvaez á la ruina del regente. ¡Pobre Narvaez si Seoane no hubiese existido! ¡Pobre Concha si no hubiese existido Rubin! Rubin es la providencia de Concha, como Seoane la providencia de Narvaez.

La libertad hubiera triunfado en el año 43 si Seoane, que se titulaba su defensor, se hubiese titulado su enemigo; la libertad hubiera triunfado en el año 46 si Rubin se hubiese titulado su enemigo en lugar de titularse su defensor. ¡Tan cierto es que la causa del pueblo no sucumbe á los golpes de los que directamente la combaten, sino á la ignorancia ó á la defeccion de algunos hombres indignos que se acojen á la sombra de su santa bandera! Lo mismo en el campo de batalla que en el de las intrigas políticas no son sus enemigos sino sus malos amigos los que la hieren y asesinan. Los carlistas eran numerosos, los moderados son muy pocos; los carlistas no pudieron menoscabar siquiera la libertad, y los moderados sí. Aquellos se titulaban sus enemigos, estos se titulaban y se titulan aun sus amigos.

Siendo ya cosa resuelta y sabida de todo el mundo que Rubin fué una de las causas ya que no la única causa del trágico desenlace de los acontecimientos de Galicia, al ocuparnos de él solo nos toca esplicar su conducta por la lógica de los hechos para que se sepa la calificacion á que se hizo acreedor. La fuerza de Santiago se dividió en dos columnas, de las cuales la una se dirigió á Lugo á las órdenes de Solís, y la otra á las órdenes de Don Leoncio Rubin se dirigió á Orense, donde debia establecer su cuartel general. La ocupacion de Orense por las fuerzas pronunciadas era de la mayor importancia, ya por el espíritu eminentemente

liberal de toda la provincia que permitia engrosar considerablemente el ejército revolucionario; ya por ser una provincia que se halla confinando con Castilla y Leon, y ofrece en sus límites un terreno quebrado el mas á propósito para establecer en un caso apurado una guerra de guerrillas como la que hicieron los carlistas en las provincias del Norte y la que están haciendo en Cataluña los partidarios de Montemolin; ya por confinar tambien con Portugal, lo que favorece la introduccion de pertrechos y hubiera permitido durante el pronunciamiento que volasen á sostener su bandera los innumerables esparteristas y centralistas confinados en el vecino reino. Con todas estas circunstancias se asesoró Solís cuando dispuso que se formase una segunda division para ocupar á Orense.

Desgracia fué que tan importante mision se confiase á Rubin de Célis, quien falto de actividad ó de voluntad anduvo en un dia cuatro leguas, dando tiempo (sino para dar tiempo) á las fuerzas del gobierno de entrar en Orense antes que las suyas. A pesar de este azar, debido á su falta de actividad ó de voluntad, podia entrar en la ciudad atacando un puente debilmente defendido por las tropas del gobierno, y eludió este ataque con pretestos insuficientes para cohonestar su inesplicable modo de proceder.

Se trasladó á Rivadavia y abandonó este punto contra la opinion de sus oficiales, quienes creian con

razon que la capital debia ser vigilada y espiados con avidez los movimientos de Concha. En los momentos mas críticos, cuando la inaccion era mortal para la causa á que ofreció su espada, sin nadie pedírsela pues para nada se necesitaba, fué á Vigo, como si todo estuviese ya concluido, sin mas objeto que el de pasar veinte y cuatro horas divertidas. Esto nos recuerda al general Pastors, quien salió de Molins de Rey á las cuatro de la tarde á la cabeza de diez mil hombres desplegando un aparato de artillería suficiente para someter Anveres, lo que daba á entender que se preparaba una segunda edicion de la batalla de Marengo; sacó el reloj del bolsillo y dijo: « Son las cuatro de la tarde; tengo tiempo de sobra para encontrar al enemigo, derrotarlo y en seguida entrar en Barcelona victorioso y ver la ópera en el teatro. » Para Pastors era de absoluta necesidad ir al teatro; para Rubin ir á pasar veinte y cuatro horas en Vigo. Cariñoso marido, tenia precision de ver á su esposa... ¿qué tiene esto de particular? las leyes del cariño son superiores á todas las leyes. Nosotros sabemos de un facultativo castrense que debió un fin trágico al cariño que profesaba á su sombrero. Iba á todo escape huyendo de dos ginetes carlistas que le acosaban muy de cerca. Pero el caballo que él montaba era un galgo; dando doscientos pasos mas estaba salvado. En esto se le cayó su querido sombrero, y no teniendo valor para renunciar á él, se apeó con el esclusivo objeto de cogerlo, dando tiem-

po de alcanzarle á sus perseguidores, quienes le dejaron no solo sin sombrero sino sin cabeza donde ponerlo. ¡Tanto puede la fuerza de una pasion! ¡Ay de los generales filarmónicos! ¡Ay de los guerreros que dejan su puesto para ir á consolar á su muger! ¡Ay y mil veces ay del que se enamora perdidamente aunque no sea mas que de su sombrero!

Es evidente que Rubin debió estar en contínua comunicacion con la junta y con Solís que era el que mandaba en gefe, y sin embargo la junta y Solís mientras duró la espedicion no tuvieron de Rubin la mas pequeña noticia; como si se hallasen en el limbo, jamas tuvieron conocimiento del estado de sus operaciones ni de lo que se proponia hacer. Algunos acaso atribuyan esta conducta á falta de medios de comunicacion, otros acaso á impericia de Rubin, otros... pero no, todos lo atribuyen á lo mismo que lo atribuimos nosotros, y nosotros lo atribuimos á una cosa que no la queremos decir; nosotros lo atribuimos á lo que lo atribuyen todos por la sencilla razon de que, como hemos dicho, todos lo atribuyen á lo que lo atribuimos nosotros. Por de pronto podemos asegurar que el camino en que debian establecerse las comunicaciones estaba espedito, que es indudable que Rubin recibió de la junta varios oficios, é indudable tambien que Rubin á ninguno de ellos contestó.

Deber de Rubin era, puesto que era otra de las cabezas de la insurreccion, provocar el desarrollo

de esta por todos los medios posibles; en lugar de esto no hizo mas con su modo de proceder dudoso que sembrar en todas partes el desaliento, y hasta con sus palabras, en que suponia hallarse la causa de la revolucion en un estado desesperado, desviaba de su patriótico objeto á los que tenian intencion de tomar parte en la lucha. No salió de sus labios ni una exhortacion, ni una frase de entusiasmo para dar ánimo á sus valientes soldados; lo mismo que Seoane antes del sainete de Ardoz no hizo absolutamente nada para inflamar el corazon de los valientes que acaudillaba, dignos sin duda alguna de mas digno gefe. Lo mismo que Seoane procuró fastidiar y hasta estenuar á sus tropas como si intentára inutilizarlas para el dia de la batalla; las fatigó con marchas y contramarchas tan continuas y tan inútiles como las vueltas y revueltas de las ardillas, y teniendo necesidad de mantener sus fuerzas siempre dispuestas á volar al encuentro del enemigo ó al auxilio de la primera division, las dividió y subdividió de modo que era imposible reunirlas con prontitud en un momento dado.

Supo Rubin por una confidencia que el general Concha con objeto de atacar á Santiago se dirigia á la Estrada; los bravos oficiales de la brillante division que desgraciadamente se le confió, sedientos de combate y de gloria, le suplicaron que volase al auxilio de Solis con lo que la derrota de Concha seria indispensable; y sin embargo su oido,

por no decir su honor, fué sordo á estas súplicas dictadas por los mejores deseos. Y sucedió en realidad lo que los oficiales habian previsto; Solis y su division, disputando el paso á las tropas del gobierno, gastaron á quema-ropa del enemigo hasta el último cartucho; los soldados pelearon como Espartanos, y á pesar de la inferioridad de su número mas de una vez hicieron inclinar á su favor la balanza de la victoria; en cualquiera ocasion que hubiese llegado Rubin, hasta cuando se habian consumido las municiones, el ejército libertador hubiera cantado el himno de triunfo sobre las ruinas del gobierno, contra cuyos desmanes se habia insurreccionado. La suerte lo dispuso de otro modo, porque la suerte dispuso que Rubin tomase parte en el alzamiento. Hasta en los últimos momentos conservó Solis la esperanza de triunfar; porque juzgando por su corazon el de los demas, nunca en amigos y enemigos supo ver mas que caballeros. Creyó que Rubin lo era, sabia que Rubin habia recibido una comunicacion en que se le decia que la victoria y la suerte futura de la patria dependian de su llegada. Seducido por esta ilusion, prefirió replegarse en el convento de San Martin, donde por precision habia de sucumbir muy pronto faltándole el auxilio de Rubin de Célis, á seguir las insinuaciones del denodado é inteligente Buceta, su gefe de estado mayor, quien le suplicó que le cediese el mando en gefe de la columna, pues se prometia sal-

varla emprendiendo su retirada al monte Pedroso. Solís, siempre confiando en la caballerosidad de Rubin de Célis, no accedió á los reiterados ruegos de Buceta, quien le dijo al subir las escaleras del convento: «Estas escaleras, mi general, son las del patíbulo; ¿para qué subirlas si aun tenemos un campo libre para morir con gloria? Hasta ahora nada hemos perdido. Si aquí hay vencidos, nosotros no lo somos por ahora. Nosotros hemos diezmado las filas del enemigo; nosotros hemos avergonzado su número con nuestra pequeñez; nosotros hicimos retroceder sus batallones con nuestras guerrillas; nosotros, en fin, hicimos ver á los soldados del gobierno que el valor se encuentra en donde está la justicia, en las filas de los libres, leccion que no será perdida ni para ellos ni para nosotros.» —«Nuestra vida pertenece á la patria, contestó Solís, y hoy la hemos de salvar aquí ó pereceremos todos por ella. Los cobardes tienen espacio libre para marchar donde quieran.» Creyendo el pundonoroso Buceta ver envuelta en estas espresiones una alusion á su persona, sin replicar una palabra dió órden de ocupar las casas inmediatas al monasterio (1).

(1) Véase la historia de los sucesos de Galicia de D. Juan Do-Porto, de la cual tomamos los datos que nos sirven de molde para vaciar la fisonomía política de Rubin. Es una obra que inmortaliza muchos nombres y tambien el de su autor.

En el último trance, perdidas ya todas las esperanzas del auxilio que se prometia de Rubin, el denodado Solis, tan impávido como en una situacion normal, convocó á los gefes y oficiales y les dirigió esta sentida arenga, esta arenga propia de un héroe que habla á otros héroes: «Señores, la posicion en que nos hallamos no es tan difícil ni desesperada como á primera vista parece. Aunque por una fatalidad inesperada han terminado las municiones, contamos con el número suficiente de bayonetas para si hay corazon entre nosotros practicar á favor de la noche una salida. Romperemos, yo el primero, la línea de circunvalacion del enemigo, y con el teson de nuestros valientes conseguiremos ponernos en salvo de su persecucion por el tiempo necesario para reunirnos á la segunda division que no debe de estar lejos de aquí. Repito, señores, esta solo es cuestion de corazon, y estoy convencido de que los que me rodean, los que con tanto entusiasmo empuñaron sus armas para defender la santa causa del pueblo, sabrán no solo morir por ella, como repetidas veces han jurado, sino tambien inculcar el mismo pensamiento en todos sus soldados para que concluyan este dia con la misma gloria que lo comenzaron, y dejar tan bien puesto el honor de sus armas como conviene á españoles valientes y amantes de la libertad de su patria.»

Ni un solo oficial dejó de acoger con entusiasmo el proyecto de aquel nuevo Leonidas que iba á con-

ducir á sus valientes á un paso mas difícil que el de las Termópilas. Desgraciadamente los sargentos halagados por las promesas que hicieron algunos oficiales de la division de Concha, de que ningun castigo se les impondria si abandonaban á sus gefes, habian cobrado algun cariño á la existencia que tan heróicamente supieron despreciar durante la batalla, y convocados por Solís despues de los oficiales, no fueron del mismo dictámen que estos. Entonces Solís midió toda la profundidad del abismo á que estaba próximo á caer, y deseando, ya que no para él, al menos para los oficiales garantías iguales á las de los soldados, se valió de la intercesion del arzobispo, el cual dotado del espíritu evangélico mas puro, escribió una carta á Concha que fué arrojada por éste con desprecio. Desde luego Solís y sus valientes compañeros se encontraron cara á cara con la muerte. Fuerza les era entregarse á discrecion de un enemigo que sabian por esperiencia que es implacable y que nunca perdona. Con todo, Solís podia haberse salvado y no quiso; no quiso, porque un esceso de delicadeza no se lo permitia. Buceta y otros oficiales le dijeron que tenian un medio seguro de conseguir la evasion, y el bravo caudillo de la libertad se negó á adoptarlo diciendo: «He sido el primer gefe que ha levantado la enseña de la revolucion, y como no sé el fin que aguarda á los que me han seguido, quiero tenerlo tan funesto al menos como ellos, de suerte que no les abandonaré sino para

marchar al cadalso.» En vano le pidieron nuevamente que no saliese, en vano le indicaron un asilo contra la saña de sus enemigos. Siguió á los soldados con una resignacion heróica, y dijo á los que le suplicaban que se salvase con ellos: «¡no, señores! sálvense VV. y todos los que puedan, yo debo seguir en su infortunio á mis compañeros.—¿Y qué logrará V. con ser prisionero? le dijo uno de sus ayudantes?—Los he comprometido, contestó el héroe, ellos me obedecieron, van prisioneros... probablemente á morir... debo darles el ejemplo.» Y bajó con paso firme la escalera en cuyo estremo se hallaba el verdugo ávido de su sangre.

¿Merecia una alma tan generosa que se asociase á su grande empresa un hombre como Rubin, tan incapaz por muchas razones de contribuir á que la llevase á cabo? Solís murió, y en su sangre quedó ahogada su grande empresa. El héroe no pudiendo ser vencedor quiso ser mártir. Pero en su sangre ha sobrenadado su reputacion, al mismo tiempo que se ha ahogado en ella la de Rubin de Célis.

Despues de la catástrofe de Santiago, todavía le era dado á Rubin salvar la revolucion de Galicia. La junta de Pontevedra le mandó dos postas ordenándole que pasase allí para deliberar acerca del modo de salvar el pronunciamiento ó al menos la vida de los desgraciados prisioneros, y él no solo desobedeció esta órden, sino que publicó la catástrofe para desalentar á sus soldados y tal vez hacer-

les desertar, pues al mismo tiempo que procuraba debilitar su valor con sus palabras, los fatigaba con una retirada precipitadísima, sin permitirles descansar un momento. Y para colmo de sus hazañas, viendo que todos los medios eran inútiles para amortiguar el entusiasmo de su division que á cada instante repetia que queria amortajarse en su bandera, la abandonó vergonzosamense, en medio de las tinieblas de la noche, en un pais desconocido de todos aquellos bravos.

Le era dado, repetimos, salvar el movimiento. Su division, que constaba de 2,500 hombres estaba integra, y podia contar ademas con los restos de la primera division que formaban un número de 400 á 500 hombres, con una infinidad de nacionales comprometidos, con cuatrocientos licenciados que organizó la junta de Tuy, con setecientos hombres que guarnecian á Lugo, con cuatro compañías de provinciales y con las partidas de Robles y Mateus. Pero no, con nada puede contar el que no puede contar consigo mismo. Con nada puede contar el soldado que no cuenta con su valor y el ciudadano que no cuenta con su honradez.

Rubin de Célis huyó, huyó con un ayudante y un guia. Una descarga que le hicieron al huir para castigar su defeccion le probó que habia sido conocido.

Huérfana la division, quedó en el estado mas crítico. El comandante Arias, buen soldado y buen

caballero como todos los que tomaron parte en aquella empresa á escepcion de Rubin, abandonado por este, dió la voz de alto y se espresó en los siguientes términos:

«El general Rubin y su ayudante nos han abandonado; merced á sus desacertadas disposiciones la division se encuentra dispersa; la mayor parte de ella ha quedado tendida en los caminos, rendida por el cansancio, el hambre y la sed. Con un número tan insignificante como el en que nos hallamos reunidos, es imposible podamos dirigirnos á parte alguna sin ser aprehendidos. Poco antes de fugarse el general dijo que el enemigo ocupaba ya á Pontevedra, Puente San Payo y Vigo; asi lo oyeron algunos de vosotros. Nuestra posicion no puede ser mas difícil, nos encontramos en el estado mas indefenso que puede darse.

«Os aconsejo que os presenteis mañana en Pontevedra. Habiendo prometido el general Concha respetar á los desgraciados que sucumbieron en Santiago, vosotros lo sereis tambien por el gefe á quien os presenteis. Esto no obstante, mi deber, el cariño que os profeso, y lo muy reconocido que estoy á vuestro comportamiento, exigen os haga presente que marcho á tomar asilo al vecino reino de Portugal, donde el que quiera puede acompañarme, seguro de que nunca mas que en la desgracia le probaré mi cariño, partiendo con él un solo pedazo de pan que tenga. ¡Adios, compañeros! ¡adios, paisa-

nos! Sed consecuentes en vuestros principios, sabed sobrellevar con resignacion las adversidades de la vida, que mas tarde ó mas pronto necesariamente triunfará la justa causa porque habeis combatido: entonces volveré á abrazar á los valientes y virtuosos soldados que quedan en esta desventurada patria.»

«¡Vencidos sin pelear!» esclamaron los valientes llorando, al despedirse de su comandante; algunos siguieron á este á Portugal; otros menos previsores se presentaron á las autoridades. De este modo quedó disuelta la segunda division del ejército libertador de Galicia.

«¡Qué diferencia! dice el historiador Do-Porto: «¡La primera division pereció con la bandera acribillada á balazos, con una mano sobre el honor y la «otra sobre la espada! ¡la segunda acababa de ser «vendida en la almoneda del deshonor ó de la cobardía! ¡Que escoja entre estas dos deshonras el hombre que ha huido, atando su reputacion á los piés «de su caballo!»

Sí, es verdad, Rubin de Célis; tu caballo en la fuga hizo pedazos tu honor bajo sus herraduras. Si fuiste traidor, esta calificacion sola es tu sentencia; si fuiste cobarde, jamas debiste empuñar la espada, pues en el mero hecho de empuñarla contrajiste la obligacion de ser valiente, y sobre todo jamas debiste tomar parte en una empresa que requeria corazon para llevarse á cabo.

Pero lo mas particular es que Rubin de Célis supuso que habia ofrecido su espada á la revolucion por compromiso, como si en aquel momento se acordase alguno de la espada de Rubin, teniendo como tenia la revolucion las primeras espadas del ejército. ¿Tan famosa era la suya? Si se la mendigó alguno, no fué seguramente la revolucion... ¿quién sabe si se la mendigaron los que la revolucion combatieron? Al menos á estos y no á la revolucion es á quienes sirvió Rubin de Célis.

¡Quién lo diria! todos los males de la actualidad, los males todos que se han ido sucediendo desde la revolucion de Galicia, tan grandes, tan numerosos como son, deben pesar sobre la conciencia de Rubin. Examinemos desde su punto de partida los sucesos que se han ido encadenando y sea Rubin de Célis el punto de partida; veremos de qué modo una calamidad ha engendrado otra, como ha habido verdaderas generaciones de desgracias, efectos que se han convertido en causas para producir efectos que se han convertido en causas tambien y asi sucesivamente, y de este modo descendiendo desde la catástrofe de Galicia á la actualidad para en seguida remontarnos desde la actualidad á la catástrofe de Galicia, por medio de un raciocinio tan lógico como los mismos hechos, hallaremos que Rubin es el primer padre, es el Adan de esta larga y fecunda sucesion de males, cuyo término no se adivina y cuyas ramificaciones no se cuentan.

Si Rubin de Célis hubiese cumplido con su deber, una de dos, ó no hubiera tomado parte en la revolucion de Galicia, ó tomando parte en ella hubiera procurado su triunfo como cumple á un hombre de bien y caballero; de todos modos, cumpliendo con su deber es indudable que la segunda division del ejército libertador de Galicia hubiera auxiliado á la primera, con cuyo auxilio es indudable no solo que Concha hubiera sido derrotado, sino que el vencedor hubiera engrosado sus filas con los restos del vencido.

Derrotado Concha, es indudable que la revolucion hubiera triunfado en Galicia.

Triunfando la revolucion en Galicia, es indudable que hubiera triunfado en España.

Triunfando la revolucion en España, es indudable que los candidatos de la doble boda no hubieran sido los mismos, y ni la reina ni su hermana se hubieran casado con quienes se han casado.

No casándose con los que se han casado, es indudable que ni tendria lugar la cuestion de palacio, ni estariamos sometidos á las influencias francesas, ni se hubiera reproducido la guerra civil, ó al menos si se hubiera reproducido estaria ya terminada, porque entonces hubiera habido para terminarla cuerpos francos y milicia nacional, únicos que terminarla pueden.

Con este raciocinio no hacemos mas que seguir en línea recta las generaciones de los sucesos pres-

cindiendo de las numerosas ramas que tiene cada uno de ellos y que nos conducirian á puntos muy distintos. Subamos ahora de los efectos á las causas en un órden inverso del que hemos bajado, y hallaremos que ni la cuestion de palacio, ni la sumision á las influencias de la Francia, ni la reproduccion de la guerra civil tendrian lugar si no se hubiese verificado la doble boda tal como se verificó; ni esta se hubiera verificado si la revolucion no hubiese sucumbido en España; ni la revolucion hubiera sucumbido en España si no hubiese sucumbido en Galicia; ni hubiera sucumbido en Galicia si la segunda division del ejército libertador no hubiese dejado de auxiliar á la primera; ni la segunda hubiera dejado de auxiliar á la primera; si Rubin de Célis hubiese cumplido con su deber no figurando en la revolucion ó figurando en ella como debia. Ya estamos de vuelta, ya hemos regresado al punto de partida que como hemos dicho es Rubin. El punto de parada es y será la actualidad hasta que sobrevenga una cosa estraordinaria, una especie de diluvio que corte estas generaciones de sucesos. Al descender á la actualidad hemos ido convirtiendo cada consecuencia en antecedente; todos los antecedentes los hemos sentado como axiomas que no se pueden negar sino por espíritu de contradiccion, y si se negasen seria muy fácil probarlos.

Es, pues, evidente que D. Leoncio Rubin de Célis es la *causa causarum* de los muchos males que nos

han afligido, nos estan afligiendo y nos afligirán mas todavía, lo que prueba que pequeñas causas producen á veces grandes efectos, como en otro lugar hemos tenido ocasion de decir. Si las proposiciones que hemos sentado no parecen á alguno bastante evidentes para relevarnos de esclarecerlas con pruebas, nos limitaremos á aconsejar á nuestros lectores que lo sean tambien de la reseña histórica de los acontecimientos políticos de Galicia, donde hallarán bien desenvuelto y perfectamente esplanado lo que nosotros no hemos hecho mas que apuntar.

que nosotros no hemos hecho mas que apuntar.
rán bien desenvuelto y perfectamente esplicado lo
acontecimientos políticos de Galicia, donde halla-
que lo sean también de la reseña histórica de los
nos inviten á aconsejar á nuestros lectores
bres, nos parecen de escasa importancia para pro-
evidentes para relevarnos de escribirlas con pro-
que hemos sentado no parecen á alguno bastante
hemos tenido ocasion de decir. Si las proposiciones
ces á veces grandes efectos, como en otro lugar
cadas, lo que prueba que pequeñas causas produ-
dan afligido, nos estan afligiendo y nos afligirán mas

D. JOSÉ DE LA CONCHA.

Y volvemos á la de antes, que hay apellidos afortunados. Casi tan favorecido de la suerte como el de Narvaez es el apellido de Concha, si bien el encumbramiento de D. José acaso se debe menos á su apellido que á la circunstancia de ser hermano de D. Manuel. Bien es verdad que siendo hermano de D. Manuel llevan los dos el mismo apellido, pero es de creer que si D. José de la Concha se hubiese llamado de la Concha sin ser hermano de D. Manuel, la fortuna no le hubiera halagado tanto. Cuando en una familia la da uno en ser general, y los hermanos de éste en ser militares, ninguno se queda subteniente como llegue á los veinte años. Teniendo un hermano general, es casi de rigor ser general tambien, ó por lo menos coronel. Así vemos

tantos generales de un mismo apellido, y casi puede asegurarse que cuando de un mismo apellido no hay mas que un general, este general no tiene hermanos militares, ó los hermanos que tiene no llevan menos de tres galones. El hermano del general Van-Halen es general; el hermano del general San Miguel es general; el hermano del difunto general Córdoba es general; el hermano ó hermanos del general Ezpeleta son generales; generales eran los dos hermanos del general Mendez Vigo; los hermanos del general Odonnell han llegado todos en la milicia á una graduacion elevada, siendo digno de notarse que son hijos de un general que tenia tres hermanos generales, y por último, el hermano del general Fulgosio es general, y generales hubieran tambien sido probablemente los otros dos hermanos que tenia, si el uno no hubiera muerto en el campo de D. Carlos y el otro no hubiera sido fusilado á consecuencia de los sucesos de octubre. No hay que darle vueltas; si un matrimonio coge bien la puntería y se propone hacer generales, como haga uno, es seguro que ya no hará otra cosa. Todo consiste en el primero. Nosotros no hacemos mas que esponer un hecho observado por todo el mundo, que puede muy bien ser efecto de la casualidad, pero ciertamente una coincidencia tan repetida por precision ha de reconocer una causa que no debe ser eventual, pues las eventualidades no son jamas tan constantes en sus efectos.

¿Será que el hermano de un general se desarrolle á la sombra de su hermano? Tal vez; lo mas difícil en cualquier carrera para prosperar es formarse un nombre, y el hermano de un general lo tiene ya formado. No es decir que los hermanos de los generales que hemos citado y de algunos otros que pudiéramos citar no sean acreedores á la faja; muchos de ellos por sus hechos hubieran podido crearse un nombre y despues una posicion; sin embargo, bueno es para crearse esta no haber tenido necesidad de crearse aquel por habérselo encontrado ya creado. Por lo demas D. Juan Van-Halen, hermano de D. Antonio, tiene travesura, es estratégico; D. Santos San Miguel, hermano de don Evaristo, es un militar inteligente; Córdoba, el hermano de D. Luis, es activo; los Ezpeletas han sido todos denodados; los generales Mendez Vigo, hermanos de D. Santiago, eran buenos patriotas; la familia de Odonnell es una raza de valientes nacidos para soldados, todos inteligentes, organizadores todos; es una familia diezmada por el plomo y el hierro, y aunque los unos han militado en distinto campo que los otros, si se les considera no como políticos sino como militares, tienen derecho á ser juzgados muy ventajosamente. Uno de ellos fué de los primeros que sellaron con su sangre su fidelidad á Isabel II; otro murió en el campo de D. Cárlos, y tal vez á su muerte se debió el poco desarrollo en el ejército carlista del arma de caballería; asi al menos lo

creyó el previsor Zumalacárregui, pues cuando tuvo conocimiento de su muerte se puso desesperado y dijo: «la muerte de Odonnell nos condena á no tener caballería. Preferiria haber perdido todo el batallon de guias, que es mi batallon mimado.» Otro Odonnell inteligente, denodado, completo caballero, tuvo en Barcelona un fin desastroso; los de la familia que han sobrevivido á nuestros disturbios son por su talento y denuedo de los que mas honran las armas españolas. Tambien los Fulgosios tienen dadas pruebas de arrojo: dos de ellos son generales; los otros dos, como hemos dicho, lo serian si viviesen. Aunque dignos y muy dignos por su conducta de figurar en este libro al lado de tantos camaleones, no les negamos la calidad de valientes, porque nosotros, como habrán tenido nuestros lectores ocasion de ver, hacemos justicia á nuestros enemigos.

D. José de la Concha tiene energía, inteligencia y arrojo, pero se nos antoja que todas estas dotes hubieran sido insuficientes para levantarle á la altura en que se encuentra si no fuese hermano de D. Manuel. Al cabo á nosotros, que para escribir el último tomo del *Panorama* hemos tenido que estudiar muy detenidamente la historia de nuestra guerra civil, no nos ha proporcionado ninguno de esos rasgos sorprendentes que á tantos han hecho acreedores á un buen lugar en nuestra crónica contemporánea. Era un militar que cumplia con su deber y nada mas. ¿Pero siendo hermano de D. Manuel

podia dejar de ascender, de ascender mucho? ¿Podia dejar de ascender siendo hermano de uno de los principales gefes de la sublevacion de octubre? Cuando aquellos acontecimientos, nadie dudó que el dia que los moderados llegasen á asaltar el poder D. Manuel de la Concha y D. Leopoldo Odonnell serian los gallos de la situacion. No han sido los gallos sin embargo. D. Ramon María Narvaez supo manejárselas de modo que los que mas títulos tenian adquiridos para encumbrarse sobre las ruinas de la regencia de Espartero, se quedaron un escalon mas bajos que él, y les hizo desempeñar un papel secundario. Don Manuel, no por falta de valor sino por falta de audacia, no pudo rivalizar con D. Ramon. El que le podia hacer sombra era D. Leopoldo Odonnell, pero este mas ducho no quiso comprometer su reputacion, conoció que la decantada reconciliacion de los partidos era una farsa, y que los moderados, los carlistas y los progresistas que se coligaron para derribar á Espartero no tardarian en romperse la cabeza; olió que la cuestion de boda produciria grandes compromisos personales, y renunciando de *motu propio* al puesto de D. Ramon, porque le consideró poco seguro y muy conmovido, resolvió pasar á la isla de Cuba de capitan general, con lo que quedó su ambicion satisfecha. Quedó muy contento, y D. Ramon tambien. Que se nutra Narvaez en España, diria Odonnell; yo me voy á nutrir donde no sea fácil que se me indigeste la leche; me voy á la isla de Cuba,

que es el pecho mas turgente de la madre patria. ¡Qué leche dá tan pura y tan sustanciosa! *Niveum fundit ex ubere nectar.* Narvaez haga de gefe en España; yo no haré de gefe, sino que seré gefe en la isla de Cuba, y no gefe como quiera sino gefe absoluto, tan absoluto como el Zar. Allí no hay elecciones, ni Constitucion, ni periódicos políticos; haga lo que quiera nadie me lo echará en cara. Nútrase Narvaez en España y yo en América; veremos cual de los dos se cria mas robusto. Por estas ú otras razones análogas, Odonnell, que es un filósofo, no ocupó en España el puesto de Narvaez. No le ocupó porque no quiso. Pero D. Manuel de la Concha no le ocupó porque no pudo. En igual caso se supone á algunos otros que desde entonces han vivido en un estado permanente de envidia, del cual Narvaez ha procurado sacarles dejándoles nutrir como les diese la gana. Y con la leche que les daba, como era tan abundante, se nutrieron ellos y hasta sus allegados, entre los cuales los hay tan tragones que son capaces de estenuar cien pasiegas. ¡Qué modo de engordar han hecho algunos! ¡Vírgen Santísima! ¡no hay amas que les resistan!

Si otros no se hallasen en el mismo caso de D. José de la Concha, para hacer su biografía bastarian las siguientes reflexiones. Los moderados desde que se hallan en el poder dicen que gozamos de una paz octaviana; que se hallan en el poder hace menos de cuatro años, durante los cuales don

José de la Concha ha adquirido tres grados y una cruz, que es nada menos que una de las laureadas de San Fernando. Luego, una de dos, ó es falso que desde que los moderados se hallan en el poder gocemos de paz, ó los tres grados y cruces que durante estos últimos años ha adquirido D. José de la Concha los ha adquirido en tiempo de paz, lo que equivale á decir que no debió adquirirlos. Fuerza es escoger entre estas dos proposiciones, pues entre ellas no hay ningun término medio. El dilema está lógicamente sentado. Pero repetimos que siendo muchos los que se hallan en el mismo caso de D. José, sus numerosos ascensos militares adquiridos en tiempo de paz no sirven para caracterizarle, por lo que es necesario darle á conocer de algun otro modo para que se le distinga por caractéres propios y esclusivos. Su mayor importancia la debe á los sucesos de Galicia; en los sucesos de Galicia es, pues, donde debemos estudiarle.

D. José de la Concha fué el destinado á apagar la gloriosa insurreccion á cuyo frente se colocó el magnánimo Solís: contra todas las esperanzas de los enemigos de la dictadura de Narvaez, se confió á Concha un papel que parecia natural que lo representase otro. Al cabo aquel pronunciamiento, aunque era progresista y Concha no es progresista, tenia por principal objeto derribar á Narvaez, y Concha pasaba por enemigo de Narvaez. Cuando Concha se puso al frente de las tropas espedicionarias, algunos

que se decian bien informados aseguraban que Concha no solo no combatiria la insurreccion, sino que atendido su principal objeto la fomentaria con las mismas tropas destinadas á contrarestarla. Estas ilusiones duraron muy poco; Concha probó como tantos otros que los moderados, aunque divididos y subdivididos, por la envidia y sed de mando que á todos les domina, en fracciones que se hacen una guerra encarnizada, están siempre dispuestos á esterminar progresistas aunque estos invoquen los mismos principios que invocan ellos. No es un odio político, no es un odio nacido de la diversidad de principios el que anima á los moderados contra los progresistas, sino una especie de antipatía personal que profesan á cada uno de los individuos que forman la comunion progresista. Tal vez el nombre de progresista es lo que mas odian. Uno que se llame moderado puede profesar las mismas doctrinas, absolutamente las mismas que los progresistas, sin atraerse la aversion de los moderados. Pero un progresista, mientras no renunciase á este nombre, seria odiado muy de veras por los actuales situacioneros aunque pensase y obrase como piensa y obra el mismo Mon. No es, pues, estraño que llevando el nombre de progresistas los insurreccionados de Galicia, D. José de la Concha volase afanoso á destruirlos por mas que sus principales miras se dirigiesen, segun se decia, á derribar á Narvaez, ó que fuese esto lo que D. José de la Concha deseaba. Aque-

lla misma bandera enarbolada por hombres que se hubiesen llamado moderados hubiera merecido todas las simpatías del gefe que mandó las fuerzas que la combatieron. No comprendian esto muchos progresistas que se hicieron la ilusion de que el caudillo del ejército espedicionario, que fué uno de los que con mas teson rechazaron el sistema de sangre de Narvaez, uno de los de la fraccion que mas materiales hacinaron para volar la dictadura del héroe de la Mancha, iba á salvar en Galicia la causa de la libertad. Esos candorosos progresistas no se hicieron cargo de que el odio que profesaban á Narvaez algunos moderados no lo profesaban á su sistema, por mas que asi lo diesen á entender, sino á su persona, y que esta habia ya caido cuando Concha fué á batir el estandarte que enarboló Solís.

Concha tuvo suerte desde que principió sus operaciones, pues inauguró su campaña, á que sus apologistas han querido dar casi tanta importancia como á la de Bonaparte en Egipto, con una victoria tan fácil que apenas se comprende como se ha hecho mencion de ella. Batió á D. Martin Iriarte que con una fuerza de trescientos hombres se hallaba próximo á entrar en Astorga, pues los de dentro habian ya capitulado. Por esta insignificante accion obtuvo D. José la cruz laureada de San Fernando, de no sabemos qué clase. Digan los que conocen los estatutos de esta órden si la hazaña de Concha

le hizo acreedor á tan honorífica distincion. Lo cierto es que la obtuvo á pesar de haberla solicitado despues de transcurrido el término prescrito por la ordenanza, en vista de lo cual algunos generales que no habian obtenido recompensa por hechos de armas mucho mas gloriosos la solicitaron tambien, sin considerar que ellos no eran hermanos de don Manuel. ¡Qué cosas tienen algunos generales!

Con todo, aunque á nuestro entender y al entender de todo el mundo D. José de la Concha no se hizo acreedor á distincion alguna por la accion de Astorga, no podemos dejar de encomiar los nobles instintos que le obligaron á salvar la vida de los prisioneros. Triste fué, como insinuamos al ocuparnos de Rubin, que manchase la gloria que le grangeó su filantropía con la heróica sangre de los mártires de Carral.

Ya hemos visto en el artículo anterior, consagrado al odioso gefe de la segunda division del ejército libertador, las causas á que se debe la ruina de la insurreccion. En vano algunos encomiadores de Concha atribuyen á la pericia militar de este general el éxito maravilloso de su espedicion. Repetimos lo que llevamos dicho en el artículo precedente, Rubin y solo Rubin fué la causa de la catástrofe de la insurreccion de Galicia. Despues de lo que hemos dicho, no necesitamos esforzarnos en probar que sin Rubin todas las prendas militares de Concha hubieran sido infructuosas y los insurreccionados

no hubieran sucumbido. Concha entró en Galicia sin tener de antemano establecido, como alguno ha supuesto, un plan de campaña, porque ningun plan premeditado le hubiera servido para operar en un pais del cual hasta la topografía le era desconocida, y contra un enemigo cuya fuerza y situacion ignoraba completamente. En tanto esto es asi que, como dice Do-Porto en su reseña histórica, nada deseaba tanto el general Concha como llegar á Orense para consultar un mapa. La casualidad le favoreció, y sobre todo le favoreció Rubin de Célis. ¿Sabia de antemano el Sr. Concha que Rubin de Célis le favoreceria? Si lo sabia, la gloria de vencedor que se le atribuye mengua considerablemente, y si no lo sabia, fuerza es que confiese que no se acreditó de muy estratégico colocándose como se colocó para hostilizar á la primera division entre esta y la segunda. Como Rubin de Célis hubiese cumplido con su deber, ¿qué apologista del Sr. Concha nos narraria su famosa campaña de 17 dias?

Mas todo lo pasariamos por alto; prescindiriamos de la parte principal que la defeccion y la suerte tomaron en el buen éxito de la espedicion de Concha, si este gefe hubiese sido tan generoso en Santiago como lo fué en Astorga. Pero Concha no podia perdonar á Solís que con fuerzas muy inferiores le hubiese disputado la victoria, y cuando los soldados de la libertad ya no tuvieron un cartucho, cuando solo por falta de municiones se vieron obli-

gados á rendirse, quiso que lo hiciesen á discrecion los gefes y oficiales cuyo valor al parecer le avergonzaba.

La campaña de 17 dias le valió á Concha el empleo de teniente general, amen de la cruz laureada de San Fernando que se la encontró de paso en la carretera de Astorga. Por la cruz, aunque nos parece inmerecida, nada añadimos á lo que llevamos dicho, y á los ojos de los hombres filantrópicos le hace mas honor que el entorchado con que se recompensó su espedicion. De la cruz al menos no trasuda sangre. Al contrario, es una cruz á que su conducta le haria acreedor si la cruz laureada no se hubiese creado para premiar grandes hechos de guerra, sino para recompensa de la generosidad. El entorchado es ya muy diferente; no nos recuerda combatientes sino mártires, no nos hace pensar en batallas sino en suplicios; nos parece verlo algo deslucido por el sangriento lodo de Carral.

Recapitulando lo que llevamos dicho, y reflexionando acerca de ello, D. José de la Concha solo se nos presenta como uno de los hijos que mas ha mimado la suerte. Su primera fortuna es ser hermano de D. Manuel, y en pos de esta vienen otras y otras que seria muy largo el enumerarlas. Cuando los moderados no podian vencer á los progresistas, los progresistas mismos les ayudaron para que les venciesen, y Concha fué uno de los vencedores. Narvaez era su enemigo y los revolucionarios tam-

bien, y aunque parecia que la caida de aquel escluia la de estos, Concha tuvo la suerte de ver caido al primero y en seguida de derribar á los segundos. En una nacion en que hay tantos generales que casi parece mal el que no lo es, tuvo la suerte de ser él el escogido para abatir la bandera enarbolada en Galicia. Atendido el número de generales con que cuenta la España, eso es casi tan casual como que le caiga á uno el premio grande. Tropezó con el benemérito Iriarte en Astorga cuando el llavero tenia ya en la mano las llaves para abrirle las puertas, de suerte que si tarda algunos minutos mas, Iriarte hubiera ya estado dentro de la ciudad, de donde no hubiera sido fácil arrojarle, pues hubiera engrosado sus fuerzas con las que habia dentro de la poblacion y ademas con los que simpatizaban con su bandera. Para vencer á los insurreccionados de Galicia necesitaba que la primera division careciese de municiones ó que la segunda no auxiliase á la primera, y consiguió las dos cosas á pedir de boca. La columna de Solís perdió en una carga las únicas municiones con que contaba, y la segunda division no le ausilió, no sabemos si porque asi lo dispuso Rubin de Célis ó la suerte de Concha que vienen á ser lo mismo. Por último, para probar la suerte del hermano de D. Manuel basta decir que desde la primera era de ventura que empezó con la declaracion de la mayoría de la reina hasta la segunda que tiene su origen en el doble enlace, ha al-

canzado dos grados y una cruz laureada de San Fernando, y no sabemos si alguna otra cosa. ¡Y Concha pertenece al partido que llamó á Espartero soldado de casualidades! ¿Qué mas casualidad que ser hermano de D. Manuel?

D. JUAN VILLALONGA.

Tampoco le ha ido muy mal que digamos á D. Juan Villalonga. Es teniente general, tan teniente general como él mismo, que es todo lo teniente general que se puede ser.

Nada diremos del Sr. Villalonga con respecto á sus opiniones políticas, nada tampoco con respecto á sus prendas militares; un hombre lo primero que ha de ser es hombre, y para que sea hombre es necesario que tenga sentimientos de tal; poco importa que el que carece de estos sentimientos profese tales ó cuales principios, que sea ó no fiel á tal ó cual bandera, que carezca ó no de pericia, que sea un genio ó un estúpido; los acometidos de la manía de la sangre, que es la peor de las manías, solo deben ser juzgados bajo el punto de vista de su

crueldad. Al lado de los instintos y hábitos sanguinarios, todos los vicios, todas las virtudes desaparecen, ó al menos no merecen la pena de que se fije en ellos la atencion; el estudio del hombre de sangre escluye el del héroe y el del apóstata.

El nombre de D. Juan Villalonga se ha hecho tan célebre en Galicia como el de Carlos Espagne en Barcelona, como en Málaga el de Moreno; es un nombre que no se puede pronunciar sin horror, y que quedará escrito con sangre en el martirologio de los libres, como el de Astiages en el martirologio de los cristianos; y asi como nadie se acuerda de Moreno ni de Espagne sino por las ejecuciones que decretaron, tampoco despues de su muerte se acordará nadie de Villalonga sino por el rastro de sangre que habrá dejado en su paso, y por la muerte de los héroes que unieron á sus laureles la palma de los mártires. Nadie sabrá, porque ya casi nadie lo sabe ahora, si Villalonga ué ó no esparterista estremado y despues estrefmado anti-esparterista; nadie sabrá si ha sido ó no valiente, si ha sido ó no buen militar; su historia está escrita en Carral y nadie la buscará en otra parte.

El partido moderado es á propósito para halagar los instintos de los que tienen sed de sangre. Si Villalonga hubiera nacido en los tiempos de Torquemada, hubiera sido inquisidor; si Marat viviese ahora en España seria moderado como Narvaez, mo-

derado como Gonzalez Brabo, moderado como Juan Mateo. En los diferentes individuos de la especie humana se encuentran esparcidos y elevados al mayor grado de que son susceptibles todos los instintos y todos los caracteres que distinguen entre si las diferentes especies de animales. Entre los hombres se encuentra el tipo del cordero y el del lobo, el de la gacela y el de la pantera, el de la tortuga y el de la ardilla; cual es inerte como un molusco, cual laborioso como un castor; los hay estúpidos como el sapo, los hay sagaces como la zorra; cada hombre es símbolo por sus caracteres intelectuales ó morales de una especie animal. No por otra razon sobre la anatomía comparada estableció el doctor Gall su ingenioso sistema. Solo por la figura se distinguen ciertos hombres de ciertos animales, y esto si no se comparan frenológicamente, en cuyo caso la diferencia no es tan notable como á primera vista parece. Si algunos hombres fuesen aves, serian buitres; si fuesen cuadrúpedos, serian tigres; si fuesen peces, serian tiburones; si fuesen anfibios, serian cocodrilos; si fuesen reptiles, serian boas, ó lo que es lo mismo, si el buitre, el tigre, el tiburon, el cocodrilo ó la boa fuesen hombres serian fulano ó mengano, con tal que en la transformacion ó metamórfosis no humanizasen mas que su físico.

D. Juan Villalonga reemplazó á D. Francisco Puig Samper en la capitanía general de Galicia. El carácter tolerante y bondadoso de Puig Samper ha-

cia un singular contraste con el de Villalonga, cuya sola presencia irritando los ánimos contribuyó no poco al desarrollo de los acontecimientos que ensangrentaron el pais. Los gallegos, aunque naturalmente pacíficos y sufridos, son valientes y por lo comun liberales. Si Narvaez tenia sed de sangre liberal no podia escoger mejores provincias que las del antiguo reino de Galicia para derramarla en abundancia, ni para sacar á los gallegos de su habitual impasibilidad le era dado elegir un instrumento tan punzante, cortante y contundente como el general Villalonga. Cansados los gallegos de la dictadura de Narvaez, que ahogaba á la vez las prerogativas del trono y los derechos del pueblo, acabaron de sentir todo el peso de la dictadura cuando llegó allí el general Villalonga, y resolvieron sacudir el ominoso yugo que les oprimia escitados tal vez por los artículos incendiarios de la misma prensa conservadora que diariamente denunciaba golpes de estado y conatos de llevar á cabo la reaccion anticonstitucional. Véanse los artículos del *Español* y del *Tiempo* de la época á que nos referimos, y aunque estos periódicos vencida la insurreccion adularon al vencedor, se verá que no fueron ellos los que menos contribuyeron á provocarla.

El ejército tomó la iniciativa en el levantamiento de Galicia, y esta circunstancia debió producir una impresion funesta en el ánimo de Narvaez y sus paniaguados, quienes persuadidos de que no

tenian en el pueblo una sola simpatía, solo se atrevieron á ejercer su despotismo á la sombra de las bayonetas.

Villalonga no supo lo que le pasaba cuando tuvo noticia por Puig Samper del pronunciamiento de Lugo. Era preciso batirlo, pero él no tenia ganas de batirse, y al mismo tiempo conoció que su persona era tan poco simpática á los ojos del ejército y del pueblo, que presentándose él á batir la insurreccion no haria mas que fomentarla. Lo que deseaba era que Puig Samper se encargase de ahogarla, y al efecto le reconvino sin ton ni son suponiendo que él era la causa del conflicto en que se veia. Sus reconvenciones produjeron el efecto apetecido. Viéndose Puig Samper acriminado trató de disipar con su conducta sospechas que tanto le denigraban, y se ofreció á partir inmediatamente para sofocar la insurreccion. No deseaba otra cosa Villalonga; admitió el ofrecimiento de su camarada y destinó el primer y tercer batallon de Zamora á la persecucion del segundo del mismo regimiento, que era precisamente el que se habia sublevado. Prohibió al primer y tercer batallon que regresasen á la Coruña antes de haber triunfado del segundo, sopena si se acercaban á la capital de recibirles á metrallazos. Ya empieza el Sr. Villalonga á revelar su talento y filantropía.

Inútil es decir que se declararon en estado de sitio las cuatro provincias de Galicia. Para tomar esta

saludable medida no tienen necesidad algunos generales de que se subleven batallones; basta con que un muchacho de la escuela salga á la calle con un cucurucho de papel de estraza en la cabeza á guisa de gorra de cuartel, con unos vigotes de tinta, con un cartapacio por cartuchera, con un fusilito de hoja de lata, y que dé un viva á cualquier cosa. Por supuesto los revolucionarios fueron puestos fuera de la ley, y la de 17 de abril se suspendió de la cabeza de los que les prestaban auxilio. Convocó Villalonga sobresaltado todas las autoridades; recorrió las fortificaciones; de acuerdo con el gefe político nombró, presidida por él, una Junta de seguridad y defensa, entre cuyos miembros figuraba el representante de la empresa de sales, lo que hizo decir muchas cosas, que algun dia reproduciremos, del actual ministro de Hacienda D. José de Salamanca. No hubo precaucion que la Junta no tomase, ni medida que no adoptase por violenta, por ilegal, por inhumana, por estrafalaria y por inconducente que fuese. Los situacioneros de la Coruña hacian de las tripas corazon, pues al mismo tiempo que con una aparente energía trataban de cohonestar su miedo, el vapor Isabel II revelaba el apocamiento de su ánimo con la caldera que tenia encendida para recibir á bordo á Villalonga y comparsa, dispuestos á tomar las de Villadiego en caso de un desastre que su conciencia y canguelo les hacian parecer mas inminente de lo que realmente era. De noche la

mayor parte de los vocales de la Junta se guarecian en palacio donde se consideraban mas seguros, y su alarma era tal que ella sola bastaba para alarmar al vecindario cuya agitacion sirvió de pretesto para tomar por via de precaucion las medidas mas violentas y repugnantes. Castigóse la opinion como un crímen, el deseo como un conato; el ser progresista era suficiente delito para ser arrancado del hogar doméstico y preso y encarcelado; dióse carta blanca á los celadores de proteccion y seguridad pública para arrestar y vejar al que les diese la gana.

Vencida la insurreccion, pudo el general Villalonga cebar con sangre sus crueles instintos. Los oficiales de la primera division del ejército libertador atados como bandoleros y escoltados por numerosas fuerzas de infantería y caballería fueron conducidos hácia la Coruña, y se les mandó hacer alto á tres leguas de esta ciudad, en una aldea llamada Carral, contigua á la misma carretera. En esta aldea mandó Villalonga que se instalase la comision militar para juzgar, ó mejor para condenar á muerte, á los heróicos prisioneros. Atendidas las violentas inclinaciones de Villalonga, es de creer que eligió para recibir la sangre de los héroes una miserable aldea con objeto de hacerles parecer mas afrentoso su suplicio. Despues de haberles hecho andar a pié siete leguas en diez horas, se les señaló por antesala de la eternidad una pobre capilla, en

que estaban como hacinados, y donde no se veian mas que cuatro paredes y un poco de paja esparcida por el suelo. Algunos estaban heridos, y todos hubieran muerto ahogados si no se hubiese abierto un respiradero en el tejado para ventilar aquel angosto recinto.

El presidente de la comision militar era el brigadier Ituarte y el asesor un tal D. José Saavedra, hermano de un ex-coronel enemigo personal de Solis. El fiscal se llamaba D. Juan Antonio de Castro. No hay necesidad de decir que siendo nombrados por Villalonga eran dignos del *noble* cargo que se les confió.

Solis, al recibirle declaracion, pronunció su nombre con cierto orgullo, sin duda porque sabia que este nombre pasaria á la posteridad rodeado de la doble aureola de los héroes y de los mártires. Dijo sus grados y su empleo; confesó que se habia puesto á la cabeza de la insurreccion, pero que no por esto era traidor á sus juramentos, pues se levantó á favor del trono oprimido y de las leyes holladas; dijo que él no era de esos hombres turbulentos ó ambiciosos que buscan en las revueltas su medro personal, que fiel siempre á su bandera no se habia querido pronunciar en el año 43, lo que le acarreó vejaciones y postergaciones en su carrera. «Si yo soy trador, añadió, con doble razon deben considerarse tales todos los militares de España desde el primer general hasta el último corneta; si,

porque todos han hecho traicion á su bandera, todos han faltado á sus compromisos, todos han ofrecido sus brazos á todos los gobiernos. Yo soy de los pocos que no se encuentran en este caso.» Para seguir la fórmula de costumbre, se le preguntó si tenia cómplices, pues demasiado sabia el fiscal que aquel jóven magnánimo no era capaz de arrastrar á nadie con una revelacion indiscreta al precipicio á que estaba próximo á hundirse. Asi es que el fiscal no manifestó empeño en arrancar de sus labios una palabra capaz de comprometer á otro; lo mismo que el fiscal de Zurbano conoció á la primera contestacion que todas sus gestiones serian inútiles. «Ningun cómplice tengo, dijo el noble mártir; sé la suerte que me está reservada, y moriré como buen caballero y como buen soldado, y llevaré á la tumba la idea consoladora de perecer por la santa causa de los pueblos, víctima del furor y encarnizamiento de un poder feroz y reaccionario.»

Igualmente propias de héroes que sabian morir como habian sabido pelear fueron las contestaciones de D. Víctor Velasco y de los capitanes con grado de comandante á quienes se recibió declaracion en seguida. El consejo condenó á la última pena á Solís y á Velasco, y suspendió su juicio acerca de los demas, creyendo que Villalonga se daria por satisfecho con la muerte de los gefes de mas graduacion. ¡La sangre de dos hombres para apagar la sed de los reaccionarios! ¡Oh! no se apaga tan pronto; bien

podian haberlo conocido los que formaban el consejo. Necesitaba la reaccion la sangre de diez víctimas mas para saciar su rencor y sus instintos, y la comision se la dió amedrentada, pues Villalonga se la exigió con amenazas temibles. Todos los capitanes fueron condenados á muerte. La flor del ejército español fué segada por la cimitarra de Villalonga. Todos eran bravos los que en aquel dia inscribieron su nombre en el martirologio de los buenos; todos pasaron del campo de batalla al cadalso, del cadalso al templo de la inmortalidad. Mariné era muy jóven, niño casi, y no podian las balas llegar á su corazon sin destrozar alguna cruz, porque cubrian su pecho las muchas y muy gloriosas que habia adquirido en las breñas de Navarra. Lallave era otro de los héroes ilustres que recibieron en aquel infausto dia la gloria del martirio; daba su vida á la libertad despues de haberle dado una fortuna de dos millones. Irreparable fué la pérdida que sufrió la patria con la muerte de Velasco, ante cuya espada triunfadora mil veces huyeron despavoridos los enemigos de Isabel. ¿Y cuál mas denodado, cuál mas ilustre que Daban, comandante graduado á los 25 años, cuyo valor en nada cedia al de los personages épicos que han inmortalizado en sus cantos los poetas de la antigüedad? Vedle como un leon á la cabeza del segundo de Zamora, destrozando caballos enemigos, y castigando la intrepidez de batallones enteros. ¡Pobre patria! fué la última palabra que

pronunció al pisar el umbral de la eternidad (1).

Digamos en obsequio de la verdad que la comision militar constituida por Villalonga era un tribunal de sangre que no pudo hacer mas ni menos de lo que hizo. El general Villalonga, no bien supo la rendicion de la columna de Solís, concibió la cruel idea de hacer pasar por las armas á todos los prisioneros sin distincion de clases; pero este decreto fué modificado por las instancias del arzobispo y de varias comisiones que los ayuntamientos de Santiago y la Coruña mandaron á Betanzos. El misericordioso general transigió con los deseos de los supli-

(1) A los 23 años, dice Do-Porto, D. Jacinto Daban era ya capitan de cazadores con el grado de comandante, y Solís le nombró primer gefe de su batallon. Trasladado herido adonde estaba un hermano suyo de gravedad, se levantó á los pocos minutos para ponerse de nuevo al frente de su cuerpo. Posteriormente pudo salvarse unas tres veces, mas lo rehusó, jurando ser fiel compañero de la suerte de su íntimo amigo Solís. Sus dos hermanos D. Miguel y D. Ramon ofrecieron igualmente sus espadas á la causa de la revolucion. El primero, capitan del tercer batallon, salió de la Coruña para Santiago el mismo dia en que lo verificaron para Lugo Solís y Cubas. Siendo segundo gefe de E. M. recibió en la accion de Cacheiras cuatro lanzazos, los que le libraron de caer prisionero en San Martin y sufrir la suerte de su hermano y amigos. El segundo, tambien capitan, fué el que se pronunció en Castilla con su compañía, cuyo arrojo supera á toda ponderacion, por conocer el peligro en que se metia al sublevarse en un pais tan desventajoso para hacer la guerra con poca fuerza y ningun caballo. Prisionero en Astorga, continúa hoy, á pesar de la amnistía, en el presidio de la Gomera.

cantes, y redujo la aplicacion de la pena de muerte á todos los gefes de capitan arriba inclusive. No se dirá que no fué compasivo. Podia haber mandado fusilar 62 hombres y no hizo fusilar mas que doce.

El tribunal de Carral tenia por Villalonga señaladas las atribuciones, marcados los procedimientos. No eran propiamente jueces los que lo componian; Villalonga les mandó que condenasen á muerte y condenaron á muerte. Ya hemos dicho que despues de haber condenado á Solis y á Velasco suspendieron su juicio creyendo ver modificada la providencia del capitan general de Galicia; pero este les previno en una comunicacion que les dirigió, que si inmediatamente no se le avisaba estar hecho el fusilamiento de los prisioneros condenados por él á muerte, les fusilaria á ellos. Capaz era de hacerlo, tan capaz como de decirlo, y los jueces amoldaron su conducta á las órdenes del capitan general. De los doce condenados á muerte los diez no lo fueron por el consejo, sino por Villalonga, por Villalonga que á ningun peligro se habia espuesto para sofocar la rebelion.

Concha al menos habia peleado, y hasta nos complacemos en creer que si él hubiese previsto el desastroso fin que reservaba Villalonga á los prisioneros de San Martin, hubiera sido accesible á las súplicas del arzobispo y hubiera salvado á tantos héroes por medio de una capitulacion. Nos complacemos en creer que cuando se negó á conceder

cuartel á aquella oficialidad brillante estaba ciego de furor por la resistencia que le habian opuesto superior á la que sus cálculos le consintieran entrever, y que no se acordaba de los instintos de Villalonga, ni adivinó en aquel momento las horrorosas escenas de Carral. No, Concha no previó que el brillo de su victoria podria llegar á oscurecerse en un lodazal de sangre; él mismo habia dicho que ni una sola gota se derramaria fuera de la lucha. Villalonga pensó de otra manera, y á Villalonga debe Concha el menoscabo de su mérito y tal vez un arrepentimiento de su conducta.

Lo mismo que Concha, Villalonga fué ascendido á teniente general. El primero peleó y triunfó, y aunque su victoria no se deba esclusivamente á su valor y pericia, es indudable que la obtuvo. Pero ¿qué méritos contrajo Villalonga para conseguir un grado? Las hazañas de Concha se escribieron en Santiago, las de Villalonga no mas que en el Carral. Concha luchó contra héroes; Villalonga inmoló mártires. Concha se esponia á recibir una muerte igual á la que daba; Villalonga daba la muerte sin esposicion de recibirla. A Villalonga por sus proezas no debió dársele un entorchado, debió dársele un turbante, nada mas que un turbante por los servicios prestados en su bajalato de Galicia.

Nada mas que un turbante. En una nacion cristiana y en que el sol de la civilizacion no se ha apagado enteramente; para distinguir á la autori-

dad que inventa castigos que la humanidad y la moral rechazan, no ya para castigar sino para obligar á un hombre á ser delator deberian obligarle á tomar un trage morisco como sus hechos. Villalonga reprodujo las *cuestiones de tormento* de los dias de la Inquisicion mandando dar cincuenta palos á D. Pablo Perez Ballesteros, para obligarle á entregar la lista de los estudiantes que empuñaron las armas en Santiago á favor de la revolucion. Sin embargo, los estudiantes que empuñaron las armas las empuñaron despues de un bando en que la Junta de Santiago les llamaba bajo pena de la vida á sostener la bandera de la revolucion, haciéndoles presentar en la universidad para su alistamiento, y el desgraciado Perez Ballesteros no tuvo en este alistamiento ninguna parte, pues lo único que hizo fué llevar los libros de matrícula de la secretaria al secretario de la corporacion D. Francisco Otero y Porras, por mandato de este. El castigo de consiguiente no solo fué una inhumanidad repugnante en estos tiempos, sino que seria una injusticia punible hasta en Constantinopla. ¡Imponer un castigo de palos, é imponerlo un general lo mismo que hubiera podido imponerlo un fraile inquisidor! ¡Imponer un castigo de palos, y ser el que lo impone un hombre que de buena ó mala fe ha jurado la Constitucion, y que cuando habia para escoger una bandera cuya corbata era un lema de humanidad y progreso, y otra que representaba abyeccion y servilismo, escogió la primera,

no sabemos si por equivocacion. Esta conducta en Cabrera ó en Cárlos Espagne al menos no hubiera sido una inconsecuencia y un contra-principio. ¡Imponer un castigo de palos, é imponerlo no para castigar un hecho sino para descubrirlo! ¡Imponer un castigo de palos, é imponerlo á un inocente! Por último, ¡imponer un castigo de palos é imponerlo no á un hombre abyecto y degradado, sino á un jóven de carrera, cuyo cuerpo fué menos lastimado todavía que su dignidad! A nosotros, lo juramos, este castigo nos hubiera conducido á la horca, si los tribunales no nos hubieran hecho justicia; nosotros, lo juramos otra vez, con la sangre del ofensor hubiéramos lavado nuestra dignidad ofendida. Con todo, esto no pasa de ser una preocupacion; el castigo impuesto por Villalonga á D. Pablo Perez Ballesteros no degrada al que lo sufrió sino al que lo impuso. El que lo impuso, repetimos lo dicho, no merece mas que un turbante.

CACHAFEIRO.

Villalonga tuvo, como Cárlos Espagne, un ejecutor de sus órdenes que con dificultad podria encontrarse otro mas digno. El instrumento de Cárlos Espagne era Cantillon; pronto sabremos cual fué el de Villalonga, pues dadas tres cantidades nada mas fácil que hallar una cuarta proporcional geométrica.

Si quiero hallar un cuarto proporcional á Espagne, Cantillon y Villalonga, llamándole x, tendré $x=\frac{\text{Cantillon}\times\text{Villalonga}}{\text{Espagne}}=$Cachafeiro; cuya operacion se dispone como aqui se ve, Cárlos Espagne: Cantillon:: Villalonga: $x=\frac{\text{Cantillon}\times\text{Villalonga}}{\text{Espagne}}=$Cachafeiro.

La operacion no puede ser mas sencilla. Nos ha bastado para hallar el valor de la x multiplicar el consecuente de la primera razon por el antecedente

:

de la segunda y dividir el producto por el antecedente de la primera. Espagne: Cantillon:: Villalonga: x.

El consecuente de la primera razon es Cantillon; lo he multiplicado por Villalonga que es el antecedente de la segunda, y el producto se ha dividido por Espagne.

Cantillon multiplicado por Villalonga dá un producto atroz, y este producto atroz dividido por Espagne da Cachafeiro. Espagne : Cantillon :: Villalonga : Cachafeiro.

La proporcion no dejará de subsistir alternando, es decir comparando antecedente con antecedente y consecuente con consecuente, en esta forma: Espagne : Villalonga :: Cantillon : Cachafeiro.

Tampoco dejará de subsistir invirtiendo, es decir comparando consecuente con antecedente en cada una de las razones, en esta forma : Cantillon: Espagne :: Cachafeiro : Villalonga.

Tampoco dejará de subsistir componiendo, es decir comparando la suma de antecedente y consecuente con uno de los dos en cada una de las razones, en esta forma : Espagne+Cantillon : Cantillon:: Villalonga+Cachafeiro : Cachafeiro, ó bien Espagne+Cantillon : Espagne :: Villalonga+Cachafeiro: Villalonga.

Tampoco dejará de subsistir dividiendo, permutando ó convirtiendo, lo que no nos tomamos la molestia de demostrar porque basta para nuestro objeto

hacer ver que Cárlos Espagne es á Cantillon lo que Villalonga es á Cachafeiro.

Cachafeiro es el Cantillon de Villalonga. En los tiempos de Torquemada un hombre como Cantillon hubiera desempeñado un papel de la mayor importancia, pero en la actualidad ninguna tendria si Espagne no hubiese nacido. Cantillon sin Espagne hubiera sido en estos tiempos un anacronismo sorprendente, una aberracion cronológica, un error de tiempo, una cosa de uso desconocido y que existiria al parecer sin causa suficiente. A Espagne debe el haber servido de algo en el mundo. Si no hubiese habido en España un Espagne, la providencia que crea los hombres segun las épocas y segun la organizacion social de cada pais, ó hubiera hecho nacer á Cantillon en los tiempos de Felipe II, ó si hubiese creido conveniente crearlo para mayor gloria de la época contemporánea, le hubiera hecho nacer en Marruecos ó en Constantinopla.

En los paises azotados por el látigo de un señor, los hombres como Cantillon son vulgares. Los hombres como Cantillon lo que menos han de ser es hombres: han de tener una cabeza sin ideas propias, un pecho sin corazon y unos ojos sin lágrimas; no han de figurarse jamas que en el mundo haya grandes dolores, ni que la materia animada sienta; han de considerar á los vivos como los anatómicos á los muertos, que los destrozan ni mas ni menos que destroza un escultor una piedra; no han de tener

mas conciencia del bien y del mal que la de aquel indio de nueve años á quien impidieron que matase á un niño de la misma edad, lo que le causó tanta sorpresa que no pudo abstenerse de decir á los que se oponian á que cometiese el asesinato: «¿Por qué no lo he de matar si es escelente para comérmelo?» Apagada como este antropófago debe tener un Cantillon la luz de la conciencia; como este antropófago no ha de vivir sometido mas que á sus instintos animales.

Cantillon en Ultramar hubiera sido mayoral de un ingenio, que es el destino que mas se aviene con sus inclinaciones. Armado de un látigo, de un machete y de un par de pistolas, á la cabeza de doscientos negros hubiera estado tan en su lugar como Lopez en la tribuna, como Arrazola en la cátedra, como Isturiz en la presidencia de una asamblea. No siendo militar, la sociedad hubiera podido utilizarle para alcaide y hubiera sido un buen alcaide, y si Napoleon hubiera sobrevivido á su custodio en la isla de Santa Elena, Cantillon hubiera podido reemplazar dignamente á Hudson Lowe.

Los hombres del carácter de Cantillon, únicos que pueden admitir la repugnante mision que á Cantillon se confió, no obedecen mas que á sus instintos de conservacion, ni se acuerdan de otra cosa que de su bienestar individual. Indiferentes á todo menos á sus goces materiales, no hacen el mal por el placer de hacerlo sino para hacerse bien. Los que

se complacen en el dolor de sus semejantes no son ellos sino los que se sirven de ellos para instrumentos; ellos no son el tigre, ni el toro, ni el perro de presa, sino los colmillos del perro de presa, las astas del toro, las garras del tigre. Beberian sangre si se lo exigiese el gefe que está armado con ellos, ni mas ni menos que el elefante está armado con la trompa; pero la beberian sin gusto y tambien sin repugnancia.

Como para profesar una opinion política cualquiera que sea se necesita tener conciencia, los hombres como Cantillon en política no tienen opinion. Asi es que dominado por sus instintos egoistas Cachafeiro, que es otro Cantillon, ha figurado en todas las conmociones que se han sucedido en España, sin reparar en el color de la bandera; las revueltas para ciertos hombres tienen un cebo que les atrae como las carroñas á los chacales. Cachafeiro en 1840 era esparterista; se pronunció contra Espartero en octubre de 1841, y figuró despues en la lucha de 1843, en la cual habia muchos ignorantes y muchos desleales, y el que no era víctima era sacrificador. Villalonga le escogió para ajusticiar á Solís y á sus compañeros de infortunio que habian cometido el inaudito crimen de *ser capitanes al menos* y de pronunciarse en 1846. En 1843 su crimen hubiera sido una virtud á los ojos de los que les condenaron á muerte.

Nada hace resaltar tanto la grandeza de ánimo de Solís como la pequeñez de Rubin de Célis; nada

tampoco hace resaltar tanto la caballerosidad de aquel héroe desgraciado y de sus ilustres compañeros, como la conducta innoble de sus enemigos, especialmente de Cachafeiro. Tan estremada era la delicadeza del primer mártir de Carral, tan llena estaba su alma de afectos tiernos y de sentimientos generosos, que para librar á Puig Samper que le hostilizaba del bochorno de una derrota ó de una vergonzosa fuga, renunció á una victoria que le aseguraba tal vez la de la revolucion, sin mas que por que respetaba á Puig Samper como general y le queria como amigo.

Solís sin embargo y sus esforzados compañeros no encontraron en sus enemigos mas que impiedad y rencor. Fueron conducidos á Carral á pié y maniatados como bandoleros; no se les concedió en Carral ni un mal tablado donde descansar sus fatigados miembros; la comision militar les juzgó sin permitirles defensores, y les condenó á muerte porque tenia prohibido condenarles á otra pena que no fuese la última. Veamos de qué modo unos tras otros fueron conducidos al suplicio.

Cuatro horas despues de haber intimado á Solís el sangriento fallo del tribunal, algunos soldados le arrancaron de los brazos de sus compañeros, le colocaron en medio de la escolta y le hicieron andar por una senda estraviada como cosa de un cuarto de legua. Llegaron al átrio de una iglesia; la comitiva hizo alto, y la escolta preparó las armas, cu-

yo ruido hizo de repente dar media vuelta á Solís porque sospechó con razon que le iban á fusilar por la espalda. «Yo nunca he sido traidor, dijo el héroe con altaneria, y no he de morir sino como corresponde á un militar honrado y caballero.» Dió él mismo la voz de fuego, y un instante despues, al trasluz del humo de la pólvora, se entrevia ensangrentada y hecha pedazos la inteligente y noble cabeza del ilustre guerrero.

Dos horas despues se notificó la última pena á Velasco y á todos los capitanes. El virtuoso sacerdote D. Mateo Pereira les prestó los auxilios espirituales en aquellos momentos de agonía, y á las siete y media de la tarde salió con ellos de la capilla y les acompañó hasta el lugar del suplicio. Él tambien habia acompañado por el mismo camino al infortunado Solís, que en aquel momento estaba ya brillando con la aureola de los mártires. Los últimos crepúsculos de la tarde iluminaban el semblante sereno de los que iban á morir por la libertad de la patria. Detiénese la escolta; Velasco, Daban, Mariné y Ferrer son los primeros destinados á morir; se separan un poco de sus compañeros y se arrodillan. El terrible Daban, á fuer de capitan de cazadores, quiere que cazadores le tiren. Concedida esta gracia, arenga á los soldados, vitorea á la reina y la Constitucion, dá la voz de fuego, y él y sus tres compañeros caen acribillados. Otros cuatro conducidos por otra escolta pasan por encima de los

cadáveres de sus camaradas y son inmolados junto á ellos. Este monton de víctimas fué el lecho mortuorio de los otros tres, entre los cuales hubo uno que no murió en el acto, y las bayonetas le acabaron de quitar la vida.

La soldadesca estúpida se arroja como una banda de buitres sobre los cadáveres destrozados y los despoja de sus vestidos. Se opone el virtuoso Pereira á este acto escandaloso de feroz codicia y de sacrílega inhumanidad; Cachafeiro defiende esta barbarie tan propia de los instintos que le caracterizan, y dice con una impasibilidad repugnante como la de Han de Islandia cuando bebia sangre en un cráneo, que las ropas de los fusilados son gajes de los que les fusilan. El piadoso sacerdote no se dió por satisfecho con estas palabras con que trataba Cachafeiro de cohonestar la ferocidad de la soldadesca; opuso á la bárbara costumbre ó prescripcion citada por el atroz ejecutor de los decretos de Villalonga los sentimientos de la filantropía y las santas máximas del Evangelio, y aquel hombre inerme triunfó con solo su teson de los instintos de cafre de aquella sangrienta turba. «Los cadáveres, dijo, no pertenecen ya á la justicia humana; cumplidos los fallos de esta entran en el poder del dominio espiritual, y yo como representante de este los reclamo en nombre de la justicia divina.» El defensor de los sangrientos despojos de los héroes acabados de inmolar resplandecia en aquel momento entre las tinieblas, y pare-

cia un angel en medio de una legion de demonios. Los soldados mal de su grado abandonaron su presa; quedaron sometidos al poder sobrenatural de aquel hombre venerable como se somete un magnetizado al poder del magnetizador, y abandonaron murmurando aquel sitio horrible á la manera de carniceros lobos, obligados por el mastin ó el pastor á soltar la res en que habian ya ensangrentado sus colmillos. Cachafeiro oyó con tanta sangre fria las murmuraciones de la soldadesca, como las palabras del sacerdote y las descargas mortíferas que dieron muerte á los valientes. Los restos de los héroes, hacinados en carros, fueron trasladados á la iglesia de Paleo, donde recibieron sepultura.

Ciertamente no tenia necesidad un filántropo como Cachafeiro de la comunicacion que le dirigió Villalonga amenazándole con fusilarle á él si á las dos horas no habia fusilado al presidente y vocales de la comision militar en el caso de no estar ejecutados los prisioneros comprendidos en su disposicion. Villalonga debia haber conocido que sin necesidad de amenazas le bastaba mandar para ser obedecido de Cachafeiro. Una indicacion suya bastaba á Cachafeiro para fusilar á todo el género humano.

No queremos ocuparnos mas de ese hombre, porque á nuestros lectores debe repugnarles demasiado pasear tanto rato los ojos por páginas ensangrentadas. Si hubiese muchos hombres como Cacha-

feiro, diríamos que Dios arrepentido de su obra y queriendo ahorrarse un diluvio se habia propuesto esterminar el mundo, en cuyo caso quedarian solo los Cachafeiros y se reproduciria entre estos un caso análogo al de aquellos dos voraces canes que se comieron mutuamente el uno al otro hasta que no dejaron mas que los rabos.

MARTINEZ.

Martinez es el apellido del que durante los sucesos de Galicia, de que hemos hecho mencion, era gefe político de la Coruña. Del nombre de pila de este benemérito personage no nos acordamos en este momento, si es que alguna vez lo hayamos sabido.

Martinez fué nombrado gefe político siendo brigadier. Era de consiguiente una amalgama de político y de militar, amalgama que no era rara durante la dominacion de Narvaez, quien, como es harto sabido, no pensó mas que en crear una situacion de fuerza. Narvaez, que nunca ha aspirado á la fuerza que da la razon sino á la razon que da la fuerza, lo organizó todo militarmente; un diploma militar era en su tiempo la mejor recomendacion para aspirar á cualquier destino, y estamos persuadidos de

que si hubiese permanecido algun tiempo mas al frente de los negocios, hubiera convocado las córtes á son de caja y hasta las cátedras de teología las hubiera dado por acciones de guerra.

Nada, sin embargo, es mas absurdo que nombrar gefe político á un militar, porque, salvas algunas honrosas escepciones, los militares de España no pecan por demasiado instruidos, y ningun cargo como el de gefe político requiere tan vastos y numerosos conocimientos. Narvaez no era de nuestro modo de pensar y hasta cierto punto tenia razon, porque su posicion requeria mas conocimientos aun que la de gefe político, y ningun gefe político tiene tan pocos conocimientos como él. El que sabe mandar una carga sirve para todo en una nacion en que toda la ciencia de gobernar se reduce á estas solas palabras: «*¡Atras, paisano!*» En esta creencia estaba y debe de estar aun el general Narvaez.

No es, pues, estraño que mandando Narvaez el brigadier Martinez fuese nombrado gefe político por la sencilla razon de ser brigadier. Aunque el cargo de gefe político nada tiene de militar, el señor Martinez lo desempeñó militarmente. Los militares lo desempeñan militarmente todo, hasta el cargo de diputados.

Martinez hizo proezas militares durante su permanencia en la Coruña de gefe político. Las circunstancias en que se hallaba el pais le obligaron á hacer mas ostentacion del entorchado que de la faja

azul. Cuando el pronunciamiento de Solís, Martinez era á la vez gefe político y gobernador de la plaza, y daba gusto verle á caballo y sable en mano á la cabeza de un piquete de guardias civiles. Villalonga no hacia nada, absolutamente nada, no hacia mas que firmar las proclamas y los bandos. En tanto Martinez adicionaba con grandes hazañas su hoja de servicios político-militares. Con un valor de que la historia no nos ofrece un solo egemplo, con un arrojo que nos recuerda los héroes de la Ilíada, combatió el pronunciamento de Lugo desde la Coruña arrancando una gorra de cuartel de la cabeza de un jornalero. Este solo hecho de armas á un hombre de genio como Ovilo Otero le proporcionaria materiales sobrados para un poema épico superior á la Jerusalen y á la Eneida. ¿Cómo no habia de sacar partido de tan estupenda aventura el que saca partido de las glorias de nuestra nobleza, que no sabemos donde las va á buscar como no sea en las peluquerías ó en las antecámaras de palacio? Sea dicho de paso, la nobleza española tiene en Ovilo Otero un historiador y un cantor digno de ella.

Con lo que prueba el Sr. Martinez sus vastos conocimientos de administracion es con los oficios, cartas y comunicaciones que escribia durante la insurreccion de Lugo. En una de sus comunicaciones dirigidas al Sr. Mugartegui, comandante militar de Santiago, le incluia un oficio del capitan general autorizándole para fusilar á quien

creyese conveniente, bastando para quedar bien con los hombres, si no con Dios, dar parte de haberlo ejecutado. Algunas veces nada hay tan valiente como el miedo, y porque tenia miedo al parecer, era tan valiente en aquellas circunstancias el Sr. Martinez. Las contradicciones que se notan en sus comunicaciones revelan que no sabia lo que se hacia, que estaba atolondrado, que veia acercarse una borrasca que la habia de conjurar y no sabia como. Tenia miedo á los estudiantes, y mandó cerrar la universidad. El miedo le hizo comunicar órdenes á los alcaldes para que pasasen á la Coruña los licenciados de los pueblos; á consecuencia de estas órdenes concurrieron licenciados en gran número, que fueron en seguida acuartelados y á quienes inmediatamente se les nombraron gefes. El gobierno y las autoridades tienen siempre provision de gefes. En España todo suele perderse por faltas de los gefes, pero por falta de gefes nada. Despues el Sr. Martinez tuvo miedo de los licenciados que el miedo le habia hecho convocar, y de puro miedo los despidió á sus casas, haciéndoles en aquel mismo dia pernoctar fuera de la poblacion. Tenia miedo de todo, hasta de los fusiles que nadie empuñaba. Temiendo que por si solos le hiciesen fuego, mandó quitar las llaves á los que habia en la maestranza. En una palabra, la historia de Martinez es la historia del miedo.

Por lo demas el gobernador gefe político no se

andaba en chiquitas. Sus comunicaciones y oficios son todos terminantes, ó al menos llenos de dignidad: «sobre todo, obre V. con mucha energía y tenga usted presente que el que da primero da dos veces.» En boca de una autoridad estas palabras son magníficas. No se espresaba de otro modo la junta que se formó en Barcelona en el año 43, cuyos oficios suscribia Bernat Chinchola.

Pero es preciso dar á cada uno lo que es suyo. No podemos concluir este breve capítulo sin hacer justicia al Sr. Martinez probando con la esposicion de un hecho que le honra sobremanera, que ninguna autoridad ha habido tan hábil para sacar partido de todo á favor de su causa, ni ninguna mas amiga de la libertad de sus compatriotas. El Sr. Martinez, deseoso de engrosar las filas de los sostenedores de la situacion en aquellos momentos críticos y compadecido de la triste suerte de los que gemian en la cárcel pública, sacó de ella á cuatro individuos que por haber manifestado demasiado cariño á la hacienda del prójimo, se hallaban bajo la jurisdiccion de un alcaide por disposicion del tribunal de justicia. Jamas se habia visto un rasgo igual de filantropía. Los rescatados se portaron perfectamente, desempeñando á las mil maravillas, para complacer al Sr. Martinez, el papel que este les confió. ¿No hubiera sido lástima que hombres tan serviciales se hubiesen consumido en el fondo de una mazmorra? ¿No hubiera sido doloroso que

sugetos de tanto provecho se hubiesen enmohecido en la ociosidad, la cual, como dicen los filósofos y los moralistas, es la madre de todos los vicios? ¿Qué hacian en la cárcel aquellos desdichados que el señor Martinez rescató? Nada, absolutamente nada; no hacian mas que estar en la cárcel, y saliendo de ella prestaron eminentes servicios á la causa del órden en cuyo triunfo estaba tan interesado su compasivo libertador.

Por último, previendo el Sr. Martinez los males que puede acarrear un grande concurso de gente, para mantener el aire libre, evitar empujones, é impedir que los unos se pisasen á los otros, que es una cosa diabólica sobre todo si se tienen callos, tomó la medida higiénica de publicar un bando en que previno que seria deshecho á balazos todo grupo que se hallase en las calles y no se disolviese á la primera intimacion. Jamas los piés coruñeses agradecerán lo suficiente al Sr. Martinez esta providencia dictada por el mas laudable celo á favor de los que padecen callos. Mientras estuvo el señor Martinez en la Coruña, no hubo en aquella capital ni una sola víctima de un pisoton; ni una sola persona murió en la calle de asfixia.

DON MANUEL ALBAN.

No hay cosa ni persona de que no echen mano los moderados en sus apuros para conseguir su fin ó salvarse. Nada les repugna; su conciencia todo se lo permite. Los medios de que se han valido para subir al poder cuantas veces lo han asaltado nos dicen bien claramente que la moral no opone jamas á sus miras obstáculo ni barrera. En su falta de escrúpulos consiste principalmente su fuerza. Para ellos nada hay sagrado: principios, personas, todo lo invocan cuando les conviene, todo lo rechazan cuando puede servirles de estorbo. ¿Qué otro partido hubiera admitido en sus filas á Gonzalez Brabo? ¿Cuál otro se hubiera valido de tan despreciable instrumento para egercer sus venganzas y afianzar su dominacion? No han vacilado en ciertos casos

:

en acoger bajo su bandera á hombres que debian estar en presidio, y hasta de los calabozos donde estaban espiando sus crímenes han sacado algunas veces las heces mas inmundas de la sociedad para utilizar sus servicios en provecho de su causa. Ya hemos visto quien es Juan Mateo; ya hemos visto la especie de gentecilla que estrajo el gefe político de la Coruña, Sr. Martinez, del fondo de una cárcel para tripular el buque de la situacion que falto de marineros estaba próximo á zozobrar azotado por los embates de las olas revolucionarias. El general Villalonga, en medio de aquella tempestad, hizo concurrir á la salvacion de la nave á D. Manuel Alban.

D. Manuel Alban es el personage mas oscuro que ha tenido lugar en este libro, á pesar de que figura en él la plebe mas baja y despreciable de la España política. D. Manuel Alban goza de menos nombradía que Alberni, de menos nombradia que Juan Mateo; es un átomo imperceptible, una fraccion infinitesimal. Sus hechos, sin embargo, debian haberle dado mayor celebridad, pues era nada menos que el portador de los oficios que durante los sucesos de Galicia dirigia el general Villalonga á los gefes del ejército de operaciones. El que calificaba de enemigos de la reina y de la libertad á los que se insurreccionaron contra la dictadura de 1846, depositó su confianza en un sugeto de las circunstancias de Alban, cuya conducta y delitos de infidencia

contra la reina y la libertad le valieron el ser condenado á ocho años de presidio en octubre de 1836 por la audiencia de la Coruña.

Pero lo mas anómalo y estrafalario no es los servicios que hizo prestar á un carlista un general que se llamaba partidario de Isabel II, sino la recompensa con que premió estos servicios. Ahogada la revolucion en la sangre de sus defensores, el enemigo de la Constitucion condenado á ocho años de presidio fué nombrado secretario del ayuntamiento constitucional de Santiago formado por Villalonga, quien para ahorrar trabajo á los electores, en virtud de las facultades omnímodas que á un general en ciertos casos le permiten hacer lo que quiere, se hizo cuerpo electoral. Él solo eligió todo el ayuntamiento, el cual fué por lo mismo elegido por unanimidad de los votantes. Jamas, desde que se ha introducido en España el sistema representativo, se habia visto entre los votantes tanta armonía y tal uniformidad de pareceres. La ley electoral de Villalonga es la mas ventajosa de las leyes electorales. Con ella se evita á los ciudadanos la molestia de acudir á las urnas, y no se pierde el tiempo en juntas preparatorias, en manejos electorales, en formacion de mesa, ni en las demas zarandajas anexas á todas las elecciones. Sin el sistema electoral adoptado por Villalonga acaso D. Manuel Alban no hubiera llegado á ser secretario del ayuntamiento de Santiago, lo que para Santiago hubiera sido la mayor de las cala-

midades posibles, pretéritas, presentes y futuras.

Teniendo á Alban por secretario ya se puede conocer la especie de hombres que componian aquel ayuntamiento. Realmente era una municipalidad digna del que la formó y del secretario que tenia. Ninguna habrá compuesta de hombres tan reaccionarios, pero tan estúpidos tampoco. Todo lo que era piedra recordaba á aquellos ilustres concejales la lápida de la Constitucion, y como probablemente ninguno de ellos sabia leer ni el secretario tampoco, viendo en la plaza de la Independencia una lápida erigida para conmemoracion del dia en que juraron los estudiantes salvar nuestra nacionalidad atacada por las huestes de Napoleon, dispusieron que se hiciese inmediatamente pedazos, y desapareció un glorioso monumento que hasta entonces habia sido respetado por todos los partidos. Tan serviles eran, que siendo individuos de un ayuntamiento constitucional, quisieron derribar el símbolo de la Constitucion, y al mismo tiempo eran tan imbéciles que queriendo derribar el símbolo de la Constitucion, derribaron una lápida del tiempo de la guerra de la independencia. Bien es verdad que Independencia y Constitucion son dos cosas que tan mal suenan á los oidos de los afrancesados la una como la otra. Creemos que el ayuntamiento Villalonguino confundió la lápida de la Independencia con la de la Constitucion, y derribó aquella creyendo derribar esta; con todo, aunque hubiese tenido el suficiente criterio para

descifrar el símbolo, lo que hubiese conseguido con solo saber leer, es mas que probable que tambien hubiera venido abajo cuando no por otras razones por estar levantada por el brazo popular y por el prurito de borrar con la esponja de la reaccion todos los recuerdos gloriosos. Los enemigos del pueblo quisieran hacerle perder la conciencia de su poderío y hasta rasgar las páginas de la historia en que están consignados sus triunfos. Pero el ayuntamiento Villalonguino no alcanzaba tanto; derribó la lápida de la plaza de la Independencia porque no sabia leer ó al menos porque no entendia lo que leia. Un ayuntamiento como el de Santiago solo podia ser obra de Villalonga, y no podia tener por secretario mas que á un condenado á presidio por delitos de infidencia, no mas que á D. Manuel Alban.

DON LAUREANO SANZ.

Vamos á ocuparnos del general Sanz pasando por alto su niñez y su juventud, pues nada de particular nos ofrece en estos dos periodos que se preste á género alguno de literatura, ni á la comedia, ni al drama, ni á la epopeya, ni á la novela. De Sanz, segun todas las probabilidades, no se escribirán las mocedades como se han escrito las de Napoleon, las de Richelieu y las de Hernan Cortés. Cuando don Laureano era mozo no le conocian mas que sus parientes y condiscípulos; poco á poco fué ensanchando el círculo de sus relaciones, y al llegar á general ya podia contar con un trato mucho mas vasto que el adquirido en el colegio y en el seno de la familia. Pero conocido del público, lo que se llama conocido del público, no lo fué hasta allá en el año

de 1839 de la era cristiana, cuando la guerra estaba ya próxima á estinguirse, cuando el carlismo daba las últimas boqueadas y se agitaba con las postreras convulsiones. Nosotros al menos, á pesar de que de simples marineros, pero sin saltar jamas en tierra, hemos corrido todas las borrascas políticas desde la muerte de Fernando VII hasta la última vuelta de Narvaez (que no sabemos qué vuelta es porque Narvaez siempre está volviendo), no le conocimos hasta que fué capitan general de Galicia, y aun entonces no le conocimos de trato, ni tan siquiera de vista, sino de nombre; leimos ú oimos decir que se llamaba Sanz la primera autoridad militar del antiguo reino de Galicia. Hasta entonces no empezó á figurar, y al tiempo que estuvo sin figurar no le daremos valor ninguno, como tampoco se lo da á nuestro entender D. Laureano, quien ó mucho nos engañamos, ó cuenta el tiempo que vive por el tiempo que figura. Pocos habrá, á nuestro humilde y leal entender, que tengan tanta gana de figurar como D. Laureano. Sus vehementes deseos de meter ruido y llamar la atencion los reveló cuando el convenio de Vergara, hallándose en Galicia de capitan general. No bien tuvo conocimiento del desenlace de los sucesos del Norte, se le ocurrió, para ayudar á Espartero á llevar el peso de su inmensa gloria, hacer en Galicia una cosa parecida á la que el duque de la Victoria hizo en Vergara, y al efecto para poder hacer él el Espartero, pidió al canónigo Juan Martinez, presidente de la jun-

ta carlista de Galicia, que hiciese el Maroto. La faccion en el antiguo reino habia sufrido muchos contratiempos y no pocas defecciones que la redujeron á la nulidad, por lo que el buen canónigo se encargó dócilmente del papel de Maroto que D. Laureano le suplicó que representase para hacer él el de Espartero, sin mas objeto que el de ganar tiempo y conseguir un armisticio bajo mentidas promesas de una próxima reconciliacion. Afectó ponerse en relaciones de convenio con Sanz, quien le concedió una suspension de hostilidades que era lo único á que los carlistas aspiraban. Conseguido el armisticio, se establecieron las bases del convenio análogas á las del celebrado en Vergara, y despues de muchas respuestas que mediaron entre el Espartero y el Maroto de Galicia, el Maroto manifestó al Espartero que su gente no estaba dispuesta á admitir las condiciones presentadas para la transaccion, y las hostilidades se rompieron de nuevo como se vé por la siguiente circular del que hacia de Espartero:

«Nada pude lograr de los contrarios para la pronta pacificacion del territorio gallego: los impresos que en breve circularé manifestarán todos los pasos dados en el asunto, y su simple lectura hará justicia á mis desvelos. A las siete de la mañana del dia 1.° de noviembre próximo se romperán nuevamente las hostilidades. Tropas de refuerzo están marchando para el distrito de Galicia á fin de contribuir en él con sus armas á la paz apetecida. Yo

cuento con la actividad y valentía de todos mis compañeros para que brevemente se haga conocer á los rebeldes que si les presentamos una mano de reconciliacion que no admitieron, fué para evitar la efusion de sangre; pero que nuestras armas siempre vencedoras sabrán hacerles arrepentir de su errado cálculo, castigando su pertinaz osadía. Las columnas y demas tropas del ejército de Galicia se pondrán en movimiento á la hora marcada, trabajando con el esmero y decision de que tienen dadas tantas pruebas. Dios, etc. Lugo 30 de octubre de 1839 á las ocho de la mañana.—*Laureano Sanz.*»

Muy mal hizo Sanz el Espartero. Ridículo papel le tocó representar queriendo parodiar raquíticamente los sucesos de Vergara. ¡Qué vergüenza! Vió rechazadas sus condiciones por 400 foragidos, contando él para hacerlas admitir con 7 ú 8,000 hombres de todas armas. Eran tales sus deseos de dar una segunda edicion mutilada de los acontecimientos del Norte, que á pesar de las ventajas con que contaba para someter á los carlistas, los buscó y estimuló, presentándoles un convenio vergonzoso de que apenas se hubiera hecho digna una gente regular y reglamentada. Las insignificantes facciones de Galicia tuvieron la avilantez de desairarlas, y estuvieron entreteniendo á Sanz con la suspension de armas para en tanto combinar sus medios de accion, repararse de sus descalabros, surtirse de armas y municiones, vestirse y calzarse, lo que hicieron á la vista de los pa-

triotas mismos que habian sido víctimas de sus pasadas correrías.

Con esta parodia de convenio no pudo Sanz disputar á Espartero la gloria de pacificador, porque el canónigo cabecilla no fué tan accesible á las condiciones presentadas por D. Laureano como Maroto á las presentadas por D. Baldomero. Burlado en sus esperanzas, aguardó con resignacion que las circunstancias le deparasen otra ocasion propicia para hacerse célebre, y esta ocasion no se le presentó hasta el año 1843, cuando los liberales levantaron en Barcelona la bandera de Junta Central. Santo era el pronunciamiento que el general Sanz combatió. Despues de la caida de Espartero la anarquía y la arbitrariedad, las masas y el gobierno quedaron hostilizándose con furor sobre las ruinas de la ley. Muchos alucinados se espantaron de su propia obra, y quisieron dar su sangre por cordial á la libertad misma que hirieron sin saberlo. Era ya indudable que la Constitucion se hundia, y no era muy propia para tranquilizar á sus partidarios la conducta del Gobierno provisional, quien en medio de sus alardes de liberalismo robustecia á los reaccionarios haciéndoles dueños absolutos de la fuerza material. Millares de oficiales beneméritos fueron destituidos y reemplazados en su mayor parte con otros de patriotismo tibio, entre los cuales habia no pocos que habian combatido el trono constitucional por espacio de seis años. La arbitrariedad era el único me-

dio de gobierno que conocia el gabinete provisional, cuyo aparente gefe, docilmente sometido á las influencias de restauradores semi-absolutistas, despues de haber consentido cobardemente que se empeñase y terminase por los moderados la lucha que él habia provocado contra Espartero en nombre de los progresistas, usurpó las atribuciones del pueblo nombrando en la capital un ayuntamiento de real órden, despojó de sus títulos de legisladores á los senadores todos, convocó córtes ordinarias para que modificasen uno de los artículos de la ley fundamental, cual es el que fija la edad de la mayoría de los reyes, é hizo todo esto despues de haber arrancado de las manos del gefe lejítimo el poder supremo sin haber hecho sancionar este acto por la Junta Central, como lo habia prometido en Barcelona el general Serrano.

Santo era, repetimos, el pronunciamiento que el general Sanz combatió. Barcelona, la mas engañada por las promesas de los moderados y de los falsos progresistas; Barcelona, que fué la primera que se levantó contra Espartero, fué la primera tambien que quiso espiar sus funestos errores, y dió una voz de alerta á que sucedió bien pronto el grito de ¡á las armas! La bandera de Junta Central tremoló desde luego en la capital del Principado, la cual por espacio de dos meses y medio despreció magnánima la muerte que le enviaban de Monjui y la Ciudadela. Una lluvia de bombas cayó de nuevo sobre la desgraciada ciudad; ¡y estas bombas cayeron hallán-

dose al frente de los negocios los mismos que incitaron á la insurreccion al pueblo contra Espartero por haber este bombardeado Barcelona! El general Sanz, que se hallaba en la Ciudadela, no pudo con amenazas ni promesas abatir el orgullo de los insurreccionados, que en los dias 22, 23 y 24 de octubre sufrieron con serenidad 5,229 proyectiles, la mayor parte huecos, y por si acaso la destruccion que sembraba en la ciudad valiente no era bastante para darle celebridad, procuró adquirirla por medio de los partes que en estilo fisgon dirigia al gobierno, los cuales en realidad le dieron mas fama que todos sus hechos de armas. Para significar que habia cañoneado la ciudad decia que habia dado una serenata á los barceloneses con un *flauteado de cañones*, lo que dicho en un parte dado por un general á un gobierno no deja de tener dignidad, y es por otra parte una cosa que prueba siempre mucha filantropía hablar en tono de burla de unos hechos que envuelven la destruccion de una ciudad que es bajo muchos aspectos la primera de España. Si se hubiese espresado de esta manera hostilizando á un pais estraño, cuando mas se hubiera acreditado de ridículo, pero refiriéndose á su propio pais, al mismo tiempo que de ridículo se acreditó de atroz. Y de mas atroz se acreditó todavia en otro parte que dirigió al gobierno, diciéndole que habia celebrado el dia del cumpleaños de la reina haciendo *salva con bala* contra la ciudad rebelde, lo que equivalia á decir

que celebraba los dias de la reina destruyendo y matando.

19,000 proyectiles en menos de dos meses abrumaron la ciudad de Barcelona, y no siendo posible á los barceloneses apagar los fuegos de las fortalezas inespugnables que les hostilizaban contestando á ellos directamente, encaminaron sus fuegos á los pueblos inmediatos, donde se hallaba establecida la linea del bloqueo y en cuyas casas se habian guarecido los enemigos de la Junta Central. Esto irritó tanto á Sanz que desde Gracia, donde se hallaba su cuartel general, dirigió al pueblo barcelones la siguiente comunicacion que parece redactada por un cabecilla de *matinés ó trabucaires:*

«Desde el amanecer de hoy las baterías de los infames bajo cuyo yugo gime la desgraciada Barcelona, están haciendo fuego contra esta poblacion con proyectiles sólidos y huecos, teniendo que lamentar ya varias desgracias entre estos habitantes y daños en varios edificios.

«No es posible que yo tolere semejante infraccion de todos los derechos; en este concepto prevengo á los leales y honrados habitantes de Barcelona, que si en el término de media hora, despues de recibida esta comunicacion, no cesa el fuego contra los pueblos indefensos de Gracia, Sanz, Clot, etc., me veré en la dolorosa precision de arrojar bombas sobre la ciudad, baterías y obras, hasta que cesen de hostilizar á los mencionados puntos,

cualquiera que sea el resultado, cuya medida tendrá ejecucion siempre que lo repitan.»

Esta comunicacion es lindísima. Está escrita en forma de bando ni mas ni menos que si se dirigiese á una poblacion en que él estuviese mandando de hecho, pues dice á los que le hostilizan que no puede tolerar lo que hacen, como si lo que hacian los que le hostilizaban lo hiciesen para que él lo tolerase. No faltaba mas sino que exigiese de los centralistas que por sus ojos bellidos no tomasen resolucion alguna sin su permiso. Dice que Barcelona gime bajo el yugo de los infames, y al mismo tiempo dirige su comunicacion amenazadora á los habitantes honrados como si hallándose, que es lo que él mismo dice, bajo el yugo de los infames, hubiesen podido imponer á estos su voluntad. Se queja de las desgracias que hacen los proyectiles procedentes de Barcelona, como si los que él mandaba á Barcelona fuesen beneficiosos. Por último, para intimidar á aquellos valientes les amenaza con el bombardeo, como si no les hubiese ya bombardeado antes de dirigirles la comunicacion. Precisamente la medida de que se queja tomada por los centralistas lo fué á consecuencia de los proyectiles que les habia dirigido, pues es de notar que en el dia mismo de la comunicacion cayeron sobre la ciudad los 5,229 proyectiles, huecos en su mayor parte, de que hemos hecho ya mencion. Prescindimos de lo impolítico é inconducente del lenguage de que se vale: llamar

infames á los que le hostilizaban no nos parece el mejor medio para conseguir que dejasen de hostilizarle. A mas de que hay ciertas palabrotas indignas de un general, y un gefe de tropas regulares no se ha de producir como Bep del Oli y Boquica.

En Barcelona estrechamente bloqueada empezaron á escasear las municiones de boca y guerra. A pesar de todo gran parte de sus defensores se oponian á toda especie de capitulacion, resueltos á llevar á cabo los juramentos que hicieron de incendiar la ciudad antes que ceder, y consumirse ellos mismos en las llamas de sus hogares. La Junta rechazó este proyecto tan temerario como inútil, y considerando que cuanto mas tardase en entrar en negociaciones tanto mas apurada seria su situacion y de consiguiente tanto menos ventajosas las estipulaciones, abrió las puertas de la ciudad gloriosa al general Sanz, al que por espacio de tres meses la habia hostilizado vomitando dentro de sus muros el horror y la destruccion.

La capitulacion de Barcelona fué, como todas las de los demas puntos que secundaron el pronunciamiento centralista, sumamente honrosa para los insurreccionados. Se ofreció, á mas de dejar en pié la milicia nacional, respetar las personas, y á pesar de esto los individuos de la Junta no solo abandonaron su patria temiendo que las condiciones no serian cumplidas, sino que mas adelante, como diremos, se dió una amnistía con motivo del enlace de la reina

siendo Sanz ministro, y los individuos de la Junta quedaron escluidos é imposibilitados de regresar á su pais habiéndolo abandonado voluntariamente.

Sanz perteneció al ministerio Isturiz, al ministerio llamado por otro nombre de los dos cuñados, y dió la última mano á la celebridad que empezó á formarse en Galicia parodiando á Espartero, y que la aumentó en Barcelona *flauteando* á los centralistas. Mas adelante *tocó la flauta* de ministro de la Guerra formando parte de la administracion mas calamitosa que ha pesado sobre el pais, de la administracion que, amen de otras muchas lindezas, nos regaló el sistema tributario y la doble boda.

Por los compromisos de honor que tenia contraidos, Sanz se hace mas acreedor que los demas ministros á las invectivas que se les dirigieron á consecuencia de la raquítica amnistía del año 1846. Seguramente Sanz se ha propuesto parodiar malamente todos los grandes actos que embellecen las páginas de nuestra crónica contemporánea. Siendo general quiso parodiar el convenio de Vergara, siendo ministro la amnistía de 1832. De mal humor debió ponerse don Laureano al ver que el decreto de amnistía que se dió era recibido con tan poco entusiasmo como el convenio con que brindó á las cuatro docenas de facciosos gallegos. ¿El pueblo español acaso se habia vuelto ingrato á los beneficios recibidos?

Nada prueba tanto lo raquítico de la amnistía del año 1846 como la tibieza con que fué acogida.

En todas épocas y en todas partes una amnistía es un acontecimiento tan fausto que ningun otro celebran los pueblos con tanto entusiasmo y júbilo, ningun otro les une al poder con los vínculos de una simpatía tan leal, ni tampoco con ninguno otro consigue el gefe de un estado captarse tanto la voluntad de una nacion y formarse en ella un prestigio tan permanente. La Italia entera está todavía en la actualidad colmando de bendiciones al Pontífice que inauguró con una amnistía su elevacion al solio del mundo cristiano: el Papa actual no es ya un hombre superior á los demas, sino un ser privilegiado que la gratitud deifica; la escultura le levanta estatuas como en otro tiempo á los antiguos conquistadores; la pintura le dedica sus pinceladas mas elocuentes; la poesía sus inspiraciones mas sentidas; la música sus mas armoniosos himnos, y allí donde las artes tuvieron su cuna, en la patria de Rafael y de Virgilio, de Bellini y del Petrarca, desde el cabo Pessaro al pintoresco golfo de Venecia, el genio se afana en mostrar su reconocimiento al grande hombre, y los cánticos de alabanza que se le consagran disputan por primera vez el ambiente á las magníficas octavas con que cantó Torcuato la conquista de Jerusalen. Los gondoleros que entre las sombras de la noche ó á la luz de un claro de luna se deslizan por el Adriático en un ligero esquife, los que vagan en el Tiber, los que azotan con sus remos las olas del mar Jónico ó las aguas del canal de Otrante, no

celebran ya en sus populares cantigas las empresas de los cruzados sino la magnánima generosidad del supremo Pontífice. Tambien hace pocos años que era la España entera un incensario que envolvia en aromáticos torbellinos á la actual duquesa de Rianzares. ¿Quién no recuerda aquellos dias en que las calles se cubrian de flores para que por ellas se deslizase el carro triunfal de una reina que acababa de abrir las puertas de la patria á mil familias proscriptas? ¡Cuántos errores, cuántos desaciertos han sido necesarios para ahogar aquel entusiasmo, que casi de cada español hacia un soldado para defender á la última esposa de Fernando VII! Si despues de tantas peripecias como ha esperimentado la España en el drama de su revolucion, Doña María Cristina conserva aun las simpatías de algun corazon liberal, las debe solo al recuerdo de su antigua generosidad que la gratitud esculpió en la memoria con caracteres indelebles. A estas pruebas positivas de los resultados inmensos de una amnistía, agreguemos una prueba negativa. El general Espartero, radiante de gloria, cubierto de honrosas cicatrices adquiridas en dos continentes, pacificador de su patria despues de seis años de encarnizada guerra, gozaba de un ascendiente que tal vez ningun hombre en España lo ha tenido jamas mayor, y sin embargo este ascendiente se menoscabó á los ojos de algunos con solo negarse á dar una amnistía que no la reclamaban las circunstancias, que com-

prendia á personas las mas impopulares y desacreditadas, y que, como lo patentiza lo mismo que está sucediendo, esponia á un inminente naufragio la libertad española. ¿Se necesitan otros ejemplos para manifestar la importancia que dan los pueblos á una amnistía?

Con un acto de esta naturaleza el Sr. Sanz y sus colegas quisieron dar una prueba de generosidad. Y decimos el Sr. Sanz y sus colegas, porque sabemos que si los nobles sentimientos de Isabel II no hubiesen encontrado ningun obstáculo en la intolerancia de sus consejeros, la esteril amnistía de 1846 hubiera sido muy diferente de lo que fué. ¿Qué amnistía fué aquella que no fué acogida por el pueblo con ninguna muestra de regocijo? La frialdad, la apatía de la nacion convenció á todos los españoles de que la última amnistía no era capaz de satisfacer los deseos de nadie, ó manifestó patentemente que el Sr. Sanz y sus colegas estaban tan desvirtuados que ni siquiera con una amnistía eran capaces de halagar á la nacion y de adquirir alguna popularidad y crédito. En vano los órganos asalariados de aquel gabinete pusieron en tortura su ingenio para encontrar un sofisma que diese á la amnistía de 1846 la importancia que tienen los actos de este género; el modo como fué recibida es la mejor prueba de lo poco que valia. ¿Qué importan los argumentos que se emplearon para convencer al pueblo de que no podia ser mas lata? Esos argu-

mentos son tan frágiles que todos se rompen en una sana lógica y en un buen criterio. Atribuyóse la mezquindad de la amnistía á la actitud hostil de los carlistas, en quienes se supusieron conatos de renovar sus antiguas pretensiones. ¿Pero los que no eran carlistas tenian algo que ver con los amagos de los partidarios de D. Carlos? A esta pregunta el señor Sanz y sus colegas contestaban que el gobierno no se hallaba en el caso de establecer escepciones y diferencias á favor de ninguno de los dos partidos proscriptos, y esta contestacion insolente ponia en evidencia las verdaderas opiniones de los que la daban. Isabel era reina de España, y sus consejeros responsables median con la misma abertura de compas á los leales que afianzaron su trono que á los rebeldes que lo combatieron. ¿Quién se lo hubiese pronosticado al héroe de Peñacerrada, al vencedor de Peracamps y á tantos bravos como regaron con su sangre los trigos de la patria defendiendo la causa de la reina, y que gemian entonces en el destierro? ¿Con que, Sr. Sanz y colegas, no habia diferencia entre Van-Halen y Cabrera, entre Iriarte y Villareal, entre los que fueron soldados de la reina y los que proclamaron á Carlos V?

Sacrílega, sí, sacrílega mofa á la proscripcion y al infortunio fué la parodia de amnistía con que el parodiador eterno D. Laureano Sanz y sus dignos colegas se vieron obligados por las circunstancias á fingir sentimientos de generosidad que nunca hicie-

ron palpitar sus corazones. Jamas, ni en los momentos mismos en que se hizo correr á torrentes la sangre de sus adversarios políticos habian parecido tan crueles como entonces. Entonces se vió cuanto padecian los miserables puestos en la precision de reprimir momentáneamente sus bárbaros instintos, bastando leer el decreto de amnistía de 1846 para conocer la repugnancia con que le estendieron, la lucha que hubo entre la necesidad de ser generosos y las inclinaciones naturales del ánimo opuestas á esta necesidad, el conflicto en que se vieron Sanz y sus colegas teniendo, á pesar suyo, que ejercer un acto de humanidad reclamado por las circunstancias, pero contrario á sus malos hábitos y á los impulsos de la intolerancia que les caracteriza. Salieron del paso como pudieron, y haciendo de las tripas corazon, como suele decirse, transigieron con la voluntad de la reina en la imposibilidad de hacer prevalecer enteramente la suya. Resultado de esta transaccion fué la amnistía de 1846, la cual lejos de probar la generosidad de los ministros, acabó de manifestar á los españoles sujetos á su férula que Sanz y sus colegas no se hallahan dispuestos á cejar en su política calamitosa y cruel.

Menos descrédito hubieran recojido no dando ninguna amnistía, que dándola tan raquítica, tan mezquina, tan estéril, tan insuficiente para enjugar las lágrimas que consagraba la pobre España al in-

fortunio de sus mas valientes hijos. Su verdadera índole se hubiera puesto menos en evidencia, presentándose inexorables, irreconciliables, inhumanos con cinismo, que afectando una generosidad de que fueron tan incapaces que ni siquiera acertaron á fingirla. La fiera que acaricia la víctima que anhela despedazar nos parece mas cruel mientras la lame y juega con ella, que en los momentos mismos en que la está devorando. Jamas un avaro descubre tanto el fondo de su avaricia como cuando se ve obligado á dar alguna cosa. Y asi tambien Sanz y sus colegas jamas habian revelado tan perfectamente la mezquindad de su espíritu como cuando tuvieron que presentarse magnánimos. Antes se sabia que eran malos; despues se supo que ni siquiera sabian parecer buenos. No hay para ellos ni máscara de bondad; tuvieron que disfrazarse de generosos, y se pusieron una careta mas repugnante aun que su verdadera fisonomía.

Afortunadamente eran demasiado conocidos para que nadie pudiese formarse ilusiones acerca de su generosidad. El pueblo tomó siempre por un sarcasmo las alharacas con que sus órganos preconizaron al casarse la reina una era de ventura. No vió, cuando los preparativos de la boda, ninguno de los síntomas que preceden á la inauguracion de una nueva época. Ni vió caer á Sanz y á sus colegas, ni á ninguna de sus hechuras, ni emprender de antemano una marcha mas patriótica que la que hasta entonces

habian seguido, como para indicar la que en lo sucesivo se proponian seguir. Sabia que verificado el regio enlace permaneceria todo en el mismo estado que antes de verificarse, y aunque oyó hablar de amnistía, esta palabra mágica no dispertó en él ningun sentimiento de entusiasmo, presintiendo sin duda el género de amnistía que le era lícito prometerse de unos hombres llenos de miedo y de pasiones bajas, conocidos por las influencias de que eran instrumento, y por los instrumentos á que comunicaban su influencia. ¿Qué podia el pueblo esperar de un gobierno compuesto de nulidades y de autómatas que no eran mas que meros conductores de pensamientos ocultos? ¿Qué podia esperar de un gobierno que tenia por ejecutores de sus proyectos Bretones y Villalongas y otros muchos, cuya cabeza nunca debiera haberse cubierto mas que con un turbante? Ciertamente la amnistía de 1846 enjugó muy pocas lágrimas, reparó muy pocos agravios y no unió con ningun lazo de gratitud al pueblo y al poder; pero de Sanz y sus colegas no esperaba el pueblo otra cosa, y asi es que no quedó defraudado en ninguna de sus esperanzas. Por otra parte, aunque hubiera sido tan lata la amnistía como la reclamaban las circunstancias y como la permitia el estado del pais, permaneciendo en el ministerio y al frente de las provincias los hombres anatematizados por la opinion pública, el pueblo hubiera lamentado la suerte de los infelices que hubieran abandonado la roca de asilo que

hallaron en tierra estraña para lanzarse de nuevo á las tempestades de la patria. El pueblo hubiera tomado la amnistía por un ardid para atraer á las garras de sus enemigos á los infelices que gemian en la proscripcion. Por mucho que deseasen los emigrados ver brillar el sol en el horizonte de la patria, solo el hambre podia obligarles á abandonar el suelo hospitalario en que se hallaban para entrar por las puertas que les hubiera abierto la amnistía, mientras no subiesen al poder otros hombres que les inspirasen mas confianza que Sanz y sus colegas.

Si la amnistía de 1846 hubiese comprendido, ó por mejor decir no hubiese escluido espresamente, á los individuos de las juntas revolucionarias que se hallaban presos ó emigrados, sobre el general Sanz no pesaria mas que la nota de implacable y rencoroso, que es la misma que pesa sobre todos los individuos del gabinete de que él formó parte. Pero á mas de esta nota gravita particularmente sobre él otra mucho menos honrosa. La mayor parte de las juntas revolucionarias que se formaron desde el año 1843 en los diversos puntos que intentaron sacudir el yugo de los moderados, cedieron de su propósito despues de haber entrado en negociaciones con las fuerzas del gobierno y haber obtenido en la capitulacion la solemne promesa de que serian respetadas sus personas, y de que no sufririan ningun atropellamiento por haberse hallado á la cabeza de la insurreccion. Los individuos de las juntas que se ha-

llan en este caso, como son entre otros los de la junta que se puso al frente del movimiento centralista en Barcelona, si algo valiese la fe de lo pactado ni siquiera necesidad hubieran tenido de impetrar la gracia del gobierno para regresar á sus hogares, y á pesar de esto no solo se les obligó á impetrar esta gracia sino que hasta esta gracia se les negó. El decreto de amnistía de 1846 no comprendió á ningun individuo que hubiese pertenecido á juntas, y lo que hay en esta escepcion inicua mas digno de notarse es que el general Sanz, que pertenecia al gobierno amnistiador, mandaba en Barcelona las fuerzas de la situacion cuando la capital del principado capituló, y tiene puesta la firma al pié de las últimas y definitivas negociaciones en que se prometia respetar á los individuos de las juntas lo mismo que á los demas insurreccionados. Mas adelante el general Sanz, faltando con escándalo al mas solemne compromiso que puede contraer un militar, contribuyó como ministro á una esclusion contra la cual clamaba un tratado de cuya rigorosa observancia respondió con su propia firma. Imposible parece que un militar de alta graduacion faltase de este modo á lo que hay en el mundo de mas sagrado, y que se estimase tan poco que rompiese una estipulacion como no se atreveria á romperla el mas miserable cabo segundo. Si, porque el artículo de la amnistía que escluyó de esta gracia á los individuos de las juntas fué una infraccion escandalosa del tratado que

firmó el general Sanz al transigir con él los barceloneses, y ministro como era, debió recordar su compromiso en el consejo y abandonar su puesto en el caso de no poder hacer prevalecer su voto sobre el de los demas individuos del gabinete. Esto le hubiera honrado, le hubiera colocado en una posicion gloriosa, y no hubiera inutilizado su palabra y su firma para ninguna capitulacion sucesiva. Ahora, en un caso de guerra, ¿habria nacional ó estrangero que quisiese entablar negociaciones con el general Sanz?

La falta de fe es otra de las bellas prendas que caracterizan á los moderados, y ciertamente no debiera causarnos sorpresa teniendo de ella pruebas prácticas tan repetidas. Cuando Narvaez puso sitio á Madrid y capitularon las autoridades con Aspiroz, no dignándose hacerlo con el héroe de la Mancha, ¿no se prometió acaso en la capitulacion dejar armada la milicia y otras muchas cosas de las cuales ninguna se cumplió? ¿No se prometió igualmente dejar armada la milicia en la capitulacion con los zaragozanos y barceloneses? ¿No prometieron observar estrictamente la Constitucion los que en el año 43 desembarcaron en Valencia, entre los cuales figuraban en primera línea el constitucionalísimo D. Ramon Maria Narvaez, y algunos que habian combatido la Constitucion y con la Constitucion el trono de Isabel en los campos de Navarra? No es, pues, una escepcion de la regla la conducta que siguió

siendo ministro el general Sanz, tan conforme con la que siempre han observado las corifeos de su comunion política. La falta de fe es uno de los mas principales distintivos de los moderados, y asi lo conocieron sin duda muchos individuos de las juntas que capitularon, los cuales, á pesar de las garantías que les ofrecian los tratados, no se fiaron en manera alguna de sus adversarios, y abandonaron su patria antes de haberse secado la tinta de la firma que pusieron en la capitulacion. Véase qué concepto merecen los moderados á los que tienen motivo de conocerles.

Los individuos de las juntas que emigraron quedaron colocados en una posicion muy particular. Pasaron á Francia muchos de ellos, no en clase de fugitivos, sino provistos del correspondiente pasaporte, viajando como simples particulares que piensan recorrer un pais estrangero ó establecerse en él. Los cónsules españoles y el gobierno frances les trataron sin embargo lo mismo que á los verdaderos proscriptos, sometiéndoles á la vigilancia de la policía y señalándoles un punto de residencia, á pesar de no percibir de la Francia pension alguna y haber llegado allí como simples particulares. En vista de esta tropelía, pidieron pasaporte para trasladarse á Suiza ó á Inglaterra, y se les negó; lo pidieron para regresar á España, puesto que salieron de ella voluntariamente, y se les negó tambien. No podia cometerse con ellos una felonía mayor. Lo que pasó con

ellos en Francia, no se hubiera tolerado en Constantinopla ni en Marruecos. ¡Cuán fatal es la alianza del gobierno frances y español para los desgraciados liberales que piden hospitalidad á cualquiera de los dos paises!

Gracias al Sr. Sanz, los desgraciados de la junta de Barcelona, que ningun motivo hubieran tenido para abandonar sus hogares si el Sr. Sanz hubiese hecho respetar lo pactado, dependieron de una amnistía que hacia meses y meses que la estaba demandando á gritos la opinion pública; y cuando Sanz y sus colegas dieron á pesar suyo esta amnistía, les escluyó á ellos por medio de una escepcion ominosa y les condenó á un ilimitado ostracismo. Si aquella administracion tan violenta, tan inmoral y repugnante se hubiese prolongado, muchos infelices hubieran sucumbido bajo el peso de su infortunio, pues de algunos sabiamos que viviendo en España cómodamente con el ejercicio de su profesion y gozando de un modesto patrimonio, habian vendido ya la última sábana para alimentar á su escuálida familia. Sanz tuvo la culpa de sus padecimientos, y repetimos que sobre él pesa particularmente una nota muy poco honrosa por no haber reclamado siendo ministro la religiosa observancia de un tratado á favor de los infelices cuya seguridad garantió bajo su firma. Si otra hubiese sido su conducta acerca del particular, no le hubiéramos puesto en la morralla á pesar de sus parodias, de sus flautea-

dos, de su pertenencia al ministerio de los dos cuñados y de su nuevo método de celebrar los dias de cumpleaños de la reina. Ni de sus comunicaciones á lo Ros de Eroles hubiéramos hecho mencion. Pero una cosa ha traido la otra, y ya que hemos tenido que ocuparnos de él por lo de la amnistía, nos hemos ocupado de él por todo lo demas que no deja de ser bastante divertido.

D. JUAN VALERO Y SOTO.

El sistema constitucional ha inventado muchos modos de vivir en cambio de los que ha suprimido. Cuando no habia en España gobierno representativo, al mas desesperado, antes de echarse al canal para no morir de hambre, le quedaba el recurso de meterse fraile, ó hacerse mandadero de monjas, ó procurador de una comunidad, ó entrar de page en un palacio real ó episcopal; pero el nuevo órden de cosas ha abolido todos estos medios de ganarse la vida honradamente y de hacerse hombre algunas veces, sustituyéndolos con otros igualmente propios para evitar que los que no saben donde caerse muertos se arrastren al suicidio á impulsos de la gazuza. Amen de una infinidad de empleos anexos al sistema representativo, como porteros y oficiales de

la gefatura, porteros del senado, porteros del congreso, editores responsables y repartidores de periódicos, etc., etc., ha creado un destino desconocido completamente en los fastos del absolutismo, el cual, aunque no tiene sueldo determinado, es apetecible por sus obvenciones, magnífico para adquirir méritos, escelente para *debutar* en la carrera política y el mejor para tomar en el océano de las pretensiones el barlovento á cualquier empleo. Este destino es el de agente electoral; cualquiera puede poseerlo con tal que haya elecciones, y el que lo posee puede desde él dirigir la proa donde le dé la gana. Con todo, aunque para ser agente electoral basta quererlo ser, no se crea que todos los hombres puedan desempeñar igualmente bien esta funcion importante. Al agente electoral no se le exigen diplomas ni certificaciones de ningun género; el que aspira á un empleo ó á una cruz y no tiene elevadas relaciones que le favorezcan ni méritos propios que le recomienden, ha de aguardar una batalla electoral y tomar parte en ella á favor del gobierno, procurando reclutar votantes para la candidatura ministerial. Para cumplir debidamente la mision voluntaria que ha tomado á su cargo ha de procurar conocer de antemano la opinion de todos los electores del distrito en que trata de operar; ha de averiguar los motivos que cada elector tiene para pensar de tal ó cual manera; ha de informarse de cuales son los apáticos, y los estimulantes que debe apli-

earles para sacarles de su inaccion, si son ministeriales, y de los narcóticos que ha de prescribirles para que no salgan de su flema habitual en el caso de ser enemigos del ministerio: la accion de un agente electoral es doble; si no puede conseguir de un elector que vote á su candidato, ha de transigir hasta cierto punto haciendo que se abstenga de votar. Por supuesto un agente electoral ha de saber cuáles son los electores de su distrito susceptibles de ser catequizados, y el modo como puede serlo cada uno; no á todos les ha de hablar un mismo lenguage; cual cede á las súplicas, cual á las promesas, cual á las amenazas; á algunos les ha de decir que de su voto depende la salvacion de la iglesia, á otros les ha de halagar indicándoles que la policía hará la vista gorda si votan al candidato del ministerio aunque cierren alguna vez la tienda un cuarto de hora mas tarde de lo que prescriben los bandos de buen gobierno; á la mayor parte les ha de encarecer su candidato diciéndoles que solo aspira á una rebaja de contribuciones; á los empleados les ha de imponer como una obligacion el que vayan á votar, y al mas mínimo gesto de repugnancia que observe en su fisonomía, les ha de indicar con el dedo el panteon de los cesantes. Un agente electoral ha de ser activo, infatigable y machacon; ha de ser entremetido, suelto de lengua y no menos suelto de piernas; ha de conocer no solo á los electores sino á los que tienen influencia sobre cada uno de ellos. Algu-

nos electores no faltan al compromiso que contraen; si dan la palabra de votar un candidato ya no hay fuerza humana que les obligue á votar otro. Otros, al contrario, votan al candidato que les presenta el último que les habla. Todo esto ha de conocerlo un agente electoral para ser el último en dirigirse á estos y el primero en dirigirse á aquellos.

Mas la mision del agente electoral no concluye aquí. Hasta ahora no hemos hablado mas que de la accion que egerce en el distrito; falta ver su accion en el colegio. Pero esta la comprenderemos mejor al retratar al individuo cuyas facciones nos proponemos tomar en este artículo.

Si alguno quiere escribir la fisiología del agente electoral, le aconsejamos que para tipo no busque mas que á D. Juan Valero y Soto. Valero y Soto es el agente electoral mas completo que ha nacido desde que hay elecciones. Bien es verdad que acaso no sirve para otra cosa, pero sirve para esta como no puede servir otro. ¡Qué actividad, qué afan, qué movimiento tan continuo! Ya entra, ya sale; tan pronto está en una calle como en otra, está en todas á la vez, y sin embargo está tambien en el colegio. Se reproduce, se multiplica de una manera prodigiosa. Sale del salon en que se celebra el acto electoral, y antes que se note que está fuera se le ve entrar de nuevo, no ya solo, sino acompañado de uno, de dos, á veces de una procesion de votantes que le siguen como una recua, como si les llevase

del ramal, y no les deja sino pegados á las urnas, bajo el poder de la mesa como bajo el poder de un alcaide, y él mismo pide las papeletas, y escribe en ellas el candidato si los votantes no saben escribir, y si saben escribir les dice y repite el nombre de su patrocinado de miedo que se les olvide, y les vigila como un Argos, devora con la vista lo que escriben hasta que está seguro de que ni por equivocacion ni por malicia han dejado de votar segun sus deseos. Vuelve á salir y vuelve á entrar, pero siempre haciendo presa. Es pegajoso, glutinoso como el diaquilon, los electores se le incrustan y los conduce á la mesa como presos. No le hemos visto salir del colegio una sola vez sin que volviese al momento con carne en las uñas. Parece que huele los electores que pasan por la calle, ó que tiene un almacen de ellos á mano. Cada salida suya es una espedicion que no dura un minuto, y en cada espedicion hace un prisionero. Sabe de memoria la lista electoral y la calle y el número de la casa en que vive cada elector. De cuando en cuando pregunta á la mesa si ha votado fulano ó mengano, y si le responden negativamente y el sugeto por quien pregunta es un empleado, califica en voz alta de criminal su apatia. Le llama mal servidor del gobierno, funcionario público indigno del puesto que ocupa, y se acerca desde luego á algun agente de policia, pues todos en aquellos momentos los tiene á su disposicion, para que inmediatamente conduzca á la mesa muerto ó vivo al empleado indigno que

no favorece con su sufragio al gobierno que le deja alimentar de la sustancia de los contribuyentes.

Con solo mirarle la cara conoce si un elector sabe ó no escribir, y en el caso de no saber, que quiera ó no quiera le escribe la papeleta. Antes que el votante tenga tiempo de rehusar su oficioso ofrecimiento y de decirle el nombre del candidato, se encuentra con la papeleta en la mano en disposicion de echarla á la urna. Algunas veces ha conducido á votar hombres tan agenos de la política que ni siquiera sabian que hubiese en España gobierno representativo. De los afueras de Madrid es de donde saca el mejor partido. Los pobres paletos de la casa de Campo, del Pardo y de San Antonio de la Florida entran en el colegio electoral conducidos por él con las piernas trémulas y con la cabeza baja, sin atreverse á acercarse á la mesa, y se quedan á dos pasos de ella escondiéndose el uno detras del otro como reclutas en la primera accion de guerra. Padecen lo mismo que si estuviesen en presencia del juez para sufrir un interrogatorio. Valero y Soto les alienta; pide para cada uno de ellos una papeleta; les releva hasta del trabajo de decir su nombre y apellido, y los pobres que no saben cuando han acabado la operacion, porque tampoco saben cuando la han empezado, echadas las papeletas en las urnas se quedan inmóviles delante de la mesa obstruyendo el paso á los electores que acuden sucesivamente. Algunos toman aquello por una funcion de iglesia y rezan un

padre nuestro. Valero y Soto les hace despejar el salon, y los mansos corderos se van por donde han venido, volviendo la espalda á lo que ellos creen que es el altar mayor, y muy admirados de no encontrar al salir la pila del agua bendita. Valero y Soto les ha hecho votar al cuñado del autor del sistema tributario, por egemplo..... ¡pobres carneros! y ellos se van muy convencidos de que han salvado la patria. Es hombre hábil.

Sí, porque nada prueba tanto la habilidad de Valero y Soto como el haber hecho salir diputado al célebre Pidal, al cuñado de Mon, por un distrito de Madrid. Bien es verdad que le sacó diputado por el distrito del Rio, cuya topografía le es familiar, y cuyo terreno conoce á palmos; tal vez en otro distrito no hubiera operado con tanto acierto. El conocimiento del pais es tan importante para una batalla electoral como para una batalla á mano armada. A mas de que el distrito del Rio es por muchas razones el mas favorable al partido moderado, sobre todo hallándose este en el poder. El distrito del Rio por estar en él comprendidos palacio y los ministerios tiene un número de empleados infinitamente mayor que los demas distritos. Comprende la calle de las Rejas, que tiene tantos votantes moderados como dependientes tiene la duquesa de Rianzares. Comprende la casa y oficinas del patriarca, que da un número tal de capellanes electores que muchas veces las elecciones en el distrito del Rio parecen co-

sa de entierro. Comprende la Moncloa, el Pardo y la Casa de Campo, sitios todos reales, que tienen muchos arrendatarios y dependientes que votan á los moderados por la sencilla razon de llamarse monárquicos. Por último, comprende una infinidad de casas de grandes de España y títulos de Castilla, que á mas de votar ellos al candidato del gobierno, exigen de sus dependientes que hagan otro tanto. Por muchas razones, pues, el Sr. Valero y Soto egerce sus funciones de agente electoral con grandes ventajas; con todo no menoscabemos su mérito, confesemos que á su táctica y estrategia debió el marques del Socorro en las últimas elecciones de diputados á córtes ser derrotado por D. Pedro José Pidal.

Tambien es verdad que en épocas de elecciones el gobierno pone á disposicion del Sr. Valero y Soto todos los elementos que pueden facilitarle la victoria. Coches para los electores enfermos, carta blanca para hacer y deshacer, el ramo completo de proteccion y seguridad pública, todo esto y otras muchas cosas están mientras duran las elecciones bajo sus inmediatas órdenes. No hay empleado de policía que no sea su correvedile. Tiene escribientes y subescribientes para cuando hay en el local de las elecciones avenida de votantes. Pero todas estas fuerzas y recursos se los ponen á su disposicion porque conocen que sabe manejarlos. Sin ellos no venceria, pero otros no vencerian ni aun con ellos.

Para ser agente electoral se necesita gozar de

buena salud, tener buenas piernas, ser impermeable, retar con impavidez la intemperie, el calor y el frio, no ocuparse mas que de las elecciones; si el agente es casado, no se ha de acordar de su muger ni de sus hijos; si es empleado, no ha de pensar en la oficina. El gefe no le reprende por faltar á ella; la muger tampoco le reconviene por tenerla olvidada tres dias: el gefe y la muger saben que está ocupado en asunto de mayor interes que la oficina y el tálamo. Valero y Soto reune todos los requisitos de un agente electoral. Nosotros le hemos visto igualmente activo en invierno y en verano. El conservatorio de Maria Cristina, que es el local en que se han celebrado últimamente las elecciones del distrito del Rio, es en invierno un pedazo de Moscow. Alli nadie entra que no salga con sabañones. A pesar de esto el intrépido Valero y Soto pasa horas y horas metido en aquel pozo de nieve con una resignacion de que los piés, las manos y las narices tenian motivo para pedirle estrecha cuenta. Era todo él un sabañon y firme que firme. Con el tapabocas hasta los ojos se sentia en disposicion de despreciar los hielos de la Groelandia. Despues le vimos en verano cuando las elecciones de diputados provinciales. Eran las tres de la tarde. No se veia en la calle mas que uno ú otro perro perdido; el calor no permitia á nadie salir de casa, y sin embargo el señor Valero y Soto se hallaba tomando un baño de sol en medio de una plaza que la atravesaba sin du-

da para obligar á algun desgraciado á ejercer su derecho electoral. Le vimos volver al poco tiempo con la víctima, la cual sacaba una lengua del tamaño y la forma de un zapato de aguador. No sabemos si el infeliz habrá ya muerto de un tabardillo.

Antes del escrutinio sabe, no aproximativamente sino á punto fijo, los votos que tendrá cada candidato, y si se equivoca, aunque no sea mas que en uno solo, dice que es señal que ha habido una defeccion. El llama defeccion á la falta de palabra de un elector que le promete votar un candidato y vota otro. Cuando ha habido defeccion, nunca deja de adivinar quien la ha cometido. Es lo que se llama una notabilidad. Para él la urna es transparente; estando cerrada ve los nombres que contienen las papeletas y las lee como en un libro. Los que son testigos de esta prodigiosa facultad se hacen cruces y creen que tiene pacto con el diablo.

Las funciones de agente electoral son demasiado importantes y difíciles para desempeñarse gratis. Sin duda alguna el *patriotismo ministerial* de D. Juan Valero y Soto es inestinguible; pero por sí solo insuficiente para hacerle arrostrar las nieves del invierno y los ardores de la canícula. Su mision no puede ser gratuita; si no vale honra, es preciso que valga provecho. Antes de hacerse agente electoral, que es seguramente el género de industria á que le llamaban su vocacion, sus particulares talentos y sus disposiciones físicas y morales, el Sr. Valero y Soto

no pasaba de ser un empleadillo que tenia de sueldo 8,000 rs., los que en tiempos como los que corremos de sequia y sistemas tributarios apenas dan para cocido. No siendo diputado ni periodista, se hubiera quedado incrustado en su destino sin progresar jamas, como una almeja en la roca, si no se hubiese hecho agente electoral. Pero gracias á esta industria su carrera ha sido rápida, pues no ha habido escaramuza electoral de que no haya sacado algun trofeo. Alcanzó en una refriega la cruz de Cárlos III, lo que debemos decir, en obsequio de su desprendimiento, que es lo menos que podia sacar en el caso de sacar algo; la cruz de Cárlos III y la de Isabel la Católica se han prodigado tanto para recompensar las proezas electorales, literarias, mercantiles é industriales como la de San Fernando para premiar hechos de guerra. Cuando á un quidam se le quiere dar algo y no darle nada, se le dá la cruz de Cárlos III ó la de Isabel la Católica. Ya son pocos los que no tienen una de las dos; una de ellas la tiene hasta un tal Sicars, catalan, hijo de un ex-diputado catalan tambien, juez de primera instancia perpétuo que no sabe mas castellano que el que se necesita para no darse á entender, servidor *enragé* de todas las situaciones. Este digno padre tiene un digno hijo que en otro tiempo quiso republicanear y lo hizo muy mal, y ahora quiere aristocratear y lo hace peor. Le han dado una cruz, y hasta se acuesta con ella. Es un ente tan poco meritorio que si se hubiese trata-

do de dar una cruz al hombre de menos mérito de España, solo á él le correspondia en justicia. El señor Valero y Soto, de consiguiente, que tiene grandes méritos contraidos, no debia quedar muy satisfecho viendo pagadas sus hazañas con la cruz de Cárlos III. Otra campaña electoral le valió honores de secretario de S. M., lo que tambien es muy poco. Mas adelante se le ascendió á 10,000 reales, lo que ya es algo, y queriendo el gobierno que un hombre que le daba diputados fuese tambien diputado, le protegió para que saliese nombrado por un distrito de Aragon. Hé aquí las modestas recompensas que ha obtenido por sus trabajos electorales á favor de los ultramoderados. En seguida trabajó á favor de los puritanos, quienes han sido con él mas generosos y espléndidos. De los puritanos ha sacado mejor raja. Recabó de ellos que le pagasen 8 ó 10,000 reales que se le debian de sueldos atrasados; se le ascendió á 16,000 reales, y el ministerio que hace pocos dias dió la última boqueada le ascendió á 20,000. ¡Con qué ansia estará aguardando el Sr. Valero y Soto que se disuelvan las córtes para presentarse otra vez en el colegio electoral arreando votantes! Un par de batallas mas, y llega á intendente de la real casa. Eso es lo que se llama sacar fruto del gobierno representativo. Al Sr. Valero y Soto debe parecerle imposible que haya hombres que combatan un sistema tan benéfico.

Nadie tiene tantos motivos como él para ser cons-

titucional. Otros habrá mas liberales, pero mas constitucionales ni los hay ni los puede haber. ¿Qué seria del Sr. Valero y Soto si el sistema representativo desapareciese de nuestro suelo? Sin sistema representativo no habria elecciones, y sin elecciones no habria electores, y sin electores no habria arrieros de votantes. Sin sistema representativo el Sr. Valero y Soto seria una rueda supérflua en la máquina del mundo. ¿A qué género de industria se aplicaria, si volviese el absolutismo, aquella vida de accion, aquel esceso de energía que emplea el Sr. Soto cuando se halla en el pleno ejercicio de sus funciones? Su actividad característica le separa del claustro y se aviene muy mal con el género de vida sedentario y anti-higiénico de mandadero de monjas ó portero de un convento. No habiendo sistema representativo el señor Valero y Soto se moriria de tedio, y para no tener que llorar semejante catástrofe deseamos que el régimen constitucional eche en nuestro suelo raices tan profundas que le permitan durar tanto al menos como dure el Sr. Valero y Soto.

DON FRANCISCO PACHECO.

La cabeza del señor don Francisco Pacheco es un cajon de sastre. En ella hay de todo, un poquito de cada ciencia, un revoltijo de ideas no sistematizadas, primeras palabras de muchos libros, principios sin fin de todas las cosas. Es un hombre barnizado; tiene el brillo del charol; fuera de la superficie es enteramente opaco. De nada posee mas que la corteza, pero la corteza la posee de todo; se ha dado un baño enciclopédico á que debe toda su nombradía. Sabe de todas las materias lo suficiente para decir que no las ignora; pero de ninguna podria sufrir un exámen. El vulgo cree que saber de todo es saberlo todo, y al hombre que tiene la cabeza llena de ideas sueltas aunque no se apoyen entre sí para formar un sistema completo, le llama un grande

hombre, porque suma estos conocimientos vagos, independientes y de distintas especies sin saber que cantidades heterógeneas no se pueden sumar. Un gran abogado es un grande hombre, es un grande hombre un gran poeta, lo es un gran literato, lo es un gran orador, lo es un gran político. Pero un mediano político, que es al mismo tiempo mediano orador, mediano literato, mediano poeta y mediano abogado, no es un grande hombre sino un hombre muchas veces mediano. Son infinitos los políticos superiores á Pacheco, infinitos los oradores que le aventajan, infinitos los literatos que le superan, infinitos los poetas que sobre él descuellan, infinitos tambien los abogados que valen mas que él, pero ninguno como él es á la vez todas estas cosas; ningun abogado, ningun poeta, ningun literato, ningun político, ningun orador es á la vez orador, político, literato, poeta y abogado como el Sr. Pacheco. Pacheco es un conjunto completo de hombres incompletos; es la suma de muchos quebrados que no llegan á formar un entero. Figura como una notabilidad en la galería de hombres célebres escrita bajo la direccion de los señores Pastor Diaz y Cárdenas con tanta imparcialidad, con un desprendimiento tal de todo espíritu de partido, que sus autores nos presentan á Miraflores superior á Argüelles, á Bravo Murillo superior á Cortina y hasta á Narvaez superior á Espartero. ¡Qué sacrilegios! El autor de la biografía del Sr. Pacheco es un tal Segovia, el mismo, si

no nos engañamos, que empezó á escribir artículos de costumbres firmados con el pseudónimo de *El Estudiante* en una época en que eran muy pocos los que escribian y bastaba hacer una mala comedia para adquirir celebridad. Actualmente el Sr. Segovia no escribe, ó escribe muy poco, ó escribe cosas que nadie las lee puesto que nadie sabe que las escriba. El Sr. Segovia hace bien en no escribir: el público que celebró sus garabatos, ahora que ya no es tan tonto, está como avergonzado de haberlos aplaudido *in illo tempore*. Lo que habia tenido por bueno ahora le parece detestable.

Nos dice el Sr. Segovia con un tono de conviccion profunda que el Sr. Pacheco pertenece al *partido mas florido* de la nacion, calificando de este modo al partido que cuenta entre sus poetas á Pezuela, entre sus periodistas á Neira, entre sus hombres de estado á Perez de Castro, entre sus grandes militares á los dos Narvaez, entre sus hombres consecuentes á los dos Fulgosios y entre sus tipos de honradez á Quintanilla, Cucharilla por otro nombre. La calificacion de consiguiente no puede ser mas propia, como que la dá nada menos que el Sr. Segovia, que es un hombre floridísimo, capaz por sí solo de volver florido al partido á que pertenezca. Los absolutistas y los progresistas no tienen un hombre. Villarcal, Elio, Espartero y Van-Halen son unos cobardes, sin delicadeza, sin inteligencia, que no saben mandar armas al hombro; Balmes, Corra-

di y Frai-Gerundio son unos malos periodistas; Lista y Quintana detestables poetas; Lopez, Lujan, Olózaga y Cortina oradores de chicha y nabo; Gomez Becerra y Mendizabal no pueden gobernar por falta de travesura. Agréguese á esto que no hay un hombre honrado en los partidos absolutista y progresista. Aillon, Calatrava y Argüelles cometieron la infamia de morir pobres, y los emigrados carlistas y liberales, á quienes se han abierto ahora las puertas de la patria, eran la deshonra de esta nacion, pues en lugar de ir en coche como Toreno, iban todos á pata, sin tener muchos de ellos, á pesar de ser generales, un criado que les sirviese á la mesa, lo que es de malísimo tono, y debió dar á los parisienses una pobrísima idea de nuestra civilizacion. ¡Hombres sin honor que abandonan su patria sin saquearla antes! Los valientes, los ilustrados, los honrados son los moderados, los hombres del partido florido. ¿Cuándo los partidos carlista y progresista nos presentarán un militar tan completo como Enna? ¿Cuándo un crítico tan salado como Neira? ¿Cuándo periodistas como Gomez Alvaro y Albuerne? ¿Cuándo un orador como Pidal? ¿Cuándo un hombre probo como Juan Mateo? ¡Tonteria! tan olorosas y bellas flores no se encuentran mas que en el partido florido, en el partido de Segovia y de Pacheco.

Nosotros, á pesar de que en esta obra solo nos hemos propuesto presentar á los hombres por su lado repugnante ó ridículo, de cuando en cuando les hace-

mos dar media vuelta para que no se diga que ningun atributo loable queremos reconocer á los que no pertenecen á nuestra comunion política. Esto deberian haber hecho los escritores de la galería de hombres célebres contemporáneos, puesto que lo que ellos se han propuesto escribir son biografías, y una biografía no es un panegírico ni una sátira, sino la historia de los hechos buenos y malos de un individuo. Una loa de los hombres del partido moderado y una invectiva de los del partido progresista, tan apasionada aquella como esta, es lo que encontrarán los que lean la galería de hombres célebres contemporáneos. Nosotros la quisimos comprar y la hubiéramos comprado, á pesar de parecernos muy cara, si la hubiésemos hallado escrita con un poco mas de imparcialidad y conciencia. La obra se nos cayó de las manos cuando recorriendo el índice tropezamos con el nombre y el apellido paterno y materno de D. Antonio Gil y Zárate. ¿Qué se puede escribir de D. Antonio Gil y Zárate, bajo cualquier aspecto que se le considere, que no sea una sátira? ¿Tiene Gil y Zárate algun lado que no sea ridículo? Recogimos el libro que se nos habia caido, y vimos que su biografía era un elogio, un elogio como pudiera hacerse de Schiller ó de Calderon. Su biógrafo, que no recordamos quien es pero que sin duda es muy tonto, dice que Gil y Zárate es un buen versificador y un conocedor profundo del corazon humano. ¿Es posible que tales blasfemias se escriban, y que se es-

criban bajo la direccion de D. Nicomedes Pastor Diaz? No, Nicomedes Pastor Diaz tiene talento; es el primer escritor del partido moderado. El que escribió el prólogo magnífico que se lee al frente de los sublimes cantos de Zorrilla, el que con tan robustos y armoniosos versos lloró la catástrofe del héroe de Belascoain no cree, no puede creer, aunque se vuelva decrépito ó demente, que Gil y Zárate conozca el corazon humano y que sea un buen versificador. Pastor Diaz cree como nosotros y mas que nosotros que el autor de Cárlos II no tiene talento; cree como nosotros y mas que nosotros que es el peor versificador de esta tierra de versificadores; está tan convencido como nosotros de que es un pobre político, un mal literato, un poeta sin inspiracion, un empleado enteramente inútil, el que para mengua y baldon de las letras españolas tiene á su cargo la direccion de estudios. Gil y Zárate no deberia estar en la direccion de estudios, ni en la galería de hombres célebres contemporáneos. Pastor Diaz lo conoce, lo conoce, repetimos, lo mismo que nosotros; conoce que las páginas de la galería consagradas á Gil y Zárate deberian rasgarse, y suprimirse la direccion de estudios en el caso de no reemplazar á Gil y Zárate en este puesto con un hombre mas inteligente y mas digno. Pastor Diaz lo conoce, y ha sido ministro de instruccion pública, y la galería se ha escrito bajo su direccion. Pastor Diaz ha cometido dos pecados que no tienen perdon

de Dios, ha guardado á Gil y Zárate deferencias que no debió guardarle jamas. *Amicus usque ad aras.* Si Gil y Zárate es su amigo podia haberle atusado, haberle pasado la mano por el cerro, podia haber partido con él el pan de su mesa, podia haberle dado alguna leccion de gramática y hasta proporcionarle alguna traduccioncilla fácil, pero no debió consentir siendo ministro que se comprometiese el porvenir de la juventud permaneciendo al frente de la direccion de estudios el menguado director actual, ni debió consentir tampoco que los estrangeros se burlasen del estado de nuestra literatura, haciendo figurar á Gil y Zárate como literato en medio de las celebridades de la época.

Leida la biografía de Gil y Zárate, no hicimos mas que hojear de prisa y corriendo la de D. Francisco Pacheco, porque, siendo la de aquel un panegírico, ¿qué otra cosa podia ser la de este? En efecto, los que de un Gil y Zárate hicieron un santo, bien pudieron de Pacheco hacer un dios. Al cabo de Gil y Zárate á Pacheco hay tanta diferencia como del cabecilla Tristany al emperador Napoleon. No nos equivocamos al prejuzgar la cuestion por analogía. Pacheco, segun Segovia, no es un genio, sino una haz de genios; es un genio poeta, un genio periodista, un genio orador, un genio diplomático y un genio jurisconsulto. Es un grande hombre con ingertos de todos los grandes hombres. Bien es verdad que cuando Segovia tuvo la humorada de ha-

cer la caricatura de Pacheco, este no habia sido ministro aun, de otra suerte es seguro que hubiera sido mas parco en el incienso que le tributa. Pocos ministros han defraudado tanto las esperanzas de la nacion como el Sr Pacheco; pocos han recogido tanto descrédito mientras se han hallado al frente de los negocios. Y no se crea que haya hecho cosas malas; no ha hecho nada, que es lo peor que puede hacer un ministro. Todos los ministros que ha habido hasta ahora, si no han tenido accion propia, han tenido accion prestada; pero el Sr. Pacheco ni propia ni prestada ha tenido accion alguna. No ha tenido accion propia porque no la ha tenido, no sabemos otra razon; *nemo dat quod non habet*. No ha tenido accion prestada, porque la accion la habia de recibir de algun partido, y el partido del Sr. Pacheco tiene tan poca accion como él. Representaba en el poder la política, ó por mejor decir la ambicion, de una docena de descontentos que no querian mas que turron y cuya accion toda se empleaba en pedirlo.

El ministerio que formó el Sr. Pacheco tenia un vicio de organizacion que no le permitia contar con una larga vida. Necesitaba para ser duradero, ó al menos para alcanzar algun crédito, adoptar una política reparadora inaugurándola con actos análogos á los del ministerio que le ha sucedido. Pero esto era imposible atendidos los elementos que constituian la administracion Pacheco. Pacheco deseaba ser ministro; jamas hombre alguno se ha visto tan fuer-

temente atacado del deseo de ponerse al frente de los negocios. Si Pacheco hubiese estado embarazado, lo que nadie es capaz de sospechar en una persona de su sexo y de sus antecedentes, y no se le hubiese cumplido su afan de ser ministro, es seguro que hubiera perdido la criatura. ¡Qué responsabilidad tan grave hubiera pesado sobre el que hubiese contrarestado su anhelo! Estando el Sr. Pacheco embarazado, oponerse á sus miras hubiera sido un infanticidio. Ni el mismo Isturiz ha tenido jamas tanta hambre de ser ministro, ¿Y para qué? Para no hacer nada, absolutamente nada, ni bueno ni malo; el tiempo que ha durado el ministerio Pacheco se ha pasado como un entreacto; fuera de Madrid apenas hay quien sepa que semejante ministerio haya existido. Si los individuos del ministerio Pacheco, incluso su presidente, se encargaron de ser ministros bajo la condicion de no hacer nada, han llenado su mision á pedir de boca. Sin embargo, cuando el señor Pacheco fué llamado para formar un gabinete, hubo una ansiedad general, porque el público esperaba ver una cosa muy grande ó al menos una cosa muy rara. La subida al poder del caudillo de la fraccion conservadora, prevista y proyectada casi desde tanto tiempo como la del Mesías, se habia anunciado con tanta pompa, que el que menos importancia daba al Sr. Pacheco se dejó alucinar por las alharacas de los conservadores y llegó á creer que todos los negocios del estado iban á tomar un rumbo nue-

vo. De la cabeza del Sr. Pacheco va á salir algun fenómeno, deciamos todos, y nos admiraba no poco ver el largo uempo que se tomaba para organizar su administracion. Nosotros creiamos que saldria del paso en menos que canta un gallo, porque al cabo hacia muchos años que se tenia mamada la presidencia del consejo, y era de presumir por lo mismo que tenia escogidos de entre la flor de los suyos los cirineos que le habian de ayudar á llevar la cruz del estado. Nos engañamos; el Sr. Pacheco estuvo de parto mucho mas tiempo del que se nos habia figurado, y cuando la *Gaceta* nos anunció su feliz alumbramiento, quedamos como quien ve visiones al conocer el ministerio que habia parido. *Parturient montes, nascetur ridiculus mus.* ¡Válganos Dios! ¡qué niño tan monstruoso! Aquello era un ministerio sin piés ni cabeza, formado de retazos de todas las fracciones del partido moderado; retazo de la fraccion Mon, retazo de la fraccion Viluma, retazo de la fraccion Narvaez. «¡Pero esos hombres estarán como yernos y suegros! este ministerio es imposible, eso que ha parido el Sr. Pacheco no se conoce si es niño ó niña. Aguardemos para juzgar sus primeros actos. En este pais y en estos tiempos de defecciones y de contraprincipios sucede muchas veces lo que uno menos se piensa.» Y estuvimos aguardando hasta que el ministerio pasó á mejor vida, y tuvimos el gusto de ver que su muerte era su primer acto. ¿Es esto lo que debiamos esperar del Sr. Pa-

checo? ¡Despues de tanto como se habia ponderado la necesidad de que él subiese al ministerio, dormirse en el ejercicio de sus funciones como D. Nicasio Gallego en el teatro! ¡Quién lo habia de decir! Toda la sustancia de la obra se quedó en el prospecto. Para que se fie uno de anuncios, habiendo tantos charlatanes y saltimbanquis.

El Sr. Pacheco quedó lucido. ¿Qué tal? ¿lo he hecho bien? preguntaria á su señora esposa, pues en España hay varios personages que figuran en primera línea y nada hacen en política sin pedir á la muger ó la mamá su beneplácito ó un voto de confianza. Sabemos de alguno que antes de encargarse de gobernar el estado pregunta á su costilla si podrá contar con su apoyo. De hombres asi puede decirse lo que Victor Hugo de Roland: *Roland, aquel cero cuya muger era el guarismo*. No aseguramos que el señor Pacheco se halle en este caso, pero nada tendria de particular que cuando dejó de ser ministro solicitase de su muger un voto de gracias. Si nosotros hubiésemos sido su muger, lo que Dios no permita, le hubiéramos dicho: «anda, haragan, trabaja, que ya has dormido bastante.» En efecto, el Sr. Pacheco se hizo ministro para descansar, y lo peor es que sus colegas hicieron otro tanto.

El ministerio Pacheco solo se puso en movimiento en Aranjuez y en la Granja. Algunas veces los señores ministros tenian que acompañar á caballo á la jóven soberana, la cual les sacaba de su apatía obligándoles

á trotar con harto sentimiento de todos, especialmente del Sr. Pacheco. D. Joaquin, á pesar de ser andaluz, maldita la aficion que tiene á los ejercicios ecuestres. La reina, que con tanto brio é impavidez maneja un caballo, si hubiese juzgado al Sr. Pacheco por su modo de montar, desde luego le hubiese retirado su confianza. Testigos oculares nos han dicho que es lo que hay que ver el Sr. Pacheco á caballo. Nosotros no le hemos visto, pero deducimos de su modo de presentarse á pié que M. Pol tendria mucho que hacer con él si se propusiese hacerle lucir. El Sr. Pacheco vale poco para ministro, pero para caballerizo menos. Seguramente cuando admitió la cartera de estado no habia previsto que un ministro podria tener necesidad de montar á caballo, de otra suerte no hubiera aceptado tan honroso cargo. Solo los vehementes deseos que tenia de ser ministro pudieron impedirle hacer dimision desde el momento que se vió obligado á poner el pié en el estribo. Si alguna vez vuelve á ser invitado para dormir en el ministerio, no accederá á esta invitacion sin la condicion precisa de que no se le dispierte para montar á caballo.

El ministerio Pacheco agotó toda su accion en sus cabalgatas campestres. A pesar de que nada hizo de provecho, reconocemos en sus individuos inteligencia, y estamos seguros de que cada uno en particular hubiera podido hacer mas que todos colectivamente. Era un ministerio que carecia de unidad y

de pensamiento político, que se quedó á la capa por no saber qué rumbo le convenia tomar. El antagonismo de ideas de los ministros hacia que mutuamente se neutralizasen la accion, y de este modo se esplica la perplejidad de un gabinete de cuyo presidente tan grandes cosas esperaba el público bobalicon. Nosotros nunca esperamos mucho del Sr. Pacheco, y nuestras esperanzas se desvanecieron sin dejar rastro cuando vimos la tripulacion de que se valia para que le ayudase en sus maniobras. Los únicos que hicieron algo fueron los señores Salamanca y Pastor Diaz, pero este último no hizo lo único que debió hacer, lo que principalmente reclamaba la dignidad de los profesores y la ilustracion de la juventud; no separó de la direccion de estudios á D. Antonio Gil y Zárate. Los demas ministros estaban como fondeados; echaron áncoras en medio del golfo, ni mas ni menos que si se hallasen en un puerto. Todo el mal, como hemos dicho, estaba en su organizacion; todo dependia de que el ministerio que abortó el Sr. Pacheco estaba formado de retazos de distintos colores. Pacheco no tuvo la conciencia de su debilidad y de su falta de apoyo hasta que tuvo que organizar un gabinete. Buscó colegas en la fraccion de que se titulaba gefe, y vió que esta era tan reducida que no le daba un número suficiente de individuos para completar su administracion. Si hubiese formado todo el ministerio de conservadores, no le hubieran quedado amigos

para emplear en otra cosa, y su aislamiento en medio de los partidos hubiera sido completo. Ni un solo conservador dejó de recibir su buen cacho de turron, y aun asi tuvo que dar turron á muchísimos que no eran conservadores, tuvo que besar manos que hubiera querido ver quemadas. Creyó que entresacando sus colegas de todas las fracciones del partido moderado, todas las fracciones quedarian satisfechas y le prestarian su apoyo. Se engañó de medio á medio; *toto cœlo errabit*. No solo no se grangeó las simpatías de sus antagonistas sino que se enagenó las de sus partidarios, quienes vieron que su gefe se privaba de los medios de gobernar en conformidad con los principios que habian proclamado, muy distintos seguramente de los de Mazarredo y Benavides, á quienes asoció á su administracion. Pacheco tuvo en contra toda la prensa periódica, hasta la conservadora, despues de haberle costado tanto conciliar todas las opiniones. Mala noche y parir hija.

Con todo, Pacheco cree ó afecta creer que no ha desempeñado tan mal como se dice su papel de ministro. Pocos dias despues de terminada la crisis mortal de su ministerio, viendo el entusiasmo producido por la derrota de Narvaez y las medidas populares con que el gabinete actual ha dejado entrever su marcha reparadora, suponia que todo se le debia á él y decia con mucha satisfaccion: «Yo ya he hecho bastante: he allanado el camino á mis suce-

sores; ahora que lo sigan; su obra no será mas que el complemento de la mia.» ¡Válganos Dios! ¡qué cosas hace decir el amor propio!

El amor propio es el sentimiento que principalmente dirije los actos del Sr. Pacheco. A este sentimiento sigue el amor á su familia, particularmente á la familia de su muger. Bueno ó malo, lo que hace el Sr. Pacheco lo hace por vanidad ó para complacer á alguno de sus numerosos deudos. Se separó del grueso del ejército moderado porque su vanidad no le permitia servir mas que en clase de gefe; prefirió ser cabeza de raton á cola de leon. Se hizo gefe de los conservadores para llegar á ministro, y quiso llegar á ministro para poder decir despues de serlo que habia sido ministro. Siendo ministro, no quiso que los progresistas le tuviesen por moderado, ni que los moderados le tuviesen por progresista; queria pasar por caudillo y creador de un partido nuevo, obedeciendo en esto como en todo al amor propio que le domina. Con todo para hacer algo, ó habia de adoptar la política de los progresistas ó la de los moderados, y para no adoptar ni una ni otra se quedó sin hacer cosa alguna. Ha quedado satisfecho con que conste en los anales de la historia que en el año de gracia de 1847 hubo un ministerio de que era presidente un tal D. Joaquin Francisco Pacheco. La posteridad se alegrará mucho de saberlo.

El amor á la familia que, como hemos dicho, es otro de los sentimientos que han trazado cons-

tantemente la conducta del Sr. Pacheco, le honraria sobremanera si hubiese sabido contenerlo en límites mas justos. Aplaudimos en el Sr. Pacheco el sacrificio que hizo de sí mismo al consagrarse todo entero á la familia cuando murió su padre, quien dejó por toda herencia una viuda, once hijos y una casa que para pagar deudas fué vendida por la Hacienda pública. Con sola la abogacía logró mantener á su madre y á sus numerosos hermanos, pero siendo insuficiente el egercicio de su profesion para cubrirlas graves atenciones que voluntariamente se impuso, se trasladó á Córdoba de secretario de la marquesa de Benameji, y al poco tiempo volvió á trabajar en el bufete de un abogado en el cual acreditó mas y mas su ya reconocido talento. Todo esto es altamente honroso para el Sr. Pacheco. De Córdoba pasó á Écija, donde en tiempo del Estatuto fué síndico del ayuntamiento. Allí obtuvo la mano de la que es actualmente su muger, la cual tiene la parentela mas larga y mas absorvente de que hay egemplo en el antiguo reino de Andalucía. Una aplicacion de sanguijuelas tan continua desangraria completamente al Sr. Pacheco, si este para no tenerlas que alimentar con su sangre no hubiese concebido la idea de alimentarlas con la sangre del tesoro público. La España oficial está en gran parte formada por la familia del Sr. Pacheco y por la de su muger. Toda su parentela se hincha con la sangre de los contribuyentes. Apenas hay oficina en España en que no

se encuentre un Pacheco ó un Perinat. Perinat es el apellido de la familia de la muger del Sr. Pacheco, y al Sr. Pacheco se debe toda la prosperidad de la familia Perinat. Hizo bien el ex-gefe de los ex-conservadores en venirse á la corte para probar fortuna y crearse una posicion que pudiese redundar en provecho propio y mas aun en provecho de sus numerosisimos colaterales y consanguineos. Sin duda un ángel le inspiró la idea de marcharse de Écija; sin duda la providencia, que hizo entrever á Colon un nuevo mundo allende del Océano, hizo entrever á Pacheco un nuevo mundo aquende del Guadarrama. ¿No hubiera sido lástima que un genio como es el Sr. Pacheco se hubiese ahogado dentro de los límites de una poblacion subalterna? Por fortuna de la patria el Sr. Pacheco tiene buen olfato y olió desde lejos el porvenir que le aguardaba en Madrid. Colóse en la capital de España, y para tomar posicion buscó un puesto en la redaccion de un periódico. Este medio de que se valió para darse á conocer acredita que no es lerdo. En la patria de Narvaez, de Martinez de la Rosa y de Sartorius para llegar á ser alguna cosa de provecho es preciso hacerse militar, diputado ó periodista. Siendo una de estas tres cosas se puede llegar á ser hasta archipámpano. Pacheco conoció esto perfectamente, y conoció tambien que no hay hombre sin hombre y que quien á buen arbol se arrima buena sombra le cobija. Siendo redactor de la *Abeja* se procuró la proteccion de D. Francisco

Martinez de la Rosa, la que no es dificil de adquirir, pues el sedicente autor del Estatuto es bastante accesible á la lisonja, y fátuo como el cuervo de la fábula, no conoce que las zorras que le adulan lo que quieren es que suelte el queso. Pacheco se empeñó en probar que D. Francisco Martinez de la Rosa es un grande hombre, y aunque el público no se dejó convencer por las pruebas del redactor de la *Abeja*, Martinez de la Rosa quedó convencido desde luego, y agradecido á los halagos y cancamusas de Pacheco se declaró su Mecenas, y creó ex-profeso para él un destino en el ramo de Pósitos. Desde entonces acá la leche de la madre patria le ha permitido estar gordo, y con la que ha rebosado de sus labios se ha criado robusta toda su parentela.

El Sr. Pacheco es hijo de una madre de una fecundidad prodigiosa, y á muchos de sus hermanos procuró destinillos de los que valen la pena aun antes de ser ministro. Recordamos haber leido en un periódico el siguiente párrafo: «ya el Sr. Pacheco tiene bien colocados á todos sus hermanos, y por cierto no son pocos, pues son mas que los hijos de Gedeon, y ahora va colocando á todos sus Perinalitos que son tantos como sus hermanos.» ¡Cómo cargan las exageraciones de los periódicos! Cualquiera diria que ha repartido destinos entre su familia como pan bendito, y en sustancia, si esceptuamos las colocaciones que ha proporcionado á sus hermanos obedeciendo á los naturales impulsos de su cariño frater-

nal, no colocó mas que á los sugetos que citamos á continuacion y algunos otros que casi todos son parientes suyos. La fuerza de la sangre es irresistible, y la parentela es una cosa sagrada. Colocó con 10,000 reales á su primo D. Francisco Diaz, del cual dicen malas lenguas que es un abogadillo de tres al cuarto, siendo asi que es un jóven de un saber tan profundo que hasta ahora nadie se lo ha podido encontrar. No se ha conocido otro que sepa ocultar tan perfectamente sus conocimientos. Disimula la ciencia de tal manera que nadie por mas que le trate es capaz de creer que sea un sabio. Sin embargo, ¿podemos dudar de su sabiduría viendo que apenas recibido de abogado ha merecido de su primo el Sr. Pacheco ser colocado, si mal no nos acordamos, en la oficina de redaccion de códigos? D. Francisco Diaz sabe mucho, solo que es prudente y lo disimula. *Prudentibus est dissimulare.*

Tambien, segun digeron los periódicos, que todo lo dicen, un sobrino del Sr. Pacheco, hijo de uno de sus hermanos, que no tiene mas que 16 años, ha obtenido un empleo en una gefatura política con 6,000 rs. ¿Qué tienen que decir á esto los murmuradores? ¿Un sobrino no es digno de la proteccion de un tio? ¿Qué se diria de un tio que no protegiese á su sobrino? Se diria que es un tio duro, un tio de pedernal, y el sobrino en lugar de llamarle tiito le llamaria tiote y haria muy bien. Verdad es que el niño es jóven, ¿pero quién no ha sido jóven en el mundo por viejo que sea? Si no se muere, con el

tiempo llegará á tener edad. A mas de que hay talentos precoces, y el sobrino del tio Joaquin sea acaso uno de tantos. Si el sobrino del tio Joaquin es jóven, ni el, ni él tio Joaquin tienen la culpa. ¡Cuántos hay mas jóvenes que él! ¡Qué espíritu de oposicion tan sistemático! ¡hacer cargos á un muchacho por la edad! ¡Pillos!!!

Tampoco ofrece nada de anómalo ni de estraordinario que el Sr. Pacheco tenga un primo hermano y que este sea carpintero. El esposo de la madre del Redentor, que es uno de los santos de mas elevada categoría, era tambien carpintero de oficio, y si San José hubiese tenido un primo ministro, es evidente que el ministro primo de San José hubiera tenido un primo carpintero. Algunos la han dado en decir que el carpintero primo del Sr. Pacheco no gasta el agua mas que para afeitarse, que el vino es su bebida habitual y que no la toma en dósis homeopáticas. Cada cual tiene su modo de matar pulgas. Al cabo el que bebe mucho vino en una nacion en que abunda tanto como en España, es un protector de la industria agrícola. A este espíritu industrial se atuvo sin duda el Sr. Pacheco nombrando á su hidrófobo primo hermano interventor de salinas en una de las fábricas de la provincia de Córdoba.

El Sr. Pacheco tiene hermanas, y teniendo hermanas nada tiene de particular que tenga cuñados, y teniendo cuñados nada tiene de particular

que uno de estos sea médico. ¿Se le puede acriminar con justicia por haber un médico casado con una hermana suya? Es claro que no, y claro tambien que un cuñado seria indigno de este nombre si no protegiese al marido de su hermana. Asi, pues, nada tiene de vituperable que el Sr. Pacheco emplease su poderosa influencia en pro de su cuñado D. José Pino, y que le nombrase director de uno de los establecimientos de baños del Pirineo. Verdad es que D. José Pino es un médico bastante oscuro; pero por lo mismo le buscó D. Francisco Pacheco una colocacion en un pais frio para matar la polilla que por falta de enfermos á quienes tomar el pulso empezaba á apoderarse de sus dedos. Verdad es tambien que las plazas de médicos de baños se dan por oposicion, pero una oposicion es una cosa incómoda y engorrosa, y el Sr. Pacheco en obsequio á la brevedad prescindió de oposiciones para evitar la molestia de asistir al acto á su cuñadito y á los censores. Los que critican al Sr. Pacheco por su modo de proceder acerca de este particular no alcanzan á medir en toda su altura las filantrópicas miras del célebre ex-ministro. D. José Pino, que es hombre altamente modesto, á fin de evitar parabienes y felicitaciones, cuando recibió el nombramiento de médico de baños hizo todo lo posible para que no se trasluciese la gracia que se le habia concedido con tanta justicia, y procuró ocultar hasta á sus mayores amigos el momento de su partida. Pero en las poblacio-

nes subalternas hay una infinidad de ociosos que todo lo olfatean, y que para publicar una cosa les basta saber que hay algun prógimo interesado en su secreto. Los ociosos de Écija, que sobre ser ociosos son mal intencionados, supieron á punto fijo la hora en que el agraciado médico debia emprender su viage, y sobornando al mayoral de la diligencia para que anduviese lo menos posible, se apostaron al paso y obsequiaron al cuñado del Sr. Pacheco con una larga y estrepitosa cencerrada. Bien dice el adagio que la ociosidad es madre de todos los vicios. En lugar de ir al Pirineo D. José Pino se trasladó á Madrid, donde se prendó de tal modo de las maravillas de la corte, que para no salir de ella renunció á su destino de médico de baños, y su cuñado le proporcionó otro mucho mas momial, amen de varios colgajos que si no publican sus méritos, publican al menos que es cuñado del Sr. Pacheco. Ultimamente se le ha hecho secretario de S. M. con egercicio de decretos... ¡Oh! ¡quién fuese cuñado del Sr. Pacheco!

El estar el Sr. Pino casado con una hermana de Pacheco no impide que él tenga tambien un hermano y que este se llame Juan, el cual ha sido nombrado administrador de Rentas en Castro del Rio, pues de algo le ha de servir á un hombre tener un hermano casado con una hermana de un ministro. Desgraciadamente D. Juan es uno de esos guapos que escupen por el colmillo, que primero prescindirá del destino que de su capa parda y sombrero ca-

lañes, á pesar de que no sabe donde caerse muerto, pues por no haber podido proporcionar las fianzas necesarias, no le ha sido posible ir á Castro del Rio á recoger el delicioso turron que le ha regalado el cuñado de su hermano. No pudiendo él mismo esplicarse el recuerdo que ha merecido del Sr. Pacheco, cree que este ha sufrido alguna equivocacion y dice aludiendo á su nombramiento: «Por mas que sorprenda á mis paisanos mas me sorprende á mí.»

Tambien se ha asegurado, si bien nosotros no nos atrevemos á creerlo, que el Sr. Pacheco en su afan de favorecer á sus parientes, á los parientes de sus parientes y á los parientes de los parientes de sus parientes, quiso hacer llegar la savia de los contribuyentes á un hermano del hermano del médico casado con una hermana suya. Al efecto, segun se dice, ofreció un destino al hermano del hermano de su cuñado, quien rehusó su ofrecimiento contestando que no queria otro empleo que uno inferior en el presidio correccional de Sevilla. Tan cierto es aquel axioma fisiológico que dice *habitus secunda est natura*. El hermano del hermano del marido de la hermana del Sr. Pacheco, en dos años que ha estado en presidio donde hace poco acabó de cumplir su condena, ha contraido la costumbre de confabularse con la gente del bronce y no sabe pasarse sin su amable compañía y sin el delicioso rumor de las cadenas. El hermano del hermano del cuñado de Pacheco se llama D. Rafael, y si es cierta la respuesta que se le

atribuye, la ha dado para confirmar la verdad del apotegma: el hombre es animal de costumbres.

¿Tiene algo de particular que la madre del señor Pacheco tenga una hermana, y de consiguiente que el Sr. Pacheco tenga una tia? Es una cosa que no repugna á la conciencia y que no se opone en manera alguna á las leyes civiles ni á nuestra organizacion política y religiosa, por lo que nos guardaremos bien de hacer cargos al Sr. Pacheco por tener una tia materna. Sí, tiene una tia ¿para qué negarlo? una tia que es maestra de miga, como dicen en su tierra, si bien ella por modestia se titula directora de academia de niñas. Este título parece en efecto menos indigno de la tia de un ex-ministro que el de maestra de miga. Los que no saben lo que puede la fuerza de la sangre reprueban las muestras de cariño que ha dado el Sr. Pacheco á su querida tia, entre otras la siguiente: En el año 1817 la tia del Sr. Pacheco, que se llama Gertrudis de nombre y Calderon de apellido, se contrató con el ayuntamiento para enseñar bajo una retribucion determinada cierto número de niñas pobres. Por escasez de fondos llegó un dia en que el ayuntamiento no pudo seguir pagando á doña Gertrudis la retribucion convenida, por lo que la buena señora se negó á admitir discípulas que no fuesen de pago, y dejó transcurrir un decenio sin enseñar á ninguna pobre, y en los demas años el número de pobres que ha tenido ha sido insignificante. Su sobrinito Pacheco, siendo

ministro, espidió una orden apremiante para que á su tiita se le pagasen lo que él llamaba atrasos, los cuales ascendian á la friolera de 68,000 reales. El Sr. Pacheco será, si se quiere, un mal ministro pero es un escelente sobrino. No se ha conocido otro hombre tan amante de su familia.

Si el Sr. Pacheco ha querido mucho á su familia, no ha querido menos á la familia de su muger. Su suegro, que es un tal Perinat, tenia en Écija el oficio de Lechuza, que tal es en Andalucia el apodo con que designa el vulgo á los que desempeñan la comision de perseguir á los clérigos que comen la sopa boba, é hinchan el arco de su abovedada barriga con las rentas de sus capellanias sin haber cubierto el presupuesto ó cargas de misas que tienen obligacion de decir. En Écija habia muchos clérigos que no decian el número de misas que tenian impuesto, lo que permitia á Perinat apropiarse una porcion de capellanias, con cuya administracion logró mantener los hijos que á cada instante echaba al mundo su muger, digna émula en feracidad de la madre del señor Pacheco. Nadie sabe como desde lechuzo llegó el suegro de Pacheco á ser intendente, habiendo antes pasado por la miseria de ser vista de la aduana con 20,000 reales.

Pero no se crea que por favorecer á sus parientes haya olvidado Pacheco á sus bienhechores y amigos. Es un hombre agradecido como el que mas. Dígalo sino el abogado Cabrera, que es sugeto que

tiene bien cubierto el riñon y por lo mismo está libre de la empleomania que con tanta frecuencia es hija de la gazuza. Mas aunque no le gusten empleos, tiene una hambre de figurar y de hacer el asno cargado de reliquias, llenándose de colgajos y peregiles, que recibió con un entusiasmo ilimitado la cruz de Cárlos III con que le condecoró Pacheco apenas se hubo arrellanado en la poltrona ministerial. Segun dice el diploma, esta cruz se la confirió el Sr. Pacheco al Sr. Cabrera libre de costo y de probanzas por los servicios prestados al trono de Isabel II. Sin embargo, el Sr. Cabrera no ha prestado servicios á Isabel II sino al Sr. Pacheco, que no es lo mismo, de consiguiente el diploma deberia decir libre de costo y de probanzas por los servicios prestados al Sr. Pacheco. Al Sr. Pacheco se los ha prestado en realidad muy grandes, porque si bien se medita Pacheco debe á Cabrera el haber sido ministro, puesto que le debe el haber sido diputado y *quod est causa causæ est causa causati*. Nunca Pacheco hubiera llegado á ser diputado sin la ayuda de su amigo Cabrera, el cual aunque no ha podido reunirle mas allá de doce votos, ha supuesto darle en arrendamiento muchas de sus fincas rurales, de donde aparece que Pacheco paga de contribucion la cantidad que la ley señala para poder ser elector y elegido, siendo asi que no tiene un palmo de terreno ni paga mas contribucion que un pelagatos. No la cruz de Cárlos III sino el toison de oro conferiria Pacheco

si pudiese al Sr. Cabrera, y el Sr. Cabrera se pondria el toison si se lo diesen como se pone la cruz de Cárlos III, siquiera para hacer rabiar á la aristocracia que no puede consentir que tales distintivos adornen el pecho de un hombre que no tiene otro mérito que ser muy rico y proteger al Sr. Pacheco. Sus riquezas no impiden sin embargo que su padre siga en su ejercicio de mayoral de una galera, y que en calidad de ordinario haga semanalmente un viage á Sevilla, lo que prueba que el protector del Sr. Pacheco no es aprensivo en estremo ni tan amante de su familia como su protegido. De la cruz no hacemos caso; puede llevarla Cabrera como cualquier otro: solo seria de sentir que Cárlos III resucitase, pues es de creer que su primera providencia seria abolir para *in sempiterna sæcula* la orden que él creó.

Como Cabrera es rico, y de consiguiente Pacheco no puede recompensar sus servicios sino con cruces, lo que le parece poco, confiere destinos á los parientes de aquel, siendo bastante momiales los que ha dado en esta corte á los señores Dominguez, cuñados de Cabrera é hijos de un honrado zapatero.

El Sr. Pacheco como ministro no ha hecho nada, no ha hecho mas que montar á caballo en la Granja y en Aranjuez; de consiguiente mientras ha sido ministro mas bien han trabajado sus posas que su cabeza. Sus parientes y los parientes de su muger dicen que ha hecho mucho, y en efecto mucho ha

hecho para sus parientes y los parientes de su mujer. Tan cierto es que todas las cosas son relativas. Pacheco que nada ha hecho segun dice la nacion, á decir de su parentela ha hecho mas que todos juntos cuantos ministerios ha habido en España. La nacion dice que nada ha hecho porque todo lo encuentra ahora en el mismo desórden que antes de ser él ministro. Todo lo dejó Pacheco intacto; en el mismo *statu quo* quedaron todas las cuestiones capitales que reclamaban una pronta solucion cuando subió al ministerio. Nada decimos de la cuestion de palacio, porque lo tenemos prohibido; pero ¿y los montemolinistas en Cataluña siguen sin novedad en su importante salud? ¿Y el embajador frances está bueno? ¿Y el ingles está lo mismo? Y D. Ramon María Narvaez ¿qué hace en la córte haciendo el bú? ¿Se encarga ó no de la formacion de un ministerio? Si se ha de encargar que sea pronto. Deciase que iba á Burgos... ¿por qué no va á Burgos? Una cosa ú otra; pues vino siendo ministro el Sr. Pacheco, el Sr. Pacheco debe saber á lo que ha venido. ¡Frescos estamos! ¡qué consecuencias trae un ministerio que no ha hecho nada! Lo peor es que nosotros queriamos ocuparnos del señor Pacheco como ministro, y nada podemos decir de él como ministro porque como ministro nada ha hecho. Tampoco podemos decir de S. E. cosa alguna considerándolo como abogado, como poeta, como orador ni como literato, porque bajo estos puntos de vista nada ofrece de particular. Ni es tan bueno que

se preste al elogio, ni tan malo que se preste á la sátira. Es un abogado como los demas abogados, un poeta como los demas poetas, un orador como los demas oradores y un literato como los demas literatos. Quisiéramos que fuese mejor ó peor, que presentase algun distintivo para caracterizarlo. Imposible, no presenta ninguno, se confunde con todos los demas que pasan por nuestro lado; nada tiene de particular, nada de escepcional.

En la precision de decir del Sr. Pacheco algo malo ó algo bueno que le singularice, debemos retratarle á caballo ó en sus relaciones de parentesco. Debemos decir que como ginete es el peor de los ginetes, como pariente el mejor de los parientes. Pero esto ya queda dicho y probado, siendo lo único que podiamos decir y probar. ¿Quién duda que el Sr. Pacheco montado á caballo, si no llevase trabillas, no podria con todo su poder de ministro impedir que los pantalones se encaramasen por sus piernas hasta las ingles como por una cucaña? ¿Quién duda que mete el pié en el estribo hasta el talon de la bota? ¿Quién duda que se ase de las crines del potro para no apearse por las orejas? ¿Quién duda que se enrosca y tuerce las piernas hácia dentro hasta tocarse la una con la otra por debajo de la tripa del animal? ¿Quién duda que á pesar de todas estas precauciones saca la lengua y se bambolea, y que cada movimiento del caballo le desuella un poquito mas la rabadilla? Examínelo

el Sr. Cubi, y verá que el Sr. Pacheco es el hombre que tiene menos desarrollado el órgano de la equitacion. No parece andaluz.

Como pariente, lo repetimos, es el mejor de los parientes. Bien puede vanagloriarse su suegro de tener el modelo de los yernos, su madre el modelo de los hijos, sus hermanos el modelo de los hermanos, sus cuñados el modelo de los cuñados, sus primos el modelo de los primos, sus tiitas el modelo de los sobrinitos y sus sobrinitos el modelo de los tiitos. A todos les ha dado *cum quibus;* á todos les ha sacado la panza de mal año. Ahora dicen que va de embajador á Roma; ninguno mas á propósito para arreglar nuestros negocios con la Santa Sede que el que con tanto brío se opuso en las córtes á la desamortizacion eclesiástica. ¿Qué apostamos que si va á Roma de embajador se lleva de secretario algun pariente suyo ó algun pariente de su muger?

DON JOSÉ RAFAEL GUERRA.

La revolucion hasta ahora no ha sido revolucion sino revuelta; no ha hecho mas que revolver, no ha hecho mas que enturbiar el agua haciendo subir á la superficie el cieno que se hallaba en el fondo. Muchos gusanos asquerosos que ahogados en la inmundicia carecian de fuerza para salir de ella, al tergiversar la mano de la revolucion las capas de lodo bajo que yacian ignorados é impotentes, se vieron sin saber como fuera de su cárcel hedionda, y envueltos en el mismo fango pasaron á la flor del agua sin mas motivo para ascender que su falta de peso especifico. Asi se esplica la elevacion de Narvaez, de Gonzalez Brabo, de Gil y Zárate, de Pidal, de Juan Mateo y de la mayor parte de celebridades de la época, las cuales, como la revolucion no les hu-

biera sacado del charco en que apenas podian rebullirse, hubieran permanecido eternamente vegetando entre lo que ellos llaman asquerosa plebe, cual en las filas del ejército, cual en una compañía de histriones y cómicos ambulantes, cual en una oficina en clase de escribiente, cual entre el polvo y las telarañas de un bufete aguardando clientes que no le hubieran llegado jamas, cual en alguno de los presidios de nuestras islas adyacentes ó ultramarinas. Sin la revolucion, sin pedir alas para subir mas que á su propio mérito, ¿qué peldaño ocuparia en la escala social D. José Rafael Guerra? Bien es verdad que por una de esas raras anomalías de que los tiempos normales nos ofrecen uno que otro ejemplo, antes de la revolucion D. José Rafael Guerra servia la vara de alcalde mayor en Cuevas de Vera, provincia de Almería, pero en este turron se hubiera saboreado poco tiempo, porque su ineptitud era tal, que al fin y al cabo, ó un puntapié del gobierno le hubiera arrojado al cementerio de los cesantes, ó ni en tiempos regulares hay justicia en la patria del Cid. Cuéntanse en Cuevas mil anécdotas de S. S., todas graciosas en estremo, que prueban que es todo *un hombre*, y en las cuales desempeña el bello sexo un papel importante, parodiándose en todas ellas el primer paso de la Escritura, las tentaciones de la serpiente y la manzana prohibida; pero cosas son estas tan delicadas que no se pueden reproducir, porque si bien se refieren á la vida pública, se ramifican de tal modo con la vida

privada, que sin tocar á esta es poco menos que imposible llegar á aquella. Callaremos de consiguiente, no por temor á la ley de imprenta, sino por respeto á nosotros mismos; al cabo en delicadeza como en todo hemos de ser diferentes del folletinista del *Guirigay*. La nueva forma que dió á la magistratura el sistema representativo convirtió al alcalde mayor de Vera en juez de primera instancia, y sufrida esta metamórfosis, D. José Rafael Guerra fué á desempeñar en un pueblo de la provincia de Alicante llamado los Dolores sus importantes funciones. Anécdotas se cuentan en los Dolores análogas á las de Cuevas, y los mismos motivos que nos prohiben referir las unas nos prohiben referir las otras.

En 1859 D. José Rafael Guerra pasó de juez de primera instancia de los Dolores á secretario del gobierno político de Huelva. Hé aquí una transformacion rara, una de estas transformaciones que la revolucion produce con frecuencia, pero que no puede producirlas mas que la revolucion. Nosotros, por mas que nos devanamos los sesos, no sabemos encontrar analogía entre la magistratura y el mando político, pero la revolucion encuentra analogía en todo. En tiempos anormales nadie sabe donde irá á parar por el camino que emprende. Se va á una isla por tierra, y se penetra por mar en el interior de tierra firme. No se sube por una escalera, sino que se pasa de una escalera á otra. Ningun estudiante de teología puede perder la esperanza de llegar á ser te-

niente general, y haciendo malos versos, ¿quién desconfia de llamarse con el tiempo director de estudios? Desgraciadamente á D. José Rafael Guerra la secretaría del gobierno político de Huelva le duró poco. En 1840, mientras desempeñaba interinamente las funciones de gefe, recibió un oficio de destitucion que le interrumpió en el egercicio de su autoridad. Otro, que no hubiera sido él, se hubiera hecho moderado por resentimiento; pero él, al contrario, cuando los progresistas le quitaron se hizo progresista, lo que prueba que no es hombre de reaccion. «Los que han tenido poder para destituirme, diria entre sí, poder tendrán para volverme á colocar, y si me entrego á ellos en cuerpo y alma no me será difícil reconquistar la posicion perdida.» Se hizo progresista; el hombre que no es nada tiene en política la gran ventaja de hacerse lo que le dá la gana. Por de pronto se trasladó á Murcia y abrió su despacho de abogado como hombre que nada espera de ningun sistema y que tiene en sí mismo elementos para crearse una posicion independiente. Siendo juez y haciendo de gefe político contrajo ciertos hábitos de autoridad de que le quedaron resabios cuando ya no era mas que simple abogado. Para él ni habia ley escrita ni práctica establecida, y esto dependia, segun algunos, de las costumbres adquiridas en la gefatura; segun otros de su ignorancia completa, pues no falta quien asegura que D. José Rafael Guerra jamas ha sabido el órden de

procedimientos; otros dicen que lo ha sabido pero que por falta de práctica se han enmohecido sus facultades de jurista, y que todo lo que sabia como abogado se lo dejó olvidado en la secretaría de Huelva. Elija el lector el que quiera de estos estremos; nosotros no sabemos sino que D. José Rafael Guerra, mientras hizo de abogado, jamas se atuvo en sus escritos á formularios; sabemos que introdujo en el foro recursos descabellados, y que si se le negaban insultaba por escrito á los jueces al tiempo de pedir la reforma del auto que contra sus escritos recaia; sabemos que infinitas veces fué reconvenido por los jueces, y hasta apercibido para que pidiese en forma legal y usase de un lenguage mas digno y propio del foro. Pero el olmo no puede dar peras.

Por lo demas representó el papel de progresista con tanta naturalidad que parecia un progresista de veras, y no un progresista templado, sino un progresista de rompe y rasga, capaz de meter miedo á cualquiera. Los cómicos casi siempre son exagerados. El que quiere parecer lo que no es parece lo que no es mas que si lo fuese. D. José Rafael Guerra frecuentaba en Murcia el café de los progresistas, estaba en relacion con los progresistas, hablaba como los progresistas y votaba las candidaturas progresistas. Parecia demasiado progresista para ser progresista. Nosotros miramos siempre de reojo á los que afectan ser mas liberales que los demas. Los buenos principios politicos son como los buenos principios

religiosos; se profesan sin encogimiento, pero tambien sin hacer alarde de ellos. Los murcianos, dejándose fascinar por las exageraciones de D. José Rafael Guerra, le nombraron segundo comandante de uno de los batallones de Milicia nacional. En el año 1842 hubo elecciones de diputados á córtes, y el progresista D. José Rafael Guerra votó, como se supone, la candidatura progresista, si bien se permitió votar entre los candidatos progresistas á D. Francisco Javier Isturiz, diciendo que le obligaban motivos de gratitud á guardar esta deferencia al célebre camaleon que arrojaron del poder los acontecimientos de la Granja. Como no era progresista sino que fingia serlo, lo que deseaba era que todos los actos con que queria manifestar su adhesion á la causa del progreso fuesen públicos y notorios, por lo que publicaba en voz alta los nombres de los candidatos á medida que los iba escribiendo en la papeleta. Un progresista de veras lo que desea es el triunfo de su opinion, y por lo mismo cuando vota lo hace para contribuir á este triunfo, importándole poco que se sepa ó se ignore su modo de votar; pero el que no es progresista sino que quiere que le tengan por tal, no es el triunfo lo que busca sino el que se vea que contribuye á él, y por lo mismo publica los nombres de los candidatos que vota para que le tengan no por lo que es sino por lo que quiere parecer.

D. José Rafael Guerra no tiene opinion de ninguna especie; es un especulador y nada mas. Trafi-

ca con todas las opiniones por lo mismo que no tiene ninguna. Es un ateo político en toda la estension de la palabra. Para él los principios políticos son artículos de comercio con que se puede traficar lo mismo que con cualquier género. Con el tiempo hemos de ver á algunos hombres poner almacenes y tiendas de principios de todos los colores como de géneros ultramarinos, y cuando esto suceda la tienda del Sr. Guerra será de las mejor surtidas. El señor Guerra para tomar una opinion no examina su bondad sino las probabilidades que tiene de triunfo y el negocio que puede hacerse con ella. Mientras en la lucha de dos opiniones no ve la victoria mas inclinada á un lado que á otro se pone al pairo, sortea los balances como puede y aguarda el momento definitivo del triunfo para emprender la derrota. Pone la proa delante de la causa ganada y se va á ella á todo trapo, aunque haya tenido que dar una virada en redondo. En 1843 no se unió á la coalicion liberticida hasta que los progresistas no coligados abandonaron la ciudad. Antes el triunfo le parecia dudoso y resolvió contemporizar con todos, pero apenas le pareció resuelta la cuestion á favor de los coligados, se hizo coalicionista como si nunca hubiese sido otra cosa, y con sus exageraciones y aspavientos anti-esparteristas consiguió llamar la atencion y hacerse nombrar individuo de la Junta.

Cuéntanse del Sr. Guerra mientras pertenecia á la Junta ciertos tráficos en la provision de destinos

de que no queremos hacer mencion por los mismos motivos que omitimos otras cosas. Perteneció á la Junta hasta que nadie perteneció á la Junta, es decir que fué una parte del todo que duró tanto como este. Posteriormente quiso ser diputado provincial, sin duda para añadir un nuevo título á los muchos que tenia adquiridos en su calidad de pretendiente. Siguió en su cargo de diputado provincial hasta que á últimos del 43 vino á Madrid, donde en recompensa de sus servicios consiguió ser nombrado gefe político de Alicante.

A la sazon el océano político estaba bastante agitado y espuesta á un eminente naufragio la causa del moderantismo. Nuestro héroe por lo que pudiese sobrevenir observó una conducta ambigüa, haciéndose el progresista delante de los progresistas y el moderado delante de los moderados. Mímico por escelencia, comediante acostumbrado á representar toda especie de papeles en el largo decurso de nuestras farsas, tan fácil le era representar un papel como otro. Se pliega á todos los géneros, desde el sainete á la tragedia, desde la comedia de costumbres hasta el drama de grande espectáculo. En él tendrian un intérprete D. Ramon de la Cruz y don Manuel José Quintana, D Manuel Breton y D. Ventura de la Vega, Scribe y Buchardy, Moliere y Dumas. El mismo Romea tiene que aprender en él. ¿Quién no le ha visto en el *café de los Dos Amigos*, poco antes de marchar á Alicante á desempeñar su

destino, hacerse el revolucionario delante de los progresistas? ¡En qué términos tan retumbantes hablaba de su decision por la causa del progreso! «Es indudable, se decian los progresistas alentados por sus promesas, que apenas llegue el progresista Guerra á la ciudad de Alicante se pondrá al frente de la revolucion. Ese hombre va á salvar la causa de la libertad.»

¡Pobres tontos! Ellos no sabian que de aquel escenario se iba tal vez á otro donde tomaba otro carácter y representaba un papel muy diferente; ellos no sabian que del *café de los Dos Amigos* pasaba tal vez á casa de Gonzalez Brabo, de cuyo sistema de sangre ofrecia ser instrumento. Y nosotros creemos que del mismo modo que persiguió á los progresistas cuando vió desahuciada su causa, hubiera perseguido á los moderados si á estos la fortuna les hubiese sido adversa. El no se casa con nadie mas que con la victoria.

Antes de ser nombrado gefe político, como es materia disponible y apta para todo, habia sido nombrado fiscal de la audiencia de Zaragoza, destino que no llegó á servir, porque Gonzalez Brabo conoció que los servicios de un hombre como Guerra podrian serle mas útiles en la provincia de Alicante. Gonzalez Brabo necesitaba hombres como él mismo para llevar á cabo sus planes asquerosos y horribles, y en realidad Guerra es una de las cosas que mas se parecen á esotra cosa que se llama Gonzalez Brabo. Guerra se distinguió en el mando de la

provincia de Alicante por su modo de egercer la autoridad despótico y absoluto. Apenas empuñó el baston de mando sintieron los liberales el peso de sus caprichos, viéronse perseguidos de una manera atroz y esperimentaron toda clase de vejaciones. Pero en este mundo todo es relativo, y el bien de los unos compensa el mal de los otros. Fatal fué seguramente para los progresistas de Alicante el regalo que les hizo el gobierno mandándoles de gefe político á D. José Rafael Guerra, pero en cambio los carlistas se pusieron contentos como unas pascuas y tuvieron motivos de bendecir la mano generosa que ciñó con la faja azul el cuerpo resaladísimo del ex-alcalde mayor de Cuevas de Vera. Cobraron tanto aliento como si se hallasen bajo la inmediata proteccion del célebre Cabrera. Y no solo los carlistas, sino tambien algunos procesados criminalmente por malversacion de caudales en el egercicio de su destino, hallaron en Guerra un patron digno de ellos. Nada mas natural ni mas lógico. Cualquier otra cosa hubiera sido anómala é incongruente. Un sistema como el de aquella época desastrosa no se concibe sin ser ministro un hombre como Gonzalez Brabo; una administracion presidida por Gonzalez Brabo no se concibe sin ser gefe político un hombre como Guerra, y el gobierno político de una provincia en manos de Guerra no se concibe sin valerse de criminales inmundos. Para plantear un sistema de terror y de iniquidades no habia de ser llamado

un hombre de sentimientos generosos ; para secundar las miras de Gonzalez Brabo no habia de salir un hombre consecuente y leal; para servir de instrumento á D José Rafael Guerra no habia de ofrecerse un hombre honrado y puro. D. Luis Gonzalez Brabo, D. José Rafael Guerra, algunos hombres procesados criminalmente, hé aqui una máquina de hacer mal compuesta de piezas que guardan entre si la debida correspondencia, hé aqui las partes destinadas á formar un todo sangriento; pero homogéneo y compacto. Cualquier hombre de bien que por casualidad se hubiese comprometido á ser instrumento de aquella política infernal sin saberlo, hubiera destruido esta política ó esta política le hubiera destruido á él; la política de Gonzalez Brabo no podia seguir su curso hallando por obstáculo un solo sentimiento generoso. Asi pues nada tiene de particular que un hombre como Guerra nombrado gefe político por un ministerio como el de Gonzalez Brabo entresacase de la hez de los criminales los instrumentos de sus planes. Creó una partida de salvaguardias de la cual nombró segundo comandante á un tal Escolano, vecino de Monóvar, que estuvo de boticario en las filas de Cabrera y que emigró á Francia con este famoso cabecilla. De los antecedentes de Escolano pueden deducirse los de la generalidad de los individuos puestos bajo sus órdenes. Escolano permaneció en Francia hasta 1846, y en Marsella se ligó intimamente con el cónsul español, lo que honra

muy poco á este diplomático. ¿No parecen repugnantes esas intimidades de los agentes de Isabel II en el estrangero con las notabilidades que la combatieron? Bien es verdad que si el cónsul español que habia á la sazon en Marsella es el mismo que habia cuando nosotros nos hallábamos en aquella ciudad fugitivos de la isla de Pinos, ningun acto suyo que sea contrario á los liberales y favorable á los absolutistas debe causarnos admiracion. Basta decir que el tal cónsul es nada menos que sobrino del célebre Cea Bermudez. Nosotros le conocemos personalmente, y recordamos deberle algunos beneficios á que no podemos ser ingratos. Fugitivos de América, nos establecimos en Marsella aguardando que las circunstancias nos permitiesen regresar á España, de donde nos habia sacado la autoridad militar de Cataluña, instrumento de los odios del club moderado de Barcelona. Cuando creimos que la cólera de nuestros adversarios era impotente para mantenernos por mas tiempo separados de nuestra familia é intereses, nos presentamos al cónsul á pedirle pasaporte, pues sabiamos que en justicia no podia negárnoslo. Nos lo negó sin embargo, no por creer que nuestra presencia fuese perjudicial en la Península sino para tener el gusto de vejar á hombres que no pertenecian á su comunion política. Le dijimos que si no nos daba pasaporte nos iríamos sin él; que en dos años de peregrinacion que llevábamos por América y Europa nos habiamos acostum-

brado ya á viajar con documentos falsos ó sin documento de ninguna especie; que para nosotros el pasaporte no era una cosa esencial; que lo que necesitábamos era un buque ó un carruage que nos trasladase de un lugar á otro en el caso de ser tan larga la travesia que no la pudiésemos hacer á pié ni á nado, y que no nos faltaria un barquichuelo haciendo un sacrificio pecuniario que nos dejase en cualquier punto de las costas de España. El señor cónsul se sonrió con una sonrisa que nos decia que tomaba por bravatas nuestras palabras, y nos fuimos dejándole en la ilusion de que nos estaba haciendo un grande deservicio. ¡Pobre hombre! Buen cuidado nos daba á nosotros que sin pasaporte habíamos ido de Barcelona á la Habana y de la Habana á la isla de Pinos, pues este viage lo hicimos de cuenta del gobierno, y luego de la isla de Pinos pasamos fugitivos á la de Cuba acosados por mar y tierra sin pasaporte, y que sin pasaporte atravesamos á caballo la isla de Cuba, y sin pasaporte pasamos á los Estados Unidos, y de los Estados Unidos al Norte de Francia, y que luego con pasaporte falso seguimos todo lo largo de la Francia desde el Océano al Mediterráneo, desde Havre de Gracia á Marsella; buen cuidado nos daba, repetimos, hallándonos tan cerca de la Peninsula que casi bastaba estender el brazo para tocarla, llegar á ella sin pasaporte y sin autorizacion del cónsul español. El mismo dia en que digimos á este que nos marcharíamos sin pasaporte puesto que nos lo

negaba, nos evadimos á la vez de Marsella todos los fugitivos de Pinos que nos hallábamos en aquella ciudad y algun otro que no era fugitivo de Pinos, y dejamos al señor cónsul con un palmo de narices. Ese cónsul, á quien conocemos por el mal que quiso hacernos y por el chascarrillo que le pegamos, es el mismo, si no nos engaña la memoria en la comparacion de las fechas, que siendo agente del gobierno de Doña Isabel II acogió bajo su proteccion al boticario de Cabrera, y este boticario el que mereció la confianza en Alicante del gefe político D. José Rafael Guerra. ¡Tan cierto es lo que dijimos hablando de Juan Mateo, que un hombre de bien encuentra proteccion en todas partes! Cuando Juad-Effendi llegó á Marsella de tránsito para la Península con una mision de la Puerta cerca de la corte de España, manifestó al cónsul que tenia necesidad de un español que bien ó mal hablase ó chapurrease el frances y el italiano para que le sirviera de intérprete, y el propuesto por el cónsul fué desde luego Escolano, á quien se propuso recompensar de este modo por los servicios que le habia prestado haciendo de espía de los emigrados liberales. Escolano no quiso someterse á las condiciones que le impuso el agente turco, por cuyo motivo no le acompañó en su mision. Tal es el hombre *eminentemente liberal* y de gloriosos antecedentes que el Sr. D. José Rafael Guerra tuvo á su lado con la investidura de segundo comandante de la partida de salvaguardias creada por él.

Entre los procesados á quienes favorece con su amistad el Sr. Guerra puede hacerse mencion de un tal D. Balbino Cortes, contra el cual se han espedido diferentes requisitorias para prenderlo, lo que no se ha verificado por parar el golpe el Sr. Guerra diciendo que D. Balbino Cortes se hallaba en Francia, siendo esto completamente falso, pues al mismo tiempo que el gefe político suponia hallarse ausente el criminal reclamado por la justicia, el criminal reclamado por la justicia se presentó en Alicante redactando un periódico que, titulándose de intereses materiales, invadió el campo de la política sin tener depósito ni los demas requisitos que previene la ley de imprenta. Pero el Sr. Guerra no tuvo á bien tomar providencia alguna contra un papelucho empeñado en formarle una reputacion gubernativa, y que es el único incensario que le envuelve en el humo de la alabanza. No hay duda que el incensario es muy digno del idolo á que consagra su incienso. El periódico alicantino está escrito en tonto, tan en tonto que el mismo Guerra no podria redactarlo peor.

El Sr. Guerra hasta que sobrevinieron los sucesos de Alicante no empezó á gestionar como gefe político. Este destino le fué confirmado luego que el gobierno de Madrid dedujo de sus providencias tomadas desde Elche las bellas circunstancias que adornaban al ex-alcalde mayor de Cuevas de Vera. «¡Hé aqui un hombre digno de nosotros, dirian á co-

ro Gonzalez Brabo y sus amables colegas; ese Guerra casi nos iguala en lo tonto y nos escede en lo atroz. Era un diamante enterrado. Ya que ha empezado á funcionar como gefe politico, dejémosle que siga sin decirle palabra, que hasta ahora lo hace perfectamente; el niño no necesita andadores.» En efecto, los señores ministros acababan de hacer un hallazgo. Necesitaban en Alicante un hombre atroz, y la Providencia, que crea hombres para todas las circunstancias, les deparó á D. José Rafael Guerra, que es el mas atroz de todos los hombres. Y eso que no se sabe de positivo la parte que le toca en la muerte del desgraciado Garrido. Acerca de este particular se refieren en Alicante algunas atrocidades que como las diésemos crédito nos obligarian á dar al señor Guerra una calificacion mas dura que la que merece el Judas de la historia cristiana y el Sinon de la Eneida. Impútase á Guerra un hecho que vamos á referir para cuya calificacion no tiene el lenguage humano ningun vocablo bastante espresivo. A pesar de que la conducta que durante los sangrientos sucesos de Alicante observó el personage de que nos ocupamos no nos permite juzgarle favorablemente ni como hombre politico ni como hombre moral, no le consideramos capaz de la felonia que se le atribuye, y queremos hacerle el favor ó la justicia de creer que esta imputacion horrible fué inventada esclusivamente por el odio y el espíritu de partido. D. Felix Garrido, secretario de la gefatura politica de

Alicante, no pudo salir de la ciudad cuando estalló la insurreccion por hallarse enfermo y postrado en el lecho del dolor. A la entrada de Roncali, temiendo como era justo el ímpetu violento de este general y la sed de sangre de los reaccionarios, aunque de nada le acusaba la conciencia, tomó la discreta precaucion de permanecer oculto en una casa para dejar pasar los primeros momentos de embriaguez con que ofusca la victoria á sus favorecidos, durante los cuales los vencedores en su ceguedad no siempre descargan los golpes sobre las víctimas que se proponen herir. En momentos tan críticos una prevencion, una sospecha, un recelo, una imputacion dictada por un odio personal son suficientes para conducir á un hombre desde el hogar doméstico al cadalso, desde el seno de la familia al potro de los ajusticiados. La misma inocencia hizo á Garrido incauto. Por lo mismo que ninguna parte habia tomado en la insurreccion que el vencedor acababa de santificar con la sangre de los vencidos, resolvió abandonar la casa que le servia de asilo y darse al público para consagrarse nuevamente á sus habituales ocupaciones; pero creyó prudente esplorar antes por medio de una señora el ánimo de D. José Rafael Guerra para saber el grado de prevencion que habia contra él por no haber abandonado la ciudad durante el movimiento. Guerra se declaró desde luego su protector, manifestó vivos deseos de saber su paradero con el objeto, segun decia, de disipar todos sus temores, y como

nadie podia figurarse, ni en el mas villano de los villanos, que tales ofrecimientos no fuesen sinceros, fué conducido á la casa que servia de asilo al desgraciado Garrido á quien ofreció nuevamente su proteccion y toda especie de garantías. A las pocas horas de esta entrevista el asilo que Garrido creia ya innecesario fué cercado é invadido por la fuerza armada, y conducido el desventurado ante la comision, al dia siguiente espió en el suplicio, no su crimen, pues ninguno habia cometido, sino su esceso de confianza.

El hecho es cierto, es tal como acabamos de referirlo, pero en obsequio de la verdad debemos decir que es insuficiente para hacer á Guerra responsable de la muerte del desgraciado. Le acusan grandes sospechas de haber abusado de la confianza de un hombre para llevarle al suplicio, pero no le acusa ninguna prueba. ¿No es posible que por una rara coincidencia la captura de Garrido tuviese ugar á las pocas horas de salir Guerra de la casa n que aquel se guarecia, sin necesidad de delatarle el que le ofreció su proteccion? Nosotros nos complacemos en creerlo asi, porque nos repugna demasiado suponer que hay individuos de la especie humana capaces de tanta infamia. El crimen es demasiado atroz para juzgar por las apariencias, por mas que estas sean poco favorables al sugeto de que nos ocupamos. Con todo, como en atentados de esta naturaleza la mas pequeña presuncion mancha el

buen nombre del sugeto contra quien recae, el señor Guerra debió, si en algo se estimaba, para evitar la ruina del inocente á que ofreció tantas seguridades, interponer entre él y el hacha del verdugo toda la influencia que le daba su posicion. Debió hacer todo lo posible para que nadie pudiese sospechar jamas que abusó de la confianza de un desgraciado para llevarle al suplicio. Sin embargo, nada hizo en obsequio del infeliz; tuvo bastante valor para arrostrar las sospechas que le acriminan y que todavía quedan en pié.

Si las sospechas fuesen pruebas diríamos que el Sr. Guerra ha cometido un crimen que le caracteriza por si solo mas que todo el tráfico que ha hecho con todos los principios y mas aun que todos sus abusos de autoridad, entre los cuales merece citarse para conclusion de este capítulo el que recientemente nos han referido los periódicos. Un oficial, emigrado á consecuencia de una de las numerosas insurrecciones que han tenido lugar en esta desgraciada nacion desde que gime bajo el yugo de los franceses y de los afrancesados, abandonó las costas de Africa á que le lanzaron las tempestades de la patria, en virtud de la amnistia que le permitia regresar al seno de su familia. Desembarcó en Alicante, y pidió á la autoridad militar un pasaporte para ir al punto en que pensaba fijar su residencia, y le fué inmediatamente concedido. Pero el gefe político, no bien tuvo noticia de su presen-

cia en Alicante, le mandó á buscar, lo que no dejó de admirar al oficial, pues siendo militar no se hallaba bajo la jurisdiccion de la autoridad política, y de consiguiente no comprendia el objeto de la llamada. El gefe político se lo hizo comprender muy pronto; apenas se le presentó el oficial lo mandó á la cárcel, donde no sabemos si sigue todavia maldiciendo las amnistías que le arrancaron de la tierra de Abd-el-Kader y de los alfanges, mas civilizada mil veces que la de los Escolanos y de las fajas azules. El Sr. Guerra sigue sin novedad en su importante salud, seguro de que hay hombres tan desgraciados que no pueden ir á presidio por méritos que contraigan para ello, y dispuesto á hacerse mahometano el dia en que suban al ministerio los mamelucos, para lo cual no tendrá necesidad mas que de variar de trage y hacerse circuncidar. Sus costumbres no sufrirán alteracion.

D. JOSÉ DE SALAMANCA.

Si nos ocupásemos de D. José de Salamanca por la importancia que se le dá y no por la que realmente tiene, nos veríamos obligados á consagrarle muchas páginas; pero le consagraremos muy pocas, puesto que vamos á ocuparnos de él por la importancia que realmente tiene y no por la que se le dá. ¿Quién es D. José de Salamanca? Es un hombre osado que suple con la audacia todo lo que le falta. Su audacia le hace parecer hombre de talento, hombre de genio y hasta hombre de dinero; se juega siempre el todo por el todo como si nada le importase volver á su pobreza y oscuridad primitivas. En igualdad de suerte nadie es capaz de elevarse tan pronto como él, pero nadie tampoco se hundirá tan pronto como él en igualdad de desgracia. Favoreciéndole la fortuna, se

dirá de él que es un grande hombre, porque se atribuirá á las combinaciones y evoluciones de su ingenio lo que solo será efecto del acaso ; siéndole la fortuna adversa se dirá de él que es un pobre diablo, porque se atribuirán á su falta de cálculo todos los accidentes funestos y todos los azares imprevistos. Él, como comerciante, no pasa de ser un jugador fuerte que juega siempre pároli, que se juega siempre el capital y la ganancia. Pero el vulgo cree que se necesita habilidad hasta para jugar á la lotería.

Como político D. José de Salamanca es un comerciante, del mismo modo que como comerciante es un jugador. Mas diremos, se ha hecho político para crearse una posicion comercial, y se ha hecho comerciante para crearse una posicion política. Nunca D. José de Salamanca hubiera llegado á tener representacion entre las notabilidades políticas de la época si no se hubiese hecho banquero, pero nunca hubiera llegado á ser banquero, si no hubiese tomado parte en la lucha de los partidos. Ha ido subiendo alternativamente, para llegar á la altura en que se encuentra, un escalon de la escala comercial y otro escalon de la escala política. No sabemos si la fortuna le ha elevado tanto por cariño ó por odio que le tiene. Difícil es adivinar si la fortuna se complace en su elevacion con el fin de mantenerle en ella ó con el de hacerle caer de muy alto para que se haga mas daño en la caida. A nosotros se nos figura que un hombre que no pone límites á

su elevacion ha de llegar al cabo á una atmósfera tan rara en que le falte la respiracion y el aliento. El señor Salamanca puede parodiar muy bien el Icaro de la fábula; tiene mas afan en conquistar una posicion alta que en conquistar una posicion segura; ha subido mucho, y tal vez subirá mas, porque para subir no se necesita mas que audacia, y el Sr. Salamanca tiene audacia; pero para no caer se necesita aplomo, y el Sr. Salamanca no tiene aplomo. Ahora mismo nos está dando la prueba, ahora que es ministro de Hacienda. Mas adelante nos haremos cargo de esto; antes de hablar del ministro es menester hablar del político, y, como hemos dicho, hablar del político es hablar del comerciante cuando se habla de D. José de Salamanca.

Examinemos su primer punto de partida. Don José de Salamanca es hijo de un médico de Málaga bastante acreditado y bastante atolondrado tambien; pero el público malagueño hacia caso omiso de su atolondramiento en vista del acierto con que egercia su profesion. Dió una mediana educacion á su hijo, quien emprendió la carrera de leyes, durante la cual no se formó una reputacion literaria pero si adquirió mucho crédito de arrojado y desenvuelto. Este crédito no lo ha perdido en ninguna de las posteriores vicisitudes de su vida político-mercantil.

Concluida la carrera de abogado, D. José de Salamanca (conocido en su pais por Pepillo, que es un diminutivo del diminutivo Pepe, y que es sus-

ceptible de hacerse mas diminutivo aun, en cuyo caso seria Pepillito, lo que prueba que la disminucion de D. José es infinita como la division de la materia) ni tenia, ni afectaba tener opinion politica de ninguna especie. Cosa es esta bastante rara en un hombre que ha seguido una carrera científica, pues apenas hay estudiante de primer año de filosofía que no sea ya liberal ó servil, rectificando, modificando, adulterando ó robusteciendo despues sus ideas segun sus intereses y segun sus relaciones. Costóle á Pepillo no poco, cuando se le antojó politiquear, determinar la bandera á que se acogeria. La causa del absolutismo y de la libertad estuvieron disputándose bastante tiempo el ánimo del recluta político que habia de llegar con el tiempo á ser ministro de Hacienda como llegó á ser emperador el cadete Bonaparte. Adhirióse despues de un buen rato de vacilaciones al partido liberal por ser esta la resolucion que le aconsejaron tomar sus intereses del momento. Al cabo aspiraba á una judicatura de primera instancia, y tenia que hacerse liberal ó hacer el liberal para conseguirla. Como no tenia contraido ningun compromiso con ningun partido, pudo hacer de su capa un sayo, é hizo inscribir su nombre en la lista de los partidarios de la libertad. El aniversario de aquel dia deberia ser fiesta nacional. ¡Qué conquista hizo la libertad!

Siendo juez de primera instancia tuvo la humorada que han tenido tantos de ser diputado, y para

conseguir su objeto se hizo el exaltado y se unió á los liberales que llevaban esta calificacion en aquella época y que son en la actualidad los mas retrógrados. *Prudéntibus est mutare consilium.* Donde se encuentra el error, allí se enmienda. Los exaltados, compañeros de exaltacion del Sr. Salamanca, conocieron que iban mal por la senda política que habian emprendido; dieron media vuelta y retrocedieron. El Sr. Salamanca retrocedió con ellos, á pesar de haberse hecho notable por sus arranques de liberalismo en las reuniones populares.

Al mismo tiempo que afectaba un patriotismo estremado y se hallaba en relaciones íntimas con los liberales de la cuerda mas tirante, estaba confabulado con los Heredias, los Ladios y otros de la aristocracia del oro, la cual, formada en su mayor parte de horros de ayer y manumisos de dos dias que olvidan su procedencia oscura, es la enemiga mas encarnizada que tienen las clases populares en la sociedad actual. El pueblo puede aplicar á la nueva aristocracia aquel refran que dice que no hay peor cuña que la de la misma madera. La aristocracia del oro es enemiga de todas las clases, de las altas por envidia, de las bajas por desden. Salamanca, por medio de su enlace con una cuñada de Heredia, pasó desde simple abogadillo á figurar al lado de los algodoneros, drogueros, mercaderes, judíos, contrabandistas, negreros y usureros por mayor y menor que son los privilegiados de esta época

de igualdad, y siendo ya diputado, para hacerse digno del puesto que le concedió en sus filas la aristocracia mercantil, se declaró enemigo de los principios que habia invocado con el único objeto de lograr un asiento en los escaños de la representacion nacional.

Para ser elegido diputado tuvo que adoptar medios distintos de los que habia empleado la primera vez, pues la conducta que observó en el congreso le dejó imposibilitado, al menos por mucho tiempo, para hacer el papel de patriota y pasar por tal entre los que en realidad lo eran. No diremos que Salamanca, aunque á la sazon se habia ya hecho comerciante y tenia de consiguiente conocimiento de la casi omnipotencia del oro, se presentase en el combate electoral, no ya armado de patriotismo sino armado de dinero, y pidiese á éste la victoria que antes habia pedido á aquel. No diremos tampoco que al cabo oros fuesen ó no triunfos, sí solo que se le hizo una oposicion tenaz y que á pesar de ella consiguió por segunda vez tener á la patria por hija, lo que equivale á decir que consiguió por segunda vez ser padre de la patria. La primera vez lo fué por Almería; la segunda lo fué por Málaga. No se atrevió á presentarse de candidato dos veces en la misma provincia, no por cortedad, pues este es un vocablo que si todos los hombres fuesen como Salamanca no estaria en el diccionario, sino porque estaba profundamente convencido de que los electores que habian sido burlados una vez no lo serian otra. Los de Almería to-

maron la calabaza creyéndola melon; despues no la hubieran tomado sabiendo que era calabaza. ¡Qué lástima que los diputados no se tomen á cala! Calado Salamanca, calado. Como se tuviese esta precaucion, Pepillo no seria diputado en su vida, á pesar de que dice Dumas que si los carneros fuesen electores votarian al carnicero.

A mas de que el Sr. D. José desde que pertenecia á la familia de Heredia tenia en Málaga muchas probabilidades de triunfo por la influencia que la familia de Heredia egerce en aquel pais. Esta influencia, de acuerdo ó no con algun sacrificio de los favorecedores ó del Sr. Salamanca que ya á la sazon habia salido de su estado virginal, produjo el efecto apetecido; de otra suerte la España constitucional hubiera tenido el sentimiento de no verse representada por el que sabe representarla mejor. Algunas especulaciones mercantiles y las relaciones debidas á su ventajoso enlace le permitieron fijar su residencia en la corte, donde sin embargo estuvo no poco tiempo asediando á fuer de pretendiente á los ministros y á los amigos de los ministros. En este Madrid que actualmente ofusca con su lujo, se le ha visto andar á pata, pobre y oscuro, pero siempre impávido, porque á Salamanca nada le arredra, ni la falta de dinero. La audacia que le caracteriza no es hija de su posicion sino de su carácter; desde que le crió su madre ó su ama, que en esto los cronistas no están conformes, lo mismo miserable que

opulento, lo mismo abogado sin nombre que banquero famoso, lo mismo estudiante que ministro, ha sido constantemente arrojado en grado superlativo. En España es el único requisito que se busca en un ministro de Hacienda. Al fin y al cabo la crisopaya es una quimera, y el talento mas despejado no es capaz de hacer de un duro de plata una onza de oro. La España es pobre por falta de metálico; ¿se cree que aumentará su numerario por ser ministro Juan ó Diego? Si en la patria del Cid todo es negativo, si no hay nada, absolutamente nada, ¿qué ha de hacer un ministro de Hacienda? *Ex nihilo nihil.* Ha de cubrir las atenciones del Estado ¿cómo las cubre? Si aumenta las contribuciones se quejan los contribuyentes; si disminuye los empleados se quejan los que viven de empleo. O indisponerse con la España contribuyente ó indisponerse con la España oficial, que es tan grande como la contribuyente. Con cualquiera de las dos que se indisponga le han de llamar pillo, ladron y hasta asesino, y para oir estos requiebros no se necesita mas que no tener aprension. Y ciertamente si frescura es lo único que ha de tener un buen ministro de Hacienda, bien puede jactarse la España de haber tenido los mejores ministros de Hacienda que ha habido en el mundo. Toreno, Mon, Mendizabal y Salamanca, ¿cual de esos cuatro es el mas corto de genio? Los cuatro son impermeables á todo género de insultos y razones. Tienen la propiedad de escupir los tiros

que se les dirigen como el charol el agua. Son iguales, absolutamente iguales; todos de la misma familia. No pueden hacer mas que lo que hacen; para tapar un agujero tienen que abrir otro, y lo peor es que el agujero que abren es siempre mayor que el que tapan. ¡Pero démonos por contentos con que no abran agugeros en la patria para tapar los de su propia casa! Con todo lo demas nos resignamos porque la necesidad no tiene ley, y, como dijo felizmente el conde de las Navas, la hacienda de España es una sabana corta; cuando con ella se tapa la cabeza se dejan los piés al aire y viceversa.

En España no se dan palos de valde, ni es tan patriota Pepillo que lo haga todo á favor de la patria por el cariño que á la patria tiene. Ya sabemos hasta donde puede llegar el patriotismo de un banquero. Parodiando á Mendizabal para hacerse popular lo mismo que Mendizabal, ha suprimido el derecho de puertas que tantos miles acarreaba al tesoro. Algunos creen que desde el primero de octubre, en que empezará á regir esta disposicion, comerán y vestirán poco menos que sin gastar un cuarto. ¡Pobrecitos! El sedal que estaba puesto en una parte del cuerpo se pondrá en otra. No sabemos en qué parte se pondrá, pero se pondrá. No piensen los pobres comer el pan mas barato. Por de pronto se dice, si bien nosotros no damos crédito á semejantes hablillas, que el mismo Sr. Salamanca, el filantrópico Sr. Salamanca, tiene arrinconado en Madrid todo el trigo

que ha podido comprar para obligar á los habitantes de la heróica villa á pasarse sin pan ó á pagarlo al precio que á él le de la gana. Pepillo no lo hace por especulacion, puesto que desde que es ministro no es comerciante; lo hace para evitar indigestiones. Dicen los médicos que las indigestiones producidas por el pan son de las mas peligrosas. Hace bien Pepillo en evitarlas á este pueblo que tan entrañablemente quiere. Cuando pensamos en el cariño que profesa al pueblo el Sr. Salamanca, nos enternecemos y se nos saltan las lágrimas sin poderlo remediar.

No queremos ocuparnos del Sr. Salamanca como comerciante sino como político, por difícil que sea separar en el Sr. Salamanca el político del comerciante. ¿Qué nos importan sus jugadas de bolsa y el negocio de la sal? ¿Qué nos importa que, como dicen algunos, en el Sr. Salamanca el político sacrifique al comerciante? ¿Qué nos importa que, como dicen otros, en el Sr. Salamanca el comerciante sacrifique al político? No falta quien dice que Pepillo es un negociante tronado que trata de recobrar por medio del ministerio su posicion mercantil perdida. Otros, al contrario, aseguran que Pepillo es ministro en menoscabo de sus propios intereses. Estas opiniones encontradas nos impiden emitir la nuestra, la cual se resume en el dicho del estudiante: los unos dicen que sí, los otros dicen que no, y yo llevo la contraria.

Salamanca tomó una parte asaz activa en el pronunciamiento de 1843, lo que nada tiene de particular siendo moderado, si bien él afectó pronunciarse á fuer de progresista. Dícese que como otros muchos manejó grandes fondos para contribuir al alzamiento, y no decimos nosotros que como otros muchos necesitase alguna parte para alzarse él. Esto nada tendria de particular. Puesto que tenia dinero para insurreccionar á la gente, él, que tambien formaba parte de la gente, podia darse dinero á sí mismo para insurreccionarse á sí mismo. Tampoco se le puede acriminar por haber invocado la libertad para destruir la situacion creada en setiembre. Si los liberales son tontos él no tiene la culpa. Motivos tenian para conocerle y no dejarse alucinar por sus aspavientos. ¡Oh! Salamanca es el que tiene recogidos mas datos para probar que los progresistas son unos benditos. ¿Ahora mismo no los tiene á todos embaucados como si fuese su salvador, sin hacer nada, absolutamente nada á favor suyo? ¿Y qué habia hecho antes de las últimas elecciones á favor de los liberales para que los liberales de Alcoy coadyuvasen al triunfo de su candidatura, de modo que solo á ellos debió el representar un distrito de Alcoy en el congreso? La sangre de los mártires de Galicia estaba todavía caliente cuando mereció Salamanca de los progresistas de Alcoy el cargo de diputado, y habia ciertos motivos para sospechar que el bando en que se cuenta á Salamanca habia contribuido á aquel alzamiento con-

tribuyendo despues á su destruccion. Y lo que mas inicuo nos parece y no podemos creer por mas que se diga, es que estas espantosas catástrofes tuviesen su origen en una jugada de bolsa. ¡Infame alquimia la de los traficantes que hasta de la sangre hacen oro!

Creemos oportuno prescindir en este momento de esos antecedentes dudosos, y lo mucho que nos repugna ocuparnos de ellos no nos permite decir acerca del particular todo lo que sabemos, ni nos ha permitido saber todo lo que podriamos. Examinemos á Salamanca como ministro, veamos si es digno por su talento y por su patriotismo del puesto que ocupa y sobre todo de la importancia que se le dá, sepamos hasta qué punto es usurpada ó legitima la reputacion que desde que se halla en el poder se empeñan en derribar algunos moderados y se empeñan en robustecer no pocos progresistas.

¿Por qué razon el ministerio Pacheco no arrastró en su caida al Sr. Salamanca? ¿Por qué esta parte ha sobrevivido al todo? ¿Tenia el Sr. Salamanca algun pensamiento político que la administracion Pacheco no le permitia desarrollar? ¿La administracion Pacheco se oponia al desarrollo de este pensamiento por ser demasiado popular ó por demasiado retrógrado? Nosotros no vemos ninguna diferencia política entre el ministerio actual y el que le precedió. Uno y otro están compuestos de elementos heterogéneos, de conservadores, de ultramoderados y hasta de Narvaecistas vergonzantes. Si algu-

na diferencia hay entre los actuales ministros y sus predecesores no la debemos buscar en la opinion si no en la inteligencia; la administracion actual es un sumúltiplo de la pasada. No es de creer que el ministerio Pacheco cayese por la sencilla razon de ser demasiado inteligente; pero si no cayó por esta razon, ¿por qué razon cayó? Si cayó porque no pudo acoger por demasiado popular un pensamiento del Sr. Salamanca, ¿por qué para llevarlo á cabo no se ha valido el Sr. Salamanca de semi-progresistas ó de progresistas templados? Si el ministerio Pacheco rechazó el pensamiento del Sr. Salamanca por demasiado retrógrado, ¿por qué no se asoció para su realizacion al partido de Mon? No creemos que haya ningun pensamiento que pueda ser rechazado por el ministerio Pacheco sin serlo tambien por el actual. ¿En cuales de sus colegas antiguos hallaba oposicion el Sr. Salamanca para el predominio de su política, si es que alguna tenga? ¿En los conservadores? Escosura es conservador lo mismo que Pacheco. ¿En los ultramoderados? Goyena y Cortazar son tan ultramoderados como Vahamonde y Benavides. ¿En los Narvaecistas? Córdova y Ros de Olano ante las aras del ídolo de Ardoz han quemado tanto incienso como Mazarredo. No sabemos pues adivinar la causa que ha obligado á sacrificar á la política del Sr. Salamanca sus antiguos colegas siendo estos iguales á los que les han sucedido. El ministerio actual no sirve mas que el que le precedió para ade-

lantar, ni mas que el que le precedió para retrogradar, y sin embargo es de creer que fué llamado para adelantar ó para retrogradar mas que el que le precedió.

El programa con que empezó su vida el gobierno actual fué sin duda el que dió la muerte al gobierno anterior, el cual murió de muy poca cosa puesto que le mató un programa. ¡Como si un programa fuese algo! Un programa no sirve mas que para engañar á los progresistas, que tienen todos escelentes tragaderas. Estamos cansados de ser progresistas, porque estamos cansados de ser tontos. ¿No dá vergüenza pertenecer á un partido tan crédulo y tan inocenton que despues de tantos desengaños se deja todavía embaucar? ¡Y se deja embaucar por Salamanca! Si mañana el mismo Gonzalez Brabo presenta un programa, el mismo Gonzalez Brabo será mañana aplaudido por los hombres del progreso. Al menos los progresistas, cuando se les ha engañado, saliesen pronto de su error. Pero no; están cogidos en la red y todavia no creen en ella. En el año 43, cuando Narvaez ya estaba en Madrid, cuando habian sido ya reemplazados los oficiales liberales por los octubristas y los convenidos de Vergara, todavía veiamos progresistas que se hacian la ilusion de que todo iba á pedir de boca, de que las cosas marchaban perfectamente á favor de su causa. Ahora mismo con la amnistía, la rehabilitacion de Espartero, su nombramiento para Senador y el programa de reconciliacion están algu-

nos tan alelados que todo lo esperan del ministerio actual, á pesar de que ven que nada se cumple de lo que en el programa se ofrece: los ministros dicen en su programa que en la provision de destinos no atenderán mas que al mérito, y sin duda no han encontrado mérito en ningun progresista pues hasta ahora no han nombrado ninguno. Habiendo tantos gefes políticos cesantes, han ascendido á los secretarios á gefes políticos para no valerse de ningun gefe político cesante. ¡Nos hablan de atender al mérito, y hacen gefe político de Toledo á un D. Luis Manresa, de cuyo mérito nos ocuparemos en mejor ocasion! ¡En su programa se presentan los ministros como reconciliadores, y dan á un Caminero el mando militar de una provincia! ¡Y mandan á Cataluña á un Mata y Alos y á un Rodriguez Soler, cuya sola presencia es capaz de hacer sublevar una parte del Principado, no á favor de Montemolin, sino á favor del mismo demonio si el demonio levanta una bandera! ¡Válganos Dios qué reconciliacion tan reconciliadora! Esos hombres que todo lo dan al mérito, sin duda ven algun mérito en ser nulo, pues hacen gefe político á una nulidad tan nula como D. Luis Manresa. Sin duda ven algun mérito en ser atroz, pues dan el mando militar de una provincia á un hombre tan atroz como Caminero. Estos nombramientos y todos los demas que ha hecho el gobierno actual deberian haber muerto las esperanzas que el programa de reconciliacion ha hecho concebir á los progresistas,

pero nada, muchos progresistas están creyendo todavia que han de llegar al poder remolcados por los actuales gobernantes. Están creyendo todavia muchos progresistas que el ministerio no piensa mas que en hacer vadeable el torrente que ellos han de atravesar para reconquistar la posicion que perdieron en 1843. Su candor es una enfermedad incurable, rebelde á la lógica de los hechos y á las lecciones de la esperiencia. No nos sorprende su inocencia hecha á prueba de desengaños, porque tenemos de ella egemplos tan repetidos; pero nos causa admiracion y mas que admiracion nos causa ira ver que los ultramoderados creen ó afectan creer lo mismo que creen los progresistas candorosos. Nos causa ira ver que los órganos de Mon y de Narvaez hacen una oposicion sistemática á Salamanca y á sus colegas, suponiéndoles capaces de allanar á los progresistas el camino que conduce al poder. Acerca de este particular pueden estar tranquilos, y seguramente lo están aunque afecten inquietud y zozobra. Si los dimes y diretes de las distintas fracciones del partido moderado no son una farsa para embaucar á los progresistas, no tienen su orígen en una disparidad esencial de las opiniones, sino en odios puramente personales. Dícese que en vista del programa salamanquino y de la rehabilitacion y nombramiento de senador del duque de la Victoria algunos ultramoderados escesivamente timoratos, de esos que comen turron *ad sacietatem*, cobraron tanto mie-

do que la camisa no les llegaba al cuerpo. Temblándoles las choquezuelas de furor y de canguelo al mismo tiempo, se presentaron á Salamanca y se quejaron amargamente de su conducta. «Está visto, le dijeron, que V. y sus colegas han abandonado nuestra causa y que lo único que VV. se proponen es agacharse un poco para que en hombros de VV. se encaramen los progresistas y alcancen la breva de la situacion.» Sonrióse Salamanca y les contestó: «No sean VV. majaderos; el programa no es mas que una engañifa, y la rehabilitacion de Espartero es una medida que nos acredita de generosos sin modificar en nada la situacion. Es una medida que lo mismo que nosotros hubiera podido tomarla Narvaez. A mas de que la reina tiene exigencias á favor del pueblo á que á pesar nuestro tenemos que ceder. Pero no se amontonen VV. por eso; á los progresistas no les daremos mas que palabras ya que con palabras quedan contentos: obras son amores y no buenas razones; tengan VV. presente este refran que los progresistas han olvidado, lean VV. todos los dias la *Gaceta*, busquen los nombramientos de empleados que se hacen en todos los ramos, y como encuentren VV. alguno que no sea de su gusto, consiento que se me califique del modo mas agrio que á VV. les parezca.» No sabemos lo que tienen de históricas estas reconvenciones y sucesivas esplicaciones, pero si juzgamos á los ultramoderados por los recelos que sus órganos afectan tener y al Sr. Sala-

manca por la conducta que él y sus colegas observan tan poco conforme con el decantado programa que nos regalaron, las citadas reconvenciones y esplicaciones nos parecen sumamente naturales. Las supuestas palabras con que trata el Sr. Salamanca de justificarse á los ojos de los ultramoderados, si no están en consonancia con el programa, lo están con su modo de llevarlo á cabo y con la carta que dirigió hace pocos dias al general Schelly el actual ministro de la Guerra procurando tranquilizarle y diciéndole *mutatis mutandis* lo mismo que hemos puesto en boca del ministro de Hacienda. A nosotros, que somos de los pocos liberales á quienes no se les comulga ya con ruedas de molino, nos llevan los demonios viendo la oposicion templada que los periódicos progresistas hacen al actual ministerio, la cual mas bien que oposicion parece un armisticio. En el *Eco del Comercio* esta conducta no es estraña; el *Eco del Comercio* ha sido siempre cándido y siempre miope; el *Eco del Comercio,* que blasona de ser el mas viejo de todos los periódicos políticos, deberia probar que á fuer de mas viejo es tambien el mas ducho y el mas esperimentado, pero lejos de eso cada dia nos dá una nueva prueba de su inocencia virginal y de su sencillez de chiquillo. Él fué el pebetero que perfumó á la familia del infante D. Francisco cuando nadie se acordaba de ella, él cayó tambien en la red de la coligacion de la prensa para derribar la situacion creada en setiembre. Despues los mismos á

quienes ha favorecido le ridiculizan, le atropellan, pero no importa; él sigue en sus trece, sin aprender y sin olvidar, sin arrepentirse de su conducta, dispuesto á seguir una y mil veces la misma si una y mil veces son las mismas las circunstancias. Si mañana se necesita un candidato para una boda regia, el *Eco del Comercio* no acertará á sacarle mas que de la familia del infante D. Francisco; si mañana sus mismos amigos suben al poder y siguen una marcha que á él no le acomode, abrazará para derribarlos una bandera de coalicion. Y todo esto lo hará con la mas buena fé del mundo; el *Eco* es liberal de buena fé. Asi, pues, no es estraño que un periódico tan sencillo se haya dejado alucinar por un programa y haya suspendido las hostilidades. Cuando él ponga los cañones en batería, ya se habrá concluido la batalla. La conducta del *Espectador* no tiene la misma esplicacion. Es un periódico cuyos redactores hablan por boca de ganso; obedecen á una junta que recibe las inspiraciones de Mendizabal, y como Mendizabal hoy dia pertenece en cuerpo y alma á Salamanca, mientras Salamanca sea ministro el *Espectador* será ministerial. Como que hay quien opina que siendo Salamanca ministro, es ministro de hecho el mismo Mendizabal. A nosotros no nos parece tan infundada como á algunos esta opinion, por mas que los fanáticos admiradores del famoso Juan y Medio nieguen rotundamente que este voluminoso personage influya con sus inspiraciones en la con-

ducta del actual ministro de Hacienda, fundando su negativa en el liberalismo de su ídolo. Segun ellos, si Mendizabal trazáse la marcha de Salamanca, la marcha de este seria mas liberal. Ellos parten del principio de que Mendizabal es un liberal como el que mas, pero nosotros no elevaremos este principio á la categoría de los axiomas incontrovertibles. Todavía el liberalismo de Mendizabal tiene necesidad de algunas pruebas, como quisiéramos tenerlas tambien de su talento, el cual, segun sus partidarios, es un artículo de fe tan indisputable como su liberalismo. ¿Qué ha hecho Mendizabal para acreditar el talento y el liberalismo que se le conceden? Se nos dirá que decretó una quinta de 100,000 hombres cuando la nacion parecia ya estenuada; se nos dirá que con el famoso decreto de desamortizacion opuso la barrera mas insuperable á las pretensiones de los retrógrados. Sin negar ni poner en duda las importantes consecuencias de estos decretos, diremos que no prueban liberalismo; ambos están arrancados por las circunstancias críticas de la época en que se dieron, y lo mismo que los dió Mendizabal los hubiera dado cualquier otro que como él hubiese tenido la suerte de verse robustecido en el poder con un voto de confianza. La quinta se llevó á cabo á pesar de que parecia imposible que la nacion cansada pudiese despues de tantos sacrificios hacer un nuevo sacrificio de sus hijos; pero esto ¿qué prueba? ¿Prueba el talento y liberalismo de Mendizabal ó el

patriotismo de los españoles dispuestos siempre á prodigar su sangre en defensa de la libertad y del trono constitucional? ¿Y el decreto de desamortizacion es una medida tan ingeniosa que no se hubiese alcanzado á cualquier otro? ¿Habia un hombre bastante estúpido que no previese sus importantes consecuencias? Sin embargo, las consecuencias no han sido las que debieron ser, las que hubieran sido si se hubiese llevado á cabo de otro modo. ¿Se ha enriquecido la nacion ó ha estinguido su deuda con el producto de los bienes desamortizados? ¿Se dió cima á esta medida con la rapidez que reclamaba el interes de la causa constitucional? Uno de los objetos mas capitales de la desamortizacion era interesar el mayor número de personas posible en la conservacion del nuevo órden de cosas creado por la revolucion, para lo cual debieron distribuirse los bienes nacionales en lotes pequeños que los hiciesen accesibles hasta á las fortunas medianas. Hubiera sido preferible, ya que el producto de estos bienes no ha sacado al tesoro de su estado angustioso, cederlos gratuitamente ó á censo entre las clases menesterosas que en el campo de batalla defendieron el trono constitucional. Ahora sus productos solo han servido para enriquecer á los recaudadores, y no se ha creado un número de intereses suficiente para contrarestar los embates de la restauracion. Ninguna ventaja inmediata y sensible ha reportado el pais de la enagenacion de los bienes nacionales. ¿Qué le importa al pais que lo que

fué un convento de frailes sea ahora la casa de un maragato? ¿Qué le importa al pais que Murga sea rico ó sea pobre? El pueblo realmente prefiere ver convertidos los conventos en casas magníficas á que sigan siendo moradas de gente improductiva; pero esta metamórfosis casi reduce la desamortizacion á una simple cuestion de ornato público. La desamortizacion, á pesar de lo pésimamente que se ha establecido, producirá grandes bienes para el porvenir, porque la desamortizacion es una de aquellas grandes cosas que no podian producir mas que bienes. Al cabo por mas que la riqueza esté tan estancada en manos de los actuales poseedores como en las de los poseedores antiguos, los actuales poseedores no son, como los frailes, hombres sin vínculo social, y sus riquezas á medida que se sucedan las generaciones pasando de padres á hijos y de hijos á nietos, se irán dividiendo y subdividiendo sin cesar. Pero si son grandes los beneficios debidos á la desamortizacion considerándolos de una manera absoluta, comparándolos con los que debia producir nos parecen insignificantes. No son, pues, suficientes las ventajas debidas á la desamortizacion para labrar el concepto de liberal y de hombre de talento en que es tenido el Sr. Mendizabal, y si no es en la desamortizacion y en la quinta de 100,000 hombres donde se encuentran los cimientos de la reputacion de que goza, es imposible encontrarlos en otra parte. Como hombre de parlamento, sabido es que está condena-

do á representar eternamente en las cámaras un papel grotesco. Es una especie de Seoane aunque con menos erudicion todavía. Harto sabemos que sometiendo á discusion el talento y el liberalismo de tan grande personage provocamos contra nosotros el odio de todos los liberales empíricos que han aprendido á decir que Mendizabal es un revolucionario insigne. Pruebas dió de ello cuando cayó el Regente. ¿Qué medidas revolucionarias tomó siendo ministro para conjurar la tempestad en que naufragaron las instituciones? Todas las que tomó fueron intempestivas y tardías, y por lo intempestivas y tardías todas fueron perjudiciales ó al menos inútiles. Impuso silencio á la prensa periódica despues de haber esta hecho todo el daño que podia hacer, y de consiguiente infringió las leyes sin reportar ninguna ventaja de la infraccion. Suprimió los derechos de puertas cuando esta disposicion no revelaba ya cariño al pueblo sino necesidad de aparentarlo. Mas adelante, despues de la farsa de Ardoz, cuando Narvaez se hallaba ya en Madrid, si hubiese sido un hombre de revolucion como se dice, ¿no hubiera puesto en juego los innumerables elementos con que contaba para arrancar la victoria de las manos del vencedor? ¿Cómo se quedó inactivo y sin dar señal alguna de vida teniendo á su favor las simpatías del pueblo madrileño, las divisiones de Seoane y Zurbano y algunas otras, y sabiendo que entre los que se habian pronunciado contra el Regente habia muchos que lo

habian hecho á la fuerza y muchos que estaban ya arrepentidos?

Mendizabal no es revolucionario, y necesita adicionar con muchas hazañas su hoja de servicios para que le tengamos por progresista. En esta tierra en que tanto se usurpan las opiniones, la de Mendizabal es una de las usurpadas, y gracias á esta usurpacion que le permite egercer una influencia poderosa sobre la empresa y la redaccion del *Espectador*, este periódico liberal presta su apoyo á un ministerio cuyos actos nada tienen de liberales. ¿Quién sabe si algun dia veremos al *Espectador* oponerse á los principios que invocó hasta que se hizo salamanquino? ¿Quién sabe si algun dia le veremos aplaudir la reforma que se hizo en sentido retrógrado de la Constitucion de 37, y clamar contra la reinstalacion de la fuerza cívica? Nuestros pronósticos tienen su orígen en las máximas que de algun tiempo á esta parte vierte el Sr. Mendizabal hasta en sus conversaciones mas íntimas. Habiéndole alguno manifestado que la conducta del actual ministerio no está en consonancia con su programa, puesto que ofrece en este atender solo al mérito en la provision de destinos, y sin embargo hasta ahora ha empleado no mas que á los moderados de color mas pronunciado, entre ellos á algunos que ningun mérito tienen, el Sr. Mendizabal les ha llamado exigentes y les ha argüido defendiendo al ministerio en estos términos: «¿Pues qué? ¿quisieran VV. que emplease progresistas?» ¿Quién

duda que eso es lo que deberia hacer el ministerio para ser consecuente con sus promesas? Con respecto á la milicia, al Sr. Mendizabal se le ha oido clamar contra esta institucion, y como la discordancia en este punto es la que principalmente impide que conservadores y progresistas se confundan en un solo partido; como, al menos en teoria, si los progresistas no quisiesen milicia serian lo mismo que los conservadores, es evidente que no queriendo Mendizabal milicia se ha hecho conservador. Luego ya no es progresista. Luego ya no es progresista tampoco el *Espectador*, puesto que recibe las inspiraciones de Mendizabal.

¡Ojalá esta transformacion, debida solo á la impaciencia de reconquistar posiciones perdidas, se limite á Mendizabal! No creemos que trascienda á la empresa del *Espectador* y á la redaccion de este periódico, cuanto menos al grueso del partido progresista. Este partido no ha de olvidar que ha hecho ya á sus adversarios muchas mas concesiones de las que debió hacerles; no debe olvidar que las concesiones que ha hecho hasta ahora para conseguir una reconciliacion, han robustecido á sus contrarios sin alcanzar con ellas el objeto que se habia propuesto. Si alguna fraccion del partido moderado desea confundirse con el progresista, admítanle en buen hora los progresistas bajo su bandera; pero no vayan ellos á acogerse á la suya. Basta de concesiones. El mismo código de 37 fué una concesion á que princi-

palmente debimos nuestra ruina. Pudimos haber hecho una Constitucion adecuada á nuestros principios, y la hicimos adecuada á los principios de los moderados. Nos acercamos á ellos sin partir las distancias, sin que ellos tan siquiera nos saliesen al encuentro. ¿Y nos reconciliamos por eso? Desde que sus principios fueron los nuestros, dejaron de ser los suyos. A medida que nos acercamos á ellos, ellos retroceden, y si mañana nosotros adoptamos el sistema que ellos invocan hoy, mañana mismo ellos invocarán otro y de concesion en concesion nos remolcarán hasta el absolutismo.

Basta ya de concesiones, y sobre todo basta ya de retroceso. Ya que somos víctimas de los enemigos de la libertad, no seamos al menos sus cómplices; no sacrifiquemos á un triunfo á medias, un triunfo completo aunque tardío. El pueblo es eterno, y el partido que en el pueblo se apoya es eterno tambien, y por lo mismo que es eterno puede tener paciencia. La eternidad no cuenta dias. Firmes en nuestros puestos, admitamos á nuestro lado á cuantos quieran participar de nuestros peligros, pero á los que profesen principios que no son los nuestros, ya rechacen abiertamente los que nosotros profesamos, ya nos halaguen hipócritamente para embaucarnos con palabras y medidas estériles, hagámosles una oposicion sin tregua, digámosles lo que ellos nos dicen á nosotros: *qui non est mecum, contra me est.* Tambien nosotros debemos opo-

ner el esclusivismo y la intolerancia al esclusivismo y á la intolerancia de nuestros enemigos. Tambien la homeopatia debe llegar á la política: *Similia similibus.*

¿En qué fundan los progresistas las esperanzas que los actuales ministros les han hecho concebir? Si es en el programa, sus esperanzas tienen sus cimientos en el aire. Obras son amores y no buenas razones. Un farsante avaro conocemos nosotros que dice que el prometer no hace pobre á nadie. Lo mismo dicen los actuales ministros á los moderados que se quejan de su programa.

¿Se fundan acaso en los hechos las esperanzas que el ministerio actual ha hecho concebir á los progresistas? *Leed la Gaceta*, dijo Salamanca á los moderados para tranquilizarles; nosotros para desengañar á los progresistas, les diremos: *Leed la Gaceta*. Y cuenta que nosotros no somos de esos que en el triunfo de la libertad buscan el triunfo de su individuo; nosotros hasta ahora no debemos á nuestra constancia en defender los intereses del pueblo y en arrancar la máscara á todo género de hipócritas mas que persecuciones y lances peligrosos. Nosotros no diremos jamas lo que á los dos dias de devolverle su destino dijo Codorniu á un amigo que le preguntó que tal iban las cosas. «Esto marcha, dijo el antiguo médico de Espartero, ya los hombres de la situacion empiezan á emplear á los progresistas, ya á mí me han devuelto el destino.»

Es de advertir que el único progresista á que á la sazon habian devuelto el destino era Codorniu. Pero aunque nosotros no defendemos la causa del pueblo guiados por intereses personales y por cálculos egoistas, aunque nosotros ningun empleo esperamos del triunfo de nuestros principios, no por esto dejamos de conocer que los hombres de mérito de nuestra comunion política que lanzó de sus puestos la reaccion de 1843 volverian á ocuparlos si el ministerio adoptase la marcha reparadora que ha ofrecido seguir en su programa. La manera de proveer los destinos es el termómetro que debian consultar los progresistas para saber hasta qué punto son consecuentes con sus promesas los actuales ministros. La simple lectura de la *Gaceta* deberia haberles desengañado y haber desvanecido todas las esperanzas que el programa les hizo concebir.

Si estas esperanzas de los progresistas no se fundan en los actos del gabinete, ¿pueden fundarse acaso en los antecedentes de los ministros? No, y mil veces no; hagámonos cargo de las circunstancias presentes, y examinemos uno por uno á todos los individuos del gabinete y veremos que ninguno de ellos ofrece ni por su inteligencia, ni por sus opiniones, ni por sus particulares compromisos garantía alguna á la causa de la libertad y de la independencia española. ¿Cuáles son los peligros que en la actualidad nos amenazan? Personificando las cosas en los sugetos que real y verdaderamente simbolizan los ma-

les futuros de la patria y hasta cierto punto tambien los males presentes, diremos que los peligros que en la actualidad nos amenazan son Montemolin y Montpensier. El uno, por mas que procure cohonestar con protestas de liberalismo sus verdaderas tendencias, es el representante de un sistema que el espíritu del siglo rechaza; el otro, heredero de una política inmutable, albacea del pensamiento que Luis XIV legó á sus sucesores, es el destinado á borrar los últimos vestigios de nuestra nacionalidad moribunda. Los progresistas, obligados á optar entre estos dos escollos, entre Montemolin y Montpensier, se verán bastante apurados para resolver cual es el que principalmente deben evitar. Los unos se estrellarán en Escila, los otros en Caribdis; pero todos, si no se adopta desde luego otra política, se estrellarán en uno de los dos. ¿Qué opone el ministerio á riesgos tan grandes y tan inminentes? ¿Dá armas al pueblo contra las armas de Montemolin? ¿Despierta el entusiasmo de los defensores de la libertad para oponerse á los que la combaten? No; mira con una impasibilidad criminal el desarrollo de las facciones que han levantado de nuevo la bandera del absolutismo en las breñas de Cataluña; sabe que bastaria para destruirlas y evitar una nueva guerra civil organizar cuerpos francos y milicia nacional, y preferirá á tomar esta medida ver hundirse en una misma sima el trono constitucional y la libertad española. Todas las fracciones del parti-

do á que los ministros pertenecen son impotentes para ahogar en su cuna la causa del absolutismo trasladada ya al terreno de la fuerza, porque ellas mismas se han privado de los únicos medios de que podrian echar mano para conseguirlo. Ninguna esperanza, de consiguiente, debe infundir el actual gobierno á los que desean ver pronto abatida la bandera levantada por los fanáticos partidarios del hijo de D. Cárlos. Veamos si es lícito esperar algo mas del gobierno actual para conjurar la tempestad procedente de la Francia, que espone nuestra nacionalidad á un inminente naufragio.

¿Son menos afrancesados los actuales ministros que los demas individuos de su partido designado ya en todas partes con la calificacion de partido frances? Y en el caso de ser menos afrancesados que los demas de su comunion, ¿son hombres de bastante carácter para romper con sus propios correligionarios y tienen bastante talento para sobreponerse á las intrigas de estos pese á quien pesáre? Analicemos á cada uno de los individuos que componen el gabinete. Su presidente Goyena no pasa de ser un hombre de bien y un abogado bastante estudioso; ni le consideramos capaz de urdir una intriga ni tampoco de desbaratarla; es ya viejo, y lo que tiene mas viejo es el corazon; no es de esos ancianos que conservan la fuerza del alma cuando han perdido ya la del cuerpo. En el ministerio nada significa; es lo que quiere que sea la

mayoria de sus colegas. Cortazar pasa tambien por hombre de probidad reconocida; sin embargo, sus antecedentes, si se van á buscar muy atras, cuando se trata de independencia nacional, no pueden servir de caucion. Zaragoza conserva algunos recuerdos suyos de los tiempos de Napoleon, durante los cuales el Sr. Cortazar tuvo á bien declararse á favor de la agresion francesa, y probó su afecto á los estrangeros haciendo á sus compatriotas toda la violencia que pudo. Córdova es tan poco liberal como su hermano, pero todavía tiene menos de sabio que de liberal. Vive de los recuerdos de su hermano, es heredero de su nombre, pero no de su talento. Si el caudillo de Arlaban viviese, al ver á su hermano ministro moriria reventado de tanto reir ó de tanto llorar. Pero es probable que si D. Luis Fernandez de Córdova viviese, su hermano no solo no seria ministro, sino que tampoco seria general. Nadie conocia tanto á su hermano como D. Luis, y nadie como D. Luis hablaba de su hermano de una manera tan justa. D. Fernando Fernandez de Córdova ha necesitado para llegar á la altura en que se encuentra haber tenido á D. Luis por hermano y que haya muerto D. Luis. Si D. Luis viviese, D. Fernando seria muy poca cosa; si D. Luis no hubiese existido, D. Fernando nada seria absolutamente. Es el actual ministro de la Guerra hombre de poquísimos alcances, y con tantos hábitos de aristócrata, que aunque se empeñase en ser liberal no acertaria si-

quiera á parecerlo. Ros de Olano es *un bon vivant;* no tanto nos admira que sea ministro como que sea ministro de instruccion pública. Un general ministro de instruccion pública es lo único que nos faltaba ver para confirmarnos en la idea tantas veces emitida de que los militares son materia dispuesta para todo. Ros de Olano se vuelve siempre al sol que nace, *au soleil levant*, y de este modo le va perfectamente. Toda su política se reduce á este principio de conservacion propia: *Nemini datur se ipsum prodere.* En todas las crísis borrascosas se salva nadando á lo somorgujo; ayuda á caer á los que pierden el equilibrio y á ningun caido dá la mano para que se levante. Es muy servicial con sus amigos, y amigo de los que ocupan una posicion elevada, de los que egercen grande influencia y de los que están abocados al poder. Le gusta mucho salir diputado para servir mejor á sus amigos, y le gusta hacerse amigos para salir diputado. No tiene en ningun principio la suficiente fe para esponerse á caer con él, y pide diariamente á las circunstancias la opinion que ha de seguir cada dia. El que equivocadamente pasa por el individuo mas influyente del gabinete es D. José de Salamanca, y en este cifran principalmente los progresistas sus esperanzas. Buen chasco van á llevarse. Creen los bobos que el actual ministro de Hacienda es un enemigo capital de la política francesa, como si los comerciantes fuesen enemigos de política alguna. A

mas de que Salamanca no obra por inspiracion propia ni es de esos que no necesitan de calabazas para nadar. Las calabazas con que nada Salamanca son verdaderas calabazas; una de ellas es Mendizabal, de quien ya hemos dicho todo lo que queríamos decir. Se asegura que á mas de Mendizabal hay otro espíritu santo que le habla al oido, y para que se vea lo que se puede esperar del célebre ministro de Hacienda Pepe para oponerse á las influencias y á las pretensiones de la Francia, basta decir que el espíritu santo de quien recibe consejos es frances y mas que frances, pues segun algunos es agente de Luis Felipe. Vino á España pobre, al menos en apariencia, disfrazado de anticuario y comprando hierro viejo con objeto de disimular su verdadera mision. En la actualidad es hombre de fortuna, y milagro será que esta fortuna la deba al hierro viejo. El otro ministro se llama Sotelo; es lo único que de Sotelo podemos decir, y lo único que de él dirá la historia, en el caso de decir algo. El único que vale algo, el que en realidad tiene cabeza y mas que cabeza corazon, es D. Patricio de la Escosura, el cual cuando adoptó y suscribió el programa lo adoptó y suscribió sin duda alguna con objeto de hacerlo cumplir. Solo se le pueden hacer cargos por estar con tan malas compañías, y no tiene mas que un defecto, que es el ser moderado. Por lo demas es caballero y capaz de cumplir lo que promete, si bien hasta ahora en la provision de destinos no se ha ma-

nifestado muy consecuente con su programa. Dícese que se rodea de gente *non sancta*, y algunos atribuyen á esta circunstancia la inconsecuencia en que incurre haciéndose cómplice en los malos actos del gobierno actual. Tambien no pocos le miran con recelo porque la han dado en la mania de que su padre fué afrancesado, y dicen: de mal tronco mala rama.

Si prescindiendo de Escosura, despues de la análisis que hemos hecho del gobierno actual, lo juzgamos de una manera sintética, hallaremos que el ministerio es absolutamente nulo porque no está compuesto mas que de nulidades. No es este ministerio como el de Pacheco, que estaba compuesto de hombres que cada uno en particular valia mas que todos juntos, por cuanto no era la accion del uno coadyuvante sino neutralizadora de la del otro. Pacheco en particular, y en particular cada uno de sus colegas, valia mas que unido á estos. Eran hombres que no se sumaban sino que se restaban. El ministerio actual sumado da siempre cero, porque muchos ceros no pueden dar otra cosa. Para valer algo seria preciso que Escosura, que es el único guarismo que tiene valor, se colocára al lado de los ceros en un lugar correspondiente para dar valor á estos. Por desgracia creemos que está mal colocado.

El ministerio actual nada puede hacer bueno aunque quiera, nada querria hacer bueno aunque pudiese. Ni puede, ni quiere; carece de capacidad

y de voluntad. El pueblo debe convencerse de que en elevadas regiones no hay mas que una sola persona que desee su libertad y felicidad, y esta persona es la reina. Todo lo que se ha hecho á favor del pueblo, todas las medidas reparadoras que se han tomado de algun tiempo á esta parte se deben á ella y no mas que á ella. A ella y no mas que á ella somos deudores de la amnistía, á ella del monumento de Argüelles y de la rehabilitacion del duque de la Victoria. ¡Mengua eterna á los consejeros que hayan contrarestado sus generosos instintos en lugar de someterse á ellos! Cuando con tanta frecuencia se estrellan en el trono todas las ideas populares, es desconsolador ver que Isabel, que admite dócilmente estas ideas, se vea quizás inducida á abandonarlas por sus impopulares consejeros. Si entre la reina y el pueblo no se interpusiesen funestas influencias, la alianza de la reina y del pueblo haria á ambos invencibles y veríamos á Isabel II marchar en España, como Pio IX en Italia, á la cabeza del progreso. Este seria un espectáculo magnífico. ¡Mengua eterna á los que nos impidan presenciarlo! Entretanto el trono de la reina y la libertad del pueblo se hallan en un peligro inminente; por un lado nos amaga la Francia, por otro nos ataca Montemolin. Mientras la reina sea reina, sea su nombre la bandera de los hijos de la libertad; nadie siendo liberal puede abrazar la causa del hijo de D. Cárlos, nadie siendo español puede abrazar la causa del hijo de Luis Felipe; guár-

dense bien los que á la vez de españoles y de liberales se precien de defender los intereses de Montpensier para salvar la libertad, ó de defender los intereses de Montemolin para salvar la independencia de la patria. Ni la libertad puede sacrificarse á la independencia, ni la independencia á la libertad. Volemos al combate contra los absolutistas á la voz de viva la reina; á la voz de viva la reina volemos al combate contra los afrancesados. Y si algun dia nos es imposible colocar la enseña constitucional de la reina entre Montemolin y Montpensier, no por esto nos consideremos obligados á entregarnos á ninguno de los dos; todavía nos queda un último recurso: ademas de Constitucion escribamos otro lema en nuestra bandera.

DON NICOLAS MAESTRE.

Si bien son muchos los hombres de cogulla y de bonete que por su conducta se hacen acreedores á que les concedamos un pequeño lugar en este libro, el respeto que nos inspiran y el miedo que les tenemos nos obligan á prescindir de ellos, faltando hasta cierto punto al deber que nos hemos impuesto de sacar á reducir los pecadillos de todas las máscaras políticas que embroman al pueblo, cualquiera que sea el disfraz con que ocultan su trage acostumbrado. Un eclesiástico nos infunde respeto sin poderlo remediar, y no sabemos si este respeto es debido al hábito contraido desde la niñez, ó si nace de los divinos recuerdos que escita en nuestra alma la presencia de un hombre cuyo ministerio sabemos que es divino. Desgraciadamente se han humanizado demasia-

do los hombres de iglesia, desgraciadamente han menoscabado el prestigio que les daban sus hábitos sagrados revolcándolos en el cieno de las pasiones políticas. Los partidos no se hubieran metido con ellos si ellos no se hubiesen hecho hombres de partido, y se les hubiera dejado en paz en este mundo si no hubiesen olvidado que no es de este mundo su reino. Desde luego que un eclesiástico se hace político, parece que se desprende de todo lo que tiene de eclesiástico y que dá derecho á que los partidos se ocupen de él aunque lleve sombrero de teja, lo mismo que si llevase morrion ó sombrero redondo. Pero los elesiásticos no transigen con eso: hagan lo que quieran no permiten que sus actos sean censurados; no reconocen mas que á Dios por árbitro y juez de todas sus acciones, y vengativos é intolerantes como son en su mayor parte, sacan de las circunstancias todo el partido posible para abrumar bajo el peso de su cólera al que tiene la humorada de atacarles con las armas del ridículo ó azotarles con el látigo de la sátira. Por eso les tenemos tanto miedo nosotros que ninguno tenemos á la gente de chafarote. Ya sabemos que en la actualidad un cura no ha de vengar sus resentimientos metiéndonos en la inquisicion, por el sencillo motivo de no haber inquisicion, ó al menos si la hay, ya no lleva este nombre, ni es lo que ha sido en otro tiempo, ni los inquisidores de hoy son gente de hábito ni de manteo como los de marras. En la actualidad los inquisidores se ll a-

man generales, gefes políticos, etc., y francamente, ni las fajas azules ni las fajas coloradas nos imponen tanto como los sucesores legítimos de Torquemada. Pero si un clérigo no puede en la actualidad meternos en la inquisicion, no por esto dejará de hacernos todo el mal que hacernos pueda á mansalva; no nos desafiará, porque en esto de desafíos donde las dan las toman y suele suceder que el que va por lana vuelve trasquilado, ni nos acusará delante del tribunal de la inquisicion, porque, como hemos dicho, no hay inquisicion; pero nos denunciará, nos acusará de hereges, y en esta época feliz de libertad y de ley encontrará autoridades que pasen por encima de la ley para quitarnos la libertad. ¡Librenos Dios de todos los que no van vestidos como los demas! Todavía no se nos ha olvidado el ruido que metió cierto eclesiástico por un artículo que puso Villergas en la *Risa* en que aludia á una ocurrencia que supuso haber tenido medio siglo atras el obispo de Santander con respecto á la invencion de los pantalones. A Villergas no le soplaron á la inquisicion, pero milagro fué que no le diese mucho que sentir el artículo mas inocente que ha escrito desde que escribe artículos. Tampoco á D. Miguel Agustin Príncipe le dieron tormento de agua ni de fuego por haber puesto en venta el diccionario político de Voltaire, pero le quitaron esta obra, lo que en buen castellano es un robo como otro cualquiera, y estamos seguros de que nuestro amigo Príncipe, á pesar de que es cris-

tiano, hubiera preferido que le hubiesen escomulgado, á tener que soltar una prenda que le habia costado su dinero. Tampoco el clero ha condenado á las llamas á Cubí y Soler por sus lecciones de frenología y magnetismo, pero le ha acusado de materialista y ha conseguido de una autoridad política una órden de captura contra el frenólogo magnetizador, quien, si bien es verdad que ha procurado guardar la ropa, va á pasarlo muy mal en España ó tendrá que irse á otra parte con sus *pasas* narcóticas, sus arrugadas estampas y sus desdentadas calaveras. ¡Tan grandes atentados contra las cosas y las personas se han cometido en esta época feliz de libertad y de ilustracion, en esta época en que tanto se quejan los eclesiásticos de persecuciones y de ultrages, siendo asi que perseguidos y ultrajados como afectan estar tienen todavía el suficiente poder para recabar de las autoridades que tomen á su favor providencias inícuas como las que acabamos de citar! Ya se ve, los moderados, no teniendo prestigio en el pueblo, se valen de la influencia que egerce el clero en las masas para sus fines particulares, y con objeto de atraerse á su favor esta influencia, se hacen el religioso y adulan á los manteos y sotanas haciendo todo lo que les dicen los hombres de sotana y de manteo. Hace ya algun tiempo que los moderados, que antes para probar que eran liberales despreocupados se hacian el ateo, se hacen el religioso para probar que no son liberales, ó se

hacen el antiliberal para probar que son religiosos. Mas de cuatro moderados conocemos nosotros que ahora rezan diariamente el rosario y antes se burlaban hasta de los que iban á misa. No es, pues, poco peligroso provocar las iras de un clérigo hallándose los moderados en el poder. Hay hombre de la situacion que para dar gusto á un capellan es capaz de cualquier cosa. Porque sabemos esto nos mete tanto miedo la gente de iglesia. Porque sabemos esto nos hemos abstenido de meter el hocico en la casa y oficinas del patriarca, de donde hubiéramos sacado muchas noticias para esplicar ciertas cosas que de otro modo no pueden esplicarse. ¡Cuántos títeres hubiéramos desnudado que hubieran divertido al público con sus arlequinadas! ¡Qué no hubiéramos dicho de algunos que, mientras se quejan de la decadencia de la iglesia y de la corrupcion del siglo, gastan gafas de oro y caballos de regalo, y al ver á una hija de Eva estiran como perros de presa la larga cadena de votos que les prohibe llegar á la carne! Hubiera sido muy divertido y sobre todo muy importante descifrar ciertos enigmas políticos para lo cual es menester que sirvan de llave ciertas dignidades eclesiásticas. Nuestra obra, si pudiese ocuparse hasta del patriarca, se ocuparia de todas las personas que tienen relacion con las cosas, y de consiguiente de todas las cosas que se refieren á las personas, por lo que seria una historia de la época que nada dejaria que desear. Aun asi, tal

como la escribimos, es la mas completa de todas las crónicas. ¡Qué lástima que no podamos decir del alto clero todo lo que sabemos!

El clero, que tan independiente deberia manifestarse de todas las cuestiones políticas, ha sido llamado por los partidos y ha respondido á su llamamiento. Una parte del alto clero, generalmente enemigo de la libertad, ha transigido con las farsas constitucionales y se ha hecho moderado. ¿Se ha hecho moderado porque en realidad ha creido que el sistema de fuerza y de arbitrariedad está mas conforme con el espíritu del Evangelio que el de los verdaderos amigos de la libertad? Si contestasen á esta pregunta afirmativamente, su contestacion seria un sacrilegio que volveria odiosa la ley de Jesucristo. Afortunadamente podemos buscar en la tierra y no en el cielo la causa que ha obligado al alto cleroá luchar bajo las banderas del moderantismo. El deseo de figurar y de medrar, un espíritu verdaderamente aristocrático, la sed de goces materiales, todo esto esplica perfectamente el apoyo que en eclesiásticos de elevada categoría han hallado los secuaces de Narvaez y de Gonzalez Brabo. Vedlos sino ofuscando con el brillo de sus diamantes hasta las galas de la mas rica novia. Vedlos, mientras las clases inferiores del clero están pereciendo de miseria, humilladas y despreciadas, cubrirse ellos de grandes cruces como si fuesen capitanes generales. Bien podriamos aqui repetir las palabras que

uno de los que pertenecen á la clase humilde del clero pone en boca de María Calderona:

En un tiempo con decoro
tuvo la iglesia en su altar
cruz de leño, obispos de oro,
fieles en decir y obrar.
Mas en tiempos desgraciados
pierde la iglesia el tesoro,
si al tener las cruces de oro
son de leño los prelados.

Y el alto clero sin embargo se queja de la decadencia de la iglesia, y toma parte en las elecciones á favor de los moderados, afectando creer que del triunfo de estos depende el triunfo de la religion. No ignoran que no son los moderados los que han de sacar á las clases pobres del clero de su estado lastimoso, pero saben que son los moderados los que á ellos les han de conservar en el suyo. Una cuestion que es de puro egoismo tratan de cubrirla con un barniz de filantropía y de religion.

Jamas como en las elecciones de 1839 habia el clero desmentido tanto con su frenesí político la mansedumbre evangélica que debiera constituir su carácter, ni ningun clérigo tomó una parte tan activa ni empleó tanto su influencia en la lucha electoral como el sugeto á que consagramos este artículo.

D. Nicolas Maestre, gobernador del arzobispado de Sevilla, para dar el triunfo á los moderados dirigió á los curas de su dependencia el escrito mas subversivo y alarmante que puede salir de la pluma de un ministro de Dios en momentos de disturbios. No hay documento mas escandaloso ni mas propio para probar el modo indigno con que alguna vez los santos hábitos clericales se han ensuciado con el lodo de las pasiones mundanas. De esta circular rebosa, en medio del ascetismo mas hipócrita, la hiel que el espíritu de partido encerró en el corazon del que la dictó. Júzguenla los lectores:

«Seria yo responsable, dice Maestre, á Dios y á toda la iglesia, si mirase ó diese muestras de mirar con indolencia y frialdad la causa de la religion y de sus ministros, espuesta á los peligros inminentes de una crísis que puede ser mortal si no se acude prontamente en su ausilio: una funesta esperiencia de los planes de reformacion eclesiástica ensayados á costa de la decencia del culto y subsistencia decorosa del clero, no sin lágrimas de todo el pueblo cristiano, debe ponernos en aviso para precaver su consumacion por gentes que ya se han pronunciado abiertamente por las máximas que no están en armonía con las doctrinas puras y sanas que enseña la iglesia, infalible maestra de la verdad.

«En negocio de tanta trascendencia y gravedad pudiera imputárseme por un crímen el silencio y la inaccion; y me considero en el deber sagrado de

escitar el celo de todos mis cooperadores en el ministerio que sin mérito alguno me ha confiado el dignísimo prelado de esta diócesis, para que unidos todos trabajemos en alejar de la iglesia los males de que está amenazada. No son intereses terrenos y temporales, sino los de Dios y los de sus ministros, los que solicitan mi celo para poner en accion el de todo el clero y estimularlo á que tome parte muy principal en las próximas elecciones de representantes de esta provincia en las córtes, y contribuyan todos los individuos, no solamente con sus votos sino tambien con toda la influencia que pueda prestarles la autoridad de su carácter y sus diferentes relaciones, para que sean nombradas personas que hayan dado pruebas de merecer tan alta y delicada confianza.

«Se trata del asunto de la mayor importancia en que no se puede aventurar el acierto, porque el yerro seria insanable; parcialidades, relaciones de amistad, de afeccion, provincialismo ó de interes menos noble, todos los respetos y consideraciones personales deben ceder al bien de la Iglesia y del Estado; y los eclesiásticos, como maestros de los pueblos, debemos enseñarles con nuestro egemplo á hacer esos sacrificios de elevada generosidad.

«El clero, empobrecido hasta una mendicidad humillante, ha confundido la maledicencia de sus detractores con un sufrimiento que raya en heroismo; y sin desalentarse por las privaciones, aun de lo

necesario para la vida, no ha desmentido su constancia en el desempeño de su ministerio y en promover con tanto ardor el culto divino, que lo ha sostenido con los esfuerzos de su poderosa solicitud sin decadencia, cuando no lo haya aumentado y estendido. Nuestros adversarios deben enmudecer á vista de este desprendimiento, y si pudiésemos esperar que nos hiciesen justicia, estábamos seguros de que confesarian que no obran en nosotros aspiraciones á la recuperacion de bienes, cuya pérdida no nos será dolorosa, mientras logremos arrancar á la reforma el triunfo de arruinar el culto de Dios y envilecer el clero hasta reducirlo á la depresion de mercenarios. Los hechos abonan el fundamento de nuestros temores.

« Los planes sobre reforma del clero son muy avanzados, y sus promotores no se abstienen de revelarlos en los papeles públicos; en algunos, por lo menos, se vislumbra cierto conato á un rompimiento con la silla apostólica disimulado con pretestos políticos, que si llegára á realizarse seria el colmo de los males que afligirian á nuestro desventurado reino. Todos los verdaderos hijos de la iglesia de Jesucristo, cuya cabeza visible es el papa, centro de la unidad católica, deberian hacer causa comun para contrarestar un partido que con los planes de exaltacion nos sumirá en los horrores de un cisma.

« Consternado con tan enojosa prerogativa me dirijo á los vicarios, curas, presbíteros y demas in-

dividuos del clero para rogarles y animarlos á que coadyuven á mis designios, que solo tienen por objeto la gloria de Dios y la sustentacion digna de sus ministros. No por esto prescindo de la causa de nuestra Reina, esencialmente enlazada con la del clero, porque su trono se consolidará sobre la base de la religion y el apoyo del sacerdocio; los exhorto, pues, y les pido muy encarecidamente que desplieguen toda su energía, y haciéndose superiores á todas las consideraciones, respetos y temores que pudieran retraerlos, concurran con sus votos é influyan con sus consejos, persuasiones y todos los medios que estén á su alcance, para que la eleccion recaiga en sugetos adornados de las prendas de imparcialidad, desinteres, sanidad de principios políticos y religiosos, amor al órden y á la paz, decision por el trono de nuestra augusta reina, lealtad acendrada, acreditada probidad, hombres, en fin, *moderados* en sus opiniones y *sin partido*, morigerados, buenos cristianos, obedientes á las leyes y á la Constitucion, y de quienes pueda confiarse que no violarán los juramentos que han prestado.

«Mas, pues, que permitido al juicio de cada particular el discernimiento de estas cualidades se daria lugar á la divergencia y á que aprovechándose de la desunion prevalecieran los que se proclaman reformadores, es conveniente fijar la opinion general de los electores en determinadas personas; se guiarán estos para dar sus votos por las listas de

candidatos designados con madura meditacion por las personas mas acreditadas por su sensatez y buen juicio, reunidas con tan loable objeto.

«Luego que llegue esta carta á manos de V. la comunicará á todos los curas y demas eclesiásticos de ese partido, en la forma que mejor le parezca y dejo á su prudencia; recomendándole mucho su cooperacion á los grandes intereses de la iglesia y de nuestra reina constitucional Doña Isabel II. Dios guarde á V. muchos años. Sevilla 13 de julio de 1839.—*Nicolas Maestre.*—Señor etc.»

Hé aquí un ministro del altar convertido en agente electoral, prevaliéndose de su sagrada posicion para desempeñar un oficio que los partidos confian con mucha frecuencia á los serenos, á los corchetes, á los porteros y á los mozos de las municipalidades y de las gefaturas políticas. Solo le faltaba ponerse en el umbral de un colegio como un revendedor de lunetas y repartir candidaturas entre los electores para consumar la profanacion. Su circular tiene algo de pastoral y muchísimo de proclama, y parece imposible que la dulzura evangélica de un sermon pudiese mezclarse con tanto arte con la hiel de un folleto incendiario. El modo estudiado con que el gobernador se conduce á su objeto puramente terrenal por medio de mil rodeos, de mil tortuosidades y circunvoluciones, prueba bien la conviccion en que está de que las funciones electorales que ha tomado á su cargo son agenas en demasía

de su santo ministerio; emplea tres cuartas partes de su circular en preparar el ánimo de las personas á que se dirige, conociendo que son necesarias todas las palabras del diccionario para cohonestar á los ojos de los hombres una conducta que no puede escusarse á los de Dios. Su fin no es otro que poner en juego su influencia y la de los sacerdotes sus subordinados para dar el triunfo á un partido de quien hace ver que espera el de la iglesia, cuando solo espera de él la material mejora y personal medro de sus ministros. Mucho le cuesta legitimar sus tendencias: las disfraza de mil maneras, las amalgama con apariencias religiosas, y en la imposibilidad de justificarlas y necesidad de descubrirlas, manifiesta á pesar suyo su repugnancia con tantos giros y regates, con tantas vueltas y revueltas, que parece un pecador al pié del confesonario temiendo esponer un crimen vergonzoso por el cual su confesor le ha de negar la absolucion. Y como si supiese que entre los sacerdotes que ha de atraer á sus miras, los hay que son verdaderamente dignos de su sublime mision, y otros que solo aspiran como sibaritas á dormirse al blando arrullo de terrenales goces, halaga á unos y á otros, no descuidando jamas al hablar de la decencia del culto hablar tambien de la subsistencia del clero, y presentar bajo un solo punto de vista los intereses de Dios y los de sus ministros. Levanta poco á poco el manto de la religion con que viste sus pasiones políticas, y despues de

mucho tiempo, cuando las ha desnudado enteramente, cuando ha apurado toda la ascética fraseología con que las disfrazaba, arroja lejos de sí el sagrado manto, y él mismo deja de ser un sacerdote; es un folletista rabioso, es un tribuno callejero, es un hombre como cualquier otro, sin sotana, sin manteo, sin solideo, sin ningun distintivo clerical; se presenta á la lucha desnudo como un Alcides; manosea, atropella, abruma á sus adversarios políticos bajo el peso de cien dicterios; les llama ateos, les hace responsables de todos los males de la iglesia, y no contento con indicar á los curas de su provincia el partido político cuyo triunfo electoral han de procurar á toda costa, les señala los candidatos que han de representar la nacion, y les exhorta implícitamente no solo á que les den su voto como ciudadanos, sino á que egerzan su divino influjo sobre las conciencias para que les voten tambien sus feligreses.

¿Y de qué hombres y de qué partido se constituyó abogado y ciego defensor el gobernador del arzobispado de Sevilla? De un partido que cuenta en sus filas mayor número que ningun otro de los hombres que se hallan en posesion de los bienes llamados del clero; de un partido que tenia en sus manos las riendas del gobierno cuando una turba desbocada las rompió y profanó con sangre las aras de los altares; de un partido que abriga en su seno muchos de los que á dos manos aplaudian el incendio

de las iglesias, el asesinato de sus ministros y todas aquellas escenas desgarradoras, todos aquellos escesos sacrilegos que tanto repugnan á los hombres de bien, y de que ningun partido quiere ser cómplice porque á todos les pesan demasiado. ¿Será preciso que al esponer simplemente hechos de todo el mundo conocidos tengamos que citar nombres propios?

Ese eclesiástico que de un modo tan virulento acrimina á todo un partido acusándole de impio, ese que tanto se lamenta del miserable estado á que redujo al clero la revolucion, no es uno de esos infelices curas, llenos de harapos, casi descalzos, que á menudo carecen de lo indispensable para conservar su existencia, no; es un hombre que debia á la revolucion la dignidad de dean y á la reina el consentimiento de administrar la diócesis; ese hombre que habla de la pobreza del clero es uno que en union de los demas canónigos, mientras las iglesias y sus ministros estaban casi pereciendo, podia lucir magnífica carroza y nutrirse en mesa opipara con los mas esquisitos manjares. ¡Cuánto pudiera decirse acerca de la conducta anómala de D. Nicolas Maestre y acerca de la de otros muchos que con su mentido celo, exagerado fervor y resistencia tenaz á todas las innovaciones introducidas en Europa por el espíritu de civilizacion de la época han creado mas ateos que todas las máximas volterianas y doctrinas de los enciclopedistas de siglo XVIII!

Asi lo ha conocido sin duda el sabio Pio IX,

cuya subida al solio de la cristiandad es el suceso mas capital que se presenta á la meditacion del filósofo que mide la importancia de los acontecimientos por la estension del círculo en que egercen su influencia y por la duracion de sus efectos en los destinos de la humanidad. La influencia de la conducta del Papa es grande como el mundo cristiano; va lejos, mucho mas lejos que el espíritu de los conquistadores armados, mas lejos que el impulso mercantil de la Inglaterra, que la hace en todas partes árbitra de la guerra y de la paz, llega á todos los paises y penetra en todos los puntos donde hay una conciencia ilustrada y donde hay una conciencia que quiera ilustrarse. Con papas como Pio IX, Roma empuña de nuevo el cetro del universo, y es mas reina del mundo que en tiempo de los Césares. Y esta influencia tan inmensa es al mismo tiempo la mas duradera, porque se egerce sobre una vida que no muere, sobre la vida de la humanidad y no sobre la del hombre, y se graba en la tierra con caractéres que vienen del cielo. Esta influencia, cuando no busca su apoyo mas que en el Evangelio, es eterna como el Evangelio, como esta palabra de Dios que resonará hasta la consumacion de los siglos cada dia mas pura, cada dia mas celestial, porque cada dia la ilustracion progresiva de la humanidad irá arrancando una de las hojas con que los depositarios de este libro divino tuvieron la osadía de adicionarlo y de alterar su santo testo.

No hubiera el clero perdido su prestigio si, como Fenelon, hubiesen sus individuos profesado todos constantemente la religion del Evangelio, cuyo espíritu general es todo amor, todo indulgencia, todo benevolencia y perdon. Oid á Pio IX que habla en Roma como Jesucristo en la montaña, y dice como Jesucrito cuando rectificaba la Biblia en que Moises consagró la venganza: «Está escrito: amareis á vuestro prójimo y odiareis á vuestro enemigo. Y yo os digo: Haced bien á los que os odian: rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de que seais dignos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol para los buenos y para los malos y llover sobre los justos y sobre los injustos.»

El Evangelio salió perfecto de los labios de Jesucristo; pero cada época al pasar imprimió en él la huella de su paso, y todo el afan de la humanidad, este vértigo de libertad que se ha apoderado de los pueblos, tiende solo á borrar del Evangelio estas impresiones de las épocas. Y los pueblos hacen esto sin saberlo, instrumentos ciegos de la Providencia, la cual conduce á la purificacion de su obra hasta á los mismos que no creen en ella. Cuando el pueblo pide libertad, no sabe que pide religion; los que se han servido de esta para oprimirle se la han presentado siempre reñida con aquella. Y el resultado de este divorcio que le han hecho creer que existia entre la religion y la libertad ha sido este funesto

antagonismo que observamos de las ideas políticas y religiosas, las cuales, solo marchando de acuerdo y apoyándose mutuamente, pueden hacer la felicidad de los hombres.

La religion tiene sus fanáticos, y tambien la libertad tiene los suyos. Estos últimos son cada dia mas numerosos, y no pudiendo conciliar sus creencias con las ideas falsas que el interes de algunos esplotadores como Maestre les han imbuido acerca de la religion han acabado por hacerse ateos. Todos los eclesiásticos deberian seguir las huellas del actual Sumo Pontifice, el cual, dotado de una inteligencia poderosa y de una santa intencion mas poderosa aun que su inteligencia, ha conocido los grandes males que amenazaban á la iglesia, y para conjurarlos ha seguido una conducta distinta de la de sus predecesores, ha procurado conciliar con los de la iglesia los intereses de la humanidad, y nos presenta la religion puesta de acuerdo con el espíritu del siglo. Pio IX dará muchos apóstoles á la libertad, pero dará tambien muchos apóstoles á Jesucristo.

DON LUIS MANRESA.

O hay ciencia infusa, ó se puede ser gefe político sin tener ciencia, ó D. Luis Manresa no puede ser gefe político. Que no hay ciencia infusa es una cosa sabida hasta de los estudiantes que estudian el primer año de filosofía, y si D. Luis Manresa no la sabe es porque D. Luis Manresa ni el primer año de filosofía ha estudiado; por lo demas que no hay ciencia infusa es un axioma conocido de cualquiera que haya saludado la psicologia, la fisiologia, la metafísica ó tan siquiera la lógica; es un principio que se deriva inmediatamente como su primer corolario de aquel otro que dice: *Nihil datur in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* Esto tampoco lo entiende D. Luis Manresa, porque está en latin y D. Luis Manresa no ha estudiado latin.

Que sin tener ciencia no se puede ser gefe político es una verdad que se le alcanza á cualquiera que se haya hecho cargo de los graves negocios que pesan sobre el que tiene á su cuidado el buen órden de una provincia. Apenas en la larga serie de los conocimientos humanos se encuentra uno á que un gefe político pueda ser ageno sin esponerse á dar una pifia que le desacredite á él y al ministro que le ha nombrado.

Sentado que no hay ciencia infusa y que no se puede ser gefe político sin tener ciencia, es evidente que D. Luis Manresa no puede ser gefe político. Puede tener un nombramiento de gefe político y el sueldo y las consideraciones de tal, pero no cumplir debidamente las funciones que á un gefe político corresponden, y hé aqui lo que llamamos no poder ser gefe político. Vamos á ser lógicos y mas que lógicos; vamos á ser escolásticos. Vamos á probar, ciñéndonos á las rigurosas formas que imponen las escuelas, que D. Luis Manresa no puede ser gefe político.

No hay ciencia infusa; luego para saber es preciso estudiar.

Se nos ha de conceder el antecedente porque es un axioma, y si se nos concede el antecedente del entimema se nos ha de conceder su consecuente, el cual, una vez concedido, nos servirá de premisa del siguiente silogismo:

Para saber es preciso estudiar; *sed sic est* que

D. Luis Manresa no ha estudiado; luego D. Luis Manresa no sabe.

La mayor no puede negársenos, porque es el consecuente ya concedido de la primera argumentacion. Se nos negará la menor, la cual no necesita probarse, pues no hay nadie, absolutamente nadie que conozca á Manresa desde su infancia, que no sepa que el tocayo del redactor del *Guirigay* en su vida ha hecho mas que leer novelas, que nada ha estudiado de administracion, nada de economía política, nada tan siquiera de las ciencias llamadas auxiliares. Ni mal literato puede llamarse, porque no es literato bueno ni malo. Todos sus trabajos literarios se reducen á la traduccion en prosa de un drama frances, la cual ni de gramático le acredita, pues recordamos que el Sr. Manresa habla en ella de *coger flores á los matorrales* y no en los matorrales, amen de otras muchas cositas por el estilo que degüellan hasta el sentido comun. Traduce *chateau* castillo, sin duda por ser esta su primera acepcion en el diccionario, debiendo haber traducido palacio puesto que se habla de la morada del señor de un feudo. El ser la obra única del Sr. Manresa una mala traduccion, no impidió que los progresistas de Murcia, que cuando se dió la comedia eran sus admiradores, se desgañitasen llamando al autor á las tablas, lo que no se verificó por la sencilla razon de hallarse el autor en Paris. Los entusiastas confundian al autor con el traductor, y cuando una alma caritativa les

hizo ver la diferencia que hay de uno á otro, prorumpieron en gritos descompasados *¡que salga el traductor!* No sabemos si D. Luis tuvo el suficiente desparpajo para salir á las tablas á recoger los aplausos de un público obstupefacto. Tal fué el primero y último paso que dió Luis Manresa en la carrera de las letras; tal el prestigio con que se presentó á rivalizar en gloria con Breton y con Zorrilla. ¡Loado sea Dios! La Providencia tiene arcanos que un débil mortal no alcanza á comprender.

La argumentacion es recta. Concedida la mayor y probada la menor, se ha de conceder la consecuencia.

Ergo D. Luis Manresa no sabe. *Concedo consecuentiam.*

Ahora la ilacion será lógica diciendo:

Para ser gefe político se necesita saber; es así que D. Luis Manresa no sabe; luego D. Luis Manresa no puede ser gefe político. *Concedo totum;* no hay remedio. La consecuencia se desprende lógicamente de premisas ya concedidas.

Siendo verdaderas las premisas, la consecuencia es tambien verdadera siendo recta, y la consecuencia es recta. Ni el mismo Arrazola hallaria un *distingo consecuens* porque con un *per te* y un *ergo ruunt omnia dicta* le pondríamos en forma á la primera argumentacion.

Tenemos pues que D. Luis Manresa no puede ser gefe político. Pero si no puede serlo, ¿cómo ha ob-

tenido el nombramiento de tal? Cosas de España. Tambien Espartero obtuvo el grado de doctor *in utroque*.

Pero bien ó mal todas las cosas se esplican, y bien ó mal nos obligamos á esplicar la elevacion de D. Luis Manresa. Examinémosle desde que empezó á meter ruido en nuestro carnaval político.

Desde 1835 á 1840 D. Luis Manresa fué progresista ¡pero qué modo de ser progresista! Era uno de los caciques del partido progresista de Murcia. Iba siempre delante de todos los que iban delante. Ese hombre se va á estrellar, decian los que le veian desbocado atropellando cuanto le salia al encuentro. ¡Qué rapidez de marcha! Aquello no era andar, era correr; no era correr, era volar; era mas que volar, era una cosa que no puede espresarse; ni una bala rasa le hubiera alcanzado. Bien hubieran querido los progresistas de Murcia recompensar á un rapidista tan rápido, pero tropezaron con el inconveniente de que tan rápido rapidista no servia para maldita de Dios la cosa. Haciéndole mucho favor le proporcionaron un cachito de turron en la secretaría del ayuntamiento de Murcia, de la cual fué nombrado oficial con un corto sueldo.

El caso es á un hombre como Manresa hacerle tomar posicion, darle un punto de partida cualquiera; lo demas corre por su cuenta. El que se propone subir sube, con tal que acierte á poner el pié en el primer peldaño de la escalera.

A consecuencia de las persecuciones con que el gefe político Foronda abrumaba á los liberales de Murcia, la mayor parte de estos emigraron y regresaron á la ciudad en el año 40, cuando las circunstancias se presentaron favorables á su partido. A pesar de que los emigrados entraron en la ciudad de una manera hostil y parecian dispuestos á satisfacer sus resentimientos, cuando llegó la ocasion en que podian hacerlo á mansalva, obedecieron esclusivamente los impulsos de su generosidad. Solo Manresa y otros dos ó tres como él se dejaron arrastrar por un insaciable deseo de venganza. El mismo Sr. Foronda sabe muy bien cuales fueron los que desde un balcon de la fonda de la plaza de San Leandro atentaron contra su vida. Al conocimiento que tiene de este hecho debe D. Luis Manresa el no haber sido admitido por secretario de la gefatura política de Zaragoza bajo la dominacion de los mismos que tan frenético combatió en otro tiempo, hallándose de gefe político en la capital de Aragon el mismo Sr. Foronda. ¿Pues qué? ¿al Sr. Foronda se le habia de olvidar tan pronto la plaza de San Leandro? No, estas cosas no se olvidan, como no se olvida tampoco quienes fueron los que en Murcia blandieron la tea y el puñal contra los frailes y se mancharon en el sacrilegio, en el robo y en el asesinato. Hay muchos nombres y muchas cosas escritas en el libro verde. No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Los que han cometido crímenes

pueden en buen hora hacerse moderados, pueden en buen hora hacerse absolutistas; la apostasia no será suficiente para borrar los recuerdos de su pasada conducta, y tal vez por un cálculo providencial contribuirán ellos mismos á entronizar á los vengadores que les han de hacer espiar sus estravíos. Esas son reflexiones generales que no las aplicamos á nadie, son avisos amistosos de que cada cual hará el caso que mejor le parezca; de todos modos ninguno deben hacer los que habiendo atravesado como nosotros tantas crísis borrascosas y tantos periodos sangrientos, tienen como nosotros la alta honra de no haber cometido un crímen ni una accion fea. Tenemos la satisfaccion de no haber hecho verter mas lágrimas que las que las persecuciones que hemos sufrido han costado á nuestros deudos y á nuestros amigos. Nunca hemos sido perseguidores.

El rápido progresista Manresa, que con tanta velocidad marchaba al parecer á la conquista de la libertad, dejó á todos sus correligionarios haciéndose cruces cuando estos vieron que no era libertad lo que buscaba sino turron, turron y siempre turron, y que era capaz para alcanzarlo de cualquier cosa, capaz hasta de asociarse á los mismos que combatia. Constituida en 1840 la junta de gobierno de Murcia, él que habia alborotado tanto, él que habia traducido una comedia, se consideró con los suficientes títulos de inteligencia y patriotismo para

aspirar á la secretaría de la gefatura. No dió importancia la junta á sus eminentes servicios y relevantes méritos, y desoyó sus pretensiones. «¡Cómo se entiende! diria Manresa, ¡á mí que he alborotado tanto y que he leido tantas novelas y que aunque mal he traducido un drama del frances, se me niega lo que pido siendo mi peticion tan modesta! ¿Pido acaso ser regente del reino? Si no pido mas que una secretaría de gefatura política, ¿qué motivos hay para que se me niegue? Nada, nada; se me ha herido en el amor propio y las heridas en el amor propio no se cierran jamas. ¡Guerra eterna al que no me dé turron! Yo, dígase lo que se quiera, soy un grande hombre, he leido muchas novelas, he traducido un drama. ¡Y no se me concede una secretaría! ¡Injusticia! ¡Horrible injusticia! ¡Quién me compra que me vendo! ¡Por un cacho de turron me vendo hasta á los tártaros! Ya sabrán los progresistas lo que han perdido. Luis me llamo, Luis como Luis Felipe, Luis como Luis Gonzalez Brabo. Los progresistas se acordarán de los Luises... ¡Quién me compra que me vendo!» Y por de pronto nadie le quiso comprar... ¡Vale tan poco!

No hallando puesto en ningun partido de los existentes, trató de formar con los turroneros descontentos un partido nuevo, y lo formó en realidad, pero era un partido tan pequeño que cuando se hallaba en su mayor grado de desarrollo cabia todo entero en una botica, que es donde los *apóstoles de la*

nueva fé celebraban sus reuniones, por cuyo motivo se les designó con el apodo de *boticarios*. Todos los boticarios, como es consiguiente, se coligaron con los moderados para abrirse camino entre ellos, y en Murcia se pronunciaron á favor del ministerio Lopez. A la sazon Manresa se hallaba en Madrid, que es el Océano donde desaguan todos los pretendientes como otros tantos rios y el gran depósito de turron desde donde se distribuye á las provincias esta deliciosísima sustancia. Mientras duró el pronunciamento se conservó á la capa, dispuesto sin duda á entrar en el reparto del botin cualquiera que hubiese sido el vencedor. Resuelta la cuestion á favor de los coligados, y cuando ya no habia ningun peligro, se presentó en Murcia donde (¡loado sea Dios!) alcanzó de los coligados la apetecida secretaría que le negaron sus correligionarios antiguos. ¿Pues qué? ¿Creian los progresistas que un hombre como Manresa necesitaba de ellos para llegar á ser lo que es? El mérito y la virtud se hacen camino en todas partes, y la fuerza del genio abre cien puertas por cada una que la ingratitud cierra.

Necesario es que repitamos lo que hablando de Juan Mateo hemos dicho de este ex-presidario del canal de Castilla, lo que hablando de Guerra hemos dicho del famoso ex-boticario del cabecilla Cabrera; necesario es que repitamos que un hombre de bien encuentra proteccion en todas partes. Hallándose Manresa en Murcia de secretario contrajo relaciones

asaz intimas con Ros de Olano, que era á la sazon gefe politico de aquella provincia y es en la actualidad ministro de instruccion pública. Como se ve, se agarró Manresa de buenas aldabas; nunca se han visto un protector y un protegido tan dignos el uno del otro.

Pocos meses estuvo Manresa de secretario de la gefatura politica de Murcia. Fué nombrado para desempeñar igual cargo en la provincia de Zaragoza, y entonces fué cuando Foronda, que se hallaba allí de gefe político, tomando por un insulto que le hacia el gobierno el nombramiento del tocayo de Gonzalez Brabo, se quejó amargamente y procuró impedir toda especie de roce con el que tan poco respeto tuvo á su persona en el año de 1840. El gobierno se hizo cargo de las razones en que Foronda fundaba sus quejas y anuló el nombramiento de D. Luis. ¡Pobre D. Luis! ¡De qué injusticias son víctimas los hombres! ¡Vaya con el Sr. Foronda! ¡qué sugeto tan rencoroso! ¡Irse á acordar despues de tanto tiempo de la plaza de San Leandro!

Mas no por esto consintió el gobierno que las grandes facultades del ilustre D. Luis fuesen á enmohecerse en el depósito de los cesantes. No era posible que un gobierno ilustrado y celoso del bien del pais, como todos los que se han sucedido en España desde el año 1843, dejase arrinconado á un hombre tan eminente sin utilizar su inmenso y profundo saber. D. Luis fué nombrado secretario del gobierno

político de Toledo, donde al poco tiempo le sorprendió, cuando menos lo pensaba, una fulminante cesantía. ¡Qué escándalo y qué horror! ¡dejar cesante á un hombre que habia leido tantas novelas!

Afortunadamente no le dieron tiempo á D. Luis para criar telarañas al dejarle reducido á la inaccion de la vida particular. No bien Pacheco ascendió al poder, D. Luis se presentó de nuevo en Madrid, y don Luis no hace jamas en vano un viage á la corte. D. Luis no viene jamas á la capital de España para pasear sino para ver á Ros de Olano. Nada le importan las grandes obras que se están haciendo en la plaza de la Constitucion, en la de Oriente, en Palacio y en el campo del Moro; es muy posible que se haya ido de la heróica villa sin haber visto la verja del Prado. Él viene á Madrid á pretender y no mas que á pretender. Todavía no ha oido hablar del gas de agua. Del ministerio á casa de Ros de Olano y de casa de Ros de Olano al ministerio: este es un camino que lo sabe de memoria y que podria andarlo dormido y á oscuras, sin tropezar, como un somnámbulo. Su Mecenas Ros de Olano le protegió, y le alcanzó el gobierno político de Logroño.

Ya tenemos á D. Luis Manresa gefe político. ¿Habia de ser menos generoso Ros de Olano con Manresa que D. Quijote con Sancho Panza? ¿Habia de faltarle á D. Luis una isla Barataria? D. Luis, que tiene el presentimiento de que todo á no tardar se lo ha de llevar el demonio y de que al dominio de los

moderados ha de suceder muy pronto el de los progresistas, quiso, por lo que pudiera tronar, en el partido de estos que antes fué el suyo crearse el apoyo de una influencia poderosa, y al efecto antes de ir á Logroño procuró captarse la voluntad de Olózaga por medio de un general muy conocido, aunque no por sus hechos de armas, cuyo nombre en este momento tenemos prohibido revelar. No se dirá que Manresa no es previsor. Ninguna mudanza política le cogerá desprevenido.

Despues fué nombrado gefe político de Gerona, con la condicion, segun se dice, de que habia de sacar á su Mecenas Ros de Olano diputado por aquella provincia, condicion que Manresa admitió, segun hemos oido, lo que prueba que Manresa y Ros de Olano saben tan bien como nosotros hasta qué punto es una verdad el sistema representativo. Confiar á un gefe político el triunfo de un candidato electoral es lo mismo que decir que las elecciones no las hacen los electores sino el gefe político. Y nótese que ni Ros de Olano ni Manresa tienen la mas mínima influencia en la provincia de Gerona, de lo que se deduce que Manresa para sacar diputado por Gerona á Ros de Olano no podia emplear otros medios que los que le daba su posicion de gefe político pues no tenia otros. Ros de Olano hubiera sido un candidato impuesto á los electores por la autoridad política, hubiera sido un diputado oficial, un representante del pais de real órden. Quiso Dios

ó quiso el demonio que antes de tomar posesion de su destino fuese nombrado D. Luis gefe político de Toledo, cuyo cargo desempeña en la actualidad. ¿Será que Ros de Olano haya concebido la idea desde que es ministro de salir diputado por Toledo? El tiempo no tardará en decirnoslo.

Concluyamos: D. Luis Manresa es gefe político, ¿y por qué ha de ser gefe político? Por la misma razon que un D. Alejandro Mayoli ha sido nombrado subdelegado. ¿Y por qué un D. Alejandro Mayoli ha sido nombrado subdelegado? Por la misma razon que, segun dicen, lo ha sido tambien un tal Manuel Ovilo Otero. Y decimos Manuel y no don Manuel, porque Manuel Ovilo Otero no tiene don. Es hijo de un artesano oscuro, lo que estamos muy lejos de creer que le denigre, pero el hijo de un artesano no ha heredado el don, y no lo tiene á no ser que él se lo adquiera. Manuel Ovilo no se lo ha adquirido, y como tampoco lo ha heredado, claro es que no lo tiene. No lo ha adquirido, porque para adquirirlo necesitaba tomar una carrera ó profesion que se lo diese, y él no tiene carrera ni profesion de ninguna especie. Él se titula escritor, pero este título es falso, pues Ovilo Otero jamas ha sabido escribir, y aunque supiese, no seria esto suficiente para que se llamase don. Pero dejémoselo en buen hora, que un don no vale la pena de disputárselo á nadie.

Volviendo á nuestro tema, repetimos que la misma razon hay para que Manresa sea gefe político

que para que Mayoli y Ovilo Otero sean subdelegados. Ya nos ocuparemos mas adelante de esas dos personillas, y verá el público hasta qué punto son acreedoras á figurar como autoridades. Asco, asco dá la situacion actual. El ministerio ha resuelto entregar la España al dominio de la ignorancia y de la inmoralidad. Todos los dias, cuando leemos en la *Gaceta* los nombramientos que parten de todos los ministerios, se nos figura que ha tenido lugar sin saberlo una nueva invasion de bárbaros. En un pais en que un Ovilo Otero llega á ser algo los caballos no deben consentir que se les monte, deben aspirar á ser ginetes. ¿Pero, Sr. Escosura, qué es lo que está pasando? ¿Y el programa? ¿Y aquello de atender al mérito prescindiendo de opiniones? Es una mentira doble, porque de las opiniones no prescinde V. E.; de lo que prescinde V. E. es del mérito. Y lo mismo hacen sus sapientísimos colegas. De estos no lo estrañamos como de V. E., porque al cabo ya sabemos que *similis similem querit y asinus asinum fricat.* Falte V. E. al programa en lo que atañe á las opiniones; ningun progresista merezca de V. E. recobrar el puesto que debió á sus servicios al trono constitucional y de que le arrojó la reaccion del año 43; ningun progresista sea colocado, ninguno, absolutamente ninguno; siga siendo la España patrimonio de una pandilla, pero no sirva la sustancia de los pueblos para nutrir la inmoralidad y la estupidez. Nómbrense no mas que moderados,

nómbrense no mas que absolutistas, pero moderados ó absolutistas, sean los agraciados hombres de inteligencia acreditada y de probidad reconocida. ¿Puede tacharse de tiránica nuestra exigencia?

Hombres que perteneceis á las distintas fracciones del partido que se calificó á sí mismo de supremo inteligente, calificacion que en la actualidad hasta á vosotros mismos os parece irónica, decid: ¿qué juicio os hubieran merecido los progresistas, á vosotros que habeis llamado á Espartero cobarde, á Lopez orador adocenado, á Lafuente escritor ramplon, qué juicio, decimos, os hubieran merecido los progresistas si durante su dominacion hubiesen nombrado gefe político á D. Luis Manresa? Ya sabemos que en España basta que un hombre sea escritor, ó por mejor decir basta que un hombre escriba y haga imprimir lo que escribe por detestable que sea, para que se le crea apto para todo, para que se le tenga por hombre de gobierno y por político profundo; haciendo comedias y novelas se llega á ser hasta ministro, tanto que hasta el mismo Escosura si es ministro lo debe, al menos en gran parte, á sus novelas y comedias. Pero Luis Manresa ni siquiera es un mal escritor, es no mas que un lector, puramente un lector. Y si ahora la damos en dar diplomas de hombres de gobierno no solo á los que componen novelas y comedias sino á los que las leen, bien pueden entresacarse los ministros y todos los funcionarios públicos de la masa comun de los espa-

ñoles sin distincion de sexos. Al cabo son muchas las mugeres que saben leer, y todas las que saben leer han leido muchas novelas y comedias. ¿Qué razon hay siendo gefe politico Manresa para que ellas no lleguen tambien á ser gefes políticos, habiendo contraido para serlo tantos méritos como Manresa? Mañana mismo vamos á leer de cabo á rabo las *Horas de Invierno* y las *Veladas de la Quinta*, y leidas que sean nos compramos la faja azul.

DON ALEJANDRO MAYOLI.

Que un moderado *progrese* y llegue á ser exaltado lo entiendo perfectamente: un hombre puede conocer que va mal por un camino y tomar el bueno; pero que un *exaltadísimo* se vuelva *moderadísimo*, esto no entra en mi cabeza.» En este sentido exaltadísimo se esplicaba el moderadísimo Mayoli cuando en el año de 1840, bajo el pseudónimo de *el bachiller Guindilla*, escribia folletines en un periódico progresista que se publicaba en Murcia con el título de *El amigo de los labradores y del pueblo*. En el mismo número del periódico de que hemos tomado las líneas que acabamos de transcribir se lee el siguiente parrafillo, que quiere ser la profesion de fe de los redactores: «Los redactores del AMIGO DEL PUEBLO necesitan de todos los amigos politicos para soste-

ner los principios que defienden; pero somos independientes, *nada ambicionamos, nada queremos.....*» El mismo bachiller Guindilla dice en otro número: «El que atenta contra la vida de los ciudadanos es un TRAIDOR: cualquiera que sea su categoria debe ser entregado á la ley.» Mas adelante añade: «Si viniera á verme un cierto sugeto, le diria: amigo, V. será mas inocente que Jesucristo, pero hasta que se aclare su inocencia no ponga los piés en mi casa; no quiero que diga el público que yo tengo conferencias con un hombre que se dice ser autor de un proyecto de asesinato. Esto diria yo al sugeto en cuestion si me titulase su amigo.—¿Y por quién dice V. eso, bachiller?—Ya me entenderá la persona por quien hablo.»

Los párrafos que acabamos de copiar, que pueden arder en un candil, son suficientes para juzgar y condenar al Sr. Mayoli, quien ningun motivo tendrá para calificar de injusto un fallo que no es nuestro sino suyo y muy suyo, y si de injusto lo calificase podríamos argüirle con otro parrafillo tambien suyo en que dice: «En esta mi tierra todos quieren *justicia* y ninguno por su casa.» Pero no dará lugar á la aplicacion del refran; se resignará con el fallo y sabrá contenerse sin replicar, porque, como él mismo dijo en otra ocasion, *no hay cosa que contenga tanto al hombre como la conviccion de que ha obrado mal. La vergüenza á veces no nos permite defendernos.*

Mas adelante el Sr. Mayoli escribió con muchos

esfuerzos para parecer gracioso, sin poderlo conseguir, la *fisiologia del revolucionario*, en la cual voluntariamente ó sin querer se copia á sí mismo y se pone á sí mismo tan en ridículo que se dá motivos para pedirse á sí mismo una satisfaccion. El título hubiera correspondido mejor á la obra si la hubiese titulado: *Un revolucionario pintado por sí mismo.*

Vamos á ver hasta qué punto la filosofía revolucionaria del Sr. Mayoli puede aplicarse á su conducta. Que un exaltadísimo se vuelva moderadísimo es una cosa que no entra en la cabeza del bachiller Guindilla, y sin embargo el bachiller Guindilla, que en el año 40 era mas exaltado que Abdon Terradas, desde el año 43 formó ostensiblemente en las filas de los moderados. Luego, una de tres: ó el bachiller Guindilla cuando se hacia el exaltadísimo no era exaltadísimo, ó ahora que se hace el moderadísimo no es moderadísimo, ó ya no debe parecerle imposible como en otro tiempo que se vuelva moderadísimo un exaltadísimo. Admitirá seguramente la última de estas tres proposiciones, de otra suerte sentaríamos el dilema en una forma que cualquiera que fuese la proposicion que admitiese le dejaria convicto de hombre de mala fé. Porque, en efecto, no queriendo confesar que le parezca hoy posible lo que le parecia imposible tres años atras, en lugar de dejarle escoger entre tres proposiciones no le dejaríamos escoger mas que entre dos, y di-

rianos: O el bachiller Guindilla cuando se hacia el exaltadísimo no era exaltadísimo, ó ahora que se hace el moderadísimo no es moderadísimo. Si dice que no era exaltadísimo cuando se hacia el exaltadísimo, evidentemente era entonces un hombre falaz; si conviene en que no es moderadísimo ahora que se hace el moderadísimo es un hombre falaz ahora. Nos es indiferente que elija una ú otra de estas dos proposiciones, pues en su esencia son las mismas, siendo la disparidad entre las dos puramente cronológica.

El Sr. Mayoli era redactor del AMIGO DEL PUEBLO, y los redactores del *Amigo del Pueblo* dijeron que nada ambicionaban, que nada querian. Sin embargo, la ambicion y solo la ambicion fué la que puso al señor Mayoli en desacuerdo con los progresistas. El Sr. Mayoli que nada queria se hizo moderado porque queria turron. Y en tanto queria turron que tiene turron, y nadie tiene turron que no lo quiera. El turron es una cosa demasiado sabrosa y demasiado pretendida para obligar á nadie á comerlo á la fuerza.

Es innecesario decir que Mayoli se coligó contra Espartero porque del gobierno de Espartero no consiguió todo lo que deseaba. En la liberticida coalicion de marras tomó una parte tan activa como se la permitian tomar sus escasas facultades. No puede ofrecer la España otra parodia tan raquítica como el *bachiller Guindilla* del raquítico folletinista

del *Guirigay*. El furioso demagogo del año 40, el que mas de una vez se introdujo en el sagrado de la vida privada para profanarlo, el que ninguna fe religiosa puede tener puesto que no tiene ninguna fe política, fué en Murcia el encargado de redactar una proclama dirigida al clero español para escitarle á tomar parte en el pronunciamiento contra la Regencia legal del duque de la Victoria. El despreciable apostatilla nos permitirá que corroboremos con algunas notas de nuestra cosecha su alocucion frailuna:

UNA VOZ AL CLERO ESPAÑOL.

«La nacion acaba de dar un fiel testimonio de su valor y de su hidalguía (1) levantándose en masa contra la inmoral pandilla que la tiranizaba y escarnecia (2). Los pueblos van sacudiendo el pesado é ignominioso yugo con que los ayacuchos quisieran sujetarlos, y el grito salvador de Patria, Reina, Independencia circula por todos los ámbitos de

(1) De su ceguedad, de su torpeza.

(2) Era en efecto una pandilla inmoral la que rodeaba á Espartero. Durante la regencia de este ni los padres de la patria robaban *cucharillas* ni en un abrir y cerrar de ojos se hacia un hombre millonario. Tan inmoral fué la pandilla que tiranizaba y escarnecia la nacion, que los que la componian cometieron el inaudito crímen de emigrar sin haber robado un cuarto.

España (1). El pais ha dado una dura leccion á sus opresores, y pueden convencerse los tiranos de la exactitud del dicho de Napoleon: «es libre el pueblo que quiere serlo (2).» En la lucha que hemos trabado están de nuestra parte la razon, la justicia y la conveniencia de todas las clases de la sociedad, al paso que el deshonor, la injusticia, la pérfida ingratitud se abrigan en las filas de nuestros contrarios (3).

«Y en esta tan interesante contienda, en que han tomado parte los hombres (4) de cuantos partidos políticos se conocian antes de formar la cruzada contra los traidores del Perú, vos, clero español, ¿habeis de permanecer espectador tranquilo, impasible (5)? ¿Mirareis friamente esta lucha, en que tanto vais á ganar ó á perder, sin poner nada de vuestra parte por conseguir el triunfo de la mejor de las causas (6)? ¡Oh! no es posible que el cle-

---

(1) Buen yugo sacudieron los pueblos sacudiendo el yugo de los ayacuchos. ¿Qué mas quisieran ellos que el yugo de aquella época?

(2) Para confirmar el dicho de Napoleon nada como el pronunciamiento de 43. El pueblo se empeñó en ser libre y se salió con la suya. ¡Cuán libre es el pueblo desde 1843! ¡Cuando Napoleon dice una cosa!

(3) Es claro. Y no fué leon el pintor.

(4) Y las bestias.

(5) Nada de eso. Embracen los curas el fusil, ciñanse la cañana, y á ellos que son pocos y cobardes.

(6) La causa del bachiller Guindilla.

ro español se mantenga neutral, indeciso en tan críticas circunstancias. Deberes sagrados tiene que cumplir y los cumplirá (1).

«Los hombres que componen el mal llamado gobierno de Madrid, son los cobardes y ambiciosos que perdieron nuestras Américas (2); son los viejos y pertinaces ateos que con sus aberraciones y teorías impracticables han destruido siempre nuestra libertad (3); son los ingratos reptiles que han envenenado el pecho de la Señora que les volvió á la vida abriéndoles las puertas de la patria, donde, pluguiera al cielo, no hubiesen entrado jamas (4); son los inmorales que han profanado nuestra santa religion, los incendiarios que han convertido en hogueras los templos del Señor (5), los asesinos que

---

(1) Pues si sabe V. eso, señor bachiller, está demas la proclama. ¡Qué flujo de proclamear!

(2) La mayor parte de los que formaban el gobierno en la época á que se refiere el bachiller no han estado en América, y Espartero lejos de contribuir á la emancipacion del Perú regó aquel suelo con su sangre y recogió en él los primeros laureles de su corona de gloria defendiendo la causa de la metrópoli. Cuando se dió la batalla de Ayacucho, en que perdimos aquellas inmensas posesiones, el hijo de Granátula se hallaba en Burdeos.

(3) El bachiller Guindilla la ha salvado.

(4) No todos los que componian el gobierno de Espartero debieron á Cristina su entrada en España, y los que se la debieron contribuyeron muy poderosamente á afianzar el trono de su Hija, único motivo que tuvo Cristina para abrirles las puertas de la patria.

(5) Cuidado con eso, que alguno puede citar nombres propios.

se han ensangrentado en los ministros del altar (1), los sibaritas que han sustentado su lujo y su molicie con los bienes de los religiosos, y que han robado sus dotes, su legítimo patrimonio á las vírgenes del claustro (2); son los que han abatido y abandonado al clero, los que le hacen gemir en la mas espantosa miseria, los que sueltan una risa satánica al contemplarle sumido en la mayor abyeccion (3). Estos son los gobernantes de Espartero.

« Este pueblo eminentemente católico se estremece, se horroriza al ver el lastimoso estado á que ha llegado la religion de sus padres bajo el dominio de los ayacuchos (4). Para que un pueblo sea verdaderamente libre necesita tener virtudes, y estas nacen de la religion, de la pura creencia (5). Estas virtudes, pues, esta creencia son las que vos, clero español, debeis fortificar si quereis salvarnos y salvaros. Tomad parte en el general combate (6),

---

(1) ¡Cuidado con eso!

(2) Demasiado sabe el clero quienes son los actuales poseedores de los bienes que se llamaban de la iglesia. En verdad que no son los ayacuchos.

(3) No conocemos á Satanás, y no sabemos de consiguiente qué especie de risa es la suya. ¿Al bachiller se le ha aparecido alguna vez?

(4) De lo que se estremece y se horroriza el pueblo es de ver tanto renegado y tanto pícaro que se alimenta de su sudor.

(5) Lo que necesita un pueblo para ser libre es que no haya Guindillas, bachilleres ni no bachilleres.

(6) ¿Y no se le repartieron cartuchos?

ayudadnos con vuestro siempre poderoso influjo á triunfar de los enemigos de la iglesia y del trono de Isabel (1). Vuestros esfuerzos no serán inútiles como no lo fueron en la gloriosa guerra de la Independencia, donde hicisteis ver al mundo que si el guerrero vence con sus armas, la conviccion religiosa le facilita el camino de la victoria. Entonces levantábais un estandarte y os seguia el pueblo entero á la pelea (2). Recordad tambien cuanto fué vuestro poder en las antiguas cruzadas contra los infieles, y tened presente que si fué justo y meritorio hacer la guerra á hombres que nacieron sin la luz de la verdadera religion, mas justo, mas meritorio debe ser hacerla á los seres corrompidos que habiendo nacido en el seno de la iglesia, desprecian sus sagrados ritos y ultrajan y vilipendian la cruz (3). Los ayacuchos, mas bien que los musulmanes merecen ser perseguidos, hostilizados, destruidos (4). Y no os escuseis diciendo que es de paz vuestra mi-

---

(1) Los amigos de la iglesia y del trono de Isabel son los que nos mandan ahora. Ya lo oiremos decir.

(2) La cuestion no puede ser mas análoga. No hay mas que una pequeña diferencia. En la época á que alude el bachiller el clero se levantó contra los franceses, y en el año 43 el bachiller le escitaba para que se levantase á su favor. La una era la guerra de la independencia y la otra la de la dependencia.

(3) En pocas palabras, es preciso restablecer la inquisicion para acabar con los ayacuchos.

(4) ¿Pues? lo dicho, la inquisicion.

sion sobre la tierra, no; el mismo J. C. os manda defender la ley á costa de vuestra propia vida (1).

« ¡Sabios y virtuosos sacerdotes! la hora ha sonado de que caiga reducido á pavesas el edificio de traicion y ateismo que han levantado esos hombres obcecados por Satanás (2); la hora ha sonado de que recupereis el decoro y la dignidad que mereceis y de que os despojára esa pandilla inicua. Yo, el mas despreciable de los hombres (3), yo os conjuro en nombre de Dios á que defendais su causa, porque mas de una vez el Rey de los Reyes se ha valido de un ruin insecto para comunicar al mundo sus decretos (4). Si, clero español, no debeis titubear un momento; la decision es la victoria, la duda es la muerte. Por un lado se os presenta el envilecimiento, la persecucion, el cisma, y sino ved como ha tratado al Santo Padre el ignorante cuanto osado gobierno de Espartero; por otra parte se vislumbra un

---

(1) Pone nada mas que las iniciales de Jesucristo y hace bien. No se ha atrevido á nombrar con todas las letras al Redentor del mundo, al calumniarle hasta el punto de decir que quiere que sus ministros truequen en mision de esterminio su mision de paz.

(2) Y dale con Satanás. Sabe el bachiller todo lo que Satanás hace y hasta de qué modo se rie. ¿Si habrán sido condiscípulos?

(3) *Nosce te ipsum.* Asi nos gustan los hombres, que se conozcan y que sean francos.

(4) El ruin insecto es el bachiller Guindilla. Repitámoslo: *nosce te ipsum.*

porvenir de ventura para la nacion y de lustre para la iglesia y sus ministros (1): optad.»

Estúpido seria en grado heróico y superlativo el club que confió al bachiller Guindilla un trabajo de esta naturaleza, no solo porque un trabajo de esta naturaleza bastaba que fuese obra de un renegado para que quedase desvirtuado con solo traslucirse el nombre del autor, sino que tambien porque un trabajo de esta naturaleza reclamaba mucho tino, mucho criterio, mucha madurez, y no podia de consiguiente producirlo un escritorcillo de chicha y nabo acostumbrado solamente á hacer poesías amorosas que dan gana de aborrecer, y parrafillos sueltos mas notables por su cinismo que por su gracia. Pero ya se ve, el club de Murcia no tendria otro escritor á mano, y *necesitas caret lege*, lo que traducido en castellano equivale á decir: Trabajo tiene la zorra cuando anda á grillos.

A la alocucion sigue una nota tan chusca como la alocucion misma. Es la siguiente: «Se suplica á nuestros hermanos de las provincias pronunciadas reimpriman esta hoja, en obsequio al santo fin que nos proponemos.»

El fin que se proponia Mayoli ya sabemos cual es. Desde el año 43 acá ha mamado tanta leche de la madre patria que milagro será que no le dé una indigestion. Seria lástima que se malograse un mucha-

(1) Y de turron para el bachiller Guindilla.

cho de tanto provecho. ¡Qué criatura tan hambrienta! no piensa mas que en mamar. Leche pide en prosa y leche pide en verso. Sí, amados suscritores, el picarillo tambien hace versos. Sabe contar hasta á ocho y hasta á once tan bien como el mismo Zorrilla. Díganlo sino unas líneas iguales que dirigió á este, las cuales miradas á cierta distancia que no se puedan leer parecen una poesía como pudieran parecerlo si las hubiese escrito el mismo Quintana ó el mismo fray Luis de Leon. Vamos á examinar unas cuantas estrofas que revelan el prodigioso númen del incomparable bachiller.

La composicion, como decimos, está dedicada á D. José Zorrilla, á quien el bachiller Guindilla llama su amigo. « A mi amigo D. José Zorrilla.» Necesitamos para creer que Zorrilla es amigo del bachiller, que el mismo Zorrilla nos lo diga, de otra suerte no podemos convencernos de semejante amistad. Si Zorrilla fuese amigo del bachiller le hubiera aconsejado que no hiciese versos, y sobre todo le hubiera exigido que no se los dedicase. Bien es verdad que el bachiller conoce que le ofende con sus graznidos (calificacion que da él mismo á sus versos), y empieza pidiéndole perdon en esta forma:

«Perdon, perdon, poeta venturoso,
Perdona á un hombre de entusiasmo lleno,
Que rastreando oscuro sobre el cieno
Quiere hasta tí su acento levantar;

Quiere subir á tu region divina,
É iluso no conoce en su osadía,
Que el que al sol mira atento en claro dia
El mismo sol le viene á deslumbrar. »

¿Puede darse una prosa asonantada mas rastrera? Y eso que cuando el bachiller Guindilla la escribia estaba, como él dice, lleno de entusiasmo. No hay un solo verso que no sea peor que una mala prosa. Bien es verdad que el señor bachiller, lo mismo cuando escribe en prosa que cuando escribe en verso, tiene la conciencia de su nulidad, y confiesa lo poco que cree valer con una franqueza que le honra. En LA VOZ AL CLERO se reconoce *el mas despreciable de los hombres*, tal vez porque no se le ha ocurrido decir el mas despreciable de los animales; en las líneas que dedica á Zorrilla dice que rastrea oscuro *sobre* el cieno. El *sobre* es un galicismo como cualquier otro. La estrofa carece de poesía, está llena de vulgaridades, tiene malos versos y una que otra falta de sintáxis. De la falta de poesía nada diremos, porque nada podemos decir de una cosa que falta. La imágen del deslumbramiento producido por el sol es mas que una vulgaridad, es mas que un plagio, es una metáfora de chiquillo tan gastada que ya no se sirve de ella ningun estudiante de gramática. Pero al menos le hubiese dado alguna novedad en la forma ó en la aplicacion. Nada de eso; la usa como el primero que la usó, de

una manera antidiluviana. Los versos son malos: *Quiere hasta ti su acento levantar* es un verso que para tenerlo por tal es menester hacerse la ilusion de que lo es y leerlo como si lo fuese. Tiene dos sinalefas que no le dejan correr por mas que se le empuje. Pero en fin otros versos hay peores, dirá Guindilla en su defensa, peores versos son los que tienen cuatro como el siguiente: *Que el que al sol mira atento en claro dia.* Este verso á mas de cuatro sinalefas tiene seis monosílabos, y á mas de seis monosílabos una falta de sintáxis. *Que* EL *que al sol mira atento en claro dia El mismo sol le viene á deslumbrar.* Un gramático dice que el sol deslumbra *al* que le mira y no *el* que le mira, porque si semejante construccion fuese lícita produciria una anfibologia ininteligible, y no sabriamos cual es el deslumbrado si el objeto ó el que mira al objeto.

El señor bachiller empieza con mayúscula todos los versos, á pesar de que esta práctica, proscrita casi completamente por la razon, ha caido en desuso. Pero el señor bachiller no puede adoptar una innovacion que le perjudicaria, pues no empezándolos con mayúscula, ni él mismo conoceria si sus versos son verso ó prosa.

Acaso el señor bachiller sea desgraciado en los endecasílabos y en los octosílabos sea feliz. Veamos. La entonacion de Quintana puede estar vedada á un gran poeta sin por eso dejar de ser grande.

Y como la mariposa
Ansiosa revolotea
En torno de roja tea,
Y en ella viene á espirar.
Yo vacilante me acerco
A tí, trovador divino,
Aunque en mi mente imagino
Que tu luz me ha de quemar.

¡Qué imágen tan nueva la de la mariposa que revolotea ansiosa en torno de roja tea y *en ella viene á espirar!* ¡Y qué magnífico este último verso con su sinalefa doble que devora la mitad de los vocablos! ¿Puede darse una cosa mas bella que *imaginar en la mente?* ¿Y Zorrilla quemando al bachiller, cometiendo en el siglo XIX un auto de fe, no es una maravilla como la del toro de la fábula que echaba fuego por la boca y las narices?

«Y si verdad es tal vez
Que cuanto la tierra encierra
Ha descendido á la tierra
Con un fin particular;»

La primera estrofa que hemos citado es mas prosaica que la prosa, y estos cuatro versos últimos son mas prosaicos que la primera estrofa. Adelante.

«No hay duda que tú viniste
Con ese ingenio profundo
A cantar versos al mundo,
Yo tus versos á admirar.»

¡Ojalá, ya que el bachiller ha venido al mundo á admirar los versos de Zorrilla, se contentase con admirarlos y no los celebrase! ¡Ojalá no se ocupase mas que en admirar los versos de Zorrilla, y no en adicionar con su nombre el catálogo de los tránsfugas y de los esplotadores del pueblo! Si, como supone, es un hombre predestinado como todos los grandes hombres, cumpla la mision que le ha confiado la Providencia, y no se meta en libros de caballería. La mision no deja de ser importante, y en realidad es muy digno del Autor de todas las cosas el fin que se ha propuesto creando al bachiller Guindilla nada mas que para admirar los versos de un poeta. Si Zorrilla no hubiese nacido, tampoco hubiese nacido el bachiller Guindilla. A otra estrofa:

«Déjame tambien que cante
Aunque con ronco graznido,
Pues de mi empeño atrevido
Has de aprovecharte tú;»

¡Oiga! ¿si querrá decir con esto el bachiller que Zorrilla le tomará por modelo? No, lo que quiere

decir lo esplica perfectamente en los cuatro magníficos versos que siguen:

«Que sin el torpe mochuelo
El ruiseñor no luciera,
Ni el tisú apreciado fuera
si todo fuera tisú. »

¿Qué le hemos de decir á un hombre que él mismo confiesa que grazna y se trata de torpe y de mochuelo? Darle la razon y nada mas para que no se incomode. ¡Somos tan enemigos de armar camorra y de desvanecer las ilusiones de nadie! Con todo, Zorrilla no debe quedar muy agradecido á los elogios de su amigo el bachiller, pues si bien se medita, en la estrofa que antecede le dice que en la tierra de los ciegos el que tiene un ojo es rey. *¡Que sin el torpe mochuelo el ruiseñor no luciera!* ¡Qué barbaridad tan bárbaramente dicha! El ruiseñor no luciera porque el ruiseñor no luce, pero su canto seria armonioso aunque no hubiese un mochuelo á 20 leguas á la redonda. Y prosigue el bachiller ó el mochuelo, como él mismo se llama, pues el que se pone motes suele quedarse con ellos:

«Yo tambien tengo pesares,»

¡Pobrecito! le habrán quitado el empleo.

« Tambien he llorado y lloro. »

Y hace santísimamente. Quien no llora no mama. Pero ¡qué diablos! ¡puede todavía llorar por lo que queda! ¿No le han hecho subdelegado?

« Tambien á una bella adoro
Que se complace en mi mal. »

¡Pícara! ¿No sabe que está espresamente prohibido por el decálogo alegrarse del mal del prógimo?

« Ya no hallo en el mundo goces,
Ni contento, ni alegría »

Ni placer, ni gozo, ni júbilo, ni deleites... ¡Echa sinónimos!

« Mas es tu dulce armonía
Mi bálsamo celestial. »

¡Lástima que este bálsamo no se venda en la botica de Bañares ó en la del doctor Simon!

« Porque adunar has sabido
De Quevedo la afluencia,
Y de Ercilla la cadencia,
El genio de Calderon. »

¡Qué bien caracterizados están por el bachiller los tres grandes poetas! Se conoce que está muy versado en la lectura de nuestros escritores de la época del renacimiento. Hasta ahora á Quevedo no se le habia caracterizado por su afluencia, sino por su agudeza, por la novedad de sus imágenes y hasta sublimidad de sus conceptos. Tampoco los versos de Ercilla tienen cadencia sino entonacion que no es lo mismo. Y eso de genio, que es el atributo con que trata el bachiller de calificar al inmortal Calderon, es una cosa demasiado vaga, pues lo mismo que á Calderon puede aplicarse á Quevedo y á Ercilla y á todos los grandes poetas. La hipérbole la perdonamos como Zorrilla no la haya tomado por una pulla. El hombre mas grande del mundo y que mas tuviese la conciencia de lo que vale, creeria que se burlan de él si le dijesen que ha logrado reunir él solo las grandes dotes que distinguen á Quevedo, á Ercilla y á Calderon.

« Tienes una alma de fuego
Aunque dolorida y mustia,
Que sabe pintar la angustia
Y hablarnos al corazon. »

En la estrofa anterior dice que Zorrilla es con su armonía el bálsamo de sus penas; en esta dice que tiene una alma dolorida y que sabe pintar la angustia. Hé aquí como sin pensarlo ha descubierto el bachiller la homeopatía de los sentimientos. Por lo

demas, los cuatro últimos versos que hemos citado son malos porque no son buenos, pues en materia de versos basta que una cosa no sea buena para que sea mala. No hay versos medianos ó regulares.

«Canta, poeta, en la historia
Haz que se escuche tu voz,
Perpetúa tu memoria,
Y hácia el templo de la gloria
Marcha con paso veloz.»

Verso en prosa.

«Pues tu talento te abona,
Se tú de mi patria el sol,
Que si hoy de tí no blasona,
Algun dia una corona
Te dará el pueblo español.»

Prosa en verso.

«Recuerda nuestros blasones,
Nuestras hazañas guerreras,
Nuestros invictos varones,
Nuestros fuertes torreones
Y nuestras glorias primeras.»

¡Qué variedad! ¡qué facundia! ¡qué riqueza! ¡Qué novedad hasta en los consonantes! ¡Cuántas

dificultades vencidas! Parece que en esta quintilla debió haberse agotado todo su ingenio, y sin embargo véase la siguiente que no es menos conceptuosa y nutrida de ideas:

« Pinta la aurora al nacer
Y el sol en el occidente,
Pinta la lluvia al caer,
Y del rayo refulgente
El tremebundo poder.»

¡Qué imaginacion tan vasta! Todo lo abarca, todo. Blasones, hazañas, torreones, varones, glorias, aurora, sol, lluvia, rayo...! ¡cuántas cosas en tan pocas palabras! Victor Hugo elevado al cubo, hé aquí el bachiller Guindilla.

« Canta en lágrimas deshecho
De tu fortuna el rigor,
Tus celos y tu despecho,
Y como late ese pecho
Por la prenda de tu amor.»

¿Y si á Zorrilla no le dá la gana de cantar lo que el bachiller le dice? ¡Cuidado que es mucha exigencia la del señor bachiller! No solo quiere que Zorrilla cante, sino que cante deshecho en lágrimas y que cante el rigor de su fortuna. ¡Al cabo si quien se lo pide fuese un editor!

Concluye el bachiller Guindilla su prosa en verso repitiendo una de las quintillas:

«Canta, poeta, en la historia
Haz que se escuche tu voz,
Perpetúa tu memoria,
Por la senda de la gloria
Marcha con paso veloz.»

¡Con paso veloz, Zorrilla, si no quieres que en la senda de la gloria el bachiller te gane la delantera! ¡Vaya una quintilla digna de repetirse! Es una de aquellas cosas que no se cansa uno de oirlas.

Con intencion hemos copiado integra una poesia del bachiller Guindila para que no se diga que le juzgamos por los lunares prescindiendo de las bellezas. No es un verso malo ni una estrofa mala lo que hemos sometido al criterio del público, sino una procesion de estrofas y de versos que son todos á cual peores. ¿Será acaso que la especialidad á que se siente llamado por su genio el bachiller Guindilla no sea el género lírico? Si no temiésemos hacernos pesados transcribiriamos unas octavas que compuso para celebrar el pronunciamiento liberticida de 1843, y se veria que es tan prosaico y tan tonto en un género como en otro. Vamos á citar una octava, no con objeto de juzgarla literariamente, sino para contar un suceso bastante asainetado que á ella se refiere:

«Venció nuestra constancia la osadía
De una turba feroz, que luto y llanto
Derramaba do quier y se reia
Viendo teñidos de amarillo espanto
Niños, viejos, mugeres, y á porfía
Mas y mas aumentaba su quebranto.
¿Donde están esos pérfidos sicarios?
Aquí aguardan los libres TRINITARIOS.»

El bachiller llama trinitarios á los pronunciados de Murcia en 1843, porque estaban encastillados en el cuartel de la Trinidad. Asi lo dice en una nota. ¡Qué lástima que el cuartel no se llamase de las Mercedes para llamarse los pronunciados mercenarios! La calificacion que les dá de libres parece que suena mal aplicada á hombres que se hallan encerrados, á no ser que libres quiera decir liberales, en cuyo caso la calificacion solo puede admitirse en sentido irónico.

«¿Donde están esos pérfidos sicarios?
Aquí aguardan los libres trinitarios.»

Estos dos versos se estaban recitando en el teatro cuando llegó á oidos de los pronunciados que los murcianos que habian salido de la ciudad para no adherirse al pronunciamiento, se hallaban á la vista con ánimo de regresar á ella hostilmente. Los va-

lientes trinitarios huyeron despavoridos, y su fuga hizo un contraste muy cómico con los versos que se acababan de pronunciar. Por fortuna todo fué una falsa alarma, lo que acabó de asainetar el espectáculo.

Si ahora queremos juzgar al bachiller Guindilla comparándolo con algun otro poeta, diremos que despues de Ovilo Otero es el que menos se parece á Quintana. ¿Y quién es Quintana? Si esta pregunta se nos hiciese referiríamos la anécdota de aquel patan que habiendo estado en la córte le suplicaron los de su tierra que les hiciese una descripcion de palacio, y él que se hallaba en un campo de rastrojos satisfizo su curiosidad en estos términos: ¿Veis este campo de rastrojos? Pues bien, palacio es una cosa que en nada se parece á este campo. ¿Quién es Quintana? ¿Veis el bachiller Guindilla? Pues bien, Quintana es un poeta que en nada se parece al bachiller.

No nos hubiéramos ocupado del bachiller Guindilla como literato, si el bachiller Guindilla no debiese la posicion que ocupa al ruido que ha metido y para meter ruido no se hubiese valido de la literatura. A mas de que nosotros queremos que conste que los que han desertado de las banderas de la libertad no solo son los menos virtuosos sino que tambien los menos inteligentes de nuestro partido. Queremos que conste que las deserciones lejos de ser perjudiciales á nuestro partido le han sido ventajosas; queremos que se sepa que nuestros adversarios han

perdido mas que ganado engrosando sus filas con los tránsfugas de las nuestras; queremos aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten para generalizar la idea de que los hombres de la *suprema inteligencia* recogen todo lo que los demas partidos tiran, y se valen para el desarrollo de sus planes de la inconsecuencia y de la estupidez. Pudo creerse algun tiempo que el partido moderado era un agregado de hombres esplotadores, sin conciencia, sin fé política, que aspiraban á dominar el pais por la superioridad de su inteligencia. Los sucesos han demostrado que ese partido codicioso hasta de inteligencia carece. Un partido inteligente no se veria obligado á recurrir á un bachiller Guindilla para el mando de una provincia. Si se vale de hombres insuficientes es porque no tiene hombres de suficiencia. En efecto, no llegan á dos docenas los individuos superiores que figuran en el partido moderado, y entre estos hay no pocos que se hallan dispuestos á abandonar su bandera. Ya no son moderados mas que por compromiso.

Estamos muy lejos de creer que no abunden las nulidades en el partido del progreso, durante cuya dominacion hemos tenido el disgusto de ver nombrados para desempeñar cargos de trascendencia hombres que casi carecen de sentido comun. Tambien como en el partido moderado suenan en el progresista infinitas opiniones usurpadas. Pero jamas el bachiller Guindilla hubiese llegado á ser lo que

es, si hubiese permanecido fiel á las banderas de la libertad. Esto quiere decir que el partido moderado se vale como el progresista de hombres insignificantes, que menos que el progresista atiende al mérito, que mas que el progresista carece de hombres de talento. Para probar esto hemos sacado á colacion los versos y la prosa del bachiller Guindilla, siendo muy importante advertir que nosotros no creemos que ni la prosa ni los versos sean los únicos medios de revelacion que tiene el entendimiento humano. Puede un hombre no ser escritor y ser sin embargo un grande hombre. Pero el bachiller Guindilla no se encuentra en este caso; si no sabe escribir, nada sabe, pues lo que mas sabe es escribir, y sin embargo no sabe escribir. ¿Por qué, pues, fué nombrado subdelegado por otro ministerio moderado tambien?

¡Pero ojalá el bachiller Guindilla no fuese indigno de su posicion mas que por su falta de inteligencia! ¡Ojalá nos viésemos obligados á respetar en el ignorante el político, y en el político el hombre moral! Pero nada de eso. Si el bachiller Guindilla fuese un genio, si fuese un hombre eminente, nos hubiéramos ocupado de él por su apostasía, y si á mas de ser un grande hombre, hubiera sido siempre consecuente, si nunca la ambicion le hubiese obligado á pasarse de un campo á otro en la lucha de los partidos, hubiera tenido lugar en este libro por ciertos actos de mal género que se le atribuyen en la ca-

tástrofe de Alicante, de los que resultan contra él ciertos cargos dirigidos por la opinion pública que hasta ahora no ha procurado disipar. Y puesto que nos hemos propuesto herirle con sus propias armas, acerca de este particular repetiremos sus espresiones y le haremos juez de sí mismo:—«Si viniera á verme un cierto sugeto, le diria: «amigo, V. será mas inocente que Jesucristo, pero hasta que se aclare su inocencia no ponga los piés en mi casa; no quiero que diga el público que yo tengo conferencias con un hombre que se dice ser autor de un proyecto de asesinato.» Esto diria yo al sugeto en cuestion si me titulase su amigo.—¿Y por quién dice V. eso, bachiller?—Ya me entenderá la persona por quien hablo.»

Hemos dicho que aunque el bachiller Gufindilla fuese un hombre eminente por su talento y su inteligencia no le evitaria la vergüenza de figurar en este libro, que es el padron de ignominia que con aplauso de los hombres honrados y consecuentes levantamos á los apóstatas en la imposibilidad de levantarles otro. La apostasia del bachiller es de las mas asquerosas. Un apóstata, prescindiendo de las causas que han provocado y determinado su transformacion, es tanto mas repugnante cuanto mayor era la exageracion de las ideas que profesaba antes de apostatar y mayor la exageracion de las que profesa despues de haber apostatado; en otros términos, la apostasia es tanto mayor cuanto mas

pronunciada es la transformacion del individuo. Sentado esto, el bachiller Guindilla es un apóstata tan hediondo como Gonzalez Brabo, del cual solo se diferencia por la distinta posicion á que ha elevado á los dos la apostasía. La apostasía á Gonzalez Bravo le valió por de pronto, amen de algunas condecoraciones, la presidencia del consejo de ministros; al bachiller Guindilla hasta ahora no le ha valido mas que el ser nombrado subdelegado. Esto quiere decir que el bachiller Guindilla es menos exigente que el redactor del *Guirigay*. Con todo, aunque han ido á parar los dos á un punto muy diferente, la distancia que han tenido que salvar para llegar cada cual al suyo es casi la misma, si se tiene presente el punto de partida de los dos. El uno era periodista en la corte y el otro en provincia. El primero cuando se quitó la careta era diputado, el otro no era mas que un paseante.

La apostasía, que nunca es disculpable cuando con propiedad puede llamarse tal, lo es tanto menos cuanto mas elevada es la posicion del apóstata. El rico que roba para ser mas rico es mas digno de execracion que el pobre que roba para salir de su estado miserable. El tráfico que con las opiniones ha hecho el bachiller Guindilla es menos vituperable en cierto modo que el que ha hecho Gonzalez Brabo; el que ha hecho este menos que el que ha hecho Alcalá Galiano; el que ha hecho Alcalá Galiano menos que el que ha hecho Serrano. El bachiller Guin-

dilla pidió á la apostasía una posicion que no podia pedir á otra cosa. Hombre desconocido que vegetaba en la oscuridad como una seta, no tenia en si mismo suficientes elementos para darse á conocer, y salió del cieno como pudo. No manchaba ningun nombre, porque no tenia nombre, ni comprometia la reputacion y el porvenir de ningun partido porque en ningun partido llegaba á ser un guarismo. Gonzalez Brabo al cabo era diputado, y aunque nunca siguiendo una conducta mas leal hubiera llegado á ser lo que es, sin necesidad de renegar le era dado pedir á las circunstancias una posicion política. Aunque no tiene talento, tenia cierto nombre que bien ó mal habia sonado con algun estrépito. Pero era pobre; podia aspirar cuando mas á una intendencia ó á una gefatura política, y el contrabando que hizo con los principios le señaló un puesto entre los hombres de estado, entre los aristócratas y no sabemos si hasta entre los hacendados. Le recompensaron muy bien el papel que le tocó desempeñar, supo sacar buen partido de su escasa reputacion. Alcalá Galiano es ya muy diferente de los dos que acabamos de citar; inmoló apostatando un nombre de familia glorioso y que su propio talento habia esclarecido; sus dotes oratorias bastaban para elevarle al puesto á que le ha conducido el perjurio. Su nombre no necesitaba mancharse para pasar á la inmortalidad; su genio no necesitaba ningun desvío político que le sirviese de punto de partida para elevarle á la mayor altura. ¿Y qué dire-

mos de Serrano? ¿Qué diremos de un senador, de un teniente general que se prostituye? ¿No tenia ya creada una de las mas elevadas posiciones? Si cuando era teniente de carabineros le hubiesen ofrecido una faja para hacer lo que ha hecho, nos hubiéramos esplicado fácilmente su deslealtad porque conocemos la flaqueza humana, sabemos que los Pedaretos no son comunes, que el deseo de figurar y de lucir es capaz de conducir á las mayores ridiculeces cuando no puede satisfacerse, y que obrando sobre la codicia el demonio tienta á cualquiera que no sea un semidios. ¿Pero Serrano qué queria? ¿Qué podia pedir teniendo lo que tenia que valiese la pena de hacer una nueva defeccion? La conducta del célebre favorito no se esplica sino atribuyéndole perversos instintos á que no le es dado desobedecer. Serrano es desleal por naturaleza, es desleal porque no sabe ser leal. Hay hombres que como las culebras acuáticas se complacen en revolcarse en el cieno, y cuando la fortuna les saca de su fétido elemento forcejean para volver á él. La moral tiene como el físico vicios congénitos, vicios de organizacion. Como hay cuerpos jorobados, hay almas jorobadas tambien. No todos los hombres malos lo son por su posicion; algunos lo son por su naturaleza. Hay bandoleros que serian bandoleros aunque fuesen millonarios. Hay apóstatas por inclinacion, y Serrano es uno de tantos. Lo ha sido en 1832, lo ha sido en 1843, lo ha sido en 1847. Cuando no pueda

hacer traicion á nadie, se hará traicion á sí mismo. Si no pudiese pedir ascensos á la apostasía, le pediria descensos.

Por la apostasía de hombres como el bachiller Guindilla y el folletinista del *Guirigay* no tanto hacemos cargos á ellos como al partido que les admite en sus filas: los infelices se valen del único medio que tienen para medrar. Si hubiesen podido pedir su elevacion al mérito, acaso no se la hubieran pedido al perjurio. Hallándose en la posicion de Galiano ó de Serrano es muy posible que no hubieran sido apóstatas. En la posicion de Serrano creemos que ningun otro hombre se hubiera portado como él, ni el mismo bachiller Guindilla cuyo menor defecto es ser apóstata.

Si un hombre por un grado, por una cruz, por un título, por un empleo ó por un puñado de oro se pasa de un partido á otro, inspira no mas que desprecio, causa no mas que asco. La apostasía por sí sola es un crimen político que no daña ni favorece mas que al que lo comete. Un apóstata es un miserable que sacrifica su reputacion á su egoismo, porque el sacrificio de las convicciones es siempre el sacrificio de la reputacion. Pero cuando es algo mas que esto, cuando el apóstata influye en la suerte de un partido ó en la de algun hombre, la apostasía es algo mas que un crimen político, y bien puede decirse que el tránsfuga no solo ha abandonado á sus correligionarios sino que les ha vendido. En este caso sus cor-

religionarios tienen derecho de pedirle estrecha cuenta de su conducta, porque cada cual hace de su reputacion y de su vida lo que le dá la gana, pero no de la reputacion ni de la vida de los demas. La apostasía de Serrano es mas que una apostasía, es una traicion; la del bachiller Guindilla es puramente una apostasía, dá lugar á que se le acuse de inconsecuente, pero no de traidor. Serrano hostilizando á Torrijos despues de haberle ofrecido cooperar al buen éxito de su empresa, no solo cometió un crímen político sino que cometió una traicion, y lo mismo hostilizando á Espartero por haber bombardeado una ciudad habiendo él tambien contribuido al bombardeo, y lo mismo hostilizando á los centralistas despues de haberles ofrecido concurrir á su triunfo, y lo mismo poniendo á los progresistas bajo la férula de Narvaez despues de haberles asegurado hacerles dueños de la situacion. Si habiendo sido liberal hubiese renunciado á este nombre en el acto de hostilizar á los liberales, hubiera sido un apóstata; pero hostilizando á los liberales antes de dejar el título de liberal, haciendo la guerra á los mismos que afectaba proteger, es mas que un apóstata, es un traidor. El bachiller Guindilla no quiere pasar por liberal desde que hostiliza á los liberales, es un hombre que al pasarse ha hecho pedazos el diploma que tenia y ha tomado otro; no es un apóstata de tan mal género como el tristemente célebre ex-ministro uni-

versal. No sirvió á los moderados mientras se llamó progresista; desde que les sirve se llama moderado. Indudablemente es despreciable un hombre que por un empleo se pasa de un partido á otro; pero no lo es tanto como el que se pasa afectando despues de pasarse no haberse pasado. El primero merece que le escupan; el segundo merece que le ahorquen.

El bachiller Guindilla es un tránsfuga que á los que le echen en cara su desercion puede decirles que cada cual hace de su capa un sayo. Puede decirles que él hace de sí mismo lo que se le antoja, que trafica con sus opiniones porque son suyas y hace de ellas lo que le dá la gana, que él no compromete á nadie con sus apostasías y que de consiguiente nadie tiene que ver con ellas. Al que puede esplicarse en estos términos nosotros le consideramos seguramente indigno de nuestra amistad, creemos que es un hombre que tiene en muy poca estima su reputacion y cuyo valor cívico está enteramente absorvido por el egoismo, pero lo mismo que un suicida nos infunde mas compasion que odio. Compasion y solo compasion tendríamos al bachiller Guindilla si no fuese mas que apóstata, porque, como hemos dicho, es uno de esos apóstatas que no causan mas que compasion. Por desgracia, amen de su insuficiencia y de su deslealtad, si son fundados ciertos cargos que le hace la opinion pública en Alicante, ofrece defectos de otro género que nos obligan á prescindir de

toda especie de consideraciones. ¡Oh! lo que llamamos defectos no son defectos, son otra cosa que se designa con un vocablo mucho mas significativo. De un acto se acusa al bachiller Guindilla que no puede llamarse el estravío de un ánimo obcecado, ni puede ser sencillamente el lamentable efecto de una pasion política, sino que solo puede ser obra de un hombre de corazon muy depravado, obra de un hombre que solo obedece instintos los mas execrables. ¿Quién fué el delator del desgraciado Garrido? ¿Ascendió el bachiller Guindilla sobre el cadáver de este desventurado á la secretaría de la gefatura política de Alicante? Á esta pregunta la voz pública contesta afirmativamente, pero la voz pública es insuficiente por sí sola para fulminar tan graves cargos, si bien parece que es deber de todo el que en algo se estima procurar si es inocente disipar las acusaciones con que el público menoscaba su buen nombre. Y hasta ahora el acusado calla, ¿qué significa su silencio?

¿Qué significa su silencio? ¿Acaso son tan absurdas las acriminaciones que se le dirigen, chocan acaso de tal modo con el sentido comun que ni los honores merecen de una contestacion? ¿O son acaso tan fundadas y tan justas que ni un sofisma encuentra el bachiller para rebatirlas? ¿O es el bachiller tan poco aprensivo que nada le importa cuanto de él se diga, y desprecia sea el que quiera el juicio público cuando está jugando con su reputacion? Nosotros no podemos esplicarnos un silencio que por lo

mismo que puede probar tantas cosas diferentes ninguna prueba en realidad; pero creemos que un funcionario público cuyo nombre se ve manchado por sospechas horribles se halla en el deber de disiparlas. Lo contrario prueba que no estima su honor en lo que vale, y el que no tiene en el honor su ídolo está siempre dispuesto á sacrificarlo á cualquiera razon de conveniencia propia. Nada deseamos tanto como que los sugetos que ponemos en camisa nos presenten algun dato que nos obligue á rectificar el juicio poco favorable que de ellos nos hayamos formado. Esta obra es larga, mucho mas larga de lo que quisiéramos: quisiéramos que nos faltase materia para proseguirla, quisiéramos no haberla podido empezar por falta de hombres acreedores á la severidad de nuestra censura; desgraciadamente la corrupcion de la época es muy grande, y por mas que nos repugne recorrer con el cauterio las anchas llagas de nuestra sociedad, nos vemos obligados á cauterizarlas para impedir sus progresos, para aislarlas, para circunscribirlas en un punto, y ¡ojalá baste para evitar el contagio levantar el apósito que cubre ciertas úlceras pestilentes! ¡ojalá baste su sola hediondez para que nadie se acerque á ellas! Si este libro llega á la posteridad y las generaciones futuras no heredan los vicios de la actual, estas páginas se leerán con horror como leemos nosotros con horror los autos de fé de los tiempos de Torquemada. Parecerá imposible que haya habido una época de tanto des-

concierto, de tanta degradacion, de tanta corrupcion, de tanta miseria y de tanto crímen. De tanto crímen, sí, porque la apostasía es un crímen que por lo general envuelve en sí muchos otros crímenes, y este libro es la historia de las apostasías.

¡Ojalá los apóstatas no fuesen mas que apóstatas! ¿Ojalá pudiésemos decir del bachiller Guindilla que es un tránsfuga, pero no mas que un tránsfuga! Mucho tememos que el público despues de leer las líneas que le consagramos no se dé por satisfecho con esta calificacion.

Ya hemos visto los servicios que en el año 43 prestó el bachiller Guindilla á la causa de la reaccion. A pesar de los artículos que escribió contra Espartero, y de la parte que tomó con la pluma en el pronunciamiento liberticida, la junta que se instaló en Murcia le miró siempre con cierta aversion, y no le quiso dar ningun empleo, siendo así que el ansia de entrar en el reparto del botin de la libertad derrotada habia sido el único móvil de sus acciones. Con todo, su nulidad y su proteismo no fueron suficiente obstáculo, ni podian serlo en una época en que habia un Gonzalez Brabo que presidia un ministerio, para impedir que se le concediese un puesto en las interminables filas que constituyen la España oficial. Pudo al cabo el célebre bachiller ser empleado en la gefatura política de Alicante, donde le cogió la malograda insurreccion que murió tan pronto ahogada en la sangre de tantos mártires. No

se sabe la parte que tomó el bachiller en aquellos infaustos sucesos. La circunstancia de no haber abandonado aquella plaza hasta dos dias despues de estallar la insurreccion, ha dado márgen á que alguno supusiese que en un principio reconoció á la junta revolucionaria, lo que nada tendria de particular atendida su falta de fé política y la veleidad de su carácter. Al cabo quien hace un cesto hace ciento; no hay causa que no pueda abrazar un folletinista del *Amigo de los Labradores* en 1839, que cuatro años despues dirigia proclamas al clero, que luego hacia una cosa que querian parecer versos contra la situacion creada en setiembre y ridiculizaba al revolucionario escribiendo su fisiologia. Es muy posible que cuando estalló la insurreccion quedase indeciso acerca del partido que debia tomar y que se asesorase con su egoismo antes de apoyarla ó combatirla abiertamente. Posible es tambien, pues todo es posible en el bachiller Guindilla, que se quedase entre los sublevados no precisamente para examinar las probabilidades que tenia de triunfo la bandera de la insurreccion, sino para tener el gusto de conocer á las personas que tomaban parte en aquellos sucesos y obrar contra ellas en el caso de no ser coronada su empresa por un éxito feliz. Prescindiendo de los motivos que tuvo el bachiller para permanecer en Alicante hasta dos dias despues de su levantamiento, esta permanencia dificilmente se esplica sin dar por sentado que de buena ó mala fé reconoció en los primeros dias la auto-

ridad de la junta revolucionaria. Si la reconoció en efecto, nos presenta un nuevo rasgo de hipocresia que hace resaltar mas y mas la deslealtad de su conducta ulterior.

A los dos dias de haber estallado la insurreccion, cuando el bachiller habia ya conseguido el objeto que le obligaba á permanecer entre los insurreccionados, se salió de la plaza con otros empleados del gobierno y se trasladó á Elche, donde empezó á funcionar contra la junta obedeciendo los deberes que le imponia su calidad de empleado ó su egoismo de turronero. El bachiller, como lo indica este mismo pseudónimo, es entremetido como el que mas, bellugadizo mas que el azogue; acredita en sus movimientos pertenecer á la familia de las ardillas. Le gusta figurar, farolear, meter ruido, y la ocasion que se le presentaba era en efecto muy propicia. Nunca mas tendrá otra que lo sea tanto. El gefe político de Alicante se hallaba en poder de los insurreccionados; el secretario gravemente enfermo no pudo salir de la ciudad con los demas empleados, y de consiguiente el bachiller, que era el oficial primero, reemplazó en sus funciones al gefe político. En Elche se hallaba el bachiller en su elemento. Desde luego circuló órdenes á todos los pueblos para que no reconociesen la junta de Alicante, y aprovechó de tal modo los momentos de autoridad que le daban las circunstancias, que bien puede decirse que en pocos dias fué mas gefe político que cualquier otro en muchos años. De El-

che se trasladó á la corte para dar cuenta al gobierno del estado de la provincia y de la plaza de Alicante; permaneció algunos dias en Madrid hombreando con los demas raquíticos de aquella época la mas raquítica de todas, y luego regresó á su puesto donde á él mismo le parecia que era su presencia indispensable. Sus funciones de gefe político habian ya concluido, pues el gobierno mandó á la provincia de Alicante al famoso D. Rafael Guerra, y cuando el bachiller llegó allí de regreso de su importante mision en la corte, encontró ya funcionando como autoridad política al antiguo ex-alcalde mayor de Cuevas de Vera. Colocóse al lado de este, á quien conocia ya desde algun tiempo, pues ambos habian desempeñado un papel de alguna importancia formando parte de la compañía dramática que representó en Murcia la farsa horrible del pronunciamiento de 43. Es imposible que Guerra y el bachiller al encontrarse no esclamasen á duo: «Dios los cria y ellos se juntan.» Habiendo ya un gefe político nombrado por el gobierno, el bachiller se vió obligado á bajar uno de los dos escalones que habia subido, y de gefe político descendió á secretario, proponiéndose no bajar ya mas aunque el permanecer en este puesto le costase hasta el último sacrificio de su honra. Pero para quedar él de secretario era indispensable inutilizar al que siéndolo realmente no pudo abandonar la plaza sublevada por hallarse gravemente enfermo. Entró en Alicante con las tropas de Roncali, á quien abrió

las puertas no la fuerza de las armas, sino la mas negra de las perfidias. Ya hemos dicho hablando de D. José Rafael Guerra cual fué el trágico fin del desgraciado Garrido. Este infeliz vió cercada su casa despues de haberle ofrecido Guerra su proteccion, y la intimidad que habia entre Guerra y el bachiller Guindilla hizo sospechar que el bachiller de acuerdo con Guerra ó abusando de la confianza de este fué el delator del desventurado secretario. A pesar de esta sospecha, que por infundada que fuese el hombre sobre quien recaia debió procurar desvanecerla á toda costa, el bachiller Guindilla ocupó la secretaría que acababa de dejar vacante la comision militar condenando á muerte al que la desempeñaba. ¡Escelente modo de salvar las apariencias! Por delicadeza cuando menos debió el bachiller haber rehusado un ascenso que venia á apoyar las negras sospechas contra él concebidas.

Si fuese cierto que sobre la conciencia del bachiller pudiese pesar la sangre de Garrido, el modo con que el gobierno recompensó sus servicios nos permitiria recordarle que un gobierno inmoral se aprovecha de las traiciones sin por esto dejar de despreciar á los que las cometen. Al bachiller Guindilla le quitaron el empleo los mismos que tal vez se sirvieron de él para afianzar su dominacion. De este modo vió inutilizados por algun tiempo los sacrificios que habia hecho de sus convicciones en el caso de tener alguna; pero lejos de

escarmentar y retener en la memoria esta leccion, que á cualquier otro le hubiera conducido de nuevo al buen camino, siguió dispuesto á tomar diariamente el pulso á las circunstancias para acomodarse á ellas y pedir á la política de cada dia la pauta de su conducta. A fuerza de mendigar consiguió del ministerio Goyena ser nombrado subdelegado, pero sin duda la caida de aquel gobierno le ha dejado apeado cuando apenas tenia puesto el pié en el estribo. Si algun dia sirven esclusivamente los empleos para premiar el mérito y la probidad, el bachiller Guindilla habrá inmolado inutilmente su reputacion á su egoismo personal y no le quedarán de su apostasía mas que las manchas con que habrá envilecido su nombre. Las manchas de la apostasía se borran dificilmente, y no se borran jamás si llevan consigo alguna mezcla de sangre. ¡Ojalá sean falsas todas las sospechas y acriminaciones con que le abruma en Alicante la opinion pública! ¡Ojalá consiga justificarse un dia de la parte que se le atribuye en la desgracia de Garrido y otras muchas víctimas de delaciones inícuas! ¡Ojalá pueda probar que es falso que se haya rodeado en Alicante de gentes despreciables, y que se haya servido de ellas para sorprender las intenciones de los progresistas y revelárselas á la autoridad militar, cuyos ímpetus sangrientos á tantas familias han dejado sumergidas en un mar de lágrimas! Y si no puede probar que carecen de fundamento las sospechas contra él dirigi-

das, si toda justificacion ha llegado al fin á hacérsele imposible, ¡ojalá llegue un dia en que se moralicen los partidos y en ninguno de ellos encuentre la acogida que hoy se halla en disposicion de solicitar de cualquiera que ocupe el poder!

«El que atenta contra la vida de los ciudadanos es un traidor: cualquiera que sea su categoria debe ser entregado á la ley.» Esto es una vulgaridad, pero una vulgaridad de que ha hecho uso el bachiller Guindilla no previendo tal vez que se condenaba á sí mismo. Nosotros solo la reproducimos para recordársela. Si es cierto lo que de él se dice, él mismo pronunció su sentencia. Si lo que de él se dice no es cierto, mientras no descubra su inocencia nos dá derecho á que le miremos con recelo y digamos lo que él decia en otro tiempo refiriéndose á un sugeto á quien se le atribuian cosas muy parecidas á las que se le atribuyen á él. «Si viniera á verme un cierto sugeto, le diria: «amigo, V. será mas inocente que Jesucristo, pero hasta que se aclare su inocencia no ponga los piés en mi casa; no quiero que diga el público que yo tengo conferencias con un hombre que se dice ser autor de un proyecto de asesinato.»

Es de suponer que cuando el bachiller Guindilla formaba parte de la redaccion del *Amigo de los Labradores*, estaba de acuerdo con sus compañeros y adoptaba como propio todo lo que salia en el periódico de que era redactor. Tal es al menos el com-

promiso que en todas las redacciones se contrae. Siendo asi, no sabemos como consintió sin dejar su puesto que en las columnas del *Amigo de los Labradores* se insertasen los siguientes versos, que parodiados debidamente y *mutatis mutandis* le caerian tan perfectamente como pedrada en ojo de boticario:

INCONSECUENCIAS.

Yo fuí el año de noventa
familiar del santo oficio;
tambien tuve un beneficio
por Godoy de pingüe renta.
El de nueve fuí juntista;
el de diez afrancesado;
el de veinte liberal;
veinte y cuatro absolutista;
veinte y ocho moderado;
el treinta y seis nacional:
para mí todo es igual.

Tu muger, que ahora se precia
de exaltada patriota,
no hace mucho era feota
con aquel que la desprecia.
Y si un turco, bien provisto
de cequíes, viene mañana
á ofrecerla al gran Sultan,
dejará la fé de Cristo

por la secta mahometana
que le cuece mejor pan.

No haya tregua, ciudadanos,
en gritar de noche y dia,
destruyamos á porfia
cuanto hicieron los tiranos.
Pero nada de codicia....
Salus populi, primero:
libertad é ilustracion...
gritaba el de la primicia,
Santiago, grande embustero
con presuntas de ladron.

PARODIA.

«Yo fui el año de cuarenta
un trastornador de oficio,
esperando un beneficio...
mas no me salió la cuenta.
Fui luego coalicionista;
en seguida pronunciado;
dejé de ser liberal;
hoy soy casi absolutista;
soy del bando afrancesado;
volveré á ser nacional:
para mi todo es igual.

«Tú, bachiller, que te precias

de cristino verdadero,
que para engañar al clero
hiciste proclamas necias.
Si la gente de cogulla
consigue triunfar mañana
y poner la inquisicion,
el bonete y la casulla
te pondras de buena gana
como te ofrezcan turron.

«No haya tregua, ciudadanos,
yo solo empleos deseo;
los que no me dan empleo
son para mi los tiranos.
Lo primero el turroncito;
no hay en pasarse mancilla
si lo exige el interes....»
Poniendo en el cielo el grito
asi decia Guindilla...
y asi dicen mas de tres.

D. MANUEL OVILO OTERO.

En un dia de cierto mes del año de gracia de 1843, por la mañana ó por la tarde, debieron de llamar á la puerta en el cuarto principal de la casa número 4 de la calle de San Roque. Sin duda el que llamaba tuvo que aguardarse un buen rato en la escalera, pues los porteros no suelen darse mucha prisa en abrir la puerta á los que saben que son pobres, y los pobres se conocen hasta en el modo de llamar á la puerta. Despues de llamar tres veces al menos á intervalos bastante dilatados, hemos de suponer que conseguiria el que llamaba que el portero se pusiese en egercicio de sus funciones, y que refunfuñase al abrir la puerta adivinando que el que llamaba era un pobre, y que refunfuñase todavía mas despues de abrirla confirmándose en la idea que se habia for-

mado del que llamaba. Era en efecto el que llamaba un jovencito que no llegaba todavía á ser hombre. Es lícito pensar que preguntaria al portero por don Wenceslao Ayguals de Izco, y es lícito pensar tambien que el portero sin contestar se dirigiria á don Wenceslao para que este le dijese si estaba ó no en casa.—¿Está V. en casa, señor?—Si, responderia Ayguals despues de un rato de vacilacion.—¿Para todos? Despues de otro rato de vacilacion diria Ayguals, *para todos.*

Un segundo despues Manuel Ovilo Otero y D. Wenceslao Ayguals de Izco se hallaban frente á frente el uno del otro, el uno con la vista baja en ademan de súplica, el otro mirando al de la vista baja con ojos de compasion. Ovilo daba en efecto compasion, y la hubiera dado mayor sin la corbata faustiniana (1) que gasta habitualmente, la cual abotagándole la cara se la abulta de modo que parece mucho mas gorda de lo que realmente es. Y es preciso conocerlo; para escitar la compasion del prójimo es menester tener la cara chupada: los que tenemos provision de mofletes no damos lástima á na-

(1) Faustiniana es lo mismo que decir de D. Faustino. Don Faustino es un escelente sugeto, amigo nuestro, famoso por el temple y los dobletes cuando juega al villar, y famoso siempre por las exageradas dimensiones de su corbatin. A él se debe que en cierto círculo de amigos se llamen faustinianas todas las grandes corbatas.

die aunque estemos con un pié en la sepultura. El mundo no se deja llevar mas que de las apariencias; no sabe figurarse una cara llena estando el estómago vacío. Nada sin embargo mas comun. Hay caras refractarias á los ayunos mas prolongados y á las penitencias mas rigurosas. La de Ovilo Otero es una de tantas; si Ovilo Otero pudiese vivir sin comer, sin comer viviria con la cara gorda. Pero, como hemos dicho, este lujo de cara es en gran parte debido á la sobreabundancia de su corbata, la cual al parecer obliga á subir á los carrillos la carne del cuerpo y despues ciñendo el cuello como un dogal impide que vuelva á los puntos de donde la ha sacado. Aquella cara es una usurpacion como cualquier otra. Los carrillos indóciles pueden apenas soportar la tiranía del corbatin, y rebosan y se derraman á derecha é izquierda, obedeciendo esclusivamente la ley de la gravedad. Le cuelgan lánguidamente como dos tetas flojas. Por fortuna Ayguals de Izco no se dejó seducir por aquella hipertrofía facial; comprendió que era principalmente debida á una causa traumática, acusó de ella al corbatin, y se persuadió despues de haberla examinado que puede muy bien un individuo tener cara para cinco y no saber sin embargo donde caerse muerto. Si la cara hacía traicion á la miseria de Ovilo, su trage constante y fiel la revelaba de modo que no podia dudarse de su realidad. Cuando el pretendiente hubo manifestado sus cuitas á su futuro bienhechor, este

descendió de la cara al exámen parcial de todo su trage, y en el sombrero mugriento, afeitado y sin pelo como pellejo de rana, en la levita que descubria la trama hilaza á fuerza de cepillo, en los pantalones que necesitaban la adicion de las trabillas para ganar los tobillos y no parecer zaragüelles, y en los zapatos que para no caerse tenian tambien necesidad del auxilio de las trabillas, las cuales los mantenian sujetos á las plantas de los piés como un vendage contentivo, halló los testigos irrecusables de la desesperada situacion de aquel pobre muchacho. Ovilo Otero no pedia á Ayguals que le ocupase como escritor sino como escribiente; Ovilo Otero á la sazon todavía ignoraba que fuese escritor. Esto lo supo mas adelante por una rara casualidad. Ayguals le empleó en su oficina con el sueldo de cuatro ó cinco reales, y al cabo de algun tiempo se vió obligado á admirar el estro poético de su escribiente, quien le presentó la siguiente composicion para que se insertase en *La Risa:*

Á MI NOVIA.

¿Sabes cual de tus gracias
es la que mas me llena?
pues no es, querida novia,
tu amor, ni tu belleza,
que solo me enamoran
y solo me embelesan

tus sencillos deseos,
tus sencillas ideas,
puras como tu alma,
como tu alma honestas;
pidesme solo un libro,
un lazo, una peineta.
¡Bien hayas tú, mi vida,
que no me pides perlas!
¡Bien hayas y mal hayan,
mal hayan las que ostentan
traer tantos tesoros
colgados de una oreja.
Las que solo con dijes
rendir amantes piensan,
¿creen ser mas amables
por estar mas compuestas?
Si no han de ser mas lindas,
sino solo mas necias,
¿para qué el aderezo?
¿para qué las pulseras?
¡Bien hayas tú, mi vida,
que no me pides perlas!
Tú no las necesitas
para que yo te quiera;
para que yo te adore
te sobra la belleza:
desprecia los diamantes,
que tú seras mas bella,
mas amable que todas

con tus sencillas telas
y esta guirnalda linda
que te formé esta siesta
con mirtos y jazmines
y rosas y violetas.

Esta poesia puede considerarse como la obra maestra de Manuel Ovilo Otero, y no es precisamente mala sino insubstancial y tonta. Es sobre todo indigna del periódico en que se insertó, el cual, como su mismo título lo indica, nunca debió admitir mas que composiciones del género jocoso. Ayguals, sin embargo, tuvo á bien guardar alguna deferencia á su escribiente, quien al ver su nombre en letra de molde en una enciclopedia donde figuran algunos de los mas respetables de la España literaria contemporánea, quedó como embriagado, como loco; su cabeza era demasiado débil para soportar tanta gloria; desde luego se creyó tan escritor como cualquier otro. Ayguals juzgó favorablemente su composicion, porque la juzgó haciéndose cargo de lo que podia dar de si un muchacho que nada absolutamente habia estudiado. Por desgracia Ovilo Otero, fascinado por las exageradas alabanzas con que Ayguals de Izco habia halagado su amor propio, se figuró haber llegado á su apogeo, y creyóse por lo mismo relevado de abrir un libro. Desde luego el escribiente pensó hacerse escritor, y se hizo la ilusion de que, sin necesidad de preparárselo con

el estudio, le era dado crearse un porvenir literario. ¡Pobre muchacho! al menos se hubiese tomado la molestia de estudiar gramática.

Estuvo trabajando algun tiempo en casa de Ayguals, desconocido de todo el mundo como un diamante enterrado. Confundido entre una cáfila de proletarios de pluma y jornaleros de letras, veia con dolor mecanizado su ingenio por las copias de nombres y apellidos á que le sujetaba la marcha normal de una oficina particular. Todo su trabajo se reducia á poner sobres. ¡Qué horror! La posteridad escandalizada referirá esta triste circunstancia de la vida de Ovilo Otero como se nos refieren ahora los accidentes de la vida del gran Rousseau, que le obligaron, sopena de morirse de hambre, á copiar música á tanto el pliego. Rousseau que copiaba música fué mas adelante el autor del *Emilio*. Ovilo que ponia sobres fué mas adelante el escritor del *Trono y la Nobleza* y el historiador de la *vida de D. Cárlos*. ¡Tan cierto es que se encuentra siempre cierta analogía entre los precedentes de los grandes genios!

Manuel Ovilo Otero, que no conocia otro modo de vivir que el que le proporcionó Ayguals, perdió el semi-empleo que tenia en las oficinas de este por una causa que es demasiado sucia para revelarla en una obra que está muy lejos de ser una segunda edicion de *Rinconete* y *Cortadillo*. El muchacho, que en casa de Ayguals habia revelado instintos poéticos, mas adelante reveló en la misma casa otros instin-

tos muy propios para confirmar la verdad de aquel refran que dice: cria cuervos y te sacarán los ojos. ¡Cuántas veces el hombre es víctima de su mismo mérito! Ovilo Otero fué echado de casa de Ayguals porque dió á conocer que tenia aficion al oficio de cerrajero. Bien es verdad que le echaron de una manera indirecta y con toda la delicadeza posible. No le dijeron que se fuese con la música á otra parte, no; esto hubiera sido atroz y altamente impolítico: D. Sergio, hermano de D. Wenceslao, es incapaz de faltar á ninguna de las fórmulas prescritas por una buena educacion, y precisamente D. Sergio fué el que con una indirecta despidió á Ovilo Otero de la oficina, donde no es fácil que haya sido reemplazado dignamente. La fórmula de que se valió D. Sergio fué la que sigue: levantó la pierna derecha en alto dirigiéndola hácia atrás y luego rápidamente hácia adelante hasta que la punta del zapato contrajo una relacion de contigüidad con las posas de Ovilo, quien fué á parará tres pasos de distancia; Ayguals dió tambien tres pasos hácia adelante para salvar la distancia que le separaba de Ovilo, y repitió la misma operacion unas cuantas veces hasta que el pobre Manuel se encontró rodando la escalera, y salió á la calle con una mano en las posas y volviendo de cuando en cuando la cabeza para cerciorarse de que no le seguia acariciando aquel afectuosisimo zapato. El pié de Ayguals salió lastimado de la refriega... ¿qué tal saldrian las posas de Ovilo? Este modo amistoso y urbano de despedir á

un hombre se llama vulgarmente echar á puntapiés.

En el mundo no hay hombres necesarios, y Ovilo Otero apenas salió de casa de Ayguals empezó á filosofar sobre esta máxima y á deducir de ella las consecuencias mas halagüeñas. «¿Qué me importa, se dijo, haber perdido una plaza de escribiente, ahora que por una rara casualidad he sabido que soy escritor?» En efecto, Ovilo se habia dado á conocer á sí mismo como Giotto haciendo en la arena perfiles con un palo, como Pascal tirando líneas en una pared. Ya sabia que era poeta; él mismo se lo dijo, y Ayguals se lo confirmó. A la sazon Príncipe en su historia de la *Guerra de la Independencia* y algunos escritores que se ocupaban de la crónica contemporánea se habian permitido decir de D. Manuel Godoy algunas verdades como un templo que el célebre valido de Cárlos IV no podia dejar circular sin el correctivo de alguna contestacion. Pero ningun campeon salió á la defensa del mal parado favorito. Imposible le parecia al Príncipe de la Paz que no hubiese un solo defensor de su crédito en una nacion en que habia egercido una influencia casi omnipotente. Ningun escritor, ni de primero, ni de segundo, ni de tercer órden, le ofreció sus facultades para hacerle tomar una actitud histórica mas digna que la que le daban los historiadores contemporáneos. Ovilo Otero fué el único que tal vez en un arranque de filantropía y de genio acometió la grave empresa de salir á la defensa del antiguo

valido, si bien hasta ahora no se sabe si D. Manuel Godoy se valió de su tocayo Ovilo Otero por aquello de que un desesperado se ase de un clavo ardiendo, ó si de motu propio Ovilo Otero se constituyó su paladin. En ambos casos Godoy es el mas desgraciado de los hombres. Malo es no encontrar defensor, pero es todavía peor encontrar por defensor á Ovilo Otero. Cuando el príncipe se hallaba en su apogeo, cuando sobreponiéndose al rey egercia un poder sin límites, y se veia rodeado de todo el fausto y de toda la adulacion de un soberano, hubiera tal vez transigido con la idea de que desde el cénit de su elevacion pasaria á confundirse en un pais estrangero con una multitud indiferente; se hubiera tal vez conformado con la miseria que le ha afligido en su prolongado ostracismo y hasta con el juicio adverso con que han tratado de amancillar su nombre algunos acaso que le adulaban servilmente en su privanza; pero la resignacion le hubiera faltado si se le hubiese predicho que un mal escribiente seria el único en España que tomaria á su cargo su defensa. Ovilo Otero ha dado el último golpe á la reputacion de D. Manuel Godoy. Dios ha querido probar la paciencia del privado de una manera mas atroz que la de Job. ¿Cuándo hubo en Faraon una plaga que pudiese compararse con la pluma de Ovilo Otero? ¡Vicisitudes humanas! Ningun hombre, ni el mismo Luis XVI que pasó del trono al cadalso, ni el mismo Napoleon que despues de conmover el mundo murió cautivo

en una roca, presenta como Godoy una antítesis tan animada y una prueba tan elocuente de que la reaccion de la desgracia escede á la accion de la fortuna. A Luis XVI le llamaron Luis Capeto, á Napoleon le dieron por carcelero un Hudson Lowe; pero ni de Luis XVI, ni de Napoleon ha escrito la vida Ovilo Otero. Esta inmensa desgracia estaba reservada al desgraciado príncipe de la Paz.

No ha sido mas afortunado D. Cárlos; ¡pobre D. Cárlos! Ovilo Otero le ha hecho mas daño que Maroto. Asi lo conocia sin duda Escosura, pues á fuer de enemigo de D. Cárlos le probó su antipatía dando un empleo á Ovilo Otero que es el que con sus elogios ha acabado de hundir su reputacion. ¡Cómo es posible, se decian algunos, que Escosura, que de liberal se precia, confiera un destino al que ha consagrado su pluma á la defensa del rey de Oñate! Los que tal decian ignoraban que no hay ofensa comparable á una defensa de Ovilo Otero, y que de consiguiente Ovilo Otero está en el número de los enemigos de D. Cárlos puesto que le defendia. Solo asi podemos esplicarnos un nombramiento que todos los hombres de bien y de criterio calificaron de escandaloso. Y en realidad, no dando á los actos de Escosura la debida interpretacion, no se concibe fácilmente que un muchacho reclamado por las escuelas de primeras letras fuese nombrado oficial segundo de la gefatura de Jaen, y mas adelante, segun dicen, subdelegado de no sabemos donde. Aunque aplicada á las

posas la punta del zapato (1) de nuestro amigo Sergio ha dejado una mancha indeleble en la frente de Manuel Ovilo que le inhabilita para egercer ningun cargo público, y un apologista de D. Cárlos es absolutamente indigno de obtener empleo de ninguna especie de un gobierno constitucional. Sin embargo, con respecto á esto último nos atenemos á lo dicho; los elogios que Ovilo Otero hace de D. Cárlos perjudican tanto á este que pueden considerarse como un servicio prestado á la causa de la libertad. Tal es al menos la moral de la fabulilla:

Si el sabio reprueba malo,
Si el necio aplaude peor.

Y puesto que por incidencia hemos nombrado á D. Cárlos, ahora nos viene bien decir que la historia de D. Cárlos, escrita por Ovilo Otero, es tan digna de Ovilo Otero como de D. Cárlos. ¿Se necesita decir mas para hacerse cargo de lo que es la tal historia siendo tan conocidas de todo el mundo las dotes de rey que tiene D. Cárlos y las dotes de his-

---

(1) Para evitar contestaciones y rectificaciones de parte de Ovilo Otero, y no faltar en un ápice á la exactitud histórica, creemos oportuno advertir en esta nota que posteriormente hemos sabido que D. Sergio Ayguals el dia que echó de la oficina á Ovilo Otero con una indirecta, no llevaba zapatos sino botas.

toriador que tiene Ovilo Otero? ¿Será preciso que digamos que la tal historia no es mas que un revoltijo de plagios cazados al vuelo sin órden ni concierto y hacinados los unos encima de los otros, sin método, sin órden cronológico, con un error de gramática en cada linea, con un ataque de sentido comun en cada palabra? Ya hemos visto lo que el bachiller Guindilla puede dar de sí considerándolo literariamente; pues sépase que el bachiller Guindilla, que tan mal escribe cuando se empeña en escribir bien, aunque se empeñase en escribir mal no escribiria una cosa parecida á la que Ovilo Otero titula historia de D. Cárlos. Comparado con Ovilo el bachiller es un genio. Ovilo es al bachiller Guindilla, lo que el bachiller Guindilla es á Mariana. Véase, pues, lo que es Ovilo. La proporcion continua que acabamos de sentar nos lo dice claramente. Escribiendo la MORRALLA, cada dia nos confirmamos mas en la opinion de que la divisibilidad de las facultades morales é intelectuales es infinita como la de la materia. Solo el que como nosotros va buscando en la sociedad los hombres que valen menos, asi como Plutarco buscaba los hombres que valian mas, puede despues de estudiar á Redondo encontrar un hombre que moralmente es inferior á Redondo, Alberni por ejemplo, un hombre que es moralmente inferior á Alberni, por egemplo Juan Mateo; solo el que como nosotros va buscando entendimientos negativos puede despues de Manre-

sa encontrar una cosa inferior á Manresa, Mayoli, una cosa inferior á Mayoli, Ovilo Otero. Tan imposible es llegar al máximo y al mínimo de la inteligencia y de la moral humana, que acaso encontremos un dia en el mundo intelectual algo inferior á Ovilo Otero y en el mundo moral algo inferior á Juan Mateo.

Si *El Trono y la Nobleza* no fuese obra de Ovilo Otero lo mismo que la *historia de D. Cárlos*, creeriamos haber ya encontrado esa inteligencia inferior á Ovilo Otero; pero perteneciendo á un mismo autor las dos obras, no hemos encontrado en *El Trono y la Nobleza* mas que á Ovilo Otero inferior á Ovilo Otero. En *El Trono y la Nobleza* Ovilo Otero se escede á sí mismo en barbarie. Como hay entre las obras de los grandes hombres algunas que son un esfuerzo de génio, entre las de los bárbaros las hay que son un esfuerzo de estupidez. En *El Trono y la Nobleza* ha apurado Ovilo toda su falta de sentido comun; *El Trono y la Nobleza* es el complemento de la estupidez de un estúpido. Ya sabemos que este modo de espresarse no se concibe fácilmente, pero es el único posible: el hombre para comprender lo que no existe ha de crearse y figurarse alguna cosa que tenga realidad; hasta lo negativo lo ha de presentar en términos positivos. El *no ser* se resiste á la concepcion humana, y la estupidez es un verdadero no ser, es una falta, una carencia; no es una facultad sino un defecto de facultad: la estupidez

es una palabra positiva que sirve para espresar una cosa negativa, una falta, una carencia, un defecto; la falta, la carencia, el defecto de inteligencia. En el termómetro de la inteligencia, Ovilo marca el cero y bajo cero en todos sus grados. Hablar de un esceso de estupidez es lo mismo que hablar de un esceso de frio, es un lenguaje que la rutina lo admite pero que la lógica lo repudia; es una implicacion de términos, una locucion ambagiosa. Es lo mismo que decir un esceso de defecto, y sin embargo para espresar la estupidez de Ovilo nos vemos obligados á llamarla esceso de estupidez, que es como si dijéramos un esceso de defecto de inteligencia. En realidad Ovilo Otero tiene falta de sentido comun y esta falta la tiene de sobra. En la *historia de D. Cárlos* vemos la inteligencia humana bajo cero, y bajo cero la vemos tambien en *El Trono y la Nobleza* pero á muchos mas grados. Siendo Ovilo el cero de este termómetro, puede inventarse para espresar los grados negativos de la inteligencia un lenguage análogo al que se emplea para espresar la temperatura: 2 grados bajo Ovilo, 6 grados bajo Ovilo, 3 grados sobre Ovilo, Ovilo; 2 grados bajo cero, 6 grados bajo cero, 3 grados sobre cero, cero.

Si en realidad hubiese un intellectímetro, un termómetro para la inteligencia, ¿á cuantos grados bajo cero descenderia el mercurio aplicando el instrumento á *El Trono y la Nobleza?* Es imposible determinar los grados de una manera precisa, pero bien puede

asegurarse que todo el azogue, por largo que fuese el capilar, bajaria á la esferita, bajaria todo lo que puede bajar, se helaria el mercurio. El que lee *El Trono y la Nobleza*, que entre paréntesis es una de las obras que se han impreso con mas lujo tipográfico, no puede abstenerse de maldecir á Gutemberg por la invencion de la imprenta. ¡Oh! es seguro que Gutemberg si resucitase y viese la obra de Ovilo, se arrepentiria de su invencion creyendo ser la causa del retroceso de la inteligencia. No se podria escribir una cosa peor aunque la escribiese el mismo Ovilo. ¡Pobre nobleza española! La calidad del hombre que se ha propuesto celebrarte prueba bien el grado de decadencia y postracion á que has llegado. Como si no fuese bastante mengua que se ocupase de tí un plebeyo, se ocupa de tí el mas ignorante de todos los plebeyos. ¡Y se ocupa de tí un plebeyo en el siglo XIX, en el siglo de la grande lucha entre los privilegios y la igualdad. ¡Se conoce que Ovilo marcha con el siglo! Un joven hijo de un artesano ha tomado á su cargo la mision de ensalzar á la aristócracia moribunda. Esta sola circunstancia prueba su abyeccion y servilismo. Si Ovilo hubiese nacido toro y los toros supiesen escribir, Ovilo escribiria las hazañas del Chiclanero. No hay hambre que escuse tanta falta de dignidad y de amor propio. Aunque la nobleza fuese digna de ser celebrada por sus hechos, un plebeyo no deberia celebrarla. Celébrense los grandes hechos de los hombres

cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, pero no los hechos de los hombres por pertenecer á esta ó aquella clase. ¿No conoce Ovilo Otero que ensalzando la clase alta por la mentida superioridad de su cuna reconoce implícitamente la inferioridad de la suya? ¿Y qué hombre que tenga dignidad no se tiene por tan bien nacido como el mejor nacido? ¿Qué hombre honrado no se cree valer tanto como el rey? Pero Ovilo no sabe lo que son sentimientos elevados, Ovilo no tiene la mas pequeña idea de su propia dignidad; aunque Ovilo supiese escribir, no habria nacido para escritor sino para lacayo.

Bajo y siempre bajo, y tonto y siempre tonto. Como si el objeto de su obra no fuese bastante bajo y bastante tonto por sí mismo, se valió para hacerla circular de un medio mas bajo y mas tonto que la misma obra. Mendigó suscriciones pasando circulares á toda la grandeza no menos notables por su lenguage servil que por sus faltas de gramática. Bien es verdad que estas pasaron desapercibidas por la mayor parte de los grandes, quienes por lo general tienen las letras tan gordas como Ovilo Otero. Recordamos parte de la circular que dirigió á la condesa de Belascoain, concebida literalmente en los siguientes términos:

«Historia de los grandes y títulos de España, por D. Manuel Ovilo y Otero, autor de la vida del

Príncipe de la Paz, de la de D. Cárlos, etc., individuo de mérito del Ateneo megicano y otras sociedades científicas y literarias.

« Excmo. Sra. condesa de Belascoain.

« Tengo la alta honra de escribir á V. E. para comunicarle que próxima á ver la luz una grande y colosal obra cual es la historia de los *grandes y títulos de España*, siendo V. E. uno de los que mas brillan en ella, etc.

Y concluye: « Queda de V. E. humilde servidor Q. B. S. M. El director de la España literaria.—*Manuel Ovilo y Otero.*»

Presenta Ovilo Otero como títulos de recomendacion de su obra las que lleva compuestas, lo que nos parece un esceso de barbaridad y de amor propio en que nadie puede incurrir sin ser tan estúpido y presumido como él. Para hacer gala de las producciones que se han dado á luz y ostentarlas como un mérito adquirido, es menester que tales producciones hayan hallado una acogida muy favorable y sean por sí solas suficientes para responder del mérito de la que nuevamente se anuncia. ¿No conocia Manuel Ovilo que cualquiera que tuviese gana de suscribirse á la *historia de los grandes y títulos de España* cederia de su propósito, á no ser que careciese de sentido comun, sabiendo que se debe á la misma pluma del que escribió la vida del Príncipe de la Paz y de D. Cárlos? El *etcetera* que hace

seguir á estos títulos literarios, ó mejor antiliterarios, sobra completamente, puesto que Ovilo Otero no es autor de ninguna otra vida. Pero prescindamos de esa etcetera; al cabo si algun mérito tiene Ovilo Otero consiste en lo que ha dejado de escribir. Como se titula autor de la vida de D. Cárlos, sabemos de algunos grandes que se suscribieron á su *Historia* creyendo que Ovilo Otero era un seudónimo de Cárlos IV. ¡Cuán materiales son algunos grandes!

¿Y en qué hipódromo ha adquirido Ovilo Otero el título de individuo de mérito del Ateneo megicano y de otras sociedades científicas y literarias? ¿Qué Ateneo, qué sociedades son esas? ¿En qué cuadra celebran sus sesiones? ¡Válganos Dios! ¡lo que miente Manuel Ovilo! Pero en fin mas vale robar títulos que otra cosa.

¿Qué sociedad científica y literaria ha de admitir á un chiquillo que todavía no sabe distinguir el género masculino del femenino? ¿á un chiquillo que llama á la condesa de Belascoain Excmo. señora? ¿á un botarate que se ha metido á escritor para evitarse la molestia de ir á la escuela? ¿á un avestruz que hasta las fórmulas desconoce de la buena sociedad? ¿á un paleto que de tal modo enseña el pelo de la dehesa que concluye una carta á una señora *besándole la mano?* Pero él se corregirá, con el tiempo le besará la pata. ¡Vaya con el individuo del Ateneo megicano!

Lo que sobre todo revuelve el estómago es el últi-

mo título que se dá de director de la España literaria. Por supuesto la España literaria debe de ser una sociedad, pero una sociedad que no tendrá otro socio mas que Ovilo Otero. ¿Un niño que lea el Caton ha de dejar dirigirse por Ovilo? Para olvidar la gramática no se necesita maestro ni director. ¡Ay Ovilo, Ovilo! ¡Como no saque algun partido de tí Mr. Paul no lo sacará nadie!

Pero hasta ahora por la circular dirigida á la condesa solo le hacemos á Ovilo los cargos á que le hace acreedor su estupidez; veamos á cuales otros le hace acreedor su servilismo. Decir que se tiene la honra de escribir á una condesa, no por ser condesa sino por ser señora, puede tomarse como galantería; pero calificar de *alta* su honra es propio solamente del que no sabe lo que es honra. Lo de humilde servidor puede tambien pasar como cosa de fórmula, aunque es una fórmula que nosotros no la adoptamos por embustera y porque nos huele á lacayo sin poderlo remediar.

Parece que la presuncion estremada y el estremado servilismo se escluyen mutuamente; sin embargo, la circular de que nos ocupamos no menos acredita á Ovilo Otero de presuntuoso que de servil. ¿Qué otro que no fuese Ovilo se atreveria á calificar de grande y colosal una obra propia? Mientras él viva no faltará quien le alabe.

¡La aristocracia y Ovilo Otero! No sabemos de estas dos cosas cual es la mas digna de lástima. Ne-

cesario es que la aristocracia esté ya muy cerca del fondo del abismo á que la arrojó el progreso de la humanidad para verse abandonada de todo el mundo, menos del hijo de un pobre sillero. Necesario es que el hijo de un pobre sillero haya perdido completamente la conciencia de sus deberes para emplear sus piropos en obsequio de la aristocracia. ¿Cómo no ve Ovilo Otero la ancha é inespugnable valla de preocupaciones que separa á los aristócratas de la clase á que él pertenece? Si los aristócratas quieren que se les alabe, alábense ellos en buen hora, salga de sus filas el que lleve su pendon; pero no sea un paria, un hijo del pueblo el que queme incienso ante sus aras. ¡Si al menos la nobleza valiese algo! ¡Si al menos la nobleza de la cuna llevase consigo la de los sentimientos y la de las acciones! ¡Si al menos en los rancios y polvorosos pergaminos estuviesen consignados grandes hechos de gloria y de filantropía, y la estirpe de todos los señores fuese tan clara como ellos suponen y reconociese constantemente un origen honroso! Entonces hubiéramos dicho que Manuel Ovilo, no dejándose arrastrar del espíritu reaccionario de la generalidad enemiga hasta cierto punto de los nobles mas por envidia que por venganza, escribia la historia de los grandes guiado por un sentimiento de admiracion y de justicia. ¿Pero la aristocracia y los títulos que marcan su gerarquía, son hijos acaso de alguna grande virtud? ¿No son con la mayor frecuencia el premio con que se galardona la abyeccion de

aduladores palaciegos? Del modo como se forma en la actualidad la nobleza podia haber deducido Ovilo Otero el modo como se ha formado siempre. ¿Qué grande accion hizo á Godoy príncipe? ¿Qué hecho glorioso ha convertido en duque al guardia de corps Muñoz? ¿Por qué Narvaez y Carrasco y Pavía y Cortés y Roncali y todos los demas que pertenecen á la hornada de títulos que se han creado de tres años á esta parte han conseguido semejante predileccion? ¿Les han ennoblecido sus proezas? «No, responderá tal vez Ovilo Otero, pero hay mucha diferencia de la nobleza antigua á la nobleza de nuevo cuño.» Y nosotros le probaremos que la nobleza antigua es todavía mas indigna que la moderna de la superioridad con que las preocupaciones destruyen el nivel de la razon y de la naturaleza. Tambien nosotros hemos desenterrado algunas crónicas y nos hemos encaramado alguna vez por el árbol genealógico de las familias que blasonan de tener una sangre mas pura que el resto de los hombres. ¿Ha leido Manuel Ovilo lo que acerca de este particular ha dejado dicho el cardenal D. Francisco Bobadilla, arzobispo de Burgos, hermano del marques de Cañete? Acaso no tarde en publicarse acerca de este particular una obrita que con el título de *el Tizon de España* se escribió en la época en que se hallaba en su apogeo la aristocracia de la sangre. Es una obrita que el laborioso D. José Ferrer ha encontrado sumida en el polvo de los archivos de Simancas, y de que

el buen Ovilo podrá sacar muy curiosos datos para adicionar la obra que él mismo llama por modestia obra grande y colosal. No deja de ser singular que un arzobispo hermano de un marques haya buscado los lunares de la nobleza en tiempo de Felipe II, y que un quidam hijo de un sillero haya buscado sus buenas prendas en tiempos de Constitucion. ¡Qué trueque de papeles! ¡qué anomalia! ¡qué viceversa! Con todo, la conducta del arzobispo tiene una esplicacion mas lógica que la de Ovilo. Parece que el arzobispo solicitó de Felipe II dos mercedes de hábitos para sus sobrinos y que el rey se los negó diciéndole que no eran limpios. Ofendido el arzobispo por esta negativa procuró probar con documentos irrecusables que linages de los que por mas ilustres se tienen se hallan en el mismo caso, sin que esto haya servido de impedimento para obtener las gracias de hábitos en las órdenes militares y otras dignidades mayores. Es curioso por la cortesana malicia con que está redactado el discurso que á manera de dedicatoria al rey hace preceder el ilustre prelado de su exámen genealógico. Afectando prestar un servicio al trono, cuando solo trata de reconvenir al rey por sus deferencias, le dice:

«Señor.—Como muchas casas y familias que se hallan en el libro de los linages de España que escribió el conde D. Pedro, por su brevedad no están bien contenidas ó entendidas, quise, movido del celo de que no se ignoren los principios y origen de

algunas de las que importan, ponerlas aqui para que de raiz sepa V. M. lo que alli no se declara tan exactamente como en este compendio que dedico á V. M. para que conozca alguna parte del deseo que he tenido de servirle.»

Despues de este breve discurso saca el cardenal de su estuche su finisimo escalpelo, diseca unos tras otros todos los linages que constituyen la grandeza de España y pone ante los ojos del rey los resultados de su minuciosisima autopsia. Si Manuel Ovilo leyese esta obra quedaria obstupefacto al saber que en Castilla y Portugal son muchos los linages que proceden de Hernando Alonso de Toledo, natural de Córdoba, que se convirtió de moro en tiempo del rey D. Alonso el VI, segun escribe el conde D. Pedro en su Nobiliario, título 22 y 43, y Bobadilla hace notar que aunque Hernando fué rico home y de mucha nobleza y compañia entre los moros y tan antigua su conversion, como el ser moro basta sin limitacion de tiempo para oscurecer su linage, todas las casas de Castilla se hallan infamadas y sucias por muchos costados.

De Fernando Alonso proceden los Portocarreros; y de estos todos los Pachecos de Castilla, cuya sangre se mezcló con la de Ruiz Capon, que fué al reino de Portugal por Almojarife de Doña Urraca. De María Pacheco y de D. Alonso Tellez Giron fueron hijos D. Juan Pacheco y D. Pedro Giron, de los cuales descienden las casas siguientes: El conde de la

Puebla de Montalban, el conde de la Puebla Llerena, el marques de Villanueva dicho del Fresno, el marques de Alcalá, el duque de Escalona y el duque de Osuna. Agréguese á esto que el maestre D. Juan Pacheco casó nueve hijas, de quienes dice Bobadilla que desciende toda la nobleza de España.

No es mas limpio el linage del cardenal de Castilla y sus descendientes bastardos, cuya diseccion hecha por el citado arzobispo dá lo que sigue:

«Los Castillas, de hijos bastardos del rey don Pedro, yerno de Doña María de Castilla, que casó con D. Gomez Carrillo, Sr. de Pinto, y de estos son los de Gormas.

«Los descendientes de D. Juan, hijo del rey don Pedro y de Doña Juana de Castro, que son los Pozos de Castilla, que por lo menos son legítimos de matrimonio celebrado *in facie ecclesiæ*, nacidos en buena fé y conocidos por tales.

«Hubo D. Juan en Doña Elvira Erol á D. Pedro que fué obispo. D. Pedro hubo en María Hernandez Bernal, *muger baja* de Salamanca, á D. Sancho de Castilla, de quien vienen los señores de Gorlen en el reino de Granada, y D. Pedro Laso de Castilla, de quien vienen los señores de Montalvo en la Mancha. De D. Sancho de Castilla proceden los condes de Castro, y de D. Rodrigo Manuel la condesa de Elda, muger de D. Pedro de Alarcon; doña Juana Manrique, señora de Valverde en la Mancha, y la casa de D. Enrique de Toledo presidente de órde-

nes, Sr. de las cinco villas; de D. Luis de Velasco, Sr. del Perú, y de Doña Catalina de Castilla, hija de dicho obispo D. Pedro, proceden el marques de Poza, el conde de Paredes, el de Miranda, el de Rivadabia, el de Salinas, el marques de Alcañizas, el de la Mata, el de Ayamonte, el duque de Nágera, el de Maqueda, y se advierte que el marques de la Mota, conde de Salinas, conde de Miranda, marques de Ayamonte, conde de Villanueva, marques de Cañete, marques de Homerta, conde de Castelar y todos los Castillas de Valladolid descienden de la hija que tuvo el obispo en la segunda *manceba* llamada Isabel de Oteni, cuya hija, llamada Catalina, casó con D. Diego de Rojas. Tuvo igualmente por hijo en la susodicha Isabel de Oteni á D. Alonso de Castilla, clérigo prior de Arvache; y en los procesos que estan en la Inquisicion de Valladolid sobre los negocios de D. Luis de Rojas y sus tios y de Doña N. Enriquez que fué *presa y penitenciada*, muger de Juan Alonso de Fonseca, consta que Doña Juana fué hija de dicha Isabel de Oteni, y esta lo fué de un ingles *desplegamanteles*, y despues en la informacion que hizo el canónigo de Toledo Diego de Guzman para el canonicato que se proveyó en D. Diego Enriquez, le probó que procedia del digno contador Rodrigo de Ulloa y de Doña Aldonza de Castilla, de donde proceden tambien el Conde de Niebla, que es al presente, los hijos de Leonor de Alcuña, muger de D. Diego Sarmiento, conde de Salvatierra, el

conde de Barajas, conde de Aguilar, marques de Avilafuente, la casa del duque de Villahermosa, don Gomez Enriquez de Salamanca, las hijas de Francisco de Castilla en Murcia, condes de Fontidueña, D. Juan de Castilla el de Madrid, duque de Alburquerque, la muger de Tellez de Guzman, Doña Juana de Castilla, muger de Hernando de la Vega, el de Palencia, los hijos de Diego de la Cueva y los Sarmientos de Burgos.»

Hecha la diseccion del linage del cardenal de Castilla, se ocupa el arzobispo de los descendientes de Inés Fernandez Estevez, hija de un capitan de la guardia convertido de judío y llamado *Barbon* por sobrenombre. Pasa en seguida á contar las ramas podridas de los descendientes de Leonor Martinez, muger baja, manceba del duque de Arcos; luego ve ramificarse con los Pachecos á los descendientes de Francisca de la Fuente, muger tan oscura que no se sabe lo que era, y de la cual parten por adulterio concúbito una infinidad de los títulos que suenan en la actualidad con mas estrépito. Es notable lo que espone de María Tordecillas, muger de condicion muy humilde, de cuya sangre son sin embargo los señores de Verlanga, de Villanueva del Rio, de Andrade, de Alcalá, de Avila Fuente, Alcañizar, el Carpio, Osuna, la duquesa Verganza, el condestable de Castilla, conde de la Puebla de Montalban, de Monterrey, de Olivares y la muger de D. Juan Avellaneda. Por último, encuentra el punto de partida de

una infinidad de casas de grandes en Teresa Enriquez, hija bastarda del almirante D. Alonso Enriquez, habida en una morisca su esclava. Ya ve Ovilo Otero que tambien nosotros tenemos antecedentes y datos para escribir la historia de los grandes y títulos de España. Y cuenta que nosotros no hacemos mas que apuntar la procedencia, prescindiendo de ciertas anastómosis impuras establecidas en el curso de las generaciones. Hay en la nobleza muchas manchas sobre manchas. En el *Tizon* acerca de este particular se leen cosas muy divertidas, las siguientes por egemplo: «A Vizcaya fué á vivir un médico que se llamaba Mosen Pablo, el cual fué convertido de judío; tuvo cuatro hijas y las casó con cuatro casas muy ilustres, de quien se ha amancillado mucha gente.

«Pedro Arias, contador del rey Enrique IV, fué hijo de una tabernera de Madrid, cuyo padre se convirtió de judío. Fué padre de Juan Arias, señor de Torrejon de Velasco, de quien descienden los condes de Puñonrostro, D. Juan Arias y el obispo de Segovia; procediendo la inquisicion contra su madre, sacó los huesos de la sepultura y con ellos fué á Roma, por lo que hicieron las coplas siguientes:

A ti don Arias el puto
que eres y fuistes judio,
contigo no me disputo

que tienes gran señorío.
¿Aguila, castillo y cruz
dime de donde te viene?
porque tu padre capuz
nunca le tuvo ni tiene.
¿Aguila, castillo y cruz,
judío, donde la hubiste?
El águila es de rapiña,
el castillo de Emaus,
y la cruz donde pusiste
á mi Redentor Jesus.

¿Qué tal le parecen á Ovilo las coplillas? Casi estamos por decir que la nobleza española es digna del historiador que la celebra.

Despues de subir del tronco á las ramas, baja el arzobispo de las ramas al tronco y nos enseña el tizon de cada una. Sigue á los duques de Medina-Sidonia hasta tropezar con Isabel de Meneses, de linage desconocido; á los duques de Arcos hasta el judío Ruy Capon; á los de Rojas hasta el moro Fernando Alonso, convertido en la toma de Toledo; á los marqueses de Villanueva del Fresno hasta la Tordecillas, confesa, de bajo linage; á los condes de Medellin, cuya sangre inficionan tres bastardos; á los de Palma, descendientes del de Ureña, bastardo de Tellez Giron; á los duques de Osuna que tienen por dos partes Pacheco y descienden del judío Ruy Capon; á los condes de la Puebla, cuya alcurnia se

pierde en la Tordecillas, muger baja, en el judío Ruy Capon y en el moro Hernando Alonso; á los señores de la Puebla de Montalban, á los marqueses de Priego y condes de Teria, á los condes de Benavente, y marqueses de Camares y marqueses de Mondejar, condes de Tendilla, que tienen todos Pacheco ó Portocarrero ó Pacheco y Portocarrero á la vez; á los condes de Oropesa, que tienen espuridad de García Alvarez y de una monja; á los adelantados de Castilla, que proceden de una muger toledana, llamada Romanea, de baja suerte; á los condes de Santisteban, manchados por Doña Beatriz Pacheco, hija bartarda del maestre D. Juan Pacheco; á los duques de Alcalá, cuyas venas infesta tambien la sangre de la Tordecillas; á los duques de Alburquerque, que descienden de Diego Cueva, hijo de Gil Fernandez de la Cueva, zurrador segun pública voz y fama en Ubeda; á los almirantes de Castilla, que tienen tambien Pacheco; á los señores de Labrada, sucesores tambien de la Tordecillas; á los condes de Fuensalida, que derivan de D. Fadrique de Zuñiga, hijo bastardo de D. Antonio de Zúñiga, Prior de San Juan; á los condes de Valencia, manchados por Portacarrero; á los marqueses de Falces, que vienen de un hijo bastardo de D. Alonso Carrillo de Acuña; á los mariscales de Navarra, que proceden de Mosen Leon, hijo bastardo de Don Carlos el Malo, 21 de los reyes de Navarra, sin que se sepa, segun dice Garibay, quién fué su madre;

á los condes de Lerin, cuyo origen se pierde en Mosen Cárlos, hijo bastardo de D. Luis de Veamonte, el cual era hijo bastardo tambien del rey Cárlos de Navarra; los marqueses de Zerralbo, que ademas de venir de Ruy Capon vienen de una F. de Castro, de Salamanca, tenida por no limpia; á los marqueses de Tarria, oriundos de la hija de un zapatero, de baja suerte, convertido de judío; á los duques de Medinaceli, que descienden de la hija de un calafate, de bajo linage; á los duques de Maqueda y marqueses de Velez, procedentes de Clara Vaez, portuguesa de bajo linage; á los señores de Torralva y Vela, que á mas de tener descendencia de Clara Vaez la tienen de una hija bastarda del almirante D. Alonso Enriquez; á los señores de Coca y Alaejos, que proceden de un pellejero; á los condes de Monterrey, que vienen de D. Juan Gonzalez de Ortiz, de baja ralea; á los Ulloas de Toro, señores de Villaguerin y condes de Villagorza, sucesores de doña Constanza de Castilla, hija de Isabel de Drohellin, judía manceba del obispo de Palencia; á los señores de Fontidueñas, condes de Salinas, marqueses de Alcañizas, condes de Miranda, marqueses de Tormentas, Fonseca de Toro y marqueses de Poza, procedentes tambien de la misma judía Drohellin; á los duques de Nájera, derivados de Doña Guionar de Castro, hija bastarda del conde de Montesanto en Portugal; á los marqueses de Aguilar, descendientes de García Hernandez, hijo bastardo de Juan Manrique; los duques de Frencabila, des-

cendientes de Ana de la Cerda, de ignorada prosapia; los condes de Sástago, descendientes de un tal Chacon, alias Cancon ó Coscon, judío; los duques de Villahermosa, que cuentan entre sus ascendientes á una María Juncos llamada la confesa, hija de un judío, apellidado Concejo, presa y reconciliada por la inquisicion de Zaragoza; á los duques de Medinaceli, en quienes descubre á mas de la sangre impura de la hija de un calafate, como anteriormente hemos visto, la espurcísima de María Escudera, muger de un barbero natural del Puerto de Santa María; á los condes de Salinas, oriundos de una mulata; á los condes de Velalcazar, entre cuyos antecesores se halla Fernandez Estevez, zapatero y judío; á los señores de Villacis, cuya genealogía nos presenta á Beatriz Suarez, hija natural de Alvaro García; á los señores de Coca y Alaejos, que vienen del marques de Zenete, hijo del cardenal D. Pedro de Mendoza; á los marqueses de los Velez, procedentes del ama que crió á la reina católica; al comendador de la Fuente y su hermano Juan Gonzalez, que fué convertido, como consta en autos, descendientes del regidor Fernando de la Torre, el cuál fué ahorcado por la comunidad y en 1626 la inquisicion le quemó en estatua, y de Ines de la Torre, que tuvo tres ó cuatro hermanos reconciliados; al alferez mayor de Toledo, que desciende del Prior de San Juan D. Antonio de Zúñiga, el cual tuvo dos amigas, de las cuales la una se llamó María Romero, de ruin linage, y la otra llama-

da Judioma, fué quemada en Toledo; á los señores de Bustos y Villaverde, manchados por los Pachecos; á los maestres D. Juan Pacheco y D. Pedro que tienen un punto de partida en María Ruiz, que fué hija de Ruy Capon, y entrambos se convirtieron de judíos; los Galias y Verásteguis, procedentes de una conversa que fué penitenciada; á los señores de Torrijos amancillados por Mendozas y Portocarreros; los marqueses de Avilaos, en cuyos progenitores no falta algun bastardo, y por último los señores del valle de Trigueros, que descienden de Hernando Alonso de Robles, hombre oscuro y de bajo linage.

Si se considera que en esta rápida ascension y descension genealógica que acabamos de hacer guiados por el discurso del arzobispo de Burgos no hemos hecho mas que apuntar uno que otro vicio de linage, prescindiendo de algunos otros que no dejan de ser igualmente notables, y si se considera tambien que son pocas, muy pocas las casas pertenecientes á la antigua nobleza que no hayan mezclado su sangre con alguna de las espresadas en la precedente relacion, se verá hasta qué punto puede nuestra petulante aristocracia blasonar de limpieza y hasta qué punto es ridículo ese desden con que los llamados nobles miran á los demas, como si fuesen ellos de un órden superior y de una naturaleza mas depurada. Felipe II conoció perfectamente la certeza de la reseña genealógica que le presentó Bobadilla, y mandó que la materia que trataba de linages y

que estaba en el archivo de Simancas se trasladase á la biblioteca de San Lorenzo el Real para que *estuviese con mas recato y se perdiese la oscuridad que toca á las casas contenidas en el discurso del arzobispo.* Pero seguramente esta órden no tuvo cumplimiento ó quedó una copia ó borrador del discurso en el archivo de Simancas, de donde lo ha desenterrado para mengua de la gente de alto copete nuestro amigo don José Ferrer, quien lo mismo que nosotros ha nacido para revelar lo que los que no son santos de la devocion del pueblo quisieran que estuviese oculto.

¿Qué le parece la revelacion al buen Ovilo? ¿No se le figura al tropezar con tantos moros, con tantos judíos, con tantos bastardos, con tantas confesas y penitenciadas que recorre la historia de la crápula de todos los tiempos? ¿No encuentra una especie de analogía en la sensacion que produce esta lectura con la que produce la lectura de la genealogía de la sífilis en el Cándido de Voltaire? «¡Oh Cándido querido! contestó Pangloss; vos habeis conocido á Juanita, la hermosa doncella de la baronesa; pues bien, yo libé en sus brazos las delicias del paraiso, y me produjeron estos infernales tormentos que me devoran; se hallaba infestada de ellos, quizás ellos la hayan asesinado. Juanita recibió este regalo de un zapatero muy sabio que se habia remontado á la fuente del mal porque á él se lo habia dado una condesa vieja, á la vieja un capitan de caballería, al capitan de caballería

una marquesa, á la marquesa un page, al page un jesuita, quien lo habia recibido, siendo novicio, de uno de los compañeros de Cristobal Colon.»

La historia de la grandeza, no como la escribe Ovilo Otero, sino como la escribiria un literato investigador, discreto, independiente y concienzudo, confirmaria á cada paso la verdad del dicho de una famosa prostituta. Un duque, cuyo hijo vive todavía y que pasa por uno de los de mas clara estirpe á pesar de que Bobadilla comprendió tambien su casa en su exámen genealógico, estaba amancebado con una manola de rompe y rasga, célebre en la coronada villa por su gracia y su hermosura. Gastaba un lujo asiático, vestia como una princesa, y envidiaban muchos grandes su magnífico coche. El duque era casado, pero su esposa á fuer de muger de un duque no era celosa ni escrupulosa en estremo, como no lo son generalmente las que se casan sin amor y solo por razon de estado. A mas de que ciertos matrimonios se toleran mutuamente las infidelidades, y él y ella saben al cometerlas que donde las dan las toman y que es muy lógico y natural pagarse en la misma moneda. Con todo, la duquesa á que aludimos si no tenia celos tenia el orgullo inherente á su clase, y deseaba por amor propio humillar á la que le usurpaba las caricias de su esposo. La ramera conocia las pretensiones de la duquesa y juró que no se saldria con la suya. Algunas veces la ramera y la duquesa se encontraban en la

calle, y aunque entre las dos habian mediado algunas relaciones, no se saludaban jamas porque ninguna de ellas queria ser la primera en hacerlo. Un dia se encontraron en el Prado, y la duquesa automáticamente ó por equivocacion saludó á la manola sin que por esto mereciese contestacion su saludo. Herida como es natural en su amor propio, irritada como una leona, apenas llegó á su casa armó la de Dios es Cristo, se quejó amargamente á su marido de la humillacion que la ramera le habia hecho sufrir, y exigió de él que la reconviniese con toda la aspereza posible. El duque, no tanto para complacer á su esposa como por un arranque aristocrático, se presentó á su concubina y echándole en cara su conducta recordó la vileza de su origen. «Mi origen es mas noble que el tuyo, dijo la ramera, porque has de saber que no soy una prostituta de dos dias, soy una prostituta de raza; mi madre lo era y mi abuela tambien, y me admira que seas tú quien afecte despreciarme por la humildad de mi origen. Nosotras somos mas nobles que vosotros, porque nosotras las prostitutas somos hijas de grandes y vosotros los grandes sois hijos de lacayos. Y no pienses que esto sea un juego de palabras; mi madre vive todavia y te dirá, si quieres saberlo, quien fué tu padre y quien el mio.» El duque por toda contestacion se encogió de hombros y se dió prisa en mudar de conversacion.

Bien puede conocer Ovilo Otero que aunque nun-

ca nos hemos propuesto escribir la historia de los grandes y titulos de España, por muchas circunstancias y especialmente por el número de datos que poseemos nos hallamos mas que él en disposicion de escribirla. Pero nosotros no damos importancia alguna á los actos buenos ó malos de los que ya no existen cuando tratamos de los que existen todavía. Si Ovilo Otero fuese grande por sus hechos como Colon, nos mereceria mas respeto que el actual duque de Veraguas, y si el actual duque de Veraguas fuese un Ovilo Otero, diriamos de él lo que decimos de Ovilo Otero, por mas que sea descendiente de Colon. Las manchas y las glorias de los hombres mueren en los que las contraen, y las despreocupaciones de la época han vuelto enteramente ridícula la petulancia de los grandes que hacen alarde de la antigüedad de sus blasones cuidándose muy poco de añadirles nuevo lustre. La nobleza hereditaria seria de algun valor si los grandes hechos de los antepasados sirviesen de egemplo y de pauta á los que les suceden. Pero nada de eso. Aun prescindiendo de que la mayor parte de familias nobles no tienen un punto de partida en ninguna hazaña mas ó menos estrepitosa, hemos de considerar que la gloria de los hechos no se trasmite, si los que creen tenerla vinculada en su familia no la ilustran con los suyos. Parece que el que blasona de descender de héroes contrae la obligacion de ser héroe tambien, de otra suerte sus alardes son una fatui-

dad ridícula. ¿No hace reir el duque de Veraguas que con su título de duque y de Almirante ha navegado menos que nadado nosotros? ¿Sirven tales títulos para recordar la grandeza del famoso argonauta ó para poner en evidencia las personas de los que los heredaron? Colon no necesita para su gloria vincular su nombre en una familia; seria el mayor agravio que podria hacerse á su memoria suponer que para que viva eternamente es necesario archivarla en los pergaminos de una casa; la humanidad entera es el archivo en que se guarda. Aunque Colon no hubiera tenido descendientes, no por eso seria su nombre menos ilustre. Nadie tiene mas gloria que la que él mismo se adquiere. *Non facit nobilem*, dice Plinio, *atrium plenum fumosis imaginibus; nemo in nostram gloriam vixit, nec quod ante nos fuit nostrum est.*

A esa cáfila de aristócratas indolentes y parásitos, famosos nada mas que por sus riquezas, que se creen con derecho para despreciar á los demas como si fuesen de un órden inferior, les diremos que el hombre lleva en sí mismo y solo en sí mismo la cuna y la tumba de su gloria, les recordaremos el famoso dicho de un personage célebre hijo del pueblo, que habiendo logrado con sus hechos conquistarse un puesto entre los grandes se vió desdeñado por estos, quienes le echaron en cara su procedencia oscura y le consideraron indigno de alternar con ellos... «Mi nobleza empieza en mí, les dijo, la vues-

tra acaba en vosotros.» A esos petulantes les recomendamos la lectura de la famosa sátira de Jovellanos:

«Mira cual corre en polison vestido
por las mañanas de un burdel á otro,
y entre alcahuetes y rufianes bulle.
No importa; viaja incógnito con palo,
sin insignias y en frac; nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
desde una milla... ¡Oh! ¡cómo el sol chispea
en el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesies
sobre la negra crin de los frisones!
Visita: corre en noble compañía
al Prado, á la luneta, á la tertulia,
y al garito despues. ¡Qué linda vida,
digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
y sin tocar á los cuarenta abriles
la mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, asi! Si alguno escapa,
la vejez se anticipa, le sorprende,
y en cínica é infame soltería,
solo, aburrido y lleno de amarguras,
la muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si antes el ara de himeneo acoge
su delincuente corazon, y el resto
de sus amargos dias le consagra,

triste de aquella que á su yugo uncida
victima cae! Los primeros meses
la lleva en triunfo acá y allá; la mima,
la galantea... Palco, galas, dijes,
coche á la inglesa... ¡miseros recursos!
el buen tiempo pasó, del vicio infame
corre en sus venas la cruel ponzoña.
Timido, exhausto, sin vigor... ¡oh rabia!
el tálamo es su potro. ¡Mira, Arnesto,
cual desde Gades á Brigancia el vicio
ha inficionado el gérmen de la vida!
¡Y cuál su virulencia va enervando
la actual generacion! Apenas de hombres
la forma existe... ¿A donde está el forzudo
brazo de Villandrando? ¿Do de Argüello
ó de Paredes los robustos hombros?
¿El pesado morrion, la penachuda
y alta cimera acaso se forjaron
para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
sobre la cuera y la enmallada cota
vestir ya el duro y centellante peto?
¿Quién enristrar la poderosa lanza?
¿Quién..... ¡Vuelve, oh fiero berberisco! vuelve,
y otra vez corre desde Calpe al Deva,
que ya Pelayos no hallarás, ni Alfonsos
que te resistan; débiles pigmeos
te esperan. De tu corva cimitarra
al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran

los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia
sin la virtud? ¿Los nombres venerados
de Laras, Tellos, Haros y Girones
qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
la fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
á quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un dia tan temido
en quien libraba el castellano pueblo
su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes: todo
se precipita. El mas humilde cieno
fermenta y brota espíritus altivos
que hasta los tronos del olimpo se alzan.
¿Qué importa? venga denodada, venga
la humilde plebe en irrupcion, y usurpe
lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
clases ni estados. Si la virtud sola
les puede ser antemural y escudo,
todo sin ella acabe y se confunda.»

Desgracia es seguramente para los nobles que en contra de la nobleza hayan escrito hombres tan eminentes y tan considerados como Jovellanos y Bobadilla, y en pro hombres tan ruines y tan despreciables como Ovilo Otero. Jovellanos, hijo de una familia distinguida, uno de los primeros literatos y

hombres de estado que ha habido en el mundo, mira lo que es la nobleza en tiempo de Carlos III, en que no estaba todavia tan abatida como ahora, y la nobleza le inspira una sátira: D. Francisco Mendoza Bobadilla, hermano de un marques, perteneciente por su cuna á la aristocracia de sangre y por su elevacion á la aristocracia del clero, mira lo que es la nobleza en tiempo de Felipe II, cuando se hallaba en su apogeo, y la encuentra llena de manchas y de mezclas de sangre de rameras y judios, y en el siglo XIX, cuando la nobleza de la sangre se halla en un período de descomposicion, cuando ya á ningun grande cede la acera un mozo de cordel, cuando la aristocracia de nacimiento se ve obligada á hacerse á un lado todo lo que puede para dejar puesto á la aristocracia del oro, la cual al cabo la echará del banco empujada ella misma por la aristocracia de la virtud y de la inteligencia, un hijo de un sillero, que se ha metido á escritor tal vez por carecer de capacidad para aprender el trivial oficio de su padre, se convierte en apologista de los grandes y de los títulos, poniéndose en oposicion con Jovellanos, con Bobadilla, con el Evangelio y hasta con el espíritu del siglo. Nada mas osado que la ignorancia.

¡La pluma de Ovilo Otero! ¿No tenia la aristocracia otro dique que oponer al torrente de despreocupaciones que la está devorando? Mas honroso le hubiera sido no oponerle ninguno. ¿Y Ovilo Otero no tenia mas modo de vivir que el de me-

terse á escritor? Y ya que se metió á escritor ¿no tenia otra cosa de que escribir mas que de la aristocracia? Si solo para vivir se hubiese metido á escritor despues de haber pedido en vano un bocado de pan á sus facultades físicas y morales, perdonaríamos su atrevimiento, y si en la necesidad de escribir para comer y conociendo su falta de recursos intelectuales hubiese consagrado los pocos que tiene á la defensa de la aristocracia para no amancillar con sus borrones objetos mas respetables, no solo seriamos indulgentes con él sino que aplaudiríamos su delicadeza. Al cabo Ovilo como escritor mancha todo lo que toca, y ya que no puede dejar de ser escritor, debemos darle las gracias por haber tenido la discrecion de no tocar mas que cosas ya manchadas. Tan manchado Ovilo como la aristocracia, poniéndose en contacto aquel con esta seria bien difícil determinar cual de los dos es el que mas se ensucia. Pero este problema no es de resolucion importante; al cabo ni la aristocracia ni Ovilo sufrirán menoscabo por una mancha mas ó menos.

¿Pero qué diablos estamos haciendo? Tenemos un almacen de políticos que se disputan el aire libre y la gloria de salir á la vergüenza para llamar la pública espectacion, y nos ocupamos de Ovilo Otero ni mas ni menos que si fuese alguna cosa. ¡*Mutis, mutis*, señor Ovilo! ¡adentro! El público lo pide y es menester darle gusto, y á mas de gusto una satisfaccion por haberle entretenido tanto tiempo con un

ente tan insignificante y que vale tan poco. El público es indulgente y acaso nos perdone si le decimos que al poner en camisa á Ovilo Otero de lo que menos nos hemos acordado ha sido de Ovilo Otero; nos hemos valido de él como de un pretesto para desnudar á la aristocracia que le ha confiado su pendon. *¡Póvera aristocracia! ¡adesso si estai fresca!*

Lo que es Ovilo Otero no puede quejarse de nosotros. La suerte le favorece; la Providencia que con su égida protege á los hombres de bien le ha tenido de su mano. Villergas era el encargado de sacar á Ovilo á la vergüenza, pero Villergas no escribe ya en Los Políticos. ¡Ay de Ovilo si Villergas le hubiese cogido por su cuenta! ¡No hubiera salido de sus uñas tan bien librado como ha salido de las manos de este pobre Jesuita! El *Tio Camorra* es la providencia de Ovilo; el atroz *Tio Camorra* ha librado á Ovilo del látigo de Villergas, porque Villergas ha dejado Los Políticos para escribir el *Tio Camorra*. ¡Qué suerte de Ovilo!

Mas no crean los camaleones de la patria que por dejar de escribir Villergas en Los Políticos haya mejorado su posicion. Al contrario, ha empeorado considerablemente. Podrian estar contentos si la retirada de Villergas de Los Políticos fuese una retirada de la escena política. Pero nada de eso, él y yo formábamos un egército que se ha divido en dos columnas, cada una de las cuales hará por sí sola tanto fuego como hacian las dos unidas. ¡Ira de Dios! aho-

ra si que se va á batir bien el cobre. Villergas blasona de atroz y el *Jesuita* blasona de inexorable, y antes de separarse, el *Jesuita* ha jurado ser doblemente inexorable y Villergas ser doblemente atroz. Es cosa que no se concibe Villergas doblemente atroz, porque Villergas desde que cojió el rebenque de la sátira contra los hipócritas, los tontos y los pícaros llegó al apogeo de la atrocidad.

Uno y otro hemos probado ya lo que podemos unidos cuando se trata de arrancar caretas y derribar opiniones usurpadas, y la esperiencia nos ha demostrado que cada uno de nosotros aisladamente puede ejercer una accion tan poderosa como los dos juntos. El escelente prólogo y la dedicatoria mas escelente todavía que se leen al frente del primer tomo son esclusivamente debidos á mi amigo Villergas, y nadie duda que el que escribió aquel prólogo y aquella dedicatoria tenia sobrado corazon y sobrada cabeza para por sí solo llevar á cabo la empresa que acometimos los dos. A escepcion de la biografía de Lopez que la hemos escrito mancomunadamente, ya dictando Villergas, ya dictando el *Jesuita*, todo lo demas se ha escrito sin depender mutuamente el uno del otro. Y aun la biografía de Lopez, si esceptuamos lo poco que precede al capítulo titulado amnistía, se ha escrito tambien cogiendo cada cual por su cuenta determinados milagros de la vida del célebre *ministro de los credos*. El capítulo III, titulado *Amnistía*, que llega desde la pági-

ia 33 hasta la 50 inclusive, es enteramente mio; el que sigue, titulado Periodo de la Revolucion, es de Villergas, y llega hasta la página 64; el V es mio; el que sigue á este, que se titula Junta Central, es de Villergas; la conclusion de Lopez, que está comprendida entre la página 129 y la 161, es mia. Mios son tambien los capítulos consagrados á Serrano, á Seoane, á Isturiz y á Alcalá Galiano; los demas comprendidos en los dos primeros tomos son esclusivamente de Villergas, y ciertamente si Villergas no hubiese tenido ya una reputacion justamente merecida tales capítulos bastaban para formársela. Este tomo, que es el tercero de los Políticos y el primero de la Morralla, casi me pertenece esclusivamente, pues en él no tiene mas Villergas que el capítulo dedicado á Avecilla.

Como de lo que ha producido un escritor se deduce generalmente lo que puede producir, ahora que el *Jesuita* solo ha quedado encargado de la redaccion de esta obra, cree oportuno manifestar á los suscritores la parte que ha tomado en ella para que juzguen si tendrá las suficientes fuerzas para llevarla á cabo, sin que desmerezca lo que publique en lo sucesivo de lo que va ya publicado. Indudablemente la pluma de Villergas, tan digna del crédito universal de que goza, no es en ninguna redaccion un accesorio del cual se pueda prescindir sin que se echen de menos sus punzantes chistes y preciosas originalidades; mas de una vez al ocuparnos de ciertos personages

sentimos que su ausilio nos hace mucha falta, y ahora mismo, en el bosquejo que hemos trazado del abanderado grotesco de la aristocracia, lamentamos la voluntaria separacion de nuestro querido colaborador, cuya paleta tiene colores tan abundantes y tan propios para completar una figura del género de Manuel Ovilo. No en vano hemos dicho que Ovilo Otero tiene mucha suerte. Nosotros damos ya por concluido su retrato cuando Villergas se atreveria aun á aumentar su ridiculez, sin faltar á la verdad, con algunas de esas pinceladas diestrísimas que caracterizan su maestría y que tanto dan á conocer los lados risibles de los monicacos que se le ponen delante para que les tome las filiaciones.

DON JUAN MARTIN DIEZ

EL EMPECINADO.

El nombre glorioso que se ha empeñado en llevar el sugeto con cuya historia pensábamos cerrar este tomo, le vuelve mas odioso que todos los demas apóstatas de que hasta ahora nos hemos ocupado. El Empecinado es un grande nombre, es uno de los que se leen con mas veneracion en el martirologio de los héroes de la libertad. El sobrino del campeon ilustre que quiso ser heredero de tan grande título no conoció que le pesaria demasiado, que este título le imponia deberes que un alma vulgar no podia cumplir, no conoció que para llamarse el Empecinado era preciso ser honrado y valiente como el Empecinado. Jamas una tan grande mancha ha caido sobre un tan grande

nombre como la mancha que ha puesto el apóstata de 43 en Alicante, sobre el nombre del mas denodado defensor que han tenido la libertad y la independencia de la patria.

Antes del año 43 D. Juan Martin Diez, á quien en la actualidad ya nadie llama El Empecinado, pues este es un título puramente popular, y el pueblo de consiguiente que es quien lo dá tiene derecho de quitarlo, no habia adicionado con ningun grande hecho de armas el catálogo de los de su ilustre tio. Para que el uno no se confunda con el otro, siendo los dos tan diferentes por mas que lleven el mismo nombre y apellido, llamaremos en el discurso de esta reseña al héroe *El Empecinado*, y al apóstata Juan Martin Diez. El título del Empecinado el apóstata lo perdió en Alicante, lo trocó por el de apóstata. Antes del año 43 no habia, como hemos dicho, ilustrado el apellido de su tio con ninguna accion heróica, por lo que nada podemos decir de él que valga la pena de escribirse con letras de molde, si bien un hombre que se empeña en llevar un grande título es acreedor á que se le hagan cargos no solo por lo que hace sino por lo que deja de hacer. Juan Martin, Diez, solo al recordar que era sobrino del Empecinado, debió ser un héroe ó dejar la carrera militar no pudiendo sobresalir en ella. Si mal no nos acordamos sirvió en un cuerpo de francos creado en la provincia de Burgos hasta la conclusion de la guerra de D. Cárlos. En aquella época fué cuando

disputó el título de *El Empecinado* á un hijo natural de este célebre caudillo, pero lo disputó con la pluma en los periódicos, cuando debia haberlo disputado con la espada en el campo de batalla probando con su arrojo su merecimiento. Sin embargo, en el campo de batalla no fué mas que un militar como cualquier otro. Cumplia con su obligacion y nada mas. Cuando el pronunciamiento contra la Regencia de Espartero, servia en la comandancia de Valencia una plaza de teniente de carabineros, y se retiró á consecuencia de una causa que se le formó por haber ocurrido la introduccion en Torrevieja de un alijo de géneros de ilícito comercio. Estableciόse en el pueblo de Algezáres donde los patriotas, alucinados por el título de su tio de que le consideraban digno heredero y por sus alardes de patriótica exaltacion, le suministraron cuantos auxilios necesitaba para conservar su existencia y la de su familia. Sabido es que Algezáres es uno de los pueblos mas liberales de la provincia de Murcia, por lo que Juan Martin Diez halagaba á sus moradores blasonando de esparterista acérrimo, si bien mas adelante se pronunció contra Espartero, y en clase de arrepentido, cuando vió el giro liberticida que tomaban aquellos infaustos acontecimientos dirigió al *Eco del Comercio* un comunicado seguido de una copia de una esposicion que habia elevado al gobierno. La esposicion es un documento curioso que hace resaltar mas y mas la traicion del que la suscribe:

«Excmo. Sr.—D. Juan Martin el Empecinado, capitan graduado de la segunda compañía de la duodécima comandancia de carabineros del reino á V. E. con el debido respeto espone: Creido que el programa del ministerio Lopez seria una verdad en todos sus actos, no vaciló en ofrecer sus servicios á la Excma. Junta de Alicante la noche del 11 de junio, pasando al momento á esta de la fecha, en donde la de este distrito le nombró uno de sus vocales; mas visto que el indicado programa ha sido un pretesto para hundir la libertad para siempre, pretendiendo que nosotros mismos nos oprimamos con las cadenas *del mas atroz y afrancesado despotismo:* á V. E. suplica le evite servir á tamaña intriga poniendo otro en su destino, aunque es el único con que cuenta para su sustento y el de su dilatada familia, pues contando su apellido entre los libres *no puede entrar en la senda de la* APOSTASÍA *que altos funcionarios le enseñan,* á quienes detesta como á los mas espúreos de esta nacion desgraciada; el lema del que suscribe es *Constitucion ó muerte,* guerra sin tregua y sin cuartel á los tiranos, toda vez que de nuevo nos provocan, y si no pudiese realizarlo se considerará dichoso si, como sus antecesores, lograse consagrar el último suspiro á la libertad.

Torrevieja 24 de setiembre de 1843.—Excelentísimo Señor.—*Juan Martin el Empecinado.*

Seguramente es la precedente esposicion de lo mas atrevido y patriótico que vió la luz pública en

aquella época de tan grande riesgo para la libertad, y no es de consiguiente admirable que los liberales, que tanta importancia daban al título de que hacia gala el sobrino del Empecinado, se dejasen embaucar por su renombre y por sus protestas y le considerasen como uno de los caudillos mas dignos de ponerse á la cabeza de la insurreccion.

Con todo Boné no tenia en D. Juan Martin la confianza que la generalidad, y sintió tanto que tomase parte en los sucesos que se estaban preparando, como sintió Solis los ofrecimientos que hizo Rubin de Célis á la causa de la revolucion en Galicia. Tal vez lo mismo que Solis no hubiera acertado á esplicar la causa de los recelos que le inspiraba un hombre que al parecer tan desinteresadamente prometia coadyuvar al éxito de su arriesgada empresa; pero es lo cierto que un presentimiento oculto le decia que Juan Martin Diez, á pesar de sus antecedentes liberales y del prestigio que le daba el nombre de su glorioso tio, seria el verdugo de la revolucion. Lo mismo que Solis, procuró Boné vencer todas las repugnancias para que no se atribuyesen sus sospechas á un impulso de envidia ó á un odio personal. Cediendo á los ruegos de algunos de sus amigos que lo eran tambien de Martin Diez, nombró á este su ayudante algun tiempo antes de verificarse el rompimiento, y mas adelante le confió sus proyectos alucinado como la generalidad por el hiperbólico patriotismo de que incesantemente blasona-

ba. Ofreció de nuevo Martin Diez su espada á la libertad de la patria, y parecia el mas dispuesto de todos á sellar con su sangre sus juramentos. Asi es que no vaciló Boné en valerse de él para uno de los lances mas arriesgados, cual fué el de apoderarse en Alicante por medio de un ardid del castillo de Santa Bárbara. Al efecto consintió Martin Diez que le amarrasen como un facineroso y que entre filas le condujesen al castillo afectando ser un preso que lo estaba por orden del gobierno. De este modo consiguió Boné introducir en el fuerte una parte de su gente, la cual apenas estuvo dentro reveló la estratagema á la guarnicion y quedó dueña del castillo. Martin Diez fué desde luego nombrado su gobernador, y el intrépido Boné, que sabia que siendo dueño del castillo era dueño de la ciudad, se dió prisa en apoderarse del comandante militar Lasala y del gefe político Ceruti, operacion que llevó á cabo él mismo con ánimo resuelto. Lasala y Ceruti y algunas otras personas de cuantia fueron conducidas al castillo de Santa Bárbara y quedaron á disposicion de Martin Diez. Asi lo resolvió imprudentemente ó por un esceso de confianza Boné de acuerdo con la junta revolucionaria nombrada en la ciudad, no pudiendo en manera alguna prever que aquella resolucion llegase á ser la premisa de su sangrienta catástrofe. ¿Y cómo preverse este resultado siendo cada dia mayores las protestas de liberalismo de Martin Diez? ¿Podia sospecharse que fuese

traidor un militar que á mas de ser el heredero de un apellido glorioso, apenas se vió dueño del castillo juró una y mil veces que *delante de sus muros se estrellarian las huestes del gobierno despótico y arbitrario del pillo Gonzalez Brabo?* Son sus propias espresiones... ¿Las vertia Martin Diez de buena ó de mala fe? Nadie lo sabe. Nadie sabe, como no sea él mismo, si Martin Diez tomó una parte principal en la insurreccion de Alicante con el propósito de venderla, ó si concibió este infernal pensamiento despues de haberse ya insurreccionado. Acaso la entrega del castillo de Santa Bárbara á las tropas del gobierno sea mas bien efecto de su estupidez que de una intencion dañada. Aunque de todos modos son las consecuencias las mismas, no pesa sobre la falta de talento la misma odiosidad que sobre la mala fe. Es de advertir que la cabeza de Martin Diez es de dimensiones muy estrechas y que de consiguiente era muy fácil que se dejase sorprender y embaucar por las peroratas de Ceruti y de Lasala, con quienes se hallaba en un contacto permanente. Al cabo la inteligencia acaba siempre por triunfar de la ignorancia cuando esta no procura evitar una lucha con aquella, y Ceruti y Lasala no carecen de inteligencia. ¿De qué modo egercieron su accion sobre el ánimo de Martin Diez para obligarle á faltar á sus deberes y á hundirse para siempre en el cieno de los traidores? ¿Le ofrecieron grados? ¿Le ofrecieron honores? ¿Le convencieron de que el triunfo de la re-

volucion no era el de la libertad ó de que era el de la libertad el triunfo del general Roncali? ¿Quién es capaz de responder á esas preguntas? ¿No tenia acaso confianza en el buen éxito de la empresa que habia acometido, y oyendo únicamente la voz del miedo, trató de quedar bien con los que presumia que habian de ser vencedores acelerando el término de su victoria? Nosotros solo sabemos que al poco tiempo de hallarse Cernti y Lasala encerrados en el castillo, Martin Diez empezó á mostrarse vacilante y como arrepentido de su conducta, en vista de lo cual los prisioneros redoblaron sus esfuerzos hasta que consiguieron que cometiese la felonía infame que le ha señalado un lugar en este libro. El sobrino del Empecinado, el que tanto empeño manifestó siempre en heredar el sobrenombre que habia ennoblecido su tio ilustre, el que blasonaba de leal y *que no podia entrar en la senda de la apostasía que altos funcionarios le enseñaban*, el que prometia á cada momento que estando en el castillo de Santa Bárbara, delante de sus muros se estrellarian las huestes del gobierno, entregó á las huestes del gobierno la fortaleza que la revolucion le habia confiado y puso entre las garras de sus verdugos á los que en él habian depositado su confianza. No, no se ha cometido jamas una traicion tan infame en esta época y en este suelo tan pródigo de traidores. ¡Al menos ya que vendió la revolucion, hubiese procurado salvar á los revolucionarios! ¡Al menos ya que no

como caballero se hubiese portado como hombre! Pero no, no retrocedió delante de la horrorosa perspectiva que pudo conocer que se desenvolveria ante sus ojos atendido el carácter del general que habia destinado el gobierno á abatir la revolucion. Entregó la fortaleza á Roncali sin obtener ni pedir condicion de ninguna especie para salvar á los leales que defendian la plaza confiados en el hombre que les estaba vendiendo. Ni dió un aviso á los infelices para que procurasen al menos ponerse á salvo antes que desde el castillo de Santa Bárbara las tropas del gobierno les intimasen la rendicion. Los que con tanto denuedo desafiaron el despotismo de Gonzalez Brabo no tuvieron noticia de la defeccion de Martin Diez hasta que la fortaleza estuvo en poder de Roncali. Vendidos como carneros, ni siquiera quedó á los valientes el recurso de morir peleando. «¡Traicion! ¡traicion!» clamaron todos, y tuvieron que confiarse á la generosidad de un enemigo que no tenia ninguna. Aquel era un espectáculo que hacia estremecer de horror. Los infelices se dirigian hácia el mar, y todos los buques anclados en el puerto nacionales y entrangeros les negaban un asilo, se dirigian hácia tierra y las tropas de Roncali que tenian circunvalada la plaza les rechazaban á tiros y á bayonetazos, pedian hospitalidad á los vecinos y los vecinos no se atrevian á otorgársela, porque el general que acababa de vencer sin pelear, impuso en

un bando pena de la vida al que acogiese en su casa á cualquiera de los sublevados. ¡Horrible, espantosa situacion! ¡Tenerse que entregar á discrecion de un hombre duro é implacable! Solo el náufrago que se halla asido de una tabla en un golfo desierto puede hacerse debido cargo de la desesperacion de los infelices que se levantaron en Alicante para romper las cadenas de la patria.

Boné y algunos de sus compañeros se dirigieron en una lancha á un vapor ingles, cuyo capitan no les quiso admitir. ¡Y los ingleses blasonan de hospitalarios, y los hay entre ellos que se niegan á dar la mano al infeliz que está hundiéndose en un abismo! Quisiéramos conocer el nombre de ese capitan feroz, deshonra de su pais, para dejarlo eternamente consignado en este libro. No podemos creer que su negativa cruel tuviese su origen en instrucciones recibidas de su gobierno. Nos complacemos en pensar que no entraba en los planes de la Inglaterra la ruina de los valientes que enarbolaron en Alicante la bandera de la libertad, porque si la destruccion de tantos bravos hubiese formado parte de un pensamiento maquiavélico de la Gran Bretaña, se hubiera notado cierta analogía entre la conducta que observó en Alicante uno de sus indignos súbditos y la que pocos dias despues observó en Cartagena el cónsul de aquella nacion. Pocos como este han recogido tantas simpatías entre los liberales españoles; pocos han manifestado un carácter tan

noble y un modo de proceder tan humano como Waghistton Irvig. Su nombre no se borrará jamas de la memoria de los españoles filantrópicos. Despues de la capitulacion de Cartagena no solo se opuso con glorioso teson á las pretensiones de algunas autoridades que intentaron allanar su casa para sacar de ella á los refugiados, sino que acogió bajo el pabellon de la Inglaterra para que les sirviese de escudo contra las iras de los reaccionarios á todos los que se creyeron comprometidos. Esta conducta forma un contraste muy singular con la del capitan del vapor ingles que se hallaba fondeado en Alicante y con la del cónsul frances en Cartagena, quien echó á la calle á tres ó cuatro que se acogieron á su pabellon, y acaso esos infelices lo hubieran pasado muy mal si no hubiesen tenido tiempo de ganar el asilo que les ofrecia la casa de Waghistton Irvig. El cónsul frances se llama Eduardo Tastu, y su inhumanidad no debiera sorprendernos porque al cabo es frances y con esto está dicho todo. La Francia es de todas las naciones del mundo la mas antihospitalaria, y la crueldad que manifiestan en todas partes sus agentes contra los liberales de la Peninsula no puede considerarse como hija de particulares instintos sino que está enlazada con la politica general del gobierno de las Tullerias. Asi es que en la Peninsula todos los que desempeñan una mision oficial de su gobierno se portan con igual crueldad. Muchos de los sublevados de Cartagena que se re-

fugiaron al bergantin de guerra frances *Cassard* sufrieron del comandante de este buque toda especie de vejaciones é insultos en su travesia de Cartagena á Oran.

Roncali entró en Alicante como en un pais conquistado. Quemó mas pólvora fusilando de la que habia quemado combatiendo, y hubiera sido mayor la carniceria si con la sangre de Boné no se hubiesen aplacado sus instintos crueles. El desgraciado Boné llamó á todas las puertas y todas las encontró cerradas; fué de buque en buque con algunos de sus compañeros mendigando un asilo, y no se le concedió ninguno. Otro de menos corazon hubiese cerrado los ojos como el condenado á muerte que tiene la cabeza puesta en el poyo, y se hubiera entregado al enemigo sin resistencia, pero él deseaba una muerte de soldado y resolvió con sus compañeros romper la línea y perecer peleando. La fortuna protegió su valor y los valientes consiguieron su objeto, pero reventados sus caballos tuvieron necesidad de apearse, y el mismo paisanage puso inhumanamente las víctimas en manos de sus sacrificadores.

El eco de las descargas que arrancaron la vida de tantos mártires resonará eternamente en el corazon del traidor que vendió su causa y del bárbaro ingles que les negó un asilo. ¿Despues de tan indecente defeccion se atreverá todavia Martin Diez á llamarse el Empecinado? No, no profane la memoria del héroe que tan generosamente prodigó su

sangre, y que se ciñó en el patíbulo la aureola de la inmortalidad que se habia ya conquistado con sus hechos sobrehumanos. No, la sangre del Empecinado no puede correr por las venas del despreciable tránsfuga que tan traidoramente abrió la tumba á la causa de la libertad y de sus mas denodados defensores.

Despues de la catástrofe de Alicante, en que el honor de Martin Diez naufragó al mismo tiempo que la causa del pueblo, estuvo aquel con Roncali en el sitio de Cartagena. Creyendo despues de su perjurio conservar todavía una parte de la popularidad que debia á su apellido histórico, se atrevió á amonestar á los pronunciados en nombre de la libertad, y quiso convencerles de cuan necesaria era á la causa del pueblo su sumision al gobierno de Madrid. Los valientes de Cartagena rechazaron con desprecio las cínicas intimaciones del apóstata, quien hasta entonces no conoció que su reputacion habia muerto para siempre. La insurreccion de Cartagena tenia mas arranque que la de Alicante, y el carácter de los individuos que componian la junta, no menos que el teson de los que dentro de sus muros sostenian la bandera de la libertad, era una garantia casi segura del buen éxito. Con todo, la catástrofe de Alicante y la falta de fe ó de resolucion de los progresistas de Madrid y de otras provincias que habian prometido secundar el pronunciamiento luego que tuviesen el apoyo de dos plazas fuertes en el litoral, hizo pensar á los

cartageneros en su verdadera situacion, la cual no podia sostenerse mucho tiempo atendido el aislamiento en que se hallaban, pues ninguna provincia respondia á su llamamiento. La junta convocó á todos los gefes y oficiales de las fuerzas pronunciadas, y tambien una comision de sargentos, cabos y soldados en representacion de sus respectivas clases. Celebróse una sesion en el teatro, en que cada cual manifestó su modo de ver la cuestion y el mejor medio de resolverla. En tan crítico estado la generalidad, que no se hacia ilusiones, fué de parecer de que no quedaba mas recurso que capitular, y sin duda esta opinion hubiera prevalecido en la asamblea, si de pronto un jóven fogoso poniéndose de piés en una luneta no hubiese esclamado en nombre de sus compañeros que era preciso llevar á cabo el juramento que se habia hecho de arrancar el poder de las garras de los moderados ó sepultarse entre los escombros de la ciudad. Pronunció su arenga con tanta fe y energía que desde luego quedaron destruidos todos los proyectos de capitulacion. Este improvisado tribuno era uno de los doscientos catalanes que, habiendo caido prisioneros en el movimiento centralista de Barcelona, fueron conducidos á Cartagena, donde se les puso en libertad cuando estalló la insurreccion. Los catalanes formaron un batallon que se disputó constantemente los mayores peligros, y que en las varias escaramuzas que tuvieron lugar

durante el sitio escarmentó constantemente las numerosas huestes de Roncali. Esos bravos catalanes, á fuer de tales, habian tomado al pié de la letra la antigua fórmula de vencer ó morir. Mas adelante, cuando ya toda resistencia era absolutamente inútil, dijeron que ellos no capitulaban aunque capitulasen todos los demas, y el mismo dia en que á consecuencia de la capitulacion penetraron en la ciudad las tropas del gobierno, dos de ellos se dirigieron al polvorin con la mecha encendida, y hubieran llevado á cabo la mas espantosa de las resoluciones si no se hubiese opuesto á ella la puerta de hierro del polvorin que estaba demasiado elevada para poderla alcanzar. A no ser esta feliz casualidad, pronunciados y no pronunciados hubieran todos perecido, y Cartagena seria en la actualidad una inmensa tumba.

Miramos desde la orilla la historia de los grandes sucesos como si fuese un ancho golfo en el cual no nos es permitido navegar. La naturaleza de esta obra nos prohibe estudiar detenidamente los grandes acontecimientos con que tropezamos al ocuparnos de los hombres; de otra suerte hallaríamos en la historia de la última conmocion de Cartagena una infinidad de accidentes para probar que sin la defeccion de Martin Diez se hubieran estrellado ante sus muros las huestes y la reputacion del general Roncali. El servicio, de consiguiente, que prestó el apóstata á los moderados es de la mayor importancia, y sin embargo no ha tenido recompensa alguna, puesto

que el miserable tránsfuga, despues de cometida su villana accion, se vió despreciado hasta del despreciable Gonzalez Brabo. Despues del sitio de Cartagena, Martin Diez se trasladó á Valencia; al cabo de algun tiempo pasó á Madrid, y en la actualidad se halla, segun se nos ha dicho, de habilitado de la comandancia de carabineros en Bilbao sin haber progresado en su carrera. El desprecio público le acompaña en todas partes; lleva en la frente como Cain la señal de los réprobos, y menos afortunado que muchos otros que han especulado con su opinion y con su honra, se encuentra pobre lo mismo que antes de haber apostatado. ¡Cuán desgraciado debe ser!

NUÑEZ.

Asi como en todos los paises del mundo cuyos habitantes tienen la peregrina idea de emporcar la ropa, hay almas caritativas que se encargan de lavarla, asi tambien en todos los paises del mundo cuyos habitantes la dan en la manía de estar enfermos, hay quien toma á su cargo la elevada mision de restablecer la salud. En este concepto, ni la lavandera ni el curandero serian un tipo nacional si la localidad no les imprimiese modificaciones y caracteres determinados que bastan á diferenciar perfectamente las lavanderas y curanderos de España de las lavanderas y curanderos de todos los demas paises. En este suelo clásico de anomalías y aberraciones que hacen perder la chaveta á todos los diplomáticos que nos la hacen perder á nosotros,

en medio de los hábitos, farsas y hasta vocablos que nos estrangerizan, se nota en todas las cosas y personas un *quid ignotum*, un no sé qué de español que no lo puede ocultar ninguna de nuestras conciudadanas por mas que con la capota substituya la mantilla, ni ninguno de nuestros compatriotas aunque desde el calcañar á la coronilla se *afrancese* ó *inglese* con un trage completo comprado en Lyon ó Liwerpool. No hay que darle vueltas, un español es español mas que le pese, y aunque se empeñe y esfuerce en no parecerlo, sea cual fuere su clase ó categoria, algo ha de haber que le haga traicion, y al trasluz de su máscara precisamente se ha de transparentar su españolismo. Aunque se vista de seda la mona, mona se queda, lo que equivale á decir: aunque se vista de inglés el de España, español es. Y asi es la verdad, por mas que se amostacen al oirla algunos suscritores de la *Revue des modes* que se estudian perennemente en el último figurin que llega del otro lado de los Pirineos ó del canal de la Mancha, y que solo sienten no poder recibir por telégrafo el parte detallado de las modificaciones diarias que imprimen los sastres y modistas en esta corteza esterior del hombre que se llama vestido. ¡Miserias humanas! El tipo español se presenta siempre de relieve, sobrenada enmedio de este *maremagnum* de costumbres bastardas que han hecho irupcion en nuestra patria, y refractario siempre, siempre impermeable, per-

manece ileso y puro por mas que se ponga en permanente contacto con las innovaciones mas contagiosas.

El tipo del curandero, como el tipo de todos los modos de vivir que tienen en el charlatanismo su punto de partida, no debe buscarse en España sino en Francia; la Francia es la nacion que produce los mejores charlatanes del mundo y que los produce mas en abundancia. Allí son charlatanes todos, hasta los verdaderamente sabios, quienes por mucho que deban á la ciencia deben todavía mas al charlatanismo. Todas las industrias y carreras tienen una gran parte de farsa, y esta parte de farsa es tan esencial á un médico que sin ella se moriria de hambre aunque supiese mas medicina que todos los médicos juntos, y con ella podria gastar coche y pasar por una notabilidad facultativa aunque en su vida supiese conocer si un enfermo está ó no con calentura. La medicina es de todas las ciencias la que ofrece un campo mas vasto al ingenio de los farsantes que la profesan sin haberla estudiado. Por lo mismo que es una ciencia abstracta, que gira sobre principios enteramente desconocidos, cuales son las propiedades vitales y la accion medicamentosa de los cuerpos, permite toda clase de teorías, levantar una hipótesis sobre la ruina de otra hipótesis, fundar una secta en contraposicion con otra secta, un sistema en lucha con otro sistema; pero partiendo siempre de una proposicion arbitraria que se sienta como un

artículo de fe, no pasa matemáticamente de lo conocido á lo desconocido, sino de un supuesto á otro supuesto, de una conjetura á otra conjetura, y como la que sirve de base á todas las demas puede ser falsa ó al menos nadie sabe que sea verdadera, no hay en medicina sistema alguno bastante sólido para resistir victoriosamente el choque de nuevas opiniones, y cada dia vemos una doctrina que va cediendo el lugar á otra doctrina. De aqui es que la medicina se somete á todos los caprichos, hasta á los de la moda, lo que prueba que nada hay en ella cierto, nada que pueda elevarse á la categoria de los axiomas incontrovertibles. Domina por espacio de algun tiempo la doctrina de Broussais; fuera de las evacuaciones sanguineas no es posible que encuentre alivio alguno la humanidad doliente. La naturaleza del hombre y el género de enfermedades son y serán siempre los mismos, y esto no impide que llegue otra época en que enarbolando un discípulo de Brun la bandera de los tónicos, proscriba para la curacion de todos los males las sanguijuelas y las sangrías. En ambos campos los hay que dudan, que vacilan, que se pasan de uno á otro; los hay tambien que son menos absolutos y que de los dos sistemas forman uno de fusion, un verdadero sistema representativo, un justo medio médico, y lo mismo que los del justo medio político llaman á su sistema un sistema racional, y creyendo abrazar lo bueno de los dos sistemas abrazan con frecuencia lo

malo de los dos. Quien dice que los síntomas son los únicos que han de guiar al médico, quien que los síntomas nada significan, y que sin ver al enfermo puede muy bien por medio de un específico infalible curar su dolencia cualquiera que sea. Hé aquí lo que son los médicos, los iniciados en el arte, los que en realidad han estudiado en los libros y en la cabecera de los enfermos. Todo esto prueba que lo único que ellos saben es que nada saben, y como esto que saben ellos lo saben tambien algunos que no han saludado la medicina, muchos que se encuentran en este caso se sienten en disposicion de hacer lo mismo que hacen ellos. Curan y matan lo mismo que los médicos de mas fama, y si tienen el verdadero talento de los charlatanes, sacan de la medicina mejor partido que los que la han estudiado. Pero para esto se necesita cierto ingenio, cierta travesura que no la poseen todos. Sabemos de un curandero frances que fué á visitar á una enferma debajo de cuya cama notó que habia algunas cáscaras de nuez. Tomó el pulso á la paciente, como lo toman generalmente los médicos, en ademan meditabundo, ni mas ni menos que si las interrogaciones del pulso les revelasen el diagnóstico de la enfermedad y el plan curativo, siendo asi que la mayor parte mientras toman el pulso de lo que menos se acuerdan es de las pulsaciones, y cualquiera que sea su estado prescriben la fórmula que desde su casa tenian intencion de prescribir. El curandero de que hablamos

ni siquiera aplicó á la arteria radial los pulpejos de los dedos, pues para él todo era pulso, y sin embargo despues de haber tenido un buen rato cogido el brazo de la enferma, dijo con tono dogmático: *Señora, V. ha comido nueces.* La enferma temblando se acogió á una tímida negativa, en vista de lo cual el curandero afectando mucha incomodidad repitió:—V. ha comido nueces, el pulso no miente, el pulso me lo dice de una manera terminante; V. ha faltado al rigoroso régimen que yo la prescribí, y de consiguiente no soy yo responsable de las consecuencias. La enferma fué confesa teniéndose por convicta, y dijo que en realidad habia comido una nuez, pero no mas que una.—Aunque V. no hubiese hecho mas que olerla, esclamó el charlatan con mucho énfasis, el pulso me lo hubiera dicho. Este hecho le dió tanta celebridad que en los casos mas apurados consultaban con él en lo sucesivo acerca de su estado todos los habitantes de veinte leguas á la redonda.

En la época actual el charlatanismo ha llegado á su mayor altura. La falta de fe en la medicina ha hecho que hasta algunos médicos se hayan trocado en charlatanes, contribuyendo no poco á esta transformacion la conviccion en que están de que el charlatanismo es mas productivo que el egercicio del arte tal como lo han aprendido. Cual se ha hecho magnetizador, cual frenólogo, cual hidroterápico, cual ortopedista, cual homeopatista. El magnetis-

mo, el fluido animal lo es todo, han dicho algunos. ¿Para qué se necesita estudiar la organizacion y las funciones del hombre, los efectos y las dósis de los medicamentos, si el enfermo mismo despues de una docena de *pases* narcóticos me hará la historia de su enfermedad mil veces mejor de lo que pudiera hacerla el mismo Valleix, y él mismo me dirá, á mí y no á otro, con toda precision su plan curativo? El magnetismo es una fábula, dicen otros, los magnetizadores son todos unos charlatanes; en el mundo no hay mas que una cosa cierta, no mas que una cosa importante para el porvenir de la humanidad; el conocimiento de las relaciones de la moral con el físico ó del físico con la moral y la aplicacion de este conocimiento á todos los conocimientos humanos. La frenología es la reina del mundo. Hasta el poder de Dios se encuentra en las protuberancias de su cráneo. El cerebro es un libro en el cual están escritas todas las virtudes y todos los pecados con letras de relieve tan prominentes que se marcan en la caja huesosa y pueden leerse con los dedos, aunque no se verifique la transposicion de sentidos, que es ya en la actualidad un axioma entre los magnetizadores. ¿Pero qué valen Gall y Lavater comparados con el montañes Priesnitz? Ya no se necesitan apósitos ni vendages, ni sirven de maldita de Dios la cosa los boticarios y las drogas que la medicina mendigaba á los tres reinos. La hidroterapia es la verdadera medicina, el

agua es la panacea universal. Ábranse fuentes y ciérrense boticas; con la sábana húmeda, el chorro, las fricciones, el baño de onda ó el de regadera, se cura un tísico en el último grado, se reduce un hueso dislocado, una fractura, casi se resucita un muerto. La naturaleza es próvida, el agua abunda en todas partes. Somos felices. Felices somos sobre todo si caemos en manos de un ortopedista que nos vacíe de nuevo en sus moldes y haga un Apolo de cada individuo de la especie humana. El ortopedista lo abraza todo. Disloca y vuelve á colocar todas las partes del cuerpo humano, las distribuye *ad libitum*, saca un pedazo de carne de un punto en que no hace falta y lo coloca en otra; de la frente estrae lo suficiente para hacer una nariz tan grande como se quiera, aunque se quiera borboniana; consulta el antagonismo de los músculos, corta uno y deja su libre accion al otro, y los miembros torcidos toman desde luego una posicion mas bella, mas perfecta, mas fisiológica; por medio del estrabismo haria mirar derecho hasta á Gil y Zárate. Ya el ser bisojo, gafo, jorobado, cojo, mal conformado bajo todos aspectos, no puede considerarse como una gran de gracia. Un ortopedista es capaz de volver hermoso á Alcalá Galiano y de hacer del gefe político Bremon, de Mayoli y de Ovilo Otero otros tantos tambores mayores. Pero al cabo todos estos fenómenos, todas estas maravillas esponen al paciente á incomodidades y dolores mas ó menos atroces, y lo

mismo la mayor parte de procedimientos que ha inventado el talento especulativo y calculista de los innovadores que cada dia hacen una nueva conquista en el mundo medical, por lo que todos han tenido que ceder su puesto al sistema atomistico de Hahnemann, quien despues de presentar un especifico para cada una de las enfermedades que afligen á la humanidad, todas las cura con un glóbulo que lo deja ingerido en el cuerpo hasta que ha apurado completamente su accion medicamentosa. Basta para curar una enfermedad, aunque dependa de causa traumática, una millonésima parte de una sustancia que goce de la virtud especifica de producir el mismo mal que ella cura. *Similia similibus*, que es como si dijéramos *un clavo quita otro clavo*. De esta magnífica teoría se desprenden dos consecuencias importantes en contradiccion con lo que hasta ahora nos habia enseñado la medicina y hasta la lógica natural. Todo medicamento obra tanto mas cuanto es mas pequeño, y no se quita el efecto quitando la causa sino combatiendo la causa por medio de otra capaz de producir el mismo efecto que se trata de quitar. *Sublata causa tollitur effectus*, decian los antiguos; pero los modernos lo han arreglado de otra manera, parodiando al médico de Moliere que colocó el corazon en el costado derecho. Ya no hay necesidad de cáusticos, ni de instrumentos cortantes; la homeopatía cura sin la aplicacion de ningun medio

tópico, hasta las lucsaciones, hasta las fracturas, hasta los cánceres; la cirujia, que es la única parte de la medicina en que hasta los mas escépticos tenian alguna fe, ha quedado proscrita; la homeopatía hace recobrar su estado natural hasta á los tejidos degenerados... ¡O gloria! dispierta con narcóticos, cohibe las diarreas con purgantes, debilita con tónicos y con debilitantes vigoriza. Es lo que se llama la medicina al reves.

Por supuesto, la homeopatía tiene el apoyo de los hechos prácticos; en medicina tienen el apoyo de los hechos prácticos todos los sistemas. Cada dia se crea uno, y es el mejor el último que se crea, lo que no impide sin embargo que en cada poblacion sea siempre á poca diferencia el mismo el número de defunciones. Ni Broussais con sus antiflogísticos, ni Leroy con sus purgantes, ni Hahnemann con sus semejantes, ni Priesnitz con su agua fria han conseguido dar un aspecto mas lisongero á la estadística, á pesar de los numerosísimos triunfos con que ellos y sus secuaces pregonan la escelencia de su procedimiento. Los resultados colectivos hablan muy alto en contra de sus sistemas y de la medicina en general, la cual, por lo mismo que está espuesta á innovaciones sistemáticas continuas, mucho debe tener de congetural y muy poco debe tener de cierto. La medicina desde Hipócrates acá nada absolutamente ha progresado, porque una ciencia no progresa por tener levantadas muchas teorías la una

al lado de la otra; progresa cuando cada una de las nuevas teorías partiendo de una base sola hace dar un paso mas á la ciencia en el camino primitivo que esta tiene trazado. Progresa cuando una teoría nueva es un corolario y no una contraposicion de otra ya establecida. Progresa cuando un conocimiento hace nacer otro que se encadena con el primero y pueden sumarse los dos sin quitar al todo su unidad y homogeneidad. Progresa, en fin, cuando los encargados de hacerla progresar no crean sobre las ruinas de lo existente, sino que deducen de lo que existe lo que puede existir y pasan de este modo de lo conocido á lo desconocido. La revolucion no siempre es progreso. Un sistema prueba cuando mas el ingenio de un innovador, pero no el adelanto de la ciencia. Emprender cada dia un nuevo camino, tomar cada dia un nuevo punto de partida, no es andar mucho sino moverse mucho para no llegar á parte alguna, y eso es lo que han hecho hasta ahora todos los innovadores.

Ni podia ser otra cosa tratándose de una ciencia que nada tiene de ciencia porque nada de ella se sabe. Como no está fundada sobre ningun axioma, puede falsear por su base. Nadie sabe si tiene ó no razon, porque todos los que creen tenerla se fundan sobre un supuesto que puede negarse ó concederse, y negado el supuesto la teoría entera cae. Mientras parta la medicina de un *quid* problemático, no habrá charlatan que no pueda llamarse médico, ni utopia ni absurdo

que no sea susceptible de adquirir la categoria de una nueva doctrina. Y de este *quid* problemático la medicina partirá siempre; y siempre será por lo mismo un instrumento de esplotacion que no lo soltarán los charlatanes. Será siempre presa del empirismo, porque al cabo un buen empirismo es la verdadera medicina. Hipócrates no era mas que un empírico.

Pero el vulgo no conoce la gran diferencia que hay de un charlatan á un empírico; para él, empírico y charlatan son enteramente sinónimos. Un empírico es un médico práctico; es un hombre que no se guia mas que por la sola esperiencia. ¿Y no es acaso la esperiencia la que forma principalmente al médico? ¿Qué es mas la lectura de los libros que le sirven de guia en la práctica que la apropiacion de la esperiencia agena? Leer en los libros es tambien practicar; las fórmulas y teorias de la medicina son *á posteriori;* son una copia de la práctica que las ha precedido; nada quitan al arte de curar de su esencia especulativa.

Pero un charlatan... ¡oh! un charlatan es una cosa muy diferente. Un charlatan no tiene ni la esperiencia propia que dá la práctica, ni la esperiencia agena que dan los libros. Cualquiera que sea el sistema que adopte, lo adopta sin conocerlo. Un empírico emplea un remedio persuadido de que con él ha de triunfar de una enfermedad; un charlatan se vale de un medicamento ó una droga cuyas virtudes desconoce para atacar una dolencia que des-

conoce tambien, y ni él mismo sabe si dá la salud ó la muerte. El empirismo no escluye la hombría de bien como el charlatanismo.

La Francia, como dejamos dicho, es la tierra de los charlatanes; los curanderos que hay en España son apenas un remedo de los franceses. Con todo, aunque el carácter de los españoles no es naturalmente tan farsante como el de nuestros vecinos, su roce continuo con la Francia ha permitido copiar del natural á los nietos de San Luis, y ya en la actualidad se encuentran entre nosotros sacamuelas que tienen muy poco que envidiar á los Robertos Macaire que recorren los *boulevards* con sus máquinas eléctricas, sus elixires *longæ vitæ*, misturas, polvos y demas zarandajas con que embaucan los caballeros de industria, que tan numerosos son en Francia, al pueblo frances que es mas cándido todavia que el nuestro, mas novelero y mas bobalicon. Entre nuestros curanderos el que mejor ha sabido afrancesarse es el homeópata Nuñez; es el curandero que mejor sabe hacer el médico, como que es un curandero con diploma, el primero que ha habido en España con este requisito. En tiempos de menos desbarajuste hubiera pagado Nuñez mas multas que *El Eco del Comercio;* pero la omnipotencia de Narvaez no solo le ha librado de todo percance, sino que poco menos que á la trágala ha hecho un médico de un curandero, y no un médico como quiera sino un médico de

cámara. ¡Cuando Narvaez se empeña en una cosa!

Si no tuviésemos marcado por el editor el espacio que hemos de recorrer, diríamos del célebre homeópata cosas muy divertidas; pero para no traspasar los límites prescritos y dar fin á este tomo, que va siendo ya demasiado voluminoso, nos contentaremos con indicar desde lejos la senda que ha seguido Nuñez para llegar á la altura política y medical en que se encuentra.

Durante la guerra civil se descubrió en Astorga una conspiracion á favor de D. Cárlos en que estaban comprometidos una infinidad de pajarracos, una infinidad de esos pelucones que toman rapé á puñados, que harian de buena gana un auto de fe con todos los pantalones con trabillas y con todos los que los llevan, que no han podido acostumbrar la vista al repugnante espectáculo que para ellos ofrece una nacion desprovista de frailes, que llaman negros á los constitucionales y que procuran su esterminio para hacerse gratos á los ojos del Señor. Se dá por supuesto que siendo carlista la conspiracion tomaron parte en ella algunos eclesiásticos, pues por ellos se hace principalmente esta clase de fiestas. No hay funcion sin tarasca ni tentativa absolutista sin gente de sotana. Tambien Nuñez, segun parece, actual médico honorario de camára de doña Isabel II, á fuer de canónigo de Astorga habia contraido algun compromiso á favor del que á doña Isabel II disputaba el trono, como

lo dá á entender la precipitacion con que tomó las de Villadiego sin detenerse hasta Francia, que es la arena donde van á parar todos los despojos de los partidos escupidos por el mar tempestuoso de la política peninsular. No hay mal que por bien no venga, sobre todo cuando hay confianza en Dios como debe de tenerla el doctor por la gracia de Narvaez. El canónigo Nuñez no tenia donde caerse muerto, por lo que compadecidos de su suerte algunos legitimistas franceses que simpatizaban con él por simpatizar él con ellos, pues eran todos lobos de una misma camada, le enseñaron la abundante viña del Señor, que bien merece este nombre el dilatado campo que ofrece al desesperado la carrera del charlatanismo. Con una obra de homeopatía y una cajita que le entregaron sus correligionarios transpirenáicos, el canónigo, que nunca se las habia visto mas gordas, puso en práctica el sistema que él mismo no conocia en la patria de los limpiabotas, y hallando en cada legitimista un prospecto que celebraba su profunda ciencia y acierto incomparable, llegó á adquirir la suficiente celebridad para que muchos no vacilasen en dejarse enterrar por él. Acostumbrado á los hábitos talares, no acertaba en un principio á ponerse la casaca y el sombrero redondo; pero el hombre es animal de costumbres, y Nuñez no fué una escepcion del apotegma. Al cabo de algun tiempo parecia tan secular como si nunca hubiese sido eclesiástico, particularmente á los ojos de los fran-

ceses, quienes si bien notaban en él ciertos humillos eclesiásticos, no los atribuian á resabios canonicales sino á carácter nacional. Los franceses creen que los españoles todos parecemos curas, y que somos nietos de moros é hijos de frailes. Todo puede ser.

A fuer de canónigo, tenia ya el neófito contraidos ciertos hábitos de farsa que le permitieron hacerse médico en un abrir y cerrar de ojos, sin afectar el estupor que nos ha hecho notar Moliere en el *Medecin malgré lui*. Mas ducho que Bartolo, conoció desde luego el intringulis de su nueva profesion, fundada mas bien que en la ciencia propia en la ignorancia de los demas. No se le escapó que tratando con profanos en el arte le era lícito sentar como dogmática una proposicion congetural, pudiendo decirse en este caso de la medicina lo que Quevedo decia de la astronomia:

> El mentir con las estrellas
> es muy seguro mentir,
> porque ninguno ha de ir
> á preguntárselo á ellas.

Y tenia razon. ¡Cuántas veces Nuñez con tono enfático recitaria á los enfermos en latin algun trozo de teología que ellos tomarian inocentemente por un aforismo de Hipócrates!

En la comedia del mundo hizo perfectamente

el papel de médico, de suerte que al cabo todos le creyeron médico hasta los mismos que le aconsejaron que colgase los hábitos. Sucedió á estos y al mismo Nuñez lo que á muchos embusteros, que á fuerza de repetirse una noticia que ellos han propalado y hecho circular acaban por creérsela ellos mismos. Poco á poco la fama médica del homeópata se fué estendiendo y llegó á oidos de Narvaez, que se hallaba á la sazon en Paris purgando los primeros escesos de su ambicion insaciable. El homeópata y el general entraron en relaciones, y estas relaciones son el segundo punto de partida de la elevacion del homeópata.

No sabemos cual fué la enfermedad que puso en contacto á Nuñez con Narvaez, pero sea la que quiera, bien puede Nuñez considerarla como providencial y escribir su historia con letras de oro en el catálogo de sus triunfos. Lo que nos admira es que teniendo á Nuñez por médico y siendo Nuñez homeópata, Narvaez sea calvo, que es una de las causas á que se atribuye su mal humor permanente. O la alopecia es superior á los recursos de la homeopatía, ó Nuñez es un mal homeópata, puesto que no acierta á curar la alopecia. ¿No posee el sistema de Hahnemann ninguna substancia que administrada en glóbulos ó á millonésimas reblandezca las criptas desecadas, destruya la irritacion de las cistas pelosas ó escite la vitalidad de los bulbos? La alopatía nos habla de las lociones estimulantes de Sachse, si bien

menos presuntuosa que la homeopatía, confiesa que no hay ningun remedio contra la calvicie que pueda emplearse con muchas esperanzas de buen éxito. ¿Será la homeopatía menos poderosa? ¿cederá el triunfo á la escuela rival? Imposible; nada puede la alopatía que la homeopatía no lo pueda tambien, y si un homeópata tan célebre como Nuñez, que sabe tanto, tantísimo, no ha puesto á Narvaez en disposicion de pasarse sin visoñé, es porque habrá creido conveniente la calvicie á un hombre de estado como Narvaez. ¿Quién sabe si la peluca de Narvaez está formada de la cabellera de Sanson, cuya fuerza residia en el cabello? A mas de que la calvicie afea mucho, y la fealdad en los tiempos que corremos es un seguro contra destierros. Narvaez, que tiene tanto horror á los buenos mozos, si no hubiese tomado la precaucion de ser calvo, seria capaz de creerse buen mozo tambien y de desterrarse á si mismo. No, no; basta con el destierro de Mirall: no siga Narvaez la criminal carrera de ese mozo que ha cometido el inaudito delito de no ser feo. ¡Bien aventurados los humildes, dice la Biblia, porque de ellos será el reino del Cielo! ¡Bienaventurados los feos, dice Narvaez, porque de ellos será el reino de España! ¡Parodia magnífica como todo lo de Narvaez, quien para tenerlo magnífico todo tiene hasta magnífica la fealdad! El que quiera ser buen mozo que lo pague... ¡Qué afortunados somos los feos!

La clientela de Nuñez en Paris creció conside-

rablemente con la emigracion carlista producida por el convenio de Vergara y consecutivo triunfo de las armas constitucionales, y aumentó mucho el número de parroquianos que consentian en dejarse homeopatizar por el canónigo la emigracion moderada debida á los sucesos del año 40. La salud de la mayor parte de las notabilidades absolutistas y Cristinas, mientras Nuñez estuvo en Francia, corrió por su cuenta. Contrajo con esto grandes relaciones que se propuso hacérselas valer algun dia, y su clientela adquirió todo el desarrollo de que era susceptible con la emigracion del año 1841, consecuencia natural de la asonada de octubre. Como Nuñez no visitaba mas que españoles, no usurpaba ningun cliente á los demas facultativos, por lo que hicieron estos la vista gorda y le dejaron tranquilo en el egercicio del arte de curar aunque no tenia para este egercicio título de ninguna especie. El gobierno frances tampoco le opuso los obstáculos que hubiera opuesto á cualquier otro intruso que no hubiese tenido el apoyo de los serviles de la Península. A hombres como Nuñez el gobierno frances se lo consiente todo.

Los sucesos del año 43 hubieran perjudicado mucho el porvenir facultativo del homeópata, si este no hubiese tomado la resolucion de seguir á sus clientes que regresaron como vencedores á la patria de que habian salido vencidos, y lo que es mas anómalo, vencidos por los mismos que despues les hicie-

ron vencedores. Nuñez siguió á Narvaez lo mismo que un satélite á su planeta, ¿cómo no le habia de seguir siendo próspera su fortuna despues de haberle seguido siendo adversa? Narvaez al llegar á Madrid puso á Nuñez en relaciones con Serrano, y tal vez en estas relaciones se encontraria la esplicacion si se buscase de muchos fenómenos políticos que para la mayor parte de espectadores vulgares son todavia un misterio.

En España Nuñez no podia egercer su industria tan libremente como en Francia; los curanderos estan prohibidos por la ley, y todos los que han estudiado realmente medicina estan interesados en que esta ley se respete. Al cabo Nuñez era el curandero de la situacion, y esta circunstancia habia de escitar precisamente la codicia y la envidia de los que se consideraban con mas derecho que él á tomar el pulso de los situacioneros. Las reclamaciones de los facultativos eran demasiado legítimas para que pudiesen ser desatendidas, y el apoyo que tenia Nuñez era demasiado poderoso para temer las reclamaciones de los facultativos. En tal conflicto, para conciliarlo todo sin dar escándalo, se recurrió al mayor de los escándalos. «Nadie sin ser médico puede egercer la medicina, diria Narvaez; este es un principio que no puede discutirse; mientras Nuñez no sea médico se opondrán á que haga de médico todos los que realmente lo son. Para evitar oposiciones voy á hacerle médico.» Y en uso de las fa-

cultades omnimodas que él mismo se habia concedido, mandó que en Madrid se le examinase, se le aprobase y se le diese el grado de bachiller, y luego que en Barcelona se le diese el grado de doctor. ¿Qué habian de hacer los catedráticos mas que obedecer? Examinaron y aprobaron al curandero, y le dieron un diploma de médico absolutamente igual al que se da á todos los que para ser médicos se han sometido á las condiciones del reglamento. Diganle ahora á Nuñez que no es médico; tiene documentos para coser la boca del que tal diga; se encuentra en el mismo caso de cierto sugeto de alto copete que habia en la Habana, quien se irritó contra un prelado que le llamó mulato sin otra razon que tener el pelo ensortijado, el color de cedro y ser hijo de padre blanco y de madre negra. La calificacion era una calumnia ¡Llamar mulato á un hombre de las circunstancias espresadas! El pueblo tambien le tenia por mulato..... ¡cómo se equivoca el pueblo! *Vox populi vox diaboli.* El calumniado elevó al trono sus quejas contra el prelado, y Fernando VII, que todos sabemos cuan justo era, exigió del prelado una retractacion solemne mandándole que declarase públicamente que el sugeto á quien habia llamado mulato no era mulato. Hízolo asi el prelado, diciendo: «Manda el rey que el sugeto á quien llamé mulato no sea mulato, y lo que el rey manda debe ser obedecido.» Hé aqui un mulato que por real orden se hizo mas blanco que un cisne. Y si hay

blancos de real orden ¡qué mucho que de real orden haya tambien médicos! Asi pues, si mañana hay alguno que tenga la osadía de llamar á Nuñez curandero sin mas razon que por ejercer la medicina sin haberla estudiado, se espone á una retractacion parecida á la del prelado que llamó mulato á un blanco hijo de blanco y de negro. «Manda Narvaez que Nuñez, á quien llamé curandero, no sea curandero, y lo que Narvaez manda debe ser obedecido.»

Entre la gente de gran tono era de rigor y lo es todavia hacerse visitar por Nuñez. A esta circunstancia y á las recomendaciones de Narvaez debe Nuñez sus relaciones con el general Serrano á fuer de personage de gran tono. Dícese que la vida aventurera de Serrano le obligaba á satisfacer ciertas necesidades que su organizacion fatigada no le permitia cumplir, y que Nuñez era el encargado de reparar sus fuerzas y sacarle de su estado de postracion. Parece que en una de sus frecuentes visitas habló el médico al enfermo de lo conveniente que seria emplear su influencia para que Narvaez reconquistára el poder, y que Serrano afectó cierta repugnancia que fué vencida hábilmente por el homeópata, quien le dijo: «Usted cree que Narvaez es su enemigo y se engaña V. de medio á medio. Narvaez no es mas que un amigo y un admirador de V.; me lo ha dicho muchas veces en confianza, y con toda la franqueza que á él, á V. y á mí nos caracteriza; Narvaez nunca me dice mas que lo que

siente; cuando habla conmigo tiene el corazon en la boca.» Serrano, que es tan necio como todos sabemos y tan fátuo como sabemos todos, se dejó embaucar por las almibaradas espresiones del zorro, y soltó el queso que Narvaez se apresuró en recoger. Tales son los precedentes del famoso asalto nocturno que desalojó de sus puestos á Salamanca y á la mayor parte de sus colegas, pues, gracias á Nuñez, se empleó en derribarles la influencia misma que parecia destinada á sostenerles. Nuñez, como se ve, jugó en estos gravísimos acontecimientos un papel político de grande importancia, y por esto le hemos concedido un lugar en este libro, que de otro modo no lo hubiera llegado á tener, pues este libro tiene por título Los Políticos en Camisa, y no los curanderos en camisa.

Por este servicio prestado á la causa de Narvaez se le ha conferido á Nuñez una gran cruz, y se le ha nombrado médico honorario de cámara. Acaso no tarde en ser nombrado médico de cámara con egercicio, en cuyo caso haremos ciertas reflexiones que en este momento no nos atrevemos mas que á apuntar. El dia que sea nombrado Nuñez médico de cámara con egercicio diremos abiertamente y sin tapujos que los que rodean á la reina son sus enemigos capitales. Prescindamos ahora de la inmoralidad que envuelve el crearse por medio de la política una posicion facultativa. Semejante anomalía es demasiado vulgar para que nos ocupemos de ella en este momento.

Bien quisiéramos que los honores todos fuesen debidos al mérito y no al favor, y que el que llegase á adquirir la importancia médica de que disfruta Nuñez no tuviese que agradecerla mas que á sus conocimientos acreditados por una larga práctica y por numerosos actos literarios. Si la degeneracion y el servilismo no se hubiesen estendido á todas las clases, no habria facultativo alguno que se dignase alternar con un intruso por grandes y elevadas que fuesen las influencias en que se apoyase. El cuerpo facultativo en masa para mantener inmaculado el lustre de su profesion hubiera protestado contra el bachillerato de Nuñez, luego contra su licenciatura y últimamente contra su título de médico de cámara. ¡Cuán honrosa y cuán estrepitosa y cuán magnífica hubiera sido una protesta como nosotros la concebimos, que podia hacerse en nombre de la facultad y en nombre de la humanidad en general! Si para ser médico no se necesita estudiar, suprímanse las cátedras y los libros, y no se obligue á la juventud á gastar sus años mas preciosos en trabajos estériles. Si se necesita estudiar para ser médico, obliguese á Nuñez á estudiar lo mismo que á los demas, y no se establezca solo para él una prerogativa de escepcion. ¿Quién es Nuñez para eximirse de los inmensos gastos y afanes incesantes que acarrea la prosecucion de una carrera? Se nos dirá que obras son amores y no buenas razones, que Nuñez ha hecho curaciones maravillosas, y que en un médico lo que se debe bus-

car es que cure á los enfermos. ¡Argumento capcioso! ¿quién es capaz de asegurar que los triunfos atribuidos á Nuñez no sean efecto de la casualidad? En medicina es esto muy frecuente, y no hay quien no sepa que muchos estudiantes adocenados concluyen su carrera sin saber mas de lo que sabian antes de empezarla, y llegan á adquirir envidiable fama en el punto en que fijan su residencia. Pudiéramos citar muchos egemplos de este género; la suerte contribuye en mucho á los triunfos obtenidos por un facultativo, y el que se deja obcecar por ellos se convierte muy fácilmente en apologista de los curanderos. A mas de que si á Nuñez por su acierto se le hace gracia de las impertinencias y estudios que la facultad reclama, ¿por qué este privilegio no se ha de hacer estensivo á todos los curanderos que se hallan en el mismo caso? No se obligue á nadie á estudiar, permítase á todo el mundo que recete á diestro y á siniestro, y al que quiera obtener título de doctor, en lugar de hacerle subir á exámenes, obliguesele á presentar un catálogo de las enfermedades que ha curado. Bien se nos alcanza que esto seria un absurdo; pero todavía es un absurdo mayor establecer privilegios para un individuo determinado.

Mas dejemos á un lado lo mucho que acerca de este particular se nos ocurre y concretémonos al punto mas culminante y mas trascendental. Si hay alguna influencia que pugne para elevar á Nuñez á médico de cámara con egercicio, si hay alguna

influencia que ponga la vida de la reina en manos de un curandero que sobre ser un curandero ofrece ciertos antecedentes que le hacen pasar por no muy adicto á la causa del trono constitucional, debemos calificarla de poco amante y hasta de enemiga de la reina. Imposible parece que esos palaciegos que nunca escriben el nombre de Isabel II sin hacer que le sucedan inmediatamente las iniciales Q. D. G., que esos que terminan todos sus escritos dirigidos á la que ocupa el trono con la fórmula *Dios guarde la preciosa vida de V. M.*, sean tan sumamente hipócritas que confien á Nuñez esta vida que llaman preciosa. Nosotros creemos que un médico mientras se halla en el egercicio de su profesion no tiene opinion política de ninguna especie, y que el público no debe jamas ver el político en el médico. Pero un curandero no es un médico; un curandero en el mero hecho de ser curandero es un hombre sin conciencia, y la salud de la reina no debe estar á cargo de un hombre sin conciencia. A mas de que nos es lícito preguntar para concluir: ¿de qué no es capaz el hombre, al menos á los ojos del público, que segun voz general y fama no ha sido del todo indiferente á las intrigas de la famosa noche? Aunque no exista en Nuñez la complicidad que se le atribuye, por delicadeza no deberia el homeópata pisar los umbrales de palacio para que si sobreviene alguna desgracia no se vea señalado por el índice de la opinion pública ni condenado

por ninguna apariencia. Mientras tanto el pueblo teme una catástrofe. Isabel ocupa el trono; el trono que ocupa Isabel escita la codicia de la Francia y de Montemolin, y Nuñez, que es médico de la real cámara, es tenido por montemolinista y se halla en relaciones íntimas con los afrancesados. Será tan hombre de bien como se quiera; pero atando cabos es imposible que su inmerecida posicion no escite grandes temores. ¡Ojalá el tiempo nos convenza de que son infundados!

FIN DEL TOMO TERCERO.

ADVERTENCIA.

Nos hemos propuesto que esta obra sea la historia completa de todos los hombres de la época enlazados con los acontecimientos contemporáneos, y de consiguiente esta obra será cuando concluida la historia de todos los acontecimientos contemporáneos enlazados con la historia de todos los hombres de la época. Muchos hombres y muchos acontecimientos tenemos en el tintero que se disputan la gloria de figurar en el papel. Tarde ó temprano á todos les llegará su turno, á todos, grandes y pequeños; BALBOA, NARVAEZ y otros no tardarán mucho en presentarse al público en camisa. Pero para hablar de ciertas personas y de ciertas cosas se necesita pedir permiso á las circunstancias, y esperamos que antes que todo se lo lleve el demonio habrá algunos intervalos de legalidad, algunos momentos de apirexia política que nos permitirán sacar de la jaula á ciertos leones que ahora no nos atrevemos á soltar por hallarse en el rigor de la cuartana. Mientras tanto nos ocuparemos de alguna gente de poco mas ó menos, que divertirá á los espectadores con cuatro monadas para hacer menos pesados los entreactos. El primero que presentaremos en la escena será el célebre Benavides, pues ya le vemos asomar las narices por los bastidores, y milagro será que haya ningun otro que le gane la delantera. No sabemos si el público, que tanto nos favorece, nos agradecerá que contratemos por una pequeña temporada al bienaventurado Cañete, diminutivo hasta en el apellido. En caso de contratarlo, lo emplearemos nada mas que para salpicar de mamarrachadas el espectáculo y dar algunos ratos de descanso al buen Gil y Zárate, que bien merecidos los tiene despues de tanto como le hemos hecho trabajar. Para reemplazar en el desempeño de la parte grotesca al bendito D. Antonio nadie mas á propósito que el padre adoptivo de LOS DOS FOSCARIS de lord Byron, que en poco tiempo ha pasado de apuntador de un teatro de segundo orden á secretario de una gefatura política, no sin haberse hecho antes autor dramático para recoger silbidos, y luego escritor crítico para vengarse de los que le han silbado. En fin, aseguramos á nuestros lectores que van á divertirse mucho con las novedades que tenemos proyectadas para complacerles.

LOS POLÍTICOS EN CAMISA.

TOMO IV.

MADRID:
IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO BOSCA,
Calle de la Hiuerta, núm. 13, cuarto bajo.
1847.

ADVERTENCIA.

Nos hemos propuesto que esta obra sea la historia completa de todos los hombres de la época enlazados con los acontecimientos contemporáneos, y de consiguiente esta obra será cuando concluida la historia de todos los acontecimientos contemporáneos enlazados con la historia de todos los hombres de la época. Muchos hombres [illegible] LOS POLÍTICOS EN CAMISA. [illegible] Narvaez y otros no tardarán mucho en presentarse al público en camisa. Pero para hablar de ciertas personas y de ciertas cosas se necesita pedir permiso á las circunstancias, y esperemos que antes que todo se lo lleve el demonio habrá algunos intervalos de legalidad, algunos momentos de apiretia política que nos permitirán sacar de la jaula á ciertas leonas que ahora no nos atreveremos á soltar por hallarse en el rigor de la cuaresma. Mientras tanto nos ocuparemos de algun genio de poco mas ó menos, que divertirá á los espectadores con cuatro monadas para hacer menos pesados los entreactos. El primero que presentaremos en la escena será el célebre Bensavides, pues ya le vemos asomar las narices por los bastidores, y milagro será que haya ningun otro que le gane la delantera. No sabemos si el público, que tanto nos favorece, nos agradecerá que contratemos por una pequeña temporada al bienaventurado Cañete, diminutivo hasta en el apellido. En caso de contratarlo, lo emplearemos nada mas que para salpicar de mamarrachadas el espectáculo y dar algunos ratos de descanso al buen Gil y Zárate, que bien merecidos los tiene despues de tanto como le hemos hecho trabajar. Para recompensar en el desempeño de la parte grotesca al bendito D. Antonio vadis mas á propósito que el padre adoptivo de los pobres Fosqanis de lord Byron, que en poco tiempo ha pasado de apuntador de un teatro de segundo orden á secretario de una gefatura política, sin haberse hecho antes autor dramático para recoger silbidos, y luego escritor crítico para vengarse de los que le han silbado. En fin, aseguramos á nuestros lectores que van á divertirse mucho con las novedades que tenemos preparadas para completarlas.

ENTEROS Y QUEBRADOS.

ADICION

Á LOS

POLÍTICOS EN CAMISA

Y Á LA MORRALLA,

POR

EL JESUITA.

TOMO IV.

MADRID:
IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO BIOSCA.
Calle de la Manzana, núm. 13, cuarto bajo.

1847.

LOS POLÍTICOS EN CAMISA

Y A LA MORALLA,

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.

TOMO IV.

MADRID:
IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO BOSCA
Calle de la Montera, núm. 13, cuarto bajo.

1847.

DON ANTONIO BENAVIDES.

La importantisima advertencia con que hemos cerrado el tomo anterior puede servir de prólogo de este, y no tenemos de consiguiente ninguna necesidad de manifestar á nuestros lectores la mira que nos llevamos en este apéndice de apéndices, coleta de coletas y suplemento de suplementos. En la conclusion del tomo precedente hemos dicho todo lo que acerca de este particular pudiéramos decir ahora. Al designar esta adicion con el título de ENTEROS Y QUEBRADOS, bien se echa de ver que nos proponemos poner en camisa hombres de muy distintos calibres, hombronazos y hombrecillos, notabilidades políticas de grande importancia y monicacos que no tienen ninguna. Este tomo va á ser muy divertido, por lo mismo que va á ser muy variado; á algunos les

tendremos mucho rato á la vergüenza, y á otros les despacharemos en un minuto, les haremos asomar la cabeza por los bastidores ó cuando mas atravesar las tablas como quita sillas, sin consentir que se detengan en ellas. Por de pronto el primero que se nos cae de la pluma es D. Antonio Benavides, quien sin duda alguna, viendo que hemos tardado tanto en ocuparnos de él, habrá creido que le teniamos ya olvidado. Imposible: ¿cómo habiamos de olvidar nosotros á un sugeto de circunstancias tan tan tan..... en fin, de las circunstancias siguientes:

Empecemos diciendo que D. Antonio Benavides tiene un tio ¡pero qué tio! un tio que es nada menos que académico de la de Historia y que se llama nada menos que D. Martin Fernandez Navarrete. Esto es lo único que podemos decir del tio y aun nos parece demasiado. Su sobrino fué colegial en el colegio de San Bartolomé y Samigo, que hoy por el nuevo plan de estudios ha ascendido á la categoria de real. Algo ha contribuido Benavides á esta transformacion, y Benavides no suele hacer cosa alguna por el solo gusto de hacerla. Asi es que los que conocen su positivismo la han dado en decir que si hoy es real el colegio que antes no lo era, él tendrá sus razones; pero nosotros no hacemos caso de habladurías. Mas adelante fué Benavides colegial en el mayor de Santa Catalina y Santa Cruz de la Fé en Granada.

Todos estos antecedentes son de muy poco interes, y solo hacemos mencion de ellos para manifestar

que á Benavides le seguimos la pista desde mucho tiempo, que hace años y años que somos sus odómetros, y que nadie sabe mejor que nosotros el camino que ha hecho desde que era estudiante hasta que fué y dejó de ser ministro. Por lo demas, no importa maldita de Dios la cosa el saber que tiene un tio que se llama Fernandez Navarrete y que ha sido colegial en San Bartolomé y en el mayor de Santa Catalina y en Santa Cruz de la Fé, donde allá por los años de 1827 ó 1828 recibió el grado de doctor.

Importa sin embargo algo mas saber que, recien graduado de doctor, hizo D. Antonio oposicion á una cátedra de jurisprudencia habiendo á la sazon tres vacantes. Tan mal dotadas estaban estas cátedras que apenas se encontraba quien las pretendiese; con todo, como hasta el trigo es limosna, no faltó á cada cátedra un opositor desesperado. Era uno de ellos un tal D. Antonio Herrasti, que es hoy ministro del tribunal mayor de cuentas; el otro un tal Barrea, en la actualidad decano de la Facultad de Jurisprudencia en Granada, y por último era el tercero el ínclito personage cuya verdadera historia estamos refiriendo. Sucedió en estas oposiciones una cosa estraordinaria, una de que acaso no hay egemplo en los anales de las oposiciones, y que no podia pasar mas que en España, donde pasan cosas que no pasan ni pueden pasar en ninguna otra parte. Sucedió, como hemos dicho, que habia tres cátedras vacantes, y, como hemos dicho, su-

cedió tambien que con no poco trabajo se consiguió que hubiese tres opositores, lo que en resumidas cuentas quiere decir que habia cátedra por barba. Para que ninguno de los opositores dejase de obtener la cátedra á que aspiraba, era menester que se le aprobase la oposicion, y á ninguno se le podia reprobar la oposicion por el sencillo motivo de ser mutuamente censores los unos de los otros. Eran los opositores, como queda indicado, Herrasti, Barrea y Benavides, y los censores ó jueces del concurso eran Benavides, Barrea y Herrasti. Herrasti y Barrea dieron cátedra á Benavides; Benavides y Herrasti dieron cátedra á Barrea, y Barrea y Benavides dieron cátedra á Herrasti. Hé aqui lo que se llama ser agradecidos los hombres; hé aqui lo que se llama corresponder mutuamente á las finezas. Lo estupendo en este caso no está en el modo como se portaron los opositores, pues es muy natural que una mano lave la otra y las dos la cara; es seguro que cualquier otro hubiera hecho lo mismo que hicieron Benavides y sus contrincantes hallándose en circunstancias análogas. No faltaba mas sino que los opositores se hubiesen reprobado recíprocamente, ó que uno de ellos, despues de haber aprobado á los otros dos, se hubiese visto reprobado por estos. Si en Francia, ó en cualquier otro pais mas ó menos civilizado que el nuestro, se establece entre opositores y censores la misma reciprocidad que hubo en el Mayor de Santa Cruz de la Fé, es

seguro que como haya una cátedra para cada opositor, ninguno de ellos dejará de ser catedrático; pero tambien es seguro que semejante reciprocidad es en todas partes imposible menos en España, donde todo es posible.

Infatuóse no poco el célebre Benavides viéndose catedrático de término cuando apenas habia concluido la carrera, pero los que sabian las circunstancias á que debió la cátedra se reian de estas circunstancias y mas aun de su fatuidad. Sin embargo, su oposicion á cátedra la alegó como mérito para aspirar á una posicion mas lucrativa, y apoyado en la influencia de su tio, que era el mas cariñoso de los tios, en menos que canta un gallo obtuvo de Calomarde la plaza de fiscal de la Audiencia de Puerto Rico, que es, segun dicen, un bocado muy nutritivo y sabroso. Estas cosas, que son para Benavides grandes acontecimientos, sucedian en el año de 1831 ó 1832 de la era cristiana, lo que prueba que en 1831 ó 1832 habia ya en España para Benavides grandes acontecimientos. Despues de permanecer algun tiempo en Ultramar, regresó á la Península firmemente persuadido de que con el giro que habia tomado la política de la Metrópoli, le era fácil crearse en la Península una posicion tan ventajosa como allende los mares. Benavides sabia todo lo que tiene de verdad el refran que dice: rio revuelto ganancia de pescadores; conocia que un hombre de su carácter y de su temple no podia dejar de sacar un

buen partido de las circunstancias, y sabia los medios de que habia de valerse para esplotarla en beneficio propio. Comprendió perfectamente que para llegar á ser alguna cosa de provecho tenia necesidad de ser diputado, y para ser diputado comprendió tambien perfectamente los medios de que habia de valerse. Examinó una tras otra todas las provincias de España, se hizo cargo del terreno, de la topografía, de la índole de cada una ; y conociendo que en muchas de ellas le seria imposible obtener un solo voto, para no debilitar sus fuerzas dividiéndolas, dirigió todos sus medios de accion á la provincia de Jaen. Esta provincia es la única en que podia presentarse como candidato sin esponerse á una derrota segura, porque era á la sazon una provincia muy escasa en hombres dignos de representarla, y no tuvo de consiguiente que luchar con grandes pretensiones rivales. Por otra parte, como á la provincia de Jaen corresponde el pueblo de Villacarrillo, el cual tiene la alta honra de ser cuna de nuestro héroe, ayudado este de su numerosa familia, que es casi igual á la de Pacheco, consiguió salir diputado por los votos de su familia, los cuales por sí solos eran capaces de contrabalancear á su favor la votacion dirigida á cualquier otro. Aquí empieza verdaderamente la vida política de D. Antonio Benavides.

La ingratitud es el defecto que mas odioso vuelve á un hombre, y Benavides hizo desde luego todo lo posible para que no se le pudiese tachar de in-

grato. No lo fué en efecto ni con su parentela ni con el pueblo de Villacarrillo, donde constituyó un juzgado desmembrando los de Cazorla y Segur de la Sierra, por no unirle á estos pueblos ningun motivo de gratitud. Benavides hizo santísimamente; los deberes que le imponia la conciencia estaban de acuerdo con su interes individual. Al cabo ninguna legislatura es eterna, ni el cargo de diputado es vitalicio, y si se hubiese portado mal con el pueblo de Villacarrillo, perdia para siempre el derecho de pedirle la alta honra de ser su representante en las córtes. Aunque Benavides es de los que mejor saben aprovechar el tiempo, una sola legislatura podia no bastarle para el cumplimiento de sus miras, y trató por lo mismo de corresponder debidamente al pueblo que le habia favorecido con sus sufragios para que no se los negase en otra ocasion en que de ellos tuviese necesidad. Ya sabe Benavides donde le aprieta el zapato. A mas de que ¡es tan dulce para ciertos hombres mangonear, farolear, mandar y tener instrumentos que sirvan á su ambicion personal! La reina es reina de España, y de consiguiente lo es tambien de Villacarrillo, si bien hay en Villacarrillo quien parece casi participar de su trono y ayudarla á llevar la corona. La casi magestad de Villacarrillo es hasta cierto punto Benavides, diria Larra; en Villacarrillo Benavides es casi un rey, es casi mas que un rey, es casi un soberano absoluto, un casi dictador que hace casi todo lo que le dá la gana,

sin que casi nadie le pida cuenta de sus actos. Es casi irresponsable como un rey casi constitucional, con la sola diferencia que un rey es irresponsable porque nada hace, y Benavides es casi irresponsable haciendo cuanto se le ocurre, aunque no creemos que se le ocurra nada malo. No falta mas sino que en el juzgado de Villacarrillo sea Benavides el código que rija, de suerte que allí la justicia no tenga otro objeto que proteger á la familia de Benavides. De este modo bastará ser pariente de Benavides para tener razon en Villacarrillo, y aun podria arreglarse todo de modo que en Villacarrillo no se pudiese tener razon sino siendo pariente de Benavides. Cuidado que no decimos que la razon no se dé á quien la tenga, como asi debe ser, sea ó no de la familia de Benavides, aunque lo que uno tiene no necesita que se lo den. Y aqui viene como pedrada en ojo de boticario el epígrama que dice:

Porque tenia razon
queria el pobre Narciso
que se la diese Ramon,
y este dársela no quiso.
—A usted nunca le daré
la razon—¿Y por qué no?
—Porque si la tiene usted,
¿cómo he de dársela yo?

No ha habido otro en el mundo como Benavides,

tan amigo de figurar y de darse importancia. Benavides para hacerse célebre es capaz de meterse á cura, como dicen que lo ha hecho ó lo va á hacer el nunca bien ponderado Roca de Togores, quien fastidiado de las vanidades mundanas, emplea en rezar y en oir misa el tiempo que le deja libre la lectura de los sermones del padre Lacordaire, á los que atribuye la generalidad la magnífica conversion del ex-ministro. Tambien Benavides para adquirir celebridad es muy capaz de parodiar al emperador Cárlos V. Benavides seria un magnífico fraile, como la mayor parte de los moderados, quienes lo mismo que los frailes son egoistas, lo mismo que los frailes son hipócritas, lo mismo que los frailes aspiran á dominar el pais, y ningun medio les parece repugnante con tal que les conduzca á este objeto. ¡Oh! Benavides haria un buen fraile que nada dejaria que desear.

Para adquirir celebridad, en 1840, despues del pronunciamiento de setiembre, se condenó voluntariamente á dar un paseo en el vecino reino; paseo que como el de tantos otros se calificó de destierro inicuo, de ostracismo insoportable. Seguir de lejos ó de cerca á la ex-regente en un pais estrangero era en aquella época una medida que la aconsejaba el buen tono, y entre las notabilidades moderadas emigraron para seguir la moda una infinidad de botarates, un número inmenso de *dandis* que no eran conocidos mas que de su familia, y que

maldito si habia progresista alguno que tuviese noticia de su existencia. Hasta muchachos que iban á la escuela, por los compromisos contraidos á favor de Doña Maria Cristina, se creyeron poco seguros en España y abandonaron el suelo natal que, segun ellos, era presa de los horrores de la anarquia. ¡Pobres muchachos! ¡Por su adhesion á la reina madre verse obligados á atracarse en Francia de pan blanco y de gallinas, y á gastar los mejores dias de su juventud en los tristes desiertos del aridísimo Paris! ¡Pobrecitos!

Aquella farsa de espatriacion, que era un sangriento sarcasmo dirigido á los verdaderos proscritos, pareció á Benavides muy digna de un hombre de su catadura que aspiraba á contraer méritos para mas adelante, y que conocia que con el tiempo habia de servirle de glorioso antecedente y de llave la mas propia para abrirse las puertas de un envidiable porvenir. Inútil es decir que los emigrados del año 40 á fuer de emigrados no pensaban mas que en conspirar. No hay emigrado que no conspire, y con tanta mas razon habian de conspirar los moderados que sobre ser emigrados y conspiradores por naturaleza solo para conspirar emigraron. Paris era el centro de donde partian los hilos de la trama urdida contra la situacion creada en setiembre. Benavides, como se supone, no era indiferente á las maquinaciones liberticidas de los emigrados del año 40, y tomó parte en el motin del 41 penetrando en la

Peninsula clandestinamente, despues de haber exagerado su importancia á los ojos de los demas conjurados, á quienes haria ver que le bastaba una ligera insinuacion para levantar contra Espartero su pais, pues lo tenia todo metido en un puño. Por supuesto estas cosas necesitan dinero, y convencido el club de esta necesidad facilitaria al intrépido D. Antonio los fondos que creyese convenientes, y D. Antonio se introduciria en España clandestinamente y afectando mucho arrojo como hombre que se juega la vida en una empresa; pero á pesar de la influencia de que blasonó y de los recursos que se le suministráran, nada hasta ahora ha indicado que hiciese para conseguir su objeto y dar cumplimiento á su comision todo lo que debió hacer. No diremos que Benavides hiciera á la sazon lo que han hecho otros muchos en esta tierra de pronunciamientos. De algunos hemos oido decir que por espacio de algunos años no han vivido de otra cosa que de embaucar á los que han deseado una conmocion haciéndoles ver que ellos tenian en su mano medios para provocarla pero que al efecto necesitaban dinero. Algunos papamoscas han aflojado la mosca con todo el generoso desprendimiento del que cree que para salvar ó hacer triunfar un principio se necesita hacer un sacrificio. ¡Felices los que sueltan el peculio si el que se lo hace soltar no se va derecho á la policia á delatarles como conspiradores! ¡Cuántos han gemido en hondos calabozos, víctimas de su buena fé esplotada por un pícaro policiano!

¡Cuantos sin saberlo han dado dinero á los mismos que lo cobran del gobierno para tender la red á las almas pacatas! Esto sin embargo no es lo mas comun; los policianos y espias, por mas que se disfracen de caballeros y de hombres de bien, tienen distintivos tan pronunciados que cualquiera les conoce hasta con el olfato. Pero los que han abundado, particularmente en la corte, por espacio de muchos años son ciertos industriales que fingiendo ser conspiradores y trabajar para hacer un pronunciamiento, han esplotado como una mina el bolsillo de sus generosos compatriotas. Algunos hasta se han enriquecido. Su industria, aunque no se haga de ella mencion en el registro de contribuciones, ni conste en ningun manual de artes y oficios, es una industria como cualquiera otra. ¡Tan cierto es que estamos en el siglo del progreso de las artes!

Y no se crea que esos especuladores de nuevo género fuesen en su mayor parte unos perdularios. *Rien moins que cela.* Habia entre ellos hasta hombres que mas de una vez se han sentado en los escaños del congreso. En esto está el busilis. Para hacer soltar el peculio era menester inspirar confianza á las almas cándidas, y tener al efecto cierta suposicion, cierta representacion social. Los industriales duchos tienen buen cuidado en dar colorido á la trampa, procurando al efecto que haya una pequeña farsa de levantamiento para hacer ver que han aplicado el dinero al objeto que tienen manifesta-

do, á no ser que coincida casualmente con sus miras una conmocion hija esclusivamente de la impaciencia de las masas, en cuyo caso se la atribuyen á sí mismos y les sirve perfectamente para salir de toda especie de compromiso. El pronunciamiento del año 1843 es el que ha enriquecido á un número mayor de especuladores de todos los partidos, como que aquel pronunciamiento se hizo á fuerza de dinero. De todas partes salian emisarios de tomo y lomo perfectamente dotados para propagar la insurreccion, y entre estos los hay en la actualidad que gastan coche. A los emisarios que fueron á sublevar las provincias de Cataluña, que por cierto se llamaban progresistas y algunos pasan todavía por tales, no sabemos cuanto les costó el levantamiento, pero sí que para hacerlo habian percibido muchos miles. Igualmente habian percibido muchos miles los emisarios que se encargaron de pronunciar á Aragon, de los cuales uno pasaba á la sazon por progresista avanzado, pero es de los que volvieron la casaca, y en la actualidad pertenece en cuerpo y alma al partido moderado. En Zaragoza el pronunciamiento se redujo á un insignificante y asqueroso motin que fué desde luego destruido por la milicia nacional, y al emisario no le costó mas que algunos cuartillos de aguardiente que, segun se dice, se adeudan todavía al tabernero. Con todo lo que hubo, aunque no fué nada, seria lo suficiente para que el emisario pudiese decir que habia consagrado todo el dinero que percibió al objeto para el cual se lo entregaron.

Algo parecido á lo de cuarenta y tres debió suceder en cuarenta y uno. Nosotros tenemos noticia de una carta que el desgraciado Montes de Oca dirigió á D. Leopoldo O'Donnell, en la cual aquel infeliz se quejaba amargamente de la falta de palabra de los que prometieron contribuir al éxito de su empresa, trataba á sus correligionarios de cobardes y poco caballeros, y acriminaba en general á los que despues de haber ofrecido ausiliarle con sus fondos no le favorecian con ninguno de los recursos que las circunstancias hacian indispensables. ¿Tiene alguna noticia el Sr. Benavides de esta carta? Es un documento importante que merece llamar muy principalmente la atencion del que se ocupe de la historia de aquellos sucesos; basta leer aquella carta para conocer que Montes de Oca tenia corazon y cabeza. Porque tenia corazon y cabeza tiene ahora la aureola de los mártires. ¿Por qué no le ausiliaron sus correligionarios, sobre todo los que le ofrecieron hacerlo? ¿Por qué Narvaez se quedó en Gibraltar, mientras O'Donnell se jugaba la vida en Pamplona, Montes de Oca en Vizcaya y Concha y Leon en Madrid? ¿Narvaez tuvo miedo? ¿O aguardaba tal vez que probasen fortuna los que mas sombra le hacian para poder él mas adelante elevarse sobre todos sin ningun obstáculo? ¡Quien sabe! ¡La ambicion sofoca tantas veces la conciencia! Segun se dijo, Narvaez salió de Paris para ponerse al frente de la sublevacion en Andalucía, y se quedó en Gibraltar. ¿Pero quién nos

mete ahora en honduras de que es imposible salir? Dejemos en paz á Narvaez que ya le llegará su turno, y volvamos á Benavides, de quien se ha dicho que era el encargado de ausiliar con fondos á Montes de Oca. Pero asunto es ese demasiado delicado para que digamos de él todo lo que decir quisiéramos.

Arrojado de nuevo de España por la tempestad de octubre, no regresó á la Península hasta que cayó Espartero. Tenia el apoyo de Narvaez, que entonces valia mucho, pero le faltaba el apoyo de Doña María Cristina, que valia mucho mas. A Narvaez debió el ser ministro del tribunal supremo de Guerra y Marina, que es un buen bocado, y luego gefe político de Madrid, que tampoco es un bocado despreciable. A Doña María Cristina debió tal vez el no llegar á ser ministro en varias ocasiones en que se dijo haberle propuesto Narvaez. Las simpatías que le unian á este son muy naturales; un hombre como Narvaez no puede dejar de simpatizar con un hombre como Benavides. Pero las antipatías de Doña María Cristina no se conciben sino dando oidos á ciertos rumores que han circulado relativos á la conducta de aquel cuando los sucesos de octubre. Atendido el carácter de Benavides y el de Doña María Cristina, no todo lo que se ha dicho acerca de sus disidencias parece destituido de fundamento. Sin duda alguna los resentimientos que contra Benavides ha concebido Doña María Cristina son de gran calibre cuando hasta ahora no han podido ser olvidados.

Los que hemos visto á esa gran señora reconciliarse con Gonzalez Brabo, con el cinico folletinista que la aplicó apodos que llegan á la honra, y que nosotros, que no somos cortos de genio, no nos atrevemos á repetir para no manchar esta obra, debemos decir de la duquesa de Rianzares que tiene un corazon sin hiel, una condicion blanda, un carácter indulgente; y sin embargo, con tan buen corazon, con tan buena condicion, con tan buen carácter no ha podido en mas de tres años que ella y Benavides se dirigen á un fin politico comun, pasar la esponja del olvido sobre los resentimientos concebidos contra Benavides. Lejos estamos nosotros de creer que una señora tan opulenta como la esposa de Muñoz perdone mas fácilmente una ofensa que llegue á la honra que una que puede afectar sus intereses particulares. Lejos estamos de creer que el rencor que Doña Maria Cristina profesa al parecer á Benavides sea efecto de ambicion ó de miras privadas. Mas vale creer que la antipatia de esa señora no tiene ningun origen conocido, que es instintiva, que nace sin saber ella misma de qué; Benavides le repugna sin poderlo remediar: afectos de este género son muy comunes, especialmente en el sexo hermoso.

Benavides regresó á España en el año 43 con la pretension y la esperanza de ser ministro, y para conseguirlo, cuando vió que el partido moderado se dividia en fracciones, se declaró amigo de todas sin arrojarse completamente en brazos de ninguna para

no escluirse de ninguna combinacion. Adoptó una política de tira y afloja, afectó un espíritu de reconciliacion que le permitia simpatizar con todos, pero ni por esas; cada dia caia un ministerio, cada dia se presentaba una candidatura, y en ninguna se leia su nombre. No habia paciencia para tanto; motivos tenia para desesperarse, para volverse loco, para echarse de patitas al canal. Vió unas tras otras subir y caer todas las notabilidades de su partido, vió, agotadas las notabilidades, llegar la tanda á todas las medianías, vió encaramarse al poder una clase de gente que ni servian para alcaldes de barrio, y á él nunca le tocaba el turno, nadie se acordaba de él, se prescindia de su persona como si no fuese persona. ¡Cuanta ingratitud! ¡qué postergacion tan escandalosa! ¡Un hombre como Benavides no poder llegar á ser ministro en una nacion en que llegó á serlo hasta Gonzalez Brabo! ¡El que queria pasar por caudillo, verse pospuesto á los últimos reclutas! ¡Tener que devorar la afrenta de que antes que de él se echase mano de Roca de Togores! No sabemos como no se murió de soberbia ó de vergüenza. Sin duda alguna mas de una vez se presentaria á Narvaez quejándose del abandono en que se le tenia, pero Narvaez era quizas impotente para vencer el obstáculo que impedia que su buen amigo se repantigase en la dorada silla. ¿Qué es Narvaez al lado de Doña María Cristina, cuyas repugnancias se sublevarian todas á la vez tan solo al oir pronunciar el nombre de Benavides?

¡Aleluya! Dios tuvo al cabo piedad del pobre D. Antonio; Doña María Cristina salió de España, y al parecer se allanaron todos los inconvenientes que impedian que Benavides llegase al culminante puesto á que la ambicion le llamaba. ¡Aleluya! Con la salida de Doña María Cristina cayeron los ultramoderados, y los puritanos subieron al poder. Benavides no era puritano, pero tampoco figuraba como esclusivista en la fraccion ultramoderada, y los conservadores creyeron poder valerse de él sin disgustar á los ultramoderados ni indisponerse con sus amigos. ¡Hossanna! Por fin, despues de tanto esperar, Benavides fué ministro. Ya era hora; con paciencia todo se alcanza.

Despues de tanto esperar Benavides fué ministro, y no ministro como los otros, sino ministro del ministerio Pacheco, que, en el caso de ser ministro, es lo menos ministro que se puede ser. Ya hemos dicho en el tomo anterior hablando de Pacheco que el ministerio que Pacheco organizó nada hizo absolutamente, y de consiguiente no hay para qué ocuparse, puesto que Benavides fué ministro del ministerio Pacheco, de Benavides considerado como ministro. Nada hizo, como no sea hacer algo contribuir á que no hiciesen nada los otros. Tal vez hubieran hecho, no mucho, Pacheco y sus colegas, si Benavides no hubiese neutralizado con la poca accion que él tiene la poca accion de sus compañeros. No creemos, sin embargo, como algunos que Benavides

fuese la manzana de la discordia del ministerio Pacheco, cuyos individuos estuvieron siempre como perros y gatos, de suerte que aquel ministerio era todo confusion y behetría, era una España en pequeño.

Ya hemos visto cuan amante es Pacheco de su familia y de la familia de su muger, pues sépase que Benavides no lo es menos. Fué tal la profusion de destinos que repartió entre sus parientes y paniaguados, que si para colocar á estos no hubiese tenido la precaucion de quitar á otros, en ninguna oficina de España hubiera cabido una mosca. ¡Jesus! ¡Jesus! En solo el gobierno político de Madrid dió colocacion á diez y nueve escribientes. Por lo demas, tuvo en la eleccion de empleados, sin salir del círculo de su parentela, un acierto tan grande que no puede apetecerse mayor. Colocó en Guadalajara de gefe político á un cuñado suyo, el cual, entre otras cosas que hizo que son verdaderas maravillas, dió un bando sobre pobres y otro sobre pósitos que no hay mas que desear. Para su gloria le bastaban al cuñado de Benavides sus dos bandos, y para la suya á Benavides le bastaba el nombramiento de su cuñado.

La ausencia de Doña María Cristina no debilitó sus odios. Ni aun siendo ministro segun dicen pudo conseguir Benavides que la augusta señora le dejase en paz. Pero siendo ministro pudo evitar por de pronto el golpe terrible con que le amenazaba su inexorable contraria, la cual parece dió poderes á Chico para de-

mandarle en justicia. Benavides cortó por lo sano, como suele decirse; á grandes males grandes remedios: sin encomendarse á Dios ni al diablo, hizo salir á Aviraneta y á Chico desterrados de la corte. Semejante medida merece colocarse en la categoría de las desesperadas; es un golpe de estado, porque Chico y Aviraneta son dos poderes durante la dominacion de los hombres que solo á la policía deben el derecho de dormir algunos ratos con tranquilidad. Tal vez el remedio era peor que la enfermedad; pero Benavides es filósofo, y sabe que entre dos males se ha de optar por el mas remoto.

Concluyamos. Benavides es como hombre de parlamento uno de los mas notables. Argumentador ingenioso y diestro, tiene una elocuencia positiva como su carácter. Va siempre al grano: su palabra es substanciosa, nutritiva; habla con razones. Envuelve al mas astuto, hasta al mismo Arrazola, en las inestricables redes de su dialéctica severa. Encuentra sobre cualquier materia argumentos nuevos, cuando parecen ya todos agotados, y es el mas hábil que se conoce para hallar la parte vulnerable de una cuestion. Certero como el hermano de Hector, hiere á sus adversarios en el único punto que no ha bañado el agua del lago Estigio; mata á Aquiles clavándole la flecha en el talon. Entra siempre por la brecha; siempre amenaza el flanco descubierto. ¡Qué lástima que un hombre como él, con tanto talento, quiera todo reducirlo á substancia propia!

DON JOSÉ VELLUTI.

¡Usted por acá, Sr. D. José! ¡tambien V. por acá! ¿sabe V. donde se ha metido? Yo se lo diré á V.; se ha metido V. en la antecámara del purgatorio de los pecadores políticos, donde arrastrados por el peso de sus pecados se precipitan sin poderlo remediar los que no tienen la conciencia limpia, y los que han tomado la España por un coliseo en que embaucan á la gente pobre de espíritu con juegos de manos capaces de volver loco á cualquiera. No hay Chevalier ni Macallister político que tarde ó temprano no venga aqui á dar cuenta de sus artes milagrosas. Acérquese V., Sr. D. José, acérquese V.; vacie V. el costal de sus pecados; revélese V. á mí como á un confesor; no sabe V. cuanto peso se quitará de encima rezando un acto de contricion.

Mœa culpa, mœa culpa, mœa máxima culpa.

Veamos qué culpas son esas.

Confesor. ¿Es V. hermano del célebre marques de Falces?

Penitente. Si, padre, pero eso no es pecado.

Confesor Tampoco es virtud. Ser hermano del marques de Falces no es de los mejores precedentes para obtener la absolucion. Aunque en una familia puede haber de todo, es raro que los hermanos no se parezcan en algo; hay en ellos caractéres propios y caractéres comunes. ¿Ha sido V. colegial en el colegio de santa cruz de Granada?

Penitente. ¿Tambien eso es pecado?

Confesor. Es una causa predisponente. El colegio de Santa Cruz de Granada es altamente aristocrático, y hasta ahora no ha salido de él ningun imitador de Whasingthon. ¡Oh! si Whasingthon hubiese estudiado en el colegio de Santa Cruz de Granada, no se hubiera en su vida acordado de la libertad sino para combatirla. En ningun colegio como en el de Santa Cruz se enseña con mas método la filosofía del turronero, tan importante para la vida práctica. Entre otras notabilidades que en él se han formado cuéntase al famoso D. Juan Toledo, que fué el único que se abstuvo de votar en el estamento de Procuradores allá en los tiempos del Estatuto la esclusion de don Cárlos, alegando para escusar su conducta que no tenia cara de ahorcado. Entre paréntesis, D. Juan Toledo tiene dos hermanos con quienes se reparte

fraternalmente por temporadas el mando de Alhama y la mayor influencia en la provincia de Granada. Cuando están en candelero los progresistas, toca gobernar á D. Francisco Toledo, y estando en candelero los moderados, los gallos de aquella tierra son D. Juan y D. José Toledo. De este modo todo se queda en casa. Es una filosofía magnífica la de los tres hermanos; bien se conoce que han estudiado en el colegio de Santa Cruz de Granada lo mismo que V. ¿Y V. por qué estudió teología? Su vocacion de V. no me parece de clérigo.

Penitente. Francamente, estudié teología para conservar un pingüe beneficio simple.

Confesor. ¡Ola! ¡ola! ¡cuando yo digo que del colegio de Santa Cruz de Granada salen los primeros turroneros del mundo! ¿Y llegó V. á ser doctor de teología?

Penitente. Sí padre.

Confesor. ¿Y hasta qué época conservó V. el beneficio?

Penitente. Hasta 1838.

Confesor. ¿Y por qué lo dejó V? ¿Sin duda como no habia nacido V. para clérigo, no quiso V. engañar á los demas ni engañarse á sí mismo?

Penitente. Nada de eso. Yo era amigo particular de Ruiz de la Vega, ministro á la sazon.

Confesor. ¿Y qué?

Penitente. Como Ruiz de la Vega queria favorecerme siendo amigo, y podia favorecerme siendo ministro...

Confesor. Adelante.

Penitente. Me nombró oficial del ministerio de Gracia y Justicia.

Confesor. Acabáramos.

Penitente. Ya vé V. que yo no soy un quidam. Cuando fuí nombrado oficial, era un catedrático de teología.

Confesor. ¿Y habia V. estudiado leyes?

Penitente No señor.

Confesor. ¿Es decir que no era V. abogado?

Penitente. Nada, no era mas que un teólogo.

Confesor. Que es bien poca cosa por cierto. Por supuesto, es V. un hombre hábil, que sabe sortear las circunstancias, y permaneció V. firme en su puesto en medio de todas las tempestades políticas...

Penitente. En 1840 no me valió mi habilidad. El temporal de setiembre me lanzó de mi puesto y no volví á conquistar mi posicion hasta 1843. Para evitarle á V. la molestia del interrogatorio, voy á referirle á V. todos los accidentes de mi vida desde que cayó Espartero, y de este modo acabaré mas pronto. Inútil es decir que por mis opiniones, por mis hábitos aristocráticos, por mis justos resentimientos, y sobre todo por mi ambicion y egoismo, deseaba como el que mas una peripecia política, una revolucion ú otro golpe cualquiera que arrojase á los progresistas del poder. Todo eso es muy natural, pero no lo es tanto que caidos mis adversarios me convirtiese en oficioso adulador del que mandaba

para hacer inscribir de nuevo mi nombre en los registros de la España oficial. Yo soy hombre que sé pretender; el pretender es mi fuerte, parece que he nacido para pretendiente. No soy avaro de cortesías ni de palabras dulces; sé estar con el sombrero en la mano delante del que puede conducirme al término de mis pretensiones sin que esto me cueste la mas mínima violencia; doy la enhorabuena á los ministros que suben y el pésame á los que caen por si acaso vuelven á subir, y seguro estoy que si tuviese rabo lo menearia como un perro delante de su amo cuando ve á este próximo á tirar el hueso de una chuleta que está comiendo. Atendido mi carácter, fácilmente comprenderá V. que en el año 43, cuando Mayans fué nombrado ministro de Gracia y Justicia, me presenté á él para darle la enhorabuena, y me dí tanta prisa en dársela, que casi puedo asegurar que fuí uno de los primeros que se la dieron. Esta prueba de afecto ó de servilismo cayó tan en gracia á Mayans que desde luego me repuso en mi destino, encargándome por añadidura el personal de magistrados, jueces y promotores. Ya sabia Mayans lo apto que soy yo para el caso; yo no soy lerdo, ni él tampoco. No tardé en hacerme acreedor á la confianza absoluta de mi gefe, y cautivando al mismo tiempo la voluntad del subsecretario Zúñiga, formé con los dos una trinidad que si algunos ingratos la olvidan no serán seguramente los jueces. Tampoco yo la olvidaré en mi vida, puesto que á

ella debo los honores del supremo de Guerra y Marina, pudiendo asegurarle á V. en confianza que cuando obtuve los honores en mi vida me habia sentado en un tribunal. Mientras fuí oficial del ministerio coloqué una infinidad de gente con la esperanza de que los colocados corresponderian á mis finezas en caso de necesitarles para algo, y en efecto á sus esfuerzos debí el alto aunque merecido honor de ocupar un asiento en los escaños del congreso. ¿Sabe V. lo que vale, sabe V. lo que es para un hombre de mi temple salir diputado? ¿sabe V. que un hombre como yo siendo diputado ha encontrado el principal filon de la mina inagotable que se llama hacienda nacional? Apenas me ví diputado canté el *hosanna* con toda la fuerza de mis pulmones. Por supuesto, yo soy siempre de la mayoría, sobre todo en estos tiempos en que la mayoría tiene el deber de ser ministerial. Un empleado público contrae en el mero hecho de ser empleado el deber de votar á favor del ministerio, y seria muy natural y muy lógico en una asamblea cuya mayoría está compuesta de empleados suprimir la discusion y el exámen. No diré, como algunos, que seria muy lógico y muy natural suprimir la asamblea. Dos veces he salido diputado: en todas las cosas todo es el empezar; cuando uno ha salido diputado una vez, sale todas las veces que quiere. Con respecto á mí, eso se esplica fácilmente. Yo soy un diputado magnífico, sé que á las córtes, como dice Pidal, no se va á discutir sino á votar;

los discursos son pólvora en salva; he estudiado el género de oratoria que menos pesado se hace; me he empeñado en ser conciso, tan conciso como el que mas, y me he salido con la mia; creo que no puede haber mayor concision que el no hablar. El silencio es el carácter de mi elocuencia, y sin duda no es del todo malo, pues hasta ahora nadie se ha atrevido á hincar en mis discursos el diente de la crítica.

La segunda vez que salí diputado debí este honorífico cargo al distrito de Guadix. Ya saben en Guadix lo que se hacen. Quien al parecer trabajó mas en las elecciones á favor mio fué el juez de primera instancia, á quien quise probar mi gratitud elevándole en justa recompensa á un juzgado de término. Yo soy asi en todas mis cosas; si alguno me hace un favor me gusta corresponderle con otro. Eso lejos de ser un pecado es una grande virtud... ¿no es verdad?

Pláceme igualmente hacer algo en pro de mi familia. No quiero que se diga de mí que tengo tan cerca los dientes que no me acuerdo de mis parientes. ¡Es una friolera lo que me acuerdo de ellos! A Custrala, mi sobrino, le he hecho dar unos saltos que ni Lustre, ni Auriol, ni Ratel, ni Rafael Diez, ni el conde de Villalobos pueden darlos iguales. En menos de dos años le he hecho pasar de promotor de entrada interino á magistrado de la audiencia de Manila, aprovechando la entrada y salida de cada uno de los ministros del ramo que se han ido sucediendo para

darle un ascenso en cada mutacion. ¡Cuando le digo á V. que mi sobrino es un saltarin como hay pocos!

Pero no todo han sido tortas y pan pintado. Mis servicios se han desconocido en estos últimos tiempos, ó al menos no se han apreciado en lo que valen. ¿Quiere V. creer que traté de salir de secretario y sentarme en Guerra y Marina, y que otro mas listo que yo (¡ya ve V. si ha de ser listo!) me birló la plaza? Entre bobos anda el juego. ¡Hace una hambre, señor! ¡hace una hambre! Ahora ya no se dice si hace frio ó calor. Apenas hay plaza vacante, se echan sobre ella millares de pretendientes, enemigos del vacío como la naturaleza de los antiguos. Yo, demasiado confiado, dejé de asistir al ministerio seguro de que tenia una plaza en Guerra y Marina, y al ver frustradas mis esperanzas me volví á mi antiguo puesto y ya lo encontré ocupado. Hice mal en echar las cuentas sin la huéspeda. ¡Pero quien habia de creer en un golpe de suerte semejante! Era la primera vez que dejaba de salirme con la mia. Tan seguro estaba de sentarme en Guerra y Marina que recibí millares de enhorabuenas que se apresuraron en darme los que me conocen á fondo y saben que cuando asesto el lente á un cacho de turron puedo decir que es mio. Esta vez me engañé; no recordé que la codicia rompe el saco, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, y que quien mucho abarca poco aprieta.

Me quedé sin puesto en el ministerio y sin puesto en el tribunal, y me hubiera quedado á la luna de Valencia, si los moderados cuando se apoderaron de la situacion no hubiesen concebido el feliz pensamiento de crear una institucion nueva en que todos tuviésemos cabida. El Consejo Real es la creacion mas sabia y portentosa de la España moderna, es el *consolatrix aflictorum* de todos los que se hallan en el caso en que yo me hallaba cuando me birlaron el empleo. El partido moderado no es un partido, aunque asi se llama, sino una compañía, como la de Jesus, de esplotacion y de socorros mutuos; nadie es moderado sino para medrar, y conociendo esto los padres graves de la órden, para tener contentos á sus afiliados se ven obligados á hacerles medrar á todos. Sin el Consejo Real era imposible conseguir tan patriótico objeto. Sin el Consejo Real no hubiera habido turron para todos los que no podemos pasarnos sin él, y de esta carencia de turron se hubieran originado envidias y rivalidades y disidencias y, por último, una guerra intestina y sorda que hubiera disuelto la compañía. Pero habiendo un Consejo Real, cuyo número de individuos es ilimitado, hay empleo para todos. El Consejo Real es una cosa cara, pero los contribuyentes se encargan de pagarla; allí no se hace mucho, pero se cobran buenos sueldos que es todo lo que hay que hacer. En mi desesperada situacion me hice enterrar en el Consejo Real, donde hay una especie de momias desconocidas en Egipto, unas

momias que comen casi tanto como la sarna, y que todos los años se echan al coleto una buena parte del presupuesto.

En política no empecé á figurar hasta 1843. Cuando fuí oficial de secretaría, muchos me tenian por carlista, siendo así que soy hermano del marques de Fálces, el cual en la época del 20 al 23 fué capitan de nacionales de caballería, y uno de los mas exaltados liberales de aquel tiempo. Bien es verdad que mi hermano, conociendo, como Galiano, como Gonzalez Brabo y otros muchos hombres virtuosos, que andaba por mal camino, dió un cuarto de conversion y volvió la casaca de tal modo que tanto como antes tenia de demagogo tiene ahora de retrógrado. Un marques se violenta mucho para ser liberal, y tarde ó temprano hay en su espíritu una reaccion aristocrática que le obliga á ser mucho mas servil que si no hubiese sido liberal en su vida. Está tan desconocido que él mismo no se conoce. Le parece imposible que haya sido tan loco. Cuando se mira en el espejo y se ve tan formalote, cuando recuerda sus estravíos pasados, cuando fija la atencion en su pasado liberalismo y se encuentra tan corregido de sus defectos, tan curado de su calentura liberal, no puede abstenerse de preguntarse á sí mismo si él es él, y se toca, y se vuelve á tocar, y aun así le parece inconcebible su transformacion. *¡Oh tempora! ¡oh mores!* esclama, ¡cuanto va de ayer á hoy! Quien le ha conocido y le conoce cree hasta en la metempsicósis.

Mi hermano y Narvaez son carne y uña; este le puso de gefe del cuarto del infante D. Francisco antes del matrimonio regio, y le prestó grandes servicios. ¡Oh! mi hermano es un Argos, es un Cancerbero; pregúnteselo V. á la familia del infante D. Francisco.

—Basta, basta; á su hermano de V. le arreglaré las cuentas mas adelante; bastantes pecados tiene V.; no quiera V. cargar tambien con los de su hermano, que son demasiados para un hombre solo. Reze V. el acto de contricion con firme propósito de enmienda, y acaso le basten á V. unos pocos años de penitencia para borrar sus pecados en el purgatorio político. Mientras tanto no me atrevo á decir en nombre del pueblo: *Ego te absolvo á peccatis tuis.*

D. LUIS JOSÉ SARTORIUS.

Nuestros principios están consignados en lo que llevamos escrito, ó al menos en lo que llevamos escrito los hemos dado á conocer lo suficiente para que nadie dude que concedemos al talento la mayor importancia. El talento, acompañado de buenos deseos y de una resolucion firme, es á nuestro entender el requisito que legitima principalmente las pretensiones del hombre que se empeña en elevarse sobre los demas y en crearse una posicion que por desgracia no es siempre el verdadero mérito quien la alcanza. El talento es, despues de la virtud, el ídolo á quien principalmente tributamos nuestro culto. Nos inspira desprecio la aristocracia del oro, desprecio y mas que desprecio la aristocracia de la sangre; no sabemos hallar ningun mérito en tener suerte, ni tam-

poco en haber nacido de un grande. Asi como el hombre es mas noble que los animales por la superioridad de su ingenio y por su amor á lo que cree justo, que es lo que constituye la conciencia, un hombre es tambien por estas facultades mas noble que otro que las presente en un grado inferior, porque la distancia que separa á aquel de los animales es mayor que la que separa á este. La nobleza del hombre debe medirse por su capacidad y la capacidad debe medirse por sus obras.

No creemos que D. José Sartorius carezca de capacidad, y de consiguiente no decimos que el puesto que ocupa sea otra de tantas usurpaciones. Ha hecho bien en pedir á su talento una posicion elevada. Lo que no aprobamos en él es que pudiendo ocupar un lugar en la aristocracia del talento, manifieste conatos ridículos de ocuparlo en la aristocracia de la sangre. ¿En el siglo XIX, no desdice de un hombre de talento aspirar á vanos títulos que se adquieren de cualquier modo? ¿No es ridículo en D. Luis José Sartorius el deseo de ser vizconde? ¿Cree en realidad Sartorius que la sangre que corre por sus venas será mas pura si consigue hacerse con un título de nobleza? Si tal creyese, le retiraríamos la calificacion que le hemos dado de hombre de talento.

D. Luis José Sartorius se ennobleceria mas haciendo gala desde la altura en que se encuentra de su procedencia oscura, que tratando de ocultarla con un título aristocrático. Lo demas es querer

inscribir su nombre en las nuevas ediciones aumentadas que se hagan del *Tizon de la nobleza*. Estaria magnífico, si digese con la sencillez propia de los hombres grandes: «Cuando yo estaba en mi pais, era pobre, muy pobre; no tenia zapatos, porque lo que llevaba en lugar de zapatos eran dos cosas que habian sido zapatos, pero ya no eran zapatos; eran el cadáver de unos zapatos, el deplorable resto de unos zapatos que habian muerto por consuncion. Mis ex-zapatos formaban un contraste singular con mi camisa, que, sino era buena, al menos estaba siempre limpia. No es estraño; soy hijo de una lavandera pobre, pero honrada. Mucho me ha favorecido la suerte para llegar á la elevacion en que me encuentro. En tiempos del Estatuto fuí de los primeros en inscribirme en las filas de la milicia urbana. Aunque sumido en la miseria, me sentia con fuerzas y hasta con esperanzas de salir algun dia de mi miserable estado. Este dia no se hizo aguardar mucho. Por casualidad tuve un duro, y no se qué santo me inspiró tomar un billete de la lotería. Fué una corazonada sin egemplo; estaba tan seguro de ganar como si jugase con cartas vistas. En efecto, me cayeron 20,000 reales, que aunque no son una fortuna, son sin embargo un escelente cordial para un hombre que no tiene un cuarto. Hice lo que hacen todos los que se ven de pronto con dinero sin estar acostumbrados á tenerlo y que lo han adquirido sin trabajo. Me hice la ilusion de que era un potentado; gasté, derroché, representé en la come-

dia del mundo el papel del hijo pródigo. Me parecia imposible volver á ser pobre. Me hice un uniforme que abrió en mi capital una brecha de bastante consideracion; pero como estaba destinado por la Providencia á ser lo que soy, me iluminó, como al pecador convertido, un rayo de la divina gracia, un rayo como el que derribó á San Pablo, *fulgure divinitùs immiso postratus*; oí la voz del Señor que me decia: *piensa en lo que haces* Me puse á reflexionar, y vi que era menester tener juicio. Quedábame próximamente la mitad del dinero que me cayó en la lotería, y resolví pasar con él á Madrid antes que todo se lo llevase la trampa. En Madrid todo cabe, dije yo, Madrid es muy grande. Para hacer algo de provecho, es preciso ir á Madrid; aqui gastaré en salva la pólvora que me queda, y me hallaré de nuevo sin municiones. No todos los dias cae la lotería. A Madrid me voy; *nemo in sua patria profeta*. Y me vine á Madrid, donde me hallo en la actualidad nada menos que de ministro de la Gobernacion del Reino.»

No creemos que en las palabras que acabamos de poner en boca de D. Luis José Sartorius haya una sola que pueda llamarse disonante. Podia servirse de ellas para trazar su biografía sin recoger ningun descrédito. Sin embargo, estamos seguros de que se avergonzaria de espresarse con esta franqueza, como si hubiese en lo que acabamos de manifestar algun accidente vergonzoso. ¿Es algun crímen

ser de humilde estraccion? ¿Y sobre todo es cosa que tenga algun remedio? Llegará á ser lo que quiera; llegará á ser vizconde, conde, duque, item mas, millonario, pero á pesar de todo será hijo de una lavandera; eso no hay quien se lo quite, ni él debe querer que se lo quite nadie. Y si no es vergonzoso ser hijo de una lavandera, tampoco lo es haberse inscrito en las filas de la milicia urbana, ni haber tomado un billete de la lotería, ni haberle salido premiado el número que tomó. No tiene Sartorius de qué sonrojarse, y sin embargo repetimos que si algun dia se le ocurre pintarse á sí mismo, no será tan ingénuo como Rousseau en sus confesiones, no dirá quienes fueron sus padres.

Sartorius debe mucho á la suerte, pero tambien debe mucho al talento con que ha sabido aprovecharse de los beneficios de aquella. Tal vez, si prescindimos de la fortuna que tuvo en caerle la lotería, la posicion que ocupa es hija nada mas que de su ingenio. Tuvo el gran talento de hacerse moderado; supo conocer que solo los moderados eran susceptibles de crearse un porvenir. Bien es verdad que eso tambien lo conocemos nosotros, y sin embargo nunca se nos ha ocurrido alistarnos en la moderacion, pero es porque nosotros no hemos tenido la resolucion necesaria para emanciparnos de nuestras convicciones y desobedecer los preceptos de nuestra conciencia. ¡Conciencia! En esta época de positivismo no pocos se rien de este nombre y de los que no

se rien con ellos. En esta época de positivismo el que repara en los medios para medrar, el que no pudiendo conciliar su interes material con sus creencias pospone aquel á estos, el que prefiere vegetar en la oscuridad y hasta en la miseria á desenvolverse y brillar poniéndose en pugna con sus sentimientos, el que no comercia con sus ideas y no trafica con sus principios, el que tiene conciencia, en fin, pasa á los ojos de los que no la tienen y de la generalidad por un pobre hombre, por un bendito, y pocos son los que gozan del suficiente valor para hacerse superiores á las preocupaciones vulgares y sacrificar su reputacion á sus convicciones despues de haber sacrificado á estas su bienestar. El hombre consecuente y leal, el que en todos sus actos se asesora con su conciencia, no solo se priva de los medios de hacer fortuna, sino que se condena á pasar en la sociedad por un estravagante ó por un tonto. Ni siquiera consigue con su honradez que se le llame hombre honrado, como no sea en un sentido sarcástico, como no sea tomando por sinónimas la honradez y la locura. En estos tiempos se necesita para ser hombre de bien una alma muy privilegiada; el hombre de bien no tiene mas premio que la satisfaccion que le dá el serlo, y esta satisfaccion no basta á la existencia material del hombre y mucho menos á la vida social que busca en todas partes armonía de afectos, ecos que respondan á su voz, oidos que le escuchen, corazones que le com-

prendan; en todas partes comunicacion, en todas partes espansion, en todas partes simpatías.

Tampoco á nosotros nos basta el estar bien con nuestra conciencia, pero como no estando bien con nuestra conciencia no hay para nosotros felicidad posible, renunciamos á los goces que nos proporcionaria el sacrificio de nuestras convicciones. Tambien á nosotros nos gustaria poder dilatar el círculo de nuestras relaciones, revelarnos á un numeroso concurso, disfrutar de la sociedad, tener coche, pasar las noches de invierno en un teatro, los dias de verano en una quinta; tambien nosotros, aunque no somos esclavos del capricho ni nos hemos creado grandes necesidades, tenemos amor á lo bello y ansiamos gozar, gozar mucho, y para gozar mucho tener mucho dinero, pero si para tener dinero se necesita indisponerse con la propia conciencia, viviremos en lo sucesivo oscurecidos como hasta ahora, encerrados dentro de un mezquino círculo social, ya que no contentos tranquilos, ya que no satisfechos resignados, sin grandes goces pero tambien sin grandes remordimientos. Nosotros no podemos prescindir de nuestra conciencia. Por este motivo somos demócratas. Pertenecemos á un partido que nada dá, que nada debe dar, porque los hombres de bien que lo componen nada se deben los unos á los otros, y con cuanto hagan á favor de su partido no harán mas que cumplir con los deberes que la conciencia les impone. Asi es que no nos quejamos. No como otros

tantos, llamamos ingrato á nuestro partido; no somos de esos miserables que parece que pertenecen á un bando político para hacerle favor, que quieren que su comunion les dé algo por pertenecer á ella, que dicen que se les desatiende, que se desconocen sus servicios, como si fuese prestar algun servicio obedecer nuestras propias afecciones. Si un hombre defiende nuestros principios porque los cree justos, no hace mas que cumplir con su deber; si sin creerlos justos los defiende, es indigno de defenderlos, y le aconsejamos, puesto que no tiene convicciones ó que sabe prescindir de las que tiene para obrar contra ellas, que se pase al partido moderado. ¿Qué interes puede tener mas que el de especular el que obra contra sus principios ó defiende principios que no son los suyos? Pues el que quiera especular no se afilie al partido del pueblo; el que sepa desprenderse de las trabas que la conciencia le impone, hágase moderado, hágase retrógrado; en el partido retrógrado no se exige mas que no tener conciencia. ¿Y hay alguno que no conozca donde puede llegar un hombre sin conciencia, que no repare en medios para conseguir su objeto, y que concentre toda su accion para obrar á favor de un interes esclusivo é individual? ¿Y qué no podrian una porcion de hombres sin conciencia que se reuniesen para formar un partido, mancomunar sus pensamientos, sumar todas las acciones para conducirlas incesantemente al medro de cada uno de los indi-

viduos que presentasen la suya? Lo que pueden nos lo dicen los jesuitas. «Ayudadme que os ayudaré.» Estas palabras dichas por un hombre sin conciencia á otros que tampoco la tienen son palabras horribles.

El gran talento de D. Luis José Sartorius consiste en la prevision. Cuando llegó á Madrid, escitado por los deseos de crearse una posicion elevada, comprendió perfectamente el partido á que habia de acogerse y los medios que habia de emplear para conseguirlo. Conoció que para tomar un buen punto de partida habia de hacerse moderado y, si era posible, periodista. Tal vez si hubiese querido hubiera tenido proporcion para encontrar una plaza de tercero, segundo ó primer redactor de un periódico del progreso, pero esto no conciliaba bien las dos ideas capitales sobre que giraba su plan, y prefirió á ser redactor de un periódico progresista con un sueldo que nunca hubiera bajado de ochocientos reales mensuales, entrar de escribiente con seis reales diarios en una redaccion moderada. Por mas que se diga, esto prueba prevision y talento. Si hubiese entrado, aunque hubiese sido de director, en una redaccion progresista, ni en su vida hubiese gastado coche, ni en su vida hubiera llegado á ser ministro.

En el *Correo Nacional*, donde Borrego le admitió de escribiente, acabó de convencerse del inmenso poder de un periódico y de la grande influencia que egerce el que lo tiene á su disposicion. No sabemos si

de escribiente del *Correo* ascendió á redactor ó si pasó de un salto desde escribiente á propietario del periódico. Solo podemos afirmar que Borrego, que era el propietario del *Correo Nacional*, salió de España, y que estando él fuera, el periódico tomó el nombre de *El Heraldo*, y se dijo desde luego que era propiedad de Sartorius. ¿Quién se lo vendió? Lo ignoramos, y si no lo ignoramos, no queremos decir lo que hemos oido.

No por mudar de manos y de nombre el *Correo Nacional* mudó de principios. *El Heraldo* fué no mas que la continuacion del *Correo*. Cuando Borrego regresó á España, preguntó á Sartorius los motivos que habia tenido para dar al *Correo* otro título, y Sartorius respondió que el *Correo* habia muerto y que *El Heraldo* era un periódico enteramente nuevo, fundado por él sobre las ruinas del *Correo*, muerto de hambre, ó lo que es lo mismo por falta de suscritores. No sabemos si Borrego admitió sin exámen estas razones, ni si se dejó convencer por ellas sin tomarse la molestia de impugnarlas. Lo cierto es que á los ojos del público *El Heraldo* pasó por continuacion del *Correo* y se hizo con todas las suscriciones de este; pero Sartorius se empeñó en probar otra cosa, con la cual nada tenemos que ver, y dejamos por lo mismo que él y Borrego se arreglen las cuentas en el caso de no tenerlas ya arregladas. Acerca de este particular hemos ya dicho mas de lo que queriamos. Volvamos á la marcha del periódico.

El Heraldo siguió la misma marcha del *Correo*, es decir, siguió defendiendo á Doña María Cristina y combatiendo á los progresistas, que se hallaban á la sazon en el poder. Ya hemos dicho que Sartorius es previsor, y sin embargo no se necesitaba serlo mucho para augurar que la dominacion de los progresistas no seria duradera. Él conoció como todo el mundo que el partido progresista solo duraria lo que durase la regencia de Espartero, y que esta no duraria mucho por cuanto la combatian dentro y fuera del pais muchos y muy numerosos enemigos, y por cuanto tambien Espartero con su respeto á la ley se privaba de los dos únicos medios que tenia de sostenerse, la revolucion ó la dictadura. Asi, pues, no es estraño que Sartorius, que nunca pierde de vista el porvenir, combatiese una situacion que sabia que era precaria, con objeto de prepararse para mas adelante una posicion elevada. Todo le salió á pedir de boca. Espartero cayó; Narvaez entró en Madrid y se hizo dueño absoluto de la situacion. *El Heraldo* fué desde luego el órgano de Narvaez; bien sabe Sartorius que quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija. Asi ha sido en efecto; no se ha desmentido el refran. Narvaez no es ingrato; correspondió á las bocanadas de incienso con que el periódico de Sartorius le halagaba; participó este de algunas jugadas de bolsa altamente productivas, y últimamente Narvaez ha contado con él para completar su administracion. Asi hemos visto al pobre hijo de una

honrada lavandera gastar magnífico coche y ser hoy ministro de la Gobernacion del Reino con esperanzas, segun se dice, de obtener muy pronto un título de Castilla. Como se empeñe en ello obtendrá no un título sino mil. Hoy están muy baratos.

Como escritor ó periodista no nos es fácil juzgar á Sartorius, porque en *El Heraldo* hay de todo como en la viña del Señor, y en el caso de escribir Sartorius algunos artículos para su periódico, como no llevan las iniciales del autor, y Sartorius no es conocido por ninguna obra particular que nos permita juzgar su estilo, no es posible adivinar cuales son los suyos. Se le atribuye la redaccion del discurso de la corona, que es asaz pobre y muy incapaz de labrar una reputacion literaria, presentando, amen de algunos otros defectos, tal cual galicismo que no nos parece muy parlamentario por afrancesada que sea la situacion. Hay quien dice que la situacion es tambien un galicismo.

Tampoco merece Sartorius que le juzguemos como hombre de parlamento. Siendo diputado, sus discursos han sido pocos y han pasado desapercibidos; no ha tomado parte en ninguna de las grandes cuestiones en que los oradores se revelan; no ha dicho una sola frase de esas que dejan huella, de esas que se escriben con cursiva en los fastos parlamentarios; ni pasa por un grande dialéctico ni tampoco ha dado prueba alguna de una imaginacion fecunda. Ni convence ni agrada. Hablando desde el banco negro no ha sido el

encargado por sus colegas de tomar la defensa del ministerio; Narvaez y Arrazola son los únicos que contestan á las oposiciones de todo género que contra su gobierno se levantan, y cuando esta mision se ha confiado á un militar y á un anciano, es evidente que las dotes oratorias del jóven ministro no inspiran á sus compañeros la debida confianza.

Si ahora queremos considerar á Sartorius como ministro, nos veremos obligados á transcribir el proyecto de ley que ha presentado á las cortes, único acto con que se ha dado á conocer, y á hacer de él una autopsia tan detenida como lo permite la naturaleza de esta obra.

PROYECTO DE LEY DE ÓRDEN PÚBLICO.

Á LAS CORTES:

«Nada hay mas importante y necesario para un pueblo civilizado que la conservacion del órden público. Por eso en todos tiempos y en todas las naciones se ha procurado dictar reglas que pusiesen beneficio tan precioso al abrigo de los rudos embates de los partidos interesados en las revueltas. Por eso en la ley fundamental de los estados mas libres se ha consignado siempre el principio de que sea lícito, en circunstancias estraordinarias, tocar al sagrado de las garantías individuales. Por eso nuestra Constitu-

cion no pudo menos de consignar ese principio en su artículo 8.º

« Pero hasta ahora en España, al traves de la revolucion, en medio de los motines y asonadas que por desgracia han mancillado nuestra regeneracion política, si el gobierno, si las autoridades han sentido la necesidad de proveer con medidas estraordinarias á la conservacion del órden, han presentado el triste espectáculo de obrar con arreglo á su conciencia, á su juicio discrecional, á su carácter mismo; y en la lucha de faltar á su deber ó contener los escesos de los hombres turbulentos, no se veian amparados y defendidos con el fuerte escudo de la ley. La de 17 de abril de 1821 y los bandos de las autoridades militares no podian llenar este vacio, porque ni es la primera una ley, ni dimanaban los segundos de una autorizacion legítima que les hiciese eficaces.

« A tamaña necesidad quisieron ocurrir algunos de los ministros anteriores, y no hace mucho que en las Córtes actuales se presentó un proyecto de ley, cuya discusion y aprobacion impidieron las circunstancias; á ella quieren proveer hoy los ministros actuales con el que tienen la honra de someter á la aprobacion de los cuerpos colegisladores. Creen haber consignado en él los buenos principios de gobierno; creen haber interpretado fielmente lo que la Constitucion prescribe; creen, en fin, que el proyecto es digno de un pueblo regido por instituciones

liberales, y que va encaminado á que estas no se falseen y desvirtúen. Pequeño es el trabajo, pero muy grande, inmensa su importancia. A la ilustracion de las Córtes toca examinarlo y darle toda la perfeccion que tan preferente asunto reclama. Madrid 17 de noviembre de 1847.—El ministro de la Gobernacion del Reino.—Luis José Sartorius.»

Proyecto de ley.

Art. 1.º La conservacion del órden y la tranquilidad corresponde especialmente al ministerio de la Gobernacion del Reino y á sus delegados en las provincias.

Art. 2.º No se podrá verificar ninguna reunion política sin prévia autorizacion del gefe político ó del alcalde respectivos, segun que la reunion haya de celebrarse dentro ó fuera de la residencia de aquella autoridad.

Este permiso no podrá negarse cuando la reunion tenga por único objeto el tratar de alguna cuestion electoral y se celebre en el período de las elecciones ó de la rectificacion de las listas de electores.

Art. 3.º Los que soliciten el permiso, que deberán hacerlo por escrito, y el dueño del edificio donde la reunion se celebre, serán inmediata y especialmente responsables, ya del cumplimiento de las condiciones en virtud de las cuales otorgue el permiso la autoridad, ya tambien de cualquier infrac-

cion de ley ó de cualquier desórden que en la reunion se cometa.

En el caso de que los actos á que se refiere el anterior párrafo sean graves, tanto los inmediatamente responsables como todos los demas infractores serán entregados á los tribunales para los efectos que haya lugar con arreglo á las leyes. En el caso contrario el gefe político podrá castigar gubernativamente la infraccion ó la falta con una multa que no podrá esceder de 5,000 rs.

Art. 4.° Todo grupo sedicioso ó que de algun modo pueda alterar el órden público será disuelto en la forma siguiente: si los sediciosos se presentan desarmados se les hará por la autoridad una intimacion pacífica que repetirá tres veces, á fin de evitar en lo posible el uso de todo medio coactivo; debiendo marcar bien, á la vista de todos, el término de cada una de las intimaciones. Si no obedeciesen á ellas ó durante las mismas se propasasen á cualquier acto de violencia ú hostilidad, como tambien si desde luego se presentasen armados, se procederá á retener como culpables de inobediencia y sedicion á los que permanezcan en el sitio del desórden, y á repeler inmediatamente, caso de ser necesario, la fuerza con la fuerza.

Art. 5.° Todo punto de la monarquía, donde peligre la conservacion del órden y de la tranquilidad pública, podrá ser declarado en estado escepcional.

Art. 6.° Esta declaracion se hará por el gefe político de la provincia, ó quien haga sus veces, oyendo préviamente á la autoridad militar, que consignará su opinion por escrito. Corresponde tambien al gefe político declarar con igual consulta el momento en que haya de restablecerse el estado normal. En ambos casos podrá llevar á efecto su resolucion, dando cuenta inmediatamente al gobierno, incluyendo copia de la opinion manifestada por la autoridad militar.

Esta autorizacion de los gefes políticos no altera el carácter de delegados con que obran siempre, segun el artículo 6.° de la ley del 2 de abril de 1845; de modo que el gobierno podrá modificar ó revocar toda medida de esta naturaleza ó ejercer por sí directamente esta misma facultad.

Art. 7.° Durante el estado escepcional reasumirá la autoridad superior militar, bien del distrito, bien de la provincia, segun la necesidad lo exija, todas las atribuciones gubernativas que fueren necesarias para conservar el órden y la tranquilidad.

Las penas que la autoridad militar podrá imponer gubernativamente son la de detencion y la de destierro del territorio de la jurisdiccion de la misma autoridad y de las provincias limítrofes, en caso necesario, pero sin fijar punto determinado de residencia.

Art. 8.° Los delitos políticos y cualesquiera otros que la autoridad militar comprendiese en sus

bandos como atentatorios al órden público, serán juzgados por un consejo de guerra ordinario con sujecion á lo prevenido sobre este punto por la ordenanza del ejército y á los mencionados bandos que con arreglo á las circunstancias y con anterioridad al delito dicte la autoridad superior militar.

Art. 9.º No se podrá ejecutar en ningun caso ni por ningun motivo sentencia alguna de pena capital sin poner antes el fallo del tribunal en conocimiento del gobierno, á fin de que S. M. pueda ejercer libre y eficazmente cuando lo tenga á bien su real clemencia, conforme á lo prescrito en el párrafo 3.º del artículo 45 de la Constitucion del Estado.

Art. 10. Levantado el estado escepcional se pasarán á los tribunales ordinarios las causas pendientes contra las personas no militares.

Madrid 17 de noviembre de 1847.—El ministro de la Gobernacion del Reino.—Luis José Sartorius.

Si hubiésemos copiado este documento para analizarlo literariamente, algo pudiéramos decir de su preámbulo que no dejaria en muy buen lugar la reputacion literaria de su autor, pero como lo que buscamos en él no es la destreza del escritor sino el espíritu político del ministro, nos limitamos á llamar la atencion pública hácia la palabrería interminable y copiosa bambolla que hace preceder el Sr. Sartorius de su maravilloso proyecto para justificar los

artículos en él comprendidos, que son diez, como los mandamientos de la ley de Dios. Vamos á examinar uno tras otro todos los preceptos de tan estraño decálogo:

«Artículo 1.º La conservacion del órden y de la tranquilidad corresponde especialmente al ministerio de la Gobernacion del Reino y á sus delegados en las provincias.»

Este artículo está enteramente conforme con nuestros principios, y lejos de censurarlo, lo consideraríamos acreedor á nuestros sinceros elogios, si su tendencia á circunscribir dentro de los límites precisos el poder militar no quedase desmentida por artículos posteriores.

Tampoco el artículo 2.º y 3.º son dignos de censura; si bien dá lugar á interpretaciones todo lo que se dice en uno de ellos con respecto á reuniones políticas, pues muchas serán calificadas de tales sin serlo y *viceversa*. Hubiera sido muy oportuno determinar lo que debe entenderse por reunion política. Igualmente debiera haberse fijado de una manera mas precisa la multa que el gefe político puede imponer á los que celebren reuniones políticas sin haber obtenido su permiso para no dar lugar á deferencias repugnantes, si bien las autoridades suelen ser tan bondadosas, que en materia de multas discrecionales siempre aplican el máximo, y es seguro que si el máximo en los casos á que se refiere el artículo es 5,000 rea-

les, no habrá gefe político que se contente con 4,999 reales y medio y 16 maravedises.

El artículo 4.° nada tiene de particular, si bien nos parece que las autoridades de España están tan poco acostumbradas á intimaciones pacíficas, que tendrán necesidad antes de hacerlas de ensayarse mucho en casa. En lo de repeler la fuerza con la fuerza en caso necesario, estamos conformes, aunque tememos que cualquier atentado que cometa la fuerza del gobierno contra ciudadanos pacíficos se cohonestará diciendo que el gobierno ha rechazado la fuerza con la fuerza.

El artículo 5.°, 6.°, 7.° y 8.° son artículos monstruos, artículos que revelan por sí solos la imposibilidad en que se hallan los moderados de desprenderse de sus hábitos de fuerza y de quitar al poder militar la preponderancia funesta que tantas huellas de sangre ha dejado en el pais. Sartorius no proscribe los estados de sitio; lejos de proscribirlos tiende á elevarlos á la categoría de ley. Es decir, que quiere establecer como ley la derogacion de las leyes. ¡Idea magnífica! Los moderados no conciben la posibilidad de mantener el órden público sin privar en determinadas circunstancias á los ciudadanos de sus garantías, sin establecer tribunales militares, en una palabra, sin estados de sitio, como si no hubiese en nuestras antiguas leyes la suficiente fuerza para contener los motines. Basta leer las leyes 4.ª y 5.ª, título 11, libro 12 de la Novísima Recopilacion,

para convencerse de que los estados escepcionales no son necesarios para el mantenimiento del órden. Este se ha visto mas ó menos amenazado en todos tiempos, en todos tiempos los gobiernos se han empeñado en que no se alterase, en todos tiempos lo han conseguido, y sin embargo no ha habido en todos tiempos estados de sitio. Luego no son necesarios. ¿Y si no son necesarios, á qué valerse de ellos? ¿á qué privar sin necesidad á los ciudadanos de las garantías que les ofrecen las leyes? ¿á qué colocar el sable en el santuario de estas? ¿á qué envolver en un castigo comun á toda una poblacion para castigar el delito que han cometido algunos? La declaracion del estado de sitio priva de sus garantías á todos los ciudadanos comprendidos en el territorio sobre que pesa, y la privacion de las garantías es por sí solo un castigo, sin contar el que puede imponer injustamente un hombre revestido de facultades omnímodas, legalmente árbitro, legalmente dictador, legalmente superior á todas las leyes. Eso es un absurdo, es mas que un absurdo, es una iniquidad. Aplaudimos, sin embargo, en el Sr. Sartorius que limite las facultades de la autoridad militar acerca de la imposicion de los castigos, previniendo que no se imponga ninguno que no conste en el bando dictado con anterioridad al delito.

Del mal el menos. Tambien merece nuestra aprobacion el artículo 9.°, el cual, si hubiese regido desde el año 43, hubiera evitado sin duda mucha

efusion de sangre ilustre. El artículo 10 es poco menos que superfluo. No faltaba mas sino que pasado el estado escepcional las causas pendientes no pasasen á los tribunales ordinarios.

Y acabó el decálogo. Nos parece que basta y sobra para probar lo que como ministro puede Sartorius dar de sí. Es sin embargo el mejor proyecto de ley que acerca del particular han presentado los moderados..... ¿Qué tal serán los otros?

Sartorius sigue siendo ministro. Si en lo sucesivo hace algo bueno ó malo que valga la pena de referirlo, aprovecharemos para dar cuenta de ello á nuestros lectores la primera ocasion que se nos presente, aunque sea tomándola por los cabellos. Otro tanto haremos con respecto á los demas personages que se han presentado ya á la pública espectacion, y que, segun parece, no han salido de nuestras manos con un firme propósito de enmienda.

ZARAGOZA.

La procedencia política y la táctica de este individuo tienen tantos puntos de contacto con las del anterior, que el uno parece copia del otro, y de consiguiente nos espondríamos á repeticiones fastidiosas si tratásemos de ocuparnos tan minuciosamente de Zaragoza como nos hemos ocupado de Sartorius. Tratamos de despacharlo en muy pocas líneas.

Lo mismo que Sartorius, Zaragoza es de procedencia oscura, lo mismo que Sartorius vino á Madrid á probar fortuna, lo mismo que Sartorius entró en el *Correo Nacional*, y dícese que con Sartorius se apoderó del periódico, aunque nosotros, en el caso de ser verdad, no sabemos como lo hizo; pero Borrego está lleno de vida y acerca del particular puede dar informes minuciosos y exactos. No ha subido tan de

prisa como Sartorius, pues este ha llegado ya á ministro, y Zaragoza no todavia. Pero tarde ó temprano llegará; con paciencia todo se alcanza. Aunque no pasaba de ser un abogado muy mediano, Zaragoza antes de venir á Madrid habia ya sido nombrado fiscal de rentas por el intendente Cuadra.

Zaragoza, á fuer de amigo de Sartorius y de redactor de *El Heraldo*, pertenece al circulo de aduladores que queman incienso ante las aras de Narvaez. Salió diputado por Ciudad Real, donde le conocen muy pocas personas, y esto solo prueba hasta qué punto tienen conciencia los electores del acto que egercen cuando son llamados á depositar su voto en las urnas. Si Zaragoza gozase de una alta reputacion, si su nombre fuese conocido fuera del pais en que nació y del estrecho círculo de relaciones en que se revuelve, se concebiria que le hubiesen nombrado diputado en un distrito electoral cualquiera, aunque no tuviese con nadie contrato íntimo, pero ¿cómo se esplica que Zaragoza haya salido diputado por un distrito en que nadie tal vez le habia oido nombrar jamas? De ningun modo, como no sea considerando la generalidad de los electores como una reata de burros que sigue al que marcha delante sin saber siquiera adonde va. Seguros estamos de que muchos de los que contribuyeron con su voto á abrirle el camino del parlamento votaron á Zaragoza creyendo votar la ciudad que lleva este nombre. Nosotros aqui y en Barcelona hemos sido secretarios

escrutadores, lo que nos ha proporcionado la ocasion de conocer tantas rarezas en los electores que ya apenas hay una que nos cause admiracion. Hay hombre que vota á Mon con la esperanza de que de este modo se disminuirán las cargas que pesan sobre los contribuyentes; hay hombre que vota á Pidal y á Rios Rosas escitado por los deseos de ver establecido un sistema de reconciliacion y tolerancia; hay hombre que vota á Gonzalez Brabo creyendo que es el único hombre que se halla en disposicion de establecer una política humana y decorosa, el único incorruptible, el único consecuente, el único delicado hasta con las señoras, y hombre habrá con el tiempo que vote á Gil y Zárate y hasta á Cañete para facilitar el triunfo á la inteligencia y al talento. ¡Válganos Dios! ¡qué cosas se ven en las elecciones! Lo que son los electores con harta frecuencia nos lo dicen los elegidos. Los elegidos son la fisonomía del cuerpo electoral y *viceversa*. Conociendo los elegidos se conoce el cuerpo electoral, y conociendo el cuerpo electoral se conocen los elegidos.

Zaragoza no carece de talento; estamos muy lejos de creer que no merezca por su inteligencia sentarse en el congreso; ¿pero por qué es por Ciudad Real por donde ha salido diputado? Francamente, es una cosa que nos parece tan inconcebible como que mañana nos proclamen á nosotros emperadores en Pequin. Tan conocidos somos nosotros en Pequin como Zaragoza en Ciudad Real.

¿Quién se acuerda en Pequin de nosotros? ¿Quién se acuerda en Ciudad Real de Zaragoza? Electores habrá que le dieron su voto, y si ahora se les preguntase á quien votaron no sabrian qué responder.

No se ha dado á conocer Zaragoza siendo diputado mas de lo que se le conocia antes de serlo. Está comprendido en el número de los diputados que no hablan ó hablan poco, y aun este poco no lo hablan muy bien. Zaragoza ha hablado no mas que lo preciso para probar que no es orador. Asi, pues, si es reelegido, no podrán decir los electores que se les ha engañado. Ahora ya conocen en Ciudad Real las prendas oratorias de su candidato. En la actual legislatura no ha hecho mas que decir cuatro palabras en nombre y por encargo de Ros de Olano, quien no pudo ó no tuvo á bien asistir á una sesion en que se ventilaban asuntos que por su naturaleza le imponian el deber de tomar parte en el debate. Testigos oculares nos han dicho que en los dos minutos próximamente en que Zaragoza hizo uso de la palabra, hizo de la palabra un uso bastante malo. La verdad en su lugar. Es posible que el espectador á que nos referimos carezca de criterio ó tenga un gusto depravado.

Zaragoza, como escritor, si son suyos algunos artículos de *El Heraldo* que se le atribuyen, es superior á Sartorius, lo que nada tiene de particular, porque al cabo Zaragoza es hombre que ha seguido

una carrera científica, y no como tantos otros se ha improvisado en la periodística.

Pero es igual. Lo mismo Sartorius que Zaragoza y Zaragoza que Sartorius han tenido el talento de hacerse moderados, que es el que se necesita para llegar á ser algo de provecho. Lo demas importa poco.

Fuerza es repetirlo. El partido moderado es un agregado de hombres que ni cada uno de por sí ni todos juntos representan ningun principio político. Todos los que ha proclamado los ha infringido, y si los principios hubiesen sido los vínculos que unian entre sí las distintas individualidades que componen el partido, rotos esos vínculos, el partido hubiera quedado disuelto. Un partido solo merece el nombre de tal por los principios que representa y no por las personas que lo componen. Si un partido falta á sus principios, releva á los que lo componen del cargo moral que les resulta de abandonar sus filas, y hasta debemos decir que es deber suyo abandonarlas. El que, como Zaragoza, no las abandona no tiene fe en los principios que invoca, los invoca hipócritamente; su conducta tiene la esplicacion en algun cálculo egoista. Fácilmente se concibe que unos cuantos hombres de un partido conculquen los principios á cuya defensa afectaron consagrarse, pero no se concibe que todo entero un partido sea cómplice en esta conculcacion. Una comunion política que despues de esta conculcacion no se dispersa, no representa

principios sino personas; no es un conjunto de hombres que asocian sus esfuerzos individuales á favor de un interes colectivo y comun, sino un conjunto de hombres cuyos esfuerzos colectivos y comunes tienden á producir intereses puramente individuales. Como una comunion de esta naturaleza no tiene por base mas que el egoismo, el interes individual se pospone al de la comunion, y al fin y al cabo esta degenera y muere, pero los individuos que la forman se enriquecen y medran. Asi vemos al partido moderado débil, moribundo, próximo á caer y sin esperanzas de volverse á levantar, en tanto que los que lo componen se han creado elevadas posiciones, y están casi todos nadando en la abundancia.

Zaragoza ingresó en las filas del moderantismo siendo pobre, y hoy se le tiene casi por un potentado..... ¿para qué decir mas? En los tiempos que corremos el hombre de mediano talento que se empeña en ser algo se sale con la suya.

D. MANUEL ORTIZ DE ZÚÑIGA.

No es mal pájaro el que se nos ha puesto á tiro. Hé aquí un personage que tambien ha tenido sus accesos de calentura liberal, que corria mas que una liebre por la senda del progreso en que tan fácil es descalabrarse, y que de pronto conociendo el peligro, dejó la mision de redentor para no ser crucificado. «Allá se las haya el pueblo, dijo para su capote; la caridad bien ordenada empieza por mi mismo; lo que los progresistas pueden darme y nada es todo uno; ya he sacado de ellos todo el partido posible; veamos los moderados lo que pueden dar de sí. Esos son otra cosa muy diferente. ¡Jesus ¡Jesus! ¡qué abundancia! ¡Y yo estaba haciendo el oso con los otros!... ¡qué barbaridad!»

No se crea, sin embargo, que el buen Ortiz de

Zúñiga gastase la pólvora en salva mientras perteneció al partido progresista. Algunas relaciones que contrajo en Sevilla con D. Manuel Cortina le valieron el ser nombrado para la Audiencia de Zaragoza en comision, y sobre todo el adquirir cierto nombre, que es lo primero que hay que hacer en este pícaro mundo. Cuando conoció á Cortina era un simple estudiante, pero un estudiante de trueno, con unos pulmones que metian miedo; demócrata furioso que gritaba como un energúmeno y era capaz de dar un viva delante de un altar mayor. No tenia nada que envidiar en exaltacion ni á García Gallardo, que es hoy consejero Real; ni á Huet, que es hoy fiscal del tribunal de Guerra y Marina; asi como hoy en moderacion tampoco tiene nada que envidiar á ese par de camaleones. D. Manuel Ortiz de Zúñiga ha sido hasta juntero, y juntero quiere decir un revolucionario elevado á su mayor potencia. Nada se gasta tanto como el patriotismo, y el que hace de él mucho abuso en su juventud llega á los cuarenta años tan apagado, tan evaporado, tan mustio, que ni un nuevo 2 de Mayo le podria sacar de su apatía. Zúñiga ha pasado de la hipertrofia á la atrofia, de la plétora al marasmo. Vedle ahora en el Consejo Real tan sesudo como si nunca hubiese hecho ninguna locura. ¿Es posible que semejante hombre haya sido juntero?

Si fijamos la atencion en el carácter del personage célebre que nos ocupa y en los bienes mate-

riales que su conducta le ha producido, acaso nos sea lícito sospechar que cuando mas alardes hacia Zúñiga de liberalismo no era mas liberal ni menos de lo que lo es ahora que está figurando entre los menos liberales. A algunos que fueron deportados á Canarias al llegar á aquella isla les preguntó la autoridad militar cual era su oficio ó profesion. A Aviraneta, que fué deportado tambien, se le hizo la misma pregunta que á sus compañeros, y respondió con la mayor formalidad: «Mi oficio es revolucionario.» Si Zúñiga fuese tan franco como Aviraneta, al preguntarle lo que es responderia «turronero.» No es otra cosa, y para ser turronero se necesita tambien habilidad como para ser revolucionario. Esta habilidad la tiene Zúñiga como ningun otro. Si algun dia pone cátedra de turroneria, desde hoy le suplicamos que no deje de inscribir nuestro nombre en la matrícula.

Es Zúñiga un hombre de mucha intencion: todo en él es calculado, cuanto hace, cuanto dice; no dá un paso que no sea premeditado; no suelta una palabra que no tenga al menos dos sentidos; carece de movimientos automáticos; en él es voluntario todo, hasta el respirar, hasta el palpitar. Es al mismo tiempo tan impenetrable, que ni la sagacidad de Cortina ha logrado jamas descifrar su pensamiento; hasta su corazon es un enigma. Engañado por su jesuitismo, Cortina le hizo pasar de magistrado en comision de Zaragoza á fiscal de la

Audiencia de Granada, donde desplegó su ambicion, sus deseos de mando, sus pretensiones de superioridad. Empeñado en dominar en el acuerdo, se declaraba enemigo mortal del que no se sometia dócilmente á su dictámen. Hombre implacable, no olvida jamas un agravio que haya recibido, y toma por un agravio la mera discusion de un acto suyo el mas insignificante. Zúñiga llegó á ser subsecretario de Gracia y Justicia, y no bien hubo tomado posesion de este destino, cuando ocurrió la destitucion de un magistrado independiente, tan notable por su integridad como por su talento. Como habia sido compañero del subsecretario, se hicieron varios comentarios sobre su destitucion. Hallábase á la sazon el magistrado de regente de la Audiencia de Valladolid, y le afectó de tal manera la injusticia que con él se cometia que á poco le costó la vida.

Asi como Pidal confunde la firmeza de carácter con el mal genio, Zúñiga confunde la severidad con la obstinacion, y á fuerza de querer parecer rígido es algunas veces hasta grosero. No hay mas que ver cualquiera de sus dictámenes para persuadirse de que su intolerancia no tiene límites. Todos los que le rodean le parecen inferiores, y quisiera organizarlos bajo un pié militar, y á la menor falta de subordinacion sujetarlos á un consejo de guerra. Si hubiese nacido rey absoluto, sus vasallos para evitar su tirania tomarian la resolucion de dejarle solo y se irian aunque fuera á los infiernos. Este

carácter orgulloso, díscolo y mas que despótico lo tenia siendo progresista, es decir afectando pertenecer á un partido que tiende á nivelar en lo posible las distintas clases del estado y que cree que en su esencia ningun hombre es superior á otro. ¿Qué tal será ahora que pertenece á un partido que rinde culto y veneracion á todas las aristocracias, y cuyos apóstoles esperan de los adelantos de la química animal que llegue un dia en que por medio de un reactivo pueda analizarse la sangre de los hombres y distinguir la de un lacayo de la de un señor? Este problema, confiado á la química moderna, les parece á algunos de resolucion tan fácil como el de la intoxicacion por el arsénico. Es imposible que el veneno democrático no se encuentre en la sangre del hombre que no figura en alguna de las aristocracias. Bien es verdad que el espíritu de superioridad y despotismo que animaba á Zúñiga cuando se titulaba progresista carecteriza á no pocos de los que hoy blasonan de liberales. Mas de dos republicanos conocemos nosotros que son enemigos de todas las aristocracias, nada mas que por envidia ó por reaccion, y si mañana se viesen en una posicion elevada, sin dejar tal vez de llamarse republicanos, despreciarian á todos los que estuviesen mas bajos que ellos, y serian mas petulantes aun que los mismos aristócratas que hoy aborrecen tan de veras.

Zúñiga ha sido aristócrata siempre, antes y des-

pues de su conversion, la cual se efectuó palpablemente en el año 1839. En las elecciones de aquella época y en las del siguiente año se puso en evidencia, tiró el último pedazo de careta con que hasta entonces habia ocultado sus verdaderas facciones. Aprovechándose de la posicion de fiscal, que debia, como hemos dicho, al influjo de Cortina, trabajó á favor de los moderados como el mas decidido de sus campeones. No es estraño; necesitaba contraer méritos para conservar ó mejorar su destino y sepultar bajo los actos de hoy hasta el recuerdo de los anteriores. En general ningun moderado es tan atroz como el que acaba de salir de las filas enemigas. Entonces, como en otras ocasiones, para asegurar el triunfo de los moderados se hizo un trasiego de jueces y promotores, y no se escasearon las deposiciones. Grandes fueron sin duda las hazañas de Zúñiga en aquella campaña electoral, pero la tempestad de setiembre echó á perder la cosecha de méritos que habia sembrado en el campo de la moderacion, y no pudo recojer hasta tres años despues el fruto de sus sudores. En 1840 la Junta revolucionaria que se instaló en Granada le separó de su destino, y él sufrió este golpe de adversidad con toda la resignacion del que sabe que con paciencia se gana el cielo.

Cuando vió la manera brusca con que se le habia destetado, es decir, cuando de la noche á la mañana se encontró sin tener en la boca el pezon de la madre patria que tan abundantemente le habia nu-

trido, temió volverse canijo, y antes de perecer de debilidad recurrió al espediente á que suelen recurrir en España todos los que no tienen que comer. Hizose escritor, y no escritor como quiera, sino escritor de obras científicas, que no han dejado de grangearle alguna celebridad, á pesar de que no son mas que unas malas copias, llenas de zurcidos y retazos de otras varias, especie de índices que si algo tienen de cosecha propia son algunos errores de bulto que ni á nosotros, que somos legos en la materia, se nos han podido escapar. ¡Tan garrafales son y tan nutridos! Fuera de los errores, lo demas son plagios y mas plagios que contrastan tan singularmente con lo que ha salido original de su cabeza, que á cada página nos obligan á decir: *Non de sacco tuo tanta farina tua.*

Entre varios de los desatinos que hemos encontrado en su obra vamos á citar uno que es mayor que el descrédito de las sociedades anónimas. Es el siguiente. En la página 152 del primer tomo de la biblioteca judicial que hemos hojeado, párrafo 3.º, hablando del juicio ejecutivo, dice: «Tanto en este caso como en el de haber pasado el plazo respectivamente espresado, debe hacerse al deudor la citacion del remate ó, por mejor decir, la notificacion del estado en que se halle la ejecucion.» Aquí se ve evidentemente que el célebre D. Manuel Ortiz de Zúñiga confunde la notificacion de estado con la citacion de remate, y este es un error

de tal cuantía que no puede disculparse, y que por él seria reprobado cualquiera que tratase de obtener el grado de bachiller en derecho. Sin duda Cortina se habrá hecho cargo de este desatino garrafal y habrá dicho: ¿Es posible que semejante hombre haya llegado por mi influjo á ser fiscal de una Audiencia? ¡Cuántos melones salen calabazas! No se necesita mas que haber hojeado el Sala para saber que la notificacion de estado se hace acto continuo de efectuado el embargo para poner en conocimiento del deudor que se van á pregonar sus bienes, y que la citacion de remate se hace cuando se pide este para que el deudor pueda oponerse á él, de suerte que son dos trámites distintos y esenciales del juicio ejecutivo. Nosotros sabemos hacer esta distincion que no se le ha alcanzado á todo un ex-fiscal de una Audiencia, sin ser abogados ni haber tenido un pleito en la vida.

En 1843 D. Manuel Cortina, ignorando las hazañas del héroe ó prescindiendo de ellas, le señaló un puesto en la comision de códigos, desde donde se encaramó, en menos tiempo del que nosotros necesitamos para contarlo, á la subsecretaría de Gracia y Justicia, siendo presidente del consejo de ministros Gonzalez Brabo, con perdon de Vmds. La subsecretaría de un ministerio es un bocado que sabe á gloria; pero siendo Gonzalez Brabo presidente del consejo de ministros todo empleo debia parecerles poca cosa á los turroneros de oficio, porque el mas ínfimo te-

nia motivos para creerse superior en méritos al presidente del consejo. Bien es verdad que en aquella época venturosa el mérito era demérito, y lo que se buscaba en un hombre para conferirle un cargo público era que tuviese todo el menos mérito posible. La inmoralidad y la ignorancia acreditadas por una larga práctica eran los requisitos que debian presentarse para aspirar al mas alto puesto. El estado de la España de aquellos dias queda definido y descrito con solo decir que Gonzalez Brabo era ministro, y que los empleados no hicieron en masa dimision de sus destinos. La España oficial habia perdido hasta la conciencia de su dignidad.

La poca capacidad de Gonzalez Brabo le hizo ver en D. Manuel Ortiz de Zúñiga una alta capacidad, y por este motivo le nombró subsecretario de Gracia y Justicia. Atendida la política del folletinista del *Guirigay*, este no anduvo desacertado en el instrumento de que se valió para el desarrollo de sus planes. Zúñiga es en efecto uno de esos hombres que tienen tanta serenidad como un toro de Gaviria, y desempeñó á las mil maravillas el cargo que le estaba confiado. De mancomun con Mayans, ministro de Gracia y Justicia, y con Velluti, oficial del personal, los cuales profesaban como él el principio *qui non est mecum contra me est*, se ocupó con asiduidad en la deposicion, como se supone, no solo de los jueces que tenian un color político marcado distinto del suyo, sino hasta de los que en su concepto no

debian hallarse dispuestos á aplaudir estrepitosamente la dictadura ministerial capaz de levantar en España un nuevo *Borg-Irius* (1). La magistratura española descendió en aquella época terrible al estado de abyeccion mas deplorable. Jóvenes imberbes, que tenian las manos todavia calientes y condolidas por las palmetas del maestro; boquirubios sin esperiencia, que todavia no se habian quitado los pantalones gastados por los bancos de las aulas, fueron nombrados jueces de primera instancia y reemplazaron en sus puestos harto indignamente á hombres entendidos, cubiertos de canas, llenos de esperiencia, dignos por sus servicios de la consideracion pública; siendo tan generales las deposiciones de este género, que apenas quedaron de los antiguos jueces mas que esos especuladores elásticos de principios que se resignaron dociLmente á servir de instrumentos de la calamitosa pandilla que abrumaba al pais. Los que les sucedieron eran en gran parte tan poco acreedores á la confianza de un buen gobierno, que jamas como despues que ellos fueron nombrados se habian visto tantos jueces procesados por haber faltado al cumplimiento de sus deberes, jamas los pueblos habian tenido tantos motivos para aplicar á las cir-

(1) Monumento construido con cabezas de cristianos en la isla de Gerbi, regencia de Tunez. Su demolicion se verificó el 19 de setiembre del presente año de 1817.

cunstancias aquel dicho vulgar *hasta á la justicia prenden.*

Solemne chasco se llevaron los que esperaban ver en Zúñiga un jurisconsulto eminente. En la subsecretaría se puso de tal modo en evidencia que desde que estuvo en ella muchos de los que mas celebraban su talento apenas despues se atrevian á considerarle como un hombre regular. Está tan seguro él mismo de su falta de celebridad, que á pesar de que no se le puede ocultar lo mucho que le convendria á un hombre de sus pretensiones sentarse en el congreso, no se ha atrevido á practicar gestion alguna para salir diputado. Harto sabe que no le favorece ninguna simpatía y que es capaz por su carácter díscolo y altivo, mal disfrazado con sus maneras jesuíticas, de enagenarse la voluntad de cuantos le rodean. Ni los que pasan por sus mas íntimos amigos se entregan á él abiertamente, porque conocen que él no es amigo de nadie. Nada se nota en él de espansivo, nada que revele deseos de una comunicacion íntima. Los que se llaman amigos suyos no lo son en realidad; pero le llaman amigo porque le temen demasiado como enemigo. Pudiera decirse de él lo que se dice de la Inglaterra: es mala amiga pero es peor enemiga.

Amigos ó enemigos, Zúñiga no ve en los hombres mas que instrumentos de sus miras. Es de esos que se figuran que Dios ha creado el mundo esclusivamente para ellos; se desprende sin repug-

nancia de sus relaciones cuando las ha esplotado y no tiene ya de ellas necesidad; halaga con promesas al que puede servirle de algo, pero cuando llega el caso de cumplirlas, los que creen ser sus protegidos no reciben mas que desengaños. ¡Cuántos casos pudiéramos referir, cuántos nombres pudiéramos citar para hacer ver que no es exagerada la pintura que estamos haciendo de su carácter! Sabemos de algunos á quienes, al mismo tiempo que les estaba ofreciendo amistad y proteccion les dañaba privadamente, siendo el que ponia obstáculos mas insuperables á las mismas pretensiones que afectaba favorecer.

Diabluras hizo el Sr. Zúñiga siendo subsecretario, á mas de las que llevamos mencionadas, que si no prueban sus deseos de darse á conocer haciendo algo, prueban otras cosas que favorecen mucho menos su cabeza ó sus intenciones. A su inmensa capacidad se atribuye el estupendo decreto por el cual se instalaron juntas gubernativas en las Audiencias, se quitaron á los acuerdos, ó llámense reunion de todos los magistrados, las resoluciones de muchos negocios, encomendándolos al regente, presidentes de Sala y fiscal, con lo que se estableció una preferencia injusta, se suscitaron rivalidades entre los magistrados y se sometió á estos y á los jueces de primera instancia á un régimen verdaderamente inquisitorial. ¿Quién al trasluz de estas y otras varias medidas *ejusdem furfuris* no ve

transparentarse el deseo de resumir todo el poder y constituir á todos en dependencia? ¿Quién no ve en semejante innovacion, á todas luces inútil, un amor propio desmedido, un prurito para aspirar á la gloria de reformador, aunque sea de una manera raquítica, capaz de hacer mucho mal y casi impotente para hacer bien? Demos, sin embargo, á cada cual lo que es suyo, y ya que seamos severos seamos tambien justos. La perfeccion absoluta no se encuentra en el mundo, ni se encuentra tampoco en el mundo la absoluta imperfeccion. Hasta Mayoli, hasta Ovilo y Otero tendrán algo bueno que nosotros no lo hemos podido encontrar, pero que no por eso dejarán de tenerlo. Una cosa muy mala seria mas mala tadavia si fuese peor. Eso es una verdad de Pero Grullo. A mas de que á fuerza de desaciertos se hace alguna cosa acertada, aunque no sea mas que por equivocacion. D. Manuel Ortiz de Zúñiga hizo, por equivocacion tal vez, una cosa que vale algo. Aludimos al reglamento de juzgados del 1.º de mayo de 1844. Eso es lo único que vale algo, y sin embargo es una cosa muy pésima. A Zúñiga se debe que al efecto se nombrase una comision, la cual estuvo tan mezquina como todo lo que se refiere en España al poder judicial, en que todo es abyeccion, todo miseria, sin que le hayan alcanzado jamas mejoras de ningun género, sino menoscabos y mas menoscabos sucesivos, pues hoy es su suerte mucho peor que en tiempo de Calomarde,

en que al menos duraban las judicaturas un tiempo determinado. ¡Cuánto podria decirse sobre este punto si no temiésemos separarnos demasiado de los límites que nos tiene trazados la naturaleza de esta obra! Es imposible que haya quien desconozca la triste suerte de los funcionarios encargados de la administracion de justicia.

En diciembre de 1844, cuando Zúñiga entró de subsecretario, se renovó de tal modo el personal de magistrados, jueces y promotores, que para no alarmar demasiado, para evitar en lo posible el escándalo y esponerse menos á la justa censura que habia de producir una renovacion tan radical y completa, ni siquiera hubo el suficiente valor para publicar en la *Gaceta oficial* los nombramientos y destituciones en masa que hubieran llenado sus columnas, á pesar de que la publicacion de semejantes actos está prevenida por un real decreto. ¿Pero qué valen en España los reales decretos al lado de la omnipotencia de las pandillas?

Ya que no digamos del Sr. Ortiz de Zúñiga cosa que le favorezca, digamos al menos de él que es un buen hijo. ¿Qué respeto no inspira un padre? ¿De qué beneficio no somos deudores á los artífices de esta máquina que se llama el individuo? ¿Qué no debemos al que ha sufrido sin murmurar, solo por el amor que nos tiene, nuestros lloriqueos de niño, nuestros devaneos de jóven, nuestras impertinencias de toda la vida? Lejos de nosotros la bárbara

idea de reprobar los testimonios de cariño que dió Zúñiga á su padre nombrándole de un golpe regente de la Audiencia de Sevilla, siendo juez de ascenso por mucho favor en Jerez de la Frontera, donde todavía resuena el eco de sus estrepitosas hazañas. *Sonans repercussis vocibus echo.*

Nuestro héroe siendo subsecretario tomó las oficinas del ministerio por una cosa enteramente suya, y fortuna fué que no se le ocurriese hacerse limpiar las botas por alguno de los oficiales. El servilismo oficinesco es de tal naturaleza que esos señorones que creen ser algo, y á quienes no se puede hablar sino de piés y sombrero en mano, se hubieran doblado voluntariamente á todas las exigencias del subsecretario y le hubieran cepillado la ropa, si él hubiese querido, como el mas subordinado de los asistentes. Los estremos se tocan; entre la bajeza y el orgullo no hay solucion de contigüidad. ¿No se le antojó al Sr. Zúñiga siendo subsecretario reimprimir sus obras y valerse para corregir las pruebas de ausiliares de la secretaría? Y el afan con que los ausiliares las corregian era precisamente lo digno de verse. Habia hombre que creia que si se le pasaba sin corregir una letra al revés podia prepararse para ir á cenar con los difuntos, ó con los cesantes, que es lo mismo, al menos en cuanto al cenar. Lástima fué que el Sr. Zúñiga no tratase de que se publicasen sus obras por cuenta del gobierno cubriéndose de los fondos del ministerio los gastos de impresion,

para que le quedasen libres y pudiese echarse en el bolsillo los productos de la venta.

Parece que Arrazola trató de separarle durante el ministerio Miraflores. Sin la caida de este ministerio, las antipatías de Arrazola hubieran hecho una esplosion fatalísima para Zúñiga, quien no hubiera logrado, como logró, conservarse en la subsecretaría hasta la entrada de Vahamonde. Este, á pesar de ser su íntimo amigo, lo relevó con Mier, á quien se habia separado de la plaza de fiscal de una Audiencia siendo Zúñiga subsecretario, por no prestarse, segun se dijo, á ciertas exigencias en la causa que se formó tan escandalosamente al autor de LOS MISTERIOS DE SEVILLA.

Zúñiga cayó, pero cayó en blando. En el Consejo Real le aguardaba como á tantos otros el mullido colchon donde se tienden á la bartola para descansar de sus fatigas las notabilidades de la época. Como los moderados son todos *de la memê clique*, lo que traducido en castellano quiere decir que todos son lobos de una camada, no se muerden ni regañan mas que por la presa, y el que ha cogido su cacho de turron no tiene dificultad en que los demas cojan el suyo. Asi es que los que arrojaron á Zúñiga de la subsecretaría, tal vez para colocar en este puesto á alguno mas íntimo de la cofradía, no le impidieron que se consolase con la gran cruz de Isabel la Católica.

Hemos empleado para retratar á D. Manuel Ortiz de Zúñiga pinceladas innecesarias. Basta cono-

cerle de vista para saber lo que puede dar de sí. Su moral está escrita en su físico; su cara es su biografía. En la Habana tendria necesidad de una real órden para pasar por blanco. Tiene el color cetrino que caracteriza el temperamento bilioso en su mas alto grado. Su mirada es *Gilizaratesca*, es decir que es bisojo, que mira torcido como Gil y Zárate, que como Gil y Zárate, si quiere mirar como los demas, se ha de sujetar á la operacion del estrabismo. Sin embargo, lo que en Gil y Zárate es ridículo en Ortiz de Zúñiga es repugnante. La mirada de este es penetrante, mete miedo como la del tigre; la de aquel es lángida, sin accion, es una mirada que no ve, si asi puede decirse; es la mirada del mochuelo. La cabeza de Zúñiga tiene mas latitud que longitud; los contornos de su cara son duros, angulosos, como las formas del caballo árabe y de todos los animales salvages, lo que anuncia un carácter inflexible acompañado de mucha malicia. Tiene una de esas frentes llamadas por Lavater *antipoéticas* ó escudriñadoras, en que nunca la imaginacion ha buscado asilo. Algo vemos en su fisonomía del cardenal de Richelieu, si bien no tiene su frente la configuracion característica del genio. Sus párpados flojos y desmazalados, que parten horizontalmente el globo del ojo, y el estenso intervalo que media entre la nariz y la boca revelan su astucia natural y disimulo profundo. Por fin, aconsejamos á los que quieran saber quien es Zúñiga, sin tomarse la molestia

de leer las líneas que le hemos dedicado, que procuren conocerle de vista; su cara es su proceso, como la de algunos de quienes basta ver el físico para decir *ha lugar á formacion de causa*. Su cabeza es una cabeza frenológica; Cubí daria por ella la que tiene de Cárlos Espagne.

D. FRANCISCO GALVEZ FERNANDEZ.

Acérquese V., Sr. D. Francisco Galvez Fernandez; acérquese V. sin miedo, Sr. sobrino del conde de Pinofiel, no del que actualmente lleva este título, sino del que antes se llamó D. Francisco Fernandez del Pino. Acérquese V. que no le haré á V. daño; nada tengo en la mano que pueda lastimarle á V., ni un trabuco, ni una pistola, ni un puñal, ni un cortaplumas siquiera. No tengo en la mano mas que un periódico, y no es el *Clamor*, ni el *Espectador*, ni el *Tio Camorra*, ni el *Eco del Comercio;* no es ninguno de esos que tanta grima dan á los hombres del bando á que V. pertenece; es un periódico oficial, un número de la *Gaceta* nada menos. Eso sí, como puede V. notar por el color del papel y el olor que echa á moho es un número que ya tiene

fecha. No es de papel continuo, ni está tirado con máquina, pues estas invenciones importantes para la tipografía son mas modernas. Me lo encontré en un puesto de libros viejos, en medio de otros mil mamotretos y legajos, formando parte de una coleccion que tuve que comprarla toda para hacerme con este número. Verdad es que me costó barata, y bien se podia dar por este número solo lo que di por toda la coleccion. Esta *Gaceta* contiene un documento magnífico de que sin duda alguna tiene V. noticia. Vamos á leerlo. *Gaceta del 8 de marzo de 1831, número 29.* La fecha es de muy gratos recuerdos para ciertas personas que yo conozco; recuerda uno de los dias mas venturosos del glorioso reinado de Fernando el deseado. Vea V. el documento.

«El comandante general del campo de Gibraltar con fecha 3 de marzo dice:—Excmo. Sr.—Lleno de la mayor satisfaccion solo tengo tiempo para participar á V. E. que la gavilla de los rebeldes fué ayer alcanzada y atacada con bizarría por los valientes voluntarios Realistas y fieles habitantes de Estepona con sus autoridades al frente, en union con varias partidas de tropas Reales á distancia de media legua de la espresada villa, y despues de un vivísimo fuego huyeron los infames hácia la Sierra que nombran Bermeja, en donde les esperaban los fieles serranos con el *alcalde mayor de Gaucin* y las compañías del regimiento provincial de Alcázar de S. Juan que allí estaban acantonadas. Varios de los malva-

dos fueron prisioneros, y ya he dado las órdenes para que sean pasados por las armas, etc., etc.»

Sr. D. Francisco Galvez Fernandez, ¿qué le parece á V. el documento? El parte está suscrito por el general Moreno; los rebeldes de que en el parte se hace mencion son los entusiastas que en 1831 acompañaron en su malograda empresa al infortunado Manzanáres; el *alcalde mayor de Gaucin* recomendado en el parte del general Moreno es ni mas ni menos que D. Francisco Galvez Fernandez, ni mas ni menos que V., Sr. mio, ni mas ni menos que V. que está en la actualidad figurando en el partido constitucional. ¿Sabe V. que necesita V. serenidad para embeberse en las filas constitucionales despues de haber concurrido al esterminio de los valientes que desembarcaron en la Península para librarla del yugo de Fernando VII? ¿Y sabe V. que necesitan los constitucionales mucho estómago y muy poca aprension para admitirle á V. en sus filas? Pero, hombre de Dios, ¿no ve V. que en la atmósfera constitucional no está V. en su elemento? Un sugeto de los gloriosos antecedentes de V. debió haber tomado partido con el padre de Montemolin para no desmentirlos, ó haber prestado un gran servicio á la causa de la libertad para borrarlos. Una de dos, ó ser consecuente ó manifestarse arrepentido, y V. no ha hecho ni una ni otra de esas dos cosas. ¿Qué quiere decir eso? ¿Quiere decir que lo que V. quiere es turron, turron y siempre turron? ¿Quiere decir

que V. tiene los ojos fijos en la bitácora para virar segun el viento, que no necesita V. práctico para tomar puerto, que no barará V. en los bajíos de la política?

La catástrofe de Manzanáres y consecuente recomendacion del general Moreno le valió á V. pasar de alcalde del crímen á la Audiencia de Cáceres y despues á la de Granada, donde estuvo V. engordando como un provincial hasta 1835, en que vino la moda ó la epidemia de juntas que invadió el pais y causó en la España oficial mas estragos que el tifus icteródes. La enfermedad llegó á Granada, le acometió á V. de una manera fulminante y le cupo á V. la suerte que cupo á tantos otros. ¡Pícaras juntas! ¡Pícara sobre todas la junta de Granada! Algun juntero, que habia leido como nosotros la *Gaceta* del 8 de marzo de 1831, tuvo sin duda la culpa de la destitucion de V. A mas de que como por el hilo se saca el ovillo, la recomendacion de Gonzalez Moreno sirvió á los junteros para examinar otros antecedentes de V. y hallaron cosas que ofrecieron otras muchas cosas, algunas de ellas relativas á la administracion de justicia, y tantas cosas reclamaban una cosa que fué lo que se hizo; le destituyeron á V. y santas pascuas. Francamente, la destitucion no le supo á V. bien, antes al contrario, le supo á V. pésimamente, y es cosa que hasta ahora no la ha podido V. digerir.

¡Qué no hizo V. para volver á entrar en la

magistratura! Pero nada; la sombra del desgraciado Manzanáres, la sombra heróica de aquel ilustre mártir que despues de arrancar la vida al infame pastor que le vendió, se quitó la suya propia para que los hombres del partido á que V. pertenecia no se gozasen en el ignominioso martirio que le reservaban, la sombra del valiente que se arrojó el primero á la temeraria empresa de romper las cadenas que oprimian la patria, se interpuso constantemente entre los deseos de V. y el objeto á que sus deseos de V. se encaminaban, y al fin y al cabo tuvo V. que renunciar á sus pretensiones. Otro que no hubiese sido V. hubiera retrocedido delante de los desdenes del partido constitucional, y dejándose guiar por sus principios, se hubiera acogido á la sombra de la bandera que los representaba. Pero ya sea que V. previese la derrota de Don Cárlos, ya que conociese V. que con el tiempo los odios de los liberales se aplacarian y que los antecedentes absolutistas de V. lejos de ser un obstáculo serian una circunstancia recomendable para figurar y medrar en el partido constitucional, lo cierto es que como tantos otros de la misma catadura V. prefirió aguardar una coyuntura favorable que le permitiese despues de la lucha embeberse en las filas de los vencedores. Mientras tanto contrajo V. relaciones íntimas con algunos sugetos cortados todos sobre el mismo patron que V., entre los cuales habia nada menos que dos ex-alcaldes

perpétuos, intrigantes y duchos como el que mas, procesados por las demasías que se les achacaban en el repartimiento y exaccion de contribuciones, los cuales tuvieron que avecindarse en Granada para no ser víctimas de la ojeriza de sus paisanos. Unido á tan dignos compañeros, se declaró V. en el campo electoral el mas denodado paladin del partido retrógrado, bien convencido de que en la imposibilidad de hacer triunfar á D. Cárlos, solo de los moderados podia V. esperar el perdon de sus grandes culpas. Pero ni por esas; los moderados no se hallaban aun en el caso de luchar de frente con la opinion pública, y no se atrevieron, á pesar de los servicios que V. les prestaba, á admitirle á V. abiertamente en sus filas. Momentos hubo en que llegó V. á persuadirse de que hay manchas indelebles. Todo lo que hacia V. á favor de los moderados no eran mas que vanas jabonaduras con que trataba V. de lavar su reputacion manchada por la sangre del ilustre Manzanáres.

Vino el año 43... ¡oh! el año 43 es un año memorable. En aquel año el partido moderado admitió en su seno lo que hasta entonces habia rechazado. En aquel año el partido progresista y el absolutista tiraron todos sus andrajos y el moderado se apresuró en recogerlos. Los demagogos mas furibundos y los mas furibundos apaleadores de los liberales engrosaron el partido que se llama monárquico constitucional, sin ser mas que medio constitucional y medio monár-

quico. Los traperos que recogieron con el gancho á Nocedal, á Posada y á Gonzalez Bravo, por lo que tenian de constitucionales, bien podian meter tambien en el carro de la basura, por lo que tenian de monárquicos, á los recomendados del general Moreno. En el año 43 resolvieron los moderados utilizar los servicios de V... Ya era hora.

En el año 43 halló V. una mina, pero ¡qué mina! Sin embargo, mejores minas halló V. en el año 41. Aquí se sabe todo, amigo mio, absolutamente todo, se sabe mucho mas de lo que se dice, y eso que se dice mucho mas de lo que V. quisiera. ¿Cree V. que á nosotros se nos oculta que en 1841 V. y otros formaron con el famoso D. Javier de Burgos una compañía para esplotar unas minas en el término de la Peza, y que lo que VV. esplotaron no fueron minas sino el furor minero de los tontos? Ya se ve, en aquella época en que todavía el candor de los minimaniáticos era vírgen, en aquella época en que amargos desengaños no habian deshojado aun las ilusiones de los que soñaban en hacerse ricos con los tesoros sorprendidos en las entrañas de la tierra, cualquier charlatan lograba embaucar á la gente sencilla y le hacia soltar el peculio con la esperanza de que bastaban un par de años para multiplicar el capital hasta lo infinito. Los buenos resultados que dieron las minas del Cármen y de Sierra Almagrera escitaron mas y mas la codicia de la gente estúpida, que llegó á creer que bastaba dar un golpe con el aza-

don en cualquier punto de la tierra para hacer salir una cascada de oro y plata.

¡Cuántos capitales se dedicaron á esta nueva industria! ¡Cuántas sumas grandes y pequeñas se inmolaron á la estremada codicia de aumentarse de improviso! Desde luego se formaron compañías de esplotacion, las cuales no esplotaban en su mayor parte minas sino á los aficionados á minas. Al efecto encomiaban á la francesa, es decir con términos exagerados y retumbantes, las minas que decian iban á esplotarse, y para acreditar sus dichos invitaban al público á que asistiese á la análisis que se hacia del mineral estraido. Uno que se llamaba químico, y que en general era estrangero ó hablaba chapurrado para parecerlo, practicaba la operacion y elevaba á su mayor grado los avarientos instintos de los circunstantes, manifestando libres de toda escoria por medio de misteriosos reactivos los mas preciosos metales. Aquello era un fanatismo, una locura, como la que bajo la influencia de Mesmer producia el magnetismo en Francia antes de su estrepitosa revolucion. En todas las cómodas, en todos los tocadores, en todas las mesas, en todas las rinconeras se veian pedazos de mineral; habia hombre que llevaba en los bolsillos una cantera.

Los que tomaron á su cargo la direccion de las minas de la Peza lograron hacer creer que las tales daban oro en abundancia, y muchos llegaron á persuadirse de que bastaba remover la tierra some-

ramente ó abrir un pozo cuando mas de dos cuartas para encontrar una gruesa veta de oro puro que llegaba hasta los antípodas. El oro, segun sus esperanzas, saldria tan limpio que no habria necesidad mas que de llevarlo á la fábrica de moneda para acuñarlo. Ni esto necesitaban los directores, quienes lo estraian ya acuñado. Dispusieron que se hiciesen varias fundiciones en pequeño, y efectivamente todas correspondieron á las esperanzas de los bobos. Otro tanto solia suceder en cuantas minas se esplotaban. El hábil químico era capaz de sacar oro de una cáscara de nuez, porque el oro lo ponian de antemano los charlatanes en el fondo del crisol debajo del mineral, y luego cuando lo encontraba delante de una multitud cuyas miradas mas ávidas que las de Tántalo se concentraban en las manos del *alquimista* como las miradas de los apuntes en las manos del banquero, *mi encontrar orro*, decia en chapurrado, *orro, Señores, orro*. Y todos los circunstantes se apresuraban en pedir acciones, y las pagaban á cualquier precio, y cundia la fama de la mina y los directores ponian coche en cuatro dias. Tal es la historia de las sociedades mineras. Mas de cuatro cerraban sus talleres ó abandonaban su industria para consagrarse esclusivamente á la esplotacion de minas que les prometia mayores ventajas, á la manera de aquel asturiano que se fué á América con tanta seguridad de hacer fortuna que no quiso tomarse la molestia al llegar á la Habana de bajarse para coger una onza de oro

perdida en la calle. ¡Cuántos vendieron hasta el único colchon de la cama para comprar acciones!

El fundidor de la compañia de Galvez era un frances descendiente de Roberto Macaire, uno de estos caballeros de industria que pasan los Pirineos con un oso, con un mono ó con cuatro Napoleoncitos de yeso, y que vienen á ensanchar mas y mas los cauces del rio de plata que desagua en la patria de los limpia botas. Hizo el papel de químico con tanta naturalidad que hubiera engañado al mismo Orfila. Sus estafas, sin embargo, fueron al cabo conocidas; se hicieron gestiones contra él, fué reducido á prision y sentenciado á presidio. Mal lo hubiera pasado si hubiese sido de esos hombres que sacrifican su bienestar á la santidad de un secreto. Pero el buen frances no habia nacido para mártir, ni aspiraba á la gloria póstuma ni á la gratitud de Galvez y de Burgos. Prefirió á ser mártir de sus pecados ser confesor de los agenos. Dijo como San Antonio que le habia tentado el espíritu maligno. Sin encomendarse á Dios ni al diablo manifestó que el delito de que se le acusaba lo habia perpetrado de acuerdo con la junta directiva, y de este modo se salvó, pues, como es natural, ofrecia muchas dificultades penetrar en el laberinto que presentaban los dichos del frances. El estilete del juez no podia penetrar lo suficiente en la llaga para descubrir el fondo del mal, y asi es que hasta ahora no se sabe si la confesion del frances fué una calumnia á la junta directiva ó si el frances

la hizo con el objeto de ganar tiempo motivando la ampliacion del sumario. Solo sabemos que Galvez, perteneciente á la junta directiva de las minas de la Peza, fué nombrado gefe político de Granada, lo que irritó de tal modo al regente interino de la Audiencia que entendió en la famosa causa de las *minas de oro*, que pasó á Ultramar diciendo que no queria vivir en un pais donde á la política se sacrificaba la moral. Los motivos justos ó injustos que el tal regente tenia para espresarse de esta manera escapan á nuestro exámen; allá se las haya si lo que dijo lo dijo con razon, y si lo dijo sin razon..... allá se las haya tambien.

Bien se le alcanzó á Galvez que del famoso pronunciamiento de 1843 le seria fácil sacar un cacho de turron que valiese la pena; su talento, sin ser mucho, era suficiente para permitirle entrever los resultados de aquella grande asonada. Asi es que tomó en ella una parte, aunque tardía, asaz activa; trabajó como el que mas cuando ya habia pasado el peligro, y no hizo falta en su puesto al llegar la hora del reparto del botin. Echó los bofes para imbuir en los pronunciados la idea de la formacion de una junta reaccionaria en que figurase Burgos. Se mezclaba entre los constitucionales como si nunca hubiese sido alcalde mayor de Gaucin. ¡O fraternidad! Bien recordaron los españoles en aquella época que todos son hijos de una misma madre, y se necesitaria tener corazon de alcornoque para no

derramar una lágrima pensando en el leal y afectuoso abrazo que se dieron todos los partidos en el año 1843. Aquel abrazo hace olvidar el de Vergara, aquella armonía nos representó la que reinaba entre los españoles cuando combatian las huestes de Napoleon, cuando por una rara escepcion de la regla apenas habia en España mas franceses nacidos en la Península que D. Francisco Javier de Burgos y otros tres ó cuatro como él, que cuando tienen hambre de turron son capaces de pedírselo de rodillas al mismo Mehemet Alí. Ahora nacen en España muchísimos mas franceses, ó por mejor decir ahora ya abundan mucho los franceses nacidos en España.

En la imposibilidad de hacer figurar á Burgos en una junta reaccionaria, trató el buen Galvez de hacerle salir diputado, y con todo el afan electoral de un Valero y Soto defendió en Granada la candidatura de un ídolo que le inspira la suficiente veneracion para colocarle un dia en un altar mayor. Burgos nada deseaba tanto como sentarse por el voto de una mayoría de electores en los bancos de que en tiempos del Estatuto se habia visto ignominiosamente arrojado. Creyó borrar sentándose en el congreso la mancha que sobre su reputacion habia caido con su espulsion del Estamento de próceres. Su anhelo de ser diputado era tan escesivo, que en 1841 ofreció su nombre para que se inscribiese en una candidatura progresista.

En la provincia de Granada no deja de gozar de

cierto prestigio, debido principalmente á su talento, el hábil traductor de la epístola á los Pisones, si bien la circunstancia de haber siempre chocado con la opinion general, haciéndose afrancesado en la guerra de la Independencia, absolutista durante el despotismo de Fernando VII y moderado en la calamitosa época actual, le quita como hombre político toda la influencia que tiene como literato. Amigo de Peñaflorida, para tener en Granada quien le sostuviese contra las antipatías políticas de los liberales hizo que Peñaflorida nombrase gefe político de aquella provincia al famoso Galvez, nacido al parecer para ser su instrumento. Galvez fué un escelente regalo hecho á la provincia de Granada por el impertérrito subprefecto de Almería de los tiempos de Napoleon. ¡Regalo como se hacen pocos! Galvez tenia en Granada muchos resentimientos que satisfacer, y Galvez fué llamado á Granada para egercer su autoridad. Al saberse su nombramiento, á ningun granadino le llegó la camisa al cuerpo, y casi todas las mugeres tuvieron ataques de nervios. Consta por la estadística de los farmacéuticos de aquella capital, que jamas como aquel dia se habian despachado en las boticas tantos antiespasmódicos. El nombramiento de gefe político de Galvez enriqueció mas boticarios que el cólera morbo.

Ya hemos dicho lo mucho que deseaba Galvez sacar diputado á su protector, y todos sabemos cuan fácil le es á un gefe político, sobre todo si es de esos

que meten miedo, sacar diputado á quien le dá la gana. Nombrar gefe político á Galvez equivalia á nombrar á Burgos diputado. Eso ya lo sabia Burgos, y porque lo sabia hizo uso de su influencia á favor de Galvez, ó por mejor decir, á favor de sí mismo. Levantaba mucho á Galvez, porque Galvez era la escalera por la cual subia él. Galvez, sin embargo, se le manifestaba agradecido, atendiendo al beneficio sin cuidarse de averiguar los motivos de ambicion propia que obligaban á Burgos á hacérselo. Lo cierto es que él y Burgos estaban contentos.

Burgos salió diputado cuando se disolvieron las cortes de la coalicion, y Galvez, seguro de que la posicion que él habia creado á Burgos aseguraba la suya, se entregó á todo género de abusos sin miedo de perderla. Sus demasías provocaron la famosa circular de 1844 relativa á los fiscales, la cual produjo la separacion de muchos de ellos, no sin antes haberles sujetado á formacion de causa, porque Pidal, á la sazon ministro, prestó su apoyo á Galvez, y Mayans tuvo miedo á Pidal, y débil y pobre de espíritu como es, no se atrevió á sostener á unos funcionarios que se oponian á las prisiones arbitrarias decretadas por el gefe político, quien sin llenar los requisitos establecidos por las leyes, llegó al estremo de tener cuarenta dias preso á un hombre sin recibirle la mas mínima declaracion. A propósito de esto se refiere un dicho del marques de Gerona, que era uno de los que con mas habilidad calificaban á Pidal en sus conversaciones

intimas. Por desgracia del rabioso asturiano, uno de los fiscales era hermano del malogrado marques; es hombre dotado de conocimientos profundos y no menos recomendable por su rectitud de corazon que por su talento. Es uno de esos en cuya honra y probidad reconocida se despuntan los dardos lanzados por el espíritu de partido. Siendo moderado, sabe desviar lejos de sí las antipatías de los progresistas mas acérrimos. Los progresistas pudieran aplicar al hermano del marques de Gerona las célebres palabras que consagra el gran poeta Quintana al gran almirante Nelson: «ingles te aborrecí, héroe te admiro.» Por su talento y su integridad Castro y Orozco es muy digno de la consideracion de los progresistas á pesar de ser moderado. Asi es que los progresistas clamaron contra la injusticia de Pidal lo mismo que si la víctima hubiese pertenecido á su comunion, y celebraron mucho el siguiente choque que tuvo con el célebre cuñado de Mon el difunto marques de Gerona. Un dia al salir este del salon del congreso tropezó con Pidal, quien sin levantar la cortina la empujaba bruscamente con esas maneras de aguador que distinguen á los asturianos aunque sean académicos y ministros. Ya sabemos que á Pidal no se le puede ver sin preguntarle donde ha dejado la cuba. Castro y Orozco levantó la cortina para averiguar quien era aquel caballero tan fino y atento, aquel *dandi*, aquel modelo de educacion y delicadeza, y se echó á la cara á Pidal, quien que-

riendo echarla de gracioso dijo á Castro y Orozco que le miraba con un desden bastante significativo: «Está de Dios que he de causar á V. daño siempre sin querer.» «Está de Dios, contestó Castro, que donde quiera que V. entre, se anuncie V. á coces.» Francamente, la contestacion del marques de Gerona no es de las mas parlamentarias, ni de las que revelan una educacion mas esmerada, pero hablando con Pidal es imposible hasta observar las reglas que prescribe la buena crianza. El hombre mas fino del mundo no acierta á ser fino delante de Pidal.

Las palabras del marques fueron celebradas por los diputados no por otra cosa sino por dirigirse á Pidal, y los ecos de las carcajadas de los padres de la patria resonaron fuera del salon de Oriente. En todos los círculos políticos se repitió con algazara el dicho del marques, quien mas adelante, cuando se trató de poner dos leones simbólicos en el congreso, propuso que se colocasen con la debida simetría en el lugar correspondiente Pidal y Mazarredo.

Pero no es ahora del marques de Gerona y de Pidal de quienes debemos ocuparnos, sino de Galvez y nada mas que de Galvez. Los hechos de este señor nos han inducido sin querer á traer á colacion para corroborarlos á Castro y Orozco, y este á su hermano el marques, y el marques á D. Pedro José Pidal. Perdónesenos la digresion, ya que confesamos nuestro estravío con firme propósito de enmienda. No nos volveremos á perder por los cerros de Ubeda.

Entre las hazañas que se atribuyen á Galvez se refiere una que la pluma se resiste á trasladarla al papel; que un hombre sensible no la puede concebir, y cuya posibilidad negaríamos los que no hemos alcanzado los tiempos de Torquemada y los que no hemos nacido en Marruecos, si desgraciadamente la España actual no nos presentase mas de un egemplo de autoridades que se han desprendido para egercer su cargo de todos los sentimientos humanos, suponiendo que alguna vez los hayan tenido. ¿De qué medios se valió Galvez para obligar á un infeliz á hacer una declaracion á que se negaba obstinadamente? No creemos, como se dice, que mandase destrozarle la mano á martillazos pidiendo á la fuerza del dolor revelaciones á que la voluntad del infeliz se negaba; semejante barbaridad repugna demasiado á la conciencia de los hombres de bien para creer que ha habido un individuo capaz no diremos de cometerla sino hasta de concebirla; los Villalongas y los Balboas no son comunes, y los tormentos de cuerda, de agua y fuego están proscritos para siempre. Sin embargo, algo debió hacer muy atroz el Sr. Galvez cuando fué destituido á pesar del apoyo poderosisimo que tenia en las notabilidades mas influyentes de la época, y los moderados no son tan delicados en materia de escesos y abusos de autoridad que quiten el destino á un funcionario público de su misma catadura por una cosa que no valga la pena. No se comprende como hombres que han adquirido el título de

abogados, hombres que han desempeñado destinos en la magistratura y han debido adquirir hábitos de templanza arreglando su conducta rigurosamente á las leyes, cometen atrocidades que repugnan á cualquiera que no se deje guiar mas que por su luz natural y el grito instintivo de la conciencia. En un militar los actos de despotismo y de barbarie se conciben mas fácilmente. No es estraño que el que se ha acostumbrado á despreciar la vida propia acabe por despreciar la de los demas. No es estraño que en los campamentos se adquieran hábitos que no se pueden adquirir en ninguna otra parte. El sol, el yelo, las intemperies que endurecen la piel endurecen tambien el corazon; el alma y el cuerpo quedan á un mismo tiempo encallecidos. La sola lectura de la ordenanza hace de un hombre un tigre, y el que se ha sometido á tan duro yugo no acierta á imponer á los demas un yugo mas blando. Un oficial conocemos nosotros á quien se encargó que leyese la ordenanza á sus soldados, y en efecto les hizo formar circulo, y para salir pronto del paso les dijo· *Soldados, viven ustedes de milagro.* Estas sencillas palabras son la síntesis del código militar. Un militar, acostumbrado á guiarse por una ordenanza que le permite egercer sobre los que están mas bajos que él un despotismo casi sultánico, no sorprende á nadie cuando cierra su corazon á todos los afectos tiernos; pero esta impasibilidad, esta dureza, cuando se halla en oposicion con lo que las le-

yes reclaman, es imperdonable en los que se titulan abogados ú *hommes de loi* como dicen los franceses. Galvez nunca debió llamarse abogado; su carácter borra su diploma.

Nadie se resigna tan poco como Galvez á la condicion de cesante. Esta palabra *cesantía* le rompe los tímpanos, le hace salir de cada oreja un chorro de sangre. Asi es que hizo cuanto pudo, forcejeó como un toro cuando quiere arrojar de su cerviz una banderilla, para desprenderse del decreto de destitucion que mas que en el cuerpo lo tenia clavado en el alma. Pero todos sus sacudimientos fueron infructuosos, todos sus pasos vanos, todas sus gestiones estériles; no le era posible rehabilitarse; solo saliendo diputado podia prometerse reconquistar su posicion. Tuvo necesidad para llegar á su objeto de dirigirse á él por un camino tortuoso; desde cesante no podia llegar á empleado activo sino pasando primero por los escaños del congreso. Llegando á ser diputado ofrece muy pocas dificultades hacerse hombre, y nada mas fácil que llegar á ser diputado. A pesar de todas las antipatías, á pesar del inmenso descrédito que recogió Galvez en Granada por sus escesos, tuvo la rara ocurrencia de querer salir diputado por Granada, y Granada la ocurrencia mas rara aun de hacerle salir diputado. Valióse el célebre ex-alcalde mayor de Gaucin para la realizacion de sus proyectos de los mismos instrumentos que tuvo á su cargo durante su ominoso mando, y todos correspondieron tan bien

á la confianza que en ellos habia depositado que las urnas le fueron favorables. Si algo prueba tan inesplicable resultado es que el sistema representativo es una mentira. No se concibe que Galvez pueda salir diputado por el voto de los granadinos, digan lo que quieran los escrutinios y las urnas.

Sentado Galvez en los escaños del parlamento, no se manifestó, como parecia natural, hostil al gobierno que le habia destituido á pesar de haberlo ofrecido de antemano á los electores. Galvez es turronero y con esto está dicho todo. Pertenece á esa cáfila de diputados que son siempre de la mayoría, y cuyos votos son memoriales al gobierno. Con diputados independientes la Constitucion en ningun caso podria ser una farsa. Desgraciadamente las razones son impotentes para modificar la conducta de algunos hombres que no se asesoran solamente con su conciencia sino tambien con sus intereses propios y esclusivos, que no se dejan guiar mas que por sus instintos de conservacion y que cuentan entre sus principales adalides al que no sabiendo que contestar á los argumentos que le hacian sus adversarios al impugnar actas defectuosas que el buen sentido no permitia admitir, fiado en la mayoría que le era propicia, tuvo el cinismo de decir que la *mayoría no se podia suicidar*. Todos los esfuerzos de la lógica consagrados á la defensa de lo justo se han de estrellar precisamente en la obstinacion de los que adopten las palabras sacramentales del célebre Pidal seña-

ladas con letra cursiva, las cuales, de cualquier modo que se interpreten, no son mas que la apoteósis del egoismo. Son palabras que la moral repudia, dignas seguramente de los hombres como Galvez, que á falta de razones para legitimar sus actos ó desvanecer los cargos de sus contrarios, han dicho con audacia que á las córtes no se va á discutir sino á votar. Palabras de esta naturaleza no pueden ser pronunciadas mas que por autómatas, y si á ellas se hubiese de acomodar la conducta de un parlamento, lo mejor seria suprimirlo por supérfluo y consentir que las dictaduras ministeriales se egerciesen con su verdadero nombre, con el nombre de dictadura.

Alguna vez se han presentado al congreso proposiciones de ley con objeto de que el sistema representativo sea una verdad, pero semejantes proposiciones, que tanto interesan al crédito del sistema representativo, nunca han sido aceptadas. Generalmente no han merecido siquiera ser tomadas en consideracion, y ciertamente á los que conocen el espíritu que predomina en las cámaras, compuestas en su mayor parte de empleados, no puede causar sorpresa semejante resultado. ¿Cómo es posible que proposiciones sugeridas por el celo de los que desean que la Constitucion sea una verdad, se hagan acreedoras á la consideracion de los hombres de un partido que dejaria de existir políticamente el dia que el sistema representativo fuese lo que debe ser? Por lo mismo que las proposiciones á que aludimos

tienden á que el régimen representativo no sea una mentira, serán siempre desechadas por los que tienen interes en que lo sea. Mientras los diputados puedan ser empleados ó los empleados puedan ser diputados, no se esperen del régimen constitucional los beneficios que pudiera producir.

Son empleados los diputados de cuyos labios salieron las heregías políticas que dicen que las mayorías no se pueden suicidar y que á las cortes se va á votar y no á discutir. Empleados son los que no permiten que se tomen en consideracion proposiciones que tienden á no dejar á los empleados tan espedito el camino que conduce á los escaños del congreso, y esas proposiciones tan útiles para poner coto á los escándalos que falsifican el gobierno representativo no solo no se aprueban sino que ni siquiera se toman en consideracion por hombres como Galvez, que temen ver levantado por la discusion el apósito que cubre las hediondas llagas del régimen representativo. De otra suerte ya que no se hubiesen aprobado las proposiciones á que nos referimos, no se hubieran desechado sino despues de haberse discutido. Pero la discusion era peligrosa para la mayoría; la discusion hubiera revelado los motivos de interes propio que tenian muchos miembros de la cámara para no estar de acuerdo con el pensamiento de los autores de las proposiciones; la discusion nos hubiera manifestado que la mayor parte de los que no se dejan convencer por las razones de moralidad

y de puro constitucionalismo que cierran á los empleados las puertas del parlamento, son funcionarios públicos que contribuyen á devorar el monstruoso presupuesto que absorve la sustancia del Estado. La conducta misma que observan las mayorías, desechando las proposiciones relativas á empleados que se les presentan, prueban la necesidad de que sean admitidas. Si tuviésemos alguna duda de semejante necesidad, bastaria para disiparla el resultado de las votaciones que las desechan.

No admitiéndose las medidas presentadas á la asamblea para poner coto al actual desórden, nunca dejará de haber en la cámara electiva una mayoría de empleados, y habiendo una mayoría de empleados en la cámara electiva, nunca se admitirá medida alguna que tienda á poner coto al actual desórden. De este modo y con esta reciprocidad de un efecto y de una causa que son mútuamente causa y efecto el uno de la otra, se establece un círculo vicioso del cual solo es posible salir el dia en que teniendo los electores la conciencia del acto que egercen, dejen de honrar con sus votos á los que cobren sueldo del Estado y aspiren al cargo de diputados para esplotar su honrosa posicion á favor de su interes privado y de su medro personal. Pero es el caso que la España oficial es muy vasta y que los empleados no solo pueden ser diputados sino que tambien son electores. Y segun la flamante teoría del célebre Sartorius, los empleados han de votar

á favor del gobierno, y para votar á favor del gobierno es claro que han de votar candidaturas de empleados. ¿Cómo, pues, no han de salir diputados los empleados estando en gran parte compuesto de empleados el cuerpo electoral? El resultado es que en el congreso habrá empleados siempre, y como los intereses de estos están en pugna con los de los contribuyentes, pues se alimentan aquellos de lo que estos pagan, es en vano que los que pagan esperen ver aliviadas sus cargas cuando precisamente los que han de aliviarlas son los que cobran.

Solo para medrar podia á Galvez metérsele en la cabeza ser diputado, pues de antemano debió conocer que para lucirse le faltaban dotes parlamentarias, y de consiguiente no le condujo á los escaños del congreso el deseo de hacerse visible y adquirir reputacion. Tampoco es de creer que le estimulase á sentarse en los escaños del parlamento la intencion de procurar el desarrollo de un sistema particular, ó de contribuir al triunfo de algun principio político. Para ser buen diputado se necesita tener talento, y Galvez, en el caso de tenerlo, lo disimula tanto, es tan sóbrio en manifestarlo, hace de él tan poco uso, que es lo mismo que sino lo tuviera. Para ser buen diputado se necesita cuando menos tener un carácter independiente y una posicion inaccesible á los amaños y golpes del poder, y Galvez cuando es diputado ó trata de conservar un empleo ó trata de adquirirlo. Para ser buen

diputado se necesita tener amor al sistema representativo, pues sin sistema representativo no hay diputados, y ya hemos dicho de Galvez que fué alcalde mayor de Gaucin y mereció la recomendacion del general Moreno. Asi se esplica la conducta que ha observado Galvez en el congreso. No ha hecho la oposicion ni se ha manifestado hostil á ningun ministerio, ni deja de frecuentar las antesalas de las secretarías. Mendigó para alcanzar el gobierno político de Jaen las influencias de Castro y Orozco, del mismo que trabajó para deponerle, y Castro y Orozco, que era algo práctico en cortesanas atenciones, le dispensó su proteccion y le alcanzó la gefatura que deseaba indicándole sus deseos de salir diputado por aquella provincia. Ya sabia Castro y Orozco que ponia el pandero en manos que bien lo saben tocar. Galvez aceptó las indicaciones, y como es hombre que no se para en barras, se empeñó en que Castro saliese diputado, y Castro salió diputado. Lo mismo hubiera sucedido si se hubiese empeñado en que saliese diputado cualquier otro. Una autoridad como Galvez vale tanto y mas que todo un cuerpo electoral.

Por supuesto, Galvez es un hombre que no escarmienta. A pesar de que sus escesos en Granada provocaron su destitucion, siguió en Jaen una conducta igual á la que habia seguido en Granada. Desterró y persiguió liberales como si todavia fuese alcalde mayor de Gaucin. Ultimamente fué nom-

brado inspector de administracion, y si mal informados no estamos aun hoy se sienta en los escaños del congreso en virtud del sistema representativo que combatió en la persona del ilustre Manzanáres.

Por si acaso alguno desea conocerle físicamente, copiamos á continuacion sus señas sacadas de una carta de seguridad.

Estatura *regular*.

Cara *larga*.

Ojos torcidos.

Color moreno.

Pelo grifo.

Su facha es bastante ordinaria, y por mas que procure acicalarse, peluqueros y sastres son impotentes para darle algunas apariencias de hombre *comme il faut*. Se le ve el pelo de la dehesa; ha nacido para acreditar el refran: aunque se vista de seda la mona, mona se queda.

DON JOSE PAREJA MARTOS.

Sé bien que, como tantos otros, podria vivir cómodamente dentro de mi concha; pero siempre me ha parecido que el haber nacido hijo del pueblo me imponia ciertos deberes á que jamas he pensado faltar. Cuando la honradez y la conciencia son tan raras, he debido demostrar que viven todavía estas virtudes en las clases pobres, á que pertenezco y que tanto se vilipendian. Jamas se dirá de mi que he hecho el balancin inclinándome á todos los gobiernos como algunos que veo por ahí; muero leal á mis convicciones y á mi partido.»

Las tiernas y sencillas palabras que acabamos de transcribir fueron pronunciadas por Zurbano algunas horas antes de teñir con su sangre la arena de las ejecuciones. ¡Cuán bello se nos figura el co-

razon del hombre que habiéndose conquistado con sus hechos una posicion elevada, recuerda con orgullo el primer punto de partida de su gloria y no se avergüenza de volver los ojos hácia su humilde cuna! El hijo del pueblo tiene el deber de ser popular aunque con su brazo, su inteligencia ó su fortuna consiga separarse de las filas de la generalidad, levantarse sobre los hombres vulgares y abrirse paso hasta los salones de la aristocracia. Si nada honra tanto al hombre ilustre por su nacimiento como hacerse superior á las preocupaciones de su clase y confundirse con los hijos del pueblo, no por esa petulancia que caracteriza á ciertos magnates cuyos deseos de popularizarse son mas aristocráticos que pudieran serlo sus desdenes sino por amor á sus semejantes, nada vuelve tan antipático al hijo del pueblo como empeñarse en ocultar su origen y declararse enemigo de la clase misma á que él ha pertenecido. ¿Puede haber un hombre en el mundo cuya fatuidad cause mas grima que la de D. José Pareja Martos? Figúrense nuestros suscritores un hijo de un carretero de Granada, es decir de uno que hacia y componia carros para la labor; figúrense un hombre que toda su vida ha estado en mangas de camisa manejando el hacha en el barrio de San Lázaro. ¿Qué dirán de ese hombre? Nada, dirán que es un hijo de un carretero que se dedica al oficio de su padre, lo que lejos de degradarle le ensalza á los ojos de los que se empeñan de buena

se en prescindir de las preocupaciones propias de la gente de poco seso. ¿Pero qué dirán de ese hombre que ganando, por fas ó por nefas, un escalon de la gerarquía social superior al que le prometian alcanzar su nacimiento y su educacion, escupe desdeñosamente desde su improvisada altura á los que deja debajo? Los unos se reirán de él, los otros le aborrecerán con toda su alma, cada cual segun el temple. José Pareja Martos, hoy D. José, es uno de esos paletos *ab ortu* que se han empeñado en ocultar el pelo de la dehesa con su fatuidad y con su sombrero redondo. Es tan aristócrata como si nunca hubiese estado en mangas de camisa, ni hubiesen encallecido sus manos las herramientas de un arte puramente mecánico. Y no se crea que le haya sacado de su oscuridad ninguno de esos medios que á menudo tiene el genio para revelarse entre los hombres de las clases mas ínfimas del pueblo, no; José Pareja nunca ha descollado sobre los demas por ninguna prenda característica. No es de esos hombres á quienes las revoluciones sacan del cieno presentándoles un nuevo campo donde se desenvuelve libremente su carácter especial; no es un Cabrera, no es un Zurbano, no es ninguna de esas grandes especialidades, providenciales hasta cierto punto, que se presentan sin saber de donde han salido, como los pamperos en alta mar, en medio del cataclismo y desquiciamiento universal, ninguno de esos seres no clasificados que sepultados en las rui-

nas á manera de insectos, salen de improviso cuando se remueven los escombros de las viejas sociedades. José Pareja no tiene nada de particular; no ha pedido la posicion que ocupa ni á su corazon ni á su cabeza. Debe su posicion á su popularidad y su popularidad á la misma humildad de su cuna, y mas aun á la humildad misma de su oficio. En 1835 Pareja no era mas que un hablador. Hablaba hasta por los codos con todos los que concurrian á su taller ó carreteria, y hablaba principalmente de politica. Sus habituales oyentes eran unos pobres hombres que le escuchaban cayéndoseles la baba como suele decirse, y faltos de criterio para comprender los disparates y desbarros que salian de su boca, la dieron en tenerle por un oráculo y en formarle un prestigio que fué poco á poco creciendo hasta que se hizo el gallo del barrio de San Lázaro. No hay desgracia que pueda compararse á la de los pueblos cuando la dan en enamorarse de un tonto. A los del barrio de San Lázaro se les metió en la cabeza que Pareja era un grande hombre, y como este barrio está compuesto casi esclusivamente de labradores y artesanos, todos estaban locos de alegria viendo que habian encontrado entre ellos un individuo digno de habérselas, á pesar de no saber escribir ni leer, con las mas cultivadas inteligencias. El talento que suponian á uno de su clase ennoblecia á su ver la clase toda. El barrio de San Lázaro aspiraba á tener en el ayuntamiento un representante, y como es natural nom-

bró regidor á José Pareja. Apenas se vió el buen José confundido entre personas notables, llegó á formarse de sí mismo un elevadisimo concepto, y poco tardó en perder enteramente la cabeza que ya desde mucho tiempo la tenia bastante estraviada. Separado de su clase por la dignidad que los de su misma clase le habian conferido, desde luego llegó á figurarse que era hombre de campanillas, y quiso alternar con la gente de mas alto copete. Solo el pensar que habia de llegar un dia en que dejase de ser regidor le hacia despeluznarse de horror. No podia conformarse con la idea de volver de nuevo á confundirse con los plebeyos del barrio á quienes se creia muy superior. Para evitar tan espantosa transformacion, procuró portarse tan bien como pudo: se hizo en la municipalidad un *petrus in omnibus;* hablaba de todo sin saber una jota de nada, y sin mas que su entremetimiento, consiguió hacerse notable entre sus compañeros y adquirió la suficiente importancia para conquistar con el tiempo una buena posicion.

En 1840 Pareja era teniente de la milicia, y su categoría de oficial, unida á su carácter emprendedor y á su insaciable deseo de figurar, le permitió hacerse visible y meter mucho ruido, de suerte que su fama, contenida hasta entonces en los estrechos cauces del barrio de San Lázaro, se salió súbitamente de madre é invadió el resto de la ciudad. Desde aquel momento dejó el carretero de ser un

héroe de barrio, y exagerándose su popularidad, se creyó eco de toda la poblacion, y se consideró bastante autorizado para hablar y obrar siempre en nombre de esta. ¡Qué gusto daba oir las arengas que improvisaba en las casas consistoriales con una facilidad que la hubiera envidiado el mismo D. Joaquin María Lopez! Las palabras de aquel Mirabeau de entremes entusiasmaban de tal modo á los oyentes que todos salian de la asamblea con las orejas hechas ascuas. Un dia se escedió á si mismo; estuvo tan inspirado, tan inflamado, tan ardiente, que su aliento hubiera encendido un fósforo. Este dia es uno de los mas notables del año 40; en él se celebró una sesion en las casas consistoriales con motivo de haber llamado la junta creada por el pronunciamiento de setiembre á D. Cárlos Gonzalez Llanos, comandante general de Jaen, para encargarse de la capitanía general. En aquella sesion memorable la *noble* figura de Pareja se destacaba del fondo del cuadro formado por los concejales como la de O'Connell presidiendo un *meeting*. Puesto de pié en un banco para agigantar mas su estatura, como los personages de la tragedia antigua que para aumentar su talle se ponian coturnos, dijo cosas que ni á Ciceron ni á Demóstenes se les ocurrieron jamas. Verdad es que Pareja no tiene ideas, pero en cambio tampoco tiene palabras para espresarlas. La Providencia es siempre justa, y si no hubiese creado huesos y cuerpos duros, no hubiera dado colmillos á los perros. Maldita la

falta que les harian si no tuviesen que alimentarse mas que de gelatinas y huevos moles. ¿No hubiera sido atroz que el autor de todas las cosas hubiese dotado á Pareja de una buena produccion, no habiéndole dotado tambien de alguna idea? ¿No hubiera sido atroz que le hubiese concedido ideas, negándole facultades para manifestarlas? Dios lo ha hecho todo del mejor modo posible, lo ha armonizado todo; las ideas son la concepcion, la espresion es el parto; no hay parto sin concepcion. Pareja nada podia parir, porque nada podia concebir; la esterilidad de su entendimiento reclamaba la ineptitud de su lengua; armonia en todo, hasta en lo negativo, asi concebimos nosotros las obras de Dios. Asi, por lo limitado de las facultades intelectuales de los animales, nos esplicamos su carencia de órganos para hablar. Las palabras son la espresion de las ideas; si los animales no tienen facultades para concebir ideas, es natural que tampoco tengan facultades para espresarlas. La mula no pare, pero tampoco concibe, y Pareja se encuentra en este caso, siguiendo la alegoría que nos ha deparado la obstetricia.

Pareja, sin embargo, á fuerza de oir algunos vocablos aprendió á pronunciarlos automáticamente. Asi como á un papagayo le enseñan á decir *lorito real*, á él le enseñaron á decir *libertad*, *independencia*, *progreso*. Bien es verdad que en lugar de decir *progreso* decia *pogreso*, por cuyo motivo la dieron algunos en llamarle el regidor *pogreso*; pero no debe

exigirse de un loro que hable con tanta perfeccion como un hombre, ni de un héroe del barrio de San Lázaro que hable con la misma claridad y precision que un académico de la lengua. Para manejar el hacha, maldita de Dios la falta que hace la sintáxis. Ni tampoco los que componian habitualmente el auditorio de Pareja reparaban en una letra mas ó menos, y hubiera desmerecido mucho en el concepto de mas de cuatro si hubiese hablado como la gente regular. En la sesion en que desplegó su mayor número de fuerzas oratorias, se lució estraordinariamente. Sin haber leido en su vida á Horacio pensó, como Horacio, que el hombre que se revela á los demas tiene necesidad de manifestarse poseido de los mismos sentimientos que trata de comunicar, y llorando á moco tendido consiguió enternecer á todo el auditorio. *Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi.* Como la mayor parte de los que le escuchaban eran de condicion humilde, les dijo que él era hijo de un carretero, y fingió envanecerse de una procedencia que lastimaba su espíritu aristocrático y que hubiera querido borrar hasta de su memoria. Sus alardes de hijo del pueblo cautivaron la atencion de sus compañeros del barrio de San Lázaro, los cuales son casi todos labradores, hombres sencillos y de buena fe, que presentaban á Pareja como un modelo de liberales, porque era el que mas veces al dia pronunciaba la palabra libertad. La pobre gente no conocia que la perorata de Pareja

era un memorial que presentaba para diputado provincial; no conocian los necios que Pareja blasonaba de hombre de chaqueta para llegar á ser señoron de casaca. El mismo pensamiento que habia inclinado al barrio de San Lázaro á nombrar á Pareja regidor, le inclinó á nombrarle diputado provincial. El barrio de San Lázaro, que se halla en la ciudad como sobrepuesto, como una parte heterogénea de la ciudad misma, en una palabra, como si no formase parte de ella, tuvo empeño en llevar un representante salido de su seno á la diputacion provincial, y nadie mejor en su concepto que el héroe del barrio que á decir de la pobre gente sabia mas que un letrado.

No bien Pareja se vió honrado con el cargo de diputado provincial, manifestó humos tan aristocráticos que no sabia esplicárselos ninguno de los que estaban acostumbrados á verle en mangas de camisa. Todo desde entonces le pareció poco; no estaba ya contento con ser teniente de la milicia, sino que aspiró á equilibrar sus hombros poniéndose en cada uno una charretera. Su pretension, si bien se medita, no era hija de la ambicion ó deseo de figurar, sino de su amor á la simetría. En efecto, un capitan, aunque no sea mas que de milicia nacional, parece mucho mejor que un subalterno. Los tenientes y los subtenientes se nos figuran cojos de los hombros; una charretera sola queda muy desairada.

Líbrenos Dios de un hombre cuando se ha pronunciado una vez y le ha ido bien, porque es capaz de mandar tocar generala por un quítame allá esas pajas. Desde el año 40 en que Pareja se pronunció con tan buen éxito, hubiera estado pronunciándose siempre. No desperdició la ocasion en 1843. ¡Qué año tan magnífico! Las pasiones políticas desencadenadas en el congreso, y teniendo la prensa por vehículo, no tardaron en propagarse como un contagio por todo el pueblo, el cual, fatalmente alucinado, empuñó las armas para menoscabar su propia libertad cuando mas persuadido estaba de que la defendia. Barcelona, la ciudad liberal por escelencia, la que mas odia á los tiranos, porque ninguna como ella ha sido tantas veces víctima de la tirania; Barcelona, la ciudad mas democrática de España, era la destinada á dar á la libertad el primer golpe. Los moderados estaban prácticamente convencidos de su impotencia, pero no por eso renunciaron un solo instante á sus conatos de arrancar el poder de las manos de sus adversarios. Conocieron en setiembre del año 1841 que la mayoría de la nacion rechazaba su sistema, y que sin el auxilio de otro partido no podian disputarles el triunfo en el terreno de la fuerza. Uniéronse á los carlistas, quienes atenidos á sus principios absolutistas, se manifestaron en un principio dispuestos á verlos representados por Doña Isabel II, y se sublevaron en octubre de 1841. El resultado de sus tentativas les probó

que una cópula con los carlistas les era insuficiente para reconquistar el poder, y desde entonces en lugar de arrancarlo á los progresistas trabajaron para que estos se lo diesen. Procuraron al efecto desenvolver los gérmenes de division que la codicia, la ambicion personal y particulares resentimientos habian sembrado en las filas de los defensores de la libertad, ya halagando á algunos de ellos, ya acriminando á otros, y su sagacidad fué tan poderosa ó, por mejor decir, la ignorancia de los progresistas fué tan crasa, que los progresistas se coligaron con los moderados para destruirse á sí mismos. Pero no todos los que se coligaron fueron ignorantes; algunos fueron otra cosa. Pareja, á quien en el pronunciamiento á favor de Espartero le habia ido á pedir de boca, no esperaba sacar peor partido de un pronunciamiento contra Espartero. Hay quien dice que tomó parte en aquel suceso como en todos los anteriores sin mas objeto que el de figurar constantemente para nunca mas tener que ponerse en mangas de camisa. En mangas de camisa iban, sin embargo, los que le nombraron nada menos que vice-presidente de la junta. En ninguna ciudad pronunciada falta jamas un Bernat Chinchola.

Siendo vice-presidente de la junta, llegó Pareja al grado mayor de hinchazon de que es susceptible. Estaba satisfecho de sí mismo como un lagarto tomando el sol. Desde luego hizo de las suyas; en

aquellos momentos se necesitaban hombres para la defensa de Granada, y formó un batallon de milicia, dando al efecto las armas y confiando el sosten de la *santa* causa á los ex-voluntarios realistas, á los contrabandistas y á muchos de los que por su mala conducta habian merecido la alta honra de ser espulsados de los demas batallones. Por supuesto, él mismo se nombró comandante del batallon, sin duda porque en nadie tenia tanta confianza como en si mismo. ¡Vaya con el *alcalde pogreso!* Despues de la revolucion acabó de revelar sus tendencias, y como tantos otros pseudo-progresistas se quitó la careta que se habia puesto para embromar al pueblo y adquirir posicion. Pasado el peligro, el batallon debió disolverse, pero si el batallon se hubiese disuelto Pareja hubiera dejado de ser comandante ó al menos de tener batallon. Y un comandante sin batallon hace un tristísimo papel. Empeñóse Pareja en que el batallon no se habia de disolver, y las autoridades harto débiles dejaron que se saliese con la suya. ¡Qué autoridades!

En Granada, como en Barcelona y otras capitales de España, la anarquía y la arbitrariedad, las masas y el gobierno quedaron despues de la caida de Espartero hostilizándose con furor sobre las ruinas de la regencia. Muchos progresistas alucinados se espantaron de su propia obra despues que la hubieron consumado, y quisieron dar su sangre por cordial á la libertad misma que hirieron sin saberlo. Era ya in-

dudable que la Constitucion se hundia, y no era muy propia para tranquilizar á los progresistas la conducta del gobierno provisional, que aunque blasonaba de patriota, robustecia á los moderados haciéndoles dueños absolutos de la fuerza de las armas. Destituyéronse millares de oficiales beneméritos que fueron reemplazados en su mayor parte con otros de patriotismo tibio, entre los cuales contábanse no pocos que habian luchado por espacio de seis años contra el trono constitucional. El gobierno provisional con su conducta se enagenó todas las simpatías de los progresistas, hasta de los que cometieron el funesto error de coligarse con sus adversarios para derribar á Espartero. En tal conflicto la milicia y pueblo de Granada, con su diputado D. Domingo Velo al frente, proclamaron, siguiendo el egemplo de la heróica Barcelona, la Junta Central, como último recurso de salvacion para los liberales, y en aquel dia aciago Pareja con su batallon se incorporó á las tropas del egército, hostilizando y haciendo fuego á sus antiguos compañeros, sin retroceder ante la idea de que todo lo debia á aquellos mismos á quienes hostilizaba, á cuyo frente se distinguia uno que habia sido regidor con él, y que pasaba por su mas íntimo amigo. Aquel suceso provocó el desarme de la milicia; pero por un raro privilegio, el privilegio que tienen no pocas veces en España los suizos y los serviles, el 4.º batallon quedó escluido de la medida general y

permaneció con las armas en la mano. Granada quedó desde aquel momento sumida en la mayor consternacion. ¿Quién guardaba el redil habiendo puesto á los lobos las carlancas de los mastines? Los patriotas y los hombres de bien estaban inermes, y muchos facciosos y contrabandistas empuñaban las armas. El terror y el despecho se veian pintados en los semblantes de la generosa juventud que veia en las manos del populacho soez los fusiles que habian empuñado los buenos ciudadanos para defender la libertad. Hubo insultos, apaleamientos y hasta asesinatos cometidos impunemente, y no es esto lo peor sino que desde entonces Granada, que durante la guerra civil y en medio de todos los sacudimientos políticos que tanto han conmovido la Península habia permanecido tranquila como un escollo en la tempestad, está llena de odios inestinguibles, de pasiones enconadas, tristes semillas de venganzas que tarde ó temprano darán un horrible fruto porque están regadas con lágrimas y sangre. Las persecuciones han producido, como es natural, emigraciones de hombres, de capitales y de industrias, y triste es decir que males tan irreparables se deben en parte al loco afan de figurar de un hombre que nunca debió de haber hecho mas que manejar el hacha en el humilde taller de su padre. Imposible parece que tenga tales consecuencias el deseo de un plebeyo que se empeña en hacerse señor. ¡Hora fatal aquella en que se cansó Pareja de ir en man-

gas de camisa! Mas adelante Pareja salió diputado. Borrad, padres de la patria, borrad de esas lápidas del salon de Oriente los nombres ilustres de los héroes que os han precedido. Quitad esos escaños en que se han sentado los Argüelles y los Torenos; quitadlos, para que Pareja no se siente alguna vez en el mismo puesto que han ocupado los hombres mas distinguidos por su saber ó sus virtudes. ¡Sacrilegio!

Pareja pidió á la revolucion una casaca, como Luis Felipe le pidió un trono. Vino á Madrid con las ínfulas de hombre influyente, y tomándole el gobierno por uno de esos hombres que tienen su provincia en un puño, le halagó, le mimó, le cobijó bajo su sombra protectora, y Pareja que supo pasar á los ojos del gobierno como un poder en su provincia, pasó á los ojos de su provincia como un hombre influyente en el gobierno. Lo era en realidad. Dió destinos como pudiera darlos un ministro, repartió cruces como pan bendito entre sus paniaguados, y se confirió á sí mismo unas cuantas, entre ellas la de Isabel la Católica. ¡Bien por el carretero demócrata! Consiguió, amen de las cruces, una real órden para no pagar en ocho años el convento que fué de San Felipe. ¡Es una friolera el plazo! Ocho años le bastan y le sobran para pagarlo con los réditos de la finca, pues ha establecido en él su taller y lo ha dividido en varias habitaciones que le producen un crecido arrendamiento. Ahora

cuenta en Granada que en la corte fué atendido, obsequiado y considerado como un embajador: esplica á los paletos lo que ha visto en la corte; les hace una descripcion del Prado, del estanque del Retiro y de la fuente de la Cibeles; les hace abrir la boca mas de un palmo con lo que les refiere del Museo de pinturas, del movimiento de coches en la calle de Alcalá y de la animacion de la Puerta del Sol, y les hace segregar mas saliva de la que se necesita para digerir una rueda de molino, pintándoles con todos los pormenores las comidas espléndidas de casa de Narvaez y del palacio real. Sí, amados lectores, Pareja cuando estuvo en Madrid comió en Palacio (no vayan VV. á creer que en las caballerizas); se sentó á la mesa con la reina, con la misma reina, para que se vea el respeto que tienen á su magestad los que de monárquicos blasonan. ¿Sabe el Sr. Pareja con qué mano se coge el tenedor? ¿Sabe que es de mal tono meter por un ojal la punta de la servilleta? ¿Sabe que las tajadas no se comen con cuchara? Nada tendria de particular que ignorase todos esos pormenores, que, si bien se medita, nada tienen de instintivos y en nada influyen para la quimificacion ni la quilificacion, el hombre que en cierta funcion religiosa se puso las cruces á la derecha del frac. Nadie se ria, porque es verdad y vamos á decir cuando fué. Hubo una época en que era tal la influencia de Pareja en Granada, que hubiera podido envidiar su inmenso poder el capitan gene-

ral de una provincia declarada en estado de sitio. Todos, hasta los santos, se hallaban sometidos á sus caprichos. Antojósele que la procesion de la Vírgen de las Angustias, patrona de Granada, contra una costumbre inmemorial fuese por un puesto llamado el Triunfo, sin mas objeto que obligarla á pasar por delante de su casa, y la Vírgen de las Angustias no tuvo mas remedio que hacer lo que Pareja queria, y seguramente no quiso por una friolera que no vale la pena indisponerse con un personaje de la catadura de Pareja. En medio de todo tuvo Pareja la atencion de recibir á la Vírgen en traje de gala, empavesado como una Real en el dia del cumpleaños de S. M., lleno de peregiles y zarandajas y cruces que parecia una tienda de quincalla; pero es lo cierto que por ignorancia ó descuido se puso las cruces á la derecha, en lo que la Vírgen probablemente no fijó su atencion, pues si la hubiese fijado se hubiera reido lo mismo que todos los demas que fueron testigos de una barbaridad tan insigne. No es admirable que el que tiene suficiente poder para invertir el órden de una procesion y alterar el itinerario de una Vírgen, lo tenga tambien para hacerse superior á la rutina de llevar las cruces á la izquierda. En algo habia de diferenciarse Pareja de los demas que llevan cruces. Peor hubiera sido que se las hubiese colgado de la barriga ó de la espalda.

En la actualidad, despues de haber charlado tanto y haber sido tan *pogresista*, Pareja es tan mode-

rado como si nunca hubiese sido otra cosa, como si no hubiese firmado á fuer de regidor una esposicion que dirigió á S. M. el ayuntamiento constitucional de Granada en 1839, pidiendo la disolucion de las córtes moderadas, calificadas bajo la firma de Pareja con términos los mas duros. «El luto, la desolacion y la muerte, dice la esposicion, amenazan de cerca á todos los pueblos de esta infeliz monarquía, en premio de sus eminentes esfuerzos por reconquistar su libertad y defender el trono de su idolatrada Reina. Pero su única esperanza de salvacion la ven cifrada en la pronta reunion de los cuerpos colegisladores, compuestos de representantes emanados de su libre eleccion y propuesta, que se ocupen de la cuestion vital para la nacion, que satisfagan la verdadera opinion pública y no se distraigan en la estraviada senda de las pasiones y los partidos.» No puede ser mas esplícita la esposicion que como regidor segundo firma José Pareja Martos. Para que los pueblos todos de la monarquía no sucumban, es menester que se reunan nuevas córtes que representen la verdadera opinion del pais, lo que equivale á decir que las córtes cuya disolucion se deseaba y pedia no la representaban, y precisamente eran córtes compuestas de los principales corifeos del partido á que hoy pertenece el carretero antes demócrata. Entre otras cosas dice de los moderados que son hombres cuyos funestos ensayos han lacerado el corazon de la patria, dice de ellos que no han comprendido el im-

portante objeto de su mision como diputados, que la mayoría moderada de las córtes no habia sido producto de una eleccion espontánea y legal, ni estaba en armonía con los consejeros de la corona, y otra porcion de lindezas que prueban que no sabia lo que firmaba ó que era uno de los mas exaltados progresistas que han echado los bofes en plazas y calles desde que hay progresistas en el mundo. ¡Y ahora es moderado! Buen provecho les haga á los moderados un hombre como Pareja.

D. MARIANO ROCA DE TOGORES.

Don Mariano Roca de Togores es lo que se llama vulgarmente un hombre cargante. Hasta ahora no sabemos por qué es cargante, pero es cargante. Cuando es cargante, motivos ha de haber para que lo sea, y estos motivos procuraremos investigarlos en este artículo que no tiene otro objeto que darnos la razon de por qué es cargante D. Mariano Roca de Togores.

Antes de resolvernos á juzgar al actual ministro de Marina, hemos procurado examinar si la impresion que produce en nosotros es general, ó si es hija solamente de esas antipatías instintivas, de esas aversiones innatas que se sienten y no se esplican, y que por lo comun quedan reducidas á uno ó dos individuos sin que la generalidad las esperimente.

Hombres hay que para unos son antipáticos y para otros son simpáticos, decimos mal que hay hombres que se encuentran en este caso, pues en este caso se encuentran casi todos. Lo escepcional es hallar un individuo simpático ó antipático para la generalidad. Conocemos nosotros á un sugeto con quien simpatizamos y simpatizan todos los que le conocen aunque no sea mas que de vista, y nótese que nosotros simpatizamos con él sin que entre él y nosotros haya la mas mínima analogía, ni en la figura, ni en la opinion, ni en la posicion, ni en el carácter. Es lo mas singular que esta simpatía es recíproca. Por lo demas él es flaco y bastante bien parecido, y nosotros gordos y feos; él es amante del trono y aristócrata aunque sin petulancia, y nosotros amantes del pueblo y demócratas hasta con orgullo; él es militar y nosotros paisanos; él es flemático, fino y tolerante, tiene esas maneras de la gente de alto copete que revelan que es bien nacido, aunque sin la mas pequeña afectacion, y nosotros somos irascibles, ásperos, inexorables y tenemos esos modales toscos, propios de la gente de nuestro pais, y particularmente de la que en nuestro pais profesa nuestras opiniones. En lo único que nos parecemos es en estar dispuestos siempre á burlarnos de cualquiera que se nos ponga á tiro; disparamos un sarcasmo al mas pintado, al tonto porque es tonto, al sabio porque es sabio, al raquítico porque es raquítico y al buen mozo porque es buen

mozo. Ni el ser amigo nuestro le libra á nadie de nuestras murmuraciones. Sin embargo, el hombre simpático es mucho mas hábil que nosotros en eso de dar vaya. Sabe llevar la broma y la incomodidad de la víctima á un punto del cual no pasa; sus chistes son del mejor género y jamas sale de su boca una palabra disonante. Consigue divertirse á costa de otro sin hacerse jamas odioso. Nosotros, al contrario, tenemos algo de Pidal; queremos cargar á otro y nosotros mismos salimos cargados. Somos demasiado pesados, demasiado moscas; volvemos siempre á lo mismo, y cuando vemos al que es objeto de nuestras pullas llegar á un alto grado de reaccion, en lugar de procurar aplacarle y de callar ó tocar retirada, apuramos cuantas ocurrencias nos sugiere nuestro genio naturalmente burlon para acabarle de exasperar. No damos cuartel, y desgraciadamente la incomodidad misma de la víctima aguza nuestro ingenio, aumenta nuestra verbosidad y nos vuelve hasta epigramáticos. Y cuando se nos ocurre una espresion feliz ó epigramática, no nos sabemos abstener de decirla, sacrificándolo todo á los aplausos de la concurrencia que la celebra. Despues lo sentimos; en nuestras bromas no hay ninguna intencion: quisiéramos gozar del raro privilegio de hablar mal de todo el mundo sin indisponernos con nadie.

Repetimos que ese hombre con quien simpatizamos en nada se parece á nosotros. Si hubiese

diferencia en el sexo, por la ley del contraste nos esplicaríamos sicológicamente esta simpatía. Se ha notado que los hombres altos buscan mugeres bajas y vice-versa; las hermosas se enamoran de los feos; las ricas de los pobres; las flacas de los obesos. La naturaleza estableció semejantes simpatías para que el tipo humano no perdiese su regularidad. ¿Pero por qué nosotros hombres gordos hemos de simpatizar con un hombre flaco? ¿Por qué nosotros demócratas hemos de simpatizar con un monárquico? ¿Por qué nosotros hombres de genio violento hemos de simpatizar con un hombre que lo tiene apacible? Que nosotros simpaticemos con el sugeto cuyas prendas hemos dado á conocer someramente nada tiene de particular, porque al cabo ese sugeto es, como hemos dicho, simpático, y nadie le trata sin quererle; lo que nos admira es que él simpatice con nosotros, que casi casi somos tan cargantes como Roca de Togores. Pocos hombres hay tan generalmente antipáticos como nosotros. Nadie que pueda dañarnos impunemente deja de hacerlo. Para que una comedia nuestra se represente, tenga un éxito regular y un editor nos la tome, necesita ser al menos la mitad mejor que la de otro. A Breton de los Herreros, por egemplo, le carga hasta nuestro nombre, de suerte que nada mas que porque nuestro apellido no le sonó bien, tuvo un empeño singular en que se nos rehusase una comedia, y como es natural se salió con la suya. Nosotros, á pesar de

su falta de caridad no le queremos mal, y es uno de los pocos cuyo mérito literario nos complacemos en reconocer. Si jugamos al tresillo, los mirones se complacen en los codillos que recibimos como si nos los diesen ellos. Si jugamos al villar, se lee una satisfaccion general en el rostro de todos los circunstantes cuando echamos palos en seco. Afortunadamente para nosotros esto sucede pocas veces: en el juego del hombre sabemos donde tenemos la mano derecha, y en el del villar donde tenemos la izquierda, que es la que mas nos interesa porque somos zurdos. No se nos da un codillo sino con su cuenta y razon, y cuando cogemos el taco, necesidad tiene nuestro adversario para derrotarnos de sacar las uñas. Generalmente ganamos, y como nada sienten tanto los que nos ven jugar como que nosotros ganemos, ponen todos unas caras tan largas que no parece sino que son ellos los que pagan por nuestro contrario. En ninguna parte somos tan impopulares como en el villar que frecuentamos principalmente, donde se reunen una infinidad de personages viejos, de esos que sacan pretesto de cualquier cosa para contar la historia de la guerra de la Independencia al que menos gana tiene de oirla, los cuales convierten la pieza en que nosotros solemos jugar en un respetable senado. Uno de los que juegan con nosotros es un contemporáneo de los mirones, y tiene tantas simpatías entre estos como nosotros antipatías. Cuando hace un golpe, aunque no

sea de gran mérito, se miran los unos á los otros con cierta satisfaccion; aplauden todos sin poderse contener; toman por causa propia la causa de su compañero de braguero y suspensorios, y creen ver en su triunfo el triunfo de la ancianidad sobre la juventud, el del pasado sobre el presente. Nada entusiasma tanto á los viejos como ver á un jóven derrotado por uno de ellos. Todo lo atribuyen á la superioridad de sus buenos tiempos. «¡Qué bien se jugaba al villar cuando nosotros eramos jóvenes! dicen ponderando las antiguas glorias españolas. ¿Donde hay ahora un Toriño, un Alguacil y otros que hacian lo que querian? Si uno de esos resucitase, Espino se meteria debajo de la mesa.» Por supuesto cuando nosotros sacamos un golpe, sobre todo si jugamos con el viejo, dicen que es chiripa, y cuando no lo hacemos que es chambonada. Inútil es pedir una bola dudosa, porque ya sabemos que hasta los que estan roncando en un rincon la han de condenar contra nosotros. El mozo es tambien de la mayoría; siempre que se equivoca en el tanteo se equivoca contra nosotros. Pero, en fin, si de semejante aversion fuésemos solo víctimas en el villar á que habitualmente concurrimos, nos la esplicaríamos fácilmente por medio de la edad; mas es el caso que en todos los villares de Madrid y de fuera de Madrid, y hasta de fuera de España y hasta de fuera de Europa, hemos notado antipatías análogas, y lo que decimos del juego del villar lo podemos decir de todo lo demas, lo que

prueba que somos esencialmente antipáticos, ó lo que es lo mismo, eminentemente cargantes. Pues bien, Roca de Togores es un hombre cargante como nosotros. Hemos preguntado indistintamente á moderados, á progresistas, á carlistas, á hombres en fin de todas las opiniones qué les parece Roca de Togores, y todos nos han contestado que es cargante.—Hombre, no tiene mala figura.—Mala figura no tiene, pero es cargante.—No es un hombre malo.—Malo no es, pero es cargante.—No le falta talento.—Talento no le falta, pero es cargante.—No se produce mal.—Mal no se produce, pero es cargante.—No hace malos versos.—Malos versos no hace, pero es cargante.—No es de mala familia.—De familia mala no es, pero es cargante.—No es pobre.—Pobre no es, pero es cargante.

Y todos dicen lo mismo; todos dicen que es cargante, y nadie dice por qué es cargante.—¿Pero por qué es cargante?—No lo sé; pero me carga; me carga sin poderlo remediar, me carga porque me carga.

No, eso no puede quedar asi; es preciso saber por qué Roca de Togores es cargante. Roca de Togores no es feo, Roca de Togores no es malo, Roca de Togores no es un imbécil, y sin embargo Roca de Togores es cargante, nos carga á nosotros, y como á nosotros carga á muchos otros. Es cargante, pero muy cargante. Sepamos por qué es cargante.

¿Es cargante porque es moderado? No, porque carga á los moderados tambien.

El diablo nos lleve si no sabemos por qué es cargante Roca de Togores. Hemos puesto el dedo en la llaga, como suele decirse; ya el enigma está descifrado. Roca de Togores es cargante porque es el hombre que tiene los deseos de figurar y de mangonear mas cargantes que hay en el mundo. ¿Hay una junta electoral? Allá está Roca de Togores que toma la palabra. ¿Hay un besamanos? Roca de Togores está en el besamanos, agitándose, hirviendo, faroleando en medio de millares de uniformes. ¿Cataldi dá una sesion de improvisaciones? No falta á su lado Roca de Togores, dándole asuntos y piés forzados. ¿Hay afluencia de gente en alguna parte? No falta allí Roca de Togores haciendo para singularizarse alguna de las suyas. Poco tiempo antes de ser por primera vez nombrado ministro se paseaba por Orihuela cargado con dos ó tres sombrillas y dos ó tres manteletas de otras tantas señoritas á quienes requebraba en verso y prosa. Roca de Togores está en todas partes, y en todas partes pugna para hacerse visible. Todo lo que hace, todo lo que dice tiene nada mas que un objeto, llamar la atencion. Siendo diputado procura singularizarse, ya que no hablando mucho, moviéndose como una ardilla alrededor de la mesa, entrando en conversacion ya con uno, ya con otro, generalmente con las notabilidades parlamentarias, y todo para que las señoras le contemplen desde la tribuna y digan: Roca de Togores está hablando con Martinez de la

Rosa, ó con Burgos, ó con cualquiera de los que pasan por las primeras espadas en aquella plaza famosa donde mas de una vez el pueblo hace de toro, y le corren, y le abanderillean, y le matan con no tanto arte como el Chiclanero. Siendo ministro, ó para que se hable de él pone cada dia su firma al pié de un decreto, como la primera vez que lo fué, ó para que se hable de él no hace nada absolutamente como está sucediendo ahora. Algunas veces el no hacer nada dá tambien cierta importancia. ¿Qué hace Roca de Togores que no hace nada? preguntan los que leen todos los dias la *Gaceta*, y no haciendo nada hace de este modo que hablen de él aunque no sea mas que para que le echen de menos. Ya se ve, la otra vez que fué ministro hizo tantas cosas que ahora su inaccion escita la curiosidad. Precisamente es lo que quiere Roca de Togores. ¡Quién no le ha visto en una de las últimas sesiones con una tira de oro en el pantalon! Un periódico la dió en decir que aquella tira era un pedazo del galon que sobró de la casulla que tenia dispuesta para cantar misa. ¡Esta es otra! Hace pocos dias circuló como muy valedera la noticia de que D. Mariano Roca de Togores se habia hecho cura; varios periódicos de la corte la publicaron, y hasta ahora nadie la ha desmentido. Cuando todos esperábamos que se nos diesen algunos detalles acerca de la religiosa ceremonia, y en todos los círculos se preguntaban los motivos que podia haber tenido el Sr. Roca para

retirarse del mundo, leimos en la *Gaceta* que el encopetado autor de *Doña María de Molina* acababa de ser nombrado por S. M. ministro de Marina. Si bien se considera, el ministerio de Marina es tambien un retiro del mundo, pues las ocupaciones que dá este ministerio al que lo tiene á su cargo en una nacion como la nuestra que carece de marina, no le impiden permanecer apartado de los negocios y pasar todo el dia leyendo el breviario. El ministerio de Marina es un ministerio de puro lujo, no llega á ser un simulacro; lo hay en España para que no se diga, porque lo hay en otras partes, y la España quiere hacer bien ó mal todo lo que hacen las demas naciones de que es eco y copia. Dicen que no hay peor pobre que el que ha sido rico, y este dicho puede aplicarse á las naciones como á los individuos. A España no le queda de su antiguo poder mas que la costumbre de echar bravatas y blasonar de su grandeza. Todavía hablamos de América como si no hubiese habido una batalla en Ayacucho, y de marina como si no hubiese habido un combate en Trafalgar. ¿Qué nos queda de América? El lujo y los vicios creados por el oro de que venian cargados los bajeles procedentes de América cuando teníamos América y teníamos bajeles. ¿Qué nos queda de América? Hemos perdido el territorio y nos hemos quedado con la sífilis. Bien dice Breton de los Herreros:

«Que si antes de descubrirse
«el americano golfo
«el pecado original
«era, aunque grave, uno solo,
«¡hoy son dos... y vive Cristo
«que hizo España buen negocio
«quedándose con la peste
«y perdiendo el territorio!»

Pero España con su actual pobreza y con su gálico por añadidura, está bailando de contento solo al poderse llamar ex-reina de dos mundos. ¿Qué nos queda del continente americano? Ya lo hemos dicho, el venéreo. ¿Y de nuestra marina, qué nos queda? Nos queda el ministerio de Marina. Nos hemos acostumbrado á pasarnos sin marina, pero sin ministerio de Marina no nos sabríamos pasar. Estamos por decir que no nos sabríamos pasar sin el gálico. ¡Qué país!

Como no hay marina, el ministro de Marina no tiene mas que hacer que llamarse ministro y cobrar el sueldo de tal. Para esto no se necesita saber distinguir un bergantin de un falucho, ni una fragata de una lancha. Así es que para ministro de Marina es nombrado cualquiera á quien se trata de favorecer con un crecido sueldo. Por supuesto, Roca de Togores entiende de marina mucho menos que nosotros. No sabe lo que es batahola, ni babor, ni

estribor, ni cangreja, ni botalon, ni estai, ni flechaste, ni ala, ni arrastradera, ni foque, ni juanete, ni mayor, ni gabia, ni velacho. ¿De dónde le ha de venir el saberlo no habiendo ciencia infusa? ¿Y qué mas dá que lo sepa ó no lo sepa? Es un ministro de Marina sin marina, que es lo mismo que decir un médico sin enfermos, un abogado sin pleitos, un músico sin instrumento. El ministerio de Marina en España es un título honorífico con sueldo que lo puede obtener cualquiera como se obtiene una cruz.

Para acabar de hacerse cargante no necesitaba mas Roca de Togores que ser ministro de Marina. ¿Pero cómo demonios ha admitido este cargo, cuando ya se habia hecho tan pública su vocacion de cura? ¿Será que para hacer mas ruidosa la transformacion, para mejor parodiar al emperador Cárlos V, que pasó desde el trono á la celda, quiera él pasar al altar desde uno de los puntos mas culminantes del Estado? ¿O será que todo lo que se ha dicho acerca de su conversion haya sido un rumor que él mismo hizo circular para que se hablase de él? ¿O será acaso que su propósito de meterse cura haya sido como el propósito de esos mozalvetes que para vengarse de los desdenes de una Dulcinea, la amenazan con atracarse de fósforos, con tirarse al Canal de patas ó con levantarse de un pistoletazo la tapa de los sesos, y luego, cuando llega el terrible momento de la egecucion, el olor de los fósforos les ofende, ó temen que

el agua del Canal esté fria, ó que sea demasiado desapacible el tiro de una pistola? ¿Acaso se siente todavía demasiado pegado á las cosas mundanas y no es bastante fuerte para romper los vínculos que le unen á la carne? ¡Profundo misterio! No es de creer que la silla ministerial tenga para él tantos atractivos que haya sacrificado á la gloria de volver á sentarse en ella, la gloria no menos ruidosa y sobre todo mas duradera que le resultaria de consagrarse esclusivamente á Dios.

Francamente, nosotros que creemos que Roca de Togores tiene en su amor propio el móvil de todas sus acciones, no acertamos á esplicarnos su imprevista vocacion de cura sino atribuyéndola á sus insaciables deseos de que se hable mucho de él. No es uno de esos á quienes la sociedad ha tratado tan mal que les convierte en misántropos. ¿Qué mal le ha hecho el mundo? Jóven aun, ha gozado bien ó mal adquirida de regular reputacion en la república de las letras. Jóven aun, ha sido diputado y ministro, se ha hombreado con las primeras notabilidades literarias y ha tratado de igual á igual con los personages mas distinguidos de la España contemporánea. ¿Qué mas quiere? *Nemo sua sorte contentus.* Ha tenido la fortuna de nacer en España, que para él y otros pocos es una ventura incomparable, asi como para la generalidad es el mayor de los infortunios. ¿En qué pais del mundo hubiera llegado Roca de Togores á ser ministro? ¡Cuántos que en

España tienen fama de grandes hombres y han ocupado los primeros puestos, si hubiesen nacido en otro pais vegetarian en la oscuridad ignorados de todo el mundo! Y cuenta que Roca de Togores no es de los que han dado menos pruebas de inteligencia en los altos destinos que ha desempeñado. Otros ha habido que mas que Roca de Togores tienen que dar gracias á su madre por haberles echado al mundo en esta tierra de los *vice-versas*, en que Gonzalez Brabo tiene coche y el pundonoroso Solis murió en el cadalso. ¿Qué seria en Francia el mismo Martinez de la Rosa? ¿Se oiria su lira al lado de la de Lamartine? ¿Sonaria su voz junto á la de Odilon Barrot? ¿Seria tenido por sabio donde hay un Arago? ¿Tendria fama de hombre de parlamento donde está un Thiers? ¿Pasaria por poeta dramático donde están un Dumas y un Scribe? ¿Se le juzgaria hombre de estado donde figura apenas M. Guizot? Si Martinez de la Rosa hubiese nacido en Francia sabria mil veces mas de lo que sabe, y sin embargo nadie le conoceria. Ha nacido en España y ha nacido en buena época, y á esto debe toda su reputacion. Pero si algunos deben estar agradecidos á la casualidad de ser españoles, ¡cuántos son los que á esta misma casualidad deben los mayores infortunios! Esceptuando dos ó trescientas personas, ¿qué deben á su patria los demas españoles? Nosotros, sin ir mas lejos, ¿de qué beneficio somos deudores á nuestra patria? Mas oscurecidos de lo que estamos aqui, no podria-

mos estarlo en ningun otro pais del mundo, y es seguro que en ningun otro pais del mundo se nos hubiera perseguido tanto como en este. Sobre todo en cualquier otro pais del mundo no tendríamos la desgracia de ver encima de nosotros hombres que valen tan poco como nosotros. En Francia nosotros no seríamos ministros, pero Sartorius tampoco; no seríamos diputados, pero tampoco lo seria Pareja; no seríamos tenidos por literatos, pero tampóco serian tenidos por tales los que constituyen las nueve décimas partes de los que por tales son tenidos; no seríamos nada absolutamente, pero nada absolutamente serian muchísimos de los que son algo valiendo menos que nosotros. En Francia no daríamos en ningun Ateneo lecciones de literatura dramática, pero tampoco las daria Cañete, quien no adivinamos qué diablos se ha propuesto con sus lecciones. Nadie puede enseñar á otro mas que lo que él sabe; y si Cañete enseña á sus discípulos á hacer dramas como los suyos, que es lo mas á que puede aspirar, sin duda alguna lo que quiere es crearse compañeros que le ayuden á sobrellevar las silbas. ¡Treinta y cuatro años hace que somos españoles! ¡Treinta y cuatro años! ¡qué pesadez! Ya hemos perdido hasta la esperanza de dejar de serlo. ¿Es decir que estamos condenados á ser españoles toda la vida? Francamente, por mas que España sea la patria del Cid, por mas que se haya llamado la reina de dos mundos, á pesar de la batalla de Bailen, del com-

bate de Lepanto, de la Alhambra de Granada, de las ricas aceitunas sevillanas; á pesar de su dos de Mayo, de su Numancia, de su Sagunto y de todas sus gloriosas tradiciones; á pesar de su armonioso idioma y á pesar tambien de todas sus maravillas naturales y artísticas, sentimos ser españoles, y maldito lo que nos importaria haber nacido en otra parte donde en la vida hubiésemos oido hablar de Pelayo ni de las osadas carabelas que partieron al descubrimiento de un nuevo mundo. ¿A quién no cansan treinta y cuatro años de ser español? Y lo peor es que somos buenos españoles, que á lo mejor tenemos arranques patrióticos, y nos llamamos hijos del Cid, y echamos bravatas á los estrangeros, y les desafiamos, y decimos que son bárbaros, y nos burlamos de ellos porque no tienen corridas de toros, en fin hacemos de buena fe lo mismo que hacen nuestros compatriotas. Pero cuando reflexionamos con calma acerca de la España y descendemos luego á reflexionar acerca de nosotros mismos, al hallarnos españoles se egerce en nuestro ánimo una reaccion tan antipatriótica que trasciende á todas las fibras de nuestro cuerpo. Hombres como nosotros, españoles á pesar suyo, que tan poco deben á la sociedad y que tan poco de ella esperan, tienen motivos sobrados para meterse á curas, y apartarse del mundo, y desde un rincon de la sacristia contemplar lo que pasa en España como los toros desde la barrera. ¿Qué vamos nosotros á buscar en medio

de las tempestades de la patria donde es indispensable que naufrague la conciencia del hombre de bien, ó que naufraguen su fortuna y su porvenir? Ya sabemos que para subir es menester desprenderse de la conciencia como se desprende del lastre un areonauta. Hoy las famosas palabras de Francisco I carecen de sentido; hoy se dice: todo se ha salvado menos el honor. Nosotros, sin embargo, es el honor lo único que nos hemos propuesto salvar en la lucha, y como el diablo no nos haga mudar de resolucion y no nos lleve por un camino distinto del que seguimos desde que tenemos uso de razon, fácil nos es deducir de lo que ha sido de nosotros lo que será en lo sucesivo. ¿Qué debemos hasta ahora á la patria mas que vejaciones, persecuciones é injusticias? Pues injusticias, persecuciones y vejaciones le deberemos en lo sucesivo; lo sabemos, y no obstante no nos metemos curas. ¡Y ha querido ó quiere meterse cura un Roca de Togores! Es menester sacárselo de la cabeza; un jóven de tan grandes esperanzas, tan mimado de la suerte, tan halagado de la fortuna, no debe abandonar un campo en que todavía su amor propio no ha sufrido ninguna derrota. No se encuentra ya en la edad de los primeros amores en que mas de cuatro hacen la calaverada de sentar plaza de soldados ó de frailes para vengarse en sí mismos de una dama que les ha dado calabazas. Roca de Togores es viudo, y un viudo digiere las calabazas mejor que un mozalvete. Una

calabaza era la única esplicacion que admitia la determinacion imprevista del actual ministro de Marina, y esta esplicacion no la consideramos suficiente. Preciso es atenernos á la causa que hemos insinuado antes. Si Roca de Togores trueca en sombrero de teja el sombrero redondo, es que ve en la carrera clerical un poderoso motivo para que se hable mucho de él. ¿Acaso el alto concepto que tiene formado de sí mismo le ha hecho fijar codiciosamente la vista en la tiara? ¿Aspira á suceder á Pio IX?

Atribúyase á lo que se quiera la resolucion del Sr. Roca de Togores, esta resolucion le acaba de hacer cargante, porque en último resultado no puede achacarse mas que al prurito que tiene Roca de Togores de que se hable de él, y precisamente á este prurito debe el ser tan cargante. ¡Oh! lo es en grado superlativo. Es uno de esos hombres que venden proteccion á todos los que le rodean, y ofrece destinos á todo el mundo como si tuviese los bolsillos llenos de nombramientos ó tuviese en su casa un almacen de empleos de repuesto. En Murcia, donde la plaga de turroneros es muy abundante, Roca de Togores estaba rodeado incesantemente de una multitud hambrienta que recogia como el maná las promesas que salian de sus labios á borbotones. Se le ocurrió salir diputado por aquella provincia, y uniendo á su afan de pasar por hombre influyente el de triunfar en el palenque electoral, empezó á ofrecer destinos á trochimoche para conquistarse votos que

contrabalanceasen los del candidato rival que era verdaderamente el del gobierno. Progresistas, carlistas y hasta muchos moderados votaron á Roca de Togores que ofrecia turron á todos en recompensa de sus sufragios. El resultado fué que el gobierno quedó derrotado, y Roca de Togores elegido por una inmensa mayoría. Ya todos lo que le habian dado su voto, apenas vieron el resultado del escrutinio, creyeron tener en casa el nombramiento. Á cual le habia ofrecido una intendencia, á cual una gefatura; al uno un destino en Hacienda, al otro un destino en Gracia y Justicia. Haciéndose el tolerante, como hacen siempre los moderados cuando para algo necesitan á los que no pertenecen á su comunion, decia á todos los que le hablaban que las opiniones no eran obstáculo para alcanzar sus pretensiones, que él no atendia mas que al mérito, y este mérito afectaba reconocerlo en todos los que le hablaban.—Yo quiero un destino, le dijo cierto sugeto que no queremos nombrar.—¿Qué destino quiere V? le preguntó Roca de Togores —Un destino.—¿Pero de qué clase, de qué categoría?..—De cualquiera. —¿Lo quiere V. en Hacienda, en Gobernacion, en Guerra y Marina?..—En cualquier parte.—Es decir que es V. práctico en todos los ramos, y por eso todos le son indiferentes.—No señor, me son indiferentes todos, porque no soy práctico en ninguno. —Corriente; V. me gusta porque no limita V. sus pretensiones á un obgeto determinado; de este

modo es mas fácil complacerle á V. Otros determinan el destino que quieren, y eso es una atrocidad. Hay gefatura política que la he ofrecido ya á catorce.

Roca de Togores se vino á Madrid, y le acompañaron hasta que tomó la posta millones de pretendientes recordándole sus ofrecimientos. Muchos se vinieron á la corte y se le colgaron de la oreja como alanos, sin dejarle á sol ni á sombra.—Quiero el destino que me ofreció V.—Bien, hombre, tenga V. paciencia.—No puedo tenerla; he gastado en el viage cuanto tenia; si me falta V. á su palabra, no tengo mas recurso que morirme de hambre.—No haga V. semejante disparate; cuando Dios dá, para todos dá.

Lo cierto es que cansados de recordarle sus promesas, los que tuvieron la debilidad de creer en ellas se quedaron todos con un palmo de narices, y los que cometieron la barbaridad insigne de venirse á Madrid para lograr con mas facilidad su obgeto, tuvieron que volverse rabo entre piernas, maldiciendo á Roca de Togores y jurando por Dios y por los santos no volverle á dar su voto. El caso es que Roca de Togores se hallaba en muy buena posicion para favorecer á quien le hubiese dado la gana, pues apenas llegó á Madrid le hicieron ministro de Instruccion pública, ó de destruccion pública, como dice la gente bárbara, que no sabe hablar ni le hace falta. Pero nada; para alcanzar el ministerio gastó

sin duda todas las influencias que se reservaba para otros, y todos los empleomaniacos que habian depositado en él su confianza se quedaron, como suele decirse, á la luna de Valencia.

Fuese falta de voluntad ó falta de poder lo que le impidió dar cumplimiento á las promesas con que halagó á los electores para que diesen el triunfo á su candidatura, Roca de Togores dejó sembrados en Murcia muchos resentimientos; en aquella provincia se le acusa de olvidadizo, de ingrato y hasta de falso, y en su interior protestan contra el sufragio con que le honraron. ¡Pobres turroneros! Ellos tienen razon en decir que nadie debe prometer lo que despues no ha de querer ó no ha de poder cumplir. ¿Pero cómo les sorprende en estos tiempos la falta de fé? ¿No saben los muy pacatos que el partido á que el Sr. Roca de Togores pertenece está compuesto casi en su totalidad de personas que para lograr su obgeto ofrecen cuanto hay que ofrecer, y despues que lo han logrado, si te he visto no me acuerdo? Las promesas de un moderado merecen tanto crédito como los programas de un gobierno salido de su partido. No es esto decir que los murcianos no tengan ahora un motivo mas que antes para calificar al actual ministro de Marina de hombre cargante.

Ni es estraño que el Sr. Roca haya olvidado á sus favorecedores cuando, segun parece, se ha indispuesto hasta con las musas. Las musas debian ser su verdadera consorte y no la política. Sin em-

bargo, se ha amancebado con esta, y ha dejado en un completo abandono á su muger legítima. Semejante divorcio es injustificable y prueba un pésimo gusto. La política no es tan bella como las musas, y mucho debe haberse resentido el amor propio de estas viendo que uno de sus mas afectuosos consortes las ha repudiado y las ha pospuesto á una cosa tan fea como es la política, y sobre todo la política de los moderados. La lira del Sr. Roca ha enmudecido y lo sentimos, porque no dejaba de producir algunos sonidos agradables. Tenemos idea de haber leido un soneto del Sr. Roca dedicado á Doña María Cristina, que es sin duda alguna una de las flores mas bellas y mas perfectas de nuestro Parnaso, el soneto, se entiende. ¿Por qué ha preferido Roca de Togores la gloria que nunca podrá conseguir de hombre de estado á la corona de poeta que tenia ya casi labrada? Ciertamente, deseamos que vista los hábitos sagrados para que se aparte de la política y vuelva de nuevo á pulsar la lira, susceptible de dar tonos parecidos á los del harpa de Sion. Retirado del mundo, pensando nada mas que en Dios, acaso le cante algun dia como le ha cantado Arolas.

Le aconsejamos, sin embargo, que abandone la literatura dramática, ó por mejor decir que no vuelva á cultivarla. Sus dramas, á pesar de sus buenos versos, carecen de interes, son pesados, son, como su autor, cargantes. Dos dramas suyos conocemos, *Doña María de Molina* y *La espada de un*

caballero. El primero es un drama de plomo, sin movimiento, sin accion, sin peripecias, un drama en que las figuras no se mueven; parece obra de escultor. Su buena versificacion no permite silbar pero no impide dormir. Se representó en un teatro de provincia, y los espectadores la dieron en llamarle *Doña María del Molino*, porque les molió á todos. *La espada de un caballero* es de otro género. Este no hace dormir, pero hace silbar. *El Heraldo*, empeñado en juzgarlo favorablemente, dice de él entre otras cosas que alguno de los caracteres es exagerado, y que el argumento es sencillo y poco nuevo. Cuando un periódico moderado habla asi de un autor moderado, ya sabemos lo que quiere decir. En este caso el que lee la crítica, que es siempre favorablemente apasionada porque la dicta el espíritu de partido, interpreta las palabras y les dá no el valor que tienen, sino el valor que el crítico no las ha querido dar. Un buen juicio deduce muchas veces de lo que se calla lo que pudiera y debiera decirse. Si *El Heraldo*, que mas bien que juez imparcial en materias literarias, es apologista nato de los escritores moderados y censor inexorable de los progresistas, dice del drama de Togores que los caracteres son exagerados, bien puede asegurarse que son inverosímiles y hasta imposibles; si dice que el argumento es sencillo, no se dude que el argumento es poco ingenioso, ó mejor que el drama carece de argumento; si dice que es poco nuevo, significa que

es vulgar, trillado, manoseado, es decir que es muy viejo. *El Heraldo* por no decir muy viejo dice poco nuevo; asi como los cortos de vista por no decir que ven poco dicen que no ven mucho. Asi, pues, *La espada de un caballero*, no habiéndose hecho acreedora á los elogios absolutos de *El Heraldo*, es decir á elogios no rectificados por censura de ninguna especie, precisamente ha de valer muy poco. Muy poco vale en efecto, y necesitó toda la indulgencia del público para no naufragar en un temporal de silbidos.

Aconsejamos, pues, al Sr. Roca que si no tiene un interes particular en acabar de hacerse cargante, abandone la literatura dramática, á cuyo cultivo no le han llamado seguramente sus especiales talentos. Siga cultivando ó vuelva á cultivar de nuevo la poesía lírica, ya que esto puede hacerlo con mucho mejor éxito. Y sobre todo si quiere disminuir considerablemente la alta dósis que tiene de cargante, abandone enteramente el palenque político, en el cual, aun siendo ministro, no hace mas que servir de escudero á Mon y Pidal, cuya política funesta representa en el actual gabinete.

Tampoco creemos que Roca de Togores haga mucha falta en el parlamento. Los padres de la patria, es decir los abuelos de los españoles, porque los españoles llaman madre á la patria y de consiguiente son sus abuelos los padres de su madre, se pasarian sin Roca de Togores perfectísimamente. No por estar

ó dejar de estar Roca en el Congreso serian las sesiones mas ni menos animadas. El acaso piense de otro modo; acaso él piense que hace falta en todas partes cuando en todas partes sobra; se nos figura que Roca de Togores es de esos hombres que dejándose alucinar por la ilusion óptica que produce el horizonte visible, creen ocupar en todas partes el centro de la tierra. Desengáñese el ministro de Marina; su persona en nada influye en el presente ni en el porvenir, y aunque él deje de ser diputado no por eso se cerrarán las cámaras, se disolverán las córtes, ni dejará de haber sistema representativo. Cuando mas bulla metia en el parlamento, mas de cuatro preguntaron si era diputado, y mas de cuatro respondieron que no lo sabian.

Roca de Togores es ministro en nuestro concepto contra la voluntad de Narvaez que preside el ministerio, es el representante cargante del sistema mas cargante y de la mas cargante fraccion del partido moderado, y esto probaríamos con datos irrecusables, si no temiésemos cargar demasiado á nuestros lectores, ocupándoles por mas tiempo con personas y cosas harto cargantes.

DON ALEJANDRO OLIVAN.

Son tantos los que durante el famoso trienio comprendido desde el 1820 al 1823 marchaban rápidamente por la senda de la libertad, y ahora echándola de moderados son casi tan serviles como un bacin, que cuando recordamos la desastrosa suerte de los innumerables mártires que caida la Constitucion espiaron su liberalismo en presidios, mazmorras y cadalsos, nos hallamos bien perplejos para resolver si las sangrientas catástrofes que tuvieron lugar mientras duró la reaccion realista de la ominosa década fueron favorables ó contrarias á la causa y al porvenir del pueblo. ¡Cuántos de los que pudieron milagrosamente salvar su pellejo de las garras del absolutismo son hoy tan absolutistas como los mismos que les persiguieron, y si bien se cubren el rostro con

la careta constitucional, hacen buenas migas con los que fueron sus verdugos! ¡Cuántos de los perseguidos por los absolutistas se han hecho hoy perseguidores de los liberales! Muchos que conservan todavía en los tobillos la huella de las cadenas que arrastraron en Ceuta ó en Melilla, de buena gana mandarian á Melilla ó á Ceuta á todos los que piensan hoy del modo que pensaban ellos entonces. No pocos de esos oficiales á quienes se dió la absoluta por haber militado á fuer de liberales en el ejército de Mina ó de Riego, que haraposos y desnudos pedian un bocado de pan de puerta en puerta, ó se refugiaban en un villar donde mataban las horas roncando en un rincon, han adquirido grados sobre grados, y petulantes como si nunca hubiesen sido pobres, miran al pueblo con desprecio y con horror la libertad. Alguno que debió mezclar su sangre con la de Torrijos para aumentar la asquerosa charca en que el general Moreno satisfacia su horrible sed, hoy favorece los proyectos liberticidas de hombres tan feroces y tan absolutistas como el mismo general Moreno. ¡Quién sabe si el mismo Torrijos, si el mismo Manzanáres estarian hoy afiliados en el partido moderado, y contribuirian á escatimar los derechos del pueblo en cuya defensa derramaron la última gota de su sangre! ¡Quién sabe si el mismo Empecinado, terror de los franceses y espanto de los déspotas, que tantas pruebas dió de valiente, de honrado y de incorruptible, se hubiera dejado ar-

rastrar, contaminar por el positivismo de la época, y hubiera trabajado tambien hipócritamente para abrir el sepulcro de la libertad invocándola, y entregado su patria maniatada á la codicia de los franceses, que tantas veces huyeron despavoridos de su centellante espada! ¡Oh! no manchemos nuestras glorias con suposiciones que nos destrozan el corazon, que ahogan la fé y matan el entusiasmo; hagámonos la ilusion de creer que los ilustres mártires de la libertad si viviesen hoy serian como fueron apóstoles de la libertad, y no profanemos su memoria con sospechas que nunca deben recaer sobre los que brillan en el cielo con la aureola de los mártires. Perdonad, héroes ilustres; supisteis morir como honrados, y como honrados hubiérais sabido seguir viviendo; mas adelante hubiérais sellado con vuestra sangre la fé de vuestros juramentos, y si no hubiérais precedido en el tormento á Solís y á Zurbano, les hubiérais acompañado en él ó en él les hubiérais seguido. Hombres de vuestro temple suben á la inmortalidad por la escalera del suplicio, y no podemos creer que algun dia os hubiéseis hecho indignos de la gloria del cadalso. En cualquier época en que hubiéseis visto la patria presa de influencias estrangeras, vuestro noble corazon hubiera palpitado como palpitó cuando quisisteis sacudir el yugo de Fernando VII, y hubiérais salvado la libertad ó perecido en la demanda. En vosotros la accion acompañaba el pensamiento; no os contentábais con

odiar á los tiranos sino que era menester derribarlos, y cuando vuestros labios hablaban de libertad y de independencia, llevábais naturalmente la diestra al pomo de la espada. Los que se libraron del cadalso que les habian levantado los déspotas, y se han vuelto déspotas á su vez, no murieron en el patíbulo porque la Providencia en sus elevados designios, la Providencia, que ha pesado por quilates el corazon de cada hombre y que sabe lo que vale el de cada uno, no quiso que participasen de la gloria de los mártires los que consideró susceptibles de revolcarse en el fango de la apostasía.

Bien quisiéramos esplicarnos esas numerosas y estrañas conversiones de la libertad al despotismo que han tenido lugar desde el año 1823. ¿Han tomado acaso los tránsfugas el amor á la libertad por una de esas pasiones de jóven que la edad va amortiguando poco á poco hasta que seca el corazon del todo, y hace de él la tumba de las creencias y de los afectos de que antes era el templo? ¿Las convicciones y el entusiasmo son acaso un ser material que el uso lo desgasta? ¡Ay! el hombre que hasta los treinta años ha vivido para los demas, pasado este período de la vida cree que tiene el derecho de exigir de los demas que vivan para él. A la edad del ardimiento, del desprendimiento, de los sacrificios nobles y generosos, sucede en las almas vulgares la edad del egoismo, de la esplotacion del todo por la parte, de la concentracion en sí mismo y

para sí mismo de todas las miras generales. Se egerce ademas en el corazon de los hombres comunes, cuando han sido en su juventud muy entusiastas y se han sacrificado mucho por los demas, una reaccion parecida á la del suicida que no ha podido consumar su terrible designio. El amor al individuo se reacciona contra el desprecio que se habia hecho de la vida, y nadie quiere tanto su existencia como el que pudo aborrecerla alguna vez. En las almas grandes los padecimientos afirman las crencias que los han acarreado; en las almas pequeñas del martirio sale el escarmiento, y la vista del patíbulo hace formar á los pobres de espíritu mil cálculos egoistas. ¡Oh! sí, el egoismo y solo el egoismo ha sido y es el agente de esas metamórfosis misteriosas, de esas defecciones repugnantes que están llenando de pesar á todos los hombres honrados y que escandalizan el mundo.

Don Alejandro Olivan es tambien uno de los convertidos, uno de esos que se desprenden de sus opiniones como la culebra de la piel. En el año 20 era un liberal tan exaltado que si á sí mismo se apareciese ahora como fué, se meteria miedo á sí mismo. Siguió hasta el año 23 con una hoguera por cabeza y un volcan por corazon, y para no quedar sepultado entre las ruinas de la libertad, apenas esta cayó montó en un caballo de palo y se dió prisa en poner el golfo de las *Damas* entre su individualidad y las narices de Fernando VII. *Si de esta*

escapo y no muero, dijo para su capote, y á esta esclamacion sucedió sin duda un largo silencio que en la escritura se señala con puntos suspensivos, pero que sicológicamente significa una concentracion de pensamientos que se levantan como una barrera entre el pasado y el porvenir, produciendo en el individuo una revolucion completa. En aquel momento se ejercia en el alma de Olivan la reaccion del individualismo sobre la sociedad. Llegó al nuevo Mundo y dijo: Mundo nuevo, vida nueva.

Conoció el buen D. Alejandro que el verdadero talento no consiste en tener talento sino en saber aparentar que se tiene. Estableciόse en la Habana, y entró de dependiente en una casa de comercio, donde blasonando de inteligente y activo, consiguió convencer de su inteligencia y actividad ya que no á sí mismo á los otros, y se grangeó la voluntad y la confianza de sus dueños, quienes le querian como las niñas de sus ojos. En tan buen concepto le tenian que pusieron á su disposicion 20,000 pesos fuertes, para invertirlos en unas máquinas para cuya compra le comisionaron á los Estados Unidos. Partió D. Alejandro, y despues tuvo sin duda miedo al tifus icteródes, y conociendo que la Providencia le destinaba á muy grandes cosas, no quiso esponerse á burlar las miras providenciales, y resolvió no volver á la Habana para no ser víctima de la enfermedad endémica que puebla los americanos cementerios.

Dejó el Nuevo Mundo algo mas rico que cuando buscó en él hospitalidad, y completamente curado de su antiguo liberalismo, se inscribió en el rol de los que tripulan actualmente la nave de la situacion. Hízose moderado, como todos los que tratan de sacar sin riesgo alguno un buen partido de las circunstancias. Se ha salido con la suya; en estas cosas la fuerza de la voluntad lo es todo; Olivan se ha hecho todo un hombre, porque Olivan quiso ser todo un hombre.

Para la curacion de los accesos de calentura liberal es probado que ninguna medicacion obtiene resultados tan portentosos como el método metasancrítico. La mayor parte de los que á consecuencia de sus compromisos políticos y patriótica exaltacion pasaron en el año 23 á Inglaterra, á Francia ó á Ultramar para mudar de aires, volvieron á España, cuando la amnistía les allanó el camino, con un pulso tan tranquilo y regular, en un estado tan fisiológico, tan normal, que los que les habian visto enfermos creian en su resurreccion y se hacian cruces. El viage de Olivan á Ultramar produjo en él un efecto maravilloso. Volvió curado radicalmente. Apenas pudo meter el hocico en los negocios públicos dió las mayores pruebas de cordura; se entregó á los moderados en cuerpo y alma, y se declaró enemigo de los revolucionarios, que tal es la calificacion que daban y siguen dando los hombres como Olivan á los amantes de las reformas.

Despues del pronunciamiento de 43 no le fué posible en un principio ocupar puesto alguno de importancia. En cada destino de los que valen la pena eran mas de mil los que tenian asestadas las miradas, y era preciso dar tiempo á los corifeos del partido para que ensanchasen la España oficial de modo que cupiesen en ella todos sus paniaguados. Sabido es que el partido moderado no consta mas que de empleados y aspirantes á serlo, y unos cuantos bobalicones que se mueren de gana de figurar, y que darian dinero para ser alcaldes, diputados ó senadores. Olivan mas modesto y menos ambicioso que sus correligionarios se contentó por el pronto con cualquier cosa, y dióse por satisfecho con obtener comisiones del Gobierno que las desempeñó á pedir de boca. Vean nuestros amados lectores con qué cargo tan sencillo creyó halagado su amor propio. Se le comisionó para visitar los establecimientos de Beneficencia de esta corte y proponer las mejoras ó reformas de que los considerase susceptibles, y sin mas creyó que habia tocado con el dedo el Cielo. Dió principio á su cometido por el respetable Monte de Piedad.

Hay hombres en el mundo tan vividores, que el diablo no sabe de qué modo se las manejan para sacar partido de lo que otros no sacarian ninguno. Robinsones hay ingeniosos que en ningun desierto se moririan por falta de recursos, y apenas pasa por delante de sus ojos una circunstancia, saben

todo lo que puede dar de sí, y nada puede dar de si que no se lo hagan dar. En tanto que podríamos citar algunos que hallándose en muy buena posicion social están poco menos que pereciendo de hambre y apenas les basta un crecido sueldo para subvenir á sus primeras necesidades, sabemos de otros que con un destinillo de cuatro ó seis mil reales, que los necesitan para tabaco, gastan un lujo ducal, asisten á bailes y á teatros, se dan una vida de gran turco, van en carretela y, en fin, hacen unas cosazas que son capaces de escitar la envidia de un embajador de Inglaterra. Aunque tengan una muger loca y un enjambre de hijos calaveras y no cuenten con un palmo de tierra para sembrar una judía, se lo arreglan de manera que el destino dá para todo, para todas las necesidades y hasta para todas las gollerías y vicios. ¿Qué enigma es ese? ¿Cuatro ó seis mil reales son susceptibles de estirarse tanto? ¿Quién no ha visto oficiales que no llegan á tenientes y que no tienen de su casa ningun socorro, hacer la locura de casarse y llevar del brazo á su novia ataviada tan ricamente que lo que lleva importa al menos la paga de dos años? Confesamos nuestra insuficiencia para aclarar semejante misterio, impenetrable para nosotros como el milagro de los peces y de los panes de que nos habla la Escritura. A tanto llega la confianza que tienen algunos en su ingenio, que admitirian un destino cualquiera que se les obligase á desempeñarlo gratis y sin obvencion de ninguna

especie. Como se lo componen no lo sabemos, pero lo cierto es que se lo componen de modo que comen y beben y fuman y visten *á la derniere*, y nosotros hasta ahora no hemos podido tropezar con un sastre, ni con una estanquera, ni con un tabernero, ni con un tendero de comestibles que tengan la generosidad de dar nada á nadie por sus ojos bellidos. No es de esos vividores D. Alejandro Olivan.

Don Alejandro Olivan al admitir comisiones honrosas de las que se desempeñan gratuitamente no pensó en sacar de ellas fruto alguno. Buscaba honra y no provecho. Asi al menos lo creemos, y debemos decirlo á fuer de imparciales y justos. Pero ya que no se proponia servirse á si mismo, tampoco se proponia servir á la generalidad sino esclusivamente á su partido, y los hombres de partido, como son todos los moderados, sirven á su partido hasta en los cargos que se les confian mas agenos de la política, le sirven en cualquiera posicion en que se encuentren. ¿Puede haber cosas mas independientes de la politica que la farmacia, que la medicina, que la teologia? Pues no lo son tanto que los farmacéuticos, los médicos y los teólogos moderados no prueben con argumentos sacados de su profesion la escelencia de las doctrinas del partido á que pertenecen; no lo son tanto que en su calidad de facultativos no presten servicios á sus correligionarios. El demonio son los moderados; se ayudan los unos á los otros lo mismo que hormigas, y apenas uno de ellos

puede meter el hocico en una oficina ó establecimiento cualquiera, hace una siega de progresistas que no hay quien la cuente. Hasta en el Monte de Piedad se deja sentir el espíritu de partido de los que se han metido en la cabeza que toda la España es patrimonio suyo, que hasta para tener buena letra y saber las cuatro reglas de la aritmética se necesita ser moderado. Cuando Olivan tomó á su cargo el arreglo ó desarreglo del Monte, dejó cesantes á los dos únicos gefes liberales que habia en las oficinas del establecimiento, suprimiendo sus plazas bajo el pretesto especioso de que eran innecesarias. ¡Oh! los moderados son muy económicos, cuando se trata de economías que no llegan hasta ellos. ¿No hemos visto reducirse los sueldos de las clases inferiores, aumentándose al mismo tiempo los de las superiores? De este modo entienden los moderados las economías. Al mismo tiempo que para economizar Olivan suprimió dos plazas, de las cuales la una estaba desempeñada por un hombre honrado con mas de 29 años de servicio, aumentó el sueldo y la consideracion á tres de sus correligionarios, cuyos destinos debieran suprimirse por ser enteramente supérfluos para el buen servicio del establecimiento. Nótese que los tres favorecidos son capellanes, y los moderados afectando creencias que no tienen para sus fines de bandería, de algun tiempo á esta parte guardan muchas deferencias á todo lo que huele á agua

bendita. Hay hombres que no creen en Dios pero creen en la iglesia, y van á misa no para ganar el cielo sino para ganar la tierra. Nos guardaremos bien de aplicar á Olivan esas generalidades; preferimos creer que cuando favorece á la gente de sotana no hace mas que servir á Dios en sus ministros.

Otra de las cosas que se le censuran agriamente relativas á su comision es el haber admitido en préstamo papel del estado, lo que dió lugar á una infinidad de chismes y habladurías de que no queremos hacer mencion para no confundirnos con los chismosos y habladores. Por lo demas, anduvo el Sr. Olivan tan desacertado en las reformas del Monte, que al poco tiempo de haberlas planteado, la Junta Directiva se vió en la imprescindible necesidad de proponer al gobierno la rectificacion de una infinidad de las medidas tomadas por el célebre reformador, lo que para este no dejó de ser un desaire de esos que no se digieren. Y sin duda los motivos en que apoyaba la Junta su reclamacion eran muy poderosos, puesto que el gobierno se hizo cargo de ellos y volvió las cosas al mismo estado en que se hallaban antes de que metiese Olivan en ellas la hoz de las reformas movida á impulsos del espíritu de partido. Hé aqui lo que tiene desempeñar comisiones *gratis;* el hombre mas celoso se espone sin provecho alguno material á ver el naufragio de su reputacion.

No hay peor cuña que la del mismo palo El carácter distintivo de Olivan, como el de todos los moderados que han sido exaltados, es la intolerancia. Olivan es tan intolerante como Alcalá Galiano, á quien dicen malas lenguas que se parece tambien en otra cosa. Pero todo son exageraciones, y cuando el público la dá en atribuir á un hombre un vicio ó un defecto, por medio de este vicio ó defecto se esplica todas sus acciones hasta las mas indiferentes. Nosotros, que somos tambien parte del público, adolecemos de los defectos del todo, y en el año 41 cuando Galiano se fué de Madrid para pasar á las provincias Vascongadas, tuvimos la debilidad de atribuir este viage del orador de la Fontana á la inclinacion que se dice ser en él predominante, como lo prueba la siguiente estrofa de una letrilla que á la sazon compusimos:

Al Norte se fué el ladino
Galiano; en dejar la corte
no cometió un desatino,
si está mas barato el vino
en las provincias del Norte.

Vergüenza nos causan ahora nuestras sospechas de entonces. Imposible nos parece que de este modo participásemos de las preocupaciones del vulgo necio. ¿Quién hace caso de los dichos de la generalidad? *Vox populi, vox diaboli.* Acaso Galiano beba

menos vino que otros que pasan por aguados, y en el mismo caso puede hallarse Olivan.

Aquí, buscando otro punto de analogía entre D. Antonio Alcalá Galiano y D. Alejandro Olivan, pudiéramos decir de este lo que dijimos de aquel en el tomo II. Tambien Olivan ha sido ministro de Marina, lo que acaba de confirmarnos en la idea de que en España se buscan para este cargo tan esencialmente acuático hombres que tengan horror al agua, es decir, atacados de hidrofobia. ¡Qué lástima que el mar no sea de vino!

Olivan es uno de los mas intolerantes del partido de la intolerancia. La presencia de un progresista le hace rechinar los dientes; es de aquellos que no sabrian resignarse á la triste condicion de vencidos. El dia que su partido caiga se muere de rabia; se lo pronosticamos desde ahora. No estarian demas media docena de sangrías para prevenir el ataque, y disminuir la masa de la sangre que se le puede agolpar en la cabeza. Es un consejo caritativo; Olivan hará lo que mejor le plazca; no tenemos un grande interes en su salud, y de consiguiente no tomaremos muy á pecho que hagalo que le decimos.

Para probarnos la intolerancia de D. Alejandro se nos ha referido de él la siguiente anécdota. En una comida que dió para obsequiar á algunos amigos suyos se sirvió un plato de cangrejos, que dió lugar á algunas chanzonetas relativas á la significacion política de los pobres animalitos, quienes si pu-

diesen hablar se quejarian amargamente del modo con que se les trata, como el demonio de Quevedo puesto en el cuerpo del alguacil: *No le llameis alguacil endemoniado; llamadme á mi demonio enalguacilado.* Llamar á los moderados cangrejos es un insulto, no á los moderados, sino á los cangrejos; pero como los cangrejos no pueden protestar han de sufrir la injusticia de los hombres, y en la mesa de D. Alejandro ninguno de ellos pidió la palabra para refutar las alusiones de que son víctimas. Otra víctima hubo á mas de ellos. Tenia Olivan un criado, acérrimo esparterista, á quien quiso sonrojar delante de sus amigos diciéndoles: «A este no le gustan los cangrejos, porque es un furibundo ayacucho.—Lo soy, contestó el criado, y lo tengo á mucha honra.» Sin mas contestacion ni réplica el criado fué despedido antes de concluirse la comida Bien hecho. La opinion política de un fámulo influye mucho en el desempeño de su delicada mision. ¿Qué apostamos que el sastre y el zapatero de Olivan son moderados?

Tanta intolerancia parece impropia de un hombre de talento. Olivan tiene talento sin embargo, y en las discusiones de las córtes relativas á la ley de minas ha dado pruebas de conocimientos poco comunes en materias administrativas y económicas. ¡Qué lástima que el espíritu de partido le ciegue y que sea tan absoluto en todas sus opiniones!

DON PEDRO EGAÑA.

¡Cu-cu! ¿Qué especie de pájaro es ese que se le oye y no se le ve? ¡cu-cu! ¡ola! parece que se va acercando. ¡Cu-cu! ¡toma! si es un cuco.... ¡cu-cu! ¡Ya le vemos ¡gracias á Dios! ¿qué otra cosa podia ser ese pájaro mas que un cuco, ni que otra cosa podia ser ese cuco mas que D. Pedro Egaña que es el mas cuco de todos los cucos? En efecto, en el cuadro de zoología política que estamos trazando, hemos encontrado todas las especies de animales ante y post-diluvianas de que hacen mencion los naturalistas, y creemos habernos ocupado de algunas que Noé no encerró en el arca. Al descender de las especies á las variedades hemos tenido ocasion de hacer observar á nuestros lectores casi tantas diferencias de cucos como individuos hemos clasifica-

do. Ahora vamos á presentarles el verdadero cuco, el tipo, el prototipo de los cucos, el cuco padre, el cuco maestro, el cuco de sangre pura, de raza primitiva, no adulterado, no degenerado, sin mezcla de ninguna especie, el cuco de quien los demas cucos por cucos que sean son no mas que una copia infiel, una imitacion descolorida, una parodia miserable y raquítica. Egaña solo, por lo que se refiere á la vida práctica, sabe mas que toda una sociedad de jesuitas. Si fuese ministro como Tayllerand, príncipe como Metternich ó rey como Luis Felipe, habia de volver locos á todos los reyes aunque fuesen todos como Luis Felipe, á todos los príncipes aunque fuesen todos como Metternich y á todos los ministros aunque fuesen todos como Tayllerand. Si á nadie se le hubiese ocurrido incendiar Moscow para destruir á Napoleon, se le hubiera ocurrido á él. Repetimos que sabe mucho, sabe mas que la Inglaterra. Sin embargo, apenas le conoce nadie, porque su grande habilidad consiste en no darse á conocer. Es como esos jugadores de villar que tienen lo que se llama un juego oculto, que nunca juegan todo lo que saben sino todo lo que necesitan para ganar á su contrario, sin que este se aperciba de su superioridad sino cuando ya no le queda un cuarto en el bolsillo; es de esos que dan pifias voluntariamente para hacerse el tonto, y que haciendo ver que apuntan á la bola, dan una errada á cubrirse. ¡Oh! ¡qué cuco es el tal Don Pedro!

Nada podemos decir de sus antecedentes si nos remontamos mas allá del año 35, porque D. Pedro es demasiado cuco para cogerle en un renuncio, y hace todas las cosas como si no las hiciera él. Hemos tenido necesidad de toda nuestra perseverancia y de todo el espíritu investigador que nos caracteriza para poder en un órden cronológico inverso seguir á Egaña hasta el año 35, época en que hemos perdido el hilo de sus hechos como pierde un anatómico los últimos filetes de los nervios y los tenues capilares de los vasos que forman el parénquima de los órganos. En el exámen de los actos de un hombre tan cuco como Egaña se llega á un punto inaccesible á la paciencia y al escalpelo del disector. No nos es posible dar á nuestros lectores ningun dato biográfico del sugeto á que dedicamos estas líneas que sea anterior al año 1835.

En 1835 D. Pedro Egaña fué de auditor de Guerra á Granada, sin que nadie fijase en él la atencion. Egaña no es de esos faroleros que se dan á conocer desde luego que llegan á un punto cualquiera; él no trata de meter ningun ruido; urde su trama desde un rincon silenciosamente como la araña. Se metió en Granada á la manera del cólera morbo, sin dejarse sentir mas que por sus efectos. Enemigo de apariencias, no le gusta figurar sino obrar; prefiere á las armas de fuego las armas blancas, porque el golpe de estas es mas seguro sin ser tan estrepitoso. Oculta sus intenciones como el gato las uñas, y

tan bien supo ocultarlas en Granada que los liberales mas exaltados le tenian por uno de los suyos, pues le vieron tomar parte en el movimiento de 1835 con su amigacho Butler, que era entonces intendente militar del distrito de Granada y hoy es intendente general. ¡Cu-cu! ¡Vaya otro cuco! ¡Qué lástima que los dos sean machos! ¡que cuquitos tan monos sacarian si fuesen macho y hembra! Comerian solos antes de salir del huevo. ¡Líbrenos Dios de un engendro de Butler y de Egaña!

Egaña y Butler son de la misma escuela, y se llevan mutuamente tan poca ventaja, que si nos diesen á escoger entre los dos nos quedariamos con ninguno. Uno y otro se hicieron junteros para tomar puerto durante el chubasco revolucionario sin esponerse al riesgo de perder el individuo ni el equipage. Durante una asonada el pueblo es el puerto, y son muchos los que aborreciéndole de todas veras se acogen á él para evitar el naufragio. Egaña tomando parte en una revolucion que de buena gana hubiera ahogado, si hubiese podido, en la sangre de sus autores, dió pruebas de su sagacidad y de su positivismo tambien. Lo salvó todo, hasta el equipage, es decir, hasta el turron. Diestrísimo piloto, tiene constantemente la vista clavada en su empleo como el timonero en la bitácora; el empleo es su brújula, el único que marca su rumbo. Asi es que concluida la insurreccion y restablecida la calma, puso la proa hácia el gobierno para salvar

su empleo de los embates reaccionarios como lo habia salvado de las oleadas populares. Viró en redondo para ganar el barlovento á las circunstancias, y se salió con la suya.

En 1837 Palarea fué á Granada de capitan general, y desde luego Egaña se constituyó en su director, se identificó con él, se le metió en el cuerpo como el diablo. Y como el diablo era inaccesible; no ponia jamas la firma en documento alguno que le pudiese comprometer; tiraba la piedra y escondia la mano. Afectaba hallarse enfermo para firmar, y no le faltaban alquilones que ponian su nombre al pié de sus obras á guisa de editores responsables. No se crea que á los que le prestaban la firma les diese dinero, nada de eso; Egaña no suelta un ochavo sino despues de haber aprendido de memoria la fecha á que pertenece para quedarse una copia en la imaginacion. Es mas económico, mas sobrio que un beduino. Pero los que se encargaban de firmar lo que él dictaba eran de esos que les gusta meter ruido, que tratan de contraer méritos y que para darse importancia arrostran todos los riesgos. Egaña se reia de su vanidad y hasta les compadecia, viendo que se hacian responsables de actos susceptibles de acarrearles disgustos y odiosidades. Él se complacia en su obra renunciando al título y á la vanidad de autor delante del público; no aspiraba á darse gusto mas que á sí mismo, como esos poetas que ponen en un papel sus inspiraciones

y las queman en seguida sin que nadie las haya visto. Tiene la conciencia de su habilidad, y satisfecho de sí mismo, sin reconocer en nadie el derecho de juzgarle, le importa muy poco ser tenido por un inepto. La gloria no ha entrado jamas para nada en sus cálculos y en sus acciones. Era el autor anónimo de cuanto se hacia en Granada durante la dominacion de Palarea.

Aunque á Egaña no le gusta figurar, le gusta mandar, y como nadie manda tanto como un general que declara en estado de sitio la provincia confiada á su cuidado, hizo declarar Granada en estado de sitio. Aumentando las atribuciones de Palarea aumentaba las suyas, porque ya hemos dicho que él era el director de Palarea. Este era un instrumento suyo, que le debia servir tanto mejor cuanto mayor fuese su poder. De Granada pasó Palarea á Málaga, y, como se supone, Egaña le siguió, porque el hombre no se libra del demonio que lleva metido en el cuerpo por mudar de aires. Grandes fueron en Granada las hazañas de nuestro héroe, pero se reservaba las mayores para llenar de pasmo y estupor á los malagueños liberales, para quienes habia llegado el dia del juicio final. Era secretario de la capitanía general un tal Feliu, quien formó con Palarea un solo cuerpo, aunque solo con tres ojos, porque Feliu es tuerto. Egaña era el alma de este cuerpo doble; lo mismo el secretario cíclope que el capitan general obedecian docilmente sus inspira-

ciones. Los asesinatos cometidos en las personas de San Just y de Donadio sirvieron de pretesto á esa trinidad *non sancta* para hacer pasar á todos los liberales de Málaga las penas y las amarguras del purgatorio. Esos grandes demonios tenian á sus órdenes otros demonios de menor categoría, ciegos ejecutores de sus miras. El famoso Redondo, que es hoy en Madrid segundo gefe de policía, *debutó* á la sazon en el papel que con tanta honra está hoy desempeñando, pues dió en Málaga los primeros pasos de su gloriosísima carrera. Se desarrolló á la sombra de Egaña al mismo tiempo que el célebre Bulow, tan conocido en los fastos del moderantismo. Con tan magníficos instrumentos, ¿qué no era dado esperar de tan magnífico triunvirato? Porque no eran solo Redondo y Bulow las zarpas con que la fiera sujetaba; la uña principal de aquella garra terrible era tal vez el célebre Enciso, hoy gefe político de Zaragoza y á la sazon Juez en Colmenar. Enciso es sin duda alguna el moderado mas frenético que ha alimentado su alma con las doctrinas de M. Guizot. Conocida es la alocucion que acaba de dirigir á los zaragozanos prohibiéndoles celebrar el aniversario de una de sus jornadas mas gloriosas Siendo gefe político en Córdova, para provocar contra los progresistas todas las animadversiones, les atribuyó el incendio del ministerio de la Guerra. Tambien era un digno servidor de Palarea un tal Lirio, que cometió en Conil las mayores atrocidades. La boca de la tiranía

armada con tan buenos colmillos lo devoraba todo.

Cometiéronse en Málaga escesos de despotismo capaces de hacer bueno al mismo Cárlos Espagne. ¿Quién no recuerda con horror la acelerada ejecucion del desventurado Morales? Este liberal desgraciado pertenecia á una de las principales familias de Málaga, y su muerte, al sentir de algunos, no tenia mas obgeto que aterrorizar al pueblo. Al infeliz se le atribuyó el trágico fin de Rando, y en la causa se redujeron ó alteraron todos los trámites. Morales fué llevado ante el cadáver, y, en presencia del mismo, pasado por las armas á las 24 horas. Esta ejecucion produjo en Málaga una impresion profunda que no se borrará jamas. Egaña era auditor de guerra y no consta su firma en ninguna parte, porque ya sabemos acerca de este particular cual es la táctica de nuestro héroe. Otro, como de costumbre, firmó lo que debia firmar él. Renunció generosamente á la gloria de tan grande hecho y otro la recogió. *Tulit alter honores.*

Para colmo de escándalo, residiendo en Málaga el capitan general y auditor de Granada, habia en Granada, donde residia el juzgado militar, otro auditor y otro capitan general. Resultó de esta superabundancia de auditores y capitanes generales casi deshonesta, que el tribunal de Guerra y Marina mandó formar causa á los dos auditores, porque el propietario dirigió una causa al de Granada y este la falló sin jurisdiccion.

Egaña es un hombre que podria dar quince y falta al mismo licenciado Cabra, si eso de dar no se hallase en diametral oposicion con su avaricia, pues es hombre que para no dar no dá ni los buenos dias. Separado de su destino al mismo tiempo que Palarea, con no poca satisfaccion de los malagueños, quienes al verle partir creian haberse echado de encima un peso que no les dejaba respirar, se fué á las provincias Vascongadas. «Al infierno deberias irte, decian los malagueños, al diablo, querido Egaña; puente de plata, y sea tu vuelta la del humo.» Y quedaron todos como una comarca que acaba de barrer el cólera con su pestífero aliento, quedaron como los bilbainos despues de levantado el sitio. Egaña en los puntos en que ha estado ha causado tanta alegria como Espartero, solo que Espartero la causa cuando llega, y Egaña cuando se va.

En las provincias Vascongadas, con su sonrisa falsa, que á los que no le conocen les parece angelical y á nosotros nos causa mas horror que el fruncimiento del hocico de un perro rabioso, consiguió el cuco captarse la voluntad de algunos provincianos y adquirió la suficiente influencia para salir elegido diputado. ¡Cu-cu! ¿Qué mas queria él que sentarse en los escaños del congreso?

Pero el cargo que le confirieron los vascongados no era propiamente una diputacion sino una especie de embajada en la corte de España, pues si mal no lo entendemos el cargo de diputado es gratuito y

Egaña gratuitamente no es capaz ni de rezar un padre nuestro. Sabe lo que le ha de valer cada paso que dá y cada palabra que dice. Tuvo tanta habilidad para hacerse el pobre, que los vascongados le tuvieron lástima, y no queriendo privarse de verse representados por él en el congreso, le señalaron cierta cantidad diaria para subvenir á sus necesidades. ¡Cu-cu! Justo era que un diputado se sostuviese con el decoro correspondiente á su clase... ¡Qué inocentes son los vascongados!

Egaña ha pertenecido á la fraccion Viluma, que es la mas retrógrada de todas las fracciones en que se divide el partido moderado-absolutista, ó monarquico anticonstitucional.

La fraccion Viluma representa el principio del absolutismo en el seno mismo de un parlamento formado en virtud de la Constitucion, y Egaña representa lo mas absoluto del principio á cuyo triunfo aspira la fraccion Viluma. A pesar de que Egaña no es orador y no toma parte en los debates que se agitan en la cámara; á pesar de que es tan cuco que evita todo lo posible soltar prendas que puedan comprometerle un dia, no supo abstenerse en cierta sesion célebre de manifestar sus opiniones retrógradas, y fué impotente para contener el espíritu reaccionario que le domina. Nos referimos á la época calamitosa en que D. Ramon María Narvaez entró en el ministerio con D. Francisco Javier de Burgos (Q. E. P. D.) La sesion del 16 de marzo de 1846 es

la mancha mas negra que ha caido en nacion alguna regida constitucionalmente sobre la historia parlamentaria. Hubo en el salon de Oriente una verdadera asonada, una asonada del peor género posible, una especie de camorra, una riña de verduleras pésimamente parodiada. Egaña fué uno de los que mas alborotaron; por la primera vez de su vida dejó de ser dueño de sí mismo. Gritó como un energúmeno olvidando que estaba en el parlamento, fiado sin duda en Pezuela que, segun dicen, es hombre resuelto, y los que conocen á Egaña se hicieron cruces viéndole de improviso tan arrojado y tan cínicamente franco. ¿Qué le habian dado á ese hombre para producirse en términos tan poco conformes con su habitual hipocresía? El valor y la franqueza no son prendas que se improvisan, y ha de haber una causa muy poderosa para que sea valiente y franco un hombre como Egaña, tan sesudo, tan poco espansivo y tan enemigo de arrebatos estrepitosos. Para hacer lo que hizo en la famosa sesion del 16 de marzo por fuerza se lo habian de recompensar muy bien. En efecto, al dia siguiente Egaña y Pezuela eran ministros... ¡Cu-cu! ¡cu-cu!

Figúrense nuestros lectores si seria buen ministro el demonio que habia estado metido en el cuerpo de Palarea. ¿Hay alguna cosa mas atrasada que el absolutismo? Pues como la reina no se hubiese apresurado á quitar el timon de sus manos, mucho mas allá del absolutismo estaríamos á estas horas. Apenas

Egaña se vió en la cubierta de la nave de la situacion, mandó echar trapo y mas trapo, y puso la proa hácia el absolutismo, pasando por encima de los principios constitucionales que se levantaban como escollos en el Océano que queria atravesar. Hízole célebre una circular que pasó á la magistratura para ejecutar un decreto de imprenta redactado por Burgos de manera, que no lo hubiera redactado mejor con un chafarote el emperador de Marruecos. Mientras fué ministro, no se paró en barras; dejó de ser disimulado para hacerse atroz; el cuco se convirtió en milano. Enseñó los dientes y sacó todas las uñas que tanto cuidado habia tenido hasta entonces en ocultar. Separó al regente de la Audiencia de esta corte á consecuencia de la demostracion pública en la vista de la causa que se formó contra Lopez, Cortina y Madoz por los sucesos de Alicante y Cartagena, en los cuales tuvieron tanta parte los acusados como Ciceron en la batalla de Cannas. Pasó otra circular á las Audiencias prohibiendo severamente que se hablase en las defensas de cosas que tuviesen relacion con política aunque fuesen políticas las causas. Esta circular le hundió en el descrédito; le hizo perder hasta su reputacion de hombre dotado de sentido comun.

Su ministerio duró poco; sin embargo duró el tiempo suficiente para prepararse un destino de esos que dan envidia hasta á los turroneros mejor acomodados. Fué nombrado intendente de palacio y

saboreó este bocado esquisito hasta el matrimonio de la reina. Desde que lo perdió, se ha retirado aparentemente de los negocios públicos y ha vuelto á concentrarse en sí mismo como en los tiempos de marras.

DON ANICETO ALVARO.

No tiene muchas conchas que digamos D. Aniceto Alvaro. Si alguno ha sabido sacar partido de las vicisitudes de los partidos y de la prensa periodística en España, es seguramente D. Aniceto. Su historia es la historia de *El Castellano*, periodiquin que fué antaño progresista, y que luego sin disfrazarse con otro nombre se hizo moderado, y despues sin dejar de ser moderado se tituló *Neutral*, y por último ha tomado el título de *Popular*, no sabemos si con intencion de quedarse con él para siempre, ó con la de tomar otro nombre cuando se canse del que lleva, ó esté el que lleva suficientemente desacreditado. Todavía tenemos la esperanza de que *E Castellano*, que tuvo un hijo cuyos padrinos le pusieron *Neutral* y un nieto que le bautizaron con el nom-

bre de *Popular*, ha de tener un viznieto que se llame el *Republicano*. Las circunstancias lo dirán. D. Aniceto entiende este tinglado que es una maravilla. Es un mestizo de periodista y de comerciante, un D. Andres Borrego embutido en un D. Mateo Murga, una redaccion metida en una lonja. Si hubiese encontrado un medio para hacer á la vez á todos los partidos tributarios suyos, indudablemente lo hubiera procurado; pero tiene demasiado talento para no conocer que esto era de todo punto imposible. Los partidos son todos esclusivistas, y nada leen con gusto que puedan tambien con gusto leerlo sus adversarios. Un periódico medio progresista y medio moderado disgusta indistintamente á unos y á otros. Los partidos quieren que los periódicos sean exagerados como ellos, y todas las medias tintas les ofenden la vista. Eso lo ha conocido D. Aniceto perfectamente, y asi es que lo mismo cuando ha sido periodista del progreso que cuando lo ha sido de la moderacion, ha marchado siempre en primera línea, siempre al frente de los periódicos de su color. En la imposibilidad de sacar á la vez dinero de todos los partidos, ha procurado sacarlo primero de unos y despues de otros. Cuando hubo esplotado los bolsillos de los suscritores progresistas, esplotó los de los moderados. Sabe en cada época cual es la parte del periódico que se busca con mas avidez, y hace de esta parte la principal, apura en ella todo su ingenio, todos sus recursos periodísticos. Durante la guerra nada lla-

maba tanto la atencion como las noticias relativas á los movimientos de los egércitos beligerantes, y por medio de corresponsales bien escogidos, se lo arregló todo de modo que con una prontitud inconcebible revelaba todos los hechos de armas que tenian lugar en todos los puntos de España y la estrategia de todas las columnas. *El Castellano* era á la sazon el diario de operaciones de todos los egércitos. Sabia casi tan pronto como Espartero lo que iba á hacer Espartero, casi tan pronto como Villareal lo que iba á hacer Villareal. No se quemaba en la Península un solo grano de pólvora de que *El Castellano* no diese cuenta á sus lectores, ni una columnita, aunque fuese de peseteros, daba un solo paso que no se lo contase *El Castellano*. Y todos los movimientos los revelaba con tanta anticipacion, que en el egército de D. Cárlos habia algunos que estaban suscritos al *Castellano* para conocer la posicion y estrategia de sus contrarios, y establecer con conocimiento de causa sus ofensivas y defensivas. Mas de una vez sus revelaciones imprudentes hubieran podido destruir las combinaciones del egército de la reina ó impedir que tuviesen el éxito que de ellas se prometian los constitucionales.

Concluida la lucha, cuando la atencion dejó de fijarse en el teatro de la guerra, conoció que lo que entonces escitaba mas la curiosidad era lo que se referia al pensamiento de Espartero en oposicion con el de doña María Cristina, y todas sus noticias ver-

saban sobre estos dos personages. Daba algunas tan detalladas que no parecia sino que todos los ayudantes de campo del duque de la Victoria y todos los empleados de palacio eran sus corresponsales. Despues de la coalicion se tituló *Neutral* para ver si con este nombre conseguia alhagar á la vez á los progresistas y á los moderados, pero vió que era imposible, y tardó poco en transformarse en *Popular*, que es, como hemos dicho, el título que actualmente lleva.

El *Popular* es un periódico *sui generis* que no se parece á ningun otro; escrito entre serio y jocoso, ni es bastante jocoso para hacer reir, ni bastante serio para merecer que se consulte su juicio en ninguna cuestion grave. No tanto es un defensor de los moderados como un detractor de los progresistas. Es la previa censura de la prensa; parece redactado por los agentes de policía. La prensa liberal le debe mas denuncias que contestaciones. Procura dar tormento á las palabras de sus adversarios para hacerles decir lo que mas lejos ha estado de su pensamiento, y acusarles de sediciosos y subversivos, con el santísimo fin de que el gobierno tome medidas contra las empresas y contra los escritores. Ahora mismo en que estamos escribiendo estas líneas, todos los periódicos liberales de la capital y dos absolutistas acaban de ser recogidos y denunciados por la autoridad política, á consecuencia de una peticion del partido progresista á S. M. que han insertado

en sus columnas, y esta denuncia y recogida se atribuyen á instigaciones del *Popular*, quien ha comentado la peticion á su manera y la ha calificado en términos los mas duros. Inútil es decir que la peticion era un acto puramente constitucional, y que el partido progresista la hizo escudado con el art. 5.° de la ley fundamental vigente que dice: «Todo español tiene derecho de dirigir peticiones por escrito á las córtes y al rey, como determinan las leyes.» En la peticion los ciudadanos se reducian á pedir á la Reina que negase su sancion á un proyecto de ley que el gobierno habia presentado á las córtes con objeto de revestirse con el ilimitado poder de suspender las garantías constitucionales de los ciudadanos y contraer por cualquier medio un empréstito de doscientos millones. Los ciudadanos estaban en su derecho haciendo la peticion, y los periodistas estaban tambien en el suyo dándole cabida en sus columnas. Pero el *Popular* se ha empeñado en interpretar de peligroso para la seguridad del estado este paso dado, como hemos dicho, dentro del terreno legal, y hay autoridades tan pobres de espíritu que hacen caso de lo que dice el *Popular*. Verdad es que hoy concita el *Popular* la indignacion del gobierno contra la prensa progresista, y si mañana sube el partido progresista al poder concitará su indignacion contra la prensa moderada. El *Popular* es periódico de todas las situaciones; tiene un nombre y una máscara para cada una. Si nos conquistasen los moros, haria la

apología del Alcoran y seria el esbirro de los cristianos.

A lo que aspira principalmente el *Popular* es á tener muchos suscritores, y sabe que el partido de que los ha de sacar es implacable y cruel, y de consiguiente procura halagarle prestándole medios de cebar sus instintos de persecucion. ¡Por Cristo que lo entiende! Pero semejante táctica no es poco peligrosa, y puede llegar un dia de represalias que le sea funesta, á no ser que tenga una ilimitada confianza en la generosidad de sus adversarios, en cuyo caso no hay términos bastante duros para calificar su innoble conducta.

Siendo la historia del *Castellano* y de su endiablada raza la historia de D. Aniceto, pocos rasgos nos bastan despues de los trazados para completar el retrato del personage á que va dedicado este artículo. Tenemos entendido que D. Aniceto Alvaro nació en San García, provincia de Segovia, que su padre era un labrador pobre que le dedicó al comercio, y que el hijo egerció este primero en Segovia y despues en Madrid con el carácter de subalterno ó dependiente. Ni su larga permanencia en la corte, ni su roce con personas de elevada categoría han podido borrar de su físico las señales de su rústica procedencia; tiene una figura tosca, una cara de labrador tronado; se le ve el azadon como á Pidal la cuba. Es lo que se llama una mala facha.

En el año 20, hallándose en Madrid, se mani-

festó ardoroso defensor de las ideas liberales; era una cosa atroz D. Aniceto; era capaz de encasquetarse hasta las orejas el gorro republicano. Asi es que caida la Constitucion en el año 23 los realistas de la corte y el gobierno le persiguieron atrozmente; el pobre muchacho pasó dias atroces de madriguera en madriguera sin considerarse seguro en ninguna, y mas muerto que vivo fué á buscar un asilo en su pais natal, *natalia arva*. Mas ¡ay! los reaccionarios abundaban en todas partes, y en todas partes se veia perseguido el futuro padre del *Castellano*. Las autoridades de Segovia no le tenian mas cariño que el gobierno de Madrid, y el desgraciado no podia dar un paso sin que se lo contasen las miradas ávidas de los esbirros que deseaban muy de veras que cada paso que daba fuese el último. No se descalabró porque Dios no quiso, y tuvo tiempo de poner entre él y sus perseguidores la Francia y el canal de la Mancha.

Sin recursos de ninguna especie, se trasladó don Aniceto á Inglaterra, donde pudo llegar despues de un viage largo y penoso como es siempre el viage de un pobre. Pero en fin salvó el pellejo que es todo lo que hay que salvar.

En la emigracion contrajo una amistad asaz íntima con el respetable D. Agustin Argüelles y otros náufragos políticos que hallaron en Inglaterra la roca de su asilo. Entre los emigrados habia algunos de elevada categoría, que le tendieron una mano

protectora, y le abrieron las puertas de un porvenir mejor.

Pasó de Londres á Gibraltar, donde se estableció en una casa de comercio inglesa. Tomó parte en los trabajos del malogrado Torrijos; conspiró de acuerdo con los liberales que acometieron la empresa de regresar á España para romper las cadenas de su patria; pero nuestro héroe era un héroe de club: fuera de las discusiones á puerta cerrada era completamente inútil; el olor de la pólvora le daba hasta convulsiones, y no se creia destinado por la Providencia á hacerse célebre con una espada en la mano. El valor no es el distintivo de D. Aniceto. Deseaba como el que mas el triunfo de sus correligionarios, pero echó sus cálculos y tomó la resolucion heróica de no acompañarles en su atrevida espedicion, renunciando de este modo á favor de sus amigos la parte de gloria que á él le hubiera tocado. ¡Qué generosidad! Ya tiene conchas el Sr. D. Aniceto.

Hay muchos Anicetos en el mundo. En todas las empresas peligrosas, cuando se trata de poner el cascabel al gato, hasta los mas entusiastas se asesoran con su amor á la vida y dicen: «Uno mas ó menos importa poco para obtener el triunfo á que aspiramos Si hemos de triunfar, lo mismo se triunfará si yo tomo parte en la lucha que si no la tomo; y si hemos de sucumbir, mi presencia no evitará esta catástrofe. Me quedo, pues, en casa y que vayan ellos.» Si tales cuentas no las sacase mas que

uno, indudablemente no perjudicarian en lo mas mínimo el éxito de una empresa, pero es el caso que las sacan muchos á la vez, de lo que resulta que raras veces puede uno contar con una tercera parte de la fuerza que se le habia presentado antes del momento de la ejecucion. A medida que se acerca el peligro, disminuye el número de los combatientes.

Muchos como D. Aniceto se quedarian en Gibraltar cuando Torrijos y sus denodados compañeros vinieron á buscar una tumba gloriosa en el suelo de la patria. Si los espedicionarios hubiesen triunfado, ninguno de los que les abandonaron en el acto del peligro hubiera dejado de entrar en el reparto del botin. Hay tres cuartas partes mas de conjurados que de combatientes, y tres cuartas mas de partícipes del triunfo que de conjurados. Los hombres de accion son pocos, los proyectistas muchos, los codiciosos muchísimos.

D. Aniceto no tiene aficion á morir fusilado, y por mas que hayan escrito los padres de la patria el nombre de Torrijos en el salon de córtes, se dá mil parabienes por no haberle acompañado en su sangrienta empresa. Váyanle VV. á un hombre asi á hablarle de tumbas gloriosas y aureolas de mártires. Permaneció D. Aniceto en Gibraltar é hizo santísimamente. Vino á España en virtud de la amnistía, y como es hombre que sabe muy bien que los pobres no crian mas que miseria, se acogió á la

sombra de Riera, quien le nombró su representante general, y esto le produjo un lucro de consideracion por el tanto por cierto que como socio le concedió su protector en sus empresas. ¡Cuánto mejor es meterse en empresas con Riera que con Torrijos!

Mas adelante, con los fondos que le habia acarreado Riera, se hizo editor de un periódico titulado: *La Revista Española*, y despues del *Mensagero de las córtes* que redactaban San Miguel, Carnerero, Lopez y Alcalá Galiano, de acuerdo con él.

Como lo indica muy bien el nombre de sus colaboradores, entre los cuales se cuenta á Alcalá Galiano, quien si bien es hoy moderado era progresista á la sazon, Aniceto Alvaro era entonces de los liberales de la cuerda mas tirante. Por Mendizabal, la primera vez que este hombre interminable fué ministro, logró ser nombrado gefe de seccion del ministerio, pero ya sea que D. Aniceto aspirase á ser algo mas, ya que le pareciese mas fácil sacar partido de los moderados, lo cierto es que al poco tiempo renunció su destino y desertó de las filas progresistas, volviendo contra ellos todas las baterías del *Castellano* que publicaba en la época de su desercion. Tal es la historia de D. Aniceto Alvaro hasta la caida de Mendizabal; el resto se encuentra, como hemos dicho, escrito con todos los pormenores en *El Castellano* y en los descendientes del *Castellano*, de los cuales es el último vástago el graciosísimo *Popular*.

A última hora hemos sabido que el *Popular* no pertenece ya á D. Aniceto Alvaro. ¿Si será verdad? Hay quien cree que D. Aniceto ha hecho circular esta voz porque las circunstancias son críticas, porque la situacion que sostenia es bastante precaria y quiere evitar compromisos. Otros aseguran que en realidad ha vendido la propiedad del periodiquin al general Narvaez, actual presidente del consejo de ministros. Tampoco faltan malas lenguas que afirman que D. Aniceto se ha deshecho del *Popular* para salir otra vez con *El Castellano*, y adoptar una marcha menos comprometida en el caso de sobrevenir una peripecia en el actual drama político. Todo son habladurías. D. Aniceto sabe donde tiene la mano derecha, y nada hará que no sea para mayor honra y felicidad..... de los españoles.

DON JOSÉ CASTILLO.

¡D. José Castillo! ¡vaya un liberal acreditado! Decir que en España tenemos sistema representativo, y ser D. José Castillo gefe político de una provincia, es el mayor sarcasmo que puede dirigirse á los que creyeron haber triunfado definitivamente cuando hundieron en Vergara la causa del absolutismo personificada en D. Cárlos. No habiendo obtenido una victoria completa los principios que el hermano de Fernando VII presentó en contraposicion de los que defendian los sostenedores de Isabel, no podia creerse jamas que un absolutista como D. José Castillo llegase á ser una de las ruedas de la máquina administrativa. Si Castillo es gefe político, ¿por qué no ha de ser Cabrera ministro de la Guerra? Si Castillo es gefe político, ¿cómo no ocupa Elío el puesto de

Narvaez? Si Castillo es gefe politico, ¿cómo se esplica que no esté D. Cárlos sentado en el trono de España? Y luego dirán los que hacen á Castillo gefe político que tenemos Constitucion. Buena te la depare Dios. ¡Habiendo una Constitucion se fusiló á Zurbano y se ha hecho gefe político á Castillo! ¡Habiendo una Constitucion es ministro Arrazola, siendo autor de un prontuario absolutista, y se dejaria arrinconado al mismo Argüelles si tuviese la suerte ó la desgracia de vivir. No hay duda que tenemos Constitucion, y como nosotros tambien podrian tenerla los rusos con beneplácito del Czar. Si hubiese triunfado D. Cárlos, ¿seria Lujan gefe político? Si hubiese triunfado D. Cárlos, ¿seria ministro Olózaga? ¿Pues por qué habiendo triunfado Isabel ha de ser ministro Arrazola y ha de ser gefe político Castillo? *Quia sic voluere priores.* Se ha resuelto hacer á los absolutistas constitucionales; ya no falta mas sino que los constitucionales se hagan absolutistas, y será una peripecia sorprendente oir mañana á los constitucionales de hoy decir viva D. Cárlos y oir mañana á los absolutistas de hoy decir viva Isabel II. Seria una cosa divertidísima, y que no es tan imposible como á primera vista parece. La mitad de la transformacion está ya hecha; los absolutistas se han declarado ya partidarios de la reina que han combatido; ya no falta mas sino que los que han combatido á D. Cárlos se hagan partidarios de este. ¡Se ven tantas rarezas en el mundo!

D. José Castillo, si nos es licito juzgarle por sus

antecedentes, es uno de los mas furibundos absolutistas, y siquiera por decencia debian haberse abstenido los moderados de dejarle figurar en su comunion. ¿No han conocido que admitir á Castillo en sus filas es presentarse peores de lo que son? ¿No han conocido que la situacion no tiene ningun disfraz constitucional para tapar las formas absolutistas de Castillo, y que en medio del carnaval político, dándose á conocer él, les dará á conocer á todos? Hay hombres que tienen ademanes tan característicos y vicios de conformacion tan pronunciados, que no los puede ocultar el dominó. Admitir á Castillo en la mascarada es quitarse todos la careta.

Es una friolera los servicios que ha prestado el Sr. D. José á la causa del absolutismo. En el reinado de Fernando VII desempeñó entre otros destinos el de fiscal de la audiencia de Sevilla, y como tal conoció en la causa del coronel Marquez, que fué ahorcado en aquella ciudad despues de la espedicion de los emigrados liberales á quienes dió esperanzas el ex-rey, que salió en Francia de las barricadas del año 30 para sepultarse 18 años despues debajo de otras barricadas. ¡Y se quiere que haya un disfraz de constitucional para un hombre como Castillo! De cualquier modo que se disfrace, la sombra ensangrentada del valeroso Marquez le arrancará la careta.

Cuando cayó el sistema absoluto, Castillo, como es natural, cayó tambien, y sufrió algunas persecu-

ciones de que supo librarse permaneciendo en Granada oscurecido, agachado, acurrucado, hasta que en 1844 fué nombrado gefe político de Almería. ¿Cómo habia de pensar Castillo cuando cayó que los que le darian la mano para levantarse se llamarian constitucionales? ¿Cómo habia de creer que antes que cayese la Constitucion encontraria quien le sacase de su oscuridad? Dígalo francamente; Castillo habia siempre creido que él y el sistema representativo eran incompatibles; confiese que todo lo esperaba de D. Cárlos y nada de Isabel II, y que cuando vió enterrarse en los campos de Vergara la causa del absolutismo, creyó haber muerto políticamente para siempre, sin poder ni remotamente figurarse que habia de venir para los serviles un dia de resurrecion. Él creyó criar telarañas en un rincon de Granada, apolillarse, podrirse, y se ve de pronto nombrado nada menos que gefe político. Cuando este milagro sucedió, no hubo vieja que no dijese: «¡Jesus, María, José! ¿Quién ha sido el santo que ha resucitado ese muerto?» A Burgos, á D. Francisco Javier de Burgos se debió tan sorprendente prodigio. No hay santo como Burgos que haya hecho tantos milagros de esta especie. Burgos empezó por resucitarse á sí mismo y despues empleó su poder sobrenatural en resucitar á todos sus amigos que estaban tan muertos como él. Burgos durante la dominacion de los moderados ha sido la pila galvánica que ha hecho mover mas cadáveres

de absolutistas. ¡Cuántos políticamente muertos por los golpes de la revolucion, cuántos que se hallaban en un período de descomposicion muy avanzado, deben al célebre Burgos el vigor y la lozanía de los tiempos de Fernando VII! Pero ahora Burgos ha muerto, no políticamente sino materialmente, ha muerto con una muerte de la cual nadie resucita hasta el valle de Josafat. Ya ni le es dado resucitar á nadie ni resucitarse á sí mismo. Ha hecho perfectamente en morirse, y sentimos que no tenga muchos imitadores. No se ha escapado de mala. Le teníamos preparada una filípica que se hubiera chupado los dedos de gusto. Así como así si no le hubiese muerto una enfermedad, le hubiéramos muerto nosotros de una plumada. ¡Cómo no cebarnos con toda avidez en el que regaló á la España oficial una calamidad tan inmensa como D. José Castillo!

La amistad de Castillo y de Burgos es anterior á la aclimatacion de las patatas en Europa. Data de la guerra de la Independencia. Uno y otro se declararon partidarios de la invasion de Napoleon, es decir que uno y otro eran afrancesados, y á ambos el emperador les echó un hueso para que se entretuviesen. No era un hueso pelado. A Burgos le hizo prefecto de Almería y á Castillo subprefecto de Jaen, ó de otro punto que en este momento no podemos determinar. Ya ven nuestros lectores que el hueso tenia carne.

Nosotros hemos censurado mas de una vez la sus-

ceptibilidad patriótica y las preocupaciones dinásticas de nuestros padres que, guiados por su españolismo y su amor á Fernando, sacrificaron á una cuestion de puro orgullo el porvenir de la libertad. ¿No era preferible Napoleon á Fernando VII? ¿No era mas digna de las simpatías de los hombres ilustrados la causa del imperio que la causa de los frailes? Indudablemente nuestros padres fueron bien torpes, pues al grito de independencia se labraron sus cadenas y derramaron su sangre para levantar lo que mas les convenia destruir. Pocos fueron los que se afrancesaron, y de esos pocos se ha dicho que tenian mejor vista que los demas, que eran genios privilegiados, que habian previsto todas las desgracias y miserias que han acompañado el triunfo ó restauracion de los Borbones. Pero esto se dice ahora, esto se ha dicho despues que se han tocado los resultados. Los que se afrancesaron no se afrancesaron por amor á la libertad, no se afrancesaron para conjurar las calamidades que desde la caida de Napoleon han pesado sobre los españoles. Los afrancesados no eran buenos liberales sino malos patriotas. Ni un solo afrancesado conocemos que sea liberal. Se hicieron afrancesados para comer turron, porque no tuvieron la conciencia del poder del pueblo, ni alcanzó su vista miope la jornada de Bailen ni la isla de Santa Helena. ¿Quién es capaz de hacernos creer que Burgos y Castillo y otros tan serviles como Castillo y Burgos sirvieron á Napoleon para servir la libertad? Despues,

cuando sirvieron á Fernando VII en la época de su mayor despotismo, ¿creian tambien servir la libertad? ¿Creian tambien servir la libertad haciéndose vehículos en España de la política de Luis Felipe? ¿Por qué no son ahora afrancesados, ahora que simpatizamos con los franceses todos los liberales? *Vade retro*. Ahora esos señores querrán ser mas españoles que nosotros, asi como antes querian ser mas que nosotros liberales. Lo que son ellos turroneros y no mas que turroneros. Dadles turron y proclamarán al moro Muza.

El nombramiento de Castillo para gefe político de Almería fué calificado de escandaloso por todos los que se habian acostumbrado á considerar al célebre afrancesado como uno de los mas rabiosos corifeos del partido absolutista. Cortina sacó escelentes argumentos de este nombramiento repugnante para probar el espíritu reaccionario del gobierno que, llamándose constitucional, echó mano de un instrumento tan absolutista. Mas adelante Castillo fué separado de Almería, pero no para quedar cesante, ¿cómo han de dejar cesante hombres tan liberales como los que nos mandan desde el año 44 á un hombre tan liberal como Castillo? Le separaron de Almería para mandarlo á Cuenca con igual destino. A Sartorius se le antojó salir diputado por Cuenca y para conseguirlo le convendria que hubiese en la provincia un gefe político como Castillo. Empleó su influencia de periodista en colocar á Castillo en Cuenca para que Castillo em-

please en Cuenca su influencia de gefe político para colocarle á él en el congreso. Ya sabemos que Sartorius es una de las medianías mas medianas; que como periodista es muy poca cosa, muy poca cosa como diputado, y como ministro muy poca cosa tambien. No sabe gobernar un estado, pero sabe gobernarse á sí mismo, y saberse gobernar á sí mismo es todo lo que un hombre ha de saber gobernar. La prueba de su capacidad la tenemos en su misma insuficiencia. Esto á mas de cuatro les parecerá una paradoja; mas de cuatro creerán hallar en lo que decimos una implicacion de términos. ¡Alegar la insuficiencia como prueba de capacidad! Precisamente, lo hemos dicho y lo repetimos, á nosotros nos prueba la capacidad de Sartorius su misma insuficiencia. El no sabe ser periodista, pero sabe hacerse periodista; no sabe ser diputado, pero sabe hacerse diputado; no sabe ser ministro, pero sabe hacerse ministro. ¿No prueba una capacidad *sui géneris* hacerse, sin tener capacidad, una cosa que requiere capacidad? Si Sartorius fuese un grande hombre, no necesitaria mucha habilidad para llegar á los puestos reservados á los grandes hombres; pero sin ser un grande hombre llegar donde llegan los grandes hombres es prueba de mucha destreza. Queda, pues, esplicada la proposicion que hemos sentado: la prueba de la capacidad de Sartorius la tenemos en su misma insuficiencia.

¡Qué antojo tan singular el del Sr. Sartorius em-

peñarse en salir diputado, y diputado por Cuenca, donde no le habian oido nombrar ni los suscritores al periódico que él dirigia! ¡Y salirse con la suya! ¡oh! eso es muy grande. Teniendo á su disposicion á D. José Castillo hubiera salido diputado, si tal hubiese sido su empeño, hasta por las islas Chafarinas. ¡Lo que sabe D. José Castillo! Las borrascas de la vida le han hecho un conocedor práctico de los hombres, y este conocimiento vale mucho para luchar con la debida estrategia en las campañas electorales. Sabe parecer tan bueno y tan malo como quiere. Su trato es fino, sus maneras delicadas; sabe mimar á los electores como si fuesen niños de teta, y si con los alhagos no se sale con la suya, recurre á las amenazas y Cristo con todos. Para sacar diputado á Sartorius allanó, haciendo uso de su autoridad, todos los obstáculos que podian oponerse á la consecucion de sus miras. El competidor que tenia Sartorius era un tal Zafra, progresista influyente, capaz de contrabalancear, no la candidatura de Sartorius, sino la del mas pintado que hubiera querido medir con él sus fuerzas. Pero donde está Castillo no hay influencia que valga. Hizo salir á Zafra de la provincia á pretesto de que se decia que andaba conspirando por los pueblos del distrito electoral. Hé aquí lo que se llama una manera cómoda de salvar los inconvenientes.

Castillo no es hombre que haga las cosas por el mero gusto de servir á un amigo, y cuando hizo

salir á Sartorius diputado, estaba tan seguro de la recompensa como si la hubiese recibido adelantada. Sartorius lo mandó luego á Murcia de gefe político, y de este punto ha pasado con el mismo empleo á Barcelona, donde se halla en la actualidad trabajando como un negro para hacer la felicidad de los catalanes. La biografía de un hombre queda hecha con solo decir que ha merecido de un gobierno moderado ser nombrado gefe político de Barcelona. Hablando de Seoane dijimos que todos los partidos mandan de capitan general á Cataluña al que tiene entre ellos mas fama de maton. Los moderados no se contentan con que sea un maton el capitan general; es preciso que lo sea tambien el gefe político. Ya saben ellos lo que se hacen. ¡Cuán contentos deben estar los catalanes con un Pavía de capitan general y de gefe político un Castillo! Con todo, si no hubiese mas castillos que el gefe político, pronto darian de él buena cuenta; no es este Castillo el que les da miedo, sino el castillo de Monjuí.

DON JUAN DONOSO CORTES.

Dos biografías han llegado á nuestras manos de este ilustrísimo y escelentísimo personage. Una de ellas es una apotéosis del Sr. Donoso Cortés, y la otra una impugnacion de esta apoteósis. La primera es anónima; la segunda está escrita por D. Francisco Orgaz. Aquella forma parte de la GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES CONTEMPORÁNEOS, publicada *ex-profeso* para deificar á los turroneros en gefe del partido turronero; esta pertenece á la NUEVA GALERÍA BIOGRÁFICA, *en donde se destruyen todas las reputaciones usurpadas y se presentan los acontecimientos bajo su verdadero punto de vista.* Los mismos que en la GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES son hermosos como ángeles, en la NUEVA GALERÍA BIOGRÁFICA son feos como demonios. Nosotros preferimos esta á aquella, porque

preferimos la verdad á la hermosura, y D. Francisco Orgaz presenta retratos mas naturales que don Nicomedes Pastor Diaz y los pintores que trabajan bajo su direccion.

Pero ni D. Francisco Orgaz ni el encomiador anónimo de D. Juan Donoso Cortés nos dicen de este señor lo que nosotros quisiéramos para calificarle con un solo epiteto. ¿D. Juan Donoso Cortés es un genio ó es un loco? Francamente, si no es lo primero es lo segundo, y aunque convenimos en que el genio y la locura son dos cosas muy distintas, no lo son tanto que á los ojos vulgares no puedan confundirse. En un artículo que publicamos en cierta enciclopedia de estravagancias, titulado *el máximo* y *el mínimo*, decíamos acerca de este particular lo siguiente: «Es en todas partes inmenso el número de hombres estravagantes, y aun seria fácil probar que no hay ningun hombre que estravagante no sea. Todo en este mundo son estravagancias, y á menudo lo son hasta los crímenes, hasta las virtudes. El heroismo no es mas que una estravagancia ó que una serie de estravagancias muy ruidosas ó de mucho calibre, de suerte que el que mira con ojos filosóficos al loco de Cervantes, ve en sus hechos la personificacion del heroismo de todos los tiempos. Héroe y loco son sinónimos, y de aqui es que con uno ú otro de estos dictados se designa á todos los hombres que tienen grandes pretensiones, y que se sienten con ánimo de acometer grandes empre-

sas. El resultado de sus actos es únicamente quien legitima esta ó la otra calificacion, haciéndoles acreedores á una corona de laurel ó á una casa de Orates. Y como la vida del hombre es un conjunto de actos diferentes que no todos tienen un resultado propicio, es raro el héroe que no merezca á la vez el título de loco, y rara la biografía de personages célebres en que no resalten muchas y muy grandes estravagancias. Napoleon, aun prescindiendo de las calaveradas de su juventud y de la obstinacion en guiarse por los consejos de Taylleraud, que él mismo conocia que tarde ó temprano habian de ocasionar su ruina, fué un héroe en Austerlitz y en Marengo, pero fué un loco de atar haciendo con su egército irupcion en Moscow, y mas loco todavía tratando á los españoles á baqueta, con el caritativo obgeto sin duda de acostumbrarnos á los buenos tratamientos que previó habíamos de esperimentar en lo sucesivo. ¿Y puede haber locura comparable á la de Colon, que porque se le puso en la cabeza que allende el Océano habia un nuevo Mundo, se le antojó irle á buscar, como quien va á buscar un real de vellon en una inmensa playa porque se le ha ocurrido que en una inmensa playa puede haber un real de vellon? Si sus tentativas hubiesen sido infructuosas, friolera es el ridículo que hubiera caido sobre la famosa reina que tripuló tres carabelas para que se llevase á cabo la espedicion del que ahora llaman un héroe y entonces hubieran llamado un loco. ¿Y qué dire-

mos de Hernan Cortés? ¿Podia ocurrírsele mas que á un héroe ó que á un loco, abordar á un pais descocido con un puñado de héroes ó de locos como él, y luego destruir sus propias naves para inhabilitar los medios de una retirada que no sabia si habia de serle forzosa? Esto fué un gran golpe, no tiene duda; fué un pensamiento que acredita el genio del que lo concibió; fué una proeza que basta por sí sola á inscribir el nombre del valiente que la hizo en el catálogo de los héroes, ¿pero quién desconoce que fué tambien una estravagantísima barbaridad? ¿Y el señor D. Pelayo? ¡Que otro bárbaro! ¿Pues no le pasó por las mientes al hijo de Fabila hablar recio al poderoso moro, porque queria hacer cosquillas á su hermanita? Vuelva ahora por acá el señor D. Pelayo, y diga una palabra descompasada á cualquier mandarin moro ó cristiano, pues de todos los tenemos en España; eche ternos á las barbas de una autoridad porque haga cocos, no digo á su hermana sino á su misma muger en persona, y el diablo me lleve en cuerpo y alma, si en cuerpo y alma no se lo llevan á él á la cárcel antes de haber yo concluido este artículo. Y todo el mundo dirá: «bien merecido lo tiene; ¡si es un loco! »Y dirá bien. Se conoce que los moros que mandaban en aquellos tiempos en España eran mas flemáticos que los de ahora.»

Lo que se dice del heroismo puede aplicarse al genio. No en vano el vulgo llama locos á los poe-

tas, sin duda porque carece de la suficiente fuerza de análisis para encontrar los caracteres que distinguen el genio de la locura. Lo mismo en el loco que en el hombre de genio el público en general no ve mas que una aberracion de la especie humana, un hombre que no se parece á los demas. Y nótese que el vulgo es mucho mas lato de lo que se cree. Muchos de los que se figuran ser grandes notabilidades, son hombres vulgarísimos, y de este modo nos esplicamos como ha podido haber un escritor, que sin duda alguna se tiene por algo mas que la generalidad de los hombres, capaz de levantar al señor Donoso Cortés á una altura donde nadie puede llegar como el genio no le dé alas. En España, donde no hay mas que vulgaridades, nada tiene de particular que un hombre que habla y escribe de una manera distinta que todos los demas, en lugar de pasar por un loco pase por una maravilla. Nosotros creemos que D. Juan Donoso Cortés es el D. Quijote de la filosofía. Ha llenado su cabeza de sistemas, como el loco de la Mancha llenó la suya de libros de caballería, y entre Vico, Michelet, Locke, Victor Coussin y Guizot le han hecho perder el juicio de tal modo, que si no se le sujeta á un plan higiénico bien meditado, va á dar mucho que sentir á las personas que bien le quieren. No se le consienta abrir jamas un libro; cuando hable de eclectismo, de sensualismo ó de espiritualismo, dése un giro á la conversacion que le distraiga de sus

incongruencias; tenga un amigo á su lado que haga las veces de Sanson Carrasco. Oblíguesele á callar ó á hablar como habla la gente; quítesele de la cabeza la manía que tiene de singularizarse. Convénzasele, si es posible, de que la Providencia ha dado á los hombres la facultad de hablar para que mutuamente se comprendan, y que él no se comprende á sí mismo. Dígasele que las cuestiones metafísicas, aunque sean una paradoja, han de tener un punto de partida preciso y la debida unidad para ser accesibles á la comprension, y que es preciso que resuelva una cosa ú otra, que elija este ó aquel sistema, que no haga un baturrillo de todos, que se ponga al menos en armonía consigo mismo. Si un sistema solo es difícil de comprender, ¿cómo se ha de comprender una confusion de sistemas desleidos? Eso en cuanto al fondo; en cuanto á las formas dígasele que no emplee términos altisonantes, y sobre todo que no se permita construcciones que la costumbre y el buen criterio rechazan. El que de este modo le hable es verdaderamente su amigo.

El genio inventa, ¿Donoso Cortés ha inventado algo? ¿Cree que es inventar zurcir retazos de todos los sistemas? Si al menos supiese conciliar entre sí los fragmentos que toma de cada uno y formase con todos ellos un sistema nuevo, admiraríamos su espíritu sintético y diríamos que ya que no tiene genio al menos tiene talento. Pero nada de eso; sus ideas incoherentes y cogidas al vuelo son una anar-

quia, una tempestad, un cáos; son un nada formado de todo; son un todo que no significa nada. No se encuentra en sus obras combinacion sino mezcolanza, locuras, no mas que locuras.

Y nótese que en las obras de arte la combinacion lo es todo; todo consiste en la colocacion. El alfabeto no tiene mas que 27 signos, y con estos 27 signos Victor Hugo hace una *Notre Dame*, Rousseau un *Emile* y Ovilo Otero la *Historia del Príncipe de la Paz*. ¿No hay diferencia entre esta última obra y aquellas? Pues con las mismas letras se forman las tres, solo que están distintamente colocadas. Decia un escultor eminente antes de empezar una obra, que ya la tenia hecha, que no le faltaba mas que quitar de la piedra lo que habia de quitar y dejar en ella lo que habia de dejarse. Es lo que no ha sabido comprender D. Juan Donoso Cortés al quererse formar un sistema con los sistemas de los demas. No ha sabido lo que habia de quitar ni lo que habia de dejar. Sin embargo, lo ha formado con mas materiales que los otros; tambien como Ovilo Otero ha tenido para sus obras un abecedario tan completo como Victor Hugo.

Donoso Cortés, lo mismo en literatura que en filosofía, tiene tan altas pretensiones, que no quiere pasar por discípulo aprovechado de grandes maestros, sino que quiere ser él mismo maestro, él mismo gefe de una secta; no se contenta con el titulo de apóstol, aspira á la gloria de Jesucristo, y eso es

lo que le ha vuelto loco. Estudiando mucho á Cousin, podia saber todo lo que dice Cousin; estudiando mucho á Locke, podia saber todo lo que dice Locke, *et sic de ceteris*, pero su ambicion no se satisface con eso; quiere como Cousin y como Locke brillar con luz propia. ¡Desgraciado! Quiere brillar y le falta luz. Quiere pasar por original y es un mal copista. Su cabeza es un reberbero de todos los sistemas, los cuales se confunden sin desarrollarse en su estéril celebro. No se le pida una idea nueva, ni siquiera una deduccion de las que ha adquirido. La filosofía está en su cabeza como una enciclopedia en un estante.

Sin embargo, como si el Sr. Donoso Cortés hubiese hecho algun grande descubrimiento, como si hubiese hecho dar un paso á la ciencia, como si saludable ó perniciosa hubiese producido una revolucion en el mundo científico, su biógrafo en la galería de hombres celebres le llama *fenómeno intelectual*. *Risum teneatis*. Con razon D. Francisco Orgaz se subleva contra tan insensata hipérbole, y pregunta: «¿Qué deben al Sr. Cortés las ciencias naturales? ¿Qué las sicológicas? ¿Qué bienes ha producido á la humanidad? ¿Qué descubrimientos ó qué reformas le pertenecen? ¿Ha escrito como Pascal algun sistema científico en su temprana edad ó en alguna época de sus dias? ¿Se ha levantado sobre sus contemporáneos como Kant y Locke entre los espiritualistas y sensualistas de sus respectivas épocas,

ó como Cousin, á pesar de su desacreditado sistema, entre los eclécticos del dia? ¿Qué obras científicas ha escrito? ¿Ha resuelto algun problema filosófico del mismo modo que Galileo el pensamiento de Pitágoras sobre el movimiento de la tierra, ó ha fijado como Newton alguna ley desconocida entre los físicos modernos? ¿Qué escuelas ha fundado? ¿qué escuelas ha combatido?»

Ciertamente, nos parece imposible que se hable del Sr. Donoso como de uno de esos hombres estraordinarios, cuyas glorias pertenecen á la humanidad. ¿Qué ha hecho, repetimos, que la humanidad tenga que darle las gracias, el Sr. Donoso Cortés? ¿Será acaso que sus doctrinas se hayan lanzado al porvenir para que otra generacion se alimente de ellas? Nada de eso, por mas que él al ver la esterilidad de sus lecciones, se haga la ilusion de que en el instante mismo de la aplicacion de una teoría no es posible tocar sus beneficios, y que entre el tiempo de arrojar las semillas y de recoger sus frutos media siempre un espacio mas ó menos dilatado. No, las generaciones venideras no deberán al Sr. Cortés mas gratitud que la actual. Él cree que sus doctrinas solo parecen vanas á los que no han sabido jamas hacerse cargo de que el mundo tiene una existencia colectiva, una existencia que viene á ser el conjunto de todas las existencias individuales; él cree que hay hombres que no conocen que cada generacion que pasa es no mas que un in-

significante período, un breve dia de la humanidad, y que cada siglo se va alimentando del que le precedió para á su vez servir él de alimento al que le sucede, y que esos hombres, incapaces de descifrar el enigma de la eternidad, son moralmente ciegos, y no pueden de consiguiente ver esta noble y santa mision que le ha confiado la Providencia de lanzar constantemente la humanidad hácia delante, sin que le manifieste escrito en parte alguna el *non plus ultra* del soberbio Alcides. Tal es sin duda el concepto que el Sr. Donoso Cortés se ha formado de sí mismo. No duda que la humanidad camina hácia su perfeccion como hácia el mar los rios, y que no hace mas que detenerse de cuando en cuando momentáneamente como el fatigado peregrino que se sienta un instante en la arena para tomar aliento y seguir su penosa jornada. Con todo, en uno de esos altos que hace la humanidad se dormiria tal vez para siempre rendida de cansancio, si un impulso secreto, parecido al que arrastra sin cesar al judío que negó su ayuda al Nazareno, no la obligase á marchar hácia delante hasta la consumacion de los siglos. Al parecer la Providencia con este obgeto se sirve de un hombre como de instrumento para conseguirlo, poniendo en sus manos la palanca que ha de empujar el mundo hácia su perfeccion, y el Sr. Donoso Cortés cree que es él el que en el siglo XIX tiene en sus manos esta palanca. Cree que su genio es el iluminado con un destello de la divina

sabiduría para que se sobreponga á la rutina y fuerce á los demas á que le sigan. Todas las revoluciones intelectuales y morales que sufre el mundo no reconocen otro movil que su genio osado y perspicaz. La sociedad abandonará los hábitos envegecidos para sustituirlos con otros que le parezcan á Donoso Cortés mas adecuados y convenientes, y cuando el señor Donoso muera, volverá á estacionarse por algun tiempo como si hubiese llegado á la perfeccion, que es el inasequible término de su viage; pero apenas haya conciliado el sueño, se levantará á su lado otro Donoso Cortés que le dirá *adelante* con una voz imperiosa que no podrá desobedecerse. Asi á impulsos de hombres como Donoso Cortés va marchando el mundo; asi navega la humanidad en un piélago sin orillas con la ansiedad de un niño que, hallándose en medio del Océano, aspira á llegar al estremo del horizonte sensible, y por mas que ande, se encuentra ocupando siempre el punto que corresponde perpendicularmente al cénit, siempre debajo del centro de la bóveda, siempre encima del centro de los mares. Esta imposibilidad de llegar á la perfeccion, unida á los deseos de alcanzarla, no permitirá que el sistema ó sistemas del Sr. Donoso se eternicen, ni tampoco los que sucedan á los suyos; el tiempo los irá borrando uno tras otro, como borran las olas la estela que deja un buque en pos de sí. Sin embargo, aunque cada época tiene sus exigencias y las exigencias de cada época reclaman un sistema nuevo, el Sr. Dono-

so Cortés está seguro de que el suyo será respetado por todas las épocas. Él no aspira, ni como filósofo, ni como poeta, á una popularidad vulgar, á una de esas popularidades desdeñadas por el verdadero talento, porque no siempre se hallan en consonancia con las exigencias de todas las épocas. Él se considera acreedor á algo mas que á la gloria que resulta de egercer con la pluma y la palabra alguna influencia entre los contemporáneos. Se siente con las fuerzas suficientes para adquirir la fama de esos grandes hombres que va formando el voto sucesivo de las generaciones y que los siglos la aumentan en lugar de disminuirla. Para él su inmortalidad no es ya un problema; la posteridad le venerará mas que sus contemporáneos, y su mérito no se discutirá como no se discute el de Homero.

Preguntémosle ahora en qué funda sus ilusiones. ¿Dónde está la clara luz de la esplendorosa antorcha que ha arrojado en medio de las tinieblas de la sociedad? Sus obras ni siquiera son dignas de figurar al lado de las que se escriben determinadamente para una época, pasada la cual quedan en los estantes de la librería del sabio como un mero objeto de curiosidad, á la manera de los embalsamados cadáveres de los héroes, cuyo sarcófago se visita sin pedirles ninguna de las hazañas que ilustraron su nombre.

Obras hay que permanecen en el mundo como una fuente inagotable donde todas las generaciones

van á beber la ciencia, la felicidad, la virtud; obras que sin cesar se consultan, porque cada una de sus líneas es un punto de partida de la humanidad que progresa, y no pueden considerarse como un adorno arquitectónico mas ó menos magnífico del gran edificio social, sino como una columna, una piedra angular, un cimiento. Así es como generaciones enteras se alimentan del pensamiento de un solo hombre, pensamiento que sufre transfiguraciones continuas, pero que en su fondo permanece siempre el mismo. De esta inalterable esencia gozan solamente las obras de aquellos genios colosales que, consagrados solamente á la verdad, se sirven de ella para mejorar la condicion humana. Algunos talentos secundarios redondean despues sus producciones, las amoldan al espíritu de su época, les dan una forma diferente; pero la obra del genio sigue siendo esencialmente la misma y egerciendo siempre un imperio que no se puede usurpar. Obras de esta naturaleza no son un monumento que levanta el genio para hacerse admirar á sí mismo; son pirámides de letras que no tienen época determinada porque pertenecen á todas, libros siempre nuevos por mas que pasen por encima de ellos siglos y mas siglos; son la creacion y el desarrollo de sistemas radicales que, como si hubiesen nacido de sí mismos, no tienen con ningun otro parentesco de ninguna especie, á la manera de aquellas verdades ignoradas que de pronto y con asombro de todo el mundo

las presenta evidentes la perspicacia y cálculo de un astrónomo, que con una sola palabra altera la faz de la ciencia y destruye todas las tradiciones consagradas por la edad y por el criterio comun.

Poner en parangon al Sr. Donoso Cortés con uno de esos grandes hombres seria demasiada locura. Los que no han leido mas que sus obras creen de buena fe que son originales y las admiran sin entenderlas. Sin embargo, ni siquiera puede contarse el Sr. Donoso Córtes entre esos talentos secundarios que acomodan á una localidad ó á una época las obras escritas en otras épocas y para otras localidades. Es un servil plagiario de nuestros contemporáneos. particularmente franceses, un zurcidor de sistemas que se ha empeñado en formar de retazos de todos una teoría original. Si el que ha escrito su apoteósis hubiese ojeado el *paralelo entre la literatura antigua y moderna*, de Ancillon, que se halla en sus *Nuevos ensayos*, sabria hasta qué punto son del Sr. Donoso los artículos sobre el clasicismo y el romanticismo que nos vendió por originales en *el Porvenir;* si hubiese leido el prólogo de M. Michelet á la *Sciencia nuova*, no diria del Sr. Donoso Cortés que sus artículos sobre la ciencia nueva de Juan Vico, son el trabajo mas completo que se ha hecho en el mundo sobre cuestiones sociales; si hubiese estudiado las producciones de Fonfride, sabria que son de este y no de su favorecido las *consideraciones sobre la Constitucion de 1837*;

sabria que son de Guizot y de Cousin sus lecciones de derecho político, si hubiese leido á Cousin ó á Guizot. ¡Qué modo de robar! ¡qué no haya un presidio para esos saqueadores literarios! ¿Estamos en Sierra Morena?

¡Al menos pudiese el Sr. Donoso Cortés, cuando se le echan en cara sus plagios, decir como Sackspeare: «Era una jóven á quien he sacado de la mala sociedad para hacerla entrar en la buena.» Pero no, no; los plagios del Sr. Donoso no están metidos entre originalidades sino entre otros plagios, y en esta transposicion las ideas lejos de mejorar sufren menoscabo.

Los que se han empeñado en hacer un filósofo de D. Juan Donoso Cortés, ignoran sin duda la mision del filósofo en el siglo XIX. La filosofia está destinada en cada época y en cada pais á oponerse á las pasiones, á las supersticiones y á los vicios dominantes. En cada época y en cada pais la sociedad revela ciertas tendencias que la caracterizan y se crea un ídolo á que sacrifica todos sus afectos y que preside todas sus acciones. Hubo un tiempo en que sobre todos los sentimientos prevalecia el fanatismo religioso, que conducia á los mas sanguinarios escesos. El hombre tristemente alucinado pretendia inocular con un puñal en el corazon de sus hermanos sus exageradas crencias, y este proceder espantoso ningun influjo egercia sobre las conciencias ilustradas, pero obligaba hasta á los mas incrédulos á afec-

tar con esterioridades los sentimientos que dominaban á la generalidad, y la hipocresía prestó su máscara hasta á los ateos y hereges. Hubo un tiempo en que el patriotismo ahogó todos los demas afectos en el alma de los pueblos, quienes no reconociendo otro Dios que la nacion, perennemente regaban con sangre las aras de este ídolo. Hubo un tiempo en que los hombres envilecidos besaban sin repugnancia las plantas de sus señores, y consentian en alimentarles con el sudor de su rostro, recompensando de este modo las afrentas que les hacian devorar. No es posible citar unos tras otros los defectos de que cada sociedad ha adolecido, ni cumple tampoco á nuestro propósito ir á buscar la humanidad en su cuna y seguirla hasta nuestros dias para descifrar las tendencias de cada época. Es indudable que tales tendencias existen y que el espíritu del mal en cada época invadió el mundo bajo una forma diferente.

Los filósofos, es decir cuantos de buena fé pretenden vivificar el alma y desenvolver la inteligencia de los pueblos, estimulados por el deseo de mejorar la sociedad humana, deben conocer perfectamente las inclinaciones de la generacion á que pertenecen, los vicios que en ella imperan y virtudes que á tales vicios deben oponerse, los sentimientos que es necesario adormecer y los que es indispensable dispertar para dirigirse con esperanzas de buen éxito al santo fin de su difícil mision. Si

un Sila oprime al pais, enseñen á los pueblos la dignidad del hombre que no ha nacido seguramente para vivir acorralado y sujeto al látigo de un señor, é inspírenles los sentimientos de aquel niño entusiasta que pidió á Sarpedon una espada para libertar á su patria del verdugo que la oprimia. Si el indiferentismo ha muerto las semillas de la religion en el seno de la sociedad, enseñen á los pueblos que el hombre no acaba en un sudario, y derramen en su corazon doctrinas que les alienten con el sentimiento de lo infinito y con la risueña esperanza que nunca abandona al que peregrina por este valle de miserias, si está alumbrado por la antorcha de la fé. Donoso Cortés, que ha usurpado el título de filósofo y se ha constituido en maestro del pueblo, ya sea que participe del contagio general, ya sea que permanezca dócilmente sujeto á la rutina inventada y sostenida por una aristocracia que debe su desarrollo á la ignorancia y á los mismos vicios de la sociedad, en lugar de apartar al pueblo de los escollos en que puede estrellarse, transige con todas las tendencias y preocupaciones, dejándose arrastrar por el torrente de males que lo devora todo. Un filósofo debe ser mas fuerte que todas las malas ideas; debe luchar con brío contra todas las malas inclinaciones, y ha de tener una virtud para hacer frente á cada vicio, una verdad que oponer á cada error, y no ha de fomentar ninguna mala pasion aunque se halle sancionada por el comun consentimiento. ¿Tiene

Donoso Cortés la independencia y energía de carácter que reclama tan noble empeño? ¿Qué puede esperarse de un filósofo que en el siglo XIX se ha hecho marqués? Bien conoce el espíritu del siglo.

En la actualidad en que el amor al oro absorve todos los nobles instintos, la filosofía debe conducir á los hombres al desinteres y al desprendimiento. El ansia de poseer, de acumular riquezas, devora todos los corazones y ahoga en la mayor parte todos los sentimientos humanos. De aquí es que la influencia de la inhumanidad se deje sentir en todos los resortes que mueven la máquina social; la política es cruel, las leyes son duras, y apenas hay gobierno que no deje al pasar huellas de sangre. *Amar* y *creer*. Este principio de vida, este principio salvador, está borrado por el egoismo que separa á los individuos y mantiene las sociedades en perpétua hostilidad. Nadie busca sino lo que puede ser útil á su individuo aunque menoscabe la felicidad de otro; con tal que se consiga el fin, nada importan los medios; la conveniencia propia es el esclusivo obgeto, la sola regla, la única ley. Los hombres han perdido sus creencias, ó por mejor decir, cada cual no cree mas que en sí mismo; y en lugar de contribuir todos al bien general, solo piensan en el modo como contribuirá la generalidad al bien particular de cada uno. En otro tiempo habia varios centros que se llamaban naciones; este nombre persiste todavía, pero de hecho y esen-

cialmente las naciones han desaparecido, y no porque todas se hayan refundido en una, sino porque cada hombre se ha convertido en esclusivo centro de sí mismo. Y sin embargo, lo mismo el que descenderá al sepulcro sin haber podido comprar un pedazo de piedra en que se inscriba su nombre, que el que morirá abrazado con un cofre lleno de oro, todos tienen interiormente el sentimiento de su miseria, y para debilitar la triste impresion á que su nada les condena, no piden un destello de fé que les haga adivinar un espacio infinito, una existencia eterna, un porvenir interminable; no piensan en darse cuenta de su propio ser enlazándolo á los divinos planes del autor de la creacion; nada de eso conciben, nada de eso quieren concebir; buscan en la materia el olvido de todos sus males, sin que conozcan otros bienes que los que tienen una relacion directa con el goce de los sentidos. Y como los bienes materiales no son como las riquezas del alma, que el que las comunica no se desprende de ellas, y de consiguiente pueden distribuirse con equidad y poseerse simultáneamente, el ansia de atesorarlos hace á los hombres antagonistas, y produce esa enemistad permanente que socava la sociedad por sus cimientos.

¿No hemos descubierto con lo que acabamos de decir el orígen de la infelicidad actual, la causa de la fiebre que abrasa la generacion presente? ¿Qué puede, pues, pedir á un filósofo el siglo XIX? ¿No

seria mejor que el señor Donoso Cortés, en lugar de constituirse paladin de un pasado que en vano se esfuerza en sostener con las armas de su plagiado eclectismo, consolase á la sociedad convenciéndola de que sus males nunca son como los de un individuo que pueden hacerse incurables ó mortales? ¿Ó no sabe el señor Donoso Cortés que la humanidad, aunque parezca moribunda, aunque esté en el borde del sepulcro, nunca es un enfermo desahuciado? En medio de las incesantes luchas que la debilitan, el que tiene ojos de filósofo nota cada dia mas luminosa una comun tendencia que anuncia su próxima unidad, y aunque vea el alma esclava del cuerpo, no duda que el espíritu acabará por triunfar de la materia. No hay mas filosofía admisible que las leyes evangélicas de fraternidad y amor. El odio que los hombres se profesan no es instintivo, no es natural; es hijo del individualismo que les separa, porque concentra á cada cual en sí mismo, haciéndoles de este modo descender á todos mas abajo de los animales inferiores, los cuales, á mas de las leyes particulares, obedecen sin saberlo otras que se refieren al todo, y sin las cuales desapareceria el principio de órden establecido por la omnipotencia providencial.

Lo demas son paradojas. Quisiéramos sin embargo que el Sr. Donoso fuese al menos uno de esos utopistas ingeniosos que prueban su amor á la humanidad y su deseo de trazarla un porvenir mejor, al mismo tiempo que se empeñan en hacerla pasar

por un camino intransitable. En medio de los errores de su imaginacion, sus esfuerzos cuando menos deben ser tan aplaudidos como los de los escritores que consagran los vicios de la sociedad en lugar de procurar bien ó mal su estirpacion, porque una doctrina, aunque sea equivocada, nunca es del todo estéril, cuando está sugerida por el deseo de producir un bien. ¿Quién duda que las utopias de Platon y las paradojas de Rousseau han sido mas beneficiosas al género humano que la filosofía de Cousin y de Guizot, creada ex-profeso para oponer una resistencia desesperada al torrente de las ideas?

La filosofía no debe, no puede tener mas que una tendencia, no le es lícito aspirar á mas que á poner en la mayor armonía posible las leyes de la sociedad con las de la naturaleza. En el estado en que la sociedad se encuentra seria temeridad querer establecer desde luego este acuerdo de una manera absoluta. El hábito lo ha alterado todo tan profundamente y egerce en todas partes un dominio tan poderoso, que se necesita mucho tiempo para debilitar su influjo, y aun asi las ventajas que sobre él obtenga la naturaleza menos serán una victoria que una capitulacion honrosa, una transaccion, un convenio, si puede decirse asi, hecho con el solo obgeto de no perderlo todo. Rousseau, que considerando imposible la alianza del bien con el mal y creyendo que por sí es un mal la sociedad, no admite entre esta y la naturaleza ninguna esti-

pulacion, pues ninguna hay á su modo de ver capaz de ponerlas en armonía, en obsequio á la última exagera demasiado los vicios radicales de la primera, lo que no es admirable si se atiende al estado de reaccion en que se hallaba el espíritu del inmortal filósofo que le hace condenar á su discípulo á un completo aislamiento, que le obliga á envidiar la existencia monotona del morador del desierto, y le fuerza á decir en una de sus mas bellas páginas que el aliento del hombre es mortal al hombre, y que esto debe entenderse lo mismo en sentido propio que en sentido figurado. Pero en medio de su exagerado esclusivismo, ¡cómo brota de todas sus líneas su amor á la humanidad y al autor de todas las cosas! Este amor quisiéramos que infundiese la escuela, no de Donoso Cortés, porque Donoso Cortés á fuerza de pertenecer á todas las escuelas no pertenece á ninguna, sino la escuela de esos filósofos que Donoso Cortés ha copiado, y que le han vuelto completamente loco. ¿Qué nos importa la misantropía, qué nos importa el esclusivismo á favor de la naturaleza del filósofo de Ginebra? Cuando se establece un sistema para oponerlo á todos los existentes, es siempre estremado, siempre absoluto; para contrarestar el *no* no se tiene mas que el *si*, para contrarestar el si no se tiene mas que el *no;* en una lucha de esta especie todos los términos medios quedan proscritos; no hay tregua, no hay cuartel; el sistema que quiere reemplazar á los existentes

se coloca para derribarlos en una oposicion diametral, sin reformar los otros con algo suyo, ni admitir ninguna modificacion que venga de los otros. Semejante esclusivismo está en la esencia misma de las reacciones, que son siempre violentas, siempre iguales al menos á la accion que las provoca, y tanto mas fuertes cuanto mas tardías. El Emilio es una verdadera reaccion contra todas las prácticas establecidas, es la misma naturaleza reaccionada contra la sociedad que para nada contaba con su soberano influjo.

Examínese si no la época en que el hijo de Ginebra arrojó en medio de las tinieblas del alma su antorcha luminosa. Examínese la Francia de Luis XV, que es el terreno escogido por el filósofo para plantar en él el árbol de la verdad y de la libertad, cuyas ramas con el tiempo han de cobijar todo el mundo. La corrupcion habia llegado á su colmo, y mezclada con las preocupaciones de la edad media, formaba una amalgama compuesta al parecer de todo lo malo de todos los tiempos. Si algun amor se tenia á la ciencia, no nacia del deseo de saber, sino del deseo de lucir; la ciencia estaba de moda en los elevados círculos, y como era preciso, lo mismo que ahora, sujetarse á los caprichos de esta falsa deidad, los nobles se hicieron pedantemente enciclopédicos, y viciosos como eran, empleaban sus superficiales conocimientos, ó por mejor decir, sus pretensiones de sabios en dar á la crápula cierto brillo con que creian

hacerla menos repugnante. La incredulidad de Arouet era el único sagrado donde se refugiaba el alma acosada por el tedio ó los remordimientos, y de esta manera buscaba en un lupanar el descanso de las fatigas causadas por los vicios. Donde quiera nobles por la gracia de Dios entregados á la licencia; donde quiera filósofos por la gracia de Voltaire canonizando la sensualidad de los nobles. Y en medio de todo el materialismo en que una parte de la sociedad se abismaba, otra parte estaba embebida en los milagros de San Páris, siendo estos tan ridículos á los ojos de un hombre despreocupado, como era aquel materialismo repugnante á los ojos de un hombre virtuoso.

Los unos carecian de conciencia, los otros la tenian poco ilustrada. La razon estaba aletargada en estos; en aquellos el alma dormia como en un sepulcro, y era Rousseau, era el hijo de un pobre relojero el destinado por la Providencia á despertar el alma y la razon. Nunca el cielo ha escogido para mision tan sublime un hombre tan eminente. Con una austeridad digna de Plutarco, con una tendencia á lo infinito que solo en Sócrates podia hallar rival, con un amor al pueblo de que solo nos ha dado egemplo Jesucristo y con una elocuencia de que nadie nos lo ha dado todavía, opone una educacion establecida sobre las mismas leyes de la naturaleza á la disolucion general, y forma con los derechos y los deberes una doctrina preciosa cuya

base es la naturaleza misma, cuyos resortes son la virtud y cuyo fin es la felicidad.

Si tal fuese la base, si tales los resortes, si tal el fin del embolismo del Sr. Donoso Cortés, en honor de sus buenas intenciones le perdonaríamos que como Rousseau viese la sociedad al trasluz del prisma de una misantropía que se la presentase con los mas negros colores. ¡De qué indulgencia no es digno un escritor como Rousseau! En sus accesos de melancólica mania hace á la sociedad responsable de todos los males que afligen á la humanidad, y huyendo de ella como de un espectro que en todas partes le persigue, se arroja en brazos de la naturaleza, y en ella busca la bienaventuranza que le niegan los hombres. En este estado de reaccion parece que trata de hacer buscar los goces de la vida en el egercicio de los salvages, y lógico hasta en sus delirios hace triunfar en la arena de la discusion todas las exageraciones de su imaginacion enferma.

¡Qué no sea como la de Rousseau la locura de Donoso Cortés! Rousseau tiene la mania de aborrecer la sociedad porque es mala; Donoso Cortés tiene la mania de organizar á su manera la sociedad para que sea peor de lo que es. Nosotros no creemos como Rousseau que sea menester destruir la sociedad para curarla, sino irla sujetando gradualmente á la ley que por su desgracia ha infringido, restablecer entre ella y la naturaleza un po-

deroso acuerdo sin el cual cada uno de los que la forman, puesto en pugna consigo mismo, queda condenado á la inaccion de un esclavo que tiene que obedecer á la vez las contrarias exigencias de dos amos, y se siente destrozado sin cesar por fuerzas escéntricas y antagonistas.

La naturaleza formó la sociedad por medio del amor; el amor fué el primer lazo que unió á los hombres entre sí, lazo sagrado que ha sido roto desgraciadamente y reemplazado por otros menos santos. Ahora los hombres viven juntos, porque el interes de cada uno les obliga á ello; no es un cariño fraternal, un afecto de familia, el que impide que la sociedad se disuelva; la conviccion que tiene cada cual de su impotencia obliga á un individuo á no permanecer aislado y á robustecerse con el auxilio de los demas, y á medida que el hombre se va apartando de la naturaleza, se crea necesidades que le ponen mas de manifiesto su debilidad y vuelven mas indispensable á su bienestar el concurso ageno. Asi se esplica como pudieron los hombres permanecer unidos despues de haber desaparecido los preciosos vínculos á que se deben todas las sociedades primitivas. Hoy existen todavía estas sociedades en virtud de un interes comun formado por el particular de cada uno que impide que se disuelvan, y este interes, lo repetimos, no es un espíritu de fraternidad, no; es el egoismo que ha reemplazado al amor, el cálculo que ocupa

el lugar de la filantropía. Los hombres que antes se pusieron en contacto para prestarse un apoyo recíproco, hoy se asocian para esplotarse mútuamente. Sienten tal vez en su corazon la fuerza repulsiva de un ódio reconcentrado, pero el egoismo, mas poderoso que todos los odios, goza de un poder de atraccion que contraresta su influencia.

Considerada la sociedad bajo este aspecto, es indudablemente un monstruo que se devora á sí mismo. Los que la forman se acercan unos á otros y se abrazan como dos combatientes que ansían acortar las distancias que les separan para clavarse el acero en el corazon; permanecen unidos á su pesar á la manera de los dos estremos de una vara de acero que se mantienen en contacto por medio de una ligadura que la elasticidad no puede romper. Esta ligadura en la sociedad es el egoismo, vínculo terrible que une un hombre á otro como un reo á la horca, y que sirve de dogal á todos los afectos tiernos. En este sentido la sociedad á los ojos de un verdadero filósofo es tan repugnante, que no es admirable que Rousseau tratase de evitar su presencia, aunque para conseguirlo tuviese necesidad de condenarse á un absoluto aislamiento. Pero si la sociedad se ha conducido á un punto donde no le llamaba la naturaleza, si sus lazos de cariño han sido reemplazados por los de un individualismo estremado, ¿cuál otra puede ser la mision de un filósofo que procurar que vuelva de nuevo el amor á reemplazar el

egoismo? Donoso Cortés dirá sin duda que él no desconoce mision tan sublime, pero que esta mision toca desempeñarla á Lamennais, á Luis Blanc, ó á otro de los que no han pensado nunca en que se les haga marqueses, ni en que se les llame escelentísimos. En realidad, mal camino le trazamos al Sr. marques de Valdegamas para abrirse paso hasta los salones de la aristocracia. La esperiencia le ha confirmado en la idea de que adoptó la mejor filosofía del mundo para hacer su negocio. Él con sus teorías ininteligibles no producirá muchos bienes á la humanidad, pero se los producirá á si mismo y Cristo con todos.

A la humanidad no le producirá muchos bienes, pero, francamente, tampoco le producirá ningun mal. No son las obras de las medianías las que producen efectos que transciendan al género humano. Las del Sr. Donoso Cortés, buenas ó malas, tienen el mérito singularísimo de que nadie las comprende, ni él tampoco; de consiguiente no pueden hacer bien ni mal. ¿No es eso lo que se llama ser profundo? Nosotros al menos, cuando leemos un escrito del novel marques lo entendemos lo mismo que si estuviese en griego. Y ciertamente, sin blasonar de hombres de grande inteligencia, bien podemos decir que cuando nosotros no comprendemos los escritos del Sr. Donoso, la mayor parte de los que pudieran leerlos, si los leyesen, se quedarian en ayunas. Creemos en la escala intelectual ocupar cuando menos el término medio entre el estúpido y el sobresa-

liente. Comprendemos perfectamente á Platon, á Lamennais y hasta las parábolas de la Apocalipsis, pero no comprendemos á Donoso Cortés. ¿Será mas profundo este señor que Túsculo y que Rousseau? Sin embargo, esos dos grandes filósofos no han escrito una sola linea inaccesible á nuestra penetracion. Pero el Sr. Donoso dirá que él no escribe para nosotros. ¿Para quién escribe, pues? ¿Para hombres superiores á nosotros? Eso querria decir que escribe para hombres superiores á sí mismo. ¿Para hombres que le sean inferiores? Si nosotros no le comprendemos, mal le comprenderán estos. De todos modos lo que escribe es inútil. Los que saben menos que nosotros no le entienden, los que saben mas para nada necesitan sus lecciones. Somos hombres de carrera; sin ser profundos en ninguna ciencia, no somos profanos en ninguna; estamos algo versados en las naturales y en las abstractas, y si se nos ocurre hojear un libro del Sr. Donoso, nos perdemos en un laberinto, nos hallamos en un caos, nos vemos obligados á confesar que ó nosotros somos estúpidos ó el Sr. Donoso es loco. Claro está que el dilema lo resolvemos de la manera que menos aja nuestro amor propio. ¿Pero esa oscuridad, esa impenetrabilidad, esa impermeabilidad del señor marques de Valdegamas, depende de las ideas ó de las formas de sus producciones? ¿Está en la esencia de sus concepciones ó solamente en el lenguage? Si está en lo primero, es mas profundo que Pascal.

porque nosotros entendemos á Pascal; si está en el lenguage, es mas campanudo que el mismo Góngora, porque nosotros entendemos á Góngora. Hemos mas de una vez descifrado geroglíficos; pocas charadas, con tal que hayan estado bien hechas, se han resistido á nuestra análisis; hasta los *rebus*, con que dan tortura á la paciencia y al ingenio de sus lectores algunos periódicos franceses, se han revelado á nuestro ingenio y á nuestra paciencia, á pesar de las dificultades que ofrecen las palabras estrangeras representadas por figuras, y con todo eso, que prueba que no somos de los mas incapaces de comprender las cosas, ni de los que tienen menos empeño en salirse con la suya, la metafísica del Sr. Donoso Cortés ha triunfado de nuestra asiduidad. Nos ha hecho concentrar horas enteras toda la fuerza del pensamiento en una de sus líneas, y no hemos sacado de nuestra perseverancia mas que dolor de cabeza.

A muchos les habrá sucedido otro tanto. El mismo Gonzalez Brabo, ese gran personage que ha sido nada menos que embajador y presidente del consejo de ministros, juzgó al Sr. Donoso Cortés del mismo modo que nosotros. El Sr. Donoso Cortés fué director de un periódico titulado *El Porvenir*, y despues lo fué de otro titulado *El Piloto*, del cual apenas se anunció hizo el *Guirigay* el siguiente juicio:

«El partido de la *ciencia* y del *entendimiento*, que

por mas que araña no puede nunca hacer cosa buena, á pesar de tantos desengaños como recibe y de que ya no hay quien no conozca sus virtuosos intentos, ha creido conveniente insistir en sus artificios de comedia casera y esplotar la mina periodística publicando desde primero del mes entrante un papelito que será, á lo que nos han dicho, el segundo tomo del cultísimo *Porvenir*, que nadie pudo comprender y murió de puro sabio, y llevará, sin duda por antífrasis, el título de *El Piloto*.

«*El Piloto*, sí, señores; como quien dice, el que dirige el timon, el práctico, el que puede salvar la nave que zozobra; aquel, en fin, sin el cual es imposible hacer frente á las borrascas, evitar los arrecifes, pasar felizmente las barras y huir de los escollos que el turbulento mar de las revoluciones presenta. ¡*El Piloto!* La España va á tener piloto; un piloto periódico que saldrá todos los dias á decirnos el como y el cuando de todas las cosas, sin que nadie logre entenderlo.

«Porque repárese que el director del nuevo *papelito* es nada menos que el Júpiter tonante del olimpo inteligente; es la individualidad fiera y solitaria del Congreso; es, finalmente, un hombre Donoso en el hablar, Cortés en lo entendido; tan Donoso que hace reir á carcajada suelta, tan Cortés que con ningun otro puede confundirse. Malas lenguas de víbora la dieron en llamarle *Quiquiriqui;* nosotros reprobamos altamente este apodo, indigno de la ele-

vacion filosófica enfática de tan estupenda cabeza; nosotros rechazamos este alias de tan mal gusto, porque nos huele á cosa de gallinero, y porque nunca las gallinas han pedido cantar como los gallos. El Sr. Donoso no es, y téngase por entendido, un *Quiquiriqui*, y el que sustente lo contrario, es una individualidad follona de siete suelas.»

El Sr. Donoso Cortés no solo es filósofo sino tambien poeta. ¡Cuando decimos que es un cajon de sastre! El picarillo tambien cuenta sílabas..... ¡Ola! ¡Ola! es un genio universal. Pero si en prosa no se le entiende, ¿cómo diablos se le ha de entender en verso? Pudiera decir lo del otro: «Lo diré en latin para mayor claridad.»

Su encomiador en la biografía que de él ha hecho en la GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES presenta como muestra del ingenio de su favorecido la siguiente

ELEGÍA.

Tú que elevando la tranquila frente
Marchas de luto y de silencio *llena*,
Y tu estrellado velo
Tiendes, ó noche, en magestad serena
Por el *fulgente* cielo,
Dulce concede *plácida* acogida
En tu regazo blando
Al que cansado de arrastrar la vida
Bajo el peso fatal que *su alma agovia*

Respira sollozando.
Todo es reposo en tí: por *blandas* flores
Aqui el arroyo su cristal desata,
Contemplando en su curso perezoso
Tu carro adormecido y *silencioso*
Coronado de sombras y de plata.
Y *mas allá*..... ¿qué lúgubre gemido
Tu hondo silencio á quebrantar se atreve?
¿Será tal vez el viento que escondido
Manso susurra entre la rama leve
Depuesto ya su furibundo ceño?
¿O la tímida virgen que suspira?
¿O el eco plañidor de infausto sueño?
Mas no: un sepulcro solitario miro:
El genio del dolor el himno canta
Que al fuerte eleva y que al feliz espanta.
¡Salud, paz del sepulcro! en tu hondo seno
Sorda enmudece la profana lira,
Horror no causa el espantoso trueno
Y la voz del placer helada espira.
¿Quién en su abismo cóncavo se esconde?
El *inspirado son del plectro* mio
Rompe el silencio del sepulcro frio.
Eternidad, responde.
Purpúrea faja retiñó sangrienta
La luna tibia y su esplendor cubria
Con fuego misterioso;
El rayo cruza el aire, *brama el trueno*,
Y ella en su curso lento parecia

Mancha de sangre sobre azul sereno,
Con *sonante fragor* rómpese en tanto
La losa sepulcral, y en el momento
Mi vista *se hunde en su profundo asiento.*
Lo que entonces miré digalo el llanto
Y el concertado son del triste canto.
Bella como entre nácares llevada
Pálida reina de la noche umbrosa,
Que de blancos jazmines coronada
En la trémula fuente *se reposa,*
Vi en el cóncavo seno de la tumba
Una beldad que en plácido desmayo
Estar me parecia
Como la rosa que parece en mayo
Al espirar el moribundo dia.
¿Quién con su aliento emponzoñado *pudo*
Helar el seno que antes palpitaba,
Ajar el blanco *lustre en que brillaba*
Y *cortar* de su vida el *bello nudo?*
Esto dijo: y lanzando *hondo* gemido,
Quien la beldad en el abismo esconde,
Un eco me responde,
Es quien en luto y destruccion se goza
Y en el yermado campo de la vida
Emponzoñado sella
Con dura planta *inestinguible huella.*
Tú que el silencio del sepulcro rompes
Alza la frente y mira
Como espantoso en el espacio gira

Pavoroso estampido
Rueda sonando entonce en occidente.
Las alas agitando,
Hórrido monstruo, la nublosa frente
Pálida y sola ostenta
En medio al aire infecto que respira;
Y en el suelo su sombra delineando
Entre las nubes espantoso gira;
Cual negro torbellino
De horrores precursor hiende la esfera
Que *en luto tiñe* su fatal carrera.
Como *tormenta muda*
El *silencioso* pasa
Fatídico esplendor de ardiente rayo,
Que nace y muere y cuanto mira abrasa;
¿Pero qué acento dulce y melodioso
Como el último son de harpa que gime
Hiere mi pecho que el *dolor oprime*
Con eco misterioso?
Allí un ciprés... su solitaria rama
Que el viento suave mece
Con la nocturna llama
Y al vapor de la tumba se alza y crece.
¡Una lira tambien!... ¿porque tus cuerdas
¡Ay! mudas yacen, y la voz del viento
Solo susurra en ellas
Con monotono acento
Al pálido brillar de las estrellas?
Y tú que silencioso y reclinado

Sobre la rama fúnebre suspiras,
¿Eres el genio de la *noche airado*
Que los vapores de la muerte aspiras?
Y si eres un mortal, ¿por qué do crece
Mustio ciprés y solitaria rosa,
Que el viento de la tumba solo mece,
Tu vacilante planta *se reposa*?
«Lloro infeliz á mi perdida esposa.»
Un rayo entonces la tranquila luna
Lanzó por entre el fúnebre ramage;
Luciendo desmayado,
En su pálida frente se retrata.
Al *deslizar* callado
Orla parece de luciente plata
O de nieve sutil copo *encarnado*.
Al dudoso brillar con que le hiere
No miro que el laurel sacro se ciñe,
Que verde fué, *pero marchito muere*.
Claro y luciente acero
Brilla á su lado; *en tersos resplandores*
Refleja en el guerrero
El lustre y sacro honor de sus mayores.
¡Hijo del canto! La callada lira
¿Por qué dada al olvido
Tan solo lanza funeral gemido,
Y no los *himnos del dolor suspira*?
Alto procer de Iberia,
Al *funesto gemir* dado tan solo,
¿El plectro romperás que te dió Apolo?

¿La frente humillarás al infortunio
Que tu seno devora?
La musa es el dolor, vate el que llora.
Cuando en torno á su frente laureada
Nube espantosa pálida se mece,
Y del *rayo humeante* acompañada
El mortal que la mira se estremece,
Entonces mas seguro
Alza la voz, y el sublimado acento
Lleva sonando el viento
Hasta el abismo oscuro.
El abismo le escucha ensordecido,
La destrucion le inspira,
La destrucion tambien suena en tu lira.
¿*Porque lanza tu pecho hondo gemido*?
No goza ya la luz del claro dia
El dulce encanto de la lira mia.
Mis dedos ¡ay! las cuerdas ya no hieren,
No ya los vientos mi cantar elevan,
Ella murio. *La tumba es el destino.*
Asi las sombras de la noche mueren;
Asi los rios *á la mar se llevan*
En su fatal camino...
Probó á cantar, pero la voz helada
Murió en el pecho frio,
Y con sordo gemir solo responde
Al destemplado son del canto mio.

Al leer la composicion que acabamos de trans-

cribir casi sentimos haber tratado con tanta dureza al bachiller Guindilla. Al cabo el bachiller no goza de ninguna reputacion usurpada: sus contemporáneos no le han señalado ningun puesto en la república de las letras, ni hay uno solo que diga de él que ha bebido la mas mínima gota de agua en el manantial purísimo de Aganipe. Pero el Sr. Donoso Cortés es hombre que lo mismo como poeta que como filósofo tiene mas de cuatro admiradores; los que le rodean se levantan de puntillas para verle la cara, y alguno hay tan bárbaro que está persuadido de que lleva la delantera á Zorrilla en el Helicon, y que el mismo Herrera tendria necesidad para llegar á él de una escalera de mano. Sin embargo, obras son amores y no buenas razones, y nosotros que juzgamos á los escritores por los escritos, sin deferencia y sin antipatía de ningun género, nos vemos obligados á decir que Donoso Cortés, que es tan pobre filósofo, es todavía mas mísero poeta. En la poesía que hemos examinado, hemos señalado los defectos con letra cursiva, y créannos nuestros lectores, hemos sido muy indulgentes. Si hubiésemos querido ser severos, si hubiésemos tratado de aplicar á la composicion sugeta á nuestro criterio todo el rigor de las leyes, nos hubiéramos visto obligados á proscribir de las cajas toda la letra redonda. ¡Cuántas vulgaridades le hemos perdonado! ¡cuántas faltas de castellano! ¡cuantos ripios! ¡cuánta redundancia! ¡cuánta cacofonía ¡cuántos pleonasmos! ¡cuántas y cuantas

docenas de barbarismos! ¡Qué modo de confundir los verbos intransitivos con los recíprocos! ¡Qué modo de confundir los recíprocos con los intransitivos! Y no queremos ocuparnos de las faltas de gramática, de los epítetos mal aplicados, de la inexactitud, vulgaridad y falso color de las imágenes, ni tan siquiera de los muchos versos duros, de los muchos versos prosaicos, de los muchos versos que son pura prosa y de los muchos que no son prosa ni verso. El único mérito que tiene la composicion es que nadie la entiende y que de todo se ocupa menos del objeto á que su autor la dedica. Se necesita advertir al lector que es una elegía compuesta con motivo de la muerte de la duquesa de Frías para que sepa que es una elegía. Por la simple lectura no hay alma viviente que lo conozca. Y no se crea que sea una composicion mala escogida entre muchas buenas del mismo autor. Prescindiendo de que es imposible que haga una buena poesía el que ha hecho una poesía tan mala, debe tenerse presente que todas las composiciones poéticas del Sr. Donoso Cortés caben en una cuartilla de papel sin necesidad de meter mucho la letra. Su biógrafo, sin embargo, el mismo que cita como un modelo de buen gusto y de esquisita versificacion la detestable cosa que hemos transcrito, le hace autor de una tragedia que no llegó á concluir titulada *Padilla*, y de un canto épico titulado *el cerco de Zamora*. ¿Qué se han hecho esas dos maravillas? Nadie lo sabe y nadie lo

sabrá, porque no creemos que nadie se tome por encontrarlas la molestia que se ha tomado el incansable descubridor del *Buscapié* de Cervantes. ¡Es cosa bien rara perderse la obra original de un escritor contemporáneo! ¿Cómo el Sr. Donoso no confió á la imprenta el secreto de su precioso manuscrito? Antes de la prodigiosa invencion de Guttemberg, la lamentable pérdida de las elevadas concepciones del espíritu humano tenia muy fácil esplicacion, pero en el siglo XIX perderse dos obras del Sr. Donoso Cortés, que es como decir apagarse dos luces del mas radiante farol de la suprema inteligencia, es un misterio tan triste como oscuro que nadie puede comprender y que todos lo debemos llorar. En vano dicen algunos que el Sr. Donoso destruyó sus manuscritos convencido por algunas personas, cuyo voto era de mucho peso, de que sus concepciones eran abominables, pero por malas que fuesen, ¿habian de serlo tanto como la elegía de que nos estamos ocupando? ¿Cómo pues no fué con esta tan inexorable como con aquellas? ¿O cómo no fué con aquellas tan indulgente como con esta? No lo sabemos, pero si hemos de juzgar las unas por las otras, bien podemos asegurar que las composiciones del Sr. Donoso condenadas por él mismo á un olvido perpétuo son tan malas que no pueden ser peores.

Tampoco falta quien dice que el señor Donoso votó la muerte de los hijos de su entendimiento, porque eran ecsaltadísimamente liberales, y quiso que

desapareciesen los testimonios de su antiguo republicanismo y chocante conversion. Bien puede ser. ¿Qué se diria de todo un marques de Valdegamas, de todo un secretario de doña María Cristina, si se le pudiesen echar en cara composiciones patrióticas? A mas de que para su corona poética no necesita mas flores que la elegía; esta sola composicion basta para cubrirse de hiedra y de laurel desde el sincipucio hasta el tendon de Aquiles.

Pero la elegia á la duquesa de Frias no la compuso para entregarla á las llamas. Salió de su cerebro como una emanacion directa de Dios, con todos los requisitos de la inmortalidad. Tan convencido estaba él de su mérito, que la hizo incluir en la corona funebre dedicada á la duquesa de Frias por todos los poetas *de elite*, como dicen los franceses, que florecian catorce ó veinte años atras en el suelo español. Quintana, Gallego, Vega, Martinez de la Rosa y otros muchos pusieron una flor en esta corona. Todos escribieron su composicion, y todos al pié de ella pusieron su nombre. El Sr. Donoso no habia de ser menos. ¿En qué época de su vida no se ha hecho el Sr. Donoso la ilusion de que es un grande hombre? La composicion á que nos referimos, si no revela el ingenio del Sr. Donoso 18 ó 20 años atras, prueba cuando menos que 18 ó 20 años atras el Sr. Donoso creia ya tener ingenio. Eso lo ha creido siempre; es lo primero que ha creido y lo último que dejará de creer.

Inútil es decir que la elegía del Sr. Donoso, incluida como se halla en el libro donde han puesto su nombre poetas distinguidos, es una mancha que no debia consentirse; es una flor mústia y descolorida en una corona compuesta de las mas bellas flores que podian á la sazon cogerse en nuestro Parnaso, es un cardo entre rosas. Y no se entienda por eso que las composiciones con que la del Sr. Cortes pensó rivalizar sean una grande cosa. Hoy encontraremos doscientos poetas en España capaces de hacerlas tan buenas como la mejor de la corona. Un Sanz, un Cazurro, y otros muchos que hasta hoy no han empezado á formarse una reputacion literaria, en sus primeros ensayos nos ofrecen obras infinitamente superiores á las mas maestras de sus maestros.

Ruido, no mas que ruido; he aqui lo que es la poesía en España. El mismo Quintana se distingue mas por su entonacion que por sus conceptos, y en medio de sus declamaciones, se permite metáforas de pésimo gusto que solo puede hacerlas tolerables la magnificencia de los versos en que las incluye. *El puñal del desprecio, la ponzoña de la doblez, los yelos del olvido* son cosas que el mismo Góngora hubiera calificado de gongorismos. Pero en medio de todo, algo se nota en las poesias de Quintana que nos esplica la alta reputacion de que goza. ¿Pero de donde ha sacado el Sr. Donoso Cortés la fama que tiene de poeta? Si fuese muy largo el catálogo de sus composiciones, y entre estas hubiese alguna

buena, diríamos de la que hemos sometido al juicio público que es mala por casualidad, y nos contentaríamos con escusar á su autor diciendo: *Etiam alicuando bonus dormitat Homerus*. Seríamos indulgentes con él hasta por lo que se refiere á sus faltas de gramática, si viésemos que esos descuidos son hijos de la independencia del genio como en Espronceda, en Zorrilla ó en Sakespeare. Pero no; atropella la gramática para no decir mas que vulgaridades; la atropella porque no conoce sus reglas. Solo á un concepto muy elevado se le puede disimular que se rebele contra el arte.

Donoso Cortés tiene de Gongora no mas que la oscuridad, pero le falta su lozanía y su brillo; le faltan las galas del ingenio y de la fantasía. Con las alas de Icaro tiene las pretensiones del águila. No hallará como Góngora un Rojas que le llame el *ángel de las tinieblas*. Porque Góngora es poeta, y Donoso Cortés no. Gongora supo decir:

Tan gallardo iba el caballo
Que en grave y airoso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.

Eso no lo sabe decir Donoso Cortés. Si lo supiese

decir le veneraríamos á pesar de sus *rayos humeantes*, como veneramos á Góngora á pesar de su *despoblar islas* y *poblar cadenas*.

Servia en Oran al rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda Africana
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa;
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas,
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas, los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para:
No salir es cobardía,
Yngratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,

Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras.
«Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestios y salid aprisa,
Que el general os aguarda:
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.»
Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: «mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia paraque salga
Al rebato en vuestro nombre
Y en vuestro nombre combata.

Algunos apasionados del Sr. Donoso Cortés, tan

ciegos son, tan destituidos están de buen criterio, que tienen la debilidad ó el atrevimiento ridículo de comparar su favorecido al ingeniosísimo D. Luis de Góngora y Argote. Con intencion hemos copiado una poesía de este ilustre poeta despues de haber dado á conocer otra del que se quiere que sostenga con él la competencia. En nada, ni aun en la obscuridad, se parecen Donoso Cortés y Góngora, porque la de este acaba de revelarnos su ingenio, y la de aquel no revela mas que deseos impotentes de parecer profundo. Ya sabemos que Góngora tiene defectos, ya sabemos que se permite diéresis impertinentes y que en dos palabras consecutivas, de las cuales la una termina y la otra empieza con vocal, omite la reunion de las sílabas, lo que obliga frecuentemente al lector á violencias estrañas para dar á los versos la medida que les corresponde. ¿Pero quién hace del genio una cuestion de sinalefas? Los grandes resplandores disipan todas las nubes, y el que busca en la poesía imágenes, el que busca vigor en las pinceladas, originalidad en los pensamientos, gallardía en el estilo y variedad en las formas, no sabe comprender como tuvo Góngora tantos detractores entre sus contemporáneos, ni como ha podido haber críticos de tan mal gusto que en nuestros dias le hayan dado por rival y sucesor de sus glorias á un Donoso Cortés. *Espuelas de honor le pican y freno de amor le para.* Harto atrevidas son sin duda estas imágenes, pero espresan perfectamente el pen-

samiento del autor y obligan á admirar su ingenio.

No en los poemas ni en las novelas, sino en el teatro antigüo y en nuestros romanceros, se encuentran los tesoros de la España literaria. Cuando buscamos filosofía en los detalles, grandes planes y muy ingeniosas combinaciones, naturalmente se nos van las miradas al otro lado de los Pirineos. La índole delicada de nuestro idioma esencialmente armonioso obliga á sacrificar los pensamientos á la cadencia, y de esto resulta que nuestros escritores hablan mas al oido que al corazon y á la cabeza. Nuestros poetas pensadores casi todos han tenido grandes defectos de lenguage; Góngora, Quevedo y el mismo Calderon han prescindido muchas veces de la armonía castellana para verter conceptos á que se presentaba inaccesible el rigor de nuestra sintáxis. Donoso Cortés ha estudiado á esos grandes autores, y ha tomado de ellos no mas que los defectos. Es lo único que de ellos podia tomar; lo demas no se imita, lo demas es innato, lo demas depende del ingenio de cada cual, de las dimensiones que Dios ha querido dar á la cabeza de cada uno. No se necesita ser Gall para conocer la diferencia que indispensablemente ha de haber entre la cabeza de Góngora, Quevedo y Calderon y la de D. Juan Donoso Cortés.

Creémos que no nos acreditaria mucho rebatir la opinion de los que han colocado á Donoso Cortés á la altura del génio, y de consiguiente nos parece haber dicho demasiado para hacer ver la inmensa

distancia que separa al Sr. Donoso Cortés, considerado como filósofo ó como poeta, de todos los que han merecido alguno de estos dos nombres.

D. Juan Donoso Cortés es estremeño; y ciertamente de Estremadura han salido siempre mejores chorizos que filósofos y literatos. Su biógrafo se ocupa de él desde la edad de doce años en que, segun dice, pasó su favorecido á Salamanca á estudiar lógica. Para que no falte al cuadro ninguna pincelada nos cuenta que fué condiscípulo de Gil, de Sanz, de Sanchez de la Fuente, de Diego Madrazo y Diego Ruiz, todo lo cual es un noticion estupendo que nuestros lectores se alegrarán mucho de que llegue á su conocimiento. Una novedad de tanta importancia debia haberse comunicado por telégrafo. No sabemos si ese Gil condiscípulo del Sr. Donoso es D. Antonio Gil y Zárate, aunque es de presumir que sea otro, pues el Gil á que el biógrafo alude es, lo mismo que los demas condiscípulos del Sr. Donoso, un *sabio y distinguido literato, honra y gloria del suelo que le vió nacer*. No puede de consiguiente ser Gil y Zárate, del cual tenemos entendido no solamente que no es un sabio, sino que no ha estudiado lógica ni en Salamanca ni en ninguna otra parte.

El Sr. Donoso no fué de los estudiantes mas aplicados, ni se distinguió por la precocidad de su talento. Fué un muchacho oscuro y vulgarísimo; lo que se revela demasiado en todas sus obras, las

cuales nos dicen en voz muy alta que no es especial en ninguna ciencia y que de la mayor parte ignora hasta los rudimentos. Pasó de Salamanca á Cáceres, pero no se distinguió en Cáceres mas que en Salamanca. Hasta entonces, sin embargo, no empezó á manifestar esas pretensiones de sabiondo que tanta fama le han dado entre los necios y tan ridículo le vuelven á los ojos de los hombres sensatos. Hinchóse y siguió hinchándose y no ha dejado de hincharse un poquito mas cada dia. En Cáceres estudió filosofía moral, es decir que en Cáceres brotó el primer ramo de su incurable locura. Con la cabeza ya algo trastornada pasó á Sevilla, donde sucedió lo que no podia dejar de suceder. Ya sabemos que los climas cálidos son una causa predisponente de los accesos mentales. ¿Qué le habia de resultar al mal aconsejado jóven de su permanencia en las orillas del Guadalquivir? Le acometió la mania de hacer versos, versos como los que hemos citado. A la sazon no habia versificador bueno ó malo que no adquiriese fama de poeta; bastaba hacer versos como los de Martinez de la Rosa para que se dijese de cualquier pelagatos que era un hijo mimado de las musas.

Con sus versitos de mala muerte el actual marques de Valdegamas se abrió paso entre los poetas sevillanos y pudo entrar en la sociedad literaria que fundó á la sazon, de acuerdo con algunos compañeros, D. Joaquin Francisco Pacheco. Aunque

entre sus consocios no habia ningun Lamartine, ni ningun Herrera; Donoso Cortés era inferior á todos, quienes conocieron bien pronto su falta de lastre y su carencia absoluta de estudios preliminares. Entonces Donoso Cortés quiso estudiar, pero no pudo á fuerza de aceite distinguirse entre sus compañeros. No padeceria poco el pobrecito. Habia dejado pasar la ocasion propicia; hay ciertos conocimientos que requieren nada mas que memoria, y que deben de consiguiente adquirirse en edad muy tierna. Si se deja pasar esta edad, el hombre mas aplicado no hace mas que dar á cada paso un tropiezo.

Para igualarse á sus compañeros, al menos en apariencia, tomó un baño de cuerpo entero en las ciencias abstractas, sin llegar nunca á poseerlas porque requieren conocimientos preparatorios de que carecia absolutamente. Dedicado á leer lo que no era capaz de comprender, se dedicó despues á escribir sobre lo mismo que no comprendia, de lo que resulta esa oscuridad impenetrable que distingue todas sus producciones. Empeñóse en tener estilo propio, y al efecto adoptó construcciones rarísimas que por fortuna de la lengua no se hicieron de moda ni llegaron á generalizarse. Despues llenó su cabeza de tal modo de vocablos estravagantes é inusitados, que no dejó en ella lugar a una sola idea. Se hizo un verdadero sabiondo, un erúdito á la violeta. Su pedantismo y mal gusto son solo comparables al del

general D. Antonio Ros de Olano, de quien hemos visto una cosa con el título de LOS NIÑOS ESPÓSITOS, que el autor llama novela, y cuya conclusion es la siguiente:

«Todos los espósitos lo envidiaban, la muger miraba sus greñas con un desenfreno satánico, y entonces vi como se volcó una losa, y de una cárcava profundísima brotó un muerto de color de hielo apisonado, que el mirarlo daba frio, y este muerto estaba baldado de todos los miembros, menos los labios que los movia con una palabra hueca, torpe y monotona, en que se marcaban las sílabas como aldabazos dados en la puerta foránea despues de la media noche, y dijo de esta manera á la muger que lo contemplaba: « Dios nos llama á su tribunal frente á frente de nuestro hijo. »

«La muger maldijo al hombre, y le iba á herir impunemente en el rostro porque era de hielo inerte; pero el muerto abrió las fauces, y tirando una tarascada agarró á la manceba con la tenaza de sus dientes por la mas luenga madeja de sus cabellos, y se hundió llevándosela detras, y ella que era madre no soltó el cuerpo sin vida de su hijo, sino que lo arrastró á la hoya consigo; y la losa se cerró despues con un estrépito que puso en pié hasta á los mas párvulos de los niños espósitos.»

« ¡ Pobres niños ! Viéndose otra vez desamparados se juntaron como antes, doblaron la rodilla en la tierra de lágrimas, y elevando al cielo los agraciados bustos, dijeron en ademan de orar:

« Señor, nuestros padres nos abandonaron y tu providencia nos ha recogido.—Nosotros no te vemos, pero te sentimos en todas partes.—¿Qué son los que mueren sino los escogidos que suben á aumentar la corona de tu gloria?—¡Ángeles y serafines, arcángeles y querubines rodean tu trono!—Ampáranos, Señor.—Derrama tu bendicion sobre nosotros los hijos de la culpa.—Sobre nosotros las víctimas de la venganza.—Y ten piedad de nuestros padres.»

«¡*Hosanna!* ¡*hosanna!* repitio la armonía latente que con divina uncion se difundia por la santa soledad. Entonces el ojo de la providencia, que velaba alzado en la última techumbre, rodó benignamente la luminosa pupila sobre sus criaturas; y los niños descansando en la fe de sus instintos, quedáronse dormidos.

« Despues que vi esto, sentí que me tocaban, y me incorporé sobresaltado, pero no era mas sino que mi leal amigo, mi perro de caza, habia vuelto ya de apagar su sed y me lamia el rostro.»

He aquí lo que se llama á fuerza de querer hacer grandes cosas, hacer grandes disparates. Nada necesita tanto el compás del buen gusto para no ser ridículo como el género fantástico. No se imita á Hofman ahuecando el estilo y ensartando sin ton ni son estravagancias. El mundo ideal, el espacio imaginario tienen tambien sus leyes á que el escritor se ha de subordinar. Pero estas leyes no son conocidas como las de la realidad, y por lo mismo

necesita el poeta mayor fuerza de razon para no ser monstruosamente anárquico. Para escribir como Ros de Olano ó como Donoso Cortés, ni conciencia literaria se necesita, ó por mejor decir solo se necesita no tener conciencia literaria. Cuando la fantasía no encuentra trabas, cuando no tiene fórmulas precisas, es menester que el buen juicio la acompañe para que desatentada y ciega no tropieze á cada paso. La poesía del Sr. Donoso Cortés á la duquesa de Frias es del mismo género que el trozo que hemos copiado del Sr. Ros de Olano. Tambien el Sr. Donoso Cortés hace salir los muertos de las tumbas y les hace hablar y razonar mas que si estuviesen vivos. Nada mas fácil que escribir verso y prosa de este modo, porque nada es mas fácil que escribir cualquier cosa.

En 1829 el Sr. Donoso Cortés volvió á Cáceres. ¿A que diran que fué nuestros lectores? ¿A estudiar? ¡Quiá! En 1829 el Sr. Donoso Cortés sabia ya todo lo que puede saber un hombre. Asi al menos se lo figuraba él. ¡Temblad y estremeceos! Donoso Cortés fué á Cáceres á encargarse de la cátedra de humanidades que acababa de instalarse en aquella ciudad. Muy bien entendido. *Qui docet se ipsum docet* Empezó en sus lecciones á cultivar el *género profundo* que tanta fama le dió despues en el Ateneo de esta corte, y es inútil decir que, como los discípulos del Ateneo, los de Cáceres se quedaron á oscuras. Era un pozo de ciencia impenetrable. Cada

palabra suya era una charada, un geroglífico. Confiado en su *omnisapientia*, ofreció publicar un librito sin pretensiones de ninguna especie, como que le dió el modesto título de *Biblioteca universal*. La estupenda produccion murió á poco de nacer, si bien vivió lo suficiente para probarnos cuan magnífica hubiera sido. Salieron de ella algunos compendios, entre estos uno sobre gramática y literatura. Debe ser cosa grande un tratado gramatical compuesto por un hombre que no sabe distinguir los verbos activos de los neutros, ni las proposiciones que rige cada uno. En la poesía maestra que hemos copiado encontrarán nuestros lectores repetidos ejemplos de los crímenes de gramática que denunciamos á los maestros de primeras letras.

Audaces fortuna juvat, y el Sr. Donoso Cortés es audaz como el mas pintado. Pero su audacia no es hija del cálculo, como la de Narvaez, la de Salamanca, la de Gonzalez Bravo, quienes son audaces porque saben que con la audacia se suple todo, hasta el valor, hasta la riqueza, hasta el talento. Donoso Cortés es audaz por presuncion, por el alto concepto que se tiene formado de sí mismo. ¿Cómo no ha de tener arrojo para acometer cualquier empresa el que cree que no hay empresa que no sea inferior á sus fuerzas? Su vanidad le dió la suficiente osadía para desempeñar una cátedra de humanidades y para anunciarse como autor de una biblioteca universal. Mas adelante, cuando la muerte

de Fernando VII, la misma presuncion que le hizo catedrático y autor, le dió bastante brio para solicitar una audiencia de la viuda del *Deseado*. La viuda se la concedió, porque á la sazon Doña María Cristina no se hallaba en el caso de desperdiciar ningun servicio para hacer frente á las pretensiones del que á su hija disputaba el trono. A mas de que un hombre que en circunstancias críticas manifiesta deseos ardientes de penetrar en palacio, en el mero hecho de manifestar estos deseos es tenido por hombre de importancia. Donoso Cortés exageró á Doña María Cristina su influencia, y la llegó á persuadir de que solo él podria fijar la opinion general del pueblo de una manera favorable á Doña Isabel II. En último resultado este paso oficioso se reducia á impetrar el permiso de la reina madre para obrar á favor de su hija. Semejante oficiosidad haria reir á un poste. ¿Quién es el que pide permiso á otro para hacerle un obsequio? Sin necesidad de ninguna entrevista con la reina madre, podia el Sr. Donoso tomar la posta para Estremadura y trabajar con todas sus fuerzas en defensa de la causa de que se constituyó paladin. Pero lo que él queria era una autorizacion de la misma reina viuda para darse tono y presentarse en su pais con la investidura de comisionado regio. Eso halagaba su vanidad, eso le hinchaba, eso hacia de él una vegiga, un globo aerostático. ¡Qué filósofo! Inútil es decir que los reyes no están tan acostumbrados á la franqueza que Doña María Cris-

tina pudiese entrever los motivos de amor propio que obligaban á Donoso Cortés á solicitar su audiencia. Creyó de buena fé la reina viuda, que las gestiones del actual marques de Valdegamas eran desinteresadas y que no reconocian otro orígen que su entusiasmo ardiente y su profunda adhesion. Creyó de buena fé que el Sr. Donoso es hombre que vale mucho, porque él tuvo buen cuidado en no probar otra cosa. No tendria poco estudiada la leccion.

Y sin embargo el Sr. Donoso Cortés en Estremadura no tenia mas que una influencia de reflejo, de reverbero, de carambola. Era primo de los Carrascos, y no podia hacer mas que constituirse en vehículo de estos. Los Carrascos en realidad eran hombres de importancia, porque no sin razon tenian fama de ricachos. A la sazon los Carrascos eran liberales tan exaltados como son ahora moderados, y paraque se vea si son ahora moderados, basta decir que son ahora tan moderados como antes eran exaltados. No tenemos otro modo de espresar su exaltacion de antes y su moderacion de ahora. Hiciéronse cruces cuando vieron á su primo presentarse en Estremadura á fuer de comisionado regio. ¿Si será verdad, se decian, que tenemos en Juanito la honra de la familia? No hay duda, el primo es un muchacho de provecho, de otra suerte no se le hubiera confiado tan importantísima mision. Desde luego trataron con él de igual á igual y aun les parecia que le humillaban demasiado. El primito

por su parte esplotó perfectísimamente la influencia de su parentela, y cada dia aumentó su crédito á los ojos de la reina madre. Empezó á buscar la proteccion de los Carrascos, y lo hizo de tal modo que al parecer les vendia su proteccion á ellos. Fuera del círculo de la familia encontró tambien elevados protectores, entre ellos Toreno y Mendizabal.

Los Carrascos creyeron en un principio que todo lo que hacia su primo lo hacia á impulsos de su patriotismo, ó cuando mas de su amor á la gloria y su deseo de figurar, pero pronto conocieron que Juanito marchaba á lo positivo, y que si de algo se habia olvidado no era seguramente de su individualidad. De la noche á la mañana le vieron nombrado oficial en el ministerio de Gracia y Justicia.

Este nombramiento estaba muy lejos de poder ser censurado por los verdaderos liberales, pues á la sazon se hallaba Donoso Cortés en el período mas ardiente de fiebre revolucionaria y padecia lo mismo que los Carrascos accesos apenas interrumpidos de exaltacion patriotera. No costó poco volverle á un estado de apirexia. Fué uno de los mas rabiosos impugnadores del *Estatuto Real*, uno de los adversarios mas encarnizados del medio político y casi medio poeta D. Francisco Martinez de la Rosa. Lo mismo en política, que en filosofía y que en literatura, Donoso Cortés es una mariposa. Todos los géneros cultiva, todos los sistemas aprende, todas las teorías le merecen un saludo. Se deja alu-

cinar por cualquiera paradoja, porque carece de la instruccion y luz natural necesarias para distinguir lo verdadero de lo falso. Si hubiese sido médico, huviera sido un segundo tomo del doctor D. Felix Janer, quien es hoy homeopatista despues de haber sido Brusista, y Brusista despues de haber sido Bruniano. En general los que cada dia adoptan un sistema, no han llegado á profundizar ninguno. Librenos Dios de los que hasta los conocimientos humanos someten á la moda.

Nosotros hemos conocido al Sr. Donoso Cortés en las filas de la democracia. Nosotros le hemos visto progresista y hasta revolucionario por sistema. Sabemos que en apoyo de Doña Isabel II no invocaba para probar su legitimidad el derecho divino sino la soberanía de la nacion, y la soberanía de la nacion invocada para sostener una causa, cualquera que sea, es la apoteósis del principio revolucionario. Antes de contraer relaciones íntimas con los Estatutistas fué él Sr. Donoso un enemigo implacable de la obra raquítica del afeminado y superficial D. Francisco Martinez de la Rosa. Sus opiniones ultra liberales están puestas de manifiesto en un opisculo que publicó en 1834 bajo el interminable título siguiente: *Consideraciones sobre la diplomacia y su influencia en el estado político y social de Europa, desde la revolucion de julio hasta el tratado de la Cuadruple alianza.* Por falta de título no se quejarán los lectores. Hay título suficiente no para un

opúsculo sino para encabezar todas las obras del Tostado. Hasta en eso se conoce la fatuidad y la impotencia del Autor. Eugenio Sué para presentarnos una crónica palpitante de la capital de Francia escribe una fábula magnifica; la acompaña de reflecsiones filosóficas importantísimas para la vida práctica y la bautiza con el nombre de *Misterios de Paris*. Alejandro Dumas con el título de *Memorias de un médico* nos retrata los sucesos y personages mas importantes de la época eminentemente filosófica que precedió á la revolucion y al imperio frances. Toda la política, toda la sociedad de Luis XI está pintada al vivo por Victor Hugo en *Nuestra Señora de Paris*. Rousseau con el modesto nombre de *El Emilio* escribe un libro destinado á reformar el mundo. Y Donoso Cortés encabeza un opúsculo de mala muerte, pésimamente formado de retazos de la *Historia de la civilizacion* de M. Guizot, con una porcion de líneas quijotescas. Por lo demas, el Señor Donoso habla en este libro, que no llega á ser como un librito de papel de fumar, lo mismo que hablaria un liberal que jamas hubiese pensado en ser marques. Inútil es decir que como siempre es incomprensiblemente metafísico, y que habla y sienta proposiciones con este tono magistral y pedagógico que tan preferente lugar le ha señalado en el mundo de los pedantes. Todo lo decide sin discusion y sin pruebas, por la sola fuerza de su autoridad, como si cuanto él dice fuese una verdad demostrada, ya que no

un artículo de fé, sin mas razon que porque la dice él. Solo cuando se ha hecho uno cargo de la pequeñez del opúsculo, se hace cargo de lo monstruoso de su título. Y cuenta que cuando calificamos de pequeño el opúsculo del Sr. Donoso no es precisamente por su corto número de hojas, sino por su corto número de ideas. No se le puede aplicar la moraleja de Iriarte: *Grande es si es buena una obra; si es mala, toda ella sobra.* El opúsculo del Sr. Donoso sobra todo á pesar de ser tan pequeño. No podemos recordar su monstruoso, su hipertrófico título, sin recordar al mismo tiempo el dicho de una manola que viendo á un hombrecillo muy diminuto armado de un tremendo puro, preguntó con mucha sorna á su compañera: «¿Donde estará el hombre de ese cigarro?» « *Consideraciones sobre la diplomacia y su influencia en el estado político y social de Europa, desde la revolucion de julio hasta el tratado de la cuadruple alianza.*» ¿Dónde estará la obra de ese título? Ciertamente, si el testo se hubiese antepuesto al título, tomariamos sin repugnancia este por aquel y aquel por este.

Hasta el año de 1835 no sufrió el Sr. Donoso Cortés la grande metamórfosis que le permitió hombrearse con los corifeos del moderantismo. Hiciéronle secretario del despacho de S. M. con egercicio de decretos, y desde esta elevada posicion resolvió emplear toda su influencia en pro del gobierno de aquella época, que es uno de los que hemos

conocido mas reñidos con el espíritu reformador del siglo actual.

Ya hemos dicho que en Estremadura no tenia el Sr. Donoso Cortés mas influencia que la que le querian prestar los Carrascos, y desgraciadamente para él los Carrascos tenian entonces embargada su influencia por el conde de las Navas, quien hacia de ella un uso diametralmente opuesto al que de ella queria hacer Donoso. Como los Carrascos eran á la sazon liberales, claro es que como todos los liberales habian de tener grande empeño en derribar á Martinez de la Rosa. El chasco que se llevó el Júpiter del Olimpo inteligente fué de consiguiente bastante pesado. No solo no pudo apoderarse de la influencia de sus parientes para sostener al ministerio, sino que tuvo que pasar por la afrenta de ver empleada esta influencia con que él habia contado en destruir lo que él queria apoyar. ¿*Quid faciendum?* se diria el señor Donoso. Lo único que podia hacer era no hacer nada, dejar rodar la bola, y salga el sol por Antequera.

Su difícil posicion le obligo á hacer un grande, un inmenso sacrificio. ¡Despues de haber hecho gala en la córte de su poderoso prestigio, despues de haberse presentado en palacio como un poder del Estado, verse condenado á una inaccion absoluta! ¡Qué papel tan ridículo! ¡Y siendo tan vanidoso como es, teniendo este temperamento tan propio de los lacayos de los grandes señores, no poder tan

siquiera hacer gala de su librea! Los Carrascos le aconsejaron que ocultase su mision. ¡Qué horror! ¡Ser comisario regio y no poder hacer público un cargo tan honroso! ¡No poder llamar la atencion, no poder escitar la envidia de sus compatriotas mas encopetados! Pero hay en el mundo hombres de suerte que en las situaciones mas desesperadas, cuando parece que por fuerza se han de ahogar, encuentran siempre un cable de que asirse. Habia ya Donoso Cortés renunciado á la gloria de su importantísima mision, cuando llegó á Estremadura un personage, y mas que personage personaza, con el esclusivo objeto de echar abajo el plan anti-ministerial del conde de las Navas. Este personage-personaza era nada menos que D. Juan Alvarez Mendizabal, conocido en nuestros fastos políticos con el significativo nombre de Juan y Medio. Esta individualidad interminable absorvió en Estremadura la influencia del conde de las Navas, quien vió con el mayor dolor naufragar su plan en aquel oceano de carne llamado Mendizábal. Mendizábal, como de costumbre, dijo que la política del gabinete le parecia una calamidad y que lo mismo que el conde de las Navas deseaba una revolucion cuyas oleadas echasen á pique el Estatuto real, pero que no habia llegado aun la ocasion de soltar los vientos que habian de producir la tempestad. Mendizábal habla siempre como un Eolo; solo él ha de determinar las ocasiones en que se han de desencadenar los

vientos. Quiere para si el monopolio de las oportunidades. No renuncia, no es capaz de renunciar al título de revolucionario, pero para él nunca ha llegado el momento de la revolucion. Su calamitosa popularidad pudo mas que la del conde de las Navas en el ánimo de los Carrascos y de los demas que en casa de estos se reunian, y todos de mancomun resolvieron seguir la marcha que tuviese á bien trazarles el gigante. Calmóse de repente la irritacion de los estremeños, convencidos por las amonestaciones de los Carrascos de la necesidad de aplazar su levantamiento para ocasion mas oportuna. Este resultado vino á pedir de boca para Donoso Cortés. Al mismo tiempo que contrajo con Mendizábal relaciones que mas adelante le fueron muy provechosas, salió perfectamente del berengenal en que le habia metido su gana de figurar. Se conjuró el temporal que amenazaba al ministerio, y este y la reina Cristina atribuyeron este milagro á la influencia y talentos del regio comisionado. Volvió Donoso Cortés á la corte donde se ciñó los laureles de la victoria conseguida por Mendizábal. El ministerio agradecido le confirió la cruz pensionada de Cárlos III.

No dejaron los Carrascos de trabajar contra Martinez de la Rosa, cuya caida la hicieron al cabo irremediable los sucesos de Barcelona. Toreno reemplazó al autor del Estatuto, y lo mismo que Martinez de la Rosa se declaró protector de Do-

noso Cortés, si bien no lo hizo por reconocer en este un grande mérito, sino por reconocer en él un pariente de los Carrascos á quienes debia su elevacion al ministerio. A Toreno siguió Mendizabal, y á pesar de que este representaba una política diametralmente opuesta á la de aquel, siguió utilizando los servicios del Sr. Donoso Cortés, y en 14 de enero de 1836 le nombró gefe de seccion del ministerio de Gracia y Justicia. El que se habia declarado paladin de la causa de Martinez de la Rosa, en menos que canta un gallo se convirtió en Mendizabalista acérrimo. ¡O poder del turron!

Mas adelante fué nombrado por el mismo Mendizábal secretario del consejo de ministros y desempeñó este destino hasta la subida de Isturiz, época en que creyó oportuno renunciarlo. Sin embargo, no supo pasar mucho tiempo arrinconado y sin prestar incienso al poder. Declaróse de nuevo partidario del justo medio, y sin duda alguna hubiera sufrido una nueva transformacion sorteando los balances de las sucesivas situaciones, si su amor propio ofendido no hubiera colocado una barrera insuperable entre él y el partido progresista. Donoso Cortés, que siempre tiene gana de ser algo, se moria de gana de ser diputado. El congreso era su sueño de oro. Imposible le parecia que pudiese hacerse cosa de provecho sin figurar él en el número de los padres de la patria. En sus arranques de vanidad habia llegado á formarse la ilusion de que solo para el des-

sarrollo de su gloria se habia formado el sistema representativo. Y sin embargo, las puertas de la representacion permanecian cerradas para el D. Quijote parlamentario, sin que fuesen suficientes para abrírselas las influencias de los Carrascos, de Toreno ni de Mendizabal, quienes estaban muy lejos de haberse formado de nuestro héroe una idea tan elevada como él mismo. De repente y como por encanto, á la convocacion de las córtes que habian de revisar el plágio de Martinez de la Rosa, Donoso Cortés sale diputado por la provincia de Badajoz. ¡O gloria! Veinte discursos al menos tenia ya estudiados y aprendidos al pié de la letra para lucir su prodigiosa facundia; habia ya sacado apuntes de cuanto se ha dicho acerca de todo; habia hecho pagar una contribucion forzosa á todos los sistemas, á todas las escuelas políticas, literarias y filosóficas; estaba, en una palabra, armado hasta los dientes para entrar en la liza parlamentaria, cuando sobrevino la revolucion de la Granja que impidió que llegasen á reunirse las córtes convocadas por el ministerio Isturiz. Sin duda se le figuró que aquella revolucion no habia tenido mas obgeto que impedirle á él ser diputado. Y como aquella revolucion era obra de los progresistas, declaróse desde entonces enemigo implacable de este partido. «¡Guerra, guerra eterna, guerra sin tregua y sin cuartel á una comunion política que ha preferido hacer una insurreccion á oir mis sublimes peroratas!» Toda su ira se

reconcentró en el ministerio Calatrava derivado de aquella revolucion, sin que le contuviese en justos límites la consideracion de que Mendizábal, á quien tanto debia, formaba parte de la administracion que tan virulentamente atacaba. Se hizo periodista sin mas objeto que combatir al ministerio Calatrava; sin mas objeto tomó parte en la redaccion del cultísimo *Porvenir*, de la cual se separó, apenas el ministerio Calatrava hubo presentado su dimision. Y no fué solo en el *Porvenir*, sino que tambien en el Ateneo, donde hizo una oposicion tenaz al ministerio salido de los sucesos de la Granja. Afortunadamente el Ateneo tenia pocos oyentes, y el *Porvenir* pocos suscritores, y los pocos oyentes que tenia Donoso en el Ateneo, y los pocos suscritores que tenia en el *Porvenir*, no entendian una palabra de cuanto les decia. Mas de cuatro de los suscritos al sabio periódico nos han sostenido obstinadamente que estaba escrito en latin, «y en prueba de eso, decian, nosotros que no sabemos latin no lo entendemos.»

La guerra que declaró Donoso Cortés á los progresistas la hizo á las personas mas bien que á las cosas, pues siendo obra de los mismos á quienes hizo la oposicion el código de 1837, dijo paladinamente que este código estaba en consonancia con los principios que él profesaba.

Salió, en fin, elegido diputado por Cádiz en las córtes que á las constituyentes sucedieron. En aquellas córtes figuraban las notabilidades parlamentarias

de todos los partidos, y esta circunstancia que hubiera arredrado á cualquiera que se hubiese sentado por la primera vez en los escaños del parlamento, á Donoso muy lejos de arredrarle le infundió un brío inaudito. ¿Qué deseos tenia de pedir la palabra, de lucirse, de eclipsar con su brillo todos los astros del parlamento? Estaba como un catedrático en medio de sus discípulos, esperando con ansia dar una leccioncilla de derecho público á Olózaga, á Lopez y á todos los demas que creian saber algo. *¡Leoncitos à mì!* diria entre dientes y con desdeñosa sonrisa, viéndose frente á frente de los oradores de mas fama. Dos dias, no mas que dos dias, que á él le parecieron dos eternidades, tardó en ostentar todo el lujo del aparador de su elocuencia. Tratábase de si debian ó no estar sugetos á reeleccion los diputados empleados por el gobierno. La cuestion parecia agotada al sentir de todos, cuando el Sr. Donoso tomó la palabra, ignorando todos sin duda que un sabio como el Sr. Donoso es capaz de sacar azumbres de substancia del negocio mas esprimido. Empeñóse en probar que los diputados empleados por el gobierno adquieren un nuevo título á las simpatías de sus comitentes en lugar de enagenarse su confianza.

Los motivos personales y egoistas que tuvo el Sr. Donoso para defender una proposicion tan irracional son bien conocidos de todos los que saben el ansia de turron y de diputacion que ha caracterizado

al orador estremeño. ¿De qué sirve ser diputado, si este cargo es gratuito y no puede esplotarse?

Pronunció un discurso enciclopédico en que como bien ó mal hubiese tratado de la cuestion, bien ó mal hubiera tratado de todo. Es decir que trató de todo menos de la cuestion. Tenia la cabeza llena de Miguelot, á quien al parecer habia tomado por modelo como D. Quijote á Amadis de Gaula, si bien, mas presuntuoso que el aventurero manchego, trataba de presentar como propias las ideas de que era reverbero. El amor propio del congreso se resintió justamente de la petulancia del novel diputado, que con tono magistral y un ridículo prurito de ostentar erudicion se empeñó en enseñarle lo que debe entenderse por gobierno representativo. Recitó al efecto un trozo de Miguelot, y despues que creyó haberse captado la voluntad del auditorio y la admiracion de sus compañeros de glorias y fatigas con esta prueba de su superioridad, lo redujo todo á substancia concluyendo su perorata con el siguiente argumento que copiamos testualmente: «No puedo convenir en que el cargo de diputado sea incompatible con los empleos del gobierno. El que nace ruin nace corrompido y el que caballero incorruptible.» Fiémonos de nacimientos en estos tiempos en que el que menos corre vuela. El que mas caballero parece á lo mejor pega un petardo, y los que se tienen por mas concienzudos son accesibles al turron. Vivimos en un pais en que todos los que parecen pícaros

lo son, y lo son casi todos los que no lo parecen.

Aquella sesion fué una de las mas divertidas. Apenas Donoso Cortés hubo concluido su discurso, los diputados que mas se habian burlado de sus estravagancias, como conocian perfectamente el pié de que cojeaba, le dieron la enhorabuena para acabarse de divertir á costa suya. El orador estremeño, no conociendo la pulla, se hinchó como un pavo real; creyó de buena fé que habia pronunciado el discurso mas notable de nuestros fastos parlamentarios, y se persuadió de que no habia lengua viva ni lengua muerta en que pudiese dejar de traducirse. Desgraciadamente los Carrascos le desengañaron, y este desengaño, esta herida en su amor propio, esta pérdida de sus ilusiones afectó de tal modo su ánimo que le hizo perder la salud. Guardó algunos dias de cama, y no volvió á tomar la palabra en aquella legislatura, para la cual tan grandes *improvisaciones* tenia estudiadas con un año de anticipacion. Mas no por permanecer mudo en el Congreso se perdió la abundante cosecha de ideas que tenia cultivadas en su cerebro. En lugar de alimentar con ellas á un auditorio, las vertió en el periódico el *Piloto*, y hubieran sido un sabroso pasto para los lectores si el *Piloto* hubiese tenido lectores.

Sobrevinieron los ruidosos sucesos que obligaron á la actual duquesa de Rianzares á renunciar la regencia, y el señor Donoso Cortés para darse tono, contraer méritos para el porvenir y crearse una

posicion elevada, siguió á Doña María Cristina en lo que se llama su ostracismo, y no regresó á España hasta el año 1841 en que vino con el carácter de enviado de la madre de la reina.

Su mision es un misterio. ¿Vino de París para obligar al regente del reino á que se confiriese la tutela de la reina y la de la infanta á Doña María Cristina, ó su llegada, que coincidió con la insurreccion retrógrada de octubre, tenia alguna relacion con esta? Uno de sus dos biógrafos asegura lo primero; el otro cree lo último, y nosotros tambien. ¿Cómo habia Doña María Cristina de entablar negociaciones con un poder cuya legitimidad nunca reconoció? ¿Y cómo habia de entenderse con el gefe del estado para ventilar una cuestion sometida á la deliberacion de las Córtes? Con estos argumentos rechaza el último de los biógrafos del Sr. Donoso la aseveracion del primero, y á cualquiera tales argumentos deben parecerle concluyentes.

Vencida la insurreccion, el D. Quijote de la duquesa de Rianzares volvió á París con el rabo entre piernas, molido y quebrantado y sin haber podido desfacer ningun tuerto. Asistió, como es natural, á los banquetes opíparos y espléndidos bailes con que la ex-regente y su hoy caido tio agasajaban á los aristócratas emigrados de setiembre y de octubre para distraer el tedio del octracismo. En 1843, cuando los progresistas imbéciles y los moderados

taimados se coligaron para derribar á Espartero y repartirse el botin como buenos hermanos, Donoso Cortés pasó de París á Bayona, recomendado por la reina madre al progresista conde de las Navas. Aquí el progresista biógrafo del Sr. Donoso se deshace en elogios al señor conde porque se negó á que su recomendado penetrase en España. Mas no se crea que lo impidiese para evitar el mal que el Sr. Donoso, á fuer de moderado, podia hacer á la causa del progreso, sino para evitar que el Sr. Donoso sufriese una persecucion de parte de los defensores del regente. Ciertamente no estamos conformes con los elogios que al conde de las Navas prodiga e biógrafo de Donoso Cortés. No nos parece muy bien que un progresista en la hora misma del conflicto se halle en relaciones íntimas con los gefes del partido que combate á los progresistas. El conde de las Navas se pronunció contra Espartero porque se dijo que aspiraba á la dictadura, y sin embargo hasta ahora no se ha pronunciado contra los que en realidad la han egercido. Su nombre figura en los sucesos memorables de 1843, y no ha sonado despues ni en los de Barcelona, ni en los de Gerona, ni en los de Leon, ni en los de Zaragoza, ni en los de Cartagena, ni en los de Ansó, ni en los de Galicia, etc. etc., *¿Quid ex hoc?* Se pronunció como liberal contra Espartero, y como liberal no se ha pronunciado contra Narvaez. ¡Ay! ¡Cuántos comentarios podrian derivarse de tan rara anomalia! Lo hemos

dicho mas de una vez y lo repetimos ahora, los que han contribuido á derribar la libertad, si quieren merecer el nombre de liberales, han de contribuir á levantarla. De otra suerte el pueblo, que está sufriendo las consecuencias de su conducta, tendrá motivos para sospechar que el mal que le hicieron no fué hijo de un error sino de un cálculo egoista ó de una intencion disfrazada. ¿Qué hacen ahora tantos y tantos que pasan ó creen pasar por cabezas del partido progresista, y que en el año 43 quisieron sublevar hasta los gatos contra la *tiranía* de Espartero? Ahora no van, como fueron entonces, á recorrer las provincias y á armar cisco hasta entre los habitantes de las mas recónditas aldeas. ¡Pobres pueblos! cuando se trata de perderlos, nunca falta quien por imprevision ó á sabiendas les dirija al precipicio; pero si se quieren salvar, se han de salvar solos, sin directores, sin gefes, sin mas caudillos que los que se improvisan en el mismo campo de batalla. Despues del triunfo les sobran capitanes, despues, cuando ya no los necesitan.

Bien se nos alcanza que estas líneas serán para mas de cuatro una cantárida. Bien se nos alcanza que mas de cuatro dirán ál leerlas que en estos momentos en que tan necesaria es la union de todos los liberales, sembramos la discordia en las filas de nuestro partido. ¡Mentira! ¡mentira! No es desunir un partido manifestarle hasta qué punto pueden serle útiles algunos que pasan ó creen pasar por sus gefes. No es dividir un partido enseñarle los hombres que participan de sus

victorias sin participar de sus batallas. No es desunir un partido indicarle, para que prescinda de ellos, que hay algunos que habiendo sido muy poderosos para hacerle mucho mal, son siempre impotentes para hacerle algun bien.

Tratando con tan poca piedad á algunos de los que pasan ó creen pasar por corifeos de nuestro partido, al mismo tiempo que damos una prueba poco comun de imparcialidad é independencia, convencemos á los que no pertenecen á nuestra comunion política de la necesidad en que nos hallamos de ser con ellos inexorables. ¿Qué diria el Sr. Donoso Cortés si nos reservásemos para él deferencias y consideraciones que no guardamos á los mismos que militan en nuestras filas?

Ya sabemos de que modo, despues de la gran revuelta de 1843, se apoderaron los moderados de la situacion. Donoso Cortés entró en España teniendo ya á sus correligionarios en candelero, y poco despues partió de nuevo á Francia con la mision especial de traerse de París á Doña María Cristina. Tan eminente servicio, unido á los no menos eminentes ya prestados y á los igualmente eminentes que siguió prestando, le valieron, amen de muchos elogios y suposicion, el nombramiento de secretario particular de la reina, la gran Cruz de Isabel la Católica y últimamente el título de marqués de Valdegamas. En la actualidad sigue desempeñando con todo el honor y la filantropía posibles el filosófico

papel de lacayo de la duquesa de Rianzares. Se nos olvidaba decir que ha sido tambien nombrado consejero de Estado, y que últimamente se presentó como candidato en la Academia Española, en cuyos escaños resplandece como una de sus mas brillantes lumbreras. Concluiremos su biografía ocupándonos someramente de su discurso de recepcion; pero antes permítasenos adicionar el juicio que de él nos hemos formado con el que de él se han formado otros escritores. Ya hemos visto lo que acerca de *El Piloto* escribió Gonzalez Bravo; hé aquí lo que otro mas ilustrado que Gonzalez Bravo escribió acerca de *El Porvenir*, periódico que lo mismo que *El Piloto* marchaba bajo la direccion del *Júpiter del Olimpo inteligente*.

«Hace algunos dias que se ha publicado el prospecto de un nuevo periódico titulado *El Porvenir*, que tan bueno se lo dé Dios como inteligibles y liberales serán sus discursos, si la muestra no engaña. Con decir que ha de estar el nuevo cofrade bajo la direccion del Sr. Donoso, por sabido se calla que han de encontrarse en el prospecto rebosando en todas sus líneas, como sucederá en los números, las campanudas y alambicadas frases de movimiento febril de la sociedad-pueblo sin ventura-fórmula monumental de la filosofía-anarquía de la sociedad y anarquía de las ideas-sepulcro de los partidos-trono que sucumbe-libertad que naufraga-principios disolventes-dogmas absurdos y reaccionarios-libertad embriagada

con los himnos robustos de los pueblos-himnos pálidos y débiles-reverbero ardiente en que se mire reflejada la inteligencia y otras mil espresiones de este jaez que interpoladas con algunas de menos elevada categoría y destinado el conjunto á esplicar principios y consecuencias, cuyo descubrimiento se presenta modestamente como un don particular del Sr. Donoso, forman una algaravía de palabras y un oscuro laberinto de ideas, tan propias para ilustrar al pueblo español como si se escribieran en chino. »

Cita el crítico algunos trozos del prospecto que pueden arder en un candil, y haciéndose cargo del tono magistral y pedantesco del Sr. Donoso, concluye:

« Ya ven los lectores que el nuevo cofrade nada deja que desear en punto á dar lecciones y á erigirse en dómine de todos los nacidos. Para él ni los periódicos moderados é inteligentes, ni los exaltados y disolventes, ni los ministros ni la representacion nacional han comprendido su mision. Todos, tirios y troyanos, andan á ciegas en ese laberinto en que vivimos, y necesitan absolutamente de la sapientísima antorcha del director del *Porvenir*. ¡Desdichados los que vivimos en estos tiempos de ignorancia, si no hubiera aparecido para alivio total de nuestros males el redentor de los pecados de nuestro entendimiento! Feliz puede llamarse España con tan preclaro ingenio, venturosos mil veces los que hemos

alcanzado la ventaja de escuchar sus lecciones y de recrear la vista en sus altisonantes y profundos escritos. »

Al verse tan desapiadadamente sobado, Donoso Cortés se puso como una víbora, y la herida que recibió en el amor propio hubiera sido mortal si no hubiese encontrado en su mismo amor propio los medios de cicatrizarla. Se esplicó el encarnizamiento con que se le atacaba, atribuyéndolo á la envidia de que son siempre blanco los grandes hombres. Creyóse autorizado para remedar á Mirabeau cuando vituperado por Marat en un folleto asquerosamente cínico, dijo: « Parece que contra mí se escriben estravagancias; son párrafos de un borracho. »

Sin embargo, no olvidó tan pronto como hubiera querido al culebron que tan rabiosamente le mordia, y por espacio de mucho tiempo le tuvo clavado en el cerebro como una idea fija Nada se decia, nada se escribia contra él que no lo atribuyese al *Dòmine Lucas*. (*Domine Lucas* era el pseudónimo con que suscribia sus artículos el implacable censor á que se deben los párrafos que hemos transcrito.) Donoso Cortés veia en él un enemigo jurado de sus glorias, con lo que acababa de parecerse al hidalgo manchego que achacaba todas sus desventuras y contratiempos á un incansable encantador.

El mismo *Dòmine Lucas* tomó á su cargo desengañarle y hacerle ver que no era él el único á quien hacian reir sus estravagancias de ideas y de estilo

« Las figuradas cláusulas, dice el *Dòmine Lucas*, que dejamos transcritas manifiestan la creencia en que el redactor del *Porvenir* está de que el *Dòmine Lucas* es el autor de los artículos del *Eco* y demas que le zurran con ocasion de las doctrinas que profesa. Doctrinas de los doctrinarios franceses, de quienes es servil imitador, como en el estilo apocalíptico lo es del insigne Lerminer y demas de su corrompida escuela.

« El hecho de la verdad es el que el *Dòmine Lucas* no solo no es autor de esos artículos, sino que ni aun siquiera los ha leido. Esto no es desairarlos, queriendo dar á entender que el no leerlos sea por imaginar que no merezcan ser leidos y releidos. Nada de eso, quiere solo decir que no son suyos.

Seran belle è leggiadre poesie,
Tuto cio che si vuol, ma non son mie. »

En el mismo artículo el *Dòmine Lucas* ataca al Sr. Donoso por sus pretensiones de originalidad, y lo hace en los siguientes términos.

« Querérsenos él vender por original es lo mas chocante de sus ridículas pretensiones: en ideas es un mero guizotista; en estilo es copia servil del de los gerigonzistas que hoy en Francia martirizan mas su lengua, el buen gusto y el sentido comun.

« Necio pues sobre injusto es el empeño del redactor principal del *Porvenir* de querer pasar plaza de original, metiéndose de rondon y á socapa entre los creadores. Pero de esos empeños no faltan egemplares en el mundo. Churriguera pretendia entre nosotros la palma de inventor de las estravagancias arquitectiles, que no hizo sino imitar del italiano Borromiei; mas el tiempo ha triunfado de ambos, del verdadero y del pretendido original, condenando al mismo desprecio lo Churrigueresco que lo Borrominesco. Nada es eterno sino la verdad; que nos señale el Sr. redactor una, una sola verdad cuyo descubrimiento le deban las ciencias ó las letras, y entonces le tendremos por original. En el entretanto no encontramos en sus escritos sino méritos para declararle por un triste plagiario, presumido de original; pero que de original no tiene sino lo que esta voz significa en francés cuando se dice de alguno que es *un original*. Sobre todo vale mas sin pretension ni presuncion de original imitar el sonoro trino del ruiseñor, que por el prurito de singularizarse chirriar como el gorrion. »

Ignoramos absolutamente la fuerza y actividad del estómago del Sr. Donoso, pero aunque digiera piedras de china y cristal de roca, es indudable que el artículo del *Dòmine Lucas* que acabamos de mencionar se le indisgestó de una manera fatal. En vano afectó tener para sus Zoilos un tesoro inagotable de desprecio; tenia la banderilla clavada hasta los hue-

sos, y se revolvia para sacudirla echando espuma de rabia. En tan desesperada situacion un amigo ó escudero suyo se compadeció de sus sufrimientos, y constituyéndose en desfacedor de agravios, llamó al *Dòmine Lucas* fuera del terreno de la discusion pacífica para ventilar la alta capacidad de su ídolo á pistoletazos ó estocadas. El *Dòmine Lucas* era hombre dispuesto á admitir el combate en cualquier punto y de cualquier manera que se conviniese, y en el terreno de la suerte, de la destreza ó de la fuerza añadió un triunfo de espadachin á su triunfo de literato.

Mas ni por esas el Sr. Donoso desistió de su mania de singularizarse, ni menguó en lo mas mínimo su inmotivada y ridícula vanidad. Empeñado en meter ruido y en que se hablase mucho de él, para defender la brecha que con aplauso del público sensato el *Dòmine Lucas* acababa de abrir en su pretendida reputacion, escribió un artículo tan subversivo, que por precision habia de llamar la atencion del Congreso. La llamó en efecto, no por su mérito literario sino por lo de que de subversivo tenia; pero como el orgullo del Sr. Donoso todo lo convierte en substancia, atribuyó á lo certero é incontestable de sus tiros la molestia que se tomó el Congreso de ocuparse de él. Asi es que escribió el siguiente artículo, que si de algo es modelo, no lo es seguramente de modestia.

« *El Porvenir,* este periódico que no habia de

leer nadie, este periódico predestinado á la oscuridad y al olvido por las profecías de los escritores, de los órganos del partido dominante, ha merecido ayer los honores de la sesion del cuerpo legislativo. Ayer la asamblea encargada de la salvacion de la patria ocupó casi toda una sesion, discutiendo un artículo del *Porvenir*. Este egemplar es único en los anales parlamentarios del mundo, porque nosotros no contamos la convencion dominada por la montaña que los repetia con frecuencia en el número de las asambleas deliberantes. Este egemplar es único, y es una propiedad que nos pertenece y nos pertenecerá para siempre en la historia á los escritores del *Porvenir*. No repudiamos la gloria á que este acontecimiento nos ha elevado. No la repudiamos, no, porque seguros de nuestra inocencia, tranquilos por la pureza de nuestras intenciones, ciertos de que asi nos mirarán las córtes, sobre todo el pais, despues que hayan leido nuestra defensa, solo nos quedará entonces un recuerdo de orgullo. Entonces diremos á cuantos escritores se han distinguido en la prensa nacional y estrangera: « *Somos mas, valemos mas que vosotros.* »

¿El mas tonto de los orgullos ha tenido alguna vez un arranque tan tonto? ¿Cuándo se ha presentado la vanidad de un escritor mostrando tan descaradamente sus formas cínicas y deshonestas? ¿Quién no ve en Donoso, despues de los párrafos transcritos, un Narciso que se derrite viéndose reflejado en sus

obras? Hay hombres que con tal de conseguir que se hable mucho de ellos, nimgun medio les repugna. Si Donoso Cortés no se hubiese creido dotado de poderosas facultades para pedir un nombre célebre á la pluma, á la tribuna ó á la cátedra, hubiera hecho lo que aquel tendero que se ensució en el mostrador para colocar su nombre y sus hechos en la crónica escandalosa de la villa. El quiere figurar siempre en primer término, ser en todas partes el protagonista. Su vanidad en este sentido puede compararse á la de aquel reo y aquel verdugo que mientras se dirigian al patíbulo, viendo que la muchedumbre se atropellaba para llegar pronto á la plaza de la egecucion, esclamaron con mucha prosopeya: « no corrais, miserables, que nada puede hacerse sin nosotros. »

Hé aquí de que modo *El Eco del Comercio* contesta al artículo citado:

« En efecto, *El Porvenir* que vió realizarse nuestras predicciones acerca de la oscuridad y el olvido en que deberian yacer sus escritores, quiso que se hablára mucho de él (es su flaco); y con esta pobre mira se arrojó á estampar el artículo que tanta *fama famosa* le ha proporcionado. No de otro modo aquella dama de quien habla Cervantes tuvo disgusto de que el poeta la omitiese en su sátira, y no paró hasta que consiguió ser comprendida en la nómina escandalosa, satisfecha *de quedar con fama aunque infame*.

«Si de esa especie de nombradía se hace honor el escritor del *Porvenir*, buen provecho para él; agrege ese timbre á los que ya creía tener adquiridos, y á su orgullo proverbial el que ha de resultarle de haber escitado la indignacion de todo el público sensato, hasta del que pertenece á su mismo partido.

«Pero tampoco es tanta la gloria que á su modo puede resultarle, y al decirnos que este egemplar es único en los anales parlamentarios del mundo escepto los de la convencion, ha cometido un error de los muchos que su artículo contiene. Sin acudir al estrangero, tenemos egemplos en casa que citar á nuestro colega, y egemplos recientes, cuya ignorancia manifiesta qne escribe á lo que salga, sin saber siquiera lo que ha pasado en el último trienio. Sepa pues que las córtes tuvieron discusion larga y empeñada en la legislatura de 1834 sobre un artículo de la *Abeja*, de mano y pluma de los partidarios poco numerosos y menos populares del *Porvenir*, y sepa asi mismo que en 1836 hubo otra cuestion parlamentaria sobre otro artículo del *Español*. Y diremos de paso que siempre se ha reservado esta especie de honor á los que se apropian el título de moderados y legales, y que los casos referidos no se verificaron en un congreso *disolvente ni deletèreo*, sino en el convocado por la junta *amalgamante y conservador Estatuto*.»

No hay un solo acto en la vida del Sr. Donoso

Cortés, no ha salido de su pluma un solo rasgo que no nos revele en él el estraordinario desarrollo del órgano de la aprobatibidad. Como no todos nuestros lectores son frenólogos, vamos á copiar, para que nos entiendan, algunos párrafos de una obra que con el título de *Lecciones de Fisiologia* está publicando un profesor célebre, cuyo apellido no nos permite revelar su modestia:

« La aprobatibidad, dice, es el vocablo con que designan los frenólogos el amor propio, cuyos distintos grados son el orígen y tal vez la esencia de muchas virtudes y de muchas ridiculeces, de grandes hechos y de grandes locuras, de estrepitosas proezas y de estrepitosos crímenes. Esta sensacion consiste en el deseo que tenemos de figurar, de que se nos tenga en mucho y de que se nos alabe; nos hace accesibles á la aprobacion y á la desaprobacion, y nos obliga á buscar con ansia los medios de descollar sobre los demas. Es uno de los poderosos móviles de la mayor parte de las empresas humanas. El amor propio, mantenido en justos límites, hace al hombre émulo de sus semejantes, á los que procura esceder en mérito y valía, contribuyendo esto no poco á los progresos de la humanidad en general; pero si es escesivo, vuelve al hombre vano, engreido, fatuo; degenera en sobervia, en ambicion, en envidia, y frecuentemente en *locura, si se carece de talento, de genio ò de fortuna para satisfacerlo.* Los prácticos, en especial los que han tenido á su cargo hospitales de locos, han nota-

do que la monomanía del orgullo es la mas frecuente, como que el esceso de amor propio constituye por sí mismo *locura*, y el amor propio es en la sociedad la sensacion predominante. Acerca de este particular consideramos dignos de transcribirse los siguientes párrafos de M. Leuret: « La parte del orgullo se halla » tan estendida en la sociedad, que casi nos sorpren- » de ver que los escesos de esta pasion se cuenten en » el número de las aberraciones del espíritu. El or- » gullo es solamente locura en los que llevando esta » pasion al esceso, son al mismo tiempo tan ciegos y » torpes, que *ningun raciocinio basta para desenga- » ñarles, y carecen de la fuerza y talento necesarios » para imponer á los demas su propia conviccion*. Di- » ríase que el orgullo es tanto mas atrevido, cuanto » menos cultivado es el entendimiento en que germi- » na. El hombre instruido, cuando está cegado por » esta pasion, sube por grados; el ignorante de un » salto llega á la cima: el primero se hace ministro, » rey ó emperador; el segundo raras veces se conten- » ta con esas dignidades harto frágiles, y se hace Dios. » Casi todos los dioses que se encuentran en las casas » de Orates pertenecen á la clase pobre. »

» La falta de aprobatibidad acarrea indolencia, apatia, carencia de estímulo; forma un tipo de inercia como el que nos ha descrito Quintana en el PANTEON DEL ESCORIAL.

Nulo igualmente á la virtud que al vicio, indigno de alabanza ó vituperio.

» Es menester en ciertos individuos escitar esta sensacion, asi como en la mayor parte es menester reprimirla. Pero esto no basta; lo que principalmente se necesita es dirigirla convenientemente. Hombres hay que fundan su orgullo en ser buenos; otros que lo fundan en ser malos. Algunos ven á su manera cierta honra en el cadalso que se levantan con sus iniquidades, y aspiran á hacerse célebres escediendo en ferocidad á todos los demas que siguen la carrera del crimen. Lo que les convierte en monstruos no es precisamente el esceso de amor propio, sino la mala direccion que ha tomado en ellos esta sensacion, que puede hacer de un hombre un bandolero ó un héroe. »

Hemos apuntado con letra bastardilla lo que nos parece mas directamente aplicable al Sr. Donoso Cortes. ¿Quién al leer los trozos que acabamos de citar no dirá que los frenólogos y fisiólogos que se han ocupado de la manía del orgullo han tomado á nuestro héroe por tipo? ¿Quién tachará de apasionada la calificacion de loco con que acabamos de presentarle? ¿Quién dirá que no es acreedor al título de Quijote de la filosofía con que le hemos honrado?

Pero la locura generalmente ofrece intermitencias, y aunque se pone de manifiesto mas ó menos en los intervalos lúcidos, no se presenta durante es-

tos bajo un aspecto de tan completo desquiciamiento como durante el parasismo. El discurso de recepcion que leyó Donoso Cortés en la Academia española está escrito en un lúcido intervalo. En él se refleja perfectamente su locura, pero no tanto como en todo lo demas que lleva escrito. Abunda en antítesis afectadas y destituidas de originalidad; el buen Donoso se complace en retruécanos impertinentes que divulgan su afectacion, y es amanerado y monotono, y de consiguiente pesado.

El tema de este discurso es la Biblia, considerada como fuente de nuestra poesía. Toca este asunto de una manera tan vaga, y es tan incoherente y poco metódico, que pudiera leerse al reves empezando por la conclusion, pues la falta de ilacion, el destartalamiento de las ideas es tal, que ninguna es consecuencia ni deduccion de la que precede. Nada diremos de la impenetrable oscuridad de algunos períodos, ni de la violencia y atrevimiento de algunas metáforas que tan bien caracterizan los grandes esfuerzos de las cabezas impotentes. Nada diremos de la esterilidad de conceptos que revela la abundancia de palabras. Si algun grano encierra, es difícil encontrarlo enmedio de tanta paja. Todo es redundancia, todo perisología. Los ripios son infinitos, las frases impropias tan numerosas como los ripios. Los galicismos que contiene son de tal naturaleza, que no tanto sirven para probar que el marquesito es un mal hablista, como para hacer traicion á sus pretensiones de originalidad. Sus ga-

licismos delatan sus plagios. No teniendo delante un original frances, no era posible que el señor Cortés dijese *hacer estacion por detenerse ò pararse en algun lugar*. A pesar de todo, el discurso de que nos ocupamos es superior á todas las obras del Sr. Donoso Cortés. ¡Qué lástima que lo bueno que contiene no sea suyo! O mucho nos engañamos, ó los autores á quienes principalmente ha exigido una contribucion de ideas para hacerse académico son L'Aimé-Martin y Victor Hugo.

Con todo, no sabemos que entre tantos académicos se haya levantado un solo amante de la lengua para pronunciar palabras análogas á las de Mirabeau cuando se presentó un proyecto de ley malísimamente redactado: « Pido que se me permita hacer algunas reflexiones tímidas sobre lo conveniente que seria que la asamblea nacional de Francia hablase frances, y hasta que escribiese en frances las leyes que propone. — » Pedimos, debian decir á la vez todos los académicos, que se escriban en español los discursos de recepcion de la Academia española. »

¿Será que entre todos los individuos de la Academia española no haya uno que sea español? Será que no haya uno que recuerde el significativo símbolo de la corporacion que representa un crisol en el fuego con el lema LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR? Cuando Felipe V, consultando el dictámen del marques de Villena, espidió en 3 de octubre de 1714 una cédula estableciendo la academia titulada Española ó de la lengua, no pensaba, no podia pensar que tan noble instituto

degenerase hasta el estremo de admitir en su seno á los que mas han contribuido á la corrupcion de nuestro idioma. Por lo mismo que las voces francesas han invadido nuestra lengua, jamas como ahora debiera ser tan escrupulosa la Academia en materia de galicismos. La Academia deberia permanecer pura en medio de la corrupcion universal. Ella deberia ser el asilo donde se refugiasen los verdaderos amantes de la lengua. Un discurso de recepcion deberia examinarse detenidamente como una patente de sanidad, y el que no la presentase limpia, deberia cuando menos someterse á una cuarentena y no penetrar en su seno sino despues de haber estudiado el castellano. Si asi se hiciese, no seria académico alguno de quien tan fácil seria probar que no sabe gramática. Si así se hiciese, no seria académico don Pedro José Pidal, á quien tanta fama ha dado su discurso de las *reinas hembras*. Si asi se hiciese, las puertas de la Academia estarian cerradas á tantas medianías como en estos últimos tiempos las han encontrado abiertas, y no veríamos erigidos en maestros de la lengua hombres que pudieran recibir lecciones de cualquier maestro de primeras letras. ¿No es escandaloso que donde se sienta Quintana, donde se sentaron los Iriartes, los Jovellanos, los Campomanes, se sienten hombres de entendimiento raquítico que no tienen mas título literario que pertenecer al partido moderado?

Los moderados, que lo monopolizan todo, tienen hasta el monopolio de la inteligencia. No les basta

sitiar y hacer capitular por hambre á todos los menesterosos y débiles que no piensan como ellos, negándoles la participacion en todos los cargos públicos y empleos lucrativos, sino que hacen un patrimonio suyo, lo mismo que de los títulos aristocráticos, de los títulos reservados á la inteligencia. La Academia española, como casi todos los liceos y ateneos, ha degenerado en sociedad política, puesto que en ella se ve mas bien representada la opinion política que el mérito literario. Si alguno es académico sin ser moderado, debe esta predileccion escepcional á la necesidad en que el partido moderado se encuentra de encubrir y cohonestar su espíritu de esclusivismo. Los acreedores á esta preferencia son muy pocos, y casi todos ingresaron en la Academia en época anterior á la formacion del partido moderado. En estos últimos tiempos el ser moderado es *conditio sine qua non* para ser académico.

Miraríamos con desdeñosa indiferencia el esclusivismo que cierra las puertas de los cuerpos científicos á los liberales inteligentes, si no las abriese á moderados ignorantes. Toleraríamos que todos los académicos fuesen moderados con tal que todos los académicos fuesen dignos por su instruccion de este honroso título. En buen hora fuese el liberalismo un obstáculo para aspirar á toda distincion honrosa, con tal que la ignorancia fuese un obstáculo tambien. No nos importaría que ningun liberal fuese académico con tal que la Academia fuese fiel á su instituto, que no es

otro, segun la real cédula, que «cultivar y fijar las voces del habla castellana en su mayor propiedad y pureza; pues habia mostrado la esperiencia ser cierta señal de entera felicidad de una monarquía el florecer en ella las ciencias y las artes, las cuales se insinúan con mayor eficacia cuando se hallan vestidas y adornadas con las galas de la elocuencia, no pudiéndose llegar á la perfeccion de esta sin que se hayan escogido con nuevo estudio los vocablos y frases mas propias de que han usado los autores españoles de mejor nota, advirtiendo las anticuadas y señalando las bárbaras y bajas: de modo que trabajando en la formacion de un diccionario español con la censura prudente de las voces y modo de hablar que merecen ó no admitirse en nuestro idioma, se conociese evidentemente que la lengua castellana es una de las mejores que están en uso, pudiendo tratarse y aprenderse en ella todas las artes y ciencias, y traducirse con igual propiedad y valentía las obras originales de los griegos y latinos.»

Digásenos ahora si Felipe V podia presumir que llegase á ser académico un hombre que en el discurso mismo de recepcion dice *hacer estacion* en lugar de detenerse. Digasenos si el que de tal modo se espresa escoge los vocablos y frases mas propias de que han usado los autores españoles de mejor nota. Digasenos si es apto para trabajar en la formacion de un diccionario español.

Cuando á las medianías no les era tan fácil como

ahora franquearse el paso de la Academia, estaba muy lejos esta corporacion de corresponder á las esperanzas que acerca de ella habia concebido su fundador, y en manera alguna ha podido compararse jamas á la academia francesa. El diccionario de la lengua es para la Academia un padron de ignominia, que nos dice lo que de ella debe esperarse cuando ya no cuenta en su seno Ponces Vargas, Jovellanos ni Moratines. En una edicion que pertenece á los tiempos mas floridos de la Academia, cuando no bastaba para ser académico ser moderado, se lee la siguiente definicion de las *carótidas*: «*Venas que pasan por el cuello.*» ¿Las carótidas son acaso venas? Y aun suponiendo que lo fuesen, que no lo son pues son arterias, ¿no hay otras venas en el cuello? Quién tan bárbaramente las definió ignoraba que una definicion para ser buena ha de convenir á toda la cosa que se define y no mas que á la cosa que se define? *Definitio omni et soli definito conveniat.* Esto lo sabe un mal estudiante del primer año de filosofia. Ahora bien, si en sus mejores tiempos la Academia española abrigaba en su seno hombres de tan supina estupidez como el que definió las carotidas del modo que dejamos manifestado, ¿qué concepto deberá merecernos ahora que se halla en un periodo de decadencia debida á la facilidad con que cualquiera puede penetrar en ella sabiendo el santo y seña del partido moderado, aunque no sepa, como el señor Donoso, distinguir los verbos activos de los neutros?

Que al señor Donoso se le haya hecho gentil hombre, que se le haya dado una gran cruz y un título de marques por añadidura, nada tiene de particular; ya sabemos que con esta faramalla se premia el carácter servil de los individuos afectados de la manía de figurar; pero el título de académico está reservado al talento, y nunca debió obtenerlo el Excmo. Sr. don Juan Donoso Cortés, gentil hombre de cámara de S. M. con egercicio, secretario privado de S. M. la reina madre, caballero gran cruz de la real órden de Isabel la Católica, marqués de Valdegamas, etc., etc.

Posteriormente el señor Donoso Cortés nos ha dado motivos para confirmarnos mas y mas en el juicio que acerca de él llevamos manifestado. En el tiempo que ha permanecido interrumpida nuestra publicacion, el partido moderado, que es tan inteligente como todo el mundo sabe, quiso aprovechar el profundo talento del señor marqués de Valdegamas, que es tan inteligente como sabe todo el mundo! Nombróle al efecto embajador en Berlin, desde donde escribió una carta al conde de Montalembert, que este señor no la comprendió, por lo que le escribió otra para esplanar lo que en la primera le parecia poco inteligible, y el conde de Montalembert la comprendió menos. Estas cartas versaban sobre el neo-catolicismo, acerca del cual habia ya pronunciado el señor marques un discurso en las córtes, ¿á propósito de qué dirán nuestros lectores? A propósito de la contestacion al discurso de la corona. Con su discurso y

con sus cartas el señor Donoso Cortés nos ha probado que es incurable, y nos ha quitado hasta la última esperanza que habíamos concebido de sacar de él algun partido.

El señor Donoso Cortés, que predicaba la supremacia de la inteligencia humana, se ha vuelto en política y religion el mas pesimista de los pesimistas, y su pesimismo le hace decir heregías que afortunadamente por su manera de decirlas nadie las comprende. Inútil es indicar que lo que guia al señor Donoso ahora como siempre no es su amor á la ciencia sino su afan de singularizarse. No vacila para conseguirlo en suponer una lucha perenne entre la razon y la revelacion, considerando á la primera como incapaz de producir mas que males; el hombre es malo por naturaleza, esencialmente malo, y las facultades que Dios le ha dado sirven solo para su perdicion. La perversidad humana la ve dogmatizada en el socialismo, y el orgullo de Proudhon le sirve para esplicarse la rebelion de Satanás. Hé aquí todo lo que hemos podido sacar en limpio de sus cartas y de su discurso. Con esta y con aquellas ha logrado generalizar nuestro juicio acerca de la lamentable aberracion de sus facultades intelectuales. Todos los periódicos de la corte esgrimieron contra él las armas del ridículo, pues el señor Donoso es materia que ya no se puede tratar de otro modo. Solo el *País* tomó por lo serio los desmadejados partos de su celebro enfermo, lo que le valió el siguiente graciosísimo varapalo de los re-

dactores de la *Nacion*, con el cual tenemos por conveniente terminar este artículo:

« Con el pié en el estribo para emprender su viage á Alemania, nos regaló el señor Donoso Cortés, por otro nombre el marques de Valdegamas, un famoso discurso sobre el neo-catolicismo, á propósito de la contestacion al discurso de la corona, en cuya discusion tenia el señor marques pedida la palabra. Seis meses van transcurridos, y mas de doce veces hemos intentado averiguar lo que quiso decir el marques en su homilia, pero no lo hemos conseguido; no tema por lo tanto el lector que le hablemos de aquel confuso mensagero que tomó la posta en el *Diario de las sesiones* para anunciar á la corte de Viena la llegada de nuestro embajador. Otro asunto parecido pone hoy la pluma en nuestras manos. El señor Donoso Cortés ha escrito una carta sobre la escuela neo-católica al conde de Montalembert; el conde no ha entendido la carta neo-católica, y el marqués de Valdegamas se ha esplicado con otra mas confusa; total dos cartas. Al exámen de ellas dedica el *Pais* su primer artículo, y á sacar el espíritu de ese artículo quisiéramos encaminar nuestros esfuerzos. Pero la empresa es imposible, y habremos de abandonarla por lo tanto: considere el lector todo lo crítico de nuestra posicion.

«Los redactores de *El Pais*, que no dejan de ser oscuros y fantásticos, inspirados por una carta del señor Donoso que no pudo entender el célebre Mon-

» talembert, y otra en esplicacion de aquella que no » ha podido entender nadie, están tan *antimónicos*, » hablando de los *autonómicos*, que aunque prescin- » den de cierto *manicheismo* y tratan del *dualismo*, » no restauran el *edenismo* en la tierra. Los suscritores » á *El Pais* se han quedado ayer sin artículo de fon- » do, á no ser que les hayan repartido un diccionario » rio para la inteligencia de esa lengua que el señor » marques de Valdegamas habla con tanta perfeccion, » y los redactores de *El Pais* comprenden tan fácil- » mente. No parece sino que el marques y el autor del » artículo han nacido el uno para el otro, al ver cual » se entienden y se esplican aquellas cosas de que «las » revoluciones son los fanales de la Providencia y de » la historia», y otras por el estilo. ¡Y aquello que » dice el marques, de que no habia comprendido la » revolucion gigantesca de Satanas hasta que vió el or- » gullo de Proudhon! ¡Y lo otro de pedirle á Monta- » lembert que adivine su opinion (la opinion de Val- » degamas) sobre el resultado de la lucha que se ob- » serva actualmente en el mundo! Y lo que no adivinó » Valdegamas es que lo que el otro no adivinaria seria » el contenido de la carta, y sin embargo asi sucedió; » pero le escribió otra mas confusa, y son dos cartas.

«*El Pais* dice que el señor Donoso, al remontarse » en alas de su poderosa y sublime inteligencia, des- » cubre en todas ocasiones nuevos puntos de vista en » el mundo de las ideas, y despues de hablar de las » naturalezas *antimónicas* del hombre, que son dos

» segun *El País*, concluye nuestro colega su estenso » artículo con el siguiente acto de contricion: «Tal » vez, añadiremos, quiera ridiculizársenos por el uso » del tecnicismo filosófico: no será la primera vez que » se ha pretendido. Poco nos importa, sin embargo. » Las nacionalidades científicas tienen su idioma como » las nacionalidades políticas. Burlarse de uno que tra- » tando de materias filosóficas hable como filósofo, es » lo mismo que burlarse de un aleman porque hable » en aleman. »

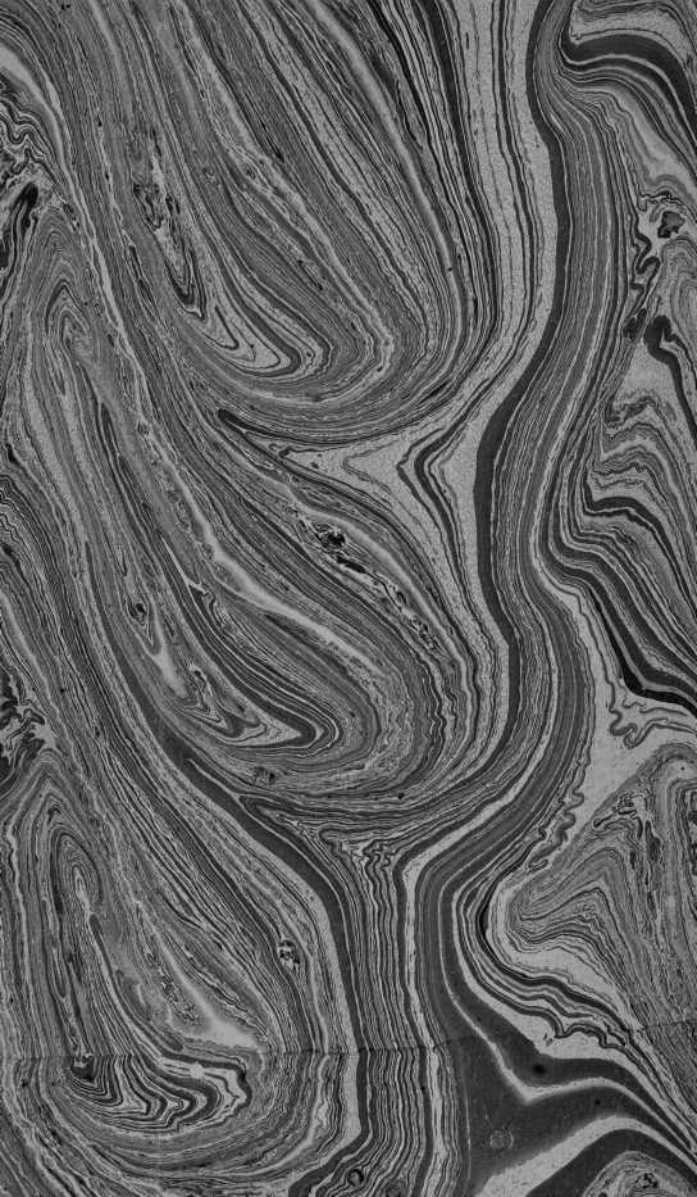
«Pero los temores de *El País* son exágerados; na- » die ridiculizará su tecnicismo filosófico; lo único que » sucederá es, que así como él quiere que el aleman » hable en aleman, nosotros queremos que el espa- » ñol hable en español sin *antimonios* ni *cobres*. Lo » que nadie podrá desconocer, y de esto nos alegra- » mos infinito, es que mientras vivan los redactores » de *El País* no faltará quien entienda al marques de » Valdemagas; pero en muriendo el marques de Val- » degamas no habrá quien entienda á los redactores » de *El País*. Lo único que nosotros, profanos á eso » que llaman los Valdegamas tecnicismo filosófico, » hemos podido comprender de las cartas y del artí- » culo, es que Dios es socialista, y que en el hombre » se encuentra el gérmen del bien y del mal. »

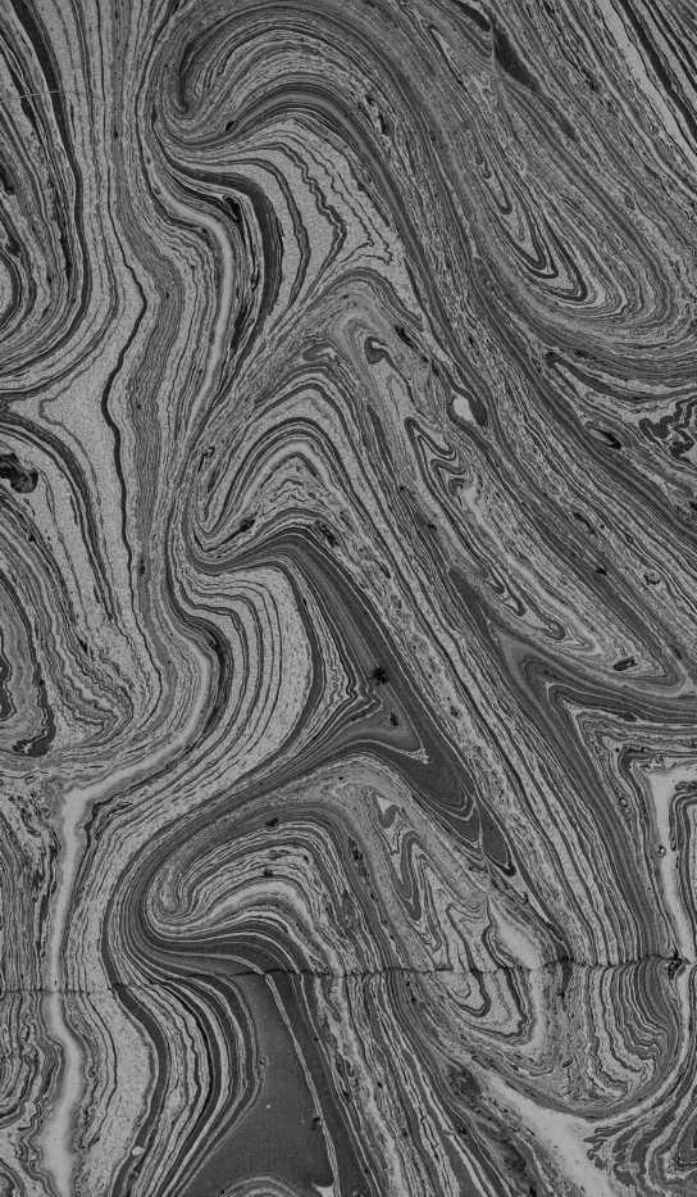
Ya ven nuestros lectores que el juicio que nos hemos formado del señor Donoso coincide con el de otros muchos escritores que se han ocupado del sapientísimo marques antes y despues que nosotros.

Ni el folletinista del *Guirigay*, ni el *Dómine Lucas*, ni Orgaz, ni el ilustrado redactor de *La Nacion* encargado del espíritu de la prensa en la época á que pertenecen los últimos párrafos transcritos, recusarán la calificacion que hemos hecho del marques de Valdegamas al principio de este artículo, y es de creer que en lo sucesivo, aunque no se deje de nombrarle con el título de *Quiquiriquí* y de *Júpiter del Olimpo inteligente*, será generalmente conocido con el no menos bien aplicado de *Quijote de la filosofía*.

Y aunque el señor marques puesto en camisa podria aun divertir un ratito mas á los espectadores, nos damos prisa en sacarle del escenario para complacer al público, refiriéndole la vida y milagros de otros hombres que nos hemos propuesto incluir en este tomo, con el cual entretendremos la publicacion, en tanto que nos llegan del estranjero algunos mamarrachos que tenemos ya contratados, dignos y muy dignos de figurar al lado de nuestros mejores polichinelas.

FIN.





J. MARTINEZ VILLERGAS

LOS POLITICOS EN CAMISA

III-IV

G 43698